

BENJAMIN DISRAELI

SYBIL



Lectulandia

«Así pues, concluyo la última página de una obra, cuya forma, aunque ligera y sin pretensiones, aspiraría a sugerir a sus lectores algunas consideraciones de carácter muy opuesto. Hace un año, tuve la intención de ofrecer al público algunos volúmenes que pretendían llamar su atención hacia el estado de nuestros partidos políticos; sus orígenes, su historia, su postura actual. En una época de deslealtad política, de pasiones egoístas y pensamientos mezquinos, quisiera inculcar a las nuevas generaciones que no se desesperen, sino que más bien busquen en una buena comprensión de la historia de su país y en las energías de la juventud heroica, que son los factores del bienestar nacional. La obra actual da un paso adelante en ese mismo empeño. El pensamiento de los ciudadanos debería ahora dejar a los partidos políticos y ocuparse del pueblo al cual han gobernado esos partidos durante dos siglos. La comprensión y el remedio de este gran problema dependen de las mismas acciones que el primero; solamente el pasado puede explicar el presente, y solamente la juventud puede forjar el futuro para remediarlo. La historia escrita de nuestro país ha sido un mero fantasma durante los últimos diez reinados. Se ha dado al origen y consecuencias de los asuntos públicos un carácter y un color que nada tiene que ver con su auténtica forma y matiz. En este extraordinario misterio todos los pensamientos y las cosas han adquirido un aspecto y un nombre contrario a su verdadera calidad y naturaleza. A la oligarquía se la ha llamado libertad; un sacerdocio exclusivo ha sido bautizado como Iglesia nacional; la soberanía ha dado título a algo que no ha tenido ninguna relevancia, mientras que el poder absoluto ha sido ejercido por aquellos que se declaran a sí mismos los servidores del pueblo. Debido a la interesada contienda entre ambos bandos se han borrado dos grandes protagonistas de la historia de Inglaterra: el monarca y la ciudadanía. Como el poder de la Corona ha disminuido, los privilegios del pueblo han desaparecido; a la larga el cetro se ha convertido en un espectáculo, y sus súbditos han degenerado para tornarse en siervos de nuevo». Benjamin Disraeli.

**Lectulandia**

Benjamin Disraeli

**Sybil**

**o Las Dos Naciones**

ePub r1.0

IbnKhalidun 19.10.15

Título original: *Sybil, or The Two Nations*

Benjamin Disraeli, 1845

Traducción: Pedro Tena Junguito

Editor digital: IbnKhalidun

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Quisiera dedicar estos libros a una persona cuyo noble espíritu y bondadosa naturaleza han movido siempre a compadecerse de los sufrientes; a una persona cuya dulce voz me ha infundido ánimos, y cuyo gusto y buen criterio han sido guía permanente de estas páginas; a la más severa entre las críticas, pero también ;a la más perfecta de las esposas!*

# Libro I

# Capítulo 1

—Yo apuesto por *Caravan*.

—¿Apuesta en ponis<sup>[1]</sup>?

—Hecho.

Y lord Milford, un joven noble, anotó en su libro la apuesta que acababa de hacer con el señor Latour, un miembro veterano del club Jockey.

Era la víspera del Derby de 1837. En un salón inmenso y dorado, con una decoración propia de Versalles en los tiempos del gran monarca, y cuyo esplendor no habría desmerecido, se habían reunido muchos caballeros cuyos corazones palpitaban al pensar en el día siguiente, y cuyas mentes trabajaban aún para intentar poner la suerte de su lado.

—Dicen que *Caravan* parece hinchado —ceceó un joven en voz baja mientras se repantigaba en el borde de una mesa de marquetería, que había pertenecido a Mortemart, y balanceaba con fingida indiferencia un bastón muy adornado a fin de ocultar su inquietud de todos excepto de la persona a la que se dirigía.

—Las apuestas están siete a dos en su contra —fue la respuesta—. A mí me parece bien.

—¿Sabes que anoche soñé con *Mango*? —continuó el caballero del bastón, con una mirada de supersticiosa inquietud.

Su acompañante negó con la cabeza.

—Bueno —continuó—. No se nada de él. Esta mañana ofrecí a Charles Egremont que apostara con nosotros a favor de *Mango*. Aceptó. Por cierto, ¿quién es el cuarto?

—Pensé que era Milford —fue la respuesta en voz baja—. ¿Ustedes qué creen?

—Milford va a ir con St. James y Punch Hughes.

—Bien, entremos a cenar y ya veremos algo que nos guste.

Y diciendo esto, los compañeros, atravesando más de una estancia, entraron en una cámara con unas dimensiones más reducidas que las del salón principal, pero no menos suntuosa. Los destellos relucientes de las lámparas derramaban un torrente de luz suave aunque brillante sobre una mesa donde relucía una vajilla de oro, y de la que se desprendía una fragancia de plantas exóticas embutidas en jarrones de porcelana poco común. Los asientos a cada lado de la mesa estaban ocupados por personas que tomaban manjares con escaso apetito y aire descuidado. Mientras tanto, la conversación general consistía en expresiones rápidas que se referían al inminente acontecimiento del gran día que ya había despuntado.

—¿Vienes de casa de lady St. Julians, Fitz? —preguntó un joven de muy pocos años cuyo hermoso semblante era tan aterciopelado y lozano como el melocotón del que, con un ademán lánguido, acababa de apartar los labios para hacer esta pregunta al caballero del bastón.

—Sí; ¿por qué no fuiste?

—Nunca voy a ningún sitio —respondió el melancólico Cupido—, todo me aburre.

—Bueno, ¿vendrás a Epsom con nosotros mañana, Alfred? —preguntó lord FitzHeron—. Llevo a Berners y a Charles Egremont, y contigo formaremos una expedición perfecta.

—¡Me siento tan hastiado! —exclamó el chico en un tono de refinada angustia.

—Te servirá de estímulo, Alfred —dijo el señor Berners—, y te hará todo el bien del mundo.

—Nada me puede hacer bien —dijo Alfred, apartando el melocotón casi sin probar—. Estaría satisfecho si algo me pudiera herir. ¡Camarero!, un vaso de Badminton.

—Y para mí otro —suspiró lord Eugene de Vere, que era un año mayor que Alfred Mountchesney, su compañero y hermano en indolencia.

Ambos habían agotado la vida en su adolescencia, y lo único que les quedaba era lamentar sobre las ruinas de sus recuerdos el aniquilamiento de la excitación.

—Bien, Eugene, supón que vienes con nosotros —dijo lord FitzHeron.

—Creo que voy a acercarme hasta Hampton Court a jugar al tenis —dijo lord Eugene—, como es día de Derby, no habrá nadie.

—Pues yo voy contigo, Eugene —dijo Alfred Mountchesney—. Luego podremos cenar juntos en el Toy. Cualquier cosa es mejor que cenar en este infernal Londres de hoy en día.

—A mí me parece bien —dijo el señor Berners—. No me gusta cenar en las afueras. Siempre te ponen algo incomedible en el plato, y un pésimo vino.

—A mí me gusta el mal vino —dijo el señor Mountchesney—; me aburre tanto el vino de calidad.

—¿No quieres apostar contra *Hibisco*, Berners? —dijo un soldado de la guardia real alzando la mirada de su libro de apuestas, que había estado estudiando con mucha concentración.

—Lo único que quiero es cenar algo, y ya que tú no estás utilizando tu lugar...

—Aquí lo tienes, si lo deseas. ¡Ah! Aquí está Milford, él es el que va a hacerme millonario.

Y en ese momento entró en la habitación el joven noble que hemos mencionado anteriormente, acompañado por un individuo que tal vez se aproximaba al final de su quinto lustro de existencia, pero cuyo aspecto general revelaba una experiencia vital aún menor. Era alto, con una figura bien proporcionada y un porte distinguido, y un rostro tocado por una sensibilidad que suscitaba afecto de inmediato. Charles Egremont no solo era admirado por el otro sexo, cuya aprobación generalmente granjea a los hombres enemigos entre sus iguales, sino que era asimismo el favorito entre los suyos.

—¡Ah, Egremont!, ¡ven aquí y siéntate! —exclamó más de un comensal.

—¡Te he visto bailar el vals con la pequeña Bertie, viejo amigo! —observó lord



FitzHeron—; y como pensé que te vería aquí, no me quedé a hablar contigo. Te iba a hacer llamar, porque preciso de tu ayuda.

—¿Cómo nos sentiremos mañana a esta hora? —dijo Egremont, sonriendo.

—El hombre más feliz del mundo en este momento debe de ser Cockie Graves —dijo lord Milford—. Para él no hay suspense. He estado supervisando su libro de apuestas, y ocurra lo que ocurra, seguro que no pierde.

—Pobre Cockie —dijo el señor Berners—. Me ha pedido que cene con él el sábado, en el Clarendon.

—Cockie es un señor Cockie, dijo el señor Milford, y *Caravan* es muy buen caballo, y si cualquier caballero y buen perdedor se aviene a jugar siete contra dos, aceptaré su apuesta por cualquier suma de dinero.

—Mi libro está completo —dijo Egremont—. Mi suerte está echada con *Caravan*.

—Y la mía.

—Y la mía.

—Y la mía.

—Bien, anota mis palabras —dijo una cuarta persona con un tono más bien solemne—: gana *Ratonera*.

—Excepto *Caravan* —dijo lord Milford—, no hay otro caballo que sea capaz de aglutinar las apuestas de la mayoría.

—Egremont, tú solías apoyar a *Fósforo* —dijo lord Eugene de Vere.

—Sí, pero afortunadamente ya he salido de ese embrollo. Le debo una a Philip Dormer por eso; yo era la tercera persona que sabía que estaba cojo.

—¿Y cómo están las apuestas sobre él?

—¡Ah! Dicen que cuarenta a una, como gustéis.

—No va a correr —dijo el señor Berners—, John Day me dijo que se había negado a montarlo.

—Creo que Cockie Graves podría ganar algo si *Fósforo* entrara el primero —dijo lord Milford, riendo.

—¡Cómo huele a cerrado esta noche! —dijo Egremont—. Camarero tráigame un agua de soda; y abra otra ventana; ábralas todas.

En ese momento la entrada de un grupo de invitados en la sala sugería que la reunión en casa de lady St. Julians había terminado. Muchos que estaban reunidos alrededor de la mesa se levantaron de sus respectivos asientos y se apiñaron cerca de la chimenea o formaron varios grupos para discutir acerca del gran tema. Varios de los que acababan de entrar iban a votar por *Ratonera*, la yegua favorita, y estaban dispuestos a defender sus opiniones con valentía en vista de toda la información que les había llegado. Ahora la conversación se había abierto a otras personas y discurría animadamente o, más bien, el guirigay de voces era tan grande que apenas se distinguía nada salvo los nombres de los caballos y el montante de las apuestas. En medio de todo este embrollo, los camareros se deslizaban llevando bandejas con incomprensibles brebajes de nombres aristocráticos, combinaciones místicas de vinos

franceses y aguas alemanas, bebidas aderezadas con el sabor de rodajas de frutas portuguesas, y enfriadas con hielos americanos, composiciones que había inmortalizado el genio creativo de algún alto nombre patricio.

—¡Por Jove! Eso es un relámpago —exclamó lord Milford cuando la llamarada de un rayo pareció bañar la estancia, y los haces de luz de los candelabros se volvieron blancos y espectrales con el resplandor.

El trueno hizo temblar todo el edificio. Hubo un silencio de muerte. ¿Va a llover? ¿Va a descargar una tormenta? ¿Caerá solamente en la ciudad o llegará hasta Epsom? Falta que caiga un diluvio para que el hipódromo se convierta en una ciénaga y la fuerza eclipse la velocidad de la carrera.

Otro rayo, otro deslumbramiento, el siseo de la lluvia. Lord Milford se cambió de sitio, receloso de que otros ojos vieran la carta de *Chifney* que iba a leer y, unos pocos minutos más tarde, se brindó a aceptar la apuesta en contra de *Pocket Hercules*. El señor Latour se acercó a la ventana, escudriñó el cielo, y dijo en voz baja que no le quedaba tiempo para enviar a su lacayo hasta Epsom para que le informara de si la tormenta había alcanzado las colinas de Surrey y, entonces, tomar las medidas oportunas para esa noche. Era demasiado tarde, así que cogió un bizcocho y un vaso de limonada, y se retiró a descansar con la cabeza fría y el corazón más calmado.

La tormenta descargó con furia. Los destellos de luz que parecían jugar en los frisos pulimentados alrededor de la sala daban un tono pálido a las escenas de Watteau y Boucher que brillaban en los medallones colgados sobre las distinguidas puertas. Los rayos parecían caer sobre el tejado con gran estruendo y confusión. Hubo un momento de silencio de muerte, roto tan solo por el golpeteo de la lluvia afuera en la calle, o por el tamborileo de los dados en una habitación próxima. Así pues, los caballos tenían sus apostadores, las espadas estaban en alto, y no cesaban las voces de los clientes pidiendo a los atareados camareros, a quienes distraían los rayos y atronaba el fragor de la tormenta, que llenaran a rebosar sus copas. Parecía una escena y una cena digna del convidado de piedra de don Juan que, de haber aparecido, se habría encontrado con corazones probablemente tan osados y con espíritus tan temerarios como los que había encontrado en Andalucía.

## Capítulo 2

—¿Alguien va a hacer algo con *Hibisco*? —dijo un señor en la zona de apuestas del hipódromo de Epsom.

Una multitud de personas impacientes se apiñaban alrededor del centro de apuestas al mismo tiempo que, cerca de la pista mágica, un grupo de jinetes gritaba desde sus sillas las apuestas que estaban preparados para dar o recibir, y los nombres de los caballos a los que estaban dispuestos a respaldar o a oponerse.

—¿Nadie quiere apostar por *Hibisco*?

—Yo apuesto cinco contra uno —dijo un alto y estirado noble de origen sajón, vestido con un gabán blanco.

—No, yo acepto seis a uno.

El alto y estirado noble del gabán blanco, musitó algo con el lápiz entre los labios, y luego dijo:

—Bien, apuesto seis contra uno. ¿Qué me decís con respecto a *Mango*?

—Once a dos contra *Mango* —gritó un hombrecillo jorobado, con una voz aguda, pero con el aspecto de alguien que dominaba su oficio.

—Desearía hacer algún pequeño negocio con usted, señor Chippendale —dijo lord Milford, con un tono persuasivo—, pero no puedo subir de seis contra uno.

—Once contra dos, y va sobre seguro —dijo este tenedor de una casa de apuestas de segundo orden, que, conocido con el halagador apodo de Chippendale el Jorobado, rehusaba con brusquedad la apuesta al seguro heredero de un título de conde inglés.

—Acepto la apuesta de seis contra uno, mi señor —dijo el capitán Spruce, un garboso personaje, ataviado con un sombrero redondo de seda, ligeramente ladeado, un corbatín de colores con un nudo bien hecho, y el pelo de la barba tan bien podado como los contornos de un seto vivo.

Spruce, que se había ganado su rango de capitán del equipo en las carreras de Newmarket, donde durante muchos años habían sido testigos de sus hazañas, sentía una debilidad por la aristocracia que premiaba su elegante fragilidad patrocinándole con una astuta condescendencia y acudiendo a él tanto en las carreras de Pall-Mall como en Tattersall, de todo lo cual él se beneficiaba con algún punto más en su libro de apuestas. El jorobado Chippendale no tenía ninguna de estas amables flaquezas. Él era un defensor de la democracia que disfrutaba desplumando a los nobles, y que pensaba que todos los hombres nacían iguales; una creencia consoladora con la cual se compensaba a sí mismo por su deformación.

«Siete a cuatro contra el favorito; siete a dos contra *Caravan*; once a dos contra *Mango*. ¿Qué pasa con *Benedict*? ¿Es que nadie va a apostar por *Pocket Hercules*? Treinta a uno contra *Dardanelos*».

—Apuesto.

—Treinta y cinco ponis a uno contra *Fósforo* —gritó un pequeño hombre que no cesaba de vociferar.

—Apuesto cuarenta —dijo lord Milford, pero no obtuvo respuesta. No había trato.

—¡Cuarenta contra uno! —murmuró Egremont, que se oponía a *Fósforo*. Y un poco nervioso, dijo al noble del gabán blanco—: ¿No creéis que *Fósforo* puede, después de todo, tener alguna oportunidad?

—Yo mismo debería lamentar estar tan en su contra —dijo el noble.

Egremont, con el labio tembloroso, se alejó. Consultó su libro, reflexionó con cierta ansiedad: ¿debería hacer una apuesta compensatoria? Apenas valía la pena echar a perder el equilibrio de sus futuras ganancias. «Le cuadraba» tan bien tomar partido por todos los favoritos que no podía apostar a un caballo que tenía en contra cuarenta a uno; no. Debía confiar en su buena estrella. No haría ninguna apuesta a un caballo perdedor para compensarle de sus posibles pérdidas.

—Señor Chippendale —susurró el noble del gabán blanco—, vaya y presione al señor Egremont con *Fósforo*. No me sorprendería que obtuviese alguna ganancia de ello.

En ese momento, un muchacho de cara amplia y aspecto saludable, con una de esas expresiones de serena pero astuta jovialidad que se ven de vez en cuando en el lado norte de Trent, se acercó hasta el grupo montado en una jaca fornida y, apeándose de ella, entró en el círculo. Era un carnicero de despojos, al que se conocía en el mercado de Carnaby por ser el principal consejero de un distinguido noble para quien apostaba a cambio de comisiones. Su secreta misión hoy era apostar contra el caballo de su noble patrón, así que enseguida gritó: «Veinte a uno contra *Ratonera*».

Un hombre joven que apenas acababa de salir al mundo y que, orgulloso de su antigua y cada vez mayor extensión de terrenos, se estrenaba en su primera apuesta, al ver que *Ratonera* iba dieciocho a uno en el cómputo general, se lanzó ansiosamente a por una ganga así, al mismo tiempo que lord FitzHeron y el señor Berners, que estaban cerca, y cuyos nombres también figuraron en su momento en el libro del carnicero, intercambiaron una sonrisa de complicidad por haber escapado a la trampa.

—El señor Egremont no acepta —dijo Chippendale, el Jorobado, al noble del gabán blanco.

—Habéis debido de mostraros demasiado interesado —dijo su noble amigo.

El hipódromo está lleno, se han anunciado las últimas apuestas, todos corren en dirección a las tribunas. Unos pocos minutos más tarde, y el acontecimiento que durante doce meses ha sido eje de tantos cálculos, objeto de tan sutiles combinaciones y conspiraciones, y alrededor del cual se han cernido como águilas el pensamiento y la pasión de todo el mundo deportivo, formará parte de los anales del pasado, ¡pero qué minutos! Si se contaran por la sensación, y no por las fechas del calendario, cada momento sería un día y la carrera toda una vida. Hogarth, en un tosco pero vivido esbozo ha pintado dos estampas de la carrera: «Antes» y «Después». Un espíritu con una creatividad más refinada habría podido ahondar en la

simplicidad de la idea con cómplices más sublimes. Pompeyo antes de la batalla de Farsalia, Harold antes de Hastings, o Napoleón antes de Waterloo, podrían haber proporcionado algunos sorprendentes puntos de vista ante la catástrofe que se avecinaba en sus vidas o, lo que es aún mejor, el inspirado marinero que acabara de descubrir un nuevo mundo o el sabio que hubiera revelado la existencia de un nuevo planeta. En nada tendría que envidiarles el «Antes» y el «Después» de una carrera de caballos de primera categoría, por el grado de emoción y, en algunas ocasiones, por las pasiones trágicas que despiertan sus finales de carrera.

Ensillan los caballos. *Caravan* parece estar en excelente forma, y una sonrisa despectiva asoma en el bello semblante de Pavis, cuando pone al galope a su caballo, con la digna divisa de su patrón, delante de sus incondicionales admiradores. Egremont, en pleno éxtasis de patricio inglés, apenas ve a *Mango*, y ni siquiera piensa en *Fósforo* que, por cierto, es el primer caballo que aparece con sus dos patas delanteras vendadas.

¡Ya han salido!

En los primeros compases de la carrera, *Chifney* corre pegado a *Pocket Hercules* y, a la altura de la Casa de Calcos, que es el único punto que alcanza la vista, él va en cabeza. En lo alto de la colina *Caravan*, *Hibisco*, *Benedicto*, *Mahometano*, *Fósforo*, *Michel Fel* y *Ratonera* están muy igualados en las posiciones delanteras, pero al llegar a los nuevos terrenos, el fuerte ritmo se deja sentir y media docena de caballos van quedando fuera de la carrera.

Al alcanzar la cumbre, se altera la táctica: aquí *Pavis* rompe cinchas y azuza fuerte a *Caravan*. El ritmo a la altura de la esquina de *Tattenham* es endiablado: *Caravan* a la cabeza, y *Fósforo* después, casi parejo, *Mahometano* tercero, *Hibisco* cuarto, *Ratonera* perdiendo posiciones, y detrás, *Wisdom*, *Benedict* y un puñado de caballos. Al llegar a este punto *Pocket Hercules* ya no puede más, y el grupo de cabeza aumenta la distancia que le saca. El favorito está fuera de combate, así como *Dardanelos* y un puñado del tropel de caballos.

Ahora ya solo quedan cuatro en la carrera y, de estos, dos, *Hibisco* y *Mahometano*, van varios cuerpos por detrás. Ahora la victoria se la disputan cabeza con cabeza *Caravan* y *Fósforo*. A la altura de la tribuna, *Caravan* ocupa la primera posición, pero en la línea de meta Edwards, montando a *Fósforo*, levanta la cabeza del caballo y, con un extraordinario esfuerzo, consigue entrar primero en la línea meta por una cuarta de ventaja.

—Pareces un poco deprimido, Charley —observa lord FitzHeron al llenar la copa de champán de Egremont mientras almuerzan en su carruaje.

—¡Oh, Santo Dios —dice lord Milford—, piensa solamente en lo que ha conseguido Cockie Graves!

## Capítulo 3

Egremont era el hermano menor de un conde inglés cuyo título nobiliario, que se remontaba a casi tres siglos de antigüedad, le distinguía entre nuestros pares de más alto rango y abolengo, a pesar de que sus antepasados provenían de una condición más memorable que ilustre. El fundador de la familia había sido uno de los ayudantes de cámara de uno de los favoritos de Enrique VIII, y se las había ingeniado para ser nombrado entre los encargados de «supervisar y hacerse cargo de la cesión de las diversas casas religiosas», algunas de las cuales acabaron cediéndose voluntariamente para uso y beneficio del honesto Baldwin Greymount. El rey estaba conmovido por el celo y la diligencia de su comisionado, pues no había ningún otro cuyos informes fueran tan satisfactorios y generosos ni que pudiera deslumbrar a un taimado prior con tanta destreza ni controlar a un orgulloso abad con más firmeza que él. Además, redactaba sus informes no solo de modo que el soberano pudiese digerirlos fácilmente, sino acompañándolos de muchos objetos raros y curiosos con el fin de agradar el gusto de alguien que además de reformador religioso era también un diletante: candelabros de oro, valiosos cálices, en ocasiones un píxide con piedras preciosas; fantásticas cucharillas y patenas, sortijas para los dedos y pendientes para la oreja; y, en alguna ocasión, un manuscrito primorosamente miniado, que era el regalo adecuado para ofrecer a un monarca erudito. Greymount no pasaba desapercibido. Sus servicios eran requeridos y, pronto, ascendió dentro del escalafón de la casa real: fue nombrado caballero y, sin duda, habría jurado su cargo en el Consejo y, a su debido tiempo, alcanzado el puesto de ministro, pero la suya era una ambición discreta que aspiraba más a la acumulación de riquezas que a ocupar un cargo. Sirvió lealmente al rey en todo tipo de asuntos domésticos que requerían un apoderado sin pasiones ni escrúpulos; adaptó sus creencias y su conciencia a la imagen del modelo real, siguiéndolo en todos sus antojos, aprovechó el momento adecuado para obtener diversas concesiones de las tierras monásticas, y se las ingenió para salvar su cabeza y su patrimonio en unos años tan peligrosos.

La familia Greymount, una vez establecida en la tierra, fue fiel a la política de su fundador, y evitó exponerse a la mirada pública durante el turbulento período que siguió a la reforma e, incluso, durante el reinado más pacífico de la reina Isabel, intentó extender sus alianzas más que conseguir los favores de la corte. Pero una vez conseguido que el valor de sus tierras monásticas se multiplicase hasta el infinito, y también el de sus arrendamientos, que se habían administrado con prudencia durante más de setenta años, a comienzos del siglo XVII, le fue concedido a un Greymount, por entonces miembro del consejo regional, el título nobiliario de señor de Marney. Los heraldos pregonaban su distinguido linaje y garantizaban al mundo que, aunque el rango elevado y las extensas posesiones que ahora ostentaba la familia Greymount tenían su origen inmediato en las grandes revoluciones territoriales acaecidas

recientemente, no debía suponerse ni por un momento que los remotos antepasados del Comisionado Eclesiástico de 1530 fueran en absoluto oscuros. Por el contrario, su familia tenía, al parecer, un origen señorial y normando, y su apellido auténtico era Egremont, el cual hicieron consignar en su título nobiliario.

Durante las guerras civiles, los Egremont, aguijoneados por su sangre normanda, fueron nombrados caballeros y lucharon bien en las batallas. Pero en 1688, alarmados por la impresión generalizada de que el rey Jaime pretendía apoyar la restitución a la Iglesia de sus propiedades para destinarlas a sus fines originales —a saber, la educación del pueblo y la atención a los pobres—, el señor de la Abadía de Marney se convirtió en un partidario acérrimo de la libertad «civil y religiosa», la misma por la que Hampden había muerto en el campo de batalla y Russell en el patíbulo. Así pues, se unieron al resto de terratenientes whigs y a otros grandes propietarios de bienes eclesiásticos para apoyar al Príncipe de Orange y al ejército holandés con el fin de reivindicar esos principios populares que, de una u otra forma, el pueblo nunca apoyaría. Aprovechándose de esta última y significativa circunstancia, el abad secular de Marney, que en este caso actuaba como el resto de señores whigs, al mismo tiempo que reivindicaba la causa de la libertad civil y religiosa, mantuvo una devota, leal y, no obstante, secreta correspondencia con la corte de St. Germain.

El rey y gran libertador Guillermo III, a quien lord Marney había traicionado sistemáticamente, otorgó el título de conde inglés al descendiente del Comisionado Eclesiástico de Enrique VIII. Desde ese momento hasta el período en que transcurre nuestra historia, aun cuando ni un solo miembro de la familia Marney había destacado por sus capacidades militares o civiles ni el país les debía un solo hombre de estado, orador o soldado notable, ni un gran abogado o un autor inspirado o eminente, ni un célebre hombre de ciencia, se las habían ingeniado, si no para acaparar una parcela sustancial de la admiración y el cariño de la gente, al menos sí para monopolizar una nada despreciable cantidad de dinero y cargos públicos. Durante los setenta años de casi ininterrumpido gobierno del partido whig, desde la llegada de la Casa de Hanover hasta la caída del señor Fox, la Abadía de Marney había proporcionado una cosecha indesmayable de secretarios privados lords, presidentes lords y tenientes lords. La familia había tenido su cuota correspondiente de concesión de Ordenes de la Jarretera, de territorios y de diócesis, de admirantes sin flota o de generales destinados a luchar solamente en América. Habían brillado en las grandes embajadas cuando tenían a mano secretarios astutos, y una vez habían gobernado en Irlanda, cuando gobernar en Irlanda era distribuir entre unos senadores corruptos la cuota pública del expolio realizado.

Sin embargo, a pesar de este prolongado disfrute de prosperidad inmerecida, los abades seculares de Marney no estaban contentos. Pero no era la saciedad la causa de su insatisfacción, ya que la riqueza de los Egremont podía seguir creciendo, sino el hecho de anhelar más. No deseaban ser primeros ministros ni secretarios de Estado, pues eran un astuto linaje que conocía cuál era la medida de la correa que les ataba, y

a pesar del alentador ejemplo que les ofrecía el duque de Newcastle, les persuadía la convicción de que para un individuo que aspirase a un puesto de tanta responsabilidad y relevancia tener algún conocimiento de los intereses y recursos de las naciones, alguna capacidad para expresar una opinión con propiedad, un cierto grado de respeto por el pueblo y por uno mismo, no eran atributos del todo prescindibles, ni tan siquiera bajo una constitución veneciana. Satisfechos con las estrellas, mitras y sellos de Estado que se les otorgaban periódicamente, la familia Marney no aspiraba al desvergonzado puesto de administrar su riqueza; su aspiración era ascender en el escalafón social, y ascender hasta el puesto más alto. Observaron que más de una de las familias «amantes de la libertad civil y religiosa», las mismas que a lo largo de un siglo habían expoliado a la Iglesia para hacerse con las propiedades del pueblo, y que un siglo después obtuvieron el poder de la corona con el cambio de dinastía, tenían su cabeza coronada por la orla de hojas de fresa. ¿Y por qué esta distinción no podía recaer también en los descendientes del viejo ayudante de cámara de uno de los representantes eclesiásticos del rey Enrique VIII? ¿Por qué no? Es cierto que un agradecido soberano de nuestros días ha estimado que tal distinción es la única recompensa que admitiría por cincuenta victorias; y cierto es también que Nelson, después de conquistar el Mediterráneo, murió sin habersele concedido más que el título de vizconde, pero la casa de Marney, que nunca había ascendido a una alta posición, se contaba a sí misma entre la nobleza de alcurnia y miraba con soberbia a los Pratt, los Smith, los Jenkinson y los Robinson de nuestros degenerados días, pese a que nunca había hecho nada por la nación ni por su buen nombre. ¿Y por qué debían hacerlo ahora? No era razonable esperarlos. La libertad civil y religiosa que les había procurado un generoso patrimonio y una rutilante corona nobiliaria, por no decir nada de la media docena de escaños de dominio familiar que poseían en el Parlamento, debería hacerlos duques sin mayores contratiempos.

Pero las otras grandes familias whigs que habían obtenido esta distinción, y que habían hecho algo más que expoliar su Iglesia y traicionar al rey, cerraron filas en contra de la pretensión de los Egremont. Los Egremont no habían contribuido en nada al trabajo de los últimos cien años a favor de la mistificación política, durante los cuales se había inducido a creer a un pueblo que carecía de instrucción que era la nación más libre e ilustrada del mundo, y se les había instado a despilfarrar su sangre y su patrimonio, a ver su industria debilitada y su fuerza de trabajo hipotecada, con el fin de mantener una oligarquía que no podía fundar su usurpación sin precedentes ni sobre una memoria prestigiosa ni sobre la prestación de servicios en el presente.

¿Cómo habían contribuido los Egremont a este prodigioso resultado? Su familia no había proporcionado ninguno de los hábiles oradores cuya asombrosa retórica había cautivado la inteligencia de los auditorios, ni ninguno de los esforzados patricios cuya entrega a la gestión de los asuntos de Estado había convencido a sus conciudadanos sin privilegios de que gobernar era una ciencia y administrar un arte



que exigía para su cumplimiento y satisfacción el celo y dedicación de toda una clase social. Pero los Egremont nunca habían dicho ni hecho nada digno de ser recordado o tenido en cuenta. Así que, cuando las grandes familias de la Gran Revolución decidieron que ellos no serían duques, la indignación del abad secular de Marney fue inmensa; contó los distritos cuya administración le había sido concedida, consultó a sus primos, y musitó venganza entre dientes. Pronto se le brindaría la oportunidad de satisfacer ese deseo.

A fines del siglo XVIII, la situación del «partido veneciano» estaba en un momento extremadamente crítico. Mientras un joven monarca hacía grandes esfuerzos, aunque siempre inútilmente, por librar a la corona de las trabas que le ponían las maniobras de los *dux* facciosos, más de sesenta años de gobierno especialmente corrupto habían distanciado a todo el mundo de la oligarquía, a la cual nunca le había afectado demasiado lo que pensara la mayoría del pueblo. Ya no se podía ocultar que, merced a una fórmula razonable, se había traspasado el poder de la corona al Parlamento, cuyos miembros eran designados por una clase social sumamente reducida y exclusiva, que no debía responder ante el país, que debatían y votaban en secreto, y que recibían una remuneración periódica del pequeño núcleo de grandes familias que, mediante esta mecánica, se habían asegurado la posesión permanente del patrimonio real. El *whigismo* se pudría ante las narices de la nación; estábamos probablemente en la víspera de una incruenta aunque importante revolución. Cuando Rockingham, uno de los aristócratas virtuosos, alarmado y disgustado, decidió recuperar algo de la pureza cristalina y la energía que tenía la antigua unión whig, hizo un llamamiento a una «nueva generación», atrajo a sus filas a los jóvenes más generosos de las familias whigs, y tuvo la fortuna de contar para su causa con el genio insuperable de Edmund Burke.

Burke hizo por los whigs lo que Bolingbroke había hecho en una época anterior por los *tories*: restaurar la integridad moral del partido. Les enseñó a recurrir a los antiguos principios de su fundación y les imbuyó todo el engañoso esplendor de su imaginación. Elevó el tono de su discurso público e insufló vida a los actos públicos. En su mano estaba hacer más por los whigs de lo que san Juan había hecho por su propia causa. Cuando la oligarquía, que había considerado conveniente acusar a Bolingbroke de ser el ministro asignado al príncipe inglés con quien mantenía una permanente y secreta comunicación, fue obligada por la opinión pública a dar su consentimiento para que se le restituyese en su puesto, añadió al indulto una cláusula, tan inconstitucional como cobarde, por la que se le declaraba incompetente para ocupar un escaño en el Parlamento de su país. Burke, por el contrario, luchó en la batalla al lado de los whigs con un arma de doble filo: él era un gran escritor, pero como orador era insuperable. Cuando escaseaba el talento para hacer política, una distinción que los whigs llevaban a gala haber poseído siempre, Burke respondió al desafío y consiguió que ganaran en el Parlamento y en el país. ¿Y qué recompensa obtuvo? Tan pronto como apareció en escena un joven y disoluto noble, a quien

algunas de las aspiraciones de un César le hacían adoptar con frecuencia la conducta de un Catilina, y que por medio de una ignominiosa deformación de los hechos había llegado a ocupar su posición política, le transfirieron a este el puesto que aquel se había ganado con su sabiduría y su genio, que había defendido con una pericia inigualable, y que había elevado de categoría gracias a una consumada elocuencia. Cuando llegó la hora del triunfo al cual él había contribuido, ni siquiera fue admitido en el Gabinete de Ministros, cuya presidencia ostentaba su ingrato pupilo, el señor Fox, quien había encontrado los principios y la información para atraerse la confianza pública en las generosas sugerencias de su maestro.

La cruel necesidad obligó al señor Burke a someterse al yugo, pero no pudo olvidar jamás la humillación. Sin embargo, la némesis favorece al genio, y el momento inevitable llegaría al fin. Una voz como la del Apocalipsis resonó por toda Inglaterra, y su eco llegó a todas las cortes de Europa. Burke vertió el frasco donde había guardado su venganza sobre el convulso corazón del pueblo; estimuló el pánico del mundo por medio del retrato salvaje de su inspirada imaginación; echó por tierra al rival que le había despojado de su grandeza tan arduamente conquistada; partió en dos a la orgullosa oligarquía que había osado utilizarle e insultarle; y, seguido con servilismo por los más arrogantes y los más tímidos de entre sus miembros, colocó su pie sobre el cuello de la vieja serpiente, en medio del furioso regocijo de su país.

Entre los seguidores whigs del señor Burke en esta memorable defección, entre los Devonshire, los Portland, los Spencer y los Fitzwilliam, se encontraba el conde de Marney, a quien los whigs negarían el título de duque.

¿Cuál era su oportunidad de arrebatarse el éxito al señor Pitt?

Si alguna vez la historia de Inglaterra fuese escrita por alguien que reuniese el conocimiento y el coraje suficientes, cualidades ambas necesarias para la empresa, el mundo se asombraría tanto como cuando leyó la *Historia de Roma* que escribió Niebuhr. En términos generales se han distorsionado todos los grandes acontecimientos, se han ocultado las causas más importantes, nunca aparecen los personajes más importantes, y todos los que figuran son tan mal representados y tan mal comprendidos que el resultado es un completo engaño, y la lectura cuidadosa del relato casi tan provechosa para un inglés como la lectura de *La República* de Platón, *La Utopía* de Moro, las páginas de Gaudenzio di Lucca, o las aventuras de Peter Wilkins.

La influencia de los linajes en nuestros primeros tiempos, de la Iglesia en nuestra Edad Media, y de los partidos políticos en nuestra historia moderna son tres importantes factores que han modificado nuestra historia. Antes de que podamos confiar en un rayo de luz que nos guíe, debemos emprender el estudio de dichos factores con un espíritu infatigable, desapasionado e intenso. Uno de los rasgos notables de las páginas de nuestra historia escrita es la ausencia de algunos de sus protagonistas más influyentes. Apenas un hombre entre un millar, por ejemplo, ha oído hablar de Major Wildman que fue, sin embargo, el alma de la política inglesa

durante uno de sus períodos más memorables de este reino, desde 1640 a 1688, y uno de los más interesantes para comprender esta época, ya que en ese espacio de tiempo hubo que reestablecer más de una vez el equilibrio que iba a decidir, desde entonces en adelante, la forma que iba a adoptar nuestro gobierno. No obstante, aquel hombre fue líder de un partido político derrotado. Incluso, si lo comparamos con nuestros tiempos, a veces se alienta al mismo misterioso olvido a que se cebe lentamente en los personajes que destacan por su talla o importancia política.

Después de 40 años de grandes acontecimientos, el nombre de este segundo Pitt permanece vivo en la memoria. Él fue el Chatterton de la política; el «genio de la lámpara». Algunos tienen la vaga impresión de que su vida fue misteriosamente forjada por Chatham, su abuelo, del cual había heredado su genio, elocuencia y habilidad de estadista. Sin embargo, el ingenio de este fue de distinto cuño, su elocuencia de distinta clase y su habilidad como estadista de otra escuela. Para comprender al señor Pitt, hay que comprender a uno de los personajes que se han suprimido de la historia inglesa, y ese es lord Shelburne.

Cuando el buen juicio del malogrado Bolingbroke, el único par de su siglo que fue educado y proscrito por la oligarquía porque temía su elocuencia tanto como «la gloria y el oprobio de su alcurnia», fue excluido del Parlamento, lord Shelburne encontró desahogo a su ira poniéndose a escribir libros que recordasen al pueblo inglés las bendiciones inherentes a su antigua y libre monarquía, y donde se pintasen con pinceladas memorables su idea de lo que era un rey patriota. Ese espíritu al que él apelaba prendió en el corazón de John Carteret, un whig de origen pero escéptico de las ventajas que entrañaba una constitución patricia que había convertido al duque de Newcastle, que era el más incompetente de los hombres aunque también el líder elegido por el partido veneciano, en el virtual soberano de Inglaterra. Lord Carteret poseía una serie de brillantes cualidades: era intrépido, emprendedor, elocuente, y poseía un conocimiento considerable de la política del viejo continente. Además, era un gran lingüista, un maestro del derecho público, y pese a que había fracasado en su prematuro intento de terminar con el gobierno corrupto de Jorge II, consiguió mantener su influencia relevante aunque subalterna en la vida pública.

El joven Shelburne se casó con su hija. No deja de sorprender que se sepa menos de él que de su suegro; pero a partir de los datos dispersos de que disponemos cabe esbozar el retrato de uno de los ministros con mayor capacidad y mejor gobierno que hubo en el siglo XVIII. Al parecer, lord Shelburne, influido probablemente por el ejemplo y los preceptos tradicionales que le daba su eminente suegro, se distanció desde un principio de la conexión patricia e ingresó en la carrera política como seguidor de Bute, en el primer gran intento que llevó a cabo Jorge III para rescatar la soberanía de manos de lo que lord Chatham denominaba «las familias de la Gran Revolución». Con el tiempo llegó a formar parte de la última administración de lord Chatham, uno de los intentos más extraños y desgraciados de socorrer al nieto de Jorge II en su lucha por la emancipación política. Lord Shelburne adoptó desde un

principio el sistema de Bolingbroke: una auténtica realeza, en vez de una magistratura gobernante; una alianza permanente con Francia, en vez de seguir las directrices de la política whig que veía en ese poderoso país un enemigo natural de Inglaterra; y, sobre todo, un plan de liberalismo comercial, el germen del cual puede encontrarse en las negociaciones de Utrecht, cuyas tesis cosecharon tan malas críticas durante largo tiempo, pero a las cuales, bajo la dirección de lord Shelburne, iban a sumarse en un breve plazo de tiempo toda la ciencia económica europea, un campo en el cual él era experto. Lord Shelburne parece haber tenido un carácter reservado y, en cierta forma, sagaz: era profundo y hábil a la vez que valiente y decidido; y sus conocimientos eran amplios, e incluso profundos. Era un gran lingüista; había llevado a cabo investigaciones científicas y literarias; y su casa era frecuentada por hombres de letras, especialmente por aquellos que habían destacado por sus capacidades políticas o sus logros económicos. Mantenía la correspondencia privada más extensa de cualquier hombre de su época; y recibía informes inmediatos y fiables de todos los tribunales y cortes de Europa. Tanto es así, que era bien sabido que el ministro de turno acudía a él en busca de alguna información cuando el propio gabinete no era capaz de obtenerla. Lord Shelburne fue el primer gran ministro que comprendió la creciente importancia de la clase media, y anticipó que el poder que ostentaría en el futuro sería un baluarte para defender el trono frente a las «familias de la Gran Revolución». No se conserva registro alguno de sus cualidades como diputado, pero hay razones para creer que su capacidad como gestor era inigualable. Sus discursos prueban que su dominio del arte de la oratoria parlamentaria era, si no insuperable, cuando menos notable, y hacían gala de una riqueza y variedad de fuentes de información en los temas que debatía, que no podía compararse con la de ningún otro estadista de su edad, a excepción del señor Burke.

Así era el hombre que había elegido Jorge III como su adalid contra el partido veneciano después del final de la guerra de la Independencia americana. Este partido opuso fuerte resistencia a la consecución de esa guerra, pese a que había sido su propia política el origen de la misma. Cuando fue nombrado primer ministro en la Cámara de los Lores, Shelburne confió el liderazgo en la Cámara de los Comunes a su ministro de Hacienda, el jovial Pitt. Durante el gobierno de este último, que fue breve pero no ignominioso, se logró la paz y, por primera vez desde la Revolución, se debatió la moderna cuestión de cuáles eran los principios legítimos que debían guiar la práctica del comercio, pero sucumbió ante la famosa Coalición con la que «las familias de la Gran Revolución» comenzaron su último y más feroz embate para conquistar el gobierno patricio de la real Inglaterra.

En medio de la virulencia de aquel gran conflicto, el rey, haciendo por segunda vez un uso peligroso de sus prerrogativas monárquicas, entregó la arriesgada jefatura del gobierno a Pitt. Por qué se relegó a lord Shelburne en aquella ocasión seguirá siendo un misterioso episodio de nuestra historia política, pero tampoco tenemos espacio en esta ocasión para intentar ahondar en sus causas. Quizá, el monarca,

sabiendo que Pitt despertaba una creciente simpatía entre su pueblo, intuyó el mágico ascendente que ejercía su juventud para llegar al corazón de la nación. Sin embargo, aquella conjetura no habría sido inútil si, por un momento, nos detuviésemos a considerar qué consecuencias habría tenido para nuestro país que el señor Pitt hubiese accedido a dejar la Cámara de los Comunes al liderazgo de lord Shelburne durante una temporada, y hubiese concedido a Inglaterra el conocimiento inigualable y la habilidad de este estadista para llevar las riendas de nuestro Gobierno durante los convulsos vaivenes de la Revolución Francesa. Lord Shelburne era el único ministro inglés competente para esa tarea, y el único hombre público que tenía el conocimiento previo necesario para extraer conclusiones acertadas en una coyuntura tan difícil. Sus discursos sobre este tema atestiguan la amplitud de sus conocimientos y la exactitud de sus puntos de vista. Y en la derrota que infligió en Jena, o en la agonía de Austerlitz, no puede uno resistirse a imaginar la sombra de Shelburne cerniéndose sobre el consejo de ministros de Pitt, como se dice que hacía de vez en cuando el fantasma de Canning sobre la tribuna del orador, y sonreír sarcásticamente sobre la sarta de escrupulosos mediocres que escupían sobre sus méritos tan duramente conquistados.

Pero la influencia de las ideas de Shelburne puede rastrearse en toda la política del señor Pitt durante sus años más afortunados. Fue la Casa Lansdowne la que familiarizó a Pitt con el doctor Price, un ministro disidente a quien lord Shelburne, cuando asumió la jefatura de gobierno, convirtió en su secretario privado y quien, entre otras importantes sugerencias, había dado al señor Pitt la idea para su primer proyecto de crear un fondo de amortizaciones. Los tratados comerciales del año 87 son del mismo cuño, y se les conoce como el primer intento que realiza un gobierno inglés para emancipar al país de la política de restricciones que había implantado la «gloriosa revolución». Fue una época memorable que introdujo al mismo tiempo en el país una ley de subsidios a la exportación del grano y un Fondo de Deuda Pública. Pero en ningún otro tema fue más evidente la magnética influencia del descendiente de sir William Petty como en la resolución de su discípulo de frenar al partido patricio favoreciendo el acceso de las clases medias al gobierno del país. De ahí el origen de los famosos y malogrados planes de reforma parlamentaria del señor Pitt. ¿Era sincero?, se preguntan aquellos que no pretenden descubrir las causas ni son capaces de calcular los efectos de la gestión pública. ¡Sincero! ¿Por qué? Si estaba luchando por su vida. Y cuando sus planes se frustran, en primer lugar por la oposición del Partido Veneciano y, después, por el pánico que suscitaba el jacobinismo, no tuvo más remedio que renunciar a su objetivo principal, pero se dedicó a intentarlo, en parte, mediante un procedimiento retorcido. Creó una aristocracia plebeya y la mezcló con la oligarquía patricia. Concedió el título de par a hacendado de segunda fila y a ricos ganaderos que reclutó en las callejuelas de Lombard Street y sacó de las contadurías de Cornhill. Cuando el señor Pitt, en una época de restricciones financieras, declaró que todo hombre con una propiedad de

diez mil libras al año tenía el derecho al título de par, doblaron las campanas por la misma causa por la que Hampden había muerto en el campo de batalla y Sydney en el cadalso.

Si hubieran corrido tiempos normales, el discípulo de Shelburne habría elevado el nivel económico de este país a un estado de gran prosperidad, y habría evitado o solucionado muchas de las anomalías que ahora nos desconciertan. Sin embargo, su destino no era gobernar en un período normal. Su capacidad para gobernar era grande y poseía un espíritu de altas miras, pero carecía del talento creativo y de la pasión que requería una época de revoluciones. La Revolución Francesa era su bestia negra, y no tenía forma de saber los efectos que desencadenaría en Europa, porque su conocimiento de la política continental era reducido, y le asistía una diplomacia ineficiente. Su mente se perdía en medio de las convulsiones sociales, de las cuales él apenas podía comprender las causas ni calcular las consecuencias. Puesto que estaba obligado a actuar, no solo actuó con violencia, sino exactamente al contrario de lo que exigía el sistema político que supuestamente estaba llamado a combatir: apeló a los temores, a los prejuicios y a las pasiones de una clase privilegiada; hizo renacer la vieja política de la oligarquía con la que él mismo había acabado, y se lanzó de lleno a todos los excesos ruinosos de la guerra contra Francia y de las finanzas holandesas.

Si estar atento a diferenciar la causa del pretexto fuera un principio saludable de cualquier investigación que se lleve a cabo sobre los acontecimientos históricos, casi no se podría encontrar ningún otro ejemplo en que la aplicación de este principio arrojase resultados tan útiles como el de la invasión holandesa de 1688. La causa real de esta invasión fue financiera. El Príncipe de Orange había averiguado que, pese a ser considerables, los recursos de Holanda no eran suficientes para mantener la destructiva rivalidad que sostenía con el gran soberano de Francia. En una auténtica conversación que ha llegado hasta nosotros entre Guillermo y uno de los principales valedores de la invasión, en la Haya, el príncipe no ocultó sus motivos. Dijo: «Solo una constitución como la que tenéis en Inglaterra puede producir la confianza necesaria para recaudar las sumas de dinero que exige una gran guerra». El príncipe vino, y utilizó nuestra constitución para su propósito: él introdujo en Inglaterra el sistema financiero holandés, basado en hipotecar la industria a fin de proteger la propiedad. En teoría, apenas puede imaginarse una medida más perjudicial, pero en la práctica sus resultados han sido igualmente nocivos para Inglaterra. En Holanda que es, de hecho, una nación de banqueros y posee una pequeña población unida por los mismos fines, este sistema se adaptó a las circunstancias que lo habían creado: si compartían el deterioro del país entre todos, podrían hacer frente a las cargas económicas que les traería el futuro. Y hasta hoy Holanda se sostiene casi únicamente por el gran capital que se creó entonces, y que aún sigue ocioso entre sus diques. Pero, aplicado a un país donde las circunstancias eran completamente distintas, a una población que crecía con rapidez, formada por un campesinado numeroso y una incipiente clase media comerciante, el sistema financiero holandés que se ha aplicado

durante más de siglo y medio ha provocado el empobrecimiento de multitud de personas cautivas y agobiadas. Tampoco han sido menos claras las consecuencias desmoralizantes que este sistema ha tenido sobre las clases más favorecidas: ha convertido la deuda en una costumbre nacional, y al crédito en el principal mecanismo regulador en vez de en una medida excepcional de la gestión pública; ha introducido un espíritu de riesgo, deshonestidad, ambigüedad y dudosa moralidad en la conducta, tanto de la vida privada como pública; y ha instaurado un espíritu de relumbrón, pero vil y ajeno a las consecuencias que acarrea y, además, timorato ante la responsabilidad. Y, para finalizar, ha hecho tanto hincapié en la capacidad del pueblo para hacer frente a los compromisos materiales que había contraído el Estado y la sociedad en su conjunto, que se ha perdido completamente de vista la condición moral del pueblo.

Una aristocracia hipotecada, un comercio exterior fluctuante, una balanza de pagos fundada en una competencia patológica, y un pueblo empobrecido son la suma resultante del daño ocasionado, pero tal vez deberían verse también como las grandes bendiciones que dieron pie a la libertad civil y religiosa. Sin embargo, esta primera parecía depender, en cierta manera, del procedimiento judicial sajón, según el cual nuestros pares debían regirse por las disposiciones recogidas en las grandes cartas normandas, por la práctica y por el estatuto de Habeas Corpus, que es un principio inherente a nuestro derecho común, pero establecido por los Estuardo. No cabe descubrir un aumento de nuestras libertades civiles ni en una lectura atenta de nuestra Carta de Derechos, ni en un examen imparcial de la legislación de aquellos tiempos, donde hay que convenir que disminuyeron nuestras franquicias políticas. Para aquellos que creen de verdad que la nación inglesa —que siempre fue un pueblo religioso y católico, pero antipapista hasta en los días de los angevinos— se encontraba en peligro de volver a caer bajo el yugo del Papa de Roma durante el reino de Jaime II, la libertad religiosa fue tal vez aceptable, pero de hecho tomó el aspecto de una doctrina que anatemizó de inmediato a una gran parte de la nación, prácticamente estableció el puritanismo en Irlanda, y puso los cimientos de los agravios que ahora ponen en peligro al imperio.

Hoy día es difícil creerse seriamente que las maniobras escasamente políticas de Jaime II, el último de los Estuardo, tuvieran otro fin que su impracticable idea de unir las dos Iglesias. Ciertamente, fue culpable de la ofensa de enviar abiertamente a Roma un representante diplomático quien, por cierto, fue recibido por el Papa con gran descortesía. Pero es que Su Majestad la reina Victoria, de cuyo protestantismo no puede dudarse, pues es una de las principales causas de la admiración que le profesamos, tiene actualmente un secreto mensajero en la misma corte. Y en esto estriba la diferencia que separa a ambos monarcas. Sus embajadores trabajan, si bien infructuosamente, con el objetivo de que terminen estas terribles y erróneas interpretaciones políticas y religiosas que han ocasionado tanto martirio y crímenes, de soberanos igual que de súbditos.

Si Jaime II hubiera intentado realmente reestablecer el papado en este país, el pueblo inglés, que no tuvo parte en su derrocamiento, hubiera fomentado y buscado, al margen de cualquier orden arbitraria del extranjero, una «Iglesia católica y apostólica», la misma por la que aún suelen profesar su fidelidad. Y siendo un pueblo práctico, es posible que hubiera podido lograr su objetivo y, aun así, haber conservado sus príncipes autóctonos, circunstancias tales que, de haberse respetado, nos habrían salvado de la triple bendición que nos trajo la política veneciana: un sistema financiero holandés, y dos guerras napoleónicas. Contra estas, en sus días más felices y con el mayor de sus empeños, lucharon los tres grandes estadistas ingleses: Bolingbroke, Shelburne y, en último lugar, el hijo de Chatham.

En un trabajo anterior nos hemos dedicado a esbozar el carácter y la carrera política de sus sucesores, esperamos que no sin algo de la imparcialidad que otorga el hecho de mirar al futuro. Desde la muerte de Shelburne hasta 1825 la historia política de Inglaterra es una historia de grandes acontecimientos y de pequeños hombres. La ascensión al puesto de primer ministro del señor Canning, al que la aristocracia plebeya del señor Pitt había considerado desde un principio como poco más que un aventurero, había sacudido a los partidos políticos por el eje, pero su rápida desaparición de la escena política dejó a *whigs* y *tories* en un estado similar de desorganización. Los principios que caracterizaban a estas conexiones eran ahora difíciles de rastrear. Se respiraba por entonces en Inglaterra ese período de lasitud pública que media entre la ruptura de los partidos y la formación de nuevas facciones. Un sensualista cansado en el trono, que solo exigía reposo a sus ministros, una aristocracia voluptuosa, y un pueblo apático, se contentaban, ante la falta de toda convicción pública y pasión nacional, con dejar el gobierno del país en manos de un gran hombre, cuyo poder de decisión aliviaba al soberano, cuyos prejuicios agradaban a los nobles y cuyos logros deslumbraban a las masas.

El duque de Wellington dio al cargo de primer ministro una reputación inmortal, una cualidad triunfante que casi parece incluir a todas las demás. Su conocimiento de los asuntos públicos era el que cabía esperar de alguien cuya conducta ya formaba parte importante de la historia de su país. Tenía una proximidad personal e íntima con los principales monarcas y estadistas de Europa, y tenía acceso a un tipo de información del que generalmente carecían los primeros ministros ingleses, pero sin la cual hubiera sido impensable la gestión de nuestros asuntos en el exterior. Además, sus talentos para gobernar rayaban al máximo nivel.

El perfil de la época, el carácter del país, las grandes cualidades y el fuerte temperamento del primer ministro auguraban un gobierno largo y próspero. Sin embargo, la única persona de su gabinete que, a partir de una combinación de circunstancias y no de una supremacía intelectual sobre sus colegas, podía rivalizar con él, estaba, en cambio, contento de ser su sucesor. Se trataba del señor Peel. Puesto que era un hombre que, pese a su juventud, ya dirigía la Cámara de los Comunes, no hay razón para sorprenderse de su moderación: en sus momentos de



mayor ambición no soñaba con un puesto mayor. Era tan general la convicción de que el gobierno del duque solo terminaría con el final de su carrera política, que en el momento en que tomó posesión de su cargo, los whigs empezaron a verle con buenos ojos. No se hablaba de otra cosa que de conciliación política, y la fusión de partidos se convirtió en el objeto de chachara de todos los clubes y en el chismorreo de todos los salones.

¿Cómo es posible que un hombre tan conspicuo, con una posición tan magnífica, fracasara tan notablemente? ¿Qué ocurrió para que disolviese el gobierno, hiciera naufragar a su partido, y destruyera totalmente su posición política, de forma que, pese a estar respaldado por su gran trayectoria histórica, solo pudiera reaparecer desde entonces en los consejos monárquicos en una posición subalterna, por no decir ambigua?

Junto a todas esas grandes cualidades que le auguraban un puesto en el cuadro de honor en nuestra historia, quizá no de menor rango que a un Marlborough, el duque de Wellington poseía una falla que fue el obstáculo que llevó al traste su carrera política. Al hacer conjeturas sobre la extraordinaria influencia que ejerció lord Shaftesbury, y tratar de explicarse cómo un estadista de su talla, tan incoherente en su conducta y tan falso con sus partidarios, pudo haber controlado tan férreamente su país, Bishop Burnet hace la siguiente observación: «Su fuerza radicaba en su conocimiento de Inglaterra». Ese es exactamente el tipo de conocimiento que el duque de Wellington nunca poseyó.

Cuando el rey, al darse cuenta de que tenía en lord Goderich un primer ministro que en lugar de decidir recurría a él en busca de consejo, y pensó en el duque de Wellington para que se hiciese cargo del gobierno, algunas personas que podían formarse una opinión de un asunto semejante, percibieron un cambio de orientación en su modo de administrar los asuntos por parte de Su Excelencia. Si nos atreviésemos a utilizar para un hombre como él un adjetivo que definiera su conducta, diríamos que el duque se sintió de alguna forma atemorizado de que se eligiese para ese puesto al señor Canning. Este hecho decepcionó sus grandes esperanzas, frustró sus grandes proyectos y disipó durante un tiempo la convicción que tenía de que él sería el próximo elegido. Su excelencia el duque tuvo la convicción durante mucho tiempo de que, en tanto hombre de su época, su carrera militar no había sido más que una preparación para una no menos ilustre carrera política; y que se le reservaba el control, durante el resto de su vida, de los destinos de un país que le debía en no menor grado su supremacía en Europa. Tras la muerte del señor Canning y la derrota de lord Goderich el duque pudo revalidar estas opiniones.

Napoleón, en Santa Helena, al conjeturar en una conversación sobre la futura carrera de su vencedor, preguntó: «¿Qué hará Wellington? Después de todo lo que ha hecho, no se contentará con quedarse quieto; cambiará de dinastía». Si el gran exiliado hubiese estado más familiarizado con el auténtico carácter de nuestra

constitución veneciana, habría sabido que para gobernar Inglaterra en 1820 no era necesario cambiar de dinastía. Pero el emperador, aunque estaba equivocado en lo principal, acertaba en lo accesorio, pues era evidente que la energía que le había llevado a entrar triunfante dos veces en París, con la que se había granjeado la confianza de los reyes, y le había servido para mediar con los príncipes en Viena, no iba a replegarse bajo un insignificante manto de armiño. El duque comenzó pronto sus tácticas políticas. En el gabinete de lord Liverpool, especialmente durante su último período, se urdieron muchas intrigas. Había, no obstante, numerosos obstáculos, que desaparecieron gracias a los designios del destino, en el cual creía su excelencia: las desapariciones de la escena política tanto de lord Castlereagh como del señor Canning fueron igual de inesperadas. El duque de Wellington fue ministro durante mucho tiempo, y nunca hubo individuo que ocupase su cargo siendo tan consciente de su poder y estando tan decidido a ejercerlo.

No es esta la ocasión para intentar hacer justicia a un tema tan instructivo como la administración de Su Excelencia el duque, aunque si se hiciese con imparcialidad y suficiente información, sería una contribución inapreciable a los anales de nuestro conocimiento político y de nuestra experiencia en tanto país. A lo largo de su breve pero excéntrico y tumultuoso periplo se nos ofrecen continuas pruebas de lo importante que es poseer ese conocimiento «en el que radicaba la fuerza de lord Shaftsbury», pues en 24 meses el duque se granjea la enemistad de la aristocracia sin haberse reconciliado con el pueblo; al mismo tiempo que ofende de igual modo, en dos ocasiones distintas, primero a los prejuicios, y después a las pretensiones de la clase media. El pueblo estaba asombrado de oír que unos estadistas de larga trayectoria parlamentaria, hombres en torno a los cuales se habían concentrado durante años con confianza o al menos con interés las inteligencias de la nación, eran expulsados del gobierno de una forma no impropia del coronel Joyce, siendo sustituidos en sus puestos por soldados de segundo rango, cuyos nombres eran desconocidos para la gran mayoría de la gente, y que bajo ninguna circunstancia hubieran aspirado a un puesto superior al del gobierno de una colonia. Este período político, que comenzó con arrogancia terminó en pánico. Hubo un intervalo de desconcierto durante el cual sucedió uno de los más ridículos ejemplos de un intento de coalición: se promovió el ascenso de los subordinados mientras aún estaban pendientes las negociaciones con sus jefes, y estas negociaciones, que tan torpemente se habían llevado, desembocaron en el resentimiento, de tal manera que a la decepción política se sumó la ofensa personal. Cuando incluso sus parásitos empezaron a parecer sombríos, el duque tenía una receta que era restaurarlo todo, pues tras haber permitido que se escaparan de su control todos los hilos del poder, creía que todo podría recuperar el equilibrio si dictaba una ley de la cerveza. Se oyó el gruñido de la reforma pero no fue demasiado fiero. Sin embargo, aún tenía tiempo de salvarse a sí mismo. Su Excelencia el duque desencadenó una revolución que podría haberse retrasado medio siglo más, y no tenía por qué haber sucedido de un

modo tan grave. Prefirió huir a retirarse. Había comenzado a ejercer su ministerio a la manera del rey Breno y lo había terminado como aquel alto galo que, enviado a asesinar al rival de Sila, tiró el arma ante la impertérrita mirada de su inminente víctima.

Lord Marney se ahorró el dolor de la catástrofe. Ascendido a un puesto de responsabilidad en la administración, y esperando que, con la ayuda de su partido, aún le estuviese destinado el propósito que había heredado de su familia, murió creyendo plenamente en el ducado, venerando al duque y convencido de que finalmente él debería convertirse en duque. Fue una eutanasia desde cualquier punto de vista, pues expiró como inclinándose sobre su varita mágica, y balbuciendo algo acerca de las hojas del fresal.

## Capítulo 4

—Mi querido Charles —dijo lady Marney a Egremont la mañana después del derby, cuando este le comentaba algunos de los incidentes de la carrera mientras desayunaba con ella en su saloncito—, olvidemos a tu díscolo caballo. Te envié una nota esta mañana porque deseaba verte, especialmente antes de que te marchases.

»Las cosas —siguió lady Marney, no sin antes mirar alrededor de la habitación para ver si había duendes escuchando sus secretos de Estado—, las cosas están difíciles».

«De eso no cabe duda», pensó Egremont, mientras veía interponerse el horrible fantasma del día-de-la-reconciliación entre su madre y él mismo. Pero, al no saber realmente a qué se refería, se dedicó a sorber el té, y replicó con inocencia:

—¿Por qué?

—Se disolverán las Cámaras —dijo lady Marney.

—¿Formaremos gobierno?

Lady Marney negó con la cabeza.

—Con los hombres que tienen ahora no ampliarán su mayoría —dijo Egremont.

—Espero que no —dijo lady Marney.

—¿Por qué siempre dices que si se convocan otras elecciones generales llegaremos al gobierno sea quien sea quien disuelva las Cámaras?

—Pero eso era cuando teníamos la corte a nuestro favor —replicó con tristeza lady Marney.

—¿Es que ha cambiado el rey? —dijo Egremont—. Pensé que todo estaba bien.

—Todo estaba bien —añadió lady Marney—. Si viviese tres meses más, expulsaría a esta gente del gobierno.

—¡Si viviese! —exclamó Egremont.

—Sí —afirmó lady Marney—: el rey está muriéndose.

Egremont, dejando escapar lentamente una exclamación, se apoyó en el respaldo de su silla.

—Puede que aún viva un mes —dijo lady Marney—, pero no llegará a los dos. Es uno de los secretos de Estado mejor guardados; solo lo conocen cuatro personas, y yo te lo confío a ti, mi querido Charles, con la absoluta confianza que espero siempre existirá entre nosotros, porque es un acontecimiento que puede afectar enormemente a tu carrera.

—¿De qué forma, mi querida madre?

—¡Marbury! Ya he planeado con el señor Tadpole que tú te presentarás por el distrito centro. Con el gobierno en nuestras manos, como ya predije en las elecciones generales, creo que el éxito es seguro. Con las circunstancias a las que nos enfrentamos, la lucha será difícil, pero pienso que lo conseguiremos; y para mí será un día muy feliz cuando te vea a ti, uno de los nuestros, de nuevo en el Parlamento, mi querido hijo.

—Bien, mi querida madre. Claro que me complacería mucho llegar al Parlamento, especialmente representando al distrito antiguo, pero me temo que la competición será de lo más reñida —dijo Egremont, en tono inquisitivo.

—Oh, no me cabe ninguna duda —replicó lady Marney— de que tendremos algún bribón de la clase media, algún chapista o sastre, o un fabricante de velas, con sus grandes fondos, predicando la reforma y practicando la corrupción, exactamente igual que hicieron los whigs cuando gobernaba Walpole, porque el soborno no se conocía en la época de los Estuardo, pero ahora, como dice el señor Tadpole, tenemos un excelente censo. Y un joven candidato con un apellido con solera puede delatarse —dijo con una sonrisa lady Marney—, pero yo voy a hacer campaña para solicitar votos, y debemos hacer lo que podamos.

—Tengo una gran fe en tu campaña electoral —dijo Egremont—, pero también, al mismo tiempo, en la pólvora y los tiros.

—Son esenciales —dijo lady Marney—. Lo sé, especialmente en estos días de corrupción, pero Marney te los proporcionará, desde luego. Es lo menos que puede hacer para recuperar algo de la influencia familiar y poder ir con la cabeza bien alta. Le escribiré en cuanto encuentre el momento idóneo. Tal vez deberías hacerlo tú también, Charles.

—¿Por qué?, considerando que no he visto a mi hermano desde hace dos años, y que no nos separamos en los mejores términos posibles.

—Pero eso está ya todo olvidado.

—Gracias a tus gestiones, querida madre, que siempre se dirigen a buen puerto y, sin embargo —continuó Egremont, después de un momento de pausa—, no estoy dispuesto a escribir a Marney, especialmente si es para pedirle un favor.

—Bien, yo le escribiré —dijo lady Marney—, aunque no puedo admitir que sea un favor. Tal vez sería mejor que lo vieras tú primero. No puedo entender por qué sigue confinado en la Abadía. Estoy convencida de que en mi época lo encontraba un lugar melancólico. Ojalá te hubieras reunido allí con él, Charles, aunque solo hubiera sido por unos días.

—Bueno, pues no lo hice, querida madre, y ahora no puedo ir. Tengo que confiar en ti, pero ¿tú estás segura de que el rey va a morir?

—Te repito que es cierto —replicó lady Marney en voz baja, pero con un tono decidido—: cierto, cierto, cierto. Pero en este momento no bajas la guardia por ninguna circunstancia en el mundo; no digas ni una sílaba de lo que sabes.

En ese momento un criado entró y entregó una nota a lady Marney, quien la leyó con una sonrisa irónica. Era de lady St. Julians, y corrió hacia nosotros:

Muy Confidencial

Mi querida lady Marney:

Es un informe falso: él está enfermo, pero no corre peligro. Se trata de la fiebre del heno que suele tener siempre, nada más. Se lo diré a su señoría cuando nos encontremos, pero no me atrevo a escribirlo. Le alegrará saberlo, sigo con mi cuadrilla.

Suya muy afectuosamente

A. ST. J.

—Pobre mujer, siempre se equivoca —dijo lady Marney, arrojando la nota a Egremont—. Ese baile a cuatro nunca tendrá lugar, lo cual es una lástima, pues consiste solamente en bellas mujeres e hijos mayores. Debo responderle con una nota —y se puso a escribir:

Mi querida lady St. Julians:

Qué amabilidad la vuestra al escribirme y enviarme noticias tan gratas. No dudo de que vos tenéis razón; siempre la tenéis. Sé que el año pasado padeció de fiebres de asma. Me alegro por vuestra cuadrilla, ¡sería encantador! No dejéis de decirme si oís algo más de su innombrable cuarteto.

Siempre afectuosamente suya

C. M.

## Capítulo 5

Lord Marney dejó varios niños; su heredero era cinco años mayor que su siguiente hijo, Charles, quien por la época de la muerte de su padre estaba en Christchurch y acababa de cumplir el último año de su minoría de edad. Al llegar a esa fecha, recibió la suma de quince mil libras, que era la asignación que le correspondía, un tercio de la cual ya había gastado anticipadamente. Egremont se había criado en medio de toda la clase de comodidades y lujos que pueda brindar el refinamiento y ofrecer la riqueza. Era el niño predilecto de sus padres, que competían entre sí a la hora de rodearle de atenciones y de mimarle. Se le consentían todas las extravagancias y se le satisfacía en todos sus caprichos. Podía montar los caballos que le gustaban y, si se rompía las rodillas, lo que en otro habría sido considerado un error flagrante, en él se tomaba como una prueba de su espíritu temerario. Si no era un completo egoísta y testarudo, sino más bien lo contrario, no era culpa de sus padres, sino más bien el efecto de una naturaleza benevolente que le había otorgado un espíritu generoso y un corazón amable, aunque acompañado de una peligrosa susceptibilidad que hacía de él una criatura a merced del impulso, y que parecía desafiar incluso al tiempo, incapaz de grabar en su ser cualquier noción próxima a la prudencia. El nivel educativo de Eton, durante el tiempo que pasó en él Charles Egremont, no rayaba a la altura en que lo hace actualmente. Se trataba de los meses previos al gran cambio imprevisto que, fuese cual fuese su propósito o sus resultados inmediatos, al menos fue el primer susto que sufrió la pseudoaristocracia de este país. Entonces, todo florecía bajo el sol y los buenos aromas, y ni una brizna de aire perturbaba el esplendor del país del meridiano de Greenwich. Entonces, el mundo no solo estaba hecho para unos pocos, sino para unos muy pocos. Con los dedos de una mano se podían contar las felices familias que tenían a su alcance hacer cualquier cosa y poseer cualquier cosa. La idea que un estudiante de entonces tenía sobre la Iglesia era que nadaba en la opulencia; y sobre el Estado que era un conjunto de circunscripciones electorales corrompidas. No hacer nada y obtener algo a cambio era la idea que se formaba cualquier muchacho de lo que era la carrera de un hombre. No había nada en la suerte de Charles Egremont, y poco en su temperamento, que pudiera hacer de él una excepción a la inmensa mayoría; alegre y confiado, se dejaba llevar por el esplendor de la corriente. Era popular en el colegio e idolatrado en casa; el presente no lo inquietaba, porque el futuro le aseguraba un escaño familiar en el Parlamento en cuanto entrara en la carrera política, además de, a su debido tiempo, un puesto rutilante en la corte, con sus legítimas consecuencias. La diversión, no la ambición, parecían el principio de su existencia. La contingencia de una mitra, la certidumbre de un ascenso no le reconciliaban con el sacrificio personal que, hasta cierto punto, se exigía a un sacerdote, incluso en aquellos tiempos de erastianismo rampante. Dejó las colonias al cuidado de sus hermanos menores, porque la idea que él tenía de una profesión se limitaba al hecho de formar parte del regimiento de un parque de Londres, alternado

con algunas visitas a Windsor. Pero había suficiente tiempo para pensar en estas cosas. Tenía que disfrutar de Oxford al igual que lo había hecho en Eton, donde la pensión que le pasaba su padre era del todo punto excesiva, aunque incrementada por el dinero para gastos imprevistos que le pasaba su madre procedente de los diezmos. Mientras proseguía sus estudios, cazando y montando en barca, conduciendo tándem, disputando competiciones a caballo, desfogándose en la vida crápula de las fiestas juveniles, y dilapidando su fortuna, a riesgo de perderla del todo, en un triste remedo de vida disoluta en la urbe, el ducado, que se suponía iba a ser eterno, de pronto se derrumbó.

La Ley de la Reforma no ha colocado la administración de nuestros asuntos en manos más capaces que las que los gestionaban con anterioridad a esta ley, ya que, con algunas excepciones, la mayor parte de los miembros más eficaces del actual gabinete eran ministros antes de que se estableciese la Ley de la Reforma. Tampoco este estatuto memorable ha creado un Parlamento de más prestigio por sus cualidades —a saber: la capacidad política, la elocuencia y el reconocimiento del pueblo— del que ya ofrecía el antiguo sistema. Por el contrario, una de las cámaras del Parlamento ha sido degradada irremediablemente a cumplir la función de mero tribunal de registro, y se le han otorgado grandes privilegios a condición de que nunca los ejerza. Mientras la otra cámara que, a primera vista, y de forma superficial, muestra síntomas de una vitalidad casi sobrenatural y ha acaparado bajo su manto todos los asuntos del país, observada de cerca, ha asumido de alguna manera las funciones de una junta de administración que desempeña funciones municipales en vez de nacionales. Esta situación ha generado el clamor crítico de millones de personas que no pueden comprender por qué se exige a un senado privilegiado y exclusivo que realice funciones que afectan de cerca a todos pero que gestiona de forma extremadamente personalista, cuando hay muchas personas de ámbitos civiles que podrían cumplirlas de una modo no menos satisfactorio, aunque sin duda menos ostentoso.

Pero aunque la Ley de la Reforma no nos haya proporcionado gobernantes más capaces o un senado más ilustre, puede haber ejercido a largo plazo una influencia benéfica. ¿Ha sido así? ¿Ha elevado el nivel de la conciencia pública? ¿Ha cultivado las sensibilidades populares hacia fines nobles y ennoblecedores? ¿Ha supuesto un mayor desafío para el respeto y la confianza en sí mismo del pueblo de Inglaterra cuya estima estaba completamente degradada desde la fatal introducción del sistema financiero holandés? ¿Quién puede creerlo? Si durante el último siglo y medio el vicio constante de Inglaterra fue el espíritu de una codicia devoradora que arrasó todas las cualidades humanas de la vida, desde la aprobación de la Ley de la Reforma la adoración del resplandeciente vellocino de oro se ha multiplicado por tres. Adquirir, acumular, rapiñar, despojarse unos a otros de las riquezas mediante máximas filosóficas, proponer una utopía consistente solamente en BIENESTAR ECONÓMICO y en TRABAJO, ha sido la incansable tarea de la Inglaterra afrancesada durante los últimos doce años, hasta que el grito de protesta de una



intolerable esclavitud nos ha despertado de esta voraz rivalidad.

¿Podemos concluir, entonces, que el único efecto de la Ley de la Reforma ha sido crear en este país uno más de esos intereses de clase a los que ahora culpamos de haber sido impedimentos para una mejora general? No exactamente. No debe despreciarse la influencia indirecta que ha ejercido la Ley de Reforma, cuyas consecuencias pueden tener al final un gran calado. Con ella los hombres se pusieron a pensar, amplió el horizonte de la experiencia política, hizo reflexionar de alguna manera al pueblo sobre las circunstancias de nuestra historia nacional; destapó algunas anomalías sociales cuyos comienzos no eran tan lejanos como podría pensarse y cuyas causas eran muy diferentes de lo que les había hecho creer la educación que habían recibido; y creó y preparó sutilmente la conciencia de un pueblo para que se pudiera apelar a ella, pero ya sin desesperación, con el fin de disipar los misterios con los que durante cerca de casi tres siglos los escritores del partido han envuelto la historia nacional y sin cuyo esclarecimiento no puede entenderse ninguna posición política ni remediarse ningún mal social.

Los acontecimientos de 1830 no produjeron ningún cambio en el modo de pensar ni en la vida de Charles Egremont. Se dejó guiar políticamente por su madre, que era su referencia constante. Lady Marney era una destacada «estadista» —como llamaron a lady Carlisle en la época de Carlos I—, una gran amiga de lady St. Julians, y una de las más eminentes y declaradas valedoras del ducado. Su primera reacción ante la caída de Wellington, que era su héroe, fue la de quedarse desconcertada por la impertinencia de los adversarios de este, mezclada con algo de orgullosa lástima por su estúpida ambición y su breve carrera. A lo largo de una semana esperó a que Su Excelencia el duque le llamara, e informó a todas las personas de su confianza de que «con esta gente no se podía formar un gabinete». Cuando sonó el toque a rebato de la paz, la reforma y el ajuste económico, ella sonrió amargamente, se apenó por lord Grey, en quien había depositado mejores esperanzas, y les concedió un año de plazo, al tiempo que añadía con consoladora malicia que «sería un asunto que duraría tan poco como el de Canning». Al final se aprobó la Ley de la Reforma y nadie se rio más a gusto que lady Marney, ni siquiera la Cámara de los Comunes, donde fue presentada para su aprobación.

La ley no obtuvo el refrendo de la cámara, y lady Marney dio una gran fiesta para celebrarlo y para compensar a los tenderos de Londres por la pérdida de su futura franquicia. Lady Marney estaba a punto de dejar sus obligaciones en la corte cuando, para su sorpresa, el fogonazo de un cañón anunció la disolución del Parlamento. Se quedó pálida, pues ella conocía demasiado bien los secretos de Tadpole y Taper para llamarse a engaño sobre las consecuencias de ese acto; se hundió en su sillón, y denunció a lord Grey por ser un traidor a su clase.

Lady Marney, que había estado escribiendo a su hijo en Oxford desde hacía seis meses las cartas más encantadoras y divertidas ridiculizando al Gobierno, comunicó a Egremont que la revolución era inevitable, que todas las propiedades se confiscarían

al instante, que se ajusticiaría al pobre rey desilusionado o, en el mejor de los casos, se le enviaría a Hanover, y se llevaría a la guillotina, sin excusa, a la totalidad de la nobleza y a los principales representantes de la alta burguesía y, por supuesto, a cualquiera que tuviera propiedades.

Para Charles Egremont, tanto si sus amigos tenían que abandonar el poder de inmediato como si sus propiedades iban a ser embargadas, la conclusión práctica era la misma: *Carpe Diem*. Por tanto, siguió su carrera en Oxford sin alterar sus planes, y se licenció en 1833. Por ser el hijo menor tenía gustos extravagantes y hábitos caros; tenía reputación de ser un espíritu penetrante aunque aún sin cultivar —pues su formación en Eton había sido bastante pueril y, por consiguiente, no había llegado a fraguar como estudiante—, de poseer numerosas virtudes varoniles, y poseía un porte y un semblante que cautivaban de inmediato y despertaba el afecto de la gente. Un fisiólogo no habría inferido de su aspecto y complexión la carrera que había elegido ni el carácter que tenía. La disposición general de sus rasgos y la expresión de su rostro cuando se encontraba en reposo era pensativa; su frente, bien torneada, poseía un aire de exquisito refinamiento; su boca se movía de una forma amable, y sus vivos ojos marrones brillaban con ternura; una disposición que armonizaba con la dulzura de su voz al hablar.

Los dos años que pasó en los círculos más distinguidos de nuestra sociedad ejercieron un efecto benéfico en la actitud general de Egremont, y puede decirse que remataron su educación. Tuvo el sentido común y el buen gusto de no permitir que su inclinación por los deportes degenerara en el uso de un lenguaje especializado, sino que se dedicó al provechoso y delicado cultivo del trato con la mujer que, como suele ocurrir, dulcificó sus maneras y afiló su ingenio. Era afortunado por tener una madre lista, y él apreciaba este tesoro inestimable. Lady Marney conocía muy bien la sociedad, y entendía bastante de la condición humana, de la cual, se complacía en creer, había desentrañado hasta sus últimos secretos. Se jactaba de su sentido del tacto; y, en efecto, era muy rápida, pero tan enérgica que su arte desaparecía a veces. Avezada como era en las cosas del mundo, no carecía de impulso, pues era una persona animada y hubiera sido sumamente agradable, si no fuese por su infatigable necesidad de resultar ingeniosa; y, sin duda, su influencia social habría sido mucho más determinante si no hubiese estado tan deseosa de demostrarlo. Sin embargo, sus muchos encantos personales —una franca y, sin embargo, cuando era necesario, consumada educación, una mente ágil, una lengua penetrante, un espíritu vigoroso, y una gran posición social— hacían de lady Marney una mujer universal y extremadamente popular, a la que sus hijos adoraban, pues era, ciertamente, una madre verdadera y muy afectuosa.

Cuando Egremont cumplió veinticuatro años se enamoró con auténtica pasión. Al igual que otros, había volado de flor en flor y, al igual que los otros, también se había imaginado que el último perfume era el más dulce para, luego, volar de nuevo. Pero ahora estaba totalmente cautivado. La divinidad era una nueva belleza, el mundo

entero se deshacía en elogios hacia ella, pero Egremont había avanzado: lady Arabella no solo era hermosa, sino que era inteligente y fascinante; su presencia era inspiradora, al menos para Egremont. Ella condescendía a que él le gustase; lo distinguía con su atención, y sus nombres eran pronunciados juntos. Egremont se abandonó a sus lisonjeros sueños, aunque lamentaba no haberse dedicado a una profesión, porque había perjudicado a su escaso patrimonio. Pensó en el amor en una casita de campo, o en arrendar un señorío, pensó en vivir mucho tiempo con su madre y un poco con su hermano; pensó en la ley y en la Iglesia; y una vez pensó en Nueva Zelanda. Siendo un elegido de la naturaleza y de la elegancia, por primera vez en la vida Egremont era consciente de que había algo en su posición social que, por debajo del brillo de su fachada, le pudiera estar reservando, para cuando la juventud se hubiera marchitado y se hubiera apagado el brillo de la sociedad, un destino amargo y temible.

Un cambio doloroso en el comportamiento de su adorada lo despertó de sus sueños. La madre de lady Arabella estaba alarmada. Le gustaba que su hija fuese admirada incluso por los hijos menores cuando estos eran distinguidos, pero solo si era a distancia, y el nombre del señor Egremont salía a relucir con frecuencia asociado al de sus hijas, incluso en un periódico dominical. Era necesario tomar medidas urgentes, y se tomaron. Pese a estar sonriente cuando se encontraban, y aun amable cuando conversaban, parecía, por alguna clase de destreza mágica que dejaba perplejo hasta a Egremont, que sus encuentros eran cada vez más espaciados, y las oportunidades para mantener una conversación menos frecuentes. Al terminar la temporada, lady Arabella seleccionó entre una multitud de admiradores igualmente cualificados a un joven par con un gran patrimonio y perteneciente a la «antigua nobleza», circunstancia que, habida cuenta de que su abuelo solamente había llegado a director de *East India*, era muy gratificante para la novia.

Esta desafortunada pasión de Charles Egremont, junto con sus mortificantes circunstancias y consecuencias, fue nada más que el primer golpe de su vida, el cual, como nos ocurre a todos, le hizo pensar por primera vez. Todos hemos experimentado la descorazonadora catástrofe de ver desvanecerse nuestras ilusiones por primera vez, y escuchar cómo nuestra desengañada imaginación o nuestra castigada vanidad nos confiesan que no somos ni infalibles ni irresistibles. Por fortuna, las primeras lecciones que nos brinda la experiencia se destinan a esta primera fase de la juventud, y pese a lo amargo y doloroso que resulta el primer desengaño para nuestros jóvenes sentimientos, el impulso vital de la primera juventud impide que nos amilanemos. Generalmente, nuestros primeros arañazos nos conducen a nuestro primer viaje. La decepción requiere un cambio de aires, la desesperación un cambio de escenario. Egremont abandonó el país para volver más adelante, tras un año y medio de ausencia, convertido en un hombre más sabio. Tras haber dejado Inglaterra entristecido y haber probado ya, con una tolerable libertad, los placeres y las frivolidades de la vida, su estado de ánimo no era poco adecuado para observar,

explorar y reflexionar. Los nuevos objetos que lo rodeaban excitaban su inteligencia; se encontró con hombres notables, que es uno de los principales alicientes de un viaje, cuyas conversaciones abrieron su mente, y valía la pena que se abriera. Se empezaron a despertar en él impulsos de los cuales no era consciente, y su curiosidad recién despierta lo condujo a investigar y a leer; descubrió que, aunque imaginaba que su educación ya estaba completa, en realidad no había comenzado; y aunque había ido a la escuela pública y a la universidad, en realidad, no sabía nada. Pero ser consciente de que uno es un ignorante es un gran paso para llegar al conocimiento. Ante un intelecto emancipado y una inteligencia en desarrollo, el gran sistema de las buenas costumbres y de los buenos sentimientos entre los que él había nacido y se había criado, empezó a venirse abajo. La generosidad natural de su corazón retrocedió al volver a llevar de nuevo una vida arrogante y frígida, desprovista por igual de auténtica compasión y grandeza.

A principios de la primavera de 1837, Egremont volvió a entrar en el mundo donde había brillado con luz propia y que una vez concibió para abarcar dentro de su circunferencia todo lo que podía ocupar o interesar a un hombre. Su madre, encantada de acogerlo de nuevo bajo su techo, había acabado con algo de la antigua frialdad que existía entre él y su hermano mayor; su antigua amiga le recibió con cordialidad y le presentó a los nuevos héroes que habían surgido durante el tiempo que había durado su ausencia. Aparentemente, a Egremont no le desagradaba la idea de seguir, aunque sin vehemencia, la misma carrera en la que había participado. Frecuentaba las asambleas y se dejaba caer por los clubes; montaba a caballo en el parque, y se paseaba perezosamente por los salones de la ópera. Pero en una cosa era distinta su existencia antes y después de los viajes: ahora era consciente de que quería algo; y siempre estaba meditando sobre la acción, aunque aún desconocía cómo actuar. Tal vez fue este deseo de que tiraran fuertemente de él, o tal vez fue la distracción, lo que lo condujo de nuevo a las carreras. Era un fin que le parecía más real que la vida de los salones, llena de afectación, ideas pervertidas y pasiones sectáreas. Fuese lo que fuese lo que impulsó a Egremont, sin duda no era precisamente el Derby lo que le interesaba y, aunque no carecía en absoluto de conocimiento sobre los misterios de la hípica, confiaba tanto en sus informantes que, con su ardor habitual, apostó una considerable cantidad por el caballo que debía haber ganado, pero que, sin embargo, llegó a la meta en segunda posición.

## Capítulo 6

A pesar de la certeza de lady St. Julians, y de la calidad inigualable de su información, la salud del rey no mejoraba; aun así era el asma y solamente el asma. Se había permitido que se filtrase la noticia en la Corte Circular de que «Su Majestad había estado ligeramente indispuerto durante los últimos días», pero enseguida le siguió la confirmación de que la resolución preferida y largamente madurada de Su Majestad de dar un banquete de Estado a los caballeros de las cuatro órdenes nobiliarias, iba a llevarse a efecto inmediatamente. Lady St. Julians fue la primera en saber la noticia de esta importante circunstancia, que confirmó su convicción original de seguir con su baile cuatrillo. Egremont, que se jugaba también algo importante, se quedó asombrado al conocer la noticia y la inconvencible fe de lady St. Julians. Consultó a su madre; lady Marney negó con la cabeza.

—¡Pobre mujer! —dijo lady Marney—, siempre se equivoca. Y —colocando su dedo en el labio continuó— ese tal príncipe Esterhazy ha estado presionando para que se le concediese la Gran Cruz desde hace tiempo, a fin de poder asistir como invitado a esta misma cena, pero se le comunicó que era imposible porque la salud del rey no lo resistiría. Así que cuando es imposible una sencilla condecoración, menos probable aún es que sea posible celebrar una cena de Estado. No; es un gran golpe para todos nosotros, pero no sirve de nada cerrar los ojos al hecho de que a nuestro pobre y querido rey no lo volveremos a ver vivo.

Y aproximadamente una semana después de suceder esto, apareció el primer boletín. Desde ese instante, la ávida multitud empezó a analizar los partes diarios con preocupado detenimiento, y sus esperanzas, especulaciones y proyectos variaban de una frase a otra. Para los ya iniciados no había suspense, pues todos sabían que se había terminado, y lady St. Julians, dejando a un lado su cuatrillo, empezó a buscar sitios en el Parlamento para sus hijos.

—Qué tranquilidad da tener una madre lista —exclamó Egremont mientras ponderaba los ingresos que le había devuelto su agente electoral.

Lady Marney, debidamente advertida de la inminente catástrofe, se beneficiaba de todas las ventajas de tener información con anterioridad. Le encantaba encontrarse con lady St. Julians cuando iba alocadamente en su carruaje de un sitio a otro de la ciudad, llamando a los clubes, reuniéndose a puerta cerrada con los burócratas, haciendo combinaciones ingeniosas que no iban a funcionar, por medio de las cuales iba a presentar a alguno de sus hijos en coalición con algún rico advenedizo, con el fin de no pagar ninguno de los gastos, pero entrar los primeros. Y durante todo este tiempo, lady Marney, serena y sonriente, tenía el placer cotidiano de confiarle a lady St. Julians el alivio que le producía que Charles hubiera asegurado su puesto. Lo habían planeado durante las últimas semanas, «pero claro, ya sabes —concluyó lady Marney, con una voz dulce y una mirada lisonjera—, nunca me creí el rumor de que tenía asma».

Entretanto, el inminente acontecimiento cambió la atmósfera de todo el mundo político. Un rey que moría antes de los nuevos censos electorales era uno de los mayores golpes que recibía el pseudotorismo desde que Su Majestad, tras llamar a un simón para que le llevase al Parlamento, disolvió las cámaras en 1831. Los Tadpole y Taper habían calculado que si sir Robert disolvía el Parlamento después del censo electoral de 1837 obtendría una clara mayoría en las elecciones, tal vez no excesivamente amplia, pero suficiente para gobernar. Sería una mayoría manipulable que, con unos veinticinco o treinta hombres, y un probable liderazgo de la nobleza, con dos o tres personas moviendo los hilos, media docena de baronías, los derechos de aduana para sus diputados y los bailes para entretener a sus esposas, podría ser persuadida de salvar al Estado. ¡Oh, Inglaterra, antiguo y glorioso reino, qué extraños son los destinos de tu política! La sabiduría de los sajones, el valor de los normandos, el buen hacer de Estado de los Tudor, la política matrimonial de los Estuardo, el espíritu de los Güelfos pugnando contra el cautiverio de su soberanía; estas son las nobles cualidades que durante mil años han garantizado el progreso del país. Y, ahora, todas tus memorables dinastías acaban en el gobierno propagandista de unos treinta anónimos y desconocidos mercachifles deshonestos. Al menos los Treinta de Atenas eran tiranos, hombres de carne y hueso, pero la oscura mayoría que bajo la presente constitución está llamada a gobernar Inglaterra es tan secreta como un cónclave veneciano. Sin embargo, todo depende de sus oscuras voces. ¿Por qué no provocar o impedir que se adopte alguna gran medida que pueda afectar los destinos de millones de personas en el futuro, y el futuro carácter de las personas; digamos, por ejemplo, un plan de educación nacional? El ministro debe repartir el expolio realizado al clan de los analfabetos, que es la escoria que flota en la superficie de un partido político, y no ceder ante la perspectiva de recibir honores, que son de verdad honorables cuando, tras transmitirse el cargo, se recibe el brillo del reconocimiento, cuando son el obsequio que honra la virtud ejercida en el servicio público, y la distinción que premia la valía y el talento. Pero es imposible que el sistema de los treinta pueda prosperar durante mucho tiempo en una época de búsqueda y convulsiones como es la actual. Un sistema así puede ir bien al equilibrio de intereses y a la alternancia periódica de las facciones rivales de la oligarquía en el ejercicio del poder, pero solo puede subsistir si se subordina al soberano a dicho poder y se degrada a la multitud; no puede funcionar en una época cuyo espíritu pronto demostrará que el poder y el pueblo son ambos divinos.

—No puede durar diez días —dijo un secretario conservador del Tesoro, con una mirada triunfante al señor Taper cuando se encontraron en Pall Mall—. Ustedes van a dejar el poder de todas todas.

—No esté tan seguro de sus posibilidades —añadió desesperado el consternado Taper—. Que nosotros salgamos no significa que ustedes tengan que entrar.

—¿Qué insinúa?

—Existen personas como lord Durham en el mundo —dijo el señor Taper, muy

solemnemente.

—¡Bah! —replicó el secretario.

—Le parecerá una tontería —añadió el señor Taper—, pero si tenemos un gobierno radical, como espero y deseo, no tendrán energías para hacer lo que hicieron en el 31, y con la cuestión de la Iglesia, la del grano y la de la reina consorte, ya podemos gritar tan alto al país como otras personas.

—Yo voy a apoyar a Melbourne, contra lo que indican ahora los pronósticos —dijo el secretario.

—Lord Durham cenó en Kensington el jueves —dijo Taper—, y no había presente ni un solo whig.

—Ay, Durham habla muy bien a la hora de la cena —puntualizó el secretario—, pero no tiene una auténtica intención de gobernar. Cuando sea Príncipe de Gales, lord Melbourne nombrará a Durham jefe de la Casa Real, y eso lo mantendrá tranquilo.

—¿Qué ha oído? —dijo el señor Tadpole, uniéndose a ellos—. Me han dicho que se habían burlado de él.

—No se haga ilusiones —dijo el secretario.

—Bien, ya veremos lo que dicen en los discursos electorales —observó Tadpole, con un tono audaz.

—¡Quién tiene miedo! —dijo el secretario—. No, no, mi querido amigo, está cansado. Vale la pena luchar por el triunfo, y no crea que estamos tan abatidos que vamos a perder la carrera por falta de maniobras. Sus censos fraudulentos no servirán de nada en este nuevo reinado. Le digo que nuestros grandes hombres quieren llegar hasta el fondo; tenemos a Croucher, denunciaremos al Club Carlton y a toda la corrupción que hay en el reino y, si no es bastante, juraremos hasta que se nos caiga la lengua que el rey de Hanover está implicado en una trama para derrocar a nuestra joven reina.

Y el triunfante secretario se despidió de los honorables pares deseándoles un buen día.

—Ciertamente la causa que defienden es noble —dijo Taper en un tono lúgubre.

—Después de todo, los censos podrían ser peores —confirmó Tadpole—, pero aun así es una baza muy buena.

Los partes diarios se hicieron más significativos. Evidentemente, la crisis estaba servida. En cualquier momento la disolución del Parlamento iba a causar una gran agitación, pero si se combinaba con un nuevo reinado, inflamaría las pasiones de todas las clases sociales del país entero. Incluso los pobres depositaron en él sus esperanzas, pues aún perduraba la vieja y saludable superstición de que el soberano podía ejercer su poder, y la sufriente multitud estaba dispuesta a creer que en cualquier momento acabaría revelándose la condición taumatúrgica del rey. En cuanto a la aristocracia, la llegada de un nuevo reinado la había sumido en un estado de confusión; una asombrosa visión de pequeñas coronas, estrellas y lazos, sonrisas y cargos en la corte se les aparecía en sus especulaciones de mediodía y en sus sueños

de medianoche. En este caso, no debemos olvidar las numerosas instancias donde se consideraba que el acontecimiento inminente iba a brindar la oportunidad, largamente acariciada, de conseguir una distinción, o iba a confirmar la decepción que se temía desde hacía tiempo. Se contaban por centenares, tal vez por miles, las personas que pretendían entrar en el Parlamento, pero tan solo unos pocos los que temían salir. Y es que ¡qué cambio tan brutal representaba pasar de almorzar en la calle St. James a deambular por los muelles de Boulogne; o que, tras haber cenado en Brookes y tomado el resopón en Crockfords, merced a una amistosa intercesión le envasen a uno en misión oficial a hacer compañía a los marsupiales del río Sidney o del río Swan!

Ahora era el momento para que los hombres que tenían una queja que formular, dieran un paso adelante, siquiera por haber gastado su dinero en la causa del partido aunque nadie se lo hubiese pedido. Nunca escribieron en nombre del partido ni hablaron en nombre del partido ni dieron a su partido ningún otro voto salvo el propio, pero ahora iban a exigir que sus quejas se atendieran, ya fuese por medio de la concesión de un comisionado de cualquier cosa o de un consulado en cualquier lugar, ya que, de lo contrario, estarían dispuestos a tomarse el asunto como una ofensa personal. Pese a que alguna vez tuvieron como objetivo el Consejo del Reino ahora, sin embargo, se contentarían con un cargo hereditario y, si no pudieran obtener ninguno, aceptarían para su hijo el puesto de empleado en el Tesoro. Tal vez consigan eso en el futuro, pero en la actualidad les rechinan los dientes cuando consiguen arrancar un puesto como oficial aduanero o cuando a duras penas han contribuido a transformar su puesto de cobrador de impuestos en uno de inspector de cobros. Y es que no hay nada como pedir, salvo rechazar.

¡Oíd! ¡Cómo doblan las campanas! Es el final. La gran campana de la catedral de la ciudad anuncia la muerte del último hijo de Jorge III, cuyo reinado perdurará en Inglaterra. Él era un buen hombre, con sus sentimientos y sus simpatías, con más habilidad que cultura, con sentido del deber, y con una idea aproximada de lo que debería ser el carácter de un monarca inglés; ¡que su espíritu descanse en paz! Ahora somos convocados a otra escena.

Tiene lugar en el jardín de un palacio, no en un presuntuoso torreón, orgulloso de su reputación mas oscurecido por el agravio del tiempo, ni alrededor de la pira funeraria de un rey, iluminada por el esplendor de la corte pero corrompida por las intrigas de las camarillas y los cortesanos. En dicho jardín de palacio se dan cita la juventud, la inocencia y la belleza, porque allí una doncella escucha la voz que le dice que va a ser reina.

El Consejo de Inglaterra es convocado por primera vez en su residencia campestre. Allí se han reunido los preladados, los capitanes y los principales hombres del reino; los sacerdotes de la religión que consuela a los héroes de la espada conquistadora; los fervientes partidarios del modo de proceder que ha decidido el destino de los imperios; hombres encanecidos por el pensamiento, el prestigio y la



edad, que son los fervientes partidarios de los misterios divinos, que se han medido en la batalla con los ejércitos de Europa, que han trabajado en los gabinetes secretos, que han luchado en las más ingratas refriegas de las juntas directivas con aspiraciones; hombres también, algunos de ellos, que son señores de mil vasallos y propietarios de provincias. No hay uno solo entre ellos cuyo corazón no tiemble ante la presencia, por primera vez, de la joven soltera que ahora va a ascender al trono.

La estancia que es un mar de plumas, estrellas rutilantes y fantásticos vestidos se llena del murmullo de una conversación atenuada que intenta disimular la emoción que sienten algunos de los más grandes de estos hombres desde que han conocido la noticia. ¡Silencio! El pórtico de entrada se abre. El silencio es tan completo como el de un bosque a medianoche ¡Ahí viene! VICTORIA sube al solio, ayudada por un momento por la reina madre y por las damas de su cortejo, que hacen una reverencia y luego se retiran. Es una joven que se encuentra por primera vez y sola en medio de una asamblea de hombres.

Con una voz dulce y trémula, y con un rostro sosegado, que indica más el sentido de entrega de su augusta tarea que la ausencia de emoción, la REINA toma posesión del trono que ostentaron sus antepasados, y anuncia con humildad su esperanza de que la divina providencia vele por el cumplimiento de tan alto honor.

Los prelados y los capitanes y los principales hombres del reino se acercan al trono y, arrodillándose ante ella, hacen votos de fidelidad y le juran lealtad y honra a su supremo cargo; lealtad a la mujer que va a gobernar sobre unos territorios que no pudo conquistar el gran Macedonio y sobre un continente cuya extensión no habría soñado ni Colón; lealtad a la reina de todos los mares y naciones repartidas por todos los continentes.

Mas no hablaré aquí de estas naciones, sino de otra que está más cerca del escabel en el que apoya el pie la reina, y que en este momento dirige sus ojos hacia ella con anhelo, con afecto, quizá, con esperanza. Esta mujer desprende un aire de serena belleza, y tiene la sangre y la hermosura de los sajones. ¿Podrá su digno destino traer al fin el alivio que merecen los millones de seres sufrientes de este país?; ¿y sabrá su dulce mano, que es fuente de inspiración para los trovadores y caballeros en busca de galardones, liberar a los sajones de los últimos eslabones de las cadenas que les esclavizan?

FIN DEL LIBRO PRIMERO

# Libro II

# Capítulo 1

El edificio que todavía se llamaba Abadía de Marney, aun visto desde el lejano emplazamiento del antiguo monasterio, era una amplia estructura erigida durante los últimos años del reinado de Jaime I, en el estilo señorial y pintoresco de la época, y ubicada en un elegante promontorio, en el centro de un extenso parque bien arbolado. De su fachada sobresalían dos alas de iguales proporciones de modo que su planta formaba un dibujo cuadrangular menos en una de sus alas. Sus antiguas celosías habían sido reemplazadas por las actuales ventanas que, aunque útiles, no armonizaban mucho con la estructura original. No obstante, sí se había conservado la vieja puerta de entrada en el centro del edificio, un maravilloso ejemplar de madera labrada donde se habían tallado fabulosas columnas jónicas de roble negro, profusamente adornadas con frutas, flores, cabezas de venados y silvos. El edificio estaba coronado por un frontón de considerables dimensiones que, a primera vista, parecía un trabajo imaginativo y libre, pero que, examinado más de cerca, mostraba en letras gigantes el escudo de la casa de Marney. El portal de entrada daba a un vestíbulo de los que ya apenas se encuentran; con el pabellón, la galería y el dispensario de bebidas, todo labrado en madera de roble negro y en perfecto estado. El lujo moderno y el gusto refinado de la esposa del último dueño habían hecho de la Abadía de Marney un lugar tan conocido por sus comodidades y su amable hospitalidad como por el esplendor con que se conservaba su antigüedad. Las habitaciones se habían amueblado, en general, con toda la desenfadada naturalidad y esplendor de las modernas mansiones de los nobles, pero aún se conservaba el pabellón principal del siglo XVII, que se utilizaba en las grandes ocasiones como salón para recepciones oficiales. Para llegar a él había que subir por la escalera principal y atravesar un largo corredor que ocupaba toda la longitud de una de las alas del edificio. Medía unos trescientos metros de largo y ciento cincuenta de ancho, y de sus paredes colgaba una colección de cuadros de temas históricos; tenía alfombras de Axminster, secreteres y mesas labradas, y una variedad de sillas informales, agrupadas con ingenio, que le otorgaban a esta cámara palaciega un aire vivo y hospitalario.

Pese a que lord Marney era varios años mayor que Charles Egremont, era todavía un hombre joven y guapo. Ambos hermanos guardaban un parecido general, pero la expresión de sus rostros era enteramente diferente. Compartían la misma altura y un aire de familia en sus rasgos, pero el parecido acababa aquí. El rostro de lord Marney revelaba la naturaleza de su mente, pues era cínico, sin sentimientos, arrogante, literal, duro; carecía de imaginación y había agotado un ligero sentido de pertenencia a su tierra, pero era impresionable, problemático y firme hasta la obstinación. Aunque su educación básica había sido muy imperfecta, había leído bastante, especialmente de literatura francesa. Su formación intelectual se la debía a Helvecio, cuyas teorías creía irrefutables, y era el único en quien confiaba. Armado con los principios de su

gran maestro, creía que podía pasar por la existencia con un blindaje inquebrantable, y siempre daba la impresión de ser un hombre consciente de que en los asuntos de la vida respetaba a quien le intentase engañar, aunque más bien el movimiento de su ojo frío y distante desaconsejaba intentarlo.

Nunca hubo una excesiva cordialidad entre los dos hermanos, ni siquiera cuando eran muchachos, y poco después de que Egremont se emancipase, se habían distanciado. Ahora iban a encontrarse de nuevo por primera vez desde el regreso de Egremont del continente. Su madre había dispuesto la reconciliación. Iban a encontrarse como si los malentendidos nunca hubieran existido entre ellos. Lord Marney había estipulado expresamente que no se montase ninguna «escena». Apercebido de la inminente llegada de Egremont, ese día lord Marney tuvo buen cuidado de demorarse hasta tarde en los tribunales en causas sin importancia. Llegó a casa apenas unos minutos antes de que se anunciase la hora de la cena, donde encontró a Egremont, dispuesto a achicar el agua de cualquier desbordamiento sentimental que pudiese surgir en el vicario de Marney, y en compañía no solo de la condesa y una joven señora que pasaba unos días con ella, sino de un tal capitán Grouse. El capitán Grouse era una especie de ayuda de campo del conde, que cazaba pájaros y los desplumaba, que jugaba al billar con él y perdía, y que tenía todas las cualidades que podían agradar a una mujer o serenar a un hombre, ya que sabía cantar, bailar, dibujar, hacer moscas artificiales, montar a caballo, supervisar a los mayordomos y administradores, y encargarse de todo con el fin de hacer la vida confortable a todo el mundo.

Lady Marney había recibido a Egremont de un modo que expresaba la extrema satisfacción que experimentaba al verlo de nuevo bajo el techo de su hermano. Él habría preferido que al llegar lo hubiesen llevado directamente a sus habitaciones, pero un mensaje que le fue entregado enseguida expresaba el deseo de su cuñada de verlo de inmediato. Lo recibió calurosamente y a solas. Ella era hermosa y dulce como mayo. Su rostro irradiaba luz y era delicado al tiempo; tenía el pelo castaño y sus ojos eran grandes y azules; y pese a que aún no era madre, tenía la dignidad de una matrona mezclada con la timidez vacilante de una niña.

Egremont se sentía contento de volver a reunirse con su cuñada en la sala de estar antes de cenar. Se sentó a su lado y, en respuesta a las preguntas de ella, le hizo un relato de sus viajes. El vicario, que era de un ínfimo extracto clerical, movía la cabeza con displicencia hacia el joven amigo de lady Marney, que se estaba explayando sobre las excelencias de los cuentos del señor Paget, al mismo tiempo que, al fondo, el capitán Grouse, con un alzacuellos blanco muy rígido, pantalones muy ceñidos para resaltar sus celebradas piernas, medias transparentes y lustrosos zapatos, hacía posturas, con un celo próximo al entusiasmo, a fin de enseñar al perro de aguas de lady Marney a pedir las cosas. Cuando la puerta se abrió, entró lord Marney, no estaba solo; como si necesitase una doble garantía, iba acompañado de un magistrado colega y vecino, sir Vavasour Firebrace, un baronet de los primeros, y de un señor de

gran familia y propiedades.

—¡Bien, Charles!

—¿Cómo estás George?

Y los dos hermanos se estrecharon las manos.

Es la manera inglesa, y si hubieran sentido la inclinación de caer uno en los brazos del otro, probablemente no habrían hecho más.

Unos minutos después se anunció que la cena estaba servida y, así, confiado en que no se produciría ninguna escena, con un apetito considerable, y rodeado de platos que podían satisfacerlo con deleite, un vago sentimiento fraternal empezó a agitarse en el pecho de lord Marney. Realmente contento de volver a ver a su hermano, recordó los días en que ambos montaban en poni y jugaban al críquet. Su tono de voz se suavizó; sus ojos se encendieron y, finalmente, exclamó:

—Sabes, viejo camarada, me hace bastante feliz verte aquí de nuevo. ¿Vamos a tomarnos un vaso de vino juntos?

El corazón más tierno y el espíritu más susceptible de Egremont estaban sobre aviso para responder a este despliegue sentimental, por superficial que fuese, pues ciertamente, por muchas razones, volver a encontrarse una vez más en Marney le producía una considerable emoción. Se sentó junto a su dulce cuñada, a la que parecía agradarle la inusitada cordialidad de su marido, y estaba deseosa de secundar cualquier indicio de buenos sentimientos de su parte, dispensándole toda clase de amabilidades.

El capitán Grouse era extremadamente perseverante en sus opiniones, y el vicario, que era de los respetuosos, estaba de acuerdo con lady Marney en la importancia de los colegios para niños, pero retiró su opinión cuando lord Marney expresó su deseo ferviente de que nunca se crearan ese tipo de escuelas en su vecindario. Sir Vavasour era más que de mediana edad, bien parecido, caballeroso, pero en ocasiones tenía un aire ausente que apenas casaba con el talante franco y espontáneo que se adivinaba en su frente despejada, su tez rojiza y sus ojos azules. Así pues, a lord Marney, que hablaba bastante, aunque de forma dogmática y argumentativa, le era difícil encontrar un opositor, pero se quedaba a la espera de cualquier hueco en la conversación para intervenir con una admirable agilidad. Ni siquiera el capitán Grouse podía escapar a él pues, si era necesario, lord Marney podía llegar a poner en duda sus procedimientos para la fabricación de moscas artificiales. El capitán Grouse cedió, aunque tardó en hacerlo, porque era consciente de que la pasión de su noble amigo por la controversia iba a la par que su amor por la conquista. En cuanto a lady Marney, era evidente que, no careciendo de talentos considerables e, incluso, de una inteligencia extremadamente cultivada, el talento para la controversia de su marido había amedrentado completamente sus encantos conversacionales, y nunca hacía una propuesta de la que no pudiera desembarazarse pronto para evitar así el conflicto con una graciosa aquiescencia. Por otra parte, el vicario, que era un huésped habitual, desaparecía refugiándose en el silencio, pero el conde, especialmente cuando estaba

solo, conseguía «sacarlo», como él decía y, una vez la presa fuera de su escondrijo, con un grupo tan habilidoso no había que temer ninguna mala caza. Cuando todos habían sido reducidos al silencio, lord Marney renunciaba a la controversia, y asumía un papel positivo. Elogiaba la nueva Ley de Pobres, que afirmaba iba a ser la salvación del país, siempre que «se aplicase» siguiendo el espíritu con que se había creado en el sindicato de Marney, pero luego añadía que no había ningún distrito salvo en su sindicato en que se cumpliera dicha ley. Tenía una postura extremadamente combativa contra el arrendamiento de tierras, y analizaba el sistema con despiadado sarcasmo. No carecía de información sobre las nuevas doctrinas de los economistas, e incluso estaba a favor de aplicarlas en todos los terrenos, excepto en el de la propiedad de las tierras, cuyo estatuto en su opinión estaba claramente «fundado sobre bases distintas» a la de cualesquiera otros intereses. Excepto un arriendo, no había nada que él odiase más que un cazador furtivo. Aunque en el catálogo de sus aversiones tenían también un lugar preferente sus prejuicios contra el clero; en este caso llegaban a la acritud.

Aunque no había un solo hombre sobre la tierra al que le repugnase tanto las subscripciones de todo tipo, a lord Marney le encantaba ver su nombre entre los contribuyentes de todas las instituciones protestantes. El vicario de Marney, al que se había presentado él mismo, era su modelo de sacerdote, porque dejaba a todo el mundo en paz. Una vez, bajo la influencia de lady Marney, el respetable vicario se había entusiasmado en una enérgica defensa del celo de los curas de base; iba a celebrarse una conferencia, las escuelas tenían que remodelarse y se iban a repartir algunas zonas de tierra, pero lord Marney atajó todo esto enseguida.

—No quiero maquinaciones clericales en Marney —dijo el noble propietario de las tierras de la abadía.

—Deseaba realmente venir y hacer campaña por ti —dijo lady Marney a Egremont—, pero a George no le parecía bien.

—Cuanto menos intervenga la familia, mejor —dijo lord Marney—. Por lo que a mí respecta, me alarmé cuando oí que mi madre había salido a hacer campaña.

—¡Oh, mi madre hizo maravillas! —dijo Egremont—, nos habrían derrotado sin ella, hasta el punto de que, a decir verdad, tiré la toalla en el momento en que colocaron a su hombre. Antes de eso les llevábamos una ligera ventaja, pero en cuanto él llegó, todo cambió y me encontré con que algunos de mis más fervientes colaboradores, eran miembros de su comité.

—Lord Marney me dijo que tenías un formidable oponente —dijo sir Vavasour—. ¿Quién era?

—¡Ah, era un hombre terrible! Un escocés, más rico que Crespo, un tal McDruggy, recién llegado de Cantón con un montón de opio en los bolsillos pero, eso sí, denunciando la corrupción y abogando por el libre comercio.

—¿Pero no les importa mucho el libre comercio en el viejo distrito? —dijo lord Marney.

—No, fue un error —dijo Egremont—. Y cambiaron de eslogan en cuanto mi oponente cayó. Entonces la ciudad se llenó con carteles que ponían «Vote por McDrugg y por nuestra joven reina», como si fueran a las urnas en coalición con Su Majestad.

—Mi madre ha debido de estar desesperada —dijo lord Marney.

—Nosotros sacamos inmediatamente un cartel con el eslogan «Vote a nuestra joven reina y a Egremont», que era al menos más modesto, y se volvió más popular.

—Estoy seguro de que eso fue una idea de mi madre —dijo lord Marney.

—No —replicó Egremont—; surgió de una cabeza más experimentada. Mi madre estaba en permanente comunicación con los cuarteles generales, y el señor Taper le hacía llegar el eslogan por medio de un mensajero urgente.

—Con Peel o sin él, vamos a apoyar la Ley de Pobres —dijo lord Marney, con bastante audacia, mientras se volvía a sentar una vez se hubieron retirado las mujeres—. Él debe hacerlo —y miró a su hermano, cuyo regreso a la política se había asegurado en buena medida abogando por la derogación de la Ley de Pobres.

—Es imposible —dijo Charles, que acababa de salir de los últimos comicios y hablaba por boca de Taper, ya que él no sabía nada sobre la situación real del pueblo.

—Conseguiré que la aprueben —dijo lord Marney—. Ya lo verás, porque de lo contrario, los pequeños propietarios rurales no lo apoyarán.

—Eso deseo —añadió sir Vavasour—. Podríamos conseguir algunas enmiendas sobre la beneficencia pública.

—¡Una enmienda! —exclamó lord Marney—. Si no hemos tenido más que enmiendas. Lo que queremos es rigor.

—La gente no lo soportará —dijo Egremont—. Tiene que haber algún cambio.

—No se puede volver a los abusos del viejo sistema —dijo el capitán Grouse, creyendo que hacía una certera observación.

—Mejor volver al antiguo sistema que modificar el nuevo —dijo lord Marney.

—Ojalá la gente se adaptase a ella un poco más —dijo sir Vavasour—. En mi parroquia desde luego no les gusta.

—La gente está muy contenta aquí, ¿no, Slimsey? —preguntó lord Marney.

—Mucho —dijo el vicario.

A partir de aquí tuvo lugar una conversación que principalmente sostuvieron el conde y el baronet, donde se pusieron de manifiesto todos los recursos de la gran mentalidad de vía estrecha; se discutió ampliamente sobre dietas, bastardías, reglamentos carcelarios, leyes del juego; y lord Marney se extendió en una prolija declaración sobre los medios que había que poner para salvar al país, que consistía principalmente en subir los precios e ir poco a la iglesia.

—Si la soberana supiera a quién tiene realmente de su parte —dijo sir Vavasour, con un suspiro.

Lord Marney parecía empezar a inquietarse.

—Y evitar los errores fatales de su predecesor —siguió diciendo el baronet.

—Charles, otro vaso de clarete —pidió el conde.

—Aún podría reunir un puñado de hombres en torno a la corona —continuó.

—Entonces recurriríamos a las mujeres —dijo el conde, incomodando con su brusquedad a su invitado.



## Capítulo 2

Cuando volvieron a entrar en el salón, sonaba la música. Sir Vavasour se colocó junto a Egremont.

—Es un gran placer para mí volver a verle, señor Egremont —dijo el respetuoso baronet—. Su padre fue mi primer y más querido amigo. Le recuerdo a usted en Firebrace, de muy niño. Me agrada volver a verlo, señor, en una posición tan eminente; un legislador, uno de nuestros legisladores. Su regreso me ha producido una sincera satisfacción.

—Es muy amable, sir Vavasour.

—Pero es una posición de responsabilidad —continuó el baronet—. ¿Cree que le apoyará la gente? Supongo que una mayoría sí, pero deduzco que con el tiempo. ¿Con el tiempo conseguirá derrotar a sir Robert? No debemos tener prisa. La prisa no es buena consejera, dice el refrán. El país es decididamente *tory*. Lo único que queremos ahora es un gobierno fuerte que ponga las cosas en su sitio. Si el pobre rey hubiera vivido para verlo.

—Habría enviado a estos hombres por donde vinieron —dijo Egremont, dándoselas de joven político, orgulloso de su secreta inteligencia.

—¡Ah, pobre rey! —dijo sir Vavasour, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Estaba absolutamente de nuestra parte —dijo Egremont.

—¡Pobre hombre! —recalcó sir Vavasour.

—Entonces, ¿piensa que era demasiado tarde? —dijo su acompañante.

—Usted es un joven que acaba de ingresar en la carrera política —dijo el baronet, mientras cogía amablemente del brazo a Egremont y lo conducía al sofá—. Todo depende del primer paso. Tiene una gran oportunidad; un solo individuo no puede hacer nada. La institución más poderosa de este país quiere un triunfador.

—Pero ¿se puede confiar en Peel? —dijo Egremont.

—Es uno de los nuestros, deberíamos poder confiar en él, pero he hablado con él durante una hora, y no le he sacado nada en claro.

—Es prudente, pero le aseguro de que todo depende de si le apoyan o no los pequeños propietarios rurales.

—No estoy pensando en los pequeños propietarios rurales —dijo sir Vavasour—, sino en gente mucho más importante que tiene gran influencia sobre los pequeños propietarios, además de en otras muchas cosas; un grupo de hombres que están dispuestos a prestar su apoyo a la corona, y son, si se hiciera justicia con ellos, sus naturales valedores por título y herencia (Egremont le miró con perplejidad). ¡Estoy hablando —añadió sir Vavasour con voz solemne— de los baronets!

—¡Los baronets! ¿Y qué quieren?

—Sus derechos; los derechos que se les han negado durante tanto tiempo. El pobre rey estaba con nosotros. Él me había expresado con frecuencia, a mí y a otros diputados, su voluntad de hacernos justicia, pero entonces no era un hombre de firme

determinación —dijo sir Vavasour, con un suspiro—. Y en estos tiempos revolucionarios y levantiscos, la tarea que le tocó desempeñar fue tal vez demasiado dura. Además, me temo que los pares, que son nuestros cofrades y hermanos, estaban contra nosotros. Pero si a pesar de los ministros y de los pares el pobre rey hubiera vivido, al menos nos habrían otorgado nuestra insignia —añadió tristemente sir Vavasour.

—¡La insignia!

—Le habría agradado a sir Grosvenor le Draughte —dijo sir Vavasour— y le respaldaba un partido político fuerte; él estaba a favor del compromiso, pero lo defenestraron, porque su padre era solo un partero.

—¿Y qué más querría? —inquirió Egremont con una mirada reservada.

—Todo o nada —dijo sir Vavasour—. El principio es siempre mi lema, no la contingencia. Hice un discurso para mi orden en Clarendon, donde nos habíamos reunido cuatrocientos miembros y el sentimiento de hermandad era muy fuerte.

—Un grupo poderoso —dijo Egremont.

—Y una orden militar, señor, si se entiende bien. ¿Qué podría detenernos? La Reforma nunca habría prosperado si los baronets nos hubiésemos organizado.

—No me cabe duda de que nos podría proponer ahora —dijo Egremont.

—Eso es exactamente lo que le dije a sir Robert. Quiero que sea su propia orden quien le proponga. Sería una gran cosa.

—No hay nada como el *esprit de corps* —dijo Egremont.

—¡Y vaya hermandad! —exclamó sir Vavasour, con aire animado—. Imagínese por un momento a usted mismo desfilando en procesión hasta Westminster para celebrar un capítulo de la orden, por ejemplo. Quinientos o seiscientos baronets vestidos con su atuendo verde oscuro, el traje que corresponde a los *equites aurati*. Cada uno de ellos condecorado no solo con su insignia, sino con su collar de iniciales S. S., envueltos con la faja y el chal; y una estrella brillando, su estandarte flameando al viento, su sombrero con el penacho de plumas blancas y, desde luego, la espada y las espuelas de oro. Y sosteniendo en la mano, sin olvidar el anillo con el sello de la orden en el pulgar, una pequeña corona de dos puntas.

Egremont miraba con irreprimible asombro a este ser humano que apretaba, sin darse cuenta, el brazo de su compañero, mientras hacía este rápido esbozo de las distinciones que tan inconstitucionalmente le habían arrebatado.

—Un espectáculo magnífico —dijo Egremont.

—Evidentemente es la orden destinada a salvar a este país —continuó con vehemencia sir Vavasour—. En él se congregan las simpatías de todo el cuerpo social; de la corona, de la cual ellos son sus más firmes defensores; de la nobleza, de la cual son su representación más popular; y del pueblo, que reconoce en ellos a sus líderes naturales. Pero la imagen no estaría completa, si a ellos no se unieran también un número igual de gallardos caballeros y nuestros hijos mayores que, cuando tengan la edad suficiente tendrán derecho a reclamar de su soberano el rango de caballeros;

además de sus madres y esposas que no se verían degradadas a ser denominadas mujer del alguacil, sino que podrán recuperar los títulos que les corresponden por derecho, y ser consideradas por el protocolo como «honorables baronetas», con su corona y su vestido, u «honorables caballeras», con su collar dorado de S. S. y su corona o toca de flores, y podrán acompañar a la procesión o contemplarla desde el pabellón, en una decorosa posición.

—Estoy a favor de que vayan en la procesión —dijo Egremont.

—La cuestión no está tan clara —dijo sir Vavasour solemnemente—. Y, por supuesto, aunque hemos sido inflexibles a la hora de definir cuáles son nuestros derechos en nuestras reclamaciones, por lo que se refiere a «nombramientos honorarios, títulos secundarios, condecoraciones personales y el aumento de subvenciones a nuestro patrimonio», no tengo claro que si el gobierno estableciese alguna disposición con un enfoque liberal de esta cuestión, yo no me pronunciase a favor de una adhesión no demasiado estricta a cada punto. Por ejemplo, yo estoy incluso dispuesto, por muy grande que fuera el sacrificio, a renunciar a la petición de títulos secundarios para nuestros hijos más mayores, si se diese el caso de que nos garantizaran la concesión de nuestra pequeña corona.

—¡Qué vergüenza, sir Vavasour! —dijo Egremont muy seriamente—, recuerde, antes que nada el principio, sin contingencia, sin compromiso.

—Tiene razón —dijo el baronet, sonrojándose un poco—. Y sabe, señor Egremont, usted es el único individuo que he conocido fuera de la orden que tiene un punto de vista sensible respecto a este gran tema que, después de todo, es el tema del momento.

## Capítulo 3

La ubicación de la pequeña ciudad rural de Marney era una de las más encantadoras que cabe imaginar. Era un valle que se extendía junto a las márgenes de un río de aguas claras y bulliciosas, rodeado por prados y jardines, y protegido por altas montañas alfombradas de bosques que se mecían con el viento. El viajero que pasaba por la ladera opuesta del valle solía detenerse a admirar este alegre paisaje, que le recordaba el sobrenombre tradicional que recibía su país.

¡Qué bonita ilusión! ¡Pues tras ese sonriente panorama, la penuria y la enfermedad se cebaban en las vidas de una población que estaba sumida en la miseria!

El contraste entre el interior de la ciudad y su aspecto externo era tan llamativo como doloroso. Con la excepción de una aburrida calle principal, que tenía las características normales en una pequeña localidad agrícola y mercantil —algunas mansiones sombrías, una posada sucia y una pequeña lonja para intercambios comerciales—, Marney consistía principalmente en una variedad de callejuelas atiborradas de gente, formadas por casitas de campo construidas con mampostería o con piedras brutas sin cemento que, a causa de la edad o de la mala calidad de los materiales, parecía que apenas podían mantenerse juntas. Las abismales grietas podían reventar en cualquier momento y las chimeneas inclinadas habían perdido la mitad de su altura original; las vigas maestras estaban claramente fuera de lugar, al mismo tiempo que las bardas de paja, que en algunas partes se abrían para dejar pasar el viento y la humedad, eran incapaces de cumplir su propósito original de ofrecer protección de las inclemencias del tiempo, y se parecían más a la cumbre de un montón de estiércol. Ante las puertas de estas casas, y a menudo en torno suyo, por los sumideros abiertos fluían los desechos en descomposición de animales y vegetales donde se incubaban enfermedades. Algunas veces, al desviarse de su recorrido, estos depósitos de inmundicias inundaban las hediondas cárcavas, se diseminaban hasta formar ciénagas o impregnaban de toda clase de residuos concentrados la totalidad de las paredes y el suelo colindante.

Estas desdichadas viviendas consistían en apenas dos habitaciones. Por muy numerosa que fuese una familia, estaba obligada a dormir en una sola de ellas, sin distinción de cuál fuese su edad, sexo o grado de sufrimiento. En este espacio, donde el agua cae a chorros por las paredes, la luz se filtra por las rendijas del techo, y no hay fuego para calentarse ni siquiera en invierno, una madre, que mantiene su dignidad en el trance sagrado de los dolores del parto, debe dar a luz a otra víctima de nuestra irreflexiva civilización rodeada de tres generaciones cuya inevitable presencia es más dolorosa que los sufrimientos que habrá de soportar. Mientras tanto el padre del hijo por venir, en otro rincón de la sórdida habitación, yace enfermo por ese tifus que su propia casa infectada ha introducido en sus venas, y cuya próxima presa quizá sea su hijo recién nacido.

Estos espacios atestados no tenían ni puertas ni ventanas que aguantasen las inclemencias del tiempo, que dejaran pasar el sol o que ofreciesen algún tipo de ventilación. El techo húmedo y pútrido de paja olía a malaria como el resto de materiales vegetales en descomposición. Los espacios habitables no estaban ni entablados ni pavimentados, y situados normalmente muy por debajo del nivel de la carretera. La tierra no era más que un montón de arcilla, y ya fuese porque estos lugares estaban situados en lugares bajos y húmedos, que a veces inundaban las crecidas del río, ya porque las aguas, como suele suceder, irrumpían a través del suelo de barro, en ocasiones podían verse canalillos excavados por debajo de las puertas a modo de desagües, y la puerta fuera de sus goznes. Estas chozas carecían, en la mayoría de los casos, de las necesidades más elementales que mandan las más toscas ordenanzas públicas. Con el fin de disponer de abono, se podía ver al lado de cada puerta un montón de estiércol en el que se acumulaban toda clase de porquerías, de tal forma que cuando el hombre pobre abría su estrecha habitación con la esperanza de airearla con una brisa de aire fresco, lo que se encontraba era un mezcla de gases fétidos procedentes de las emanaciones del estiércol.

Esta ciudad de Marney era una ciudad agrícola. Durante el último siglo y medio, los propietarios de las tierras de la comarca habían destruido sistemáticamente todas las casas de campo de sus propiedades con el fin de quedar exentos de la obligación de mantener a sus habitantes. Obligados a abandonar las casas, sus habitantes habían emigrado masivamente a Marney en cuya industria manufacturera habían encontrado algo de alivio durante la guerra. Sin embargo hacía ya tiempo que las ruedas de los telares habían cesado de remover las aguas del río Mar.

Sin este recurso al que agarrarse, la gente había ido dispersándose poco a poco por toda la comarca que de alguna forma los había rechazado para ofrecerles, a cambio, una mezquina subsistencia en su agreste regazo. Este retorno a las comarcas vecinas había levantado enormes suspicacias, y se inventaron toda clase de maquinaciones para oponerse. Los que se beneficiaban de su mano de obra se guardaban de que no se instalaran como residentes en sus tierras; y aunque había pocos condados en todo el reino donde se pagaran salarios más bajos que allí, aquellos que tenían la fortuna de obtener tan exigüa remuneración tenían que soportar, además del trabajo, un fatigoso viaje de ida para llegar a su puesto y otro de vuelta hasta su sórdida vivienda, cuyo ambiente profanaba el nombre de hogar. Después de cultivar los extensos campos de la feliz Inglaterra, el audaz campesino británico volvía a este hogar al que acechaba la malaria y en el que convivían otros huéspedes además de la familia agotada por el trabajo; la fiebre, en todas sus formas; la tuberculosis, la fiebre sinocal, y el tembloroso paludismo. Y volvía a ella no solo para librar un combate inútil contra la peor de las enfermedades, sino para hacerlo con el más frágil de los cuerpos, porque el esfuerzo al que se sometían no lo compensaban con nutrientes de origen animal porque cuando les calaba la tormenta no podían cambiarse sus harapos mojados, y porque la escasa leña de la que

disponían dependía de la suerte que les deparasen los bosques.

Los ojos de esta infeliz stirpe se habrían elevado a cualquier solitario púlpito que hubiera surgido ante ellos, pero la Santa Iglesia de Marney, que en otros tiempos fue la depositaria de un consuelo, la precursora de una futura igualdad, había olvidado su sagrado cometido. Ya hemos presentado el vicario al lector; un hombre disciplinado que creía cumplir con su tarea al predicar cada semana dos sermones y al alentar en sus feligreses la humildad y la gratitud por las bendiciones de la vida. La calle principal y alguna gente bien educada de los barrios cercanos representaban el grueso de sus oyentes. Lord y lady Marney asistían a ella con meritoria regularidad cada mañana de domingo, precedidos por el capitán Grouse. Al llegar, se les acomodaba en un recóndito gran banco corrido que ocupaba la mitad de la galería y estaba tapizado de color morado carmesí, y flanqueado por sillas sencillas y reclinatorios bien acolchados por si los necesitaban. El pueblo de Marney se refugiaba en las capillas que abundaban en la iglesia. Eran pequeñas estructuras sencillas de ladrillo visto donde se habían pintado encima los nombres de Sion, Bethel, Bethseda, que eran nombres de una tierra distante, escritos en la lengua de una raza perseguida y antigua, pero cuya naturaleza divina ejercía tal misterioso poder que inspiraban consuelo a las atormentadas almas y a los vejados cuerpos del campesinado sajón en pleno siglo XIX.

Sin embargo, por muy consagrado que estuviese a sus feligreses el vicario de Marney, los desvelos por su bienestar se limitaban, pasase lo que pasase, al consuelo espiritual. Por su condición de hombre casado y padre de familia recibía los pequeños diezmos que producía la parroquia, los cuales le aseguraban unos ingresos que no llegaban a igualar, bajo ningún concepto, a los de un dependiente de banco o a los de un cocinero de un gran prestamista, porque los grandes diezmos de Marney, que podrían contarse por miles de libras, engrosaban las elevadas sumas que extraían de la comunidad con sus impuestos, los afortunados duques que llevaban su apellido.

A la mañana siguiente de la llegada de Egremont a la abadía pudo observarse una rara agitación en la calle mayor de la ciudad. En el porche de entrada a la hospedería y posada comercial El Dragón Verde, charlaban animadamente un grupo de personalidades, entre las que se encontraba el principal abogado de la ciudad, el cervecero, el propio vicario, y varios cotillas que abundan en las ciudades del campo, y que suelen pertenecer a las filas de los caballeros retirados. Al poco tiempo, un sirviente vestido con la librea de la abadía llegó galopando a lomos de un caballo hasta el mismo porche y entregó una carta al vicario. Esto no hizo sino aumentar el revuelo. Al otro lado del camino, en el lado opuesto del punto donde se había reunido este importante grupo de hombres, otro grupo, más elevado en número de personas pero de muy inferior rango social, se habían alineado y permanecían boquiabiertos e intrigados, por no decir inquietos. El alguacil caminó hasta la puerta de El Dragón Verde y, pese a que no pretendía unirse al grupo principal, se quedó en una actitud de evidente espera. En el reloj sonaron las once; y un carretón y un coche de tiro de un

caballero de camino a su casa se detuvieron para contemplar lo que sucedía.

—¡Aquí están! —dijo el cervecero.

—Lord Marney en persona —añadió el abogado.

—Y sir Vavasour Firebrace, si mis ojos no mienten. Me pregunto cómo ha llegado hasta aquí —dijo un noble retirado, que había sido comerciante de velas de sebo en Holborn Hill.

El vicario se quitó el sombrero y se quedó sin cubrir totalmente. Lord Marney y su hermano, el magistrado, llegaron rápidamente en sus coches de tiro hasta la posada y bajaron rápidamente.

—Vaya, Snigford —dijo su señoría el lord en un tono apremiante—. Bonito espectáculo este. Haré que se detenga de inmediato.

Si consiguiera hacerlo sería un hombre afortunado, porque la antorcha del incendiario ya se había introducido por primera vez en la comunidad de Marney. La noche anterior se había prendido fuego a los almiars de la granja de la abadía, y sus llamas habían iluminado el corazón de una comunidad agitada.

## Capítulo 4

—No es tanto el fuego, señor, sino el carácter de la gente lo que me inquieta —dijo a Egremont el señor Bingley, de la granja de la abadía—. Sabe, señor, ha habido cuarenta o sesenta de esos fuegos por aquí y, a excepción de mis propios trabajadores, ni uno de ellos echó una mano para apagar los fuegos, con lo útiles que hubieran sido, teniendo agua tan cerca.

—¿Le ha dicho esto a lord Marney?

—¡Ah, pero si estoy hablando con el señor Charles! A su servicio, señor; me alegro de verle a usted de nuevo por aquí. Hace tiempo que no teníamos el placer, señor. ¿He oído que ha estado viajando por tierras extranjeras?

—Algo así; pero me alegro de estar otra vez de vuelta en casa, señor Bingley, aunque lamento que la bienvenida consista en un almiar en llamas en la granja de la abadía.

—Bueno, ya sabe, señor Charles, entre usted y yo —y el señor Bingley bajó el tono de voz y miró a su alrededor—, las cosas están muy mal por aquí. No quiero ni pensar lo que ha podido ocurrir en la comarca. Ya no es la misma tierra a la que usted solía venir a cazar liebres en los marjales con su señor padre. Estoy seguro de que se acuerda de eso, ¿verdad, señor Charles?

—El buen deporte no se olvida fácilmente, señor Bingley. Con su permiso, voy a dejar el caballo a su cuidado durante media hora. Me apetece dar un paseo hasta las ruinas.

—Las va a encontrar pero que muy cambiadas —dijo el granjero, sonriendo—. ¡Cuántas cosas han visto ya! Pero ¿el señor Charles querrá probar nuestra cerveza?

—Cuando vuelva.

No obstante, el hospitalario Bingley no iba a aceptar un no por respuesta, así que apenas haber declinado su interlocutor el ofrecimiento y entrar en la posada, el granjero llamó a uno de sus mozos para que se llevara el caballo de Egremont, y se apresuró a entrar él también para llenar hasta el borde la copa.

—¿Y qué piensa de este fuego? —preguntó Egremont al labriego.

—Creo que son malos tiempos para los pobres, señor.

—Pero quemar los almiarés no hará que mejoren, amigo mío.

El hombre no replicó, pero con el ceño fruncido se llevó el caballo a su establo.

A un kilómetro de Marney, el camino se estrechaba y el curso del río se hacía más sinuoso al atravesar los prados rebosantes de una vegetación apacible y colorida, flanqueados en ambos lados por tupidos bosques, e interrumpidos solamente por alguna ocasional excavación que con su silueta abrupta y tostada rompía el verde regazo de las montañas. La combinación de la piedra, las explotaciones de madera y la corriente de agua fresca, junto al enclave silencioso y recoleto, a salvo del azote amenazante del viento, formaban el lugar sagrado que la Iglesia había escogido para erigir sus hermosas y perdurables construcciones. Incluso un forastero que, tras haber



dejado la ciudad varias millas atrás y haber pasado por la granja y el molino, llamados granja de la abadía y molino de la abadía, habría estado predispuesto a encontrarse con la gratificante visión de unas ruinas monásticas. Por lo que respecta a Egremont, que había nacido entre las ruinas de Marney Abbey, algunos de cuyos vestigios habían quedado asociados a sus primeras y más inocentes travesuras, cada paso era tan familiar para él como lo podría haber sido para los antiguos monjes y, sin embargo, nunca contemplaba sin emocionarse estos restos de uno de los grandes conventos religiosos del norte.

Aún podían observarse los restos de la gran abadía original repartidos por una superficie de no menos de cuatro hectáreas, en cuyos alrededores había vestigios de los lugares donde se habían levantado las cocinas y dependencias y se habían diseñado los jardines aterrazados de los antiguos propietarios, sobre los que, en general, amarilleaba el musgo. Aún se podía rastrear aquí la vivienda del abad mayor y allí, aún más nítidamente si cabe, porque estaba construido con materiales pensados para durar a perpetuidad, un espacioso hospital, cuyo nombre no designaba la morada de la enfermedad, sino un lugar donde se practicaban todas las ceremonias propias de la hospitalidad. Cualquier viajero, ya fuese un engréido barón o un solitario peregrino, podía acudir allí a solicitar abrigo y socorro, que nunca le era negado; y a sus puertas, conocidas como el Portal de los Pobres, podían llamar los campesinos que trabajaban en las tierras adjuntas a la abadía cuando tuvieran necesidad de ropa o alimento.

Pero era en el centro de este conjunto de ruinas, ocupando un espacio de no menos de una hectárea, donde se erigía, con una fuerza que había desafiado al tiempo y con una belleza que había sobrevivido a la ira del hombre, en una forma y estado, si no perfectos, admirables, uno de los más majestuosos logros del arte cristiano: la iglesia de la abadía. De su cubierta primitiva lo único que quedaba ahora era la bóveda de verano, de sus magníficas ventanas la grandeza simétrica de su arquería, y de su fantástica fachada labrada algunos fragmentos que el tiempo había retorcido, pero el resto estaba intacto.

Desde la ventana del oeste, cruzando el transepto de la Virgen, que estaba adornado con pilares de mármol y alabastro, el ojo se perdía camino de la gran luz de oriente, a través de una nave de casi cien metros de longitud, a través de un magnífico pasillo hecho de paredes y de un haz de columnas intactas que se agrupaban hacia el cielo. A ambos lados de la capilla de Nuestra Señora se elevaban sendas torres: la primera, que era muy antigua y de un estilo que suele denominarse normando —pequeña, sólida y de planta cuadrada—, se elevaba no muy por encima del pórtico del lado oeste; pero la segunda torre era muy distinta, pues era alta y luminosa, de un estilo gótico más puro y refinado, y se había construido con una piedra de un color tan luminoso —e incluso brillante— que parecía recién acabada. A primera vista parecía que la torrecilla que la coronaba estaba sin terminar. Los obreros trabajaban en esta misma torre el día que el viejo Baldwin Greymount llegó, como comisionado

real, a indagar sobre la gestión de esta casa religiosa. A los abades les gustaba conmemorar cada reinado con alguna obra pública que se sumase a la belleza de sus edificios o que contribuyese al bienestar de los hombres. El último de los señores de Marney, un hombre de gusto exquisito y un arquitecto con talento, había mandado erigir este campanario para sus hermanos cuando se proclamó el decreto. Con él cesó el sonido de las campanas, se dejó de cantar el himno en la capilla de Nuestra Señora, no se encendieron más velas en el altar mayor y la puerta de los pobres quedó cerrada para siempre, de forma que el vagabundo no pudo ya encontrar un hogar.

La nave principal de la iglesia estaba cubierta por una vegetación salvaje y, en algunas de sus partes, parecía abultada a causa de las zarzas. El día había sido tórrido, y el calor abrasador de media mañana todavía inflamaba el aire. Algunas vacas habían estado paseándose por las arquerías rotas en busca de resguardo más que de sustento, y yacían sentadas a la sombra de la nave. Egremont estaba estremecido por la profanación de un lugar que una vez fue sagrado pero que aún conservaba la belleza y la solemnidad de antaño. Suspiró y, dándose la vuelta, siguió un camino que tras unos pocos pasos lo llevó hasta el claustro del jardín. El claustro, que tenía una forma cuadrangular, albergó antaño el placentero jardín de los monjes, del cual apenas quedaba más que un solitario tejo en el centro —al parecer, el único árbol que podía vivir bien allí— y que, de acuerdo con la tradición, era más antiguo que los muros más venerables de la abadía. Alrededor de este cuadrángulo se erigían el refectorio, la librería y la cocina y, encima de ellos, las celdas y los dormitorios de los monjes. Una escalera mal construida, y que no carecía de peligro, conducía hasta estas habitaciones sin techar, pero Egremont, que estaba familiarizado con el camino, no dudó en subir hasta ellas, y pronto se encontró en un lugar elevado desde el que se dominaba el jardín y, un poco más lejos, los grandes claustros de los monjes, junto a los cuales estaba el cementerio, que una vez estuvo cerrado y comunicado con el claustro del jardín.

Era uno de esos días de verano que son tan tranquilos que parece que la naturaleza se hubiera tomado un descanso. El fatigado viento dormía en alguna caverna reconfortante y los rayos del sol pacían en alguna loma ardiente; el río fluía lenta e imperceptiblemente; la hierba no ondulaba y las ramas no se movían.

Era tan profundo el silencio en medio de la solemnidad de estas ruinas que ofrecía la perfección de la soledad. Pero en la mente de Egremont había una inquietud que le indisponía para sumergirse en ella.

Las pocas palabras que había intercambiado con el granjero y el ayudante lo habían dejado meditabundo. ¿Por qué no era Inglaterra la misma tierra que en los días de su alegre juventud? ¿Por qué eran tiempos difíciles para los pobres? Se quedó de pie entre las ruinas que, como bien había observado el granjero, habían visto numerosos cambios; de credos, de dinastías, de leyes, de costumbres. En el país habían surgido nuevas sociedades, se habían abierto nuevas vías de riqueza, que habían conducido necesariamente a nuevas distribuciones del poder. Su propia casa,

su propia clase habían surgido de las ruinas de este gran monumento, cuyos emblemas de magnificencia y poder le rodeaban ahora, pero ahora su orden nobiliaria estaba amenazada. ¿Y qué habían conseguido los millones de trabajadores del pueblo sobre cuyos esfuerzos inconscientes todo había descansado durante estos siglos de cambios? ¿Guardaba alguna relación la mejora de su rango social en la nación y el progreso de sus gobernantes? ¿O, por el contrario, todo había revertido principalmente en el enriquecimiento de una clase social reducida que se vanagloriaba de ser la primera nación del mundo, la más poderosa y libre, la más ilustrada, la más moral y la más religiosa? ¿Se quemaban los almiares en tiempos de los abades? ¿Y si no lo hacían, por qué no lo hacían? ¿Y por qué había que destruir los almiares de los condes de Marney, y no los de los abades?

Mientras meditaba sobre estas ideas, lo distrajeran unas voces. Se dio la vuelta y observó que había dos hombres en el cementerio; uno estaba de pie junto a una tumba que su compañero parecía estar examinando. El primero de ellos era de gran estatura y, aunque vestía con sencillez, no había nada en su aspecto que resultara innoble. Su atuendo no daba ninguna pista sobre su posición en la vida, pues un traje oscuro de pana y unos botines de cuero los habría podido llevar desde un hacendado al guarda de su coto. Cuando Egremont advirtió su presencia, el desconocido arrojaba el sombrero de campo de ala ancha al suelo, mostrando un rostro varonil y franco, pero empalidecido por el paso del tiempo y por el pensamiento y la pasión que suelen acompañarlo. Su pelo castaño, deslucido pero no gris, aún se arremolinaba sobre su frente despejada. Tenía unos rasgos bien proporcionados y hermosos; una nariz bien formada, una boca recta y dientes blancos, y sus ojos de color gris claro convenían a su aspecto. Por su constitución atlética se diría que estaba más cerca de los cuarenta que de los cincuenta años, más próximo a una edad en el hombre donde la flexibilidad y ligereza que acompañan a la juventud han dejado paso al vigor de la madurez. Al estirar sus fuertes brazos al aire y mostrar con una exclamación de alivio que se encontraba cansado, rompió el silencio y expresó a su compañero su intención de descansar bajo la sombra del tilo en el jardín próximo. Luego, invitó a su compañero a que lo siguiera, recogió el sombrero y se puso a andar.

Había algo en el aspecto de aquel desconocido que interesaba a Egremont. Esperó a que se hubiera asentado en el lugar que había elegido para descansar y, tras descender al claustro del jardín, Egremont se dirigió directamente hacia él.

## Capítulo 5

—Se está apoyando contra un tronco antiguo —dijo Egremont despreocupadamente al tiempo que avanzaba en dirección al desconocido.

Este lo miró sin expresión alguna de sorpresa y, luego, replicó:

—Dicen que es el árbol en cuyas ramas los monjes se refugiaron cuando llegaron a este valle para edificar su monasterio. Fue su casa hasta que construyeron su abadía con la madera y la piedra de los alrededores, además de con su trabajo y su talento. Pero después fueron expulsados de ella y, al final, ha quedado reducida a esto. ¡Pobres hombres! ¡Pobres hombres!

—No les habrían enajenado su residencia si hubieran merecido conservarla —dijo Egremont.

—Eran ricos. Pensé que era la pobreza lo que era un crimen —contestó el desconocido con un tono de sencillez.

—Pero habían cometido otros crímenes.

—Puede que fuese así; todos somos débiles. Pero su historia la han escrito sus enemigos. Fueron condenados sin ser escuchados. El pueblo se levantó varias veces para defenderlos. Y su propiedad se la repartieron los mismos que habían elaborado los informes que sirvieron para enajenarla.

—En cualquier caso, fue una desamortización lo que dio lugar al nacimiento de la comunidad —añadió Egremont—. Son hombres activos y no zánganos quienes poseen las tierras.

—Un zángano es aquel que no trabaja —dijo el desconocido—. Me es indiferente que lleve una cogulla que una corona pequeña. Supongo que alguien debe ser propietario de la tierra, aunque he oído que esta posesión individual no es una necesidad. Como quiera que sea, no seré yo quien ponga objeciones a un lord, siempre que este sea amable. Todos coinciden en que los monjes eran señores complacientes. Exigían arriendos bajos y, en aquellos días, concedían préstamos. Además, sus arrendatarios podían renovar su contrato antes de que expirara el plazo. Así pues, eran hombres de espíritu y de propiedad. Eran propietarios rurales, señor. Por entonces el país no estaba dividido en dos clases, señores y esclavos, sino que había un lugar intermedio entre el boato y la miseria. Por aquel entonces el bienestar era una costumbre, no simplemente una palabra más de nuestra lengua.

—¿Y usted cree de verdad que eran señores más moderados que los que tenemos ahora? —preguntó Egremont en tono inquisitivo.

—Eso nos lo dirá la naturaleza humana, aunque la historia no nos lo confiese. Los monjes no podían poseer propiedad privada; no podían hacer donaciones ni testamento. Vivían, recibían y gastaban en común. El monasterio también era un propietario que nunca moría y nunca despilfarraba. El granjero tenía entonces un señor que no moría, no un vigilante severo ni un acreedor hipotecario que lo exprimía, ni un maestro en el arte de demorar los juicios. El feudatario no tenía que

temer un cambio de lords, ni los nobles de la heredad temblar ante el hacha de un heredero derrochador. ¡Qué orgullosos nos sentimos aún en Inglaterra de una antigua familia, aunque Dios sabe que es raro ver una hoy día! Pese a todo, a la gente le gusta decir: «Fuimos arrendatarios de aquel hombre, y antes de él, de su padre y de su abuelo», porque saben que poseer así la tierra les beneficia. El abad era siempre el mismo. Los monjes eran a fin de cuentas a quienes recurrían en todas partes quienes buscaban socorro, consejo y protección; un grupo de individuos que no se preocupaban de sí mismos, con la sabiduría necesaria para guiar a los inexpertos, con riquezas para aliviar a los sufrientes y con poder para proteger a los oprimidos.

—Defiende su causa con vehemencia —dijo Egremont, no sin conmoverse.

—Es la mía. Ellos eran hijos del pueblo, como yo.

—Pensaba que estos monasterios eran la causa que defendían los jóvenes cachorros de la aristocracia —dijo Egremont.

—En vez de las listas de pensiones —replicó su interlocutor sonriendo, aunque no con amargura—. Bueno si tenemos que tener una aristocracia, preferiría que las jóvenes generaciones fueran monjes y monjas antes que coroneles sin regimientos, o amas de casa de palacios reales que solo existen en los nombres. Además, piense en lo ventajoso que sería para un ministro si alguien se encargase de la endeudada aristocracia. No tendría, como en nuestros días, que confiar la gestión de los asuntos públicos a personas notoriamente incompetentes, ni que dirigir las expediciones de generales que nunca han visto un campo de batalla, ni que nombrar gobernadores de las colonias a hombres que nunca podrían ni gobernarse a sí mismos, ni que nombrar embajador a un dandy sin blanca o a un protegido ya acabado. Es verdad que muchos de los monjes y monjas eran de noble cuna, pero ¿por qué no tendrían que serlo? También los había en la aristocracia; pero no más que ellos. Al igual que las demás clases sociales, se habían beneficiado de los monasterios, pero la lista de abades de monasterios cuando fueron suprimidos muestra que la mayoría de los superiores de los monasterios procedían del pueblo.

—Bueno, por diferentes que puedan ser los puntos de vista en estos temas —dijo Egremont—, hay uno en el que no hay desacuerdo posible: los monjes fueron grandes arquitectos.

—¡Ah! ¡Eso es tan cierto! —dijo el desconocido con un cierto tono quejumbroso—; ¡si al menos el mundo supiera lo que ha perdido! Estoy seguro de que, por lo general, no se tiene la menor idea del aspecto que tenía Inglaterra antes y después de aquella desamortización, porque solo en Inglaterra y Gales, señor, había bastantes más de tres mil de estas instituciones; quiero decir entre monasterios, capellanías, capillas y grandes hospitales. Todos ellos de distintos tamaños pero todos buenos edificios, y la mayoría de ellos de una exquisita belleza. En cada condado había una media de al menos veinte edificaciones como esta, pero en este gran condado había el doble; edificaciones que eran tan grandes, majestuosas y hermosas como los Belvoir, los Chatsworth, los Wentworth y los Stowes. Trate de imaginar el efecto de treinta o

cuarenta castillos como el de los duques de Chatsworth en este condado cuyos propietarios no se ausentasen nunca. Los monjes eran residentes permanentes. Gastaban sus ingresos entre aquellos que habían trabajado para producirlos. Además, estos hombres construían, plantaban y actuaban en general pensando en la posteridad: sus iglesias eran catedrales; sus colegios, universidades; sus bibliotecas y paraninfos eran estancias que atestiguaban la existencia de un reino; sus bosques, ríos, granjas y jardines se proyectaban y disponían según una escala y un espíritu que ya han desaparecido, porque contribuían a la belleza del país y a que el pueblo se sintiese orgulloso de pertenecer a él.

—Sin embargo, si los monjes eran benefactores públicos, ¿por qué no se levantó el pueblo para apoyarlos?

—Lo hicieron, pero demasiado tarde. Lucharon durante un siglo, pero lucharon contra los propietarios y fueron derrotados. Mientras existieron los monjes, si se agraviaba al pueblo, este tenía a los propietarios de tierras de su parte. Pero, ahora, todo ha terminado —dijo el desconocido—, y los viajeros vienen y contemplan las ruinas, y se creen muy sabios por moralizar sobre la historia. Son los hijos de la violencia, no del tiempo. Es la guerra la que ha creado estas ruinas, la primera guerra civil, de todas nuestras guerras civiles, la más inhumana, pues se hizo contra los que no ofrecían resistencia. Los monasterios se tomaron por asalto, fueron saqueados, destruidos, demolidos con armas de guerra, volados con pólvora. Aquí, en la torre nueva, se pueden ver las marcas de las explosiones. No se había visto un expolio semejante. Durante un siglo el país tuvo el aspecto de haber sido invadido por un enemigo sin escrúpulos; fue peor que la conquista de los normandos. No sé si los talleres sindicales conseguirán borrar de Inglaterra la huella de esa devastación, porque al fin se está construyendo algo para el pueblo. Después de un experimento de tres siglos, que ha llenado vuestras prisiones, y ha desgastado la antigua eficacia de vuestras ruedas de molino, nos habéis dado un sustituto para los monasterios.

—Usted lamenta la pérdida de la antigua fe —dijo Egremont, en un tono respetuoso.

—No veo este problema como una cuestión de fe —dijo el extranjero—. Según lo veo yo, no es un tema de religión, sino de derecho, de derecho privado y de felicidad pública. Podría cambiar de opinión si pensase que cambiar la religión de los obispos hubiese convenido a la religión de los abades; pero no tenían derecho a quitarles su propiedad a esos hombres y, especialmente, la propiedad que, bajo su administración, tanto contribuyó al bienestar de la comunidad.

—En cuanto a la comunidad —dijo una voz que no procedía ni de Egremont ni del extranjero—, con los monasterios se ha extinguido la única clase de relación como esa que ha existido en Inglaterra. No hay comunidad en Inglaterra; hay un agregado de personas, pero un agregado que, bajo las actuales circunstancias, funciona más bien como un principio de disociación que de unión.

Era una voz calmada la que pronunciaba estas palabras y, sin embargo, tenía un

tono peculiar; era una de esas voces que convocan inmediatamente la atención; amable y sin embargo solemne, vehemente pero desprovista de pasión. Con un paso tan misterioso como su tono de voz, el hombre que había estado arrodillado junto a la tumba se había unido inadvertidamente a su amigo y a Egremont. Apenas llegaba a una altura media, pero tenía una figura bien proporcionada y delgada. Su rostro pálido, ligeramente marcado por la viruela, estaba libre de fealdad alguna gracias a una frente sumamente intelectual y a sus ojos oscuros y grandes, que sugerían una profunda sensibilidad y una gran rapidez de comprensión. Aunque era joven, ya tenía una incipiente calva. Vestía completamente de negro, pero la nobleza del tejido, el corte limpio de su barba, sus guantes desgastados por el uso, aunque cuidadosamente remendados, sugerían que el hecho de que sus prendas de vestir estuvieran desteñidas se debía más a la necesidad que al descuido.

—Veo que usted también lamenta la disolución de estas instituciones —observó Egremont.

—Hay tanto que lamentar en el mundo que vivimos —dijo el más joven de los desconocidos— que no me reservo ningún dolor por el pasado.

—Y, sin embargo, usted aprueba el fundamento de aquella sociedad. Digamos que lo prefiere al nuestro de hoy día.

—Sí, prefiero la asociación al gregarismo.

—Esa es una distinción —dijo Egremont, en tono meditativo.

—La sociedad la constituye una comunidad de fines —continuó el joven extranjero—. Sin ella, los hombres pueden ser instados a la contigüidad de unos con otros, pero en la práctica seguirán estando aislados.

—¿Y es esa la enfermedad que padecen las ciudades?

—Es una enfermedad que está en todas partes, pero que se agrava en las ciudades. La densidad de población implica una lucha más dura por la supervivencia y, por consiguiente, una mutua repulsión de los individuos que entran en estrecho contacto. En las grandes ciudades los hombres se ven impelidos a trabajar juntos por el deseo de ganar dinero. No viven en un estado de cooperación, sino de aislamiento, con el fin de hacer fortuna; por lo demás, poco les importan los vecinos. El cristianismo nos enseña a amar al prójimo como a nosotros mismos, pero la sociedad moderna no reconoce a ningún prójimo.

—Pues sí, vivimos tiempos extraños —dijo Egremont, impresionado por la observación de su interlocutor, y dejando ver en su vulgar comentario un estado de perplejidad, que a menudo denota que hay más efervescencia en la mente de la que se deja traslucir o de la que se es capaz de expresar en ese momento.

—Cuando el niño empieza a andar, también piensa que vive en tiempos extraños —añadió su interlocutor.

—¿A qué se refiere? —preguntó Egremont.

—A que la sociedad está aún en una etapa infantil, pero aún no ha encontrado su camino.

—Estamos en un nuevo reino —afirmó Egremont— y tal vez en una nueva época.

—Creo que sí —dijo el joven extranjero.

—Espero que sí —dijo el más mayor.

—Bien, puede que la sociedad esté en una etapa infantil —dijo Egremont ligeramente sonriente—, pero, diga lo que diga, nuestra reina es soberana de la nación más grande que haya existido.

—¿Qué nación? —preguntó el joven desconocido—, porque reina sobre dos.

El extranjero hizo una pausa. Egremont permanecía callado, pero miró inquisitivamente.

—Sí —resumió el joven extranjero tras un momento de pausa—, son dos naciones entre las cuales no hay ni relación ni entendimiento, que ignoran hasta tal punto las costumbres y las formas de pensar de la otra que parece que vivieran en distintas zonas del mundo o que habitaran en distintos planetas; que se han criado de forma distinta, comen distintas clases de alimentos, se rigen por costumbres distintas, y no están gobernadas por las mismas leyes.

—Habla de... —dijo Egremont dubitativo.

—De LOS RICOS Y LOS POBRES.

En ese momento, una súbita luz rosácea inundó las ruinas grises y vieron que el sol acababa de ponerse. A través del vano de un arco que dominaba el promontorio, apareció en el cielo resplandeciente la estrella del crepúsculo. La hora, el escenario, la solemne quietud y la dulce belleza apaciguaban la controversia e invitaban al silencio. Las últimas palabras del extranjero resonaban aún en el oído de Egremont, en cuyo espíritu meditabundo se agolpaban pensamientos y muchas emociones, cuando de la Iglesia de Nuestra Señora surgió un himno nocturno a la Virgen. Era una única voz, pero con un tono rayano en una dulzura sobrenatural; tierno y solemne y, sin embargo, dúctil y emocionado.

Egremont despertó de su ensueño. Habría hablado, pero se dio cuenta que el mayor de los dos desconocidos se había levantado del lugar en que estaba descansando y se había arrodillado con los ojos hacia el suelo y los brazos cruzados. El otro seguía de pie, en la misma postura que había adoptado desde el principio.

La melodía divina cesó. El desconocido de mayor edad se levantó. En los labios de Egremont afloraban las palabras, pero justo cuando iba a pedir que le explicasen de dónde surgía este dulce y sagrado misterio, percibió la silueta de una figura femenina en el vano del arco donde antes había visto encenderse la estrella. Aparentemente vestida con un hábito religioso, aunque es difícil que se tratase de una monja porque su velo, si es que era tal, lo llevaba caído sobre sus hombros y dejaba ver las gruesas trenzas de su hermoso pelo largo. Una honda emoción brillaba en su semblante que, pese a su extrema juventud, estaba impreso con la marca de una majestad casi divina. Por otro lado, sus ojos oscuros y sus largas pestañas, que contrastaban con la luminosidad de su rostro y la exuberancia de sus bucles dorados,



formaban una combinación que producía un efecto de belleza tan raro como distinguido. Era una mujer tan extraña que Egremont podría haber sido perdonado por creer que se trataba de un serafín, que había sido alumbrado en esta esfera, o el immaculado espíritu de alguna santa que regresaba a las ruinas sagradas de su santuario profanado.

## Capítulo 6

—Ya entiendo —dijo lord Marney a su hermano, mientras estaban sentados conversando aquella misma tarde en el salón—. Entiendo que, de hecho, no has pagado nada, y que mi madre te dará mil libras. Eso no te ayudará mucho.

—Con eso no tendrás ni para pagar los gastos del paseo en la silla de la victoria electoral —dijo Egremont—. La restauración de la influencia familiar se celebró sin reparar en gastos.

—Hay que apoyar el ascendente familiar —dijo lord Marney—, y mi madre te dará mil libras. Pero, como digo, no te servirán de mucho, aunque me gusta el gesto. Un escaño en el Parlamento es algo muy caro y, no obstante, apruebo lo que has hecho, sobre todo porque has ganado. En estos días en que la concesión del derecho de sufragio cuesta diez libras es un gran logro haber conseguido tu primera victoria electoral. Muestra una gran capacidad de cálculo, porque no existe eso que se llama suerte, créeme. Si sigues calculando así, tendrás éxito en la vida. La pregunta ahora es, ¿qué vas a hacer con tus cuentas electorales?

—Exactamente.

—Tú quieres saber lo que haré por ti o, mejor, lo que puedo hacer por ti, esa es la cuestión. Mi intención desde luego es hacer todo cuanto esté en mi mano, pero tendré que estudiar mis recursos, pues puede que me encuentre que desmienten a mis intenciones.

—Estoy seguro, George, de que harás todo cuanto esté en tu mano, y más de lo que deberías.

—Estoy extremadamente contento por las mil libras que vas a recibir de mi madre, Charles.

—Es un gesto admirable de su parte, ¡pero ella es siempre tan generosa!

—Su usufructo por la propiedad se le ha pagado con toda regularidad —continuó lord Marney—. Sé siempre exacto en tus pagos, Charles. Las ventajas son ilimitadas. Ahora bien, si yo no hubiera extremado el celo a la hora de pagar regularmente a mi madre su derecho de usufructo, con toda probabilidad ella no te habría podido dar las mil libras y, por tanto, hasta cierto punto, es conmigo con quien has contraído la deuda de las mil libras.

Egremont se incorporó un poco, pero no dijo nada.

—Estoy obligado a pagar a mi madre su derecho de usufructo, tanto si se queman los almiarés como si no —dijo lord Marney—. Es muy duro, ¿no lo crees así?

—Pero esos almiarés eran de Bingley.

—Pero no los tenía asegurados, y querrá alguna reducción en su arriendo, y no creo conveniente permitirselo ni se lo permitiré probablemente, porque debía haber calculado estas cosas. Tengo almiarés de mi propiedad que cualquier noche pueden arder.

—Pero, por supuesto, tú sí estás asegurado.

—No, no lo estoy. Calculo que es «mejor correr el riesgo».

—Me pregunto por qué se queman ahora los almiares, y no en épocas pasadas —dijo Egremont.

—Porque el reino está superpoblado —dijo lord Marney—, y no tenemos policía rural en el condado.

—Pero hablabas de las elecciones, George —dijo Egremont, que tras haber roto el hielo, y no sin reticencias, deseaba que el asunto llegara a buen puerto.

Antes de las elecciones, lord Marney había escrito, en respuesta a la consulta que le había hecho su madre sobre el paso siguiente que debía dar, una carta que a esta le había gustado mucho, pero que Egremont habría deseado que fuese más explícita. Sin embargo, con la emoción de la espera de una primera contienda en las urnas, e influido por la persona cuyo juicio siempre pesaba en su ánimo, especialmente tratándose de una cuestión como esta, aplacó sus escrúpulos y se convenció a sí mismo de que era un candidato legítimo y de que contaba no solo con el refrendo de su hermano, sino con su apoyo.

—Pero hablabas de las elecciones, George —repitió Egremont.

—Acerca de las elecciones, Charles. Bien, sin entrar en detalles, lo principal es que deseo verte en una posición cómoda. Pasar apuros a causa del dinero es una de las circunstancias más desagradables de la vida; agria el carácter, baja la moral, perturba el descanso y, finalmente, quiebra la salud. Siempre que puedas, mantén tus cuentas saneadas. Y si por casualidad te encuentras en algún momento en que tienes que rascarte los bolsillos, acude a mí; en esas circunstancias, no hay nada mejor que el consejo de un amigo sereno.

«Tan valioso como la ayuda de uno insensible», pensó Egremont, a quien no le gustaba mucho el tono que tomaba la conversación.

—Pero hay algo con lo que debes tener especial cuidado —continuó lord Marney—, que es peor incluso que encontrarse con dificultades: encubrirlas. Encubrir es un mal sistema. Tarde o temprano falla; nunca te aclaras. Bien, lo que quiero hacer contigo, Charles, es ayudar a que te prepares; quiero verte en una posición financiera equilibrada, y más que equilibrada, en una posición que te proteja de cualquier inconveniente de este tipo.

«Después de todo, es un buen hombre», pensó Egremont.

—Esas mil libras de mi madre vienen muy a propósito —dijo lord Marney—. Supongo que son un regalo para descargar de presión hasta que hayamos hecho nuestros planes.

—Oh, no tengo tal presión —dijo Egremont—. Si veo mi camino, y les escribo, desde luego estarán satisfechos.

—Excelente —dijo lord Marney—. Y nada podría venirme mejor porque, entre nosotros, mi balance es muy bajo en este momento; ¡mantener este lugar ocasiona gastos terribles! ¡Y, además, conlleva una cantidad espantosa de gravámenes!

—¡Gravámenes, George! ¿Por qué? Pensé que no tenías ninguno. No había ni una

sola hipoteca sobre la casa.

—No, las hipotecas no importan; te las encuentras, te acostumbras a ellas y tomas medidas al respecto; pero se olvidan las partes correspondientes a los hijos más jóvenes.

—Sí, pero tú habías previsto un montón de dinero para hacer frente a esos gastos.

—Y tuve que pagarlos —dijo lord Marney—. Si no lo hubiera hecho, podría haber comprado Grimblethorpe con ese dinero; una oportunidad así no volverá a presentarse nunca.

—Pero hablabas de gravámenes —dijo Egremont.

—¡Ah, mi querido muchacho! —dijo lord Marney—, tú no sabes lo que es mantener un patrimonio como este; y tienes mucha suerte por ello. Sueñas con una vida que no es fácil. Están los edificios; ¡los edificios son una ruina para mí!, y eso que nuestro pobre padre pensó que me dejaba Marney sin un solo gravamen, pero no había ni un solo granero en toda la hacienda heredada que ofreciese protección del mal tiempo, ni una sola granja que no estuviera en ruinas. ¡Lo que yo he gastado en restaurar las casas!, ¡y en cañerías!, pues aunque hago mis propios atanores, no tienes la menor idea, querido muchacho, de lo que pueden costar las cañerías.

—Bueno —dijo Egremont, deseoso de reconducir a su hermano hacia lo que le interesaba—, entonces, crees que sería mejor que les escribiera y les dijera...

—¡Ah, vamos a tu asunto! —dijo lord Marney—. Te voy a decir lo que puedo hacer por ti. La otra noche hablaba de ello con Arabella, y ella aprueba mi idea. ¿Recuerdas a los De Mowbray? Bien, vamos a pasar unos días en el Castillo de Mowbray, y deberías acompañarnos. Es la primera vez que reciben visitas desde su gran pérdida. ¡Pero claro, en esa época tú estabas en el extranjero y no sabes de qué te hablo! Fitz-Warene, el único hijo de lord Mowbray, un muchacho tremendamente listo, murió hace un año, en Grecia, a causa de una fiebre. ¡Fue un golpe durísimo! Está previsto que sus dos hermanas, lady Joan y lady Maud, sean las grandes herederas del reino, pero conozco bien a Mowbray, y querrá un hijo mayor para su hija mayor. Ella lo va a heredar todo, es una de las amigas más queridas de Arabella, y tú vas a casarte con ella.

Egremont miró asombrado a su hermano, que le dio unas palmaditas en la espalda con un gesto de insólita amabilidad, y añadió:

—Mi querido Charles, no tienes ni idea del peso que me has quitado de encima. Estaba tan preocupado por ti, especialmente en los últimos tiempos. Cuando te vea convertido en lord del Castillo de Mowbray se verán realizados mis sueños más queridos. Es una posición adecuada para un hombre, y no conozco a ninguno que valga tanto como tú, aunque sea tu hermano quien lo diga. Ahora ven con nosotros y vamos a hablar con Arabella al respecto.

Tras decir esto, lord Marney, seguido con ciertas reticencias por su hermano, se desplazó hasta el otro extremo del salón, donde su esposa estaba ocupada con su labor, y se sentó junto a su joven amiga, la señorita Poinsett, que jugaba al ajedrez

con el capitán Grouse, miembro del club de ajedrez y uno de los practicantes más consumados de dicho juego.

—Bien, Arabella —dijo lord Marney—, todo está decidido; Charles está de acuerdo conmigo acerca de la visita al Castillo de Mowbray, y yo creo que cuanto antes vayamos, mejor. ¿Qué te parece pasado mañana? A mí me va perfectamente. Sería mejor que lo decidiéramos ya, así que la consideraremos una cita hecha.

Lady Marney parecía avergonzada y un poco alterada. Nada podía parecerle tan insólito como esta proposición, y nada tan inconveniente como estos planes. Era cierto que lady Joan Fitz-Warene los había invitado a Mowbray, y un día u otro ella tenía la vaga intención de considerar si debían aceptar su amable gesto o no, pero tomar la decisión de ir, y decidirlo tan de inmediato, sin la menor deliberación, sin la menor consideración sobre la oportunidad de dichos planes, por ejemplo, sin detenerse a ponderar el hecho de que esta abrupta decisión pusiera fin a la visita de la señorita Poinsett, todo ello le parecía irritante y embarazoso; un modo de hacer las cosas que contribuía a extraer de los más sencillos incidentes de la vida doméstica un cierto grado de perplejidad y molestia.

—¿No crees, George —preguntó lady Marney—, que sería mejor que habláramos un poco sobre ello?

—En absoluto —respondió lord Marney—. Si Charles quiere ir y a mí me va bien, ¿qué necesidad hay de consultar nada?

—¡Oh! Si Charles y tú queréis ir, no hay duda —dijo lady Marney en un tono dubitativo—; solo que me va a apenar perder el placer de vuestra compañía.

—¿Qué quieres decir con perder el placer de nuestra compañía, Arabella? Desde luego, tú vendrás con nosotros. Yo especialmente deseo que vengas. Tú eres la amiga más íntima de lady Joan; no creo que haya nadie que le agrade tanto como tú.

—Yo no puedo ir pasado mañana —observó lady Marney, hablando con un susurro, y con aspecto de estar enormemente disgustada.

—No puedo hacer nada —dijo lord Marney— deberías habérmelo dicho antes. Acabo de escribir una nota a Mowbray donde le digo que llegaremos pasado mañana para pasar con ellos una semana.

—Pero no me habías comentado nada —objetó lady Marney, ruborizándose ligeramente y utilizando un tono de amable reproche.

—Me gustaría saber cuándo voy a encontrar tiempo para comentar los contenidos de cada carta que escribo —dijo lord Marney—, especialmente con todos los fastidiosos asuntos que he tenido en mis manos hoy. Pero así es, cuantos más problemas trata uno de ahorrarte, más descontenta te pones.

—No, no estoy descontenta, George.

—No sé a qué llamas tú estar descontenta, pero cuando un hombre ha hecho los planes necesarios para agradar a su esposa y a todo el mundo, y ve que son obviados simplemente porque el día que uno ha fijado no coincide exactamente con sus deseos, si eso no es estar descontenta, me gustaría saber lo que es, Arabella.

Lady Marney no respondió. Era siempre tan sacrificada y complaciente que cada vez que intentaba expresar una opinión parecía asumir la posición, no del agraviado, sino del que agravia.

Arabella era una mujer con talentos, que ella misma había cultivado. Tenía un sentido común excelente y poseía muchas otras cualidades admirables. No carecía en absoluto de sensibilidad, pero su temperamento dulce se acobardaba ante el conflicto, y la naturaleza no la había dotado de un espíritu que ella pudiera dirigir y controlar. Se plegaba sin luchar a la voluntad arbitraria y al capricho irracional de un marido que raras veces la igualaba en inteligencia, que estaba muy por debajo de ella en muchas de las grandes cualidades que tiene el ser humano, pero que la gobernaba merced a su egoísmo de hierro.

Lady Marney carecía de voluntad propia. Un ser preciso, literal, agudo, trabajador envolvía su existencia, dirigiendo, planificando, disponiéndolo todo. Su vida era una serie de pequeños sacrificios y de alegrías frustradas; si su carruaje la esperaba a la puerta de su casa, nunca estaba segura de si no tendría que despedirlo; si invitaba a su casa a algunos amigos, era probable que tuviera que aplazar el encuentro; si se encontraba leyendo una novela, lord Marney le pedía que le copiase una carta; si pensaba ir a la ópera, de pronto, lord Marney le comunicaba que había reservado entradas para ella y algún amigo en la Cámara de los Lores, esperando, además, que ella se deshiciera en expresiones de gratitud y satisfacción para con él por su inoportuna y no solicitada amabilidad. Lady Marney había luchado contra su tiranía en los primeros días de su unión. ¡Pero lady Marney era tan inocente e inexperta! ¡Como si fuese posible para una esposa luchar contra un marido egoísta, que poseía a la vez una inteligencia aguda y un corazón romo! Le había suplicado, incluso le había participado sus reproches; había llorado y, una vez, hasta se había arrodillado, pero a lord Marney estas manifestaciones le parecían producto de los desórdenes de la sensibilidad de una muchacha que aún no se había acostumbrado al matrimonio y que ignoraba la sabia autoridad que tenían los maridos, entre los cuales él se consideraba a sí mismo como un ejemplo a seguir. Por tanto, una vez terminado el curso de iniciación, lady Marney desapareció durante días y se hundió en ensoñaciones compungidas en los misterios de su alcoba, mientras su marido se dedicaba a cenar en el club y acudir a los pequeños teatros. La condesa se había roto, y se había convertido en la perfecta esposa de un perfecto marido.

Lord Marney, que era aficionado al ajedrez, retó al capitán Grouse, quien, muy galantemente, propuso terminar antes su partida con la señorita Poinsett quien, conociendo tanto del ajedrez como de lord Marney, puso buen cuidado en perder rápidamente con el fin de que su señoría el lord pudiera encontrar un contrincante a su altura. Egremont se sentó junto a su cuñada, deseoso de calmar con palabras amables la irritación que había suscitado su hermano, entabló una conversación fluida con ella y, después de algún tiempo, dijo:

—Pienso que ha tenido la bondad suficiente para forjar mi destino.

Lady Marney pareció sorprenderse un poco y, luego, dijo:

—¿A qué se refiere?

—Según me han dicho, usted ha decidido sobre el paso más importante de mi vida.

—Me deja asombrada.

—Lady Joan Fitz-Warene, su amiga...

La condesa se ruborizó; aquel nombre era una pista que ella podía seguir, pero Egremont sospechaba, sin embargo, que aquella idea nunca se le había pasado por la cabeza. Describió a lady Joan como una mujer que no era hermosa, ciertamente nada hermosa; nadie podría considerarla hermosa; muchos incluso pensarían que era justamente lo contrario; y, sin embargo, tenía un aspecto, un aspecto determinado que, de acuerdo con lady Marney, la hacían más que hermosa, pues era una mujer muy lista, realmente mucho, extraordinariamente lista.

—¿Culta?

—Oh, ¡mucho más que eso!; he oído decir incluso a los hombres que ninguno sabía tanto.

—¿Es una de esas pedantes literatas?

—No es para nada pedante. No es esa la clase de conocimientos que posee, sino más bien de lenguas y libros cultos. Lee árabe, hebreo y otras lenguas antiguas; y tiene, además, un observatorio desde el que fue la primera persona que descubrió el cometa; el doctor Buckland da fe de ello; y mantiene correspondencia con Arago.

—Y su hermana, ¿es igual que ella?

—Lady Maud es muy religiosa. No la conozco tan bien.

—¿Es guapa?

—Algunas personas la admiran mucho.

—Yo nunca estuve en Mowbray. ¿Cómo es ese lugar?

—¡Ah! Es muy grande —dijo lady Marney—, pero como todos los lugares en los distritos fabriles, muy desagradable. Nunca ves un cielo azul; el mantel de la mesa de la comida esta cubierto de manchones negros, los ciervos del parque parece que se han bañado en un lago de tinta india; y, en cuanto a las ovejas, esperarías que sus pastores se hubieran convertido en deshollinadores.

—¿Y dice en serio lo de ir el jueves? —preguntó Egremont—. Creo que deberíamos aplazar la visita.

—Debemos ir —dijo lady Marney con una especie de suspiro y moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Déjeme hablar con Marney.

—¡Oh no!, debemos ir. Me fastidia por mi querida y pequeña Poinsett. Ha venido para quedarse conmigo más tiempo, y solo ha estado aquí tres días. Cuando vuelva a entrar, quiero que le pida que cante, Charles.

Poco después, la pequeña Poinsett estaba cantando, muy agradecida de haber sido invitada a hacerlo por el señor Egremont, quien durante algunos minutos se quedó

inmóvil escuchándola y, luego, hechizado por su forma de cantar, caminaba de un lado a otro de la habitación sin cesar de pedirle que continuase sus encantadoras actuaciones. Lady Marney estaba absorta con su bordado, y su esposo y el capitán con la partida.

¿Y en qué pensaba Egremont? En Mowbray, sin duda alguna. ¿Pero en lady Joan o en lady Maud? No exactamente. Mowbray era el nombre de la ciudad en cuya abadía se había encontrado con los desconocidos. Esa era la única información que había podido obtener de ellos, y por casualidad.

Cuando la mujer que había visto en el arco estrellado, a punto de reunirse con sus dos amigos, percibió que estos conversaban con un desconocido, dudó un instante y desapareció de pronto. Luego, el mayor de los viajeros, tras intercambiar una mirada con su amigo, se despidió de Egremont.

—Nuestro camino es tal vez el mismo —dijo Egremont.

—No lo creo —dijo el desconocido—; además, tenemos compañía.

—Y debemos ponernos en marcha ya, porque nos espera un largo camino —dijo el hombre que vestía de negro.

—Mi camino es muy corto —dijo Egremont, haciendo un desesperado esfuerzo por continuar la conversación—; ¡y voy a caballo!

—Y nosotros a pie —dijo el mayor—. No vamos a parar hasta que lleguemos a Mowbray.

Y con un leve saludo de despedida, dejaron a Egremont solo. Había algo en la manera de actuar del desconocido de mayor edad que anulaba cualquier posibilidad de que Egremont lo siguiera. Mientras salía del jardín del claustro en otra dirección, esperaba verlos fuera de la abadía. Pasó junto a la capilla de Nuestra Señora. La hermosa figura religiosa no estaba allí. Dio la vuelta hasta el lado oeste; no se veía a nadie. Echó un vistazo rápido a cada lado de la abadía, pero no se veía un alma. Se figuró que debían de haberse dirigido hacia la granja de la abadía, aunque era posible que hubieran proseguido su camino por el valle. Desconcertado, perdió el sentido del tiempo. Finalmente, se dirigió hacia la granja, pero no consiguió alcanzarlos; llegó hasta ella, pero no se les había visto por allí; y de este modo llegó a casa de su hermano, invadido por una extraña aunque dulce confusión.



## Capítulo 7

En un país comerciante, como es Inglaterra, cada medio siglo surge una nueva y gran fuente de riqueza pública, que llama la atención de la nación sobre una nueva y poderosa clase social. Hace un par de siglos, el marinero mercante turco fue el gran creador de riqueza. A este le siguió el colono de las Indias Occidentales. A mediados del siglo pasado apareció el nabab u hombre enriquecido en la India. Todos estos personajes en su momento álgido se fundieron con la gente del país y se convirtieron en aristócratas ingleses. Ahora, una vez caído el Levante, agotada la riqueza de las Indias Occidentales, y expoliada la península del Indostán, se ha extinguido lentamente su legado, y ya solamente existen en las comedias inglesas que han escrito desde Wycherly y Congreve hasta Cumberland y Morton. El gasto de la guerra revolucionaria produjo la figura del prestamista, que fue seguida por la del nabab. Pero con la aplicación de la ciencia a la industria se creó la figura del industrial, quien, además, aspiraba a poseer «grandes territorios», un deseo que siempre podrá tener mientras contemos con una constitución territorial, que para el predominio de los hacendados es mejor garantía que cualquier Ley del Grano, ya sea fija o fluctuante.

De todos estos personajes, el que, en general, hizo mayor fortuna y de la forma más rápida —y no olvidamos las maravillas del préstamo Waterloo, o los milagros de Manchester durante el bloqueo continental— fue el personaje angloindio por la época en que Hastings fue nombrado el gran virrey. No era insólito que hombres como estos, que hasta entonces habían ocupado posiciones tan discretas que sus nombres eran desconocidos para el público de este país aunque no se hubieran ausentado de su tierra nativa por un período más largo que el que duró el asedio de Troya, regresasen a ella convertidos en millonarios.

Una de las mayores fortunas de este género de oscuros aventureros fue la de un tal John Warren. Unos pocos años antes de que estallase la guerra civil americana trabajaba como camarero en un conocido club de la calle St. James. Era un muchacho rápido pero a la vez perseverante, discreto y muy respetuoso. Mientras desempeñaba este puesto le cayó en gracia a un hombre que había sido designado gobernador de Madrás, y que deseaba un asistente personal. Aunque era un hombre prudente, Warren era también un aventurero, y aceptó el empleo que la fortuna le brindaba. Fue una decisión clarividente, porque en aquellos días en que el viaje duraba unos seis meses Warren tuvo tiempo de congraciarse aún más con su patrón. Al contrario que este, tenía buena mano para escribir, y poseía un talento natural para la contabilidad, que era un tipo de instrucción muy útil para su jefe. Cuando llegó a Madrás, ya no era su asistente, sino que se había convertido en su secretario personal.

Su patrón consiguió hacer fortuna, pero era indolente. Excepto por su gran posición no gozaba de ninguna de las cualidades que requiere el éxito, mientras que Warren tenía todas las cualidades excepto esa. Es fácil comprender cuál era la base

sobre la que se cimentaba esta alianza: el interés mutuo y la ayuda recíproca. El gobernador concedía monopolios a su secretario a cambio de que este, su socio secreto, le diese una cuota correspondiente. Pero surgió una de esas hambrunas tan frecuentes en el Indostán. La famélica población de la provincia pidió a gritos el arroz que había desaparecido durante meses de los ya de por sí bastante desabastecidos almacenes. La administración aducía que había invertido el dinero de los impuestos en comprarlo. Cuando la hambruna era ya tan grande que incluso se preveían brotes de peste bubónica, los acaparadores monopolistas salieron al rescate de la población cuyo destino, en realidad, habían tenido siempre en sus manos; y, al mismo tiempo que alimentaban a millones de personas se los metieron en el bolsillo.

Esta fue la gran campanada del instinto financiero de Warren. Estaba satisfecho. Soñó una vez más con ver la calle St. James y convertirse en miembro del club donde una vez había trabajado como camarero. Pero él era el chico mimado de la fortuna, y esta no iba a dejar que se le escapase así como así. El gobernador murió y nombró albacea único del testamento a su secretario, no porque su excelencia confiase especialmente en su agente, sino porque no se atrevía a confiar la administración de sus negocios a nadie más. El testamento era tan complicado que Warren pidió a los herederos una buena suma de dinero por descargarles a ellos del trabajo de gestionar la herencia y por la cancelación de las deudas en su nombre. Con la India tan lejos y los tribunales tan cerca, los herederos aceptaron la proposición. Entonces Warren liquidó sus propiedades en venganza por las provincias expoliadas por el gobernador, y de ese modo infligió un castigo tan severo que no habría sido decretado ni por la propia Cámara de los Comunes, encabezada entonces por los líderes de ambos partidos, Burke y Francis.

Este mismo señor Warren, de quien apenas se sabía más que se trataba de un nabab que había regresado recientemente de la India, compró una gran propiedad en el norte de Inglaterra y entró en el Parlamento como representante de uno de los distritos donde había comprado tierras. Era un hombre tranquilo, de mediana edad, modales educados, y sin opiniones políticas concretas, una cualidad muy solicitada en una época en que los partidos se parecían mucho. Era el momento en que comenzaban los dolores del alumbramiento de la administración de lord North, y el primer ministro invitó a este nuevo miembro a que cenase con él. Vio que el señor Warren era un hombre singularmente libre de prejuicios partidistas; uno de esos diputados que mostraba su determinación para escuchar los debates y regirse por argumentos. Todos le dedicaban cumplidos y hablaban con él. El señor Fox declaró que se trataba de un hombre superior; el señor Burke dijo que era de esos hombres que podían salvar al país; y se dejó mimar por la señora Crewe, la más brillante de las duquesas, aceptando su invitación a cenar.

Con el tiempo llegaría una de esas terribles pruebas de fuego que preceden a la caída de un ministro, pero que algunas veces, debido a la peculiaridad de las circunstancias, como en los casos de Walpole y lord North, no producen un resultado

inmediato. La gran pregunta era: ¿qué iba a votar Warren? El día anterior al debate hubo una recepción real a la que asistió el señor Warren. El soberano se detuvo para hablar con él, le sonrió y le hizo muchas preguntas; acerca de sí mismo, de la Cámara de los Comunes, de qué le parecía Inglaterra. Hubo revuelo en el círculo de invitados; había un nuevo favorito de la corte.

Tras el debate, tuvo lugar la escisión. El señor Warren votó a favor del primer ministro. Burke lo reprobó, y el rey le concedió el título de barón.

El señor Warren estableció una gran alianza, al menos para él. Se casó con la hija de un conde inglés y se convirtió en uno de los amigos del rey. Apoyó a lord Shelburne, y abandonó a lord Shelburne; tuvo la temprana intuición de descubrir que el señor Pitt era el hombre al que debía arrimarse y se arrimó a él. Y así, el señor John Warren pudo comprar más tierras y ganarse otro distrito político. Se convirtió en un personaje público con rapidez. Mientras duraron los debates sobre la India se mantuvo extremadamente callado. Solo en una ocasión en que salió al paso en defensa del señor Hastings, a quien admiraba tanto, se arriesgó a corregir al señor Francis en una cuestión de hecho que conocía personalmente. Pensó que con esa observación no corría peligro, pero no volvió a hablar. Sin embargo, desconocía los recursos que tenía el instinto vengativo de Burke o los poderes de su malvada imaginación. Burke debía una al nabab por el voto en contra que le había valido a este la concesión de su baronía, así que el orador aprovechó aquella pequeña oportunidad para inquietar secretamente la conciencia del aventurero indio mediante alusiones veladas y su fatal familiaridad con el tema.

Sin embargo, otra propiedad y otro distrito le dieron algún consuelo por su pequeño desliz, y con el tiempo la Revolución Francesa, para alivio de sir John, apartó para siempre la atención pública de los asuntos indios. La lealtad del nabab al señor Pitt le habían granjeado su amistad personal. Es verdad que las pullas de Burke habían revelado que había sido camarero —una circunstancia que había ocasionado numerosísimos epigramas de Fitzpatrick y bromas de Hare—; sin embargo, al señor Pitt no le importaba nada el origen de sus partidarios. Por el contrario, el señor John era exactamente el tipo de individuo con el que contaba el ministerio para formar su aristocracia plebeya. Así, utilizando a su amigo como cobaya antes de aventurarse en empresas más altas, se transformó al nabab en barón irlandés de la noche a la mañana.

El nombre que figuraba en el título del nuevo barón era lord Fitz-Warene, de origen normando y descendiente de los antiguos barones de este nombre que se habían descubierto en el Instituto de Heráldica. Fue un sabroso descubrimiento para Fitzpatrick y Hare, pero el público se acostumbra a cualquier cosa, y había asumido la costumbre de la fe. Al nuevo barón no le importaba nada el ridículo, porque él trabajaba para la posteridad, y ante cualquier molestia le compensaba el hecho de saber que sería recordado como el camarero de la calle St. James que ascendió al rango de noble, y que sus hijos aún ascenderían más en el escalafón de la nobleza de

su país. De este modo obtuvo el permiso real para recuperar el apellido y el escudo de sus ancestros, así como su título.

Circulaba la malévola historia de que sir John debía su promoción a haber prestado dinero al primer ministro, pero esta era una calumnia. El señor Pitt nunca pidió prestado ningún dinero a sus amigos. De hecho, para salvar su biblioteca en una ocasión pidió mil libras a un individuo a quien había favorecido con una carrera fulgurante y un cargo de importancia. Cuando el señor Pitt murió, este individuo que tenía la fianza del préstamo, reclamó su derecho y dedujo las mil libras del patrimonio insolvente de su generoso patrón. Pero el señor Pitt siempre prefirió un usurero a un amigo, y hasta el último día de su vida pidió prestado dinero al cincuenta por ciento.

El nabab dejó esta vida antes que el primer ministro, pero vivió lo suficiente para ver realizado su sueño más anhelado: dos años antes de su muerte, el barón irlandés fue nombrado discretamente par inglés. Sin llamar la atención, y bastante olvidadas ya todas las pullas de Fitzpatrick y todas las bromas de Hare, el camarero del club de la calle St. James tomó posesión, de la forma más natural posible, de su escaño en la Cámara de los Lores.

Las grandes propiedades del difunto lord Fitz-Warene se ubicaban en Mowbray, un pueblo que le pertenecía casi en su totalidad y cerca del cual había erigido un castillo gótico a la altura de su apellido y de sus antepasados normandos. Mowbray era uno de esos lugares que, en el transcurso de la gran guerra, había pasado de ser un pueblo casi desconocido a una próspera ciudad manufacturera, una circunstancia que, como observaba lady Marney, podría haber deteriorado la atmósfera de su espléndido castillo, pero que, por el contrario, no había hecho sino duplicar el valor del arriendo que cobraba su señor. Al padre le había sucedido en el título Altamont Belvedere (que era el apellido de la familia de la madre) Fitz-Warene. No tenía el talento de su padre, pero no carecía de habilidades, aunque su educación excedía su inteligencia, una desgracia habitual. El nuevo lord Fitz-Warene era el ser más aristocrático que cabe imaginarse. Creía tan completa, entera y ciegamente en su pedigrí que su escudo de armas blasonaba en cada ventana, había mandado bordarlo en cada silla y grabarlo en cada esquina. Poco después de la muerte de su padre, se unió a la hija de una casa ducal, que le dio un hijo y dos hijas, que fueron bautizados con nombres que autorizaban los antiguos registros de la familia Fitz-Warene. Su hijo, que prometía cualidades que harían realmente distinguida a la familia, se llamaba Valence, y sus hijas, Joan y Maud. Lo que parecía faltar a la gloria de la casa era una gran distinción que un noble rico con seis escaños en la Cámara de los Comunes no podía renunciar a la esperanza de conseguirlo. Lord Fitz-Warene aspiraba a un puesto entre los condes de Inglaterra. Pero los sucesores del señor Pitt eran fuertes. Pensaron que los Fitz-Warene ya habían medrado demasiado rápidamente. Se rumoreaba que al rey no le gustaba este hombre; que Su Majestad pensaba que era pomposo, lleno de pretensiones, en resumen, un idiota. Pero, aunque los sucesores del señor Pitt se las

ingeniaron para gobernar el país durante veinte años y, por lo general, gozaron de una posición fuerte, hubo inevitablemente ocasiones durante ese intervalo de tiempo en que, por buena que fuese su gestión o por mucha suerte que tuvieran, se vieron inmersos en dificultades, y fue necesario conformar a los tibios y recompensar a los partidarios. Lord Fitz-Warene entendió bien cómo sacar provecho de estas ocasiones; fue asombroso lo consciente y escrupuloso que se hizo cuando las expediciones a la isla de Walcheren, las masacres de Manchester, o las pruebas que hubo de superar la reina, pues cada arañazo que sufría el gobierno era un peldaño en la ascensión de este gran traficante de distritos electorales. Se hizo favorito del Palacio del Príncipe, porque el viejo rey también había desaparecido de escena, y la grandeza deslucida del gran par normando le iba mejor a la personalidad del príncipe Jorge IV. Ellos querían los seis votos de Fitz-Warene para Canning, pero él quería algo a cambio; de modo que uno de los motivos por los que tuvimos como primer ministro a un hombre de talento fue gracias a que se elevó a lord Fitz-Warene en el escalafón nobiliario al título de conde de Mowbray del Castillo de Mowbray.

## Capítulo 8

Ahora debemos volver por un momento a los extranjeros de las ruinas de la abadía. Cuando los dos hombres se unieron a la bella religiosa cuya aparición había conmovido a Egremont, los tres abandonaron la abadía por un camino que rodeaba el jardín del claustro por detrás, y seguía noventa metros más por la rivera del río hasta encontrarse con el cauce seco de un valle estrecho y encerrado. Al poco tiempo llegaron al final de esta hoya, donde había una destilería de cerveza. Este lugar estaba protegido por unos enormes álamos del viento del vasto páramo que, salvo hacia Mardale, se extendía en todas las demás direcciones que abarcaba la vista. Aquí se detuvieron los caminantes, la hermosa monja se sentó en un banco de piedra detrás de los árboles, mientras que el extranjero de mayor edad avisó al dueño de la casa de su llegada y se dirigió a un cobertizo próximo de donde sacó un pequeñísimo poni con una tosca silla de montar, que obviamente estaba preparado para una amazona.

—Menos mal, Stephen —dijo el más alto de los hombres— que no pertenezco a ninguna asociación en pro de la abstinencia como tú, porque me sería difícil recompensar a este buen hombre por el cuidado de nuestro corcel. Ahora me voy a tomar una jarra de este brebaje de los reyes sajones. —Luego, acercando el poni hasta la mujer, la invitó a montarlo con suavidad y mucha naturalidad, diciendo al mismo tiempo con voz dulce—: Y tú, ¿deseas que te traiga un vaso del vino de la tierra?

—He bebido de la fuente de la Santa Abadía —dijo la religiosa— y ningún otro líquido debe tocar mis labios esta noche.

—Vamos, debemos emprender la marcha de inmediato —dijo el mayor de los hombres mientras devolvía la jarra al anfitrión y se ponía a caminar al lado de Stephen.

Aunque el sol había caído, aún quedaban los rescoldos del crepúsculo e, incluso en esta amplia lengua de tierra, el aire permanecía quieto. La gran superficie ondulada del marjal de color pardo y morado, salpicada por algunas rocas fantásticas, brillaba bajo la luz cambiante del atardecer. Héspero, que era la única estrella que aún podía verse, parecía ir por delante de ellos, indicándoles el camino.

—Espero, padre mío —dijo la religiosa, dirigiéndose al extranjero de mayor edad— que si alguna vez volvemos a conquistar nuestro derecho, y podemos salvarnos por la intercesión de la gracia divina, algo que me parece a mí de todo punto imposible, nunca olvides lo amargo que es que le obliguen a uno a marcharse de su propia tierra, para que traigas de vuelta al pueblo a la que le corresponde.

—No por otra causa lucharé —declaró el padre—. Después de siglos de penalidades y miserias, que no se diga jamás que no tuvimos compasión por los tristes y los oprimidos.

—Después de siglos de penalidades y miserias —añadió Stephen—, que no se diga jamás que conseguiste tu derecho solo para ser barón o hacendado.

—No, puedes estar seguro, Stephen —añadió su compañero sonriendo—, si alguna vez llega la hora. Tendrás tanta tierra como desees para tu nueva Jerusalén.

—Llámalas como quieras, Walter —replicó Stephen—. Pero si alguna vez tengo la oportunidad de llevar a cabo completamente el principio de la asociación, cantaré: «*Nunc me dimittas*».

«*Nunc me dimittas*», cantó la monja en una voz melódica, y siguió cantando el himno celestial durante algunos minutos. Mientras tanto, sus compañeros la miraban fijamente con devoción; las estrellas brillaban cada vez más, y el páramo se iba oscureciendo.

—Ahora, dime, Stephen —dijo la religiosa volviendo la cabeza para mirarlos con una sonrisa— ¿no piensas que sería una solución más sensata recalar esta noche en algún amable monasterio, en vez de apresurarse ahora al lugar menos atractivo de la creación que es una estación de ferrocarril?

—Los trenes harán por la humanidad tanto como hicieron los monasterios —dijo Stephen.

—Si no hubiera sido por el ferrocarril, nunca habríamos realizado nuestra visita a la Abadía de Marney —dijo el mayor de los viajeros.

—Ni habríamos visto la tumba del último abad —dijo la religiosa—. Cuando marqué tu nombre en la piedra, ay de mí, padre mío, me apenó realmente que tuviésemos que ser los de nuestra sangre a quienes tocase rendir esa sagrada encomienda ante hombres sin escrúpulos.

—El abad nunca se rindió —dijo el hombre—, fue torturado y ahorcado.

—Y ahora está en la comunión de los santos —dijo la religiosa.

—Si pudiésemos ver una comunión de Hombres —dijo Stephen—, entonces no habría más violencia, porque no habría más pillajes.

—Debéis recuperar nuestras tierras para nosotros, Stephen —dijo la religiosa—; si eso ocurre alguna vez, me he prometido, padre, que fundaré un convento para mujeres piadosas.

—No olvidaremos nuestra antigua fe —dijo su padre—; la única cosa de aquellos tiempos que no hemos perdido.

—No puedo comprender —dijo Stephen—, ¿por qué tenías que perder de vista esos documentos, Walter?

—Sabes, amigo, nunca los tuve en mi posesión; nunca fueron míos cuando los vi; eran de mi padre, y él se cuidaba de que no hubiese intermediarios. Él era un pequeño propietario rural que se levantó en tiempos de guerra para hacer el bien en el mundo, pero siempre con el anhelo de recuperar la vieja tradición que reconocía nuestra propiedad legítima sobre las tierras. Un tal Hatton se ganó su confianza; y tengo entendido que hizo bien su trabajo, si bien es cierto que mi padre no se ahorró nada. Hoy, fiesta de san Martín, hace veinticinco años que trajo su título de propiedad; y aunque desconcertado, no estaba derrotado. Cuando murió, sus papeles estaban muy confusos; había hipotecado su tierra con el título de propiedad, y ya no regían los

precios que se habían pagado durante la guerra. Había deudas que no podía pagar. Yo carecía de capital para comprar una granja, y no quería rebajarme a hacer peonadas en la tierra que una vez había sido nuestra. Me acababa de casar y era necesario hacer un gran esfuerzo; había oído hablar de los salarios elevados que se pagaban en la nueva industria, y abandoné la tierra.

—¿Y los documentos?

—Nunca pensé en ellos, o pensé en ellos con disgusto, como la causa de mi ruina. Luego, cuando tú llegaste el otro día, y me mostraste en el libro que el último abad de Marney fue un tal Walter Gerard, renació en mí aquel viejo sentimiento; y no pude evitar decirte que mi padre había luchado en Azincourt, aunque yo solo era el supervisor de los telares del señor Trafford.

—Bendito sea el nombre de la bendita fe —exclamó la religiosa—; que Dios lo bendiga.

—Tenemos motivos para bendecirlo —dijo Gerard—. Pensé entonces que era algo que servía a un caballero; y, en cuanto a mi hija, ella se crio en el interior de aquellos muros santos que la han convertido en lo que ahora es.

—La naturaleza le ha hecho ser como es —dijo Stephen en voz baja, pero no sin emoción. Después, siguió diciendo en un tono más alto y enérgico—. Pero este Hatton, ¿sabes algo de su paradero?

—No he oído nada de él desde entonces. Un año después de la muerte de mi padre me puse a buscarlo, pero ya había abandonado Mowbray, y nadie me supo dar noticias sobre él. Creo que hizo fortuna gracias a nuestro título de propiedad, pero el caso es que con él se fueron nuestras esperanzas.

Después de esto, hubo un silencio. Cada uno de ellos se encerró en sus pensamientos, pues la influencia de la suave noche y del cielo estrellado a esa hora inducían a la contemplación.

—Oigo el murmullo del tren —dijo la religiosa.

—Es el tren que sube —le contestó su padre—; aún tenemos un cuarto de hora; llegaremos a tiempo para cogerlo.

Tras decir esto, dirigió al poni hacia el lugar donde algunas luces indicaban que estaba situada la estación de ferrocarril que en este punto cruzaba el páramo. La campanilla del tren sonó con el tiempo justo para devolver el poni a la persona de la estación a quien se lo habían pedido prestado y comprar sus billetes. En pocos minutos, la religiosa y sus dos acompañantes se encontraban en el tren camino de Mowbray, adonde llegarían tras un trayecto de dos horas.

Faltaban dos horas para la medianoche cuando llegaron a la estación de Mowbray, que se encontraba a una distancia de medio kilómetro del pueblo. Las fábricas estaban cerradas desde hacía tiempo. Un cielo espléndido, claro y sereno, envolvía la ciudad del humo y la fatiga. Por todas partes se recortaban contra el cielo púrpura las columnas de humo de las fábricas. De vez en cuando, una estrella centelleante alumbraba detrás de la silueta de sus altas torres escalonadas.



Los viajeros se dirigieron hacia los suburbios, y llegaron junto a una altísima tapia de un gran jardín. A medida que se aproximaban, la luna iba elevándose en el cielo hasta inundar de luz los árboles, y revelar al fin un pórtico alto y centrado. Gerard llamó al timbre situado a un lado del portillo de entrada. La portezuela se abrió rápidamente.

—Me temo, hermana —dijo la religiosa—, que llego más tarde de lo prometido.

—Los que vienen en nombre de nuestra señora son siempre bienvenidos —fue la respuesta.

—Hermana Marion —dijo Gerard a la portera—, hemos estado visitando un lugar sagrado.

—Todos los lugares son sagrados si lo son los pensamientos, hermano.

—Querido padre, buenas noches —dijo la religiosa—, que te bendigan todos los santos; y a ti, Stephen, aunque no te arrodilles frente a ellos.

—Buenas noches, mi querida niña —dijo Gerard.

—Podría creer en la existencia de los santos cuando estoy contigo —murmuró Stephen—. Buenas noches, Sybil.

## Capítulo 9

Cuando Gerard y su amigo dejaron el convento, se dirigieron a paso rápido hacia el centro de la ciudad. Las calles estaban casi vacías y, con la excepción de algún alboroto o explosión de júbilo procedentes de una cervecería, todo estaba en calma. La calle principal de Mowbray, llamada Castle Street en recuerdo de las ruinas del antiguo bastión de los barones que se encuentran en las proximidades, era tan representativa de la actual comunidad civil como dicho alcázar lo había sido de sus antiguos defensores. Las dimensiones de Castle Street no desmerecían la importancia de la ciudad; la anchura de la calle, que recorría de un lado a otro una gran parte de la ciudad, era proporcional al tamaño de esta. Tenía amplias aceras y deslumbrantes faroles de gas que mostraban la existencia de un orden y una prosperidad modernos. A ambos lados de la calle había tiendas magníficas y enormes almacenes, que si bien no eran tan hermosos como los palacios de Venecia, a su manera no eran menos admirables. Aquí y allí surgían algunas fábricas antiguas, construidas en medio del campo por algún propietario que no tuvo la energía ni el espíritu empresarial de sus conciudadanos, para prever que, en el futuro, el emplazamiento de sus fábricas ofendería la vista de las generaciones posteriores.

Después de seguir su trayecto a lo largo de Castle Street durante unos cuatrocientos metros más, Gerard y Stephen doblaron por una calle y atravesaron una serie de callejas y callejuelas sinuosas hasta llegar a una de las zonas de la ciudad que daban a campo abierto. Era un distrito donde desaparecían las calles, las plazas e, incluso, los callejones, y donde se veían por todas partes, en grupos aislados, altas chimeneas y edificios con aspecto de barracones que les anunciaban que ese era uno de los principales emplazamientos industriales de Mowbray. Tras cruzar este descampado llegaron hasta un suburbio, pero era uno de muy distinta clase al lugar en que se situaba el convento al que habían acompañado a Sybil. Este otro era populoso, ruidoso y alegre. Era sábado por la noche y las calles estaban atestadas de un gentío que bullía sin cesar, entrando y saliendo de los patios y de los callejones sin salida que comunicaban con las calles principales a través de estrechos arcos que, como si fuesen entradas a colmenas, eran tan bajos que había que agacharse para cruzarlos. Subiendo a estas mismas calles por estrechas escaleras desde sus lietas y lúgubres casas, esta nación subterránea salía a borbotones de sus sótanos para disfrutar de la frescura de la noche de verano y del mercado en su día de descanso. Las alegres y luminosas tiendas estaban llenas de gente, y los grupos de compradores se apiñaban alrededor de los puestos, donde se mostraba el género con la ayuda de lámparas de tungsteno y de ostentosas linternas.

—Vamos, vamos, es una pieza de primera calidad —gritaba una mujer de aspecto bonachón, apoyada sobre un puesto que, pese a haber ya menguado bastante por los anteriores compradores, aún ofrecía numerosas tentaciones a muchos que no podían comprarlas.

—¿De verdad, viuda? —dijo un hombrecillo pálido, con más deseos que esperanza.

—Vamos, vamos, que se hace tarde, y su esposa está enferma; usted es un alma buena, se la dejo por cinco peniques la libra, y le doy un hueso de oveja de regalo.

—No queremos carne, viuda —dijo el hombre.

—¿Y, por qué no, vecino? Con tu salario, deberías vivir como un boxeador profesional o, al menos, como el alcalde de Mowbray.

—¡Salario! —dijo el hombre—. ¡Quién lo tuviera!, Shuffle y Screw me han bajado de nuevo el sueldo, ¡y además una buena cantidad!

—¡Ay, esos pelarruecas! —exclamó la viuda—. ¡Ya llegará el día en que les den estopa a esos bribones!

—¡Y también para los que sisan! ¡La horca para los ladronzuelos! ¿Dime, viuda Carey, es que soy yo un tipo que sisaría por un pingo mal cosido?

—¿A ti por descuidero? Te conozco, John Hill, desde que eras un muchacho, hace veinte primaveras, y nunca había oído una palabra mala de ti hasta que entraste en los telares de Shuffle y Screw. ¡Oh, esos dos no son de buen paño, John!

—Nos están engañando a todos, viuda. Dicen que nos pagan con los mismos salarios que al resto, pero todo lo arreglan con los bonos esos. Puedes entrar, y puedes marcharte, pero el bono te cae igual. Los salarios son una miseria, pero además te quitan de la paga. He oído que mantienen todo su negocio gracias a los bonos salariales.

—Estarán vivos, pero esos Shuffle y Screw tienen el alma corrompida, y son un par de rufianes filateros —dijo la señora Carey—. Sí, señora, si usted quiere, se lo dejo a cinco peniques la libra; no, señora, res ya no nos queda. Señora —siguió diciendo la señora Carey en voz baja mientras su clienta perdida se empezaba a alejar—, usted sí que tiene pinta de carnívora. Que se hace tarde —dijo la viuda—; llévese este hueso a casa para su esposa, vecino Hill, ya hablamos del resto el próximo sábado. ¿Y qué desea usted, señor? —dijo con expresión decidida a un joven que acababa de detenerse frente a su puesto.

Tenía unos dieciséis años, una figura elástica, y un rostro bien parecido, pálido y atrevido. Vestía con largos pantalones blancos y sueltos que le hacían parecer alto. No tenía chaleco, pero sí un pañuelo de seda rosa que llevaba cuidadosamente anudado en torno al cuello, y abrochado con un gran imperdible que, fuese cual fuese el material del que estaba fabricado, le daba un aspecto imponente. El resto de su atuendo consistía en una levita amplia, hecha de un paño tosco de color blanco, que llevaba abrochada con un solo botón a la altura de la cintura, y un sombrero de copa marrón oscuro, que aligeraba su aspecto y acentuaba el efecto de sus engañosos ojos azules.

—Bueno, no hace falta ser tan agresiva, Madre Carey —dijo el joven con afectado aire de desprecio.

—No me llames madre —dijo la jovial viuda con un resplandor en los ojos—;

díselo a tu propia madre, que se muere en un sótano oscuro sin respiraderos, mientras que tú vives en un segundo piso.

—No se muere, solamente está borracha —dijo el joven.

—Y si solamente está borracha —replicó la señora Carey con pasión—, ¿por qué bebe si no es porque no para de apencar desde las cinco de la mañana hasta las siete de la noche, y por el bien de gente como tú?

—Esa sí que es buena —dijo el joven—. Me gustaría saber qué hizo mi madre por mí, aparte de darme melaza y láudano cuando era chico para refrenar mi lengua y llenar mi estómago; y por ese motivo, como dice mi mujercita, se jorobó el crecimiento de uno de los mejores palmitos de Mowbray. —Y, al decir esto, el joven se irguió, y metió las manos en los bolsillos de su pelliza.

—Pero nunca en mi vida —dijo la señora Carey—, nunca he oído una cosa semejante.

—Qué va a oír usted, madre, si vende chuletas de asno como si fueran de ternera.

—Refrena tu lengua, bribón —dijo la viuda Carey—. Todo el mundo sabe que no eres cristiano, así que ¿quién va a creerte lo que dices?

—Es bien sabido que yo soy un hombre que paga sus deudas —dijo el muchacho—, y no un chalán que vende carroña en su puestucho a la luz de las estrellas. Soy un tipo que vive en un segundo piso, tiene mujer y familia o lo que sea.

—¡Ah, diablillo! —exclamó la viuda desesperada, impotente para descargar su venganza sobre quien gozaba de una posición segura, y cuyos movimientos eran tan ágiles como su lengua.

—Pero ¿qué le ha hecho Dandy Mick? —dijo una voz con buen humor procedente de una de las dos chicas que se detuvieron al pasar delante de su puesto. Vestían con desenfado, con un pañuelo fino atado por debajo de la barbilla, el pelo cuidadosamente arreglado y llevaban cadenas de coral y pendientes de oro.

—¡Ah, pero si eres tú, hija mía! —dijo la viuda, que era una criatura bien intencionada—. El Dandy me ha estado obsequiando con alguna de sus diabluras.

—Pero no pretendía nada malo, señora —dijo Mick—. Era una broma, solo una broma.

—Bien, olvidémoslo —concedió la señora Carey—. ¿Y dónde te has metido todo este tiempo, hija mía? ¿Y quién es tu amiga? —añadió en un tono más bajo.

—Es que me he marchado de la fábrica de hilados del señor Trafford —dijo la muchacha.

—Mal asunto —dijo la señora Carey—, porque esos Trafford son amables con la gente, y es una gran cosa para una joven como tú trabajar en su fábrica.

—Así es —dijo la chica—, pero luego era tan aburrido... no puedo soportar la vida en el campo, señora Carey. Me gusta la compañía.

—Bueno, a mí también me gusta un poco de charla —replicó la señora Carey con gran franqueza.

—Y, luego, no me gusta estudiar —añadió la muchacha—, y no me acostumbro a

la escuela. Y es que los Trafford tenían tantas escuelas.

—Aprender es mejor que cuidar la casa y la tierra —dijo la señora Carey—, aunque yo tampoco pasé por la escuela; porque entonces, en mi época, las cosas eran distintas; los jóvenes...

—Pues yo —dijo Mick— no creo que pudiera soportar un día entero sin ir a nuestro Instituto.

—¿Y cuál es ese? —preguntó la señora Carey con un gesto despectivo.

—El Círculo Literario y Científico Shoddy-Court, para ser exactos —dijo Mick—; somos cincuenta miembros, y tenemos el control de tres periódicos londinenses: primero, *La Estrella del Norte*, y el segundo, *Mundos morales*.

—¿Y dónde estás ahora, muchacha? —siguió preguntando la viuda.

—Estoy en Wiggins y Webster —contestó la muchacha—; y esta es mi socia. Compartimos casa; tenemos una bonita habitación en Arbour Court n.º 7; tiene buena ventilación. Venga a tomar una taza de té con nosotras mañana; esperamos a algunos amigos.

—Acepto, muy amable —dijo la señora Carey—; ¡así que compartís casa! Todos los muchachos comparten casa en estos días. ¡Los tiempos han cambiado!

—Y nos encantaría que vinieras tú también, Mick; y Julia, si no tenéis otros compromisos —siguió diciendo la muchacha, que inmediatamente miró a su amiga, una guapa muchacha de aspecto reservado, que se apresuró a decir, con voz algo vacilante:

—¡Pues claro que nos encantaría!

—¿Y qué vas a hacer ahora, Caroline? —dijo Mick.

—Bueno, no habíamos planeado nada; pero le he dicho a Harriet que, ya que hace tan buena noche, demos un paseo tan largo como podamos y mañana nos quedemos en la cama hasta la tarde.

—Eso está bien en invierno, cuando florece el tabaco —dijo Mick—, pero en esta época del año a mí me gusta la diversión. En cuanto salí, me di un baño en el río y, luego, me fui a casa y me vestí —añadió en un tono satisfecho—; y ahora me voy a El Templo. Se me ocurre una cosa. Julia se ha pinchado hoy con la lanzadera del telar; no es grave, pero no puede salir. ¿Qué os parece si os invito a ti y a tu amiga a El Templo?

—Bueno, eso suena bien —dijo Caroline—. No hay nadie que sea tan gentil como tú, Dandy Mick. Siempre lo digo, ¡me encanta El Templo! ¡Es un sitio tan urbano! Ayer noche se lo decía a Harriet; ella no ha estado ahí nunca. Le propuse que fuésemos juntas, pero dos muchachas solas... tú me entiendes; a nadie le gusta que la vean en esos lugares sin compañía.

—Tienes razón —dijo Mick—. Y, ahora, deberíamos marcharnos. Buenas noches, viuda.

—Acuérdese de nosotros mañana por la noche —dijo Caroline.

—¡Mañana por la noche! ¡El Templo! —murmuró la señora Carey para sí

misma—. Creo que el mundo se ha vuelto loco por aquí. Un imbécil como Mick Radley que vive en un segundo piso, con su mujer y su familia, o lo que sea, como dice él, ¡y esta chica que me invita a tomar un té a su casa con ella y la amiga con la que comparte piso! Los padres y las madres ya no valen nada —siguió diciendo la señora Carey, mientras cogía un poco de rapé para esnifarlo, y se quedaba absorta—; son los niños los que pagan el pato —añadió ella tras una pausa profunda— y así van las cosas.

## Capítulo 10

Mientras tanto Gerard y Stephen se detuvieron ante una casa alta, esbelta y estucada, con balaustrada y friso, con mucha luz por dentro y por fuera y, a juzgar por los sonidos que salían de ella y por las personas que entraban y salían, obviamente un lugar de gran jolgorio y bullicio. Un cartel con el título de El Gato y el Violinista indicaba que era un lugar público de entretenimiento y diversión, regido por alguien que respondía al nombre de John Trottmán, aunque ese no era más que su apelativo vulgar, ya que era mucho más conocido por el otro merecido y afamado sobrenombre de Jack el Burlón.

Los compañeros entraron en el espacioso recinto y se abrieron paso por el bar lleno de gente. Stephen, con una mirada grave pero con una adecuada familiaridad, vio a una mujer bien parecida que oficiaba en los misterios de la calle y le preguntó en voz baja:

—¿Ha llegado ya?

—Está en El Templo; el señor Morley ha preguntado por ti y tu amigo más de una vez. Creo que sería mejor que fueses. Sé que quiere veros.

Stephen susurró algo al oído de Gerard y, tras un momento de pausa, pidió al regente del mesón un par de entradas por cada una de las cuales pagó tres peniques, una suma que, aunque según el mensaje impreso en la entrada podía canjearse por posibles refrescos, no suponía una gran compensación para un miembro muy estricto de la Sociedad de Abstinencia de Mowbray.

Una hermosa escalera con barandilla de metal brillante los condujo a un amplio vestíbulo en el que había una puerta que ahora permanecía cerrada. Un muchacho sentado en la entrada recogía los billetes de todos los que pasaban. El pórtico tenía unas dimensiones considerables y pretensiones arquitectónicas; estaba pintado de un color verde brillante y decorado con paneles de oro. En el dintel, escrito con letras de fuego, podía leerse: «El templo de las musas».

Gerard y Morley entraron en una sala muy alargada y bastante alta, aunque estrecha para esas dimensiones. El techo estaba, además, profusamente decorado, y las paredes estaban pintadas con brochazos enérgicos. Cada panel representaba alguna escena conocida de Shakespeare, Byron o Scott, donde se reconocía fácilmente al rey Ricardo, a Mazeppa o a La Señora del Lago. En un panel Hubert amenazaba a Arturo; en otro Haidee rescataba a Juan; y más allá Jeanie Deans hacía una reverencia ante la reina. La habitación estaba a rebosar de gente; unas trescientas o cuatrocientas personas se habían sentado formando grupos distintos en mesas distintas, comiendo, bebiendo, hablando, riéndose e, incluso, fumando. Una práctica que, pese a dañar las pinturas y las capas de oro, había sido imposible de prohibir aunque se instaba a evitarlo. La conducta de toda la gente, la mayoría de ellos obreros, no podía ser más correcta. Los camareros se movían con una ágil elegancia entre unos y otros como si estuvieran sirviendo a nobles. En general, el ruido era

fuerte, aunque no desagradable. Algunas veces sonaba un timbre y se hacía un relativo silencio, mientras se levantaba el telón en uno de los extremos de la habitación, en el lado opuesto al de la entrada, donde había un teatrillo. Al escenario, situado a una altura normal y adornado con pinturas en los flancos, salía unas veces una mujer, con un bonito vestido, que cantaba una balada; y otras, un señor vestido con un elaborado traje de granjero de la vieja comedia, con una peluca cortada a lo tazón, botones y hebillas, y polainas azules, y que deleitaba a la concurrencia con una efusión melancólica llamada canción cómica. Algunas noches había música en el escenario; una mujer joven vestida con un traje blanco y un arpa dorada, a la que ayudaba un hombre con bigote negro. Esto sucedía cuando la principal arpista del rey de Sajonia y su primer violinista pasaban por Mowbray casualmente, o en viaje de placer o de trabajo, para ver las famosas estampas de la industria británica. Cuando no era así, el auditorio del Gato y el Violinista, queremos decir, del Templo de la Musas, se contentaba con cuatro hermanos de Bohemia, o igual número de hermanas suizas. Las atracciones más populares eran, sin embargo, los recitales de Tespis, a cargo de aficionados o principiantes que deseaban convertirse en profesionales. Ellos probaban su talento con una audiencia que podía criticarlos.

Un perspicaz camarero, que no quitaba ojo a los invitados que entraban, recibió al instante a Gerard y a su amigo con abundantes muestras de hospitalidad, sin dejar de preguntarles si querían refrescos, si no se sentían hambrientos, sedientos e insistiendo en que, si no tenían hambre, debían pedir alguna bebida que les abriese el apetito; o en que, si no querían beber, entonces comieran algo que les diese sed. En medio de estas agobiantes atenciones, su jefe lo apartó a un lado diciendo:

—Mira, ahí arriba necesitan una mano; hay dos caballeros americanos de Lowell que no dejan de pedir jerez Cobler. No sé qué es, pero dales la especialidad de la casa. Si se quejan, asegúrales que es el mejor licor de Mowbray, y que no se equivocan. Pero hay que darle un nombre, ¿no es cierto, señor Morley? Mire lo que ocurrió con El Templo, si lo hubiera llamado El Salón, nunca se habría llenado, y tal vez los jueces nunca me hubieran concedido la licencia.

Quien así hablaba era un hombre corpulento que había sobrepasado la madurez, pero aún tan activo como un arlequín. Tenía un rostro agradable, y era agradable y con buen humor, pero muy socarrón. Vestía como el mayordomo jefe de la Taberna de Londres, y cuidaba todos los detalles de su atuendo, desde el chaleco blanco hasta sus medias de seda negra, meticuloso hasta en las hebillas de la rodilla o en su imperdible de diamantes que llevaba con orgullo cuando trabajaba en El Templo.

—Su amante nos dijo que podríamos encontrarlo aquí —dijo Stephen—, que deseaba vernos.

—Tengo mucho que contarles —dijo su anfitrión llevándose el dedo a la nariz—. Cuando se desea información en esta parte del mundo, me gusta darla; venga, señor Gerard, aquí hay una mesa, ¿qué le pido? ¿Un vaso del aguardiente de Mowbray? No hay nada mejor. Mi familia tiene la receta desde hace cincuenta años. ¿Ha dicho una



taza de té, señor Morley? Agua, solo agua. Está bien, pero es raro. ¿Hay algún chico libre por ahí?, ¿no me oís llamar? Agua, un vaso de agua para el secretario de la Liga por la Abstinencia y la Moderación. Grita el pedido. Hoy tenemos compañía de altura. ¡Muévete!

—Entonces, ¿puede darnos alguna información al respecto?

—Ahora mismo vuelvo —exclamó su anfitrión. Y con un movimiento rápido y preciso que lo alejó a través de un laberinto de mesas sin causar la menor molestia a sus ocupantes, regresó de nuevo a su silla un momento más tarde—. Les pido disculpas, señor Morley, pero he visto a uno de esos caballeros americanos blandiendo su cuchillo de caza contra uno de mis camareros, que lo llamó coronel. Lo he calmado al instante; ¡un hombre de su rango no debería fanfarronear con ese tipo de instrumentos! ¡Claro que no!; ¡es inadmisibile! Aquí no queremos trifulcas; podemos perder la licencia.

—Estaba diciendo... —reanudó Morley.

—¡Hombre, sí! Acerca de ese hombre, Hatton. Lo recuerdo perfectamente bien. Hará cosa de veinte o quizá diecinueve años que desapareció. ¡Extraño hombre! Vivía con nada; solo bebía agua. Y, además, sin motivo, porque entonces no existía todavía la Liga de la Abstinencia y la templanza. Le pido perdón, señor Morley. Espero que no se ofenda, pero no puedo impedir las bromas. Pero las sociedades respetables que no beben, se dedican a hacer discursos, alquilar la casa de uno, o a dirigirte el negocio.

—Y este Hatton... —dijo Gerard.

—¡Ah sí, pobre hombre! Le dejé un billete de una libra, y nunca lo volví a ver; siempre lo recuerdo, el último billete de una libra que tuve. A cambio me ofreció un viejo libro, pero no era de mi estilo. A mi esposa le dio una porcelana china. Tenía una tienda de curiosidades, siempre recorriendo el país, rebuscando entre los libros antiguos y en los viejos monumentos; se llamaba a sí mismo anticuario; extraño tipo, ese Hatton.

—¿Y ha vuelto a oír hablar de él? —dijo Gerard, algo impaciente.

—Ni una palabra —contestó su anfitrión—. Tampoco he conocido a nadie que lo haya visto.

—Creí que tenía algo que decirnos de él —dijo Stephen.

—Y lo tengo. Los puedo poner en la pista de su paradero. He vivido en Mowbray de niño y de adulto. La conozco desde que era una aldea y, ahora, que es una gran ciudad llena de instituciones de primera categoría y de establecimientos como este —añadió su anfitrión contemplando El Templo con una mirada de satisfecha admiración—, digo yo que no habré vivido aquí ni conozco a toda esta gente desde hace tanto tiempo para nada.

—Bien, somos todo oídos —dijo Gerard con una sonrisa.

—¡Silencio! —dijo su anfitrión cuando oyó sonar una campana, y dio un respingo—. Ahora señoras, caballeros, si hacen el favor, guarden silencio para escuchar una

canción de una dama polaca. La *signora* canta en inglés como un bebé recién nacido.

Y el telón se alzó en medio de las voces del auditorio que mandaban callar, y el alboroto amortiguado de cuchillos, tenedores y vasos.

La señora polaca cantó *Cherry Ripe* a indecible satisfacción del auditorio. El joven Mowbray, por supuesto, al igual que Dandy Mick y alguno de sus seguidores y admiradores, insistieron en que cantase una más. Mientras se retiraba de escena, la señora hacía reverencias como una *prima donna*, pero el anfitrión siguió de pie, abriendo su casaca de par en par y saludando con una reverencia al auditorio, que con su aplauso expresaba lo mucho que aprobaban su recital. Al final volvió a su sitio.

—Es incluso demasiado —dijo— el entusiasmo de esta gente. Creo que me ven como a un padre.

—Así que piensa que tiene alguna pista sobre este Hatton —reemprendió el diálogo Stephen.

—Dicen que no tiene familiares —señaló su anfitrión.

—Eso he oído.

—¿Otro vaso de la especialidad de la casa, Maestro Gerard? ¿Cómo la hemos llamado? ¡Ah, el coscorrón, el coscorrón de Mowbray!; así se le conocía en tiempos de mi abuelo. ¡Pero hoy ya no! Es inútil preguntar al señor Morley, ya lo sé. ¡Agua!, bien, debo decir, incluso como trabajador del gremio, que beber agua no es una cosa tan rara.

—¿Y Hatton? —dijo Gerard—, así que dicen que no tiene familiares, ¿eh?

—Lo dicen, y se equivocan. Tiene un pariente, un hermano; y le puedo decir dónde encontrarlo.

—Bien, eso parece interesante —dijo Gerard—; ¿y dónde puede estar?

—Aquí no —dijo su anfitrión—. Nunca pone un pie en El Templo, por lo que yo sé; y vive en un lugar donde tienen tanta idea de las instituciones populares como un turco o un pagano.

—¿Y dónde podríamos encontrarlo? —preguntó Stephen.

—Pero ¿qué es eso? —gritó su anfitrión dando un salto y girando el cuerpo—. ¡Aquí chicos, frotad aquí! Ese americano está tallando con el cuchillo su nombre en la mesa nueva de caoba. Llevadle el tablón con las normas para el cliente que se cuelgan a la entrada de los sitios públicos, y multadle con cinco chelines por dañar el mobiliario. Si se resiste (diciendo que ha pagado por su bebida), llamad a la policía. X, Z n.º 5 está en el bar, tomando el té con su amante. Ahora frotad.

—Y ese sitio es...

—En la tierra de las minas y los minerales —dijo su anfitrión—; a tres millas de aquí. Tiene un taller de metales de su propiedad. ¿Ha oído hablar de un lugar llamado Corral del Infierno? Bueno, pues él vive allí; y se llama Simon.

—¿Y piensa que mantiene alguna relación con su hermano? —presentó Gerard.

—No, no sé más; al menos por ahora —respondió su anfitrión—. El secretario me preguntó acerca de una persona ausente sin permiso durante veinte años y que no

tenía parientes. Os he encontrado una, y una muy cercana. Os he puesto en la estación y os he comprado un billete. El caballero americano es violento. Aquí llega la policía. Debo imponer orden. —Y con estas palabras, Jack el Burlón se marchó.

Mientras tanto, no debemos olvidar a Dandy Mick y a sus dos jóvenes amigas, a quienes generosamente había invitado a El Templo.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó Caroline a Harriet con un susurro mientras entraban en la espléndida sala.

—Pensaría que aquí vive la reina —dijo Harriet—; pero estoy hecha un manojo de nervios.

—Bueno, pues que no se te note —dijo su amiga.

—Sígueme, amigas —dijo Mick—. ¿No tendrán miedo, verdad? Sentémonos en esta mesa. Bueno, ¿qué vamos a comer? ¡Camarero! ¡Por aquí, camarero!

—Sí señor, dígame.

—¿Por qué no viene en cuanto le llamo? —dijo Mick, dándose aires de importancia—. Le he estado llamando desde hace diez minutos. Quiero un par de vasos de la bebida de la casa para estas señoritas y un trago de ginebra para mí. Y, otra cosa, camarero; espere, no tenga tanta prisa. ¿Es que cree que los clientes pueden beber sin comer? Traiga salchichas para tres; y, maldita sea, asegúrese de que no las queman en la plancha.

—Sí, señor, enseguida, enseguida.

—Así hay que hablar con estos tíos —dijo Mick, con una expresión de autosatisfacción, y perfectamente pagado de sí mismo por la mirada de admiración que había despertado en sus compañeras.

—Es bonito, señorita Harriet —dijo Mick mirando al techo, con aire descuidado y poco admirativo.

—¡Ah, es precioso! —exclamó Harriet.

—¿No han estado aquí antes? No hay otro sitio igual. Esa es la Señora del Lago —añadió, señalando una pintura en la pared—. La he visto en el circo, con agua de verdad.

Les trajeron las salchichas, que estaban tan calientes que silbaban, encima de una montaña de puré de patatas; los frágiles vasos largos con la bebida de la casa para las chicas, y el vaso de peltre, que era más viril, para su amigo.

—¿Están muy calientes los platos? —preguntó Mick.

—Mucho, señor.

—Unos platos calientes son ya la mitad de la victoria —dijo Mick.

—Eso es, Caroline; aquí tiene, señorita Harriet, no retire el plato, espere que le ponga puré; aquí aplastan las patatas con elegancia.

Hacían un grupo muy feliz y divertido... Mick estaba encantado de ayudar a sus invitadas, y de brindar a su salud.

—Bien —dijo, cuando el camarero se había llevado los platos y los había dejado con otras sustancias menos lujosas—. Bien —dijo Mick, bebiendo a sorbos de un

vaso de ginebra y apoyándose sobre el respaldo de la silla—, digan lo que digan, no hay nada mejor que la vida.

—Con los Trafford —dijo Caroline— la mayor diversión que tuvimos fue una clase de canto.

—Compadezco a los trabajadores del campo —dijo Mick—. Tenemos algunos en Collinson, dicen que vienen de Suffolk. Son lo que se llama agricultores trabajadores, una gente muy rara, de verdad.

—¡Ah! Esos son inmigrantes —dijo Caroline—. Se les vende como esclavos, y se les mete en carromatos para enviarlos al mercado de trabajo y poder bajarnos los sueldos.

—Les enseñaremos un truco o dos antes de que hagan eso —se apresuró a decir Mick—. ¿Dónde trabaja usted, señorita Harriet?

—Estoy en Wiggins y Webster, señor.

—Ahí es donde limpian la maquinaria durante la hora de la comida, no funcionará —dijo Mick—. Ahí veo a uno de tus socios entrando —observó Mick, haciendo muchas señas a una persona que se les unió enseguida—. Vaya, Devildust, ¿cómo te encuentras?

Este era el nombre familiar de un joven, que no tenía realmente más que ese nombre, ni por bautismo ni por título. Dos semanas después de que su madre lo trajese al mundo, volvió a la fábrica y dejó a su niño en manos de una nodriza para que lo cuidara. Esto suele significar que se pagan tres peniques a la semana a una mujer mayor para que se haga cargo de los recién nacidos durante el día, y los devuelva por la noche a sus madres, que regresan a toda prisa de su lugar de trabajo a la madriguera o caverna que, por cortesía, suele llamarse casa. El gasto no es excesivo; laúdano y melaza, administrado en forma de elixir popular, que proporciona a estos inocentes una pizca del sabor de los goces de la vida y los mantiene en calma mientras les prepara para el silencio que les espera en la tumba. El infanticidio es una práctica legal tan generalizada en Inglaterra como en las orillas del Ganges, un hecho que, aparentemente, aún no ha captado la atención de la Sociedad de Propagación del Evangelio en el Extranjero. Pero el instinto vital es un don del Artista inmortal y, en algunas ocasiones, frustra, incluso en su fase más temprana, las maquinaciones de la sociedad para extinguirlo. Hay niños que superan incluso el hambre, el veneno, las madres no naturales y las nodrizas malvadas; este fue el caso del niño sin nombre del que hablamos. No podemos decir que prosperara, pero no murió. Así que a los dos años de edad, sin madre conocida, y sin paga semanal alguna, se le enviaba a la calle a jugar con el fin de que muriese aplastado por los carros o los caballos. Pero incluso este recurso falló. Juggernaut salvó al más joven y más débil de este grupo de víctimas de ser sacrificado ante Moloch, pero el resto de sus compañeros sí fueron inmolados. Tres meses «jugando» en la calle descalzos, medio desnudos y despeinados, acabaron con estos tiernos retoños de entre los dos y cinco años de edad. Algunos perecían arrollados por los carros, otros se extraviaban,

otros se resfriaban o cogían fiebres; entonces, volvían a gatas a sus buhardillas o a sus sótanos, se les administraba el jarabe de Godfrey<sup>[2]</sup>, y morían en paz. Pero el niño sin nombre no desapareció. Siempre se libró de morir aplastado bajo las ruedas de los carros y las patas de los caballos y nunca se extravió. Cuando no le daban comida, él mismo la buscaba afanosamente, y compartía la basura de las calles con los perros. Pese a todo, vivió, e incluso pálido y enflaquecido desafió a la fiebre mortal, que era el único habitante del sótano donde vivía que no lo dejaba ni a sol ni a sombra. Y cuando dormitaba por la noche en un camastro de paja húmeda, que era su única protección contra el suelo lleno de charcos de su tugurio, con un montón de estiércol por almohada y una letrina a sus pies, no dejaba de agarrarse al único techo que lo protegía de la tormenta.

Con el tiempo, cuando este niño sin nombre había cumplido su quinto año de edad, la peste, que nunca se marchaba del todo de los sótanos de sus conciudadanos, resurgió con tal rabia en el barrio que amenazó con extinguir a su ya esquilada población. Visitó con frecuencia la casa y todos los infantes salvo él enfermaron. Una noche, cuando volvía a casa, se encontró a su vieja nodriza muerta y rodeada de cadáveres. Antes de suceder esto, el niño ya había compartido camastro de paja con un cadáver, pero en aquella ocasión también había estado rodeado de seres vivos que respiraban; ahora bien, pasar una noche, solo, con cadáveres le parecía ya una especie de muerte. Salió del sótano, se alejó del barrio donde había peste y, tras vagar mucho, se tendió a dormir junto a la puerta de una fábrica. La fortuna lo había guiado bien. Poco después de amanecer, lo despertó el sonido de la campana de la fábrica, y se encontró en medio de un grupo de hombres, mujeres y niños. Las puertas se abrieron, ellos entraron, y el niño los acompañó. Se pasó lista, y alguien observó que su presencia no estaba autorizada; se pensó en echarle, pero el niño llamó la atención de todos por su astucia. Se necesitaba un niño en Wading Hole, un lugar donde se trabajaba y transformaba el algodón sobrante o en mal estado que rechazaban las fábricas para convertirlo en colchas y cubrecamas. Se eligió al niño para el puesto vacante y se le dio, incluso, un salario. Y lo que es más, se le dio hasta un nombre. Puesto que no tenía ninguno se le bautizó al instante, se llamaría Devildust.

Devildust se hizo mayor tan pronto que a los diecisiete años combinaba la experiencia de la madurez con la energía de la juventud. Era un trabajador de primera categoría y se le pagaba un salario alto. Se había beneficiado de las ventajas que ofrecen algunas fábricas, y pronto aprendió a leer y a escribir con facilidad; en el momento de nuestra historia, era el hombre más influyente del Círculo Literario y Científico Shoddy Court. Su gran amigo, su único amigo íntimo, era Dandy Mick. Tal vez se debía a que sus cualidades y personalidades eran totalmente contrarias; esa es sin duda una de las bases más sólidas de la amistad. Devildust era oscuro y melancólico, ambicioso y descontento, lleno de ideas y con tanta capacidad para la paciencia y la perseverancia que hacían de él un espíritu especial. Mick era tan brillante como su aspecto; alegre, irritable, frívolo e inestable. Mick disfrutaba de la

vida mientras que su amigo solamente la soportaba. Sin embargo, Mick se quejaba siempre de lo bajo que era su salario y de lo mucho que trabajaba, mientras que Devildust nunca protestaba, sino que leía y meditaba sobre los derechos de los trabajadores y aspiraba a reivindicarlos.

—He estado pensando en afiliarme a la Liga de la Abstinencia Total —dijo Devildust—. No se me ha ido de la cabeza desde que leí el discurso de Stephen Morley. Nunca obtendremos nuestros derechos hasta que dejemos de consumir artículos sujetos a impuestos; y la mejor forma de empezar es con el alcohol.

—Bien, yo me las podría arreglar sin alcohol —dijo Carolina—. Si yo fuese una señora, no bebería otra cosa que leche fresca de vaca.

—Yo prefiero pagar por el té —dijo Harriet—. Quiero decir que si se trata de buen té, no escatimo nada; y ahora guardo siempre en casa para poder beber del mejor.

—Aún no has pedido nada, Dusty —dijo Mick—. Qué te parece si pedimos un poco de ginebra y charlamos sobre este asunto de la abstinencia.

Devildust, que era manipulable en las pequeñas cosas, especialmente por Mick, accedió y se sentó con ellos a su mesa.

—Supongo, Dusty, que has oído hablar de la última artimaña de Shuffle y Screw —dijo Mick.

—¿De qué se trata?

—Esta noche a todos los trabajadores les han dado la llave de una casa en alquiler a cambio de descontarles media corona a la semana de su salario. Jim Plastow les ha contestado que él prefería alojarse con su padre y que no quería ninguna casa, y le han dicho que tenía que aceptarla.

—Ya les llegará su día —dijo Devildust pensativo—. De verdad pienso que esos Shuffle y Screw son aún peores que los Truck y Trett, porque al menos con aquellos sabías dónde estabas, pues era un veinticinco por ciento de deducción del salario a cambio de muy malas condiciones de vida. Pero con estos Shuffle y Screw, con sus bonos de economato y sus llaves, un hombre no sabe nunca lo que tiene para gastar. Venga —dijo, llenando su vaso—, hagamos un brindis, ¡por la confusión del capital!

—Esa es tu elección —dijo Mick—. Venga, Carolina, bebamos a la salud de tu amiga, la señorita Harriet. El dinero es la raíz de todo mal; eso es algo que nadie puede negar. Lucharemos por los derechos de los trabajadores; la jornada de diez horas, el fin de los bonos salariales y la prohibición de trabajar para los menores de dieciséis años.

—No, quince —dijo Carolina con vehemencia.

—La gente no va a soportar tantas quejas durante mucho más tiempo —dijo Devildust.

—Creo que una de las grandes reivindicaciones de la gente —dijo Carolina— es luchar contra la obligación que los jueces le han impuesto a Jack el Burlón de cerrar El Templo los domingos por la noche.

—Es un infamia —dijo Mick—. ¿Es que no podemos ya ni divertirnos? Para eso vivamos en Suffolk, donde, según dicen los inmigrantes, queman carbón vegetal para pasar el tiempo.

—Y por lo que respecta a los derechos de los trabajadores —dijo Harriet—, con tanta máquina las personas ya no valen nada.

—Acaba de abrir la boca para decir una cosa muy sensata, señorita Harriet —dijo Mick—. Pero si durante 48 horas yo fuese lord Paramount, arreglaría este problema enseguida. Lo primero que haría sería disparar una andanada de pasquines contra sus buques enseña. Sería como la batalla de Navarone en Mowbray, catorce pasquines disparados al mismo tiempo desde el barco del almirante.

—Los trabajadores pueden ser débiles, pero el capital es aún más débil —dijo Devildust—. Su capital es todo papel.

—¿Sabéis lo que creo? —dijo Mick, con una mirada de saber de qué hablaba, y en tono bajo—; que lo único que puede salvar a esta nación, amigos míos, es una buena huelga.

## Capítulo 11

—Su Excelencia, la cena está servida —anunció el ayuda de cámara de lord de Mowbray; y el noble lord salió detrás de lady Marney, seguidos del resto de los invitados. A Egremont lo habían acomodado junto a lady Maud Fitz-Warene, la hija menor del conde. Casi en el lado opuesto estaba lady Joan.

Las hijas Fitz-Warene eran dos mujeres con el cabello color de arena, más bien altas, con figuras bastante estilizadas y un porte elegante. La mayor era muy fea, y la pequeña más bien guapa, pero ambas se parecían mucho, pues las dos eran muy buenas conversadoras, aunque de distinta forma. Lady Joan era doctrinal, mientras que lady Maud era curiosa; la primera daba información que su interlocutor normalmente no poseía; la otra sugería ideas que su interlocutor ya tenía previamente, pero que estaban latentes en su cabeza o que le habían pasado inadvertidas hasta que ella, con su verbo ágil y ameno, las había despertado a la vida. Ambas poseían un grado notable de sangre fría, pero a lady Joan le faltaba dulzura, mientras que a lady Maud le faltaba reposo.

Este fue el resultado de una rápida observación de Egremont, que no carecía de experiencia en el mundo, y era veloz a la hora de ver el estilo y el carácter de las personas.

La cena fue majestuosa, como corresponde a la alta nobleza. Había muchos invitados, pero la mesa no era más que otro magnífico punto en la espaciosa cámara donde se encontraban. Los aparadores estaban repletos de jarrones de plata y de oro dispuestos en anaqueles de terciopelo morado. Las paredes estaban cubiertas con retratos de antepasados de los Fitz-Warene, los De Mowbray y los De Vere. Los camareros se deslizaban de un lado a otro sin hacer ruido y con la precisión de una disciplina militar; atentos a satisfacer todos los deseos de los comensales con un aire altivo de suntuosa dedicación.

—¿Habéis venido en tren? —preguntó tristemente lord de Mowbray a lady Marney.

—Desde Marham, a unas diez millas —contestó su señoría.

—Qué gran revolución el tren, ¿verdad?

—Me temo que con él viene una muy peligrosa tendencia a la igualdad —dijo su Excelencia, negando con la cabeza—. Supongo que lord Marney se opone decididamente a los trenes.

—No hay nadie tan radicalmente en contra del ferrocarril como George —dijo lady Marney—. No hay nada que no haga para oponerse; organizó a toda nuestra orden en contra de la línea a Marham.

—Yo contaba con él —dijo lord Mowbray— para que me ayudase a frenar a esta partida de admiradores, pero me sorprendió saber que se había rendido.

—¡No hasta que se acordó una compensación! —observó lady Marney con inocencia—. George nunca dejó de oponerse a ellos después de eso. Abandonó su



rechazo a la línea Marham cuando accedieron a sus condiciones.

—Y, sin embargo —dijo lord de Mowbray—, si lord Marney mirase el caso de forma distinta y tuviese en cuenta las consecuencias morales, tal vez cambiaría de opinión. La igualdad, lady Marney, la igualdad no es nuestro oficio. Si nosotros los nobles no nos oponemos al espíritu igualitario de la época, no puedo imaginarme quién luchará por esa batalla. Puede estar segura de que esos trenes son aparatos muy peligrosos.

—No me cabe duda de ello. Supongo que habrá oído hablar del viaje de lady Vanilla desde Birmingham. ¿No ha oído nada, de verdad? Vino sentada al lado de lady Laura y de dos de los hombres, según ella, más caballerosos que haya conocido. En Wolverhampton le rogó a uno de ellos que le cambiase su asiento por el de ella, y este complació su deseo con la mayor cortesía, solo que para ello era necesario que su compañero se moviese de sitio, ¡pues el problema era que estaban encadenados entre sí! Eran dos carteristas de guante blanco que llevaban presos tras haber sido cogidos robando en las carreras de Shrewsbury.

—Una condesa junto a un malhechor. Así que esas son las ventajas del transporte público —ironizó lord Mowbray—, pero lady Vanilla es una de esas personas que hablan con todo el mundo.

—Es muy divertida —dijo lady Marney.

—Me atrevería a afirmarlo —dijo lord de Mowbray—, pero créame, querida lady Marney, especialmente en estos tiempos, una condesa tiene algo más que hacer que ser divertida.

—¿No cree que al igual que los propietarios tienen sus obligaciones y sus derechos, también el rango debe tener sus cargas y sus placeres?

Lord Mowbray reflexionaba.

—¿Cómo está, señor Jermyn? —dijo una alegre señora de ojos pequeños y negros como cuentas chispeantes, y con una tez muy amarilla, aunque de rasgos muy finos—. ¿Cuándo ha llegado al Norte? He estado luchando sutilmente por sus batallas desde que le conocí —añadió sacudiendo la cabeza, más con una expresión admonitoria que de comprensión.

—Usted siempre está luchando por las batallas de uno, lady Firebrace, es muy amable de su parte. Si no fuese por usted, ninguno de nosotros sabría lo mucho que nos maltratan —replicó el señor Jermyn, un joven miembro del Parlamento.

—Dicen que ha hecho promesas de lo más radicales —comentó lady Firebrace con una vehemencia no exenta de malicia—. He oído decir a lord Muddlebrains que si él hubiera tenido la menor idea de cuáles eran sus principios, no habría obtenido usted su apoyo.

—Muddlebrains no puede exigir ni un solo voto —respondió el señor Jermyn—. Él es un político impostor, el mayor de los impostores; un hombre que va fanfarroneando por todos los clubes de Londres, y que consulta a unos y otros, con solemnidad, sobre su influencia en el país, cuando para el país él ya es una persona

inexistente.

—Bueno, es algo que no puede decirse de lord Clarinel —volvió a la carga lady Firebrace.

—¿Ha estado defendiéndome de los ataques de lord Clarinel? —preguntó el señor Jermyn.

—No, pero voy a Wemsbury, así que no tengo ninguna duda de que allí tendré oportunidad de hacerlo.

—Yo también voy a Wemsbury —dijo el señor Jermyn.

—¿Y qué piensa lord Clarinel de su petición sobre las pensiones? —dijo lady Firebrace con timidez, pero maliciosamente.

—No me lo ha dicho nunca —dijo el señor Jermyn.

—Tengo entendido que usted no ha cumplido la promesa que hizo en las elecciones —indagó lady Firebrace con una afectada curiosidad.

—Es un tema sobre el que hay que reflexionar —contestó el señor Jermyn—. Debo consultar a alguna política aguda como usted, lady Firebrace. Por el momento usted dijo a mi madre que los tories obtendrían la mayoría con quince diputados. ¿Cree que tendrán tantos? —preguntó el señor Jermyn con expresión inocente, pues ya era notorio que la administración whig había obtenido la mayoría con el doble de esos diputados.

—Dije que según el señor Tadpole obtendríamos la mayoría con quince —respondió lady Firebrace—; pero sabía que estaba en un error, porque había visto la lista que lord Melbourne confeccionó hasta el último momento y que daba al gobierno una mayoría de sesenta. Aunque solo se la enseñó a tres miembros del gabinete —añadió en un tono de misteriosa victoria.

Lady Firebrace era una gran estadista de las filas de los tories que estaba orgullosa de tener por admirador a un miembro del gabinete whig. Era el tipo de persona amena a la que gusta invitar a una casa de campo, que posee buena información y mantiene amplia correspondencia con ambas facciones políticas. Tadpole, que se sentía halagado por haber captado su atención y que estaba encantado con cualquier compañía femenina que hablara su propio lenguaje y que entrara con entusiasmo en sus sucios manejos y estériles maquinaciones, era reservado en los informes que le daba. Mientras que su caballero whig, que era un individuo desenvuelto que hacía el amor sin dejar de hablar o de escribir sobre política, se entregaba sin reservas e instruía regularmente a lady Firebrace después de cada Consejo de Ministros. Taper veía con preocupación esta relación entre Tadpole y lady Firebrace; y cuando perdían unas elecciones, o el partido quedaba relegado, daba la señal con una afirmación de cabeza y un monosílabo y, al instante, el grupo conservador que infectaba los clubes charlando sobre temas de los que era imposible que supieran nada, empezaba a ladrar y a gritar, a denunciar a los traidores, y a preguntarse cómo era posible que los líderes estuvieran tan ciegos como para no ver lo que era tan evidente al resto del mundo. Si, por otro lado, la ventaja parecía

decantarse del lado del Club Carlton o de las filas de la oposición, entonces eran los sabuesos whig y liberales quienes aullaban, se hacían cruces y se explicaban todo por la indiscreción, infatuación y traición de lord Viscount Masque, y apuntaban al círculo de idiotas iniciados que los rodeaban, como si un partido pudiera llegar a la victoria entorpecido por hombres como esos e influidos por esos medios.

Lo mejor de todo era que, durante todo este tiempo, ni lord Masque ni Tadpole dejaron de referir un solo detalle o incidente a lady Firebrace sin el expreso deseo, intención y premeditada voluntad de que esta se lo comunicase a su rival.

—Debo intentar que usted gane a lord de Mowbray para nuestra causa —dijo sir Vavasour Firebrace a su vecina lady Joan, con una voz insinuante—. Le he enviado un grueso fardo de documentos. Usted sabe que él es uno de los nuestros, todavía es uno de los nuestros; una vez que eres baronet, lo eres para siempre. El rango se desvanece gradualmente, pero no cesa; y, pese a que me hace feliz ver a alguien honrado por una alta distinción, habiéndose hecho tan merecedor de ella, no puedo dejar de confesaros que vuestro padre me interesa no tanto en cuanto conde de Mowbray, como por su indudable carácter y capacidad en tanto que sir Altamont Fitz-Warene, un baronet.

—Supongo que los datos en que se basa los tiene bien asimilados —dijo lady Joan, atenta pero no interesada.

—El caso está claro, y por lo que respecta a su legitimidad, es inapelable; hasta el punto de que el difunto rey lo consideró así. Pero hágame el favor de leer nuestro informe.

—La propuesta no se adapta a nuestra civilización actual —dijo lady Joan—. La baronía se ha convertido en un título nobiliario para las clases medias. Los médicos, el nuestro sin ir más lejos, son baronets; y me atrevo a decir que también nuestro tendero, los cerveceros y gente de ese nivel. El intento de elevarles al rango de orden nobiliaria, por menor que sea, tiene algo de ridículo.

—¿Y se ha librado el duque de su ataque de gota este año? —preguntó con curiosidad lord Marney a lady de Mowbray.

—Solo ha tenido uno pequeño. Nunca lo he visto tan bien. No me extrañaría que se lo encontrase aquí hoy. Lo cuidamos a diario.

—Me encantaría. Espero que vengan a Marney en octubre. Guardo el coto del lazo azul<sup>[3]</sup> para él.

—Lo que sugiere es muy justo —le dijo Egremont a lady Maud—. Si nosotros hacemos el esfuerzo en nuestro propio ámbito, el efecto general sería grande. Creo que la Abadía de Marney, por ejemplo, que es una de nuestras mejores ruinas monásticas, no poco codiciada, por cierto, se deteriora año tras año, y el ganado campa a sus anchas por la nave. Si mi hermano no acepta preservarla o restaurarla, al menos cualquier miembro de la familia, e incluso yo mismo, sin grandes gastos sino, digamos, con algo de cuidado, podría evitar el daño o al menos evitar la demolición.

—Si este movimiento eclesiástico pretendiese solamente el renacimiento del

gusto por la arquitectura cristiana —dijo lady Maud— no lo habrían prohibido, ¡y es que ha hecho mucho más! Pero me sorprende que las antiguas familias sean tan insensibles a nuestro patrimonio nacional, que debe tanto a nuestros antepasados, a sus hazañas, a su mentalidad. Y, por descontado, señor Egremont, ni usted ni yo misma tenemos excusa para tanta indiferencia.

—Y no creo que nunca se me vuelva a acusar tan justamente de algo —replicó Egremont—. Defiende su causa con mucha diligencia, pero si quiere que le diga la verdad, he estado pensando últimamente sobre estas cosas, sobre los monasterios y eso, sobre la influencia del antiguo sistema eclesiástico en la felicidad y el bienestar del pueblo.

—Y también en el temperamento de los nobles, ¿no lo cree así? —dijo lady Maud—. Sé que es costumbre criticar las cruzadas, pero ¿no cree que tuvieron su origen en un gran impulso espiritual y que, en cierto modo, gracias a ellas se consiguieron grandes logros? Perdóneme si hablo con pasión, pero no puedo olvidarme de que soy una hija de los primeros cruzados.

—El temperamento moral de la sociedad es más bajo que antaño —dijo Egremont—. Es fácil decir que vemos el pasado a través de un medio engañoso. Sin embargo, tenemos bastantes pruebas de que los hombres sienten con menos profundidad ahora que en otros tiempos y actúan con menos entrega. Pero ¿en qué medida eso se debe a la postura actual de nuestra Iglesia? Esa es la cuestión.

—Debe hablar con el señor Lys sobre eso —dijo lady Maud—. ¿Lo conoce? —añadió en voz más baja.

—No; ¿se encuentra aquí?

—Cerca de mi mamá.

Y, mirando en esa dirección, sentado a la izquierda de lady Mowbray, Egremont se fijó en un caballero que rozaba ya el último año de la juventud, si es que la juventud, de acuerdo con el dictamen de Hipócrates, cesa a los treinta y cinco años de edad. Poseía la belleza que otorga el hecho de tener sangre noble, de la cual quedan ya pocas muestras en nuestros días; el normando templado por el sajón, el fuego de conquista moderado por la integridad, y un espíritu sereno pero inflexible. Las cadenas de la convención, una vida superficial que ha perdido cualquier relación con el corazón y la cabeza han destruido la dignidad de esa belleza. De hecho, ya no existe aristocracia en Inglaterra, pues ha desaparecido la superioridad del instinto animal que es una cualidad esencial de la aristocracia. Pero existió alguna vez, como atestigua cualquier colección de retratos del siglo XVI.

Aubrey St. Lys era el hijo más joven de uno de los linajes normandos más antiguos de Inglaterra. Guillermo el Conquistador les había concedido las propiedades gracias a las cuales vivían en la actualidad y que, pese a los muchos conflictos civiles y religiosos, se las habían transmitido de generación en generación durante ocho siglos. Aubrey St. Lys era el vicario de Mowbray, y había sido el tutor universitario del difunto lord Fitz-Warene, en cuyas manos había estado su

formación, el cultivo de sus brillantes cualidades, y que le adoraba. Gracias a ese contacto, gozaba de una ligera predilección, que era todo lo que él deseaba; un obispado no le habría tentado a alejarse de su peculiar cargo.

En el centro de la ciudad de Mowbray, donde se apiñan miles de trabajadores, se alza un edificio que nada tenía que envidiar a muchas de las catedrales de nuestro país. ¡Qué bellas son sus solemnes torres, su pórtico oeste lleno de esculturas; qué hermosas sus columnatas y su esbelta nave central, su brillante relicario y su altar mayor; y qué preciosa es la luz que entra a raudales por sus ventanales desde el lado oriental!

Esta magnífica iglesia, construida por los monjes de Mowbray y que una vez estuvo unida a su famoso convento del que no queda ya rastro alguno, fue en su tiempo la iglesia parroquial de una oscura aldea cuya población no habría bastado ni para llenar una de sus capillas laterales. Estas extrañas circunstancias de los edificios eclesiásticos no son raras en el norte de Inglaterra.

La iglesia de Mowbray fue durante siglos la maravilla de todos los campesinos que pasaban por allí, y la gloria de las historias del condado. Pero los edificios hermosos tienen una magia que ejerce una irresistible influencia sobre la mente del hombre, y una de las razones que se adujeron para la destrucción de los monasterios después de la dispersión de sus moradores fue la perniciosa influencia que ejercía la solemne y majestuosa forma de sus edificios sobre la memoria y la imaginación de aquellos que los contemplaban. Era imposible vincular el crimen sistemático con los creadores de estos maravillosos edificios. Y así sucedía con la iglesia de Mowbray. Cuando se crearon las manufacturas en la región, donde abundaban los recursos para ponerlas en pie con éxito, se eligió a Mowbray, que ofrecía las mismas ventajas, pero no más, que cualquier otro lugar, «porque poseía una iglesia tan hermosa». El espíritu de los monjes de Mowbray sobrevolaba el lugar que habían elegido para engalanarlo, santificarlo y amarlo; y así, indirectamente, se habían convertido en autores de su actual grandeza y prosperidad.

Desafortunadamente, durante mucho tiempo los vicarios de Mowbray no fueron muy conscientes de su misión. Una población inmensa se agolpaba a las afueras de la ciudadela sagrada, repartiéndose por todas sus partes en un radio de varias millas. Pero cuando la población de la ciudad superó en número a la de algunas capitales europeas, la iglesia parroquial siguió siendo la única en Mowbray. Y en ella donde incluso seguía predominando la fría influencia de la autocomplacencia del erastianismo, se congregaban los fieles más por guardar las formas que influidos por un sentido de grupo o por sentimientos elevados, porque ir a la iglesia se consideraba más elegante que ir a una reunión. Los principales comerciantes de las grandes familias de la ciudad lo consideraban un acto más «aristocrático», por utilizar uno de sus adjetivos favoritos más repetidos, con el que no hacían sino expresar su servilismo. Por la época en que se crearon las Comisiones Eclesiásticas, la congregación de Mowbray se había extinguido casi por completo. Durante algún

tiempo circuló la idea de convertirla en sede de un nuevo obispado, para lo cual se acondicionó la catedral, que era otro ejemplo de la influencia del buen arte. Pero no se había previsto ninguna residencia para el futuro prelado, y un obispo corrupto de la comisión temía que le tocara a él construir una, así que la idea se fue abandonando. En su lugar, en vez de un obispado, y puesto que estaba vacante la plaza en ese momento, se designó a un humilde vicario en la persona de Aubrey St. Lys, que llegó a Mowbray para predicar a sus cientos de miles de paganos al «Dios Desconocido».

## Capítulo 12

—¿Y cómo encuentras a la gente por aquí, Marney? —dijo lord de Mowbray sentándose junto a su invitado en el sofá.

—Muy bien, muy bien, milord —replicó el conde, que siempre trataba a lord de Mowbray con una cierta ceremoniosidad, especialmente cuando el descendiente de los cruzados adoptaba un tono familiar.

Había algo de duende malicioso en el temperamento de lord Marney, que se revelaba en su notable talento para mortificar a las personas con pequeños detalles; con un gesto, una expresión, una mirada, revestidos a menudo con toda la pompa de un profundo respeto. La antigua nobleza española gustaba de utilizar solamente los nombres para tratarse entre ellos. Así, cuando se encontraban en presencia de un flamante grande de la nación, se llamaban «Infantado», «Sidonia» u «Osuna» para, a continuación, cambiar a un tratamiento de alto rango y llamarse Muy Noble Marqués de la Ensenada.

—Empiezan a estar un poco inquietos por aquí —dijo lord de Mowbray.

—No tenemos nada de que quejarnos —replicó lord Marney—. Seguimos reduciendo los impuestos y, mientras lo hagamos, el país mejorará. Lo dice la prueba de los telares. El otro día tuvimos un caso de incendiarios, que asustó a mucha gente, pero he estado investigando el asunto y me alegra saber que se produjo por circunstancias meramente accidentales o, al menos, que nada tenían que ver con los salarios. Yo debería ser el juez del caso, pues el hecho ocurrió en mi propiedad.

—¿Y cuál es la media de los salarios en vuestra zona del mundo, lord Marney? —preguntó el señor St. Lys, que permanecía de pie junto a ellos.

—¡Ah, son bastante buenos!, aunque no tanto como en los barrios textiles, pero la gente que trabaja al aire libre, en vez de en los hornos, no espera esas cantidades y no necesita tanto. Ganan ocho chelines a la semana, al menos, en general.

—¡Ocho chelines a la semana! —dijo el señor St. Lys—. ¿Acaso puede un trabajador con una familia, quizá de ocho hijos, vivir con ocho chelines a la semana?

—Ah, en realidad —dijo lord Marney—, tienen más ventajas, porque hay bonificaciones para comprar cerveza, que es una práctica bastante extendida, con la que yo no estoy de acuerdo pero que suma un chelín más a la semana; y, además, a algunos se les ha asignado un pequeño lote de tierra para cultivar patatas, aunque yo me opongo totalmente a ese sistema.

—Pues con eso y todo —dijo el señor Lys—, me sigue pareciendo increíble cómo se las arreglan para vivir con tan poco dinero.

—Bueno, en cuanto a eso —dijo lord Marney—, siempre me he encontrado con que cuanto más altos son los salarios, peores son los trabajadores. Solamente gastan su dinero en cerveza. *Ellos* son la maldición de este país.

—Pero qué va a hacer un pobre hombre —dijo el señor Lys— después de su jornada de trabajo, si vuelve a su hogar y no se encuentra hogar alguno; el fuego está

apagado, la comida sin preparar, su compañera, agotada de trabajar en el campo o en la fábrica, aún no ha llegado, o quizá se encuentra en la cama exhausta o sin muda para cambiarse porque ha llegado empapada hasta el tuétano. Hemos alejado a la mujer de su ámbito natural. Puede que hayamos reducido los salarios por su introducción en el mercado de trabajo, pero en estas circunstancias lo que llamamos vida doméstica es un fin imposible de realizar para la gente de este país y, por ello, no me sorprende que busquen solaz o, más bien refugio, en las cervecerías.

Lord Marney levantó los ojos para mirar al señor St. Lys con una mirada de aristocrática impertinencia y, luego, como sin prestarle mucha atención, y sin dirigirse a él, dijo:

—Que digan lo que quieran, pero todo es una cuestión de demografía.

—Yo creo, más bien, que es una cuestión de recursos —puntualizó el señor St. Lys—; lo importante no es la cifra de habitantes, sino de qué recursos disponemos para su manutención.

—Ambas se reducen a la misma cosa —dijo lord Marney—. Nada puede ayudar a este país salvo la emigración a gran escala, y como el gobierno no ha tomado cartas en el asunto, lo he hecho yo por cuenta propia. Me voy a ocupar personalmente de que la población de la circunscripción que me corresponde no aumente. No construiré ninguna cabaña y destruiré todas las que pueda; y no me duelen prendas ni me avergüenza decirlo.

—Entonces, ha declarado la guerra a las cabañas —dijo sonriendo el señor St. Lys—. A primera vista no es un grito tan sorprendente como el de «guerra al castillo».

—Pero ¿cree que puede desembocar en eso? —dijo lord Mowbray.

—Me encanta no ser un profeta del mal —dijo el señor St. Lys.

Lord Marney se levantó de su asiento y se dirigió a lady Firebrace, cuyo marido en otra parte de la estancia había cogido por banda al señor Jermyn, y se sinceraba con él sobre la «cuestión del día». Lady Maud, seguida de Egremont, se acercó al señor St. Lys y dijo:

—El señor Egremont tiene un gran talento para la arquitectura cristiana, señor St. Lys, y desearía visitar especialmente nuestra iglesia, de la cual nos sentimos tan orgullosos.

Unos momentos después ya estaban sentados juntos y enfrascados en una conversación.

Lord Mowbray se había sentado al lado de lady Marney que, a su vez, estaba junto a la condesa.

—¡Oh, cómo envidio la vida en Marney! —exclamó él—; sin fabricas, sin humo, viviendo en medio de un precioso parque y rodeada de campesinos contentos.

—Es muy agradable —dijo lady Marney—. Pero, también, es muy aburrido; ni siquiera tenemos vecinos.

—Creo que eso es una gran ventaja —dijo lady Mowbray—. Tengo que decir que me gustan mis amigos de Londres. Nunca sé de qué hablar con la gente de aquí. Son



gente excelente, la mejor gente del mundo. Qué forma de comportarse con el pobre y querido Fitz-Warene cuando quisieron que representara al condado, no me puedo olvidar de eso. Pero, luego, ellos no conocen a la gente que conocemos nosotros, ni hacen las cosas que hacemos nosotros; y cuando has pasado por la rutina de hablar sobre la región, y has agotado el tema del clima y de los distintos vientos, mi querida lady Marney, estás realmente hasta la coronilla. Pero ellos piensan que estás orgullosa, cuando en realidad lo que pasa es que una es una estúpida.

—Yo soy muy amiga del trabajo —dijo lady Marney—. Hablo con ellos de eso.

—Ah, es afortunada. Yo nunca pude trabajar. Tampoco Joan y Maud trabajan. Una vez, Maud bordó una enseña para su hermano; está en el vestíbulo. Creo que es preciosa, pero de una forma u otra, nunca cultivó su talento.

—De todo lo que ha ocurrido o puede ocurrir —dijo el señor St. Lys a Egremont—, yo solo culpo a la Iglesia. La Iglesia abandonó al pueblo, y desde ese momento la Iglesia ha estado en peligro y ha empobrecido a la gente. En un principio, la religión se dedicó a satisfacer los nobles deseos de la condición humana, y con sus festejos aliviaba la dolorosa fatiga del trabajo. El día de descanso se consagraba si no a pensamientos elevados, al menos a sentimientos dulces y nobles. Para celebrar estas fiestas, la Iglesia congregaba a todo el pueblo cristiano bajo su seno de casi celestial esplendor, en algunos de los mejores monumentos artísticos que las manos del ser humano hayan levantado, pues allí, en presencia de Dios, todos éramos hermanos. Entre todos compartían por igual su oración, su incienso y su música, su sagrada liturgia y los más elevados placeres que las artes pudieran ofrecer.

—Entonces ¿cree en la eficacia de los rituales y las ceremonias?

—Lo que llamas rituales y ceremonias representan los instintos divinos de nuestra naturaleza. Lleva su aversión por los rituales y las ceremonias hasta una conclusión legítima, y preferirá arrodillarse en un granero antes que en una catedral. Sus principios chocan con la existencia misma del arte, que es esencialmente espiritual.

—No hablo de forma abstracta —dijo Egremont—, sino que me refiero a la conexión indirecta de estos rituales y ceremonias con otra Iglesia. La gente de este país los asocia con el yugo de una superstición y con el dominio extranjero.

—Con Roma —puntualizó el señor St. Lys—; sin embargo, la liturgia y la ceremonia existían antes que Roma.

—Pero en la práctica —cuestionó Egremont—, el hecho de que, en nuestros días, los haya recuperado nuestra liturgia ¿no es una tendencia hacia la restauración del sistema romano en este país?

—Es difícil asegurar cuál puede ser el efecto práctico que ejercen determinados hechos sobre los no instruidos —dijo el señor St. Lys—. La Iglesia de Roma debe ser respetada pues es la única Iglesia judeo-cristiana que existe: todas las demás Iglesias fundadas por los apóstoles judíos han desaparecido, pero la de Roma pervive. Y no debemos permitir nunca que a causa de la postura exagerada que adoptó en la Edad Media, olvidemos su carácter apostólico original cuando acaba de llegar de Palestina

con la fragancia del Paraíso. La Iglesia de Roma se sostiene por medio de la sucesión apostólica, pero esta no es una institución completa en sí misma. Forma parte de un todo. Si no lo fuese, no tendría fundación. Los apóstoles sucedieron a los profetas. Nuestro Maestro se anunció a sí mismo como el último de los profetas. Ellos, a su vez, fueron los herederos de los patriarcas; hombres que estaban en comunicación directa con el Altísimo. La revelación del carácter sagrado de esa liturgia y esas ceremonias, a las cuales nunca ha renunciado la Iglesia de Roma, se hizo a hombres no menos dotados que los apóstoles. Pero no podemos conceder a Roma su pretensión de supremacía, ya que la práctica de dicha liturgia, la obligación que han de respetar todas las congregaciones, no se la inventó ella. Pues, acaso ¿podría sostener usted que la Iglesia no existía ya en tiempos de los profetas?, ¿que Moisés no era ya un hombre de iglesia y que Aarón no era un sumo sacerdote? ¡Ay, y más grande aún que ningún Papa o prelado, ya procedan de Roma o de Lambeth!

»En todas estas discusiones doctrinales, podemos olvidar que el Nuevo Testamento no es más que un apéndice. Jehová-Jesús vino a completar la labor de “la Ley y los profetas”. El cristianismo es la culminación del judaísmo o no es nada. El cristianismo es incomprensible sin el judaísmo de la misma forma que el judaísmo está incompleto sin el cristianismo. ¿Qué tiene que ver Roma con esa culminación, y qué tiene que ver con su comienzo? Las Tablas de la Ley no se escribieron a fuego en el monte Capitolio ni la redención divina tuvo lugar en el Monte Sacer. No. La doctrina de nuestro sacerdocio procede directamente de Jehová, y la liturgia y los rituales de su Iglesia son los cánones de Su suprema inteligencia. Roma presume que la autenticidad del Segundo Testamento depende del reconocimiento de su infalibilidad. Pero la autenticidad del Segundo Testamento depende de su congruencia con el Primero. ¿Es que Roma ha preservado esto? Reconozco profunda, sinceramente que la Iglesia es una institución católica, es decir, extensible a todos los climas y a todas las épocas, pero no acepto la necesidad de una cabeza visible en un lugar determinado, y si quisiera buscar una, no sería en Roma. Por muy memorable que sea su historia, no encuentro en ella ningún testimonio o misión tan sublime. Cuando el Omnipotente, el Verbo Inefable se dignó a encarnarse, no eligió el cuerpo de un romano; los profetas no eran romanos; los apóstoles tampoco lo eran; y nunca oí que aquella mujer bendita entre todas las mujeres fuese una doncella romana. No, yo miraría hacia una tierra más lejana que Italia, a una ciudad más sagrada incluso que Roma.

## Capítulo 13

Era un amanecer nuboso que destilaba una luz tenue. Un viento seco y frío que soplaba desde el este barría las silenciosas calles de Mowbray. Los sonidos de la noche se habían extinguido para dar paso a las voces de un día que no había comenzado. Reinaba una quietud completa y cautivadora.

De pronto, surge una voz y un movimiento. Se oye la primera pisada de la nueva semana de trabajo. En el pavimento aparece la silueta de un hombre embozado en un abrigo grueso que lleva en la mano lo que, a primera vista, parece un cayado de pastor, solo que con un puño mucho más largo. Con paso rápido va tocando en los cristales de todas las ventanas, que resuenan con un chasquido. El motivo de usar una empuñadura tan larga es que con ella puede alcanzar a golpear en las ventanas más altas de las viviendas a cuyos inquilinos tiene que levantar. Estos inquilinos son las chicas de la fábrica, que se han abonado por distritos al servicio de estos heraldos del amanecer sin los cuales no podrían escapar a la multa que se impone a todos aquellos que no llegan a la puerta de la fábrica antes de que la campana deje de sonar.

Tras salir de las calles y agacharse para pasar por uno de los pequeños arcos de los que hemos hablado anteriormente, el sereno llegó a un patio. Aquí vivía una buena parte de sus clientes, y el largo cayado parecía sonar, como si fuese un juego de prestidigitación, en ambos lados y en muchas ventanas al mismo tiempo. Cuando llegó al final del patio y se disponía a tocar la ventana del piso superior de la última vivienda, la ventana se abrió y apareció un hombre pálido y agobiado que se dirigió a él con una voz melancólica:

—Simmons —dijo el hombre—, aquí ya no hay nadie a quien levantar; mi hija nos ha dejado.

—¿Se ha marchado de Webster?

—No, pero se ha marchado de aquí. Llevaba tiempo quejándose de su suerte, trabajando como una esclava y no para sí misma. Y, ahora, se ha marchado a una casa para ella sola, como todos.

—Qué mal asunto —dijo el sereno, en un tono no desprovisto de compasión.

—Es casi tan malo como para los padres el vivir del salario de sus hijos —replicó el hombre tristemente.

—¿Y cómo está tu buena mujer?

—Malamente, pues no le queda más remedio. Harriet no está en casa desde la noche del viernes. ¿No te debía nada?

—Ni medio penique. Era tan constante como una abeja y pagaba todos los lunes por la mañana. Lamento que te haya dejado, vecino.

—Si esa es la voluntad del señor... Son tiempos difíciles para algunos de nosotros —declaró el hombre y, dejando la ventana abierta, se retiró a su habitación.

Era una única estancia en la que vivía como inquilino. En el centro, colocada como para aprovechar la mejor luz posible pese a la lúgubre situación del espacio,

había una maquina de hilar. En cada esquina de la habitación se había extendido un colchón en el suelo, con una cortina separadora colgada de una cuerda por si era necesaria la intimidad. En el primero estaba su mujer enferma; en el otro, tres niños pequeños; dos niñas, la mayor de unos ocho años de edad y, entre ellas, su hermano pequeño. En el hogar había una tetera de acero, y en la repisa, algunas velas, unas cuantas cerillas, dos jarras de hojalata, un poco de sal en un papel y una cuchara de acero. En un rincón más alejado, junto a la pared, había un aparador que había estado allí desde hacía tiempo, así como la banca que estaba sujeta a él.

El hombre, sentado ante su máquina de hilar, comenzaba su trabajo diario.

—Trabajo doce horas al día a razón de un penique la hora; ¡y hasta este trabajo está hipotecado! ¿Cómo va a acabar esto? ¿O es que no tiene fin? —Y miraba a su alrededor, a su casa sin recursos, sin alimento, sin combustible, sin muebles, y con cuatro seres humanos que dependían de él, y que debían estar todo el día acostados en sus inmundos catres porque carecían de ropas—. No puedo vender mi maquina de hilar —continuó— al precio de leña vieja, cuando me costó una fortuna. No es ningún vicio lo que me ha traído hasta aquí, ni la indolencia ni la imprudencia. Nací para trabajar, y estaba preparado para trabajar. Quería a mi máquina de hilar y ella me quería a mí. Gracias a ella tuve una cómoda cabaña en mi aldea natal, rodeada de un jardín que cuidaba con celo sin que ella me lo echase en cara, pues había tiempo para ambas cosas. Me dio por esposa a la chica que yo siempre había amado y me permitió reunir, con abundancia y paz a mis hijos en torno. Estaba contento; no buscaba otra suerte que la que tenía. No es la adversidad lo que me hace mirar hacia atrás con ternura.

»Entonces, ¿por qué estoy aquí yo, además de seiscientos mil súbditos de la reina, honestos, leales y productivos?; ¿por qué nosotros que nos hemos esforzado durante años, por qué desciende nuestro bienestar un escalón más cada año?; ¿por qué se nos aleja de nuestras pequeñas y felices casuchas, de nuestras queridas casas en el campo, para que aguantemos en las ciudades cerradas sin comodidades para, poco a poco, quedar confinados en sótanos, o para encontrar una sórdida madriguera como esta, que carece de las comodidades más elementales de la existencia, mientras vemos cómo se esfuman de nuestra vista, primero, las necesidades más básicas de la vida, luego, la vestimenta y, finalmente, el sustento?

»Y es que el capitalista ha encontrado un esclavo para erradicar el esfuerzo y la sinceridad del hombre. Primero fue artesano; ahora, en todo caso, solo tiene que vigilar las máquinas, e incluso ese trabajo ya lo hacen las mujeres y los niños. El capitalista prospera y amasa una inmensa riqueza mientras que nosotros nos hundimos más y más abajo que las bestias de carga, porque a ellas se las alimenta y se las cuida mejor que a nosotros; y eso es justo, pues de acuerdo con el sistema actual, ellas son más valiosas que nosotros. Y, sin embargo, nos dicen que los intereses del capital y del trabajo son idénticos.

»Si una sociedad creada para y por el trabajo de repente se hace independiente de

él, entonces esa sociedad mantendrá probablemente el linaje cuya propiedad reside en el trabajo a partir de las ganancias que le reporta dicha propiedad, que no cesa de ser productiva.

»Cuando se acabó con los nobles en Francia, estos no superaban un tercio del número de tejedores a mano de hoy día. Sin embargo, toda Europa tuvo que entrar en guerra para vengar sus desatinos, todos los estados unieron sus fuerzas para apoyarles ante la adversidad y, una vez hubieron recuperado su país, su propia tierra les compensó abundantemente por los perjuicios ocasionados. Pero ¿a quién le importamos nosotros? Hemos perdido nuestras propiedades. ¿Quién alza una voz en nuestro nombre? Sin embargo, somos al menos tan inocentes como lo fue la nobleza en Francia; nos hundimos sin que nadie suspire por nosotros salvo nosotros mismos. Y si nos dan su compasión, ¿de qué nos sirve? La simpatía es el solaz de los pobres pero, para los ricos, hay una compensación.

—¿Es Harriet? —dijo su esposa mientras se movía en la cama.

El tejedor fue requerido para que dejara sus pensamientos y atendiera las necesidades de la miseria que le rodeaba.

—No —contestó rápida y ásperamente—, no es Harriet.

—¿Por qué no viene Harriet?

—¡No va a venir más! —replicó el tejedor—. Ya te lo dije la otra noche; ella no soporta este lugar, y no me sorprende.

—¿Cómo vamos a conseguir comida, entonces? —volvió a preguntar su esposa—. No deberías haberla dejado marcharse. No haces nada, Warner; no consigues un salario y, encima, dejas que se escape la muchacha.

—Si vuelves a decir eso, yo mismo me marcharé —dijo el tejedor—; llevo tres horas levantado terminando esta pieza de paño que debería haberse entregado el sábado por la noche.

—Pero te han pagado por adelantado. No consigues nada por tu trabajo; ¡un penique a la hora! ¿Por qué clase de trabajo te pagan un penique a la hora?

—Un trabajo que tú solías admirar, Mary, y que antes solía tener valor. Pero si no te gusta el trabajo —dijo el hombre, dejando la máquina de hilar—, no importa. Con esta pieza podíamos haber roto el ayuno; sin embargo, no importa, porque tarde o temprano nos moriremos de hambre. Así que cuanto antes empecemos mejor.

—¡No, no Philip!, trabaja. Pero que podamos comer algo, sea lo que sea.

—Entonces, no me ridiculices más —dijo el tejedor volviendo a su sitio— o es la última vez que cojo la aguja.

—Ya no me burlaré de ti. Me he equivocado, lo siento —reconoció su esposa más amablemente—, pero es que estoy muy enferma. No hablo por mí misma. No quiero comer. No tengo apetito, mis labios están tan resecos. Pero los niños se fueron a la cama sin cenar, y se van a levantar pronto.

—Madre, no estamos dormidos —dijo la muchacha de más edad.

—No, no dormimos, madre —dijo su hermana—, hemos oído todo lo que le

dijiste al padre.

—¿Y el pequeño?

—Está durmiendo tranquilo.

—¡Estoy temblando! —dijo la madre—. Hoy hace frío. Por favor, Warner, cierra la ventana. Mira cómo caen las gotas en el quicio de la ventana. Está lloviendo. Me pregunto si las personas de más abajo nos prestarían un cisco de carbón.

—Ya les hemos pedido mucho últimamente —recordó Warner.

—Ojalá no existiera el carbón —replicó su esposa—, porque así las máquinas no funcionarían, y nosotros recuperaríamos nuestros derechos.

—¡Amén! —dijo Warner.

—¿No crees, Warner —siguió diciendo su esposa— que podrías vender esa pieza a alguna otra persona y seguir debiendo a Barber el dinero que te prestó?

—¡No! —exclamó su marido negando con la cabeza—. Soy honrado.

—Y dejas que tus hijos se mueran de hambre —volvió a la carga su esposa—, cuando podías tener cinco o seis peniques ahora. ¡Pero así has hecho siempre! ¿Por qué no te marcharías a aprender a trabajar con las máquinas hace años?

—A estas alturas ya me habrían sustituido —dijo Warner—, ¡por una chica o por una mujer! ¡Y habría sido igual de malo!

—Ahí tienes a tu amigo Walter Gerard, él era lo mismo que tú y, mira, ahora él gana dos libras a la semana; al menos, eso es lo que te he oído decir a ti.

—Walter Gerard es un hombre de alta cuna y, si hubiera querido, a estas alturas ya tendría el grado de maestro.

—¿Y por qué no lo tiene?

—Porque no tenía ni mujer ni hijos —dijo Warner—. Dios no lo ha querido.

El niño se despertó y empezó a llorar.

—¡Ah, pobrecito mío! —exclamó la madre—. ¡Esa malvada de Harriet! Toma, Amelia; tengo un mendrugo de pan. Lo guardé anoche para mi niño; mójalo en el agua y envuélvelo en este calicó. Que lo chupe, así se irá calmando. Puedo con todo menos con su llanto.

—El trabajo estará acabado para mediodía —dijo Warner—. Y, luego, Dios mío, tendremos algo que llevarnos a la boca.

—Aún quedan dos horas para mediodía —dijo la mujer—. Estoy segura de que Barber no va a adelantarte dinero de nuevo porque no le llevaste el trabajo a casa el sábado por la noche. Si estuviera en tu lugar, llevaría ahora mismo la pieza sin terminar a una de las tiendas de oportunidades.

—Toda mi vida he sido honrado —dijo Warner.

—Y mira de lo que te ha servido —apostilló su esposa—. ¡Mi pobre Amelia! ¡Cómo tiembla! El sol nunca entra en esta casa. ¡Qué lugar tan miserable!

—No tendrás que soportarlo mucho más tiempo, Mary —añadió su marido—. Ya no puedo pagar el alquiler, y me pregunto cómo no han venido ya a cobrar el de esta semana.

—¿Y adónde vamos a ir? —dijo su esposa.

—A un lugar en el que no se ve nunca el sol —dijo su marido con un poco de malicia en su miseria—; ¡a un sótano!

—¡Más me valiera no haber nacido! —exclamó su esposa—. ¡Aunque fui tan feliz un día! Y no es culpa nuestra. No podemos con lo que tenemos, Warner, ¿por qué no puedes ganar tú dos libras a la semana como Walter Gerard?

—¡Bah! —dijo su marido.

—Dijiste que no tenía familia —continuó diciendo su mujer—. Creí que tenía una hija.

—Pero ella no es ninguna carga para él. La hermana del señor Trafford es la superiora del convento, y ella acogió a Sybil cuando murió su madre, y la crio.

—¡Ah, entonces es monja!

—Aún no, pero me atrevo a pensar que lo será.

—Bien, creo que antes me muero de hambre —replicó su esposa— que dejar que mis hijas se metan a monjas.

En ese momento se oyó que llamaban a la puerta. Warner se bajó de su máquina de tejer y fue a abrir.

—¿Vive aquí Philip Warner? —preguntó una voz clara de peculiar dulzura.

—Soy Warner.

—Vengo de parte de Walter Gerard —siguió diciendo la voz—. Su carta le llegó ayer mismo por la noche. La chica en cuya casa su hija dejó la carta, ha dejado esta semana pasada la fabrica del señor Trafford.

—Le ruego que entre.

Y Sybil entró en la casa.

## Capítulo 14

—¿Su mujer está enferma? —dijo Sybil.

—¡Mucho! —replicó la mujer de Warner—. Nuestra hija se ha portado vergonzosamente con nosotros. Nos ha abandonado sin decir adónde o con quién se marchaba. Y su salario era casi el único ingreso que teníamos. Philip no es como Walter Gerard, sabe, no gana dos libras a la semana, aunque no acierto a comprender por qué no.

—¡Calla, calla, mujer! —dijo Warner—. Entiendo que hablo con la hija de Gerard.

—Así es.

—¡Ah! Es usted buena y amable, igual que lo era Walter Gerard en los viejos tiempos, porque él era mi amigo, cuando yo no era exactamente como soy ahora.

—¡Eso es lo que él me dice! Él me envió un mensajero ayer por la noche para que le visitase esta mañana. Su carta le llegó ayer mismo.

—Harriet tenía que dársela a Carolina —apostilló su esposa—. Esa es la muchacha que le ha hecho una mala jugada, y que la ha engatusado. Y ella ha abandonado los talleres de Trafford, ¿verdad? Entonces, apuesto a que ella y Harriet comparten una casa a medias.

—¿Sufre usted? —dijo Sybil, moviéndose al pie de la cama de la mujer—; deme su mano —añadió con voz suave y dulce—. Está caliente.

—Tengo mucho frío —dijo la mujer—. Warner ha tenido la ventana abierta hasta que ha empezado a llover.

—Y me temo que usted se ha empapado —dijo Warner, dirigiéndose a Sybil, e interrumpiendo a su esposa.

—Un poco. Pero no tienen fuego. Bueno, he traído algunas cosas para ustedes, pero no combustible.

—Si él pidiese a la persona del piso de abajo —instó su esposa— un cisco de carbón...; yo le digo que seguro que los vecinos no se negarían; pero él no quiere hacer nada; dice que ya ha pedido demasiado a menudo.

—Ya se lo pediré yo —dijo Sybil—. Pero primero, tengo un compañero ahí fuera —añadió ella— que trae una cesta para ustedes. Entra, Harold.

El niño se echó a llorar en cuanto un perro grande entró en la estancia; era un joven sabueso de una antigua raza, de esos que ya no se encuentran por ahí a no ser que sea en los antiguos cortijos y casas señoriales del norte de Inglaterra. Sybil abrió la cesta y le dio un terrón de azúcar al bebé que lloraba. Su mirada era aún más dulce que su remedio. El niño la miró atentamente con sus grandes ojos azules, primero asombrado y, luego, sonriendo.

—Ay, qué niño tan guapo —exclamó Sybil; y cogió del colchón al niño en brazos y lo besó.

—Es usted un ángel del cielo —exclamó su madre— Dice que es hermoso, pero



piense también que es una vergüenza cómo nos ha abandonado así esa muchacha, Harriet.

Sybil sacó los contenidos de la cesta del convento y se los enseñó a Warner:

—Bien, coloque todo esto como le digo, que voy a bajar y hablar con ellos. Harold tú quédate aquí —y el perro fue a tumbarse a la esquina más alejada.

—¿Conque esta es la hija de Gerard? —dijo la mujer del tejedor—. Piensa lo que debe ser ganar dos libras a la semana y poder criar a tus hijas de esa forma, y no como a esa pícara tunanta de Harriet que nos ha salido. Con ese salario se puede hacer cualquier cosa. ¿Qué tienes ahí, Warner? ¿Es eso té? ¡Vaya! Cómo me gustaría tomar té; creo que me sentaría bien. Warner, baja y pregúntales si nos dejan una tetera; hierve mejor el agua que todo el fuego del mundo. Amelia, querida, mira todo lo que nos han traído para comer. Díselo a María. Sois buenas chicas. Nunca seréis como esa desvergonzada de Harriet. Cuando ganéis dinero, se lo daréis a vuestra pobre madre y a vuestro hermanito, ¿verdad?

—Sí, madre —dijo Amelia.

—Y a padre, también —dijo María.

—Y a padre, también —dijo su mujer—. Ha sido muy buen padre para todos vosotros. Y nunca podré entender por qué alguien que trabaja tan duro como él tenga que ganar tan poco, pero creo que la culpa la tienen esas máquinas. La policía debería suprimirlas, y así todo el mundo se quedaría contento.

Sybil y Warner volvieron a entrar, el fuego estaba encendido y el té hecho; compartieron la comida. Toda la casa se llenó de una sensación de alivio, incluso de placer, pese a que unos minutos antes dominaba la desolación y la desdicha.

—Bien —dijo la mujer al incorporarse de la cama—. Es como si ese plato de té me hubiera salvado la vida. Amelia, ¿has tomado té? ¿Y María? Veis lo que es ser buenas chicas, el señor nunca os abandona. Ya vendrá el día en que esa Harriet, con su salario y todo, se entere de lo que es el deseo de un plato de té. Estoy segura —añadió—. Tu padre bien merece la suerte que tiene, con una hija como tú.

—La suerte de mi padre no es mucho mejor que la de sus vecinos —dijo Sybil—, pero tiene pocas necesidades, y ¿quién simpatiza con el pobre, sino el pobre mismo? ¡Es una lástima, pero nadie más puede hacerlo! Además, es la superiora del convento quien les envía estos víveres. Lo que mi padre puede hacer por usted, se lo he dicho a su marido, es poco, pero con el favor del cielo, puede servir. Cuando la gente se apoya entre sí, no falta la bendición del cielo.

—Estoy seguro de que la bendición del cielo nunca le faltará a usted —dijo Warner con gran emoción.

Se hizo el silencio; la presencia quejumbrosa de la esposa fue haciendo sitio a la voz de Sybil, que traía a su mente el presente y el pasado. Los niños siguieron comiendo de buena gana su insólito almuerzo. La hija de Gerard, por no interferir en su ocupación, se acercó a la ventana para ver desde el patio la hendidura que se abría en el cielo turbulento. Ráfagas de viento y lluvia golpeaban contra el cristal. Poco

después, alguien llamó a la puerta. Harold se incorporó gruñendo y salió de su retiro. Warner se levantó diciendo:

—Vienen por el alquiler. Gracias a Dios que lo tengo listo —y fue a abrir la puerta.

Dos hombres se ofrecieron a entrar con cortesía.

—Somos desconocidos —dijo el que llevaba la iniciativa—, pero como si no lo fuésemos. ¿Tengo el gusto de hablar con Warner?

—Así me llamo.

—Soy su pastor espiritual, si ser el vicario de Mowbray me da derecho a ese título.

—El señor St. Lys.

—El mismo. Una de las personas que más aprecio entre mis feligreses, y la persona de mayor influencia en este distrito, me ha estado hablando mucho de usted esta mañana. Usted trabaja para él. No supo nada de usted el sábado por la noche, y temía que hubiese caído enfermo. El señor Barber me ha hablado de su zozobra, así como de su buena disposición, y he venido a ofrecerle mis respetos y mi simpatía, y brindarle mi ayuda.

—Es usted muy bueno, señor, y el señor Barber, también y, por supuesto, hace una hora estábamos en un gran aprieto.

—Y así seguimos, señor —exclamó su esposa interrumpiéndolo—. He estado postrada en cama durante una semana, y puede que nunca me vuelva a levantar; los niños no tienen ropa porque está empeñada; todo está empeñado. Esta mañana no teníamos ni combustible ni comida, y pensábamos que venían a cobrar el alquiler que no podemos pagar. Si no es por un platillo de té que hemos tenido gracias a la caridad de una persona casi tan pobre como nosotros, que ya es decir, y que vive de su trabajo, aunque su salario es mucho más alto, dos libras a la semana, usted se cree, que no entiendo cómo puede ser porque mi marido trabaja doce horas al día y gana solo un penique a la hora; pues si no es por eso, yo ya sería cadáver. Y ya ve, mi marido dice que hemos salido de apuros simplemente porque la hija de Walter Gerard, que le aseguro que es un ángel del cielo, ha venido en nuestra ayuda. Pobres que ayudan a los pobres es, como dice el dicho, ¡ganas de atar la mosca por el rabo!

Durante este arranque, el señor St. Lys había estado estudiando el apartamento y reconoció a Sybil.

—Hermana —dijo cuando la esposa de Warner había parado de hablar—, esta no es la primera vez que nos encontramos bajo el techo de la aflicción.

Sybil se mantuvo quieta en silencio y, después, se movió como si estuviese a punto de marcharse. El viento y la lluvia azotaban los cristales de la ventana. El compañero del señor St. Lys, que estaba vestido con un gran abrigo rojo, y se sacudía la lluvia de un sombrero de hule, denominado «sueste», se acercó a ella y le dijo:

—No es más que un chubasco, pero pega fuerte. Le aconsejaría que se quedase unos minutos más.

—Creo —continuó diciendo el compañero del señor St. Lys— que no es la primera vez que nos encontramos.

—No recuerdo nuestro encuentro anterior —dijo Sybil.

—Y, sin embargo, no han pasado muchos días, aunque el cielo tenía un aspecto tan distinto, que casi creería uno que se encontraba en otra tierra y en otro clima.

Sybil lo miró como si le fuesen a dar una explicación.

—Fue en la Abadía de Marney —dijo el compañero del señor St. Lys.

—Yo estaba allí y, recuerdo que, cuando estaba a punto de volver con mis compañeros, vi que no estaban solos.

—Y usted desapareció. Muy súbitamente, me pareció, pues yo me marchaba de las ruinas casi en el mismo momento que sus amigos. Y, sin embargo, no les volví a ver más a ninguno de ustedes.

—Seguimos nuestro camino, uno muy escarpado; tal vez usted siguió otro más llano.

—¿Era su primera visita a Marney?

—Fue la primera y la última. No había lugar que yo ansiase ver más ni lugar que al verlo me pusiese tan triste.

—Su gloria se ha desvanecido —añadió Egremont con tristeza.

—No es eso —replicó Sybil—. Yo estaba preparada para la decadencia, pero no para el abandono absoluto. La abadía parece una exposición de herramientas de obra, y la nave un establo para el ganado. ¡Qué clase de gente o de familia sacrílega, será la propietaria de esas tierras!

—Ejem —dijo Egremont simulando una tos—. Desde luego, no parecen tener gran sensibilidad para el arte sacro.

—Ni para mucho más, según nos han contado —dijo Sybil—. Aquel mismo día que estábamos allí hubo un fuego en la granja de la abadía y, por lo que supimos, la gente parecía tan poco conmovida con ellos como los muros de la abadía.

—Tal vez tienen algunas dificultades para emplear a su población en aquellas partes.

—¿Conoce la región?

—En absoluto. Viajaba por los alrededores y tomé un desvío con la intención de ver la abadía de la que había oído hablar tanto.

—Sí, fue la mayor de las Casas del Norte. Pero me dijeron que la gente de los alrededores de la abadía era de lo más desdichada. No encuentro otra causa para su desgracia que la mezquindad de esa familia propietaria de las tierras.

—Se preocupa de verdad por la gente —dijo Egremont sin dejar de mirarla.

Sybil le devolvió una mirada que expresaba algo de asombro, y luego dijo:

—¿Y usted no? Su presencia aquí así me lo confirma.

—Yo solo sigo humildemente a uno que conforta a los infelices.

—Todos conocen la caridad del señor St. Lys.

—Y usted; usted también es una servidora del cielo.

—Mi conducta no tiene mérito, porque no entraña ningún sacrificio. Cuando recuerdo lo que fue una vez este pueblo inglés, el más verdadero, el más libre y el más valiente; el más bondadoso y con mejor aspecto; ha sido la raza más feliz y religiosa que puebla el globo terráqueo. Pero piense en él ahora, los crímenes y abyectos sufrimientos que padece, su espíritu desabrido y su desarrollo truncado; un pueblo que tiene una vida sin goce y una muerte sin esperanza. Incluso aunque no fuese hija de su sangre, me compadecería de ellos.

Y al terminar de hablar, sus mejillas se ruborizaron con esa sangre, sus ojos negros brillaron con emoción y una expresión de orgullo y coraje le rondó por la frente. Egremont retiró los ojos cuando Sybil lo miró; su corazón se había turbado.

St. Lys, que había estado charlando con el tejedor, se acercó a la cama de su esposa. Warner se aproximó a Sybil y le expresó la estima que tenía por su padre, por su modo de velar por ella. Al ver que el chubasco había cesado, Sybil le dijo adiós y, después de llamar a Harold, abandonó la estancia.

## Capítulo 15

—¿Dónde has estado toda la mañana, Charles? —dijo lord Marney al entrar en la habitación de su hermano unos minutos antes de la cena—. Arabella había planeado un agradable paseo a caballo para ti y para lady Joan, y no había manera de encontrarte. Si sigues así, no tiene sentido intentar relaciones afectivas ni ninguna otra cosa.

—He estado caminando por Mowbray. Hay que ver una fábrica al menos una vez en la vida.

—No veo la necesidad —dijo lord Marney—, nunca he visto una y no pienso verla. Aunque sin duda, cuando escucho el alquiler que Mowbray cobra por su tierra debo decir que ojalá los talleres de tela de lana peinada hubiesen recalado en Marney. Y si no hubiese sido por nuestro pobre padre, lo habrían hecho.

—Nuestra familia siempre ha estado contra las fábricas, los trenes; contra todo —dijo Egremont.

—Los trenes están muy bien, si se paga por ellos una alta compensación —dijo lord Marney—; y las fábricas no son tan malas si los alquileres son altos pues, después de todo, son empresas para la chusma, y las odio con toda mi alma.

—Pero dan trabajo a la gente, George.

—La gente no quiere trabajo. Ese es el mayor error del mundo. Todo este trabajo es un estimulante para el pueblo, pero no pienses en eso. Lo que he venido a decirte es que tanto Arabella como yo mismo pensamos que hablas demasiado con lady Maud.

—Es la que más me gusta.

—¿Qué tiene eso que ver con el asunto, querido amigo? Los negocios son los negocios. El viejo Mowbray encontrará un yerno para su hija mayor. El compromiso está arreglado, lo sé de buena tinta. Hablar con lady Maud es una tontería, porque a ella tanto le da que Fitz-Warene hubiera muerto. De no ser así tirarás por la borda el gran acontecimiento que debería ser la fundación de tu fortuna. En el mejor de los casos, lady Maud no es más que la promesa de mil libras de renta y una vida acomodada. Además, ella está comprometida con ese clérigo, St. Lys.

—St. Lys me ha dicho hoy mismo que no tiene ninguna inclinación a casarse. Prefiere practicar el celibato, aunque no lo disfrute.

—¡Cómo disfrutas con las tonterías! ¿Cómo es posible que hables con un impostor beato; y creo que, pese a toda su retórica, también un completo radical? Te diré lo que debes hacer, Charles: debes avanzar con lady Joan. Su abuelo, el viejo duque, ha llegado hoy con todo su cortejo familiar. Tienen tan buen aspecto. No se va a presentar una oportunidad semejante. Y has de ser astuto, porque ese joven Jermyn, con sus ojos marrones y sus manos blancas, no ha venido hasta aquí, en pleno mes de agosto, para nada, y no es broma.

—Le diré a lady Firebrace que se ocupe de él.

—Ella es bastante amiga tuya, y una mujer muy sensible también, Charles, y una aliada que no te conviene despreciar. Lady Joan tiene una alta opinión de ella. Ahí está la campana. Bien, le diré a Arabella que ponga los motores a toda marcha, y que lady Firebrace se ocupe de mantener a Jermyn a distancia. Y quizá, aunque al principio no te muestres muy interesado, no hay que despreciar el castillo de Mowbray, querido amigo, pese a sus fábricas. Con un poco de firmeza puedes impedir que la gente entre en tu parque, algo que podría hacer Mowbray, solo que a él le falta decisión, porque tiene miedo de que la gente diga de él que es el hijo de un criado.

El duque, que era el padre de la condesa de Mowbray, era también el gobernador de la región. Pese a su avanzada edad, seguía siendo sumamente guapo; poseía don de gentes y tenía modales agradables y gracejo. En su juventud había sido un libertino, pero ahora parecía el representante ideal de una vejez afable y virtuosa. Su popularidad era inmensa; le admiraban los jóvenes, le adoraban las mujeres, y lord de Mowbray le honraba con la más alta consideración. Era lógico. Por muy malévolamente que se hablase del origen de su propio padre, nadie podía privarle de un gran hecho en su vida: su padrastro había sido duque, el duque de una gran familia que durante generaciones había establecido alianzas matrimoniales con grandes familias, con una perteneciente a la antigua nobleza y con otras incluso de más alta alcurnia.

La región que vio nacer al gobernador estaba muy orgullosa de su título nobiliario; y, ciertamente, con la Abadía de Marney en un extremo y el Castillo de Mowbray en el otro, su causa era legítima. Pero ambas casas ilustres cedían en importancia, si bien no en posesiones, ante el gran par que era el gobernador de la provincia.

Érase una vez una actriz francesa lista, como suelen serlo las actrices francesas, que persuadió a un afable monarca de este reino de que el niño que llevaba en su vientre era un honor del que Su Majestad podía sentirse orgulloso. El rey no la creyó mucho, pero era un hombre sensible y nunca discutía un problema con una mujer. Así pues, cuando nació la criatura y se vio que era varón, lo bautizó en su propia cuna con su nombre y le otorgó el rango de noble con el título de Duque de Fitz-Aquitania y Marqués de Gascoña.

Su augusto padre no le había podido otorgar ninguna propiedad, pues había gastado todo su dinero, había hipotecado todos sus recursos y se había visto obligado a endeudarse por la compra de las joyas del resto de sus amantes. Pero hizo lo que pudo por el joven par, como correspondía a un padre afectuoso y a un amante entregado. Cuando el joven cumplió la mayoría de edad, lo nombró custodio y usufructuario de un palacio que poseía en el norte de Inglaterra, y esto le garantizaba el disfrute de un castillo y un parque. Allí podía hacer ondear su bandera y matar ciervos. Y si, además, hubiera tenido la propiedad de alguna tierra, habría conseguido una posición tan acomodada como si hubiera ayudado a conquistar el reino junto al

rey Guillermo, o como si hubiese despojado a la Iglesia de sus bienes a favor de Enrique VIII. Sin embargo, había que encontrar una fuente de ingresos para el duque de Fitz-Aquitania, algo que se consiguió gracias al Parlamento, que intervino con la habilidad financiera propia de esa Cámara, en quien recae la obligación —y no en el monarca— de responder ante los ciudadanos por el gasto público. El rey otorgó al duque y a sus herederos una pensión a perpetuidad a cargo del Servicio de Correos, un impuesto sobre los aranceles del carbón importado a Londres y un diezmo de las ganancias obtenidas de la pesca de gambas en la costa del sur, una fuente de ingresos, esta última, que con el tiempo y el desarrollo de los balnearios, sería sumamente lucrativa. Todo lo cual, unido a los puestos en los tribunales y en las colonias del extranjero para los hijos menores, contribuyó a mantener muy respetablemente la dignidad hereditaria de este gran par.

El actual duque de Aquitania había apoyado la Ley de la Reforma, pero le había afectado el artículo relativo a la apropiación. Profesaba una gran admiración por lord Stanley, y estaba preparado para entender que si aquel caballero hubiera sido el líder del partido conservador ni él mismo sabía lo que habría podido hacer. Pero el duque era un antiguo whig, había vivido con whigs toda su vida, temía la revolución, pero aún más la necesidad de que su nombre no figurase en el registro del restaurante Brookes donde había sido visitante asiduo desde que había cumplido la mayoría de edad. Así pues, sin gustarle lo que estaba sucediendo y, no obstante, sin importarle tampoco abandonar a sus amigos, se retiró, como suele decirse, de la vida pública o, lo que es igual, dejó de ir por la oficina, no dio a lord Melbourne el poder que había sido confiado a lord Grey y nombró magistrados tory en una región, la suya, cuyo gobernador era un miembro del partido whig.

Cuando hicieron recuento de sus fuerzas, y los Tadpole y los Taper se dignaron a hacer conjeturas sobre el futuro, ambos mencionaron el nombre del duque de Fitz-Aquitania con un mirada cómplice y un tono misterioso. Entre Tadpole y Taper no era necesaria ninguna otra señal. Solo en el caso de que algún neófito de tres al cuarto se hubiese encontrado presente en la charla y hubiera deseado sin reservas que se le hiciese partícipe de los chismes, siempre y cuando este tuviese una reverencial admiración por los dos grandes hierofantes de los misterios menores y se arriesgase a mostrar ante ellos su deseo de ser iniciado en tales misterios, entonces se le habría confiado el secreto de que, en efecto, todo estaba en orden, que su excelencia solo esperaba su oportunidad, que estaba tan profundamente cansado de los hombres de su partido que se habría cambiado al partido de lord Stanley en 1835 si un ataque de gota no le hubiese impedido venir desde el norte. Y aunque seguramente su hijo y su hermano iban a votar contra el orador, se debía a un error. Si se hubiese enviado una carta que no se llegó a escribir, habrían votado en sentido contrario y, tal vez ahora, sir Robert estaría ahora mismo en el poder.

El duque de Fitz-Aquitania era el gran tema central de la correspondencia que mantenía lady Firebrace con el señor Tadpole. Su inteligencia adoptó la idea de que

«su misión como mujer» era ganarse la confianza del duque a favor de los conservadores. En esta tarea le fue de gran ayuda la información que tan hábilmente recogió del ingenuo e incauto de lord Masque.

En la cena a Egremont lo sentaron junto a lady Joan, una maniobra que arregló lady Marney sin que él lo supiera. La acción de la mujer en nuestro destino es incesante. Egremont no tenía el mejor de los ánimos para la conversación. Estaba meditabundo, más bien ausente; sus pensamientos estaban ciertamente en otras cosas y en otras personas distintas de las que había a su alrededor. Sin embargo, lady Joan no necesitaba más que un oyente. No hizo preguntas como lady Maud ni hacía pasar sus propias impresiones como si fuesen las opiniones de su interlocutor. Lady Joan refirió a Egremont un relato sobre las ciudades aztecas, sobre las cuales había estado leyendo esa misma mañana y sobre las distintas teorías históricas que había suscitado su descubrimiento. Luego expuso su propia opinión, que difería de todas las demás, pero que parecía claramente la apropiada. México la llevó a Egipto. Lady Joan estaba tan familiarizada con los faraones como con los caciques del Nuevo Mundo. Por el camino hizo mención del sistema fonético, habló de Champoleón; luego, de París y de todas sus celebridades literarias y, especialmente, científicas; después, de la carta de Arago que había recibido por la mañana y de la carta del doctor Buckland que esperaba para el día siguiente. Estaba encantada de que uno le hubiese escrito y se preguntaba por qué el otro no lo había hecho. Finalmente, antes de que las señoras se retirasen, invitó a Egremont a unirse a lady Marney en una visita a su observatorio, donde iban a contemplar un astro que ella había sido la primera en descubrir.

Lady Firebrace, sentada junto al duque, se dedicó a decir fruslerías sobre la situación de los partidos políticos. También ella se había carteadado, y había recibido o esperaba cartas. Tadpole había dicho esto; lord Masque, por el contrario, había dicho aquello, pero la verdad se encontraba probablemente entre ambos, una conclusión a la que la clara inteligencia de lady Firebrace había llegado después de valorar los datos que le habían facilitado ellos mismos. El duque escuchaba con una emoción serena las trascendentales revelaciones de esta Egeria. Nada parecía hurtársele a esta mujer, ni siquiera la mente recóndita del soberano. No había un solo prejuicio real que no hubiese catalogado en su inventario. Y tenía el «ábrete sésamo» para todos los consejos de los whigs y clubes de los tories; sir Fulanito no aceptó el cargo, aunque parecía que sí; y sir Menganito quería el cargo, aunque parecía que no. Un gran hombre pensó que la pera no estaba madura; otro que estaba podrida; pero, después, el primero salía a la palestra, mientras que el otro se retiraba de ella. Al estimar la exactitud de una opinión política, uno debería tener en cuenta la posición de quien opina.

En el momento justo, cuando estaba segura de que no se la oía mal, lady Firebrace sacaba su carta marcada de la baraja que previamente había cortado el señor Tadpole.

—¿Y a quién cree que va a enviar a Irlanda sir Robert? —dijo ella mirando



directamente a la cara del duque de Fitz-Aquitania.

—Supongo que a la persona que envié antes —dijo Su Excelencia.

Lady Firebrace negó con la cabeza:

—Lord Haddington no volverá a Irlanda —replicó ella misteriosamente—. Y lord De Grey no quiere ir; y, si quisiese, habría objeciones. El duque de Northumberland, no irá. ¿Y quién más está allí? Debemos tener un noble de máximo rango en Irlanda; uno que no se haya mezclado en los problemas irlandeses, que siempre haya estado a favor de la emancipación, un conservador, no un orangista. Ya me entiendes. Esa es la persona que sir Robert va a enviar allí, a quien sir Robert quiera.

—No le va a ser fácil encontrar una persona así —dijo el duque—. Si no se hubiese cometido el craso error de 1834, y las cosas hubieran ido por su debido cauce, si hubiéramos visto a un hombre como, por ejemplo, lord Stanley hacerse cargo de los asuntos, o dirigir un gran partido, entonces tus amigos los conservadores, pues todos los hombres sensibles deben ser conservadores en el sentido correcto de la palabra, habrían estado en una posición muy distinta, pero ahora... —y Su Excelencia negó con la cabeza.

—Sir Robert nunca consentirá formar gobierno de nuevo sin lord Stanley —puntualizó lady Firebrace.

—Tal vez no —dijo el duque.

—¿Sabe qué nombre he oído mencionar en un cierto barrio como la persona a quien sir Robert le gustaría ver en Irlanda? —siguió diciendo lady Firebrace.

Su Excelencia acercó el oído.

—El duque de Fitz-Aquitania —sentenció lady Firebrace.

—Es bastante improbable —dijo el duque—. Yo no soy un hombre de partido. Si soy algo, es un partidario del gobierno. Es cierto que no me gusta la forma en que están haciendo las cosas y que desapruébo todas las medidas que han tomado pero, lady Firebrace, debemos estar codo con codo junto a nuestros amigos. Sin duda, si el país corriese peligro y la reina en persona tuviese que elegir un candidato, y el partido conservador fuese realmente un partido conservador y no una facción local reinventada y convertida a la decencia, uno podría detenerse y ponerse a pensar. Pero me siento libre para confesar que tendría que ver las cosas muy distintas de como son en la actualidad para que pudieran contar conmigo para dar ese paso. Debo ver a hombres como lord Stanley...

—Sé lo que me va a decir, mi querido duque de Fitz-Aquitania. Le vuelvo a decir que lord Stanley está con nosotros al cien por cien; y estoy convencida de que no pasará mucho tiempo antes de que vea a Su Excelencia en el castillo de Dublín.

—Estoy muy mayor; al menos temo estarlo —dijo el duque de Fitz-Aquitania aflojando en su rostro una sonrisa.

## Capítulo 16

Cerca de tres millas antes de llegar a la ciudad, el río Mowe serpentea por una llanura. El escenario, aunque no muy pintoresco, es gozoso y vivificante. Un puente de piedra con tres arcos de considerables dimensiones une las dos orillas, en cuyas riberas abundan los prados de colores brillantes o los huertos que abastecen de verduras a la población de los alrededores y cuyas varias formas dotan de vida y ligereza a la tierra sobre la que se asientan. La llanura a ambos lados linda principalmente con bosques, por encima de cuyas colinas se extiende en una dirección el regazo pardusco de un páramo. Las pocas casas de campo diseminadas por los alrededores, construidas en piedra y de espacios amplios, contribuyen a formar una impresión de bienestar y plenitud en el viajero quien, en un dulce día de verano y con un cielo sereno, asocia gustosamente con este escenario.

Tal era el cielo y la estación del año en la que Egremont aparecía en este lugar, pocos días después de los incidentes registrados en nuestro último capítulo. Había estado pescando en los bosques del parque de Mowbray siguiendo el cauce del riachuelo. Tras varias revueltas sus aguas salían del recinto del parque, se internaban por un sotobosque pedregoso y tras bañar la falda de las colinas del páramo que hemos señalado más arriba, desembocaban finalmente en una llanura donde se fundía con las aguas de la corriente principal del río.

Egremont no se había divertido mucho. A decir verdad, su mano había manejado despreocupadamente la caña. Aunque era diestro en el arte de la pesca cuando estaba de humor, esta vez la había llevado consigo más bien como una excusa para estar solo que como un modo de divertirse. Hay épocas en la vida en que la soledad es necesaria; y así lo sentía el espíritu del hermano de lord Marney.

La imagen de Sybil Gerard se había impreso en su cerebro. Se mezclaba con todos sus pensamientos y planeaba sobre todas las cosas. ¿Quién era aquella chica, distinta a las demás mujeres que él había conocido, que hablaba con tan dulce gravedad de cosas de tanta importancia que nunca antes se le habían cruzado por la mente, y que con una especie de majestuosa tristeza deploraba la degradación de su pueblo? Pese a ser hija de alguien humilde, estaba orgullosa de su nacimiento, y no había ninguna señora de noble cuna que pudiera jactarse de un semblante tan perfecto ni de poseer un talento así ni tampoco de poseer la fascinante sencillez que impregnaba cada gesto y cada tono de la hija de Gerard.

¡Sí! Era la hija de Gerard, la hija de un trabajador de una fábrica. Después de la partida de Sybil, no había sido difícil sacar información acerca de ella a la gárrula mujer del tejedor. Y su padre no era alguien desconocido para Egremont. Su porte orgulloso y su generoso gesto aún permanecían vivos en la retina de nuestro amigo, pero no menos que su discurso deliberativo; ¡lleno de conocimiento, reflexión y apasionado sentimiento! Cuántos de aquellos comentarios aún resonaban en el espíritu y aparecían en las cavilaciones de Egremont. Y qué decir también de su

amigo, de aquel hombre pálido de ojos chispeantes que hablaba sin afectación y sin pedantería, con lo contrario de la ingenuidad pero con una intensa honradez, y que contemplaba los principios más altos de la ciencia política desde la perspectiva de un maestro de la filosofía. ¿También él era un trabajador? ¿Y, entonces, estos hombres eran EL PUEBLO? Y, si es así, pensaba Egremont, ¿no debería vivir más entre ellos? Comparada con la suya, la charla de nuestros salones tiene en sí misma algo de humillante. No es solo que carezca de calidez, de profundidad y de brío, que siempre se hable en ella de personas y no de principios, y que disfrace su carencia de pensamiento cuando sigue miméticamente los dogmas, y su indigencia de sentimiento en las banales habladurías sobre los demás; no se trata solamente de una mera falta de imaginación, ni de ideas, sentimientos o conocimientos, sino, en mi opinión, incluso por lo que se refiere también a las maneras y a la expresión, es inferior en su refinamiento y retórica; una charla, en definitiva, banal, desprovista de interés, estúpida, realmente vulgar.

A Egremont le parecía que, desde el día en que había conocido a estas personas en las ruinas de la abadía, el horizonte de su experiencia se había expandido imperceptiblemente; más que eso, había vetas de luz abriéndose en la distancia que ya empezaban a dar un nuevo aspecto a buena parte de lo que ya conocía y que, quizá, iban a revelar mucho de lo que ahora permanecía en la total oscuridad. No podía evitar la convicción de que desde ese momento sus simpatías se había vuelto más penetrantes y extensas; que su mente había sufrido un impulso masculino; que ahora tenía la tendencia a ver las cuestiones públicas bajo un prisma muy diferente de cómo las había visto hasta hacía unas semanas, desde la tribuna pública de oradores durante las elecciones de su distrito.

Mientras reflexionaba sobre estas cosas desembocó, como hemos dicho, en el valle del Mowe, y siguiendo el camino que acompañaba al cauce del río, llegó hasta un puente cuyo aire de cuento invitaba a cruzarlo. En el centro había un hombre inclinado sobre el pretil mirando las aguas. El ruido de sus pisadas sorprendió al caminante, que se volvió; y Egremont se dio cuenta de que era Walter Gerard.

Gerard le devolvió el saludo, y dijo:

—Se ve que las primeras horas de la tarde de un sábado nos convierten a todos en paseantes.

Y luego, como seguían el mismo camino, se pusieron a caminar juntos. Parecía que la cabaña de Gerard no quedaba lejos. Este preguntó a Egremont por la pesca y recibió por respuesta el regalo de una lercha con una trucha, la única que, por casualidad, estaba en el morral de Egremont. Después de esto lo menos que podía hacer era invitar a su acompañante a que descansase en su casa.

—Ahí está mi hogar —dijo Gerard señalando la cabaña que había construido recientemente, y en un estilo grato a la vista. La piedra tenía el color pardusco frecuente en las canteras de Mowbray. En un lado del amplio porche se enroscaba una trepadora carmesí. Las ventanas eran dobles, perfectamente enrejadas y divididas por

maineles. La casa se había edificado sobre un jardín de dimensiones nada despreciables, pero donde no quedaba sin cultivar ni un macizo ni un rincón. Abundaban las flores y hortalizas, y había un huerto que prometía variedad de frutas, desde peras maduras hasta las famosas camuesas del norte o ciruelas de todas las formas y matices. Era un huerto que servía también para frenar al viento, de cuyo azote no ofrecían protección los árboles que estaban en segundo plano.

—Qué bonita vivienda. Su jardín le honra.

—Soy lo suficientemente honesto para reconocer que no busco el halago —dijo Gerard—. Solamente soy un muchacho vago.

Entraron en la casa, donde una robusta señora les dio la bienvenida.

—Ella es demasiado mayor para ser mi mujer, y demasiado joven para ser mi madre —dijo Gerard sonriendo—, pero es una buena señora, y cuida de mí desde hace tiempo. Vamos, señora —dijo él—, tráiganos una taza de té; es una buena bebida para el atardecer —añadió volviéndose hacia Egremont—, y lo que tomo siempre a esta hora; y si tiene el gusto de encender una pipa, se habrá ganado usted un amigo.

—He dejado el tabaco —dijo Egremont—; el tabaco es la tumba del amor.

Y entraron en una habitación perfectamente amueblada, que tenía ese aspecto habitable que suele ofrecer la mejor habitación de una casa de campo. En vez de los muebles sucios, charros y deslucidos de otros lugares, de las sillas falsas de palisandro y las mesas pulidas de color caoba, había una mesa de roble, unas sillas campestres en madera de haya y un reloj holandés. Pero lo que sorprendió a Egremont fue ver varios estantes llenos de libros bien alineados. Su contenido, visto de cerca, era muy interesante, porque indicaba la presencia de un estudiante de alta categoría. Egremont leyó los títulos de obras que él solo conocía de oídas, pero que trataban algunas de las cuestiones más sutiles y de mayor altura de la filosofía social y política. Mientras les echaba un vistazo, su acompañante dijo:

—¡Ah, ya veo que piensa que soy un gran estudiante cuando no soy más que un jardinero!; en justicia hay que decir que estos libros no son míos.

—A quien quiera que pertenezcan —dijo Egremont—, a juzgar por esta colección, tiene una cabeza bastante bien amueblada.

—Ay, ay —suspiró Gerard—; el mundo aún tiene que oír hablar de él, aunque no es más que un trabajador e hijo de un trabajador. No ha estado en las escuelas ni en las universidades de ustedes, pero puede escribir en su lengua materna al igual que lo hicieron Shakespeare y Cobbett; y eso es algo que hay que hacer si deseas influir en la gente.

—¿Y puedo atreverme a saber cómo se llama? —preguntó Egremont.

—Stephen Morley, amigo mío.

—¿La persona con la que le vi en la Abadía de Marney?

—La misma.

—¿Y vive con usted?

—Bueno, compartimos la casa, si puede llamarse así. Stephen no da muchos problemas en ese sentido. Bebe solamente agua y come solamente hierbas y frutas. Él es el jardinero —añadió Gerard sonriendo—. No sé cómo nos vamos a despedir cuando se marche de aquí.

—¿Y se va a marchar?

—Bueno, de alguna manera ya lo ha hecho. Se ha alquilado una casa medio kilómetro más arriba del valle; y lo único que se ha dejado aquí son sus libros, porque se marcha a Shire dentro de uno o dos días a arreglar unos negocios que le podrían llevar una semana o así. Por el momento los libros están más seguros aquí. Stephen vive solo y pasa bastante tiempo fuera de casa, porque edita un periódico en Mowbray que hay que supervisar. Va a seguir siendo mi jardinero. Se lo he prometido.

»Bien hecho, buena señora —dijo Gerard, al ver entrar a la mujer—; espero por el honor de esta casa que haya preparado una tisana rica. Ahora, camarada, siéntese, le hará bien después de su largo paseo. Debería comerse esa trucha suya por si tiene que demorarse.

—De ninguna manera. Me parece que echará de menos a su amigo, ¿no cree?

—No lo perderemos de vista, no le quepa duda, con lo que tiene que hacer en el jardín y en los alrededores; además, en cierto modo, es un maestro de su propio tiempo. Su forma de trabajar no es como la nuestra; y aunque el tirón que ejerce su cerebro es a veces fuerte, he deseado a menudo tener ese talento. Es muy fatigoso hacer la misma cosa a la misma hora siempre en la vida. Pero yo nunca podría expresar mis ideas más que con mi lengua, y en eso me siento bastante cómodo.

—Será una pena ver esta habitación sin los libros —dijo Egremont, animándole a una conversación acerca de temas domésticos.

—Así será —dijo Gerard—. Tengo muy pocos que son míos, pero con el tiempo mi hija será capaz de llenar los estantes, se lo garantizo.

—¿Su hija? ¿Es que va a venirse a vivir con usted?

—Sí, esa es la razón de que Stephen se marche. Él se ha quedado aquí hasta que Sybil pueda cuidar de mi casa, y ese dichoso día ya está cerca.

—Esa será una gran compensación por la pérdida de su amigo —dijo Egremont.

—Y, sin embargo, ella habla de pasar y marcharse —dijo Gerard con un tono más bien melancólico—. Ella anhela volver al claustro porque en el convento ha llevado una vida dulce y tranquila y, además, porque la superiora es la hermana de mi jefe y una auténtica santa en la tierra; y Sybil no conoce nada del mundo real más que sus sufrimientos. Pero eso no importa —añadió más alegremente—, yo no la voy a dejar que tome los hábitos precipitadamente, pero si la pierdo, quiero que sea para bien. La vida matrimonial de una mujer de nuestra clase social en la actual situación que vive nuestro país es un billete para una miseria segura —añadió él moviendo la cabeza—, ¡esclavos, y esclavos de esclavos! Ni siquiera el espíritu de la mujer puede soportar tantas calamidades, y eso que ellas pueden aguantar más que nosotros, maestro.

—Su hija no está hecha para soportar las dificultades habituales de la vida —dijo Egremont.

—No hablemos más de ellas —replicó Gerard—. Sybil tiene un corazón inglés, y eso no se rompe fácilmente. Y usted, camarada, ¿es un viajero que recorre estos lugares?

—Una especie de viajero; hago algo similar a lo de su amigo Morley, pero relacionado con la prensa.

—¡Claro! Un periodista, ¿verdad? Ya me había fijado que usted tenía aspecto de saber algo más que los provincianos como nosotros.

—Sí, soy un periodista. En Londres quieren información sobre cuál es el estado real del país, y como en esta época del año el Parlamento no se reúne...

—Ah, ya entiendo, lo han enviado en misión urgente y en viaje estival. Bien, ojalá fuese yo un escritor, pero nunca pude hacerlo. Leo todos los días lo que haga falta, pero escribir, eso no es para mí. Mi amigo Morley tiene mucha mano para eso. Su periódico circula mucho por aquí. Como yo le digo a menudo, si abandonase su filosofía de altos vuelos y se dedicase a la política inglesa, haría una fortuna. ¿Le gustaría conocerlo?

—Mucho.

—¿Y qué le ha atraído de la prensa, si me permite preguntarle?

—Bueno, mi padre fue un caballero —dijo Egremont en un tono dubitativo—, y yo era su hijo menor.

—¡Vaya! —dijo Gerard—, eso es tan malo como ser una mujer.

—No tenía patrimonio —siguió diciendo Egremont—, así que me vi obligado a trabajar. Creo que no tenía cabeza para las leyes; la Iglesia no estaba exactamente en mi línea y, en cuanto al ejército, ¡cómo iba a prosperar sin dinero ni contactos! Tuve la oportunidad de recibir cierta educación, así que pensé que sería mejor que le sacara algo de partido.

—Muy bien hecho. Usted pertenece a las clases trabajadoras, y espero que se aliste en la gran lucha contra los parásitos. Los amigos naturales del pueblo son los hijos menores de cada familia, aunque generalmente suelen alinearse en el bando contrario. Es peor para ellos, porque dedican sus energías al mantenimiento de un sistema que se funda en el egoísmo, que conduce al fraude y del cual ellos son las primeras víctimas. Pero cada hombre piensa que él va a ser una excepción.

—Y, sin embargo —dijo Egremont—, se considera que una gran familia enraizada en su tierra es un factor de fuerza política.

—Déjeme decirle —dijo Gerard— que en este país hay una gran familia, y muy arraigada en él, de la cual hemos oído hablar mucho menos de lo que merece, pero de la que sospecho que muy pronto oiremos hablar para que nos haga reflexionar a todos.

—¿En este país?

—En este país y en todos los demás. Me refiero al PUEBLO.

—¡Ah! —dijo Egremont—. Esa familia ha existido durante mucho tiempo.

—Pero está llamada a aumentar rápidamente, amigo mío, ¿cómo puedo llamarle?

—Me llaman Franklin<sup>[4]</sup>.

—Ese es un buen nombre inglés de una buena clase social que ya ha desaparecido. Bien, señor Franklin, esté seguro de lo siguiente: el crecimiento demográfico de este país es una lectura muy instructiva.

—Puedo imaginármelo.

—Me convertí en hombre adulto cuando empezaban los malos tiempos —dijo Gerard—; yo mismo he pasado por muchos años de penalidades. Era el hijo de un *franklin* y, por lo que recuerdo, durante mucho tiempo no vivimos peor en esta isla de lo que vivimos ahora. Pero eso no significa nada. No estoy pensando en mí mismo. De algún modo, a mí me sonríe la fortuna; pienso en los siervos entre los que vivo. Bien, a lo largo de los años he oído algunos remedios para este empobrecimiento constante del pueblo: alguna persona o alguna cosa que debía cambiarse de sitio; y, por mi parte, he estado dispuesto a apoyar algunas propuestas o a seguir a algunos líderes. Hemos tenido reformas, dinero de papel, abogado por la supresión de las máquinas y miles de otros remedios; y hemos tenido demagogos de toda laya, algunos tan malos como yo mismo y otros con sangre tan valiosa en sus venas como la que corre por las venas de nuestro gran vecino, el conde de Mowbray; y siempre he escuchado que se trataba de una auténtica alternativa. Pero, francamente, voy a decirle que nunca tuve mucha fe en ninguna de esas propuestas o proponentes, pero suponían un cambio, y eso ya era algo. Últimamente me he convencido de que hay algo en este país con mayor eficacia, y con un mayor poder curativo, creo, e inapelable. Pero, tanto si consigue solucionar las cosas como si no, será un poder que cure o que lo eche todo a perder. ¿Me comprende? Hablo de la llegada anual de más de trescientos mil extranjeros a esta isla. ¿Cómo se les va a alimentar? ¿Cómo se les va a vestir? ¿Cómo se les va a dar alojamiento? Ya se les ha suprimido la carne, pero ¿podrá suprimírseles también el pan? Y en cuanto a la vestimenta y al alojamiento, se han acabado los andrajos del reino y las sentinas y sótanos se desbordan ya como las madrigueras de los conejos.

—Es una terrible idea —dijo Egremont pensativo.

—Terrible —dijo Gerard—. Es la cosa más grave desde el diluvio. ¿Qué reino puede oponerse a ello? Consulte si no su historia, usted que es un estudioso, y vea cómo fue la caída del gran Imperio Romano; ¿qué ocurrió? Cada cierto tiempo salían doscientos o trescientos mil extranjeros de los bosques y cruzaban las montañas y los ríos. Llegan hasta nosotros cada año y son cada vez más numerosos. ¡Qué son las invasiones de los bárbaros, los godos y visigodos, los lombardos y los hunos, comparados con el crecimiento demográfico!

FIN DEL LIBRO SEGUNDO

## Libro III



# Capítulo 1

Los últimos rayos del sol pugnaban con las nubes de humo que el viento arrastraba de un lado a otro del país para derramar a medias su luz sobre un paisaje singular. Excepto por una cadena montañosa de piedra caliza que formaba a lo lejos una frontera natural, la región estaba situada completamente en un llano. Hasta donde alcanzaba la vista, una multitud de cabañas o pequeñas viviendas que apenas merecían ser llamadas así se dispersaban por la llanura en un radio de muchos kilómetros. Algunas de ellas estaban separadas, otras ordenadas en hileras, otras amontonadas en grupos, pero raramente formaban calles continuas, sino que se entremezclaban con los hornos llameantes, con las pilas de carbón de hoguera y con los montones de mineral de hierro humeante; con fraguas, chimeneas de fuelle que rugían y resoplaban en todas direcciones y que indicaban la frecuente presencia de la boca de una mina y de un yacimiento de carbón. Pese a que todo el conjunto podía compararse con una gran madriguera de conejos, había canales cruzándose entre sí a varios niveles y, pese a que las excavaciones subterráneas se habían llevado a cabo con tanta fuerza que no era extraño observar filas enteras de casas torcidas debido a los corrimientos de tierra y a los desmontes, aún podrían reconocerse aquí y allí, entreverados con los cúmulos de ganga mineral o con la escoria del metal fundido, retazos de la superficie original cubierta por hierba y trigo que, como si fuese un simulacro, parecía remedar a los hijos de aquellos caballeros sobre los que solíamos leer en nuestra juventud cuando, tras ser raptados por los deshollinadores, revelaban algunas intimidades de cómo habían sido criados detrás de las mugrientas caballerizas. Pero una existencia así era desconocida para un árbol o un arbusto en esta región más sucia que triste.

Era la hora del crepúsculo. A esa hora, en latitudes más al sur, el campesino se arrodilla ante la imagen de la bendita doncella hebrea; las caravanas hacen una pausa en su largo recorrido a través de los vastos desiertos, y el viajero con el turbante puesto se inclina sobre la arena para rendir culto a la piedra y a la ciudad santas. Es la hora, no menos sagrada, en que cesa el trabajo del obrero inglés y el minero y el carbonero salen a respirar el aire del atardecer y a contemplar la luz del cielo.

Todos salen a la superficie; de la mina, las cuadrillas de braceros, y de los pozos, los siervos; la fragua se queda en silencio y los motores se detienen. Un enjambre de hombres fornidos, corpulentos y musculosos cubre la llanura, chorreando de sudor y más negros que los niños de los trópicos. Son grupos de jóvenes —¡qué pena da verlos!— de ambos sexos, aunque ni en su indumentaria ni en su lenguaje pueda detectarse la diferencia. Las mujeres visten ropa de hombre y de sus labios, nacidos para llenarse la boca de dulzura, surgen blasfemias que ni los hombres se atreverían a pronunciar. Sin embargo, ellas van a ser —y algunas lo son ya— ¡las madres de Inglaterra! Pero ¿podemos censurarlas por la deplorable rudeza de su lenguaje cuando nos ponemos a pensar en la brutalidad de sus crueles vidas? Durante doce y, a veces,

dieciséis horas al día estas chicas inglesas, desnudas hasta la cintura, con un braguero de hierro atado a un cinturón de piel y con unos pantalones de lona en las piernas, empujan y acarrear a toda prisa baldes de carbón por los túneles oscuros, empinados y resbaladizos de la mina. La Sociedad para la Abolición de la Esclavitud del Negro parece haber pasado por alto estas condiciones de vida. Estos caballeros también parecen haber hecho oídos sordos de los sufrimientos de los pequeños «atrapados», algo que merece mencionarse, ya que muchos de ellos estaban empleados a su servicio.

¡Ved también cómo emergen estos niños de las entrañas de la tierra! Tienen entre cuatro y cinco años de edad, y muchos de ellos son niñas, guapas, aún tiernas y tímidas, sobre las que ha recaído la responsabilidad de cumplir con arduas obligaciones, muchas de las cuales llevan consigo la necesidad de ser el primero en entrar en la mina y el último en salir. Su trabajo no es, obviamente, severo, porque eso sería imposible, pero han de hacerlo en soledad y a oscuras. Han de soportar un castigo que la filantropía filosófica ha inventado para aplicárselo a los criminales más peligrosos, y que ellos mismos consideran una pena más terrible que la propia muerte a la que reemplaza. Las horas pasan una tras otra, y todo lo que a los «atrapados» les recuerda el mundo que han dejado por ese otro en el que viven ahora es el paso de las vagonetas. Ellos son los encargados de abrir los portones de las boqueras de las galerías que, menos en ese momento, han de estar constantemente cerradas, ya que la seguridad de la mina y la vida de las personas que trabajan en ella dependen completamente de ello.

Sir Joshua, un hombre de genio y un artista de corte, impresionado por el semblante angelical de lady Alice Gordon cuando era una niña de muy pocos años, pintó su rostro celestial en varias actitudes en el mismo cuadro, y denominó a este grupo de caras divinas: ¡ángeles guardianes!

Diríamos que algún gran maestro del pincel, el señor Landseer, o el señor Etty, ¡fuese a ver a estos pequeños atrapados e hicieran lo mismo!

Un pequeño grupo de mineros se acercó a una casa con el aspecto de tener más pretensiones que las demás viviendas, y que se distinguía por un vistoso cartel con el nombre de Sol Naciente. Entraron en ella como si fueran parroquianos habituales, y la mujer de la barra los saludó con sonrisas y muchas palabras amables, y les preguntó muy alegremente qué se les ofrecía. Enseguida encontraron acomodo junto al mostrador de la taberna, en sus taburetes habituales, porque pese a no estar totalmente desocupados, todo el mundo parecía estar de acuerdo en que ellos gozaban de un derecho preferente.

Con unas hogazas de pan en sus manos negras, y sonriendo con sus dientes marfileños y sus rostros sombríos, realmente parecían una partida de negros en una noche de parranda.

La jarras de cerveza corrieron de mano en mano, se encendieron las pipas y se dieron las bocanadas de humo preliminares. Al final se hizo el silencio. El hombre

que parecía el líder, sentado en una especie de silla presidencial, se quitó la pipa de la boca y pronunció la primera frase completa que se oía en voz alta en la sala:

—El hecho es que con lo de los economatos nos están asfixiando.

—Es lo más cierto que has dicho nunca, maestro Nixon —dijo uno de sus compañeros.

—Firmaría una por una esas palabras —dijo otro.

—Y la cuestión es —siguió diciendo el maestro Nixon—, ¿qué vamos a hacer?

—Ah, claro —dijo un minero del carbón—; ese es el meollo.

—Sí, sí —afirmaron otros—; ese es el meollo.

—La cuestión es —dijo Nixon mirando alrededor con aspecto de impartir magisterio—, ¿qué son los salarios? Yo digo que no son el azúcar ni el té ni el tocino. No creo que sean las velas, pero desde luego lo que no son, son chalecos.

—Aquí hubo un gruñido de acuerdo general.

—Camaradas —continuó Nixon—, vosotros sabéis lo que ha pasado; sabéis que Juggins pidió que le dieran su saldo después de liquidar sus cuentas en el economato, y ese tacaño redomado de Diggs le ha obligado a aceptar dos chalecos como pago. Entonces, la pregunta es: ¿qué va a hacer un minero con los chalecos? Supongo que empeñarlos en la tienda del yerno de Diggs, junto a la tienda de su padre, y vender el resguardo por seis peniques. Entonces la pregunta sigue sin contestar. Hay que ceñirse a la cuestión, los chalecos y el economato; primero los chalecos y, luego, el economato.

—He estado ganando una libra a la semana durante los dos últimos meses —dijo otro— pero os juro como que soy un pecador redimido que aún no he visto ni una perra gorda.

—Y yo he tenido que pagar al doctor en especie por atender a mi mujer —dijo otro—. Doctor, le dije, me da vergüenza decirlo, pero solo le puedo pagar con cosas del economato; ¿qué prefiere, panceta o queso? «¿Queso de a diez peniques la libra», contestó él, «cuando yo lo compro a seis peniques para mis criados? No, gracias, olvídalo», dijo él, que es un cristiano de ley. «Me quedo con el precio del artículo que pagáis en el economato».

—Juggins tiene que pagar su alquiler y tiene miedo de los buitres de los administradores —dijo Nixon—, ¡y tiene dos chalecos!

—Además —añadió otro hombre—, el economato de Diggs solo abre una vez a la semana, y si no estás allí a tiempo, tienes que volver siete días después. Y está tan lejos y hay tal lío de gente allí dentro que es un día de trabajo perdido cada vez que va mi mujer, y eso por no hablar de lo que hay que esperar, aguantar de pie y soportar los insultos del señor Diggs, que no cesa de azuzar a las mujeres cuando se disputan el turno; ¡es para echarse a temblar!

—Dicen que es un auténtico cerdo.

—El maestro Joseph es muy violento, pero no hay nadie como el viejo Diggs para chuparle la sangre a uno. ¡Le encanta! Y, luego, siempre anda diciendo que nunca te

faltarán de nada, que puedes encontrar de todo bajo su techo. Me gustaría saber quién va a remendar nuestros zapatos. ¿Tiene el capataz Diggs una zapatería?

—¿Y nos puede vender un cuarto de patatas —dijo otro—; o un cuarto de leche?

—No; así que no nos queda más remedio que ir y comprárselo al economato, por poco que uno reciba a cambio. Porque la libra de panceta que vende Diggs a nueve peniques un buhonero te la daría a seis; y, por tanto, la podrías conseguir por menos de cuatro peniques. Por ese motivo el economato de nuestra fábrica nos corta las ganancias a la mitad.

—Y esto que dijo es tan cierto como lo que oís en la iglesia, maestro Waghorn.

—Este Diggs parece ser un opresor del pueblo —dijo una voz desde un rincón distante de la sala.

El maestro Nixon se giró para mirar, fumó de su pipa, dio unas bocanadas de humo y, luego, dijo:

—Creo que es el intermediario con el corazón más podrido que me he echado a la cara nunca.

—¿Pero en qué clase de negocio se tiene un intermediario para llevar una tienda? —preguntó el extranjero—. La ley se le puede echar encima.

—Me gustaría saber quién se le va a echar encima —dijo Nixon—. Yo no conozco a nadie. Para ellos los economatos son artículos muy preciados; y no van a tolerar que se les estropee el negocio; te lo digo yo.

—Pero él no te puede obligar a comprar artículos de consumo —dijo el extranjero—. Tiene que pagarte con la moneda en curso del país, si tú se lo pides.

—Solo nos pagan una vez cada cinco semanas —dijo un hullero—, y entretanto, ¿con qué vive un hombre? Y suponed que tuviésemos que hacer turnos de un mes o de cinco semanas, y recibiéramos todo el dinero, y no tuviésemos economatos, ¿qué me diría el intermediario? Pues me diría: «¿Entonces quieres que te echen?». Y si yo le contesto «pues, no», entonces él me diría: «Aquí ya no te van a llamar más para trabajar». Y eso es lo que yo llamo dejarte en la estacada.

—Ay, ay —dijo otro hullero—; pedid que los patrones aflojen la mosca, y ya veréis como os quitan el mono y os mandan p'arriba.

—Son sus cálculos los que nos obligan a tener que acudir a los economatos —dijo otro hullero—, y si un intermediario te rechaza porque te niegas al economato, eres un hombre marcado para el resto.

—Puede que existan los economatos esos —dijo un hullero que había permanecido en silencio hasta ese momento— y los intermediarios, pero lo que sucede en la mina solo lo saben Dios Todopoderoso y los mineros. He sido un metodista practicante durante muchos años, me he esforzado por hacer el bien, y todo el daño que les he hecho a los intermediarios ha sido decirles que sus actos no prevalecerán en el día del Juicio.

»Seguramente, porque son actos de las tinieblas, pues son muchos los días que trabajamos para nada, por la razón que sea, y es mucho el buen oficio que desprecian.

Y son muchas las jarras de cerveza que uno tiene que beberse con ellos para que le den a uno algo de tajo. Y si la reina pudiera hacer algo por nosotros, los miserables, ojalá que fuese la bendición de darnos un trabajo.

—Seguramente no hay un tirano más carroñero sobre la tierra que un intermediario —dijo otro hullero—; pero los hombres pobres no tienen oportunidad de resarcirse.

—Pero ¿por qué no expones tus quejas a los pequeños propietarios rurales y a los arrendatarios? —dijo el extranjero.

—Señor, supongo que es usted un extranjero en esta zona, porque de lo contrario sabría que es igual de fácil para un minero hablar con su jefe como para mí picar carbón con esta pipa que tengo aquí. Señor, les separa un mar a los dos. Yo empecé en la mina con cinco años, y llevo cuarenta años en el oficio con Martinmas, que ya son años para un hombre que hace su trabajo; así que sé de qué estoy hablando. Después de cuarenta años, señor, a un hombre que no se mueve de su puesto y se mantiene atento, no lo tratan mal. En cuarenta años he ido varias veces a la huelga, y he asistido a los mayores desplantes que se han visto en este país. He visto a la gente unirse para hacer huelga durante semanas, a veces aguantando dos semanas sin una patata ni un poco de sal que llevarse a la boca. Dice de los economatos, pues eso no es tarea fácil, pero estábamos luchando por nuestros derechos, y eso es algo que cae por su peso. Yo aún no he visto una huelga aquí, y le diré una cosa, señor, si los trabajadores y los responsables hubieran cruzado unas palabras, seguro que no se habría convocado. Pero entre los pobres y los caballeros no ha habido diálogo nunca, y ese es el peor error de este país.

»Es cierto esto que digo, señor Nixon, y por ese motivo, cuando fuimos a la huelga en el 28, los jefes dijeron que nos recibirían; pero lo único que hicieron fue marear la perdiz y negociar con los intermediarios. Los intermediarios son sus oídos.

»Si los jefes hablaran con la gente, no necesitaríamos soldados aquí. Pero ver a un minero es un susto pa' un caballero, y cuando vamos a hablar con ellos, siempre se echan a correr.

—Son los intermediarios —dijo Nixon—. No son ni contables ni patronos.

—La gente no va a obtener sus derechos —dijo el extranjero— hasta que conozca el poder que tiene. Supón que en vez de enfrentarse a ellos y hacer huelga, cincuenta de vuestras familias vivieran bajo un mismo techo; tú vivirías mejor que vives ahora; os alimentaríais mejor y el alojamiento y la ropa serían más confortables; y os ahorraríais la mitad de vuestro sueldo; os convertiríais en capitalistas; podríais arrendar vuestras minas y pozos a los propietarios y pagarles una mejor renta de la que ahora obtienen por ellos, y vosotros ganar más y trabajar menos.

—Señor —dijo el señor Nixon quitándose la pipa de la boca y soltando una bocanada de humo—, habla usted como un libro.

—Es el principio de la asociación —dijo el extranjero—; es lo que necesitan los tiempos.

—Señor —dijo el señor Nixon—, nuestra época quiere una gran negociación, pero lo que principalmente quiere es que nos paguen nuestros sueldos en la moneda corriente del país.

Poco después de estas palabras empezaron a notarse los síntomas de que las jarras ya se habían quedado vacías y las pipas de fumar sin tabaco, así que los asistentes empezaron a salir. El extranjero se dirigió a Nixon para preguntarle a qué distancia estaba Wodgate.

—¡Wodgate! —exclamó el señor Nixon con aspecto de no saber.

—El caballero quiere decir la Casa del Infierno —dijo uno de sus acompañantes.

—Estoy en mi tierra natal —dijo el señor Nixon—, pero esta es la primera vez que oigo que se llama a Wodgate la Casa del Infierno.

—Así se llama en *jografía* —dijo Juggins.

—¡Pero usted no irá a la Casa del Infierno a esta hora de la noche! —dijo el señor Nixon—. Preferiría que Bob el Borrachín me bajase al pozo con el malacate.

—Ese no es viaje para un cristiano —dijo Juggins.

—Incluso a la luz del día —dijo otro.

—¿Y está lejos? —preguntó el extranjero.

—Una vez hice el camino hasta allí en tres horas —dijo un hullero—, pero eso era al amanecer. Si quiere ver a los demonios en carne y hueso vaya a esta hora. Estoy seguro de que no son otra cosa que paganos. Lamentaría ver que nuestro intermediario está entre ellos, porque él solo es cristiano cuando se toma un vaso de cerveza.

## Capítulo 2

Dos días después de la visita de Egremont a la cabaña de Walter Gerard, acabó la visita de la familia Marney a Mowbray, y regresaron a la abadía.

Hay algo triste en la separación de un grupo armonioso, y son pocos los techos bajo los que uno pernocta de los que no se vaya con un cierto sentimiento de desasosiego. El cese repentino de todas las emociones que procura una alegre y bien dispuesta mansión en el campo debilita el sistema nervioso. Durante una semana o dos no hemos hecho nada que no sea ameno ni oímos nada que no sea motivo de agrado. Se ha respetado nuestro egoísmo, las preocupaciones insignificantes han cesado, y hemos gozado de todos los placeres del lugar que nos acoge sin ninguno de sus afanes. Hemos visto solo el aspecto favorable de la civilización, y hemos degustado solo el lado soleado de sus frutos.

En ocasiones, nuestra visita va acompañada del trato con personas cuyo carácter hace que el lugar sea aún más dulce y amable, mas no podemos prolongar nuestra estancia. Cualquiera que sea el motivo, ya sea por miradas que no pueden olvidarse, por tonos de voz que permanecen en el oído, por sentimientos que conmueven el alma o por coqueteos que agitan la imaginación, con frecuencia se abandona una casa de campo con la congoja en el pecho. El remedio que se emplea a menudo es buscar inmediatamente una nueva, pero algunas veces esta receta no está a nuestro alcance y debemos conformarnos con volver a nuestros dioses domésticos que han adoptado la forma de una nodriza.

Aunque no era esta la forma que habían tomado los dioses domésticos de lord Marney, este necesitaba una presencia así; la presencia en su vida de una persona tan importante y tan incansable. El tiempo que su señoría había pasado en Mowbray había sido plenamente satisfactorio. Había podido hacer todo lo que le había venido en gana. Su egoísmo no había sufrido ni un solo contratiempo. Había humillado a la ley sin que nadie se lo echara en cara. Había dogmatizado y llevado la contraria cuanto había querido, sus afirmaciones habían tenido un aceptable éxito y sus doctrinas se habían aceptado como la tesis ortodoxa. Lord Mowbray lo quería, y a él le gustaba que un personaje de tanta importancia le tuviera en consideración. A lord Marney también le gustaba la pompa, una mesa bien provista y una vida de lujos, pero le gustaban en cualquier casa menos en la suya. No es que fuera un avaro o, mejor dicho, no es que fuera simplemente un avaro, sino que era sagaz y avieso. Un solo vistazo le bastaba para catalogar el valor y la posición social de cualquier persona. No soportaba malgastar sus vinos escogidos ni sus caras viandas en gorriones y aduladores serviles aunque, al mismo tiempo, no había hombre que alentase y necesitase tanto la presencia de gorriones y aduladores como él.

Lord Marney tenía todos los pequeños vicios sociales y ninguna de esas debilidades que atenúan la crueldad o la fealdad de aquellos. Se deshacía en atenciones cuando recibía la visita de un príncipe de sangre real o de un gran par de

Inglaterra. Si tenía que cumplir con algunas de las obligaciones públicas propias de su posición, su actitud acallaba cualquier crítica, pero al vicario de Marney o al capitán Grouse le gustaba darles de beber algún clarete de baja calidad, o alabar una botella de vino de borgoña que él sabía que estaba picada.

Las pequeñas cosas afectan a las mentes pequeñas. Lord Marney no se levantó de muy buen humor. Esperar en la estación había agravado su melancolía. Durante el viaje en tren habló poco y, aunque más de una vez intentó suscitar algún tipo de polémica, fue incapaz de hacerlo, porque lady Marney, que sentía pavor del aburrimiento que le esperaba en casa y no estaba con el ánimo como para alegrar la presencia del pequeño Poinsett y compensarle por la pérdida del círculo de brillantes amistades de Mowbray, contestaba con amistosos monosílabos; incluso Egremont lo hacía con un tono lacónico, pues no dejaba de meditar sobre Sybil y Gerard y mil cosas más igual de excitantes y dulces.

Todo salió mal aquel día. Ni siquiera el capitán Grouse estaba en la abadía para esperarlos a su llegada, porque jugaba un partido de críquet; Marney contra Marham. Ninguna otra ocupación podía haberle apartado de ello. Así pues, los tres viajeros tuvieron que cenar juntos, profundamente fatigados de sí mismos y de los demás. Nunca se había echado tanto de menos al capitán Grouse. De haber estado, habría entretenido a lord Marney, habría aliviado a su esposa y a su hermano, les habría informado de todo lo que se había dicho o hecho en los alrededores durante su ausencia, y habría cambiado el tono de la atmósfera con una feliz ocurrencia. El hecho de tener que abandonar Mowbray, de demorarse en la estación, de no contar con la presencia de Grouse, la recepción de algunas cartas desagradables, o consideradas tales por un hombre irritado, parecían anunciar un clima de tensión. Lord Marney ordenó que se sirviera la cena en un pequeño salón contiguo al salón en el que lady Marney pasaba la noche cuando estaban solos.

La cena fue silenciosa y sombría. Por suerte, también fue breve. Lord Marney probó varios platos y no se terminó ninguno. Aunque el mayordomo le había dado a escoger la botella, encontró que su clarete no estaba a su gusto. Alabó, en cambio, los vinos de lord Mowbray, y se preguntó dónde los adquiriría, pues todos los vinos de Mowbray estaban bien. Luego, por undécima vez se preguntó qué podría haber inducido a Grouse a fijar la cita del partido de críquet justo el mismo día que él volvía a casa, aunque prefirió no recordar que nunca le había comunicado ni siquiera el día de su probable regreso.

En cuanto a Egremont, tenemos que admitir que tampoco él estaba con un estado de ánimo mucho más elevado que su hermano, aunque él no carecía de motivos suficientes para estar de mal humor. Abandonar Mowbray había supuesto para él algo más que dejar sencillamente un agradable círculo de amistades; habían ocurrido suficientes cosas durante esa visita como para que quisiese hurgar en los lugares más apartados de su corazón la explicación a sus reacciones y las causas de su estado de ánimo. A su llegada de la abadía había encontrado una carta que no había disipado



precisamente estos sentimientos, en cierta forma insanos, que albergaba; se trataba de una carta de su agente donde le urgía a saldar sus gastos electorales, el principal motivo de la visita a su hermano.

Lady Marney dejó la sala de estar. Los hermanos se quedaron solos. Lord Marney se sirvió un vaso de licor hasta el borde, que se bebió de un trago, le pasó bruscamente la botella a su hermano y volvió a decir:

—¡Qué maldito fastidio que no haya venido Grouse!

—Bueno, yo no puedo decir que eche de menos la presencia del capitán Grouse especialmente —replicó su hermano.

Lord Marney miró a Egremont hostilmente y luego observó:

—Grouse es un tipo impecable; no se aburre uno nunca cuando Grouse está aquí.

—Bueno, por lo que a mí respecta —insistió Egremont—, no admiro ese tipo de diversión que depende de los esfuerzos de los gorriones.

—Grouse no es más gorrón que los demás —dijo lord Marney con bastante animosidad.

—Tal vez no —concedió Egremont tranquilamente—; no tengo opinión sobre este tipo de personas.

—Me gustaría saber sobre qué tienes tú opinión; ciertamente no para caer bien a las señoritas jóvenes. Arabella no parece especialmente encantada con el resultado de tu visita a Mowbray, a juzgar por lo que dice lady Joan, la amiga más íntima de Arabella actualmente. Aunque solo hubiera sido por ese motivo, deberías haberle prestado algo más de atención.

—No puedo prestar atención a menos que me sienta atraído —dijo Egremont—. No tengo el talento siempre-en-guardia de tu amigo el capitán Grouse.

—No sé a qué te refieres cuando dices mi amigo el capitán Grouse. El capitán Grouse no es más amigo mío que tuyo. Hay que tener en casa a personas que hagan las mil y una tareas que uno no puede hacer por sí mismo, y que no puedes confiar a los criados; y eso lo hace Grouse perfectamente.

—Exacto. Eso es justamente lo que es, un perfecto gorrón, si quieres, pero gorrón al fin y al cabo.

—Bueno, y si fuese así, ¡qué! Suponte que él es un gorrón, ¿es que yo no puedo tener gorriones como tienen los demás?

—Por supuesto que puedes; pero no seré yo quien lamente su ausencia.

—¿Quién dice que tengas que hacerlo? Pero yo sí que puedo lamentar su ausencia, si así lo deseo. Y lamento la ausencia de Grouse, la lamento mucho. Y, digo yo, que si ha tenido que comprometerse irremediabilmente en ese desafortunado partido, niégamelo si lo deseas, tenía que haber traído a Slimsey a cenar aquí para que me contase lo que había ocurrido.

—Me alegro de que no lo haya hecho —dijo Egremont—; prefiero Grouse a Slimsey.

—Ya lo creo —conjeturó lord Marney mientras se llenaba su vaso con aspecto

irritado—. No me cabe duda de que tú hubieras preferido a uno de esos santos caballeros, como tu amigo el señor St. Lys en Marney, que predica por las cabañas, infunde el descontento entre la gente, me sermonea a mí sobre los bajos salarios al mismo tiempo que me solicita que le done tierras para construir nuevas iglesias; y engatusa a Arabella para que firme a favor de pintar las ventanas.

—Ciertamente desearía ver en Marney a un hombre como Aubrey St. Lys —afirmó Egremont tranquila, pero bastante obstinadamente.

—Y si estuviese aquí, ya velaría yo por que se supiese quién es el anfitrión —replicó lord Marney—. No iba a sucumbir a sus encantos como Mowbray. Preferiría tener a un jesuíta en mi casa.

—Me atrevo a decir que a St. Lys le importaría bien poco ser o no recibido en tu casa —dijo Egremont—. Sé que vino al castillo de Mowbray muy a su pesar.

—Ya lo creo. Muy a su pesar; por supuesto. Y muy a su pesar, no me cabe duda, se sentó junto a lady Maud. Me pregunto cómo no voló más alto y no predicó a lady Joan; aunque ella es demasiado sensible para esas artimañas de fanático.

—St. Lys piensa que su deber es conocer todos los estratos de la sociedad. Por ese motivo va tanto al castillo de Mowbray como a los patios y a los sótanos de la ciudad. Vela para que los que visten con púrpura y tejidos finos conozcan en qué estado se encuentran sus vecinos y así, al menos, no pueden alegar ignorancia en el incumplimiento de sus deberes. Antes de la época de St. Lys, la familia del castillo de Mowbray podía no haber existido, por lo que se refiere a ayudar con sus beneficios a la gente de los alrededores. Sería una buena solución para otros distritos, tal vez no tan empobrecidos y para otras familias tan importantes y conocidas como los Mowbray, si hubiera allí un señor St. Lys en vez de un señor Slimsey.

—Supongo que diciendo eso pretendes cortarme —dijo lord Marney—, pero ojalá la gente gozara de tanto bienestar en otras partes del país como en mis propiedades. Aquí se les pagan sus ocho chelines a la semana, siete seguro que siempre y, actualmente, no hay nadie sin empleo, excepto un grupo de pícaros que prefieren robar la madera y ratear, y que lo seguirían haciendo aunque les duplicaras el salario. Sin embargo, el nivel de los salarios no importa, la seguridad es lo importante. Y todos los hombres de Marney saben que recibirán sus siete chelines a la semana durante al menos nueve meses al año. Y en cuanto a los tres restantes, pueden ir al taller, que es un lugar adecuado para ellos, tiene calefacción y goza de todas las comodidades. Ni siquiera la Abadía de Marney tiene calefacción de aire caliente. Lo pienso a menudo, algunas veces me enfurece pensar en esos lacayos engreídos que se pasan la vida con la espalda arrimada a un gran fuego restallante, pero tengo miedo de coger una fiebre.

—Me pregunto, hablando de fuegos, si no te da más miedo quemar almiarres —dijo Egremont.

—Esa es una mentira infernal —saltó lord Marney violentamente.

—¿El qué? —preguntó Egremont.

—Que haya incendiarios en esta comarca.

—Pero hubo un fuego el día después de que yo llegara.

—No tenía nada que ver con los salarios, fue un accidente. Me ocupé de ello personalmente, y también lo hicieron Grouse y Slimsey, que recorrieron palmo a palmo toda la comarca. Les dije que estaba seguro de que el fuego había sido un mero accidente y que fueran a comprobarlo. Y cuando volvieron estaban de acuerdo en que había sido un mero accidente.

—Ya lo creo que estaban de acuerdo —dijo Egremont—. Pero nadie ha descubierto cómo se produjo el accidente.

—Por mi parte, creo que fue una combustión espontánea —dijo lord Marney.

—Esa es una solución satisfactoria —dijo Egremont—; pero por mi parte, aparte del accidente del fuego, es un hecho dolorosamente obvio que el pueblo de Marney...

—Vaya, señor mío, «el pueblo de Marney» —acotó Su Excelencia con ferocidad.

—... es sin lugar a dudas la comunidad más miserable de todo el condado.

—¿Eso te lo ha dicho el señor St. Lys? —interrumpió lord Marney, verde de rabia.

—No, no el señor St. Lys, sino alguien que conoce mejor que él al pueblo.

—Sabré el nombre de tu informante —dijo lord Marney con energía.

—Mi informante fue una mujer —corrigió Egremont.

—Lady Maud, supongo; la mano derecha del señor St. Lys.

—Mi informante fue una mujer, pero una mujer del pueblo —añadió Egremont.

—Habrà sido la ramera de algún cazador furtivo. No me importa lo que digan las mujeres, ya sean altas o bajas, porque siempre exageran.

—Apenas puede exagerarse la miseria de una familia que vive con siete o incluso ocho chelines a la semana.

—¿Qué sabes tú de eso? ¿Es que has vivido alguna vez en tu vida con siete u ocho chelines a la semana? ¿Qué sabes tú de la gente si pasas tus ratos libres en los clubes de Londres o en las elegantes casas de campo? Supongo que quieres que la gente viva como lo hacen en las cenas del Boodle. Yo digo que una familia puede vivir con siete chelines a la semana, y con ocho chelines. Los pobres están muy bien, al menos los pobres del campo, muy bien, desde luego. Sus salarios son seguros; ese es un gran punto y no tienen ni preocupaciones ni presiones. Siempre les queda el recurso de ir a la beneficencia. La gente que no tiene preocupaciones no necesitan alimentarse igual que los que las tienen. ¡Mira lo mucho que viven! Compara su tasa de mortalidad con la de los distritos fabriles. ¡Claro, están los incendiarios! ¡Si hubiera una verdadera policía rural, no oiríamos hablar de esos incendiarios!

Se hizo el silencio. Lord Marney se bebió otro licor de un trago. Egremont daba sorbos a su vino. Al final, dijo:

—George, con esta discusión casi paso por alto el motivo principal de que me alegre por que hoy estemos solos aquí los dos. Siento fastidiarte, pero yo mismo estoy fastidiado. Al llegar me he encontrado una carta de mi agente donde me exige

liquidar las cuentas de las elecciones.

—¿Cómo es eso? ¡Pensé que estaban ya liquidadas!

—¿Qué quieres decir?

—Creí que mi madre te había dado mil libras.

—Así es, pero hace ya tiempo que gasté ese dinero.

—En mi opinión es dinero bastante para pagar un escaño en el Parlamento en nuestros días. En vez de pagar por ello, debería pagarse a quien ocupara el escaño.

—Puede que tengas razón en lo que dices —dijo Egremont—. Pero es demasiado tarde para pensar así de este asunto. El hecho es que ha habido unos gastos y hay que sufragarlos.

—No lo entiendo —dijo lord Marney—. Hemos pagado mil libras y hay un balance de cuentas sin saldar. ¿Es que ha habido elecciones alguna vez en que las cuentas quedaran saldadas? Recuerdo oír decir a mi padre que cuando él se presentó por este condado, nuestro abuelo pagó más de cien mil libras y, por lo que yo sé, hasta el día de hoy aún quedan algunas de sus cuentas sin saldar. Cada año recibo regularmente cartas anónimas amenazándome con un castigo terrible si no pago ciento cincuenta libras que se deben de un desayuno en el Jolly Tinkers.

—Bromeas, pero creo que este asunto requiere tomárselo en serio. Quiero liquidar esas cuentas cuanto antes.

—Me gustaría saber de dónde voy a sacar los fondos. No tengo. ¡Estoy construyendo una barbaridad de graneros! Y, luego, está esa manía de desecar los terrenos. A mí sí que me secan los bolsillos. ¿Y qué me dices de los millones de tejas de este año? Y de las rentas; ¡los sacrificios que estamos haciendo por mantenerlas, y ahora resulta que son meramente simbólicas! Nunca van a estar satisfechos hasta que se hagan con la tierra. Eso lo tengo claro. Estoy preparado para una reducción de un veinticinco por ciento si consiguen que se aprueben las leyes del grano; no puede ser menos que eso. Mi madre debería tenerlo en cuenta y reducir proporcionalmente su usufructo vitalicio. Pero me atrevo a decir que no lo hará, la gente es tan egoísta... Mira sin ir más lejos esas mil libras que te ha dado y que, de hecho, salen de mi bolsillo.

—Todo esto me lo has dicho antes. ¿Qué significa? He luchado en esa contienda electoral a petición de mi familia, no por mi propio interés. Tú eres el cabeza de familia y se te consultó antes de dar el paso. A menos que yo no hubiese entendido que contaba con tu aprobación, no me habría presentado a las elecciones primarias.

—Estoy sumamente contento de que lo hicieras —celebró lord Marney—. El Parlamento es un gran lugar de reunión para las personas de nuestra clase social. Especialmente en esta época, más incluso que en los viejos tiempos. Yo estaba verdaderamente encantado con tu éxito, y eso humillaba a los whigs en su odio hacia nosotros. Hubo quien pensó que nuestra familia era la única en el mundo que debía tener los distritos Richmond y Malton, pero que tú fueses elegido para el viejo distrito fue realmente un golpe de mano.

—Pues bien —dijo Egremont—, pagar rápidamente nuestros gastos es la forma más eficaz de velar por nuestros intereses, créeme.

—Te quedan seis años, quizá siete —dijo lord Marney—, y antes de eso, espero verte como marido de lady Joan Fitz-Warene.

—No deseo vincular ambas circunstancias —dijo Egremont.

—Son inseparables —dijo lord Marney.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que pienso que este pedante pago de las deudas de la campaña electoral es de todo punto ridículo, y que yo no puedo interferir en él. Dices que los gastos legales están pagados. Si no lo estuvieran, yo me vería comprometido como cabeza de familia a sufragarlos, pero no puedo hacer mucho más. No puedo obligarme a aprobar un gasto que, además de ciertamente innecesario tiene, mucho me temo, un propósito ilegal y bastante inmoral.

—¿Es esa realmente tu decisión?

—Después de haber reflexionado seriamente, y guiado por un sincero interés en tu bienestar.

—Bien, George, siempre lo he sospechado, pero ahora estoy bastante convencido de que eres el hipócrita más grande que ha existido jamás.

—El insulto no es un argumento, señor Egremont.

—No eres digno de insulto, porque no eres digno de otro sentimiento que el que ahora mismo me embarga —y Egremont se levantó de la mesa.

—Puedes atribuirlo a tu propia obstinación y engaño —dijo lord Marney—. Yo te he traído al castillo de Mowbray, y has tenido en tus manos las cartas para jugarlas a tu cuenta y riesgo.

—Es la segunda vez que me pones la zancadilla con este tema, lord Marney —dijo Egremont con los ojos brillantes y las mejillas pálidas de rabia.

—Mejor no repitas eso de nuevo —dijo lord Marney en tono de amenaza.

—¿Por qué no? —preguntó Egremont furiosamente.

—Porque soy su hermano mayor, señor, y su relación conmigo es su único título para presentarse en sociedad.

—Maldigo la sociedad que ha inventado semejantes títulos —exclamó Egremont con un tono de voz elevado—. Son títulos fundados en el egoísmo, la crueldad y la mentira, y que no conducen sino a la desmoralización, la miseria y el crimen.

—Son títulos que le haré respetar, al menos en esta casa, señor —dijo lord Marney levantándose de un salto de la silla.

—No me toques —exclamó Egremont— u olvidaré que eres hijo de mi madre y te dejaré seco. Has sido el azote de mi vida; primero me robaste a mi novia, y ahora quieres robarme el honor.

—¡Mentiroso y villano! —gritó lord Marney saltando hacia él.

Pero en ese momento irrumpió su mujer en la sala y le agarró:

—¡Por amor de Dios! —exclamó—. ¿Qué es todo esto?, George, Charles,

¡querido George!

—Déjame, Arabella. Déjame que le...

Pero lady Marney dio un grito desgarrador, y apartó con los brazos separados a los dos hermanos. El grito traspasó la puerta de servicio. Como no había nada en el mundo que lord Marney temiese tanto como que sus criados presenciaran una pelea doméstica, salió disparado hacia la puerta para impedirles cruzarla. Entreabriéndola, dijo que lady Marney no se sentía bien y que deseaba que viniese su doncella. Al volver, ¡se encontró a Arabella sin sentido en el suelo, y a Egremont desmayado!

## Capítulo 3

Era una mañana húmeda. La lluvia, que no había cesado de caer desde la madrugada, empujada por la fuerza racheada del viento del suroeste, azotaba a un grupo de mujeres y niñas que se habían congregado ante la puerta de una tienda aún abierta. Algunas se protegían con paraguas; otras buscaban refugio detrás de una hilera de viejos olmos que crecían a lo largo del canal situado enfrente de la casa. A pesar del mal tiempo, no dejaba de charlar.

—Me ha parecido ver los postigos de las puertas del corral abiertos —dijo una mujer.

—También a mí —dijo su vecina—. Pero se han cerrado enseguida.

—Era el maestro Joseph —dijo una tercera—. Le gusta ver cómo nos empapamos hasta el tuétano.

—Si al menos nos dejara entrar al corral para buscar refugio debajo de uno de los cobertizos del taller, como hacen en la casa de Simon —dijo otra.

—He estado aquí desde las cuatro y media, señora Grigsby, todo el tiempo con este crío en brazos. Tengo que caminar cinco kilómetros para llegar hasta aquí y otros tantos de vuelta. Y, a menos que consiga el primer turno, ¿quién va a tenerles preparada la cena a mis pobres muchachos cuando regresen de la mina?

—Tiene razón, señora Page. Y por eso mismo, el jueves pasado vine a las once y media, desde luego antes de las doce del mediodía y, para cuando llegué a casa, sin detenerme por el camino más que para llamar a mi suegra, ya eran más de las ocho de la noche. ¡Ah, es una crueldad venir a los economatos!

—¿Cómo está, vecina Prance? —dijo una dama bien vestida con una gran cesta blanca—. ¿Y cómo está su marido? Dicen que Belfy ha cambiado de dependientes. He oído que hay un nuevo empleado en el campo del señor Parker, pero que el anterior sigue. Siempre he pensado que era su favorito y que daba unas raciones generosas. ¿Sabe que hay tocino en la ciudad? Me han dicho que vale seis peniques y que está curado artesanalmente. Me pregunto si Diggs tendrá todavía la cara de seguirlo vendiendo a nueve peniques, ¡y del rancio! Mire, por ahí viene la señorita Toddles, ¡qué bien va vestida! ¿Qué haces por aquí, jovencita? Tú eres muy joven para venir a comprar a los economatos. Ah, ya veo, vienes a coger sitio en la cola para tu madre, ¿no?, ¡buena chica! Haría bien en venir pronto, porque creo que la huelga empieza a las ocho. Diggs lo está poniendo en un pasquín amarillo muy terrible. ¿Qué te piensas? ¡Ah, van a abrir las puertas! No, era una falsa alarma.

—¿Cómo te va, vecina? —dijo a la señora bien vestida una mujer joven y pálida que llevaba un niño—. Esto está hasta el tope de gente. Las mujeres van a pelearse y a despedazarse para entrar; estoy asustada.

—Ya sabes, «la primera que llega, la primera que despachan», ¡así es en todas partes! —sentenció la señora—. Hay que poner buena voluntad y, luego, atarse los machos. Calculo que no hay menos de doscientas personas aquí. Ya sabes cómo es el

gran día del economato. Y, por mi parte, no me importa tanto un buen achuchón en medio de tanta gente conocida.

—El queso de seis peniques aquí no está mal —dijo una anciana decrepita a su compañera—, pero en la ciudad lo puedes encontrar a cuatro peniques.

—De lo que yo me quejo es del peso —replicó su compañera—. El último día de economato pesé en casa la libra de mantequilla, y me habían pesado más de lo que era. ¿Puedes creerlo? He comprado en todas las tiendas de los alrededores, pero nunca había visto un economato tan malo como este. Tengo dos hijos en casa enfermos por la harina de trigo, y yo misma he estado a punto de caer enferma. Y es que se puede una acostumar a un poco de arcilla blanca de relleno, pero cuando se pasan, es muy serio.

—¿Trabajan sus hijas en la mina?

—No, intentamos mantenerlas fuera, y mi marido se ha quedado montones de días a pan y agua por ese motivo. Si no tuviéramos que tragar tanta comida de economato, nos las podríamos arreglar, pero el economato puede con todo. La salud es lo primero y, después, la honradez.

—Yo, por mi parte —prosiguió la anciana decrepita—, me quejo de la carne. Los mejores trozos van para los tenderos destajistas, y las piezas con hueso son las que se cortan para las mujeres de los mineros.

—Señora, ¿cuándo van a abrir? —preguntó un niño con la cara muy pálida— Llevo aquí toda la mañana y no he comido nada aún.

—¿Y qué quieres, pequeño?

—Quiero una barra de pan para mi madre, pero no creo que pueda volver a casa; me siento un poco mareado.

—Liza Gray —dijo una mujer de ojos negros, nariz roja y voz chillona acercándose precipitadamente hacia una mujer bastante desaliñada con un sombrero de paja con un lazo sucio, y un niño en brazos—; ya sabes a quién vengo buscando.

—Es usted, señora Mullins, ¿qué tal está? —replicó ella con un tono lisonjero.

—Ah, sí, ¿cómo está usted? ¿Cómo va a estar nadie en estos tiempos tan malos?

—Sí que son duros, señora Mullins. ¡Si pudiera ver mi libro de cuentas del economato! ¡Cómo me gustaría saber de cuentas! El bribón ese de Joe Diggs se puso a hacérmelas el jueves por la noche. Me dio un sablazo por aquí y otro por allí hasta que me la metió doblada. Estoy segura de que no me enteré de nada. Y a mi marido se le ha acabado la paciencia; dice que llevo la casa peor que un emigrante.

—Mi marido quiere ver al tuyo desde hace días —dijo la señora Mullins con los ojos brillantes—, y ya sabes para qué.

—Como es natural —dijo Liza Gray—. Pero, señora Mullins, ¿cómo vamos a pagarle el dinero que le debemos con un libro de cuentas como este, buena vecina?

—Nosotros somos tan pobres como ustedes, señora Gray. Y si no nos pagan, tendremos que pedir prestado. Es una pena tener que ir a la casa de empeño porque una amiga no te devuelve el dinero que una le ha prestado. Usted lo necesitaba antes,



y ahora lo necesitamos nosotros. Y ya creo que lo tendré, Liza Gray.

—¡Calle, calle! —dijo Liza Gray—. No despierte a la pequeña; se asusta por nada.

—Los cinco chelines los voy a recuperar de una forma o de otra —dijo la señora Mullins visiblemente irritada.

—Calle, calle, vecina. Ya le digo que se los voy a pagar, pero denos un poco más de tiempo. Este es el día del economato, y arreglamos cuentas por cinco semanas; pero puede que a mi marido le entren cinco chelines pasado mañana y le pueda dar la mitad.

—¿Y la otra mitad? —preguntó la señora Mullins.

—¡Ah, la otra mitad! —dijo Liza Gray, con un suspiro—. Entonces, tendremos un muerto pronto en la familia, porque este pequeño ya no aguanta mucho más. Le hemos inscrito en tres montepíos funerarios. Si muere, recibiremos tres libras de cada uno y, tras pagar los gastos del funeral, tendremos suficiente para saldar nuestras deudas y cuadrar las cuentas.

Las puertas del economato del señor Digg se abrieron. La gente entró en tropel, como cuando termina una obra de teatro y todo el mundo se apresura a salir del patio de butacas precipitadamente, abriéndose paso a empujones, luchando y gritando. En una butaca situada en alto, protegido por una reja del contacto con el exterior, estaba sentado el señor Diggs, padre, con una sonrisa blanda en su semblante immaculado, con un lápiz en la oreja, y recomendando paciencia y orden en un tono melifluido a sus apretados clientes. Detrás del mostrador de la caja, que era una fortaleza inexpugnable, estaba su conocido hijo, maestro Joseph, un hombre de baja estatura, vil y repulsivo, y con los rasgos de un déspota chabacano y un perverso malhechor grabados en la cara. Tenía el pelo negro, lacio y grasiento, la nariz respingona, y una cara vulgar con colmillos salientes que contrastaba con el semblante amable y alargado de su padre, que se parecía bastante a un lobo con piel de cordero.

Durante los primeros cinco minutos, maestro Joseph Diggs no hizo otra cosa que blasfemar y maldecir a sus clientes. De vez en cuando se apoyaba sobre el mostrador y abofeteaba a las mujeres que estaban en primera fila o le daba tirones del pelo a alguna chica.

—Yo estaba la primera, maestro Joseph —dijo una mujer ávidamente.

—No, era yo —replicó otra.

—Yo estaba aquí —replicó la primera— cuando sonaron las cuatro en el reloj, y me quedé sentada en los escalones. Tengo que estar en casa temprano. Mi marido se ha hecho daño en la rodilla.

—¡Si has sido la primera, se te atenderá la última —dijo maestro Joseph— para recompensarte por tus esfuerzos! —y empezó a atender a la otra mujer.

—¡Oh Dios mío, ten piedad de mí! —dijo la decepcionada mujer—. ¡Y que me haya levantado en mitad de la noche para esto!

—¡Porque eres estúpida! Y tampoco sé muy bien para qué has venido —añadió

maestro Joseph—, porque tienes una cuenta bastante larga que pagar, eso te lo aseguro.

—Juro solemnemente... —empezó a decir la mujer.

—No me armes camorra aquí —dijo maestro Joseph— o salto el mostrador y te doy una paliza como no las has visto. ¿Qué has dicho, mujer? ¿Estás sorda? ¿Qué has dicho? ¿Cuánto té quieres?

—No quiero nada, señor.

—Nunca quieres de este té de la mejor calidad, debes llevarte tres onzas de té o no te llevarás nada. Si dices una palabra más te pongo cuatro. Tú, esa chica alta de ahí, ¿cómo te llamas? Quédate ahí atrás, o te vas a ganar una tajada que te vas a quedar en casa hasta el próximo arreglo de cuentas. Maldito vejestorio, ¿crees que me vas a hacer esperar todo el día mientras te quedas ahí murmurando? ¿Quién empuja desde ahí atrás? La estoy viendo, señora Page. ¡A ver si le pongo una marca negra! ¡Ah! Es la señora Prance, ¿verdad? Padre, apunte a la señora Flour que se lleva un saco de harina. Por aquí tengo otro pedido. ¿Así que cree que la última panceta que se llevó tenía demasiada grasa? ¿En serio, señora? Procuraré que quede satisfecha en el futuro. Me gusta satisfacer a mis clientes. Hay una buena lonja de tocino colgando en la sala de máquinas. Los hombres querían algo de tocino rancio para lubricar la maquinaria. Puedo darle una loncha de eso por, digamos, diez peniques la libra, muy curado, y muy enjuto ¿qué le parece?

»Pidan por ahí, pidan; malditas mujeres, pidan o se van a enterar. Que si salto este mostrador, voy a repartir a derecha y a izquierda. ¡Hablen, idiotas! ¿Creen que puedo oírlas gritando en esta Babel? ¡Que os lleve el diablo! Voy a hacerlas callar —y diciendo esto, tomó una vara de medir y, apoyándose sobre el contador, la blandió a derecha y a izquierda.

—Ah, ¡monstruo! —exclamó una mujer— ¡le has pegado en el ojo a mi niña!

Hubo un murmullo; casi un rugido.

—¿De quién es el crío herido? —preguntó maestro Joseph en un tono más amable.

—Mío, señor —dijo una voz indignada—. Mary Church.

—¡Oh, conque Mary Church! —exclamó el malvado vástago—. Bueno, pues voy a apuntar media libra del mejor arrurruz, que es el mejor remedio del mundo para los crios, y así aprenderéis a traer aquí a vuestros malditos monos, como si nuestra tienda fuese un jardín de infancia.

»¿Dónde está tu libro, Susan Travers? ¡Te lo has dejado en casa! Pues, ya puedes ir a buscarlo. Si no hay libro de cuentas, no hay comida. Tú eres la mujer de Jone, ¿verdad? Tienes un bono de tres chelines y sesenta peniques a deducir de tu salario de dieciocho chelines. ¿Es el único que has traído? Aquí está tu dinero; y puedes decirle a tu marido que no necesita quitarse la chaqueta para bajar a nuestro pozo. ¡Igual piensa que somos unos malditos idiotas! Dile que espero que consiga mucho dinero para viajar a Gales, porque aquí en Inglaterra no volverá a encontrar trabajo, como

que me llamo Diggs. ¡Quién está empujando por ahí? Os vais a enterar. Voy a cerrar la tienda y, como agarre a alguna de vosotras, malditas, os vais a acordar para siempre. Si alguien me dice quién está empujando por ahí atrás, le doy el tocino por siete peniques. ¿Es que nadie quiere el tocino a siete peniques? Os habéis asociado, ¿eh? Entonces el precio del tocino para vosotras ha subido a diez. Aquí vamos a jugar todos. Volved a empujar y os vais a enterar —dijo el pequeño tirano enfurecido.

Pero la multitud, impaciente y molesta por los acontecimientos, no cesaba de moverse de un lado para otro y no era fácil poner orden ni serenar las convulsiones del tropel de gente. La tienda entera estaba conmocionada. Maestro Joseph Diggs perdió la paciencia, se puso encima del mostrador y, entre los gritos de las mujeres, saltó sobre la gente. Dos mujeres se desmayaron; otras clamaron por sus sombreros; otras gimieron por sus mandiles. Pero nada detuvo a Diggs, que daba patadas y bofetadas y maldecía por todas partes. Al final, hubo un alarido general de horror, y alguien gritó «han matado al chico».

El abuelo Diggs, que desde su posición privilegiada había contemplado la escena con una inmovible complacencia y que, de hecho, extraía de estas nada insólitas exhibiciones la misma agradable excitación que un emperador romano habría experimentado ante los combates del circo, empezó a pensar que las cosas estaban poniéndose feas, y se levantó para aconsejar orden e imponer algunas medidas amistosas. Hasta maestro Joseph se apaciguó con aquella voz templada que podría haber sido del propio Augusto. Parecía ser verdad que había muerto un niño. Era el chaval al que su madre había enviado a por una barra de pan, el que se había quejado antes de que abriera la tienda de las pocas fuerzas que tenía. Durante la refriega se había caído al suelo y, al parecer, para utilizar la frase de la dama elegante que había intentado rescatarle, «se había asfixiado».

Lo sacaron de la tienda. No tenía pulso y estaba empapado de sudor. No tenía ninguna amiga allí.

—Me quedaré junto al cuerpo —dijo la dama elegante— aunque pierda mi turno.

En ese momento, Stephen Morley, pues el lector habrá, sin duda, averiguado que el extranjero que conversaba con los mineros era el amigo de Walter Gerard, llegó al economato, que se encontraba a mitad de camino entre la casa donde había pasado la noche y Wodgate. Se detuvo, preguntó y, tras examinar al pobre chico, siendo él un hombre de ciencia y con algunos conocimientos, decidió que aún estaba con vida. Se llevó al viejo Diggs aparte y le dijo:

—Soy editor del Mowbray Phalanx. No voy a hablar con usted delante de esta gente, pero le digo que usted y su hijo son claramente para mí opresores del pueblo. No sé si me corresponderá a mí informar de esta muerte y escribir un artículo. Confío en que no, porque aún tenemos tiempo y esperanza.

—¿Qué podemos hacer, señor —preguntó alarmado el señor Diggs—, para ayudar a esta criatura en este estado?

—Calle y actúe —dijo Morley—. No hay tiempo que perder. Vamos a llevar al

chico arriba y acostarlo en una cama caliente, en una de sus mejores habitaciones, con todas las comodidades. Tengo que resolver unos asuntos, pero esperaré y le cuidaré mientras pasa lo peor. Venga, vaya usted delante y yo lo cogeré en brazos, y lo llevaré al piso de arriba a través de su oficina. Cada minuto es precioso —y diciendo esto, Morley y el viejo Diggs entraron en la casa.

## Capítulo 4

Wodgate, o Wogate, como lo denominaba el mapa, era un distrito que en la antigüedad se había consagrado al dios sajón Woden y que, a lo largo de épocas sucesivas, parecía estar destinado a conservar su carácter pagano. Al principio de la guerra revolucionaria, Wodgate era una zona de casuchas para los trabajadores de la gran región minera colindante y en él se establecieron los primeros aventureros de la industria que empezaba a desarrollarse rápidamente. Pues, aunque las grandes vetas de carbón y mineral de hierro afloraban, como dicen, antes de llegar a esta tierra despoblada y yerma, y, por tanto, aquí se carecía de las fuentes de minerales y metales que habían enriquecido a las poblaciones vecinas, Wodgate tenía sus propias ventajas que hacían volar la imaginación de los anarquistas. Era una tierra sin propietario; nadie reclamaba su derecho de señorío sobre ella y se podía construir sin pagar renta. Además, puesto que era un distrito que ningún arzobispado reconocía como suyo, no existían ni los diezmos ni los entrometidos que supervisarán a nadie. Poseía reservas abundantes de gas que no costaban nada porque, aunque no valía la pena explotarlo para la minería, la superficie del suelo de Wodgate se parecía a la de las tierras de los alrededores. Así pues, fue congregándose una población que creció rápidamente en torno al lugar más feo de Inglaterra, un paisaje al que ni la naturaleza ni el arte habían contribuido ni con un adarme de encanto; donde no se veía un árbol, no se conocía una flor; donde no existía ni una torre ni un campanario, ni un solo sonido o imagen en que pudiera reposar el corazón o se humanizara el pensamiento.

Sea cual sea la causa, ya fuera porque las primeras barriadas trajeron consigo algunos de los trabajos tradicionales, algo no improbable, o porque su existencia aislada y desafortunada los hizo concentrar sus energías en la artesanía, lo que es cierto es que los habitantes de Wodgate pronto se ganaron una reputación de trabajadores expertos. Su fama creció tanto y llegó tan lejos que durante más de un cuarto de siglo, tanto por su destreza como por los precios de su trabajo, no han tenido rival en todo el país. Como fabricantes de quincallería se llevan la palma de todo el distrito; como fundidores de metal y trabajadores del hierro, no los aventaja nadie; y como fabricantes de clavos y cerrajeros, su fama ha llegado incluso hasta los mercados europeos, donde algunos de sus trabajadores más cualificados han sido invitados con frecuencia.

¡Pero han sido invitados en vano! Porque no hay salario que pueda sacar al trabajador de Wodgate de su tierra natal, ese arrabal de casuchas que enseguida adoptó la forma de un pueblo grande y, llegado el momento, creció aún más hasta convertirse en una ciudad; y una ciudad cuyos habitantes, que en la actualidad se cuentan por cientos de miles, se alojan en las viviendas más miserables del burgo más odioso del país más feo del mundo.

Es una región que conserva, sin embargo, su magia. A pesar de que se ha hecho próspera, no ha perdido ninguna de las características de su sociedad originaria, sino

que, por el contrario, las ha preservado celosamente. En Wodgate no existen los señores ni los amos acéfalos, los patrones ni los destajistas. No se ha levantado aún el pináculo de ninguna iglesia y, como si el celoso espíritu de Woden aún vagara por su antiguo templo, apenas hay algún que otro conventucho que se atreve a asomar su fachada en alguna esquina. No hay municipalidad, ni magistrados ni actos locales ni capillas anexas ni escuelas de ningún tipo. Las calles no están nunca limpias, cada hombre alumbra su propia casa y nadie se cuida de nada excepto de sus negocios.

Pero hay más. En Wodgate no se conoce fábrica o establecimiento alguno. Aquí el trabajo es el monarca supremo. Aquí la división del trabajo se realiza en función de las costumbres, pero se frena la interferencia o la influencia del mero capital. El negocio de Wodgate lo llevan a cabo trabajadores experimentados en sus propias casas. Cada uno posee un número ilimitado de lo que ellos llaman aprendices, sobre los que recae el peso principal del trabajo y a los que tratan como los mamelucos trataban a los egipcios.

Estos trabajadores forman una aristocracia tan poderosa que no es posible concebir una aparentemente más despótica. Son tiranos despiadados que infligen castigos más duros a sus súbditos que los que tuvieron que padecer los esclavos de nuestras colonias. No contentos con darles palizas o con fustigarlos con cuerdas de nudos, acostumbran también a derribarlos con martillos o a abrirles la cabeza con un limatón o una cerradura. Sin embargo, el castigo más habitual o, más bien, el estímulo para incrementar su productividad es tirar a un aprendiz de las orejas hasta desgarrárselas. Estos jóvenes trabajan dieciséis o, incluso, veinte horas al día; a menudo un maestro se los vende a otro; se alimentan de carroña y duermen en sótanos o buhardillas. Sin embargo, ya sea porque están embrutecidos y no son realmente conscientes de la degradación y los sufrimientos a los que están expuestos, ya sea porque los mantiene la creencia de que el día en que les tocará a ellos ser maestros u opresores llegará pronto, la aristocracia de Wodgate no es ni mucho menos tan impopular como la aristocracia de la mayoría de los demás lugares.

En primer lugar, es una aristocracia real que posee privilegios, pero que hace algo por ganárselos. Se distingue del cuerpo principal de la sociedad no solamente por el nombre, sino porque es la clase que posee la mayor parte de los conocimientos de Wodgate. De alguna manera, posee un conocimiento completo e imparte a su modo una buena parte de él al resto de la población a la que guía. Así pues, hay una aristocracia dirigente y eso es un hecho. Además, el sistema social de Wodgate no es un procedimiento invariable de trabajo sin descanso. Su plan es trabajar duro, pero no siempre. Pocas veces sobrepasan los cuatro días de trabajo a la semana. Los domingos, los maestros comienzan a beber, y para los aprendices hay luchas de perros sin límite de riesgo; los lunes y los martes toda la población de Wodgate, sea cual sea su procedencia, edad y sexo, se emborracha. Hasta a los niños, que deberían estar mamando, se les da una pizca del jarabe de Godfrey. Aquí hay descanso y entretenimiento. Si hay menos vicios de los que podría pensarse a primera vista, hay

que recordar que los excesos están limitados por la debilidad de la sangre y el agotamiento constante. La comida escasa y el trabajo duro son, a su manera, si no exactamente una política moralizante, sí tolerablemente buena.

No hay nadie más en Wodgate que predique o controle. No es que el pueblo sea inmoral, ya que la inmoralidad implica una premeditación o una ignorancia, y esta es relativa, sino que son animales inconscientes; sus mentes están en blanco y sus peores acciones son solo el impulso de un instinto obscuro y salvaje. Hay muchas personas de esta ciudad que desconocen sus propios nombres y muy pocos que puedan deletrearlos. Es raro encontrarse a una persona joven que sepa la edad que tiene y aún más raro encontrar al muchacho que ha visto un libro o a la muchacha que ha visto una flor. Si alguien les pregunta el nombre de su soberano, se le quedarán mirando sin entender; si les preguntara el nombre de su religión, se echarían a reír; quién gobierna en la tierra o quién puede salvarlos en el cielo son misterios iguales para ellos.

Así era la gente con la que iba a mezclarse Morley. Wodgate tenía el aspecto de un enorme suburbio sórdido. A medida que uno se adentra en él y va dejando atrás las largas filas de viviendas cochambrosas, de niños tumbados en la calle, se espera algún tipo de correspondencia en el tamaño o en las comodidades con el gentío considerable que abarrotaba la calle, inmersa en sus ocupaciones. Nada de eso. No había edificios públicos de ningún tipo, ni iglesias, capillas, ayuntamiento, institutos o teatros; y las calles principales de la ciudad en el que estaban emplazadas las toscas y mugrientas tiendas, pese a estar formadas por casas de mayor altura que las anteriores, eran igualmente estrechas y, si me apuran, más sucias. Cada cuatro o cinco bloques, en callejones de apenas un metro de ancho y llenos de inmundicias que daban a la calle se agolpaban viviendas de varios tamaños. También del patio principal solían derivarse una serie de pequeños callejones o pasajes estrechísimos tan cerrados, oscuros y sórdidos que es difícil imaginar algo igual. Durante los días laborables aquí nunca cesaba el ruido del martillo y del limatón, entre los desagües de excrementos, las inmundicias amontonadas y los residuos estancados de mugre; eran fuente de lepra y plagas, cuyas emanaciones eran suficientes para contaminar la atmósfera de todo el reino y llenar el país de fiebres y pestilencias.

Un muchacho joven, flaco y harapiento, raquítico y ennegrecido por el humo, se había sentado en el umbral de un mísero cobertizo a trabajar con la lima. Detrás de él había una muchacha delgada y deforme, con la espalda como un saltamontes, atrofiada por el desplazamiento de la escápula, que es una deformidad común entre las muchachas de Wodgate debido a la postura retorcida que se veían obligadas a adoptar para trabajar con su herramienta habitual. Su rostro melancólico y alargado, y la mirada perdida que dirigió a Morley mientras este pasaba atrajeron su atención. Puesto que la ocasión se presentaba conveniente, aprovechó la oportunidad para preguntar algo acerca del individuo que buscaba. Se detuvo y se dirigió al trabajador:

—¿Amigo, no sabrá usted por casualidad dónde para una persona que atiende al nombre de Hatton?

—¡Hatton! —dijo el joven mirándole con una amplia sonrisa, pero sin dejar de trabajar—, ¡creo que sí!

—Qué bien; soy afortunado; ¿puede decirme algo sobre él?

—¿Ve esto de aquí? —dijo el joven aún sonriente, dejando el limatón de su deformada y nudosa mano y señalando una cicatriz profunda que cruzaba su frente—. ¡Él me lo hizo!

—¿Un accidente?

—Algo parecido. Un accidente que ocurría con frecuencia. Me gustaría haber recibido una corona por cada vez que me ha abierto la cabeza. En una ocasión me la abrió con una llave, y en dos con una cerradura; dos veces me golpeó con la esquina de la cerradura en la cabeza; una con la falleba y otra con el trinquete, y ya sabe qué es eso, la pieza que entra en la armella. Otra vez me golpeó en la cabeza con un martillo, ¡con eso sí que me dejó seco!, caí redondo. Cuando recobré el sentido, el maestro me había parado la sangre con algo del fieltro de su sombrero. Tuve que seguir trabajando de inmediato. El maestro me dijo que debía terminar mi trabajo hasta las doce de la noche. Son muchas las varas de fresno que me ha roto en las costillas, algunas veces los verdugones me duraban una semana. Una vez me cortó el párpado con una vara de castaño, me hizo un corte en el ojo del que salió tanta sangre que manché los limatones con los que estaba trabajando. Algunas veces me ha tirado tanto de las orejas que parecía que me las iba a arrancar y a quedárselas en la mano. Pero todo eso no fue nada comparado con este corte. Esto sí que fue grave, y si no salgo de aquella dicen que hay una investigación, aunque yo creo que eso son patrañas, porque también lo dijeron cuando lo del viejo Tugsford con uno de sus aprendices y nunca se encontró el cuerpo que yo sepa. ¿Así que me pregunta si conozco a Hatton? ¡Ya lo creo que sí! —Y el joven flaco y harapiento se echó a reír alegremente, como si hubiera estado hablando de sus aventuras más felices.

—Pero ¿es que no hay compensación para una opresión tan despiadada? —dijo Morley, que había estado escuchando asombrado este relato complaciente—, ¿es que no hay un juez ante el que poder denunciar esto?

—No, no —añadió el limador con obvio orgullo—, no tenemos magistrados en Wodgate, pero tenemos un alguacil. Una vez que un maestro dio una paliza a su aprendiz con el palo de una silla, este fue a Ramborough, obtuvo una orden de detención, hizo la demanda él mismo y se la dio al alguacil, pero no sirvió de nada. Para eso sirve un alguacil aquí.

—Me pesa —dijo Morley— tener asuntos que resolver con un hombre tan despreciable como este Hatton.

—Ya verá que es un gran tragón —dijo el limador—. Si es que no empina el codo, porque entonces se pone alborotado, pero usted engañele y trátele de maestro, y ya verá cómo irá más lejos y mejor con él.

—¡Qué dices! ¡A ese monstruo!

—Que Dios le bendiga. Encárguele una cerradura y ya verá cómo no le roban



nunca. También era generoso con los alimentos. Mientras estuve con él nunca le vi comer carne de caballo; y no hay otra cosa en Tugsford. Nunca comió de ninguna vaca enferma, salvo cuando la carne era muy tierna. Y solía arrimar la cara a las terneras recién paridas, porque decía que le gustaba que sus muchachos comieran carne que nacía viva y moría viva. Por ese motivo nunca se vendió ninguna oveja que hubiese sido golpeada. Y, luego, algunas veces, si el pescado llevaba cuatro o cinco días en el mostrador y no se había vendido, nos invitaba. Al diablo lo que es suyo, como digo yo. Nunca faltaba de nada cuando comíamos con el obispo, excepto tiempo para cebarse.

—¿Y por qué le llamas obispo?

—Ese es su nombre y su cargo, porque él es el gobernador de todos nosotros. Y siempre ha resultado que en Wodgate gobierna un obispo, porque como no tenemos iglesia, tenemos algo que hace las veces. Y por ese motivo él me casó con esta señorita. Ella es de la religión baptista y quería que nos uniese su párroco, pero a todos los chavales que trabajaron conmigo los había casado el obispo y a muchos más, y no veía razón para hacer otra cosa. Así que él me echó un poco de sal en una parrilla, leyó «el Padrenuestro» al revés, y escribió nuestro nombre en un libro y fuimos unidos en matrimonio. Pero no lo he hecho mal del todo, ¿verdad? Suky y yo nos hemos hecho compañía desde hace dos años, y no hay una chica en todo Wodgate que maneje la lima como mi Sue.

—¿Y cómo te llamas, mi buen amigo?

—Me llaman Tummas, pero no tengo apellido. Ahora que estoy casado voy a tomar el de mi mujer; ella ha sido bautizada, así que tiene dos.

—Sí, señor —dijo la chica con la cara vacía y la espalda como un saltamontes—. Yo soy cristiana y mi madre lo era antes que yo, y eso es algo que no pueden decir muchas chicas aquí en el patio del infierno. Thomas lo va a adoptar cuando afloje el trabajo, y él ya cree en nuestro Señor y Salvador Poncio Pilato que fue crucificado para salvarnos de nuestros pecados; y en Moisés, Goliat y el resto de los apóstoles.

—¡Ah, Dios mío! —pensó Morley—. ¿No podrían reservar uno de esos misioneros que envían a Tahití para evangelizar a sus propios paisanos de Wodgate?

## Capítulo 5

El crepúsculo de verano se había ido desvaneciendo gradualmente para dar paso a una encantadora noche. La luna joven, siempre cortejada por las estrellas, brillaba como una hoz en la bóveda cárdena del cielo. De toda esa multitud luminosa de astros el único visible era Héspero; y una brisa que traía el último abrazo de las flores al sol soplaba lánguida y caprichosamente acariciando la tierra quieta y perfumada.

La luz de la luna se derramaba sobre el tejado y el jardín de Gerard. Su resplandor inundaba toda la cabaña, excepto el emparrado del porche donde la profunda oscuridad le negaba la entrada. Los alrededores de la casa estaban cubiertos de macizos de flores y de hierbas bien dispuestos y resplandecientes, de forma que podía rastrearse hasta la más pequeño huella o distinguirse casi todas las hojas. De vez en cuando, soplaba el viento, y los guisantes de olor susurraban desde su sueño o las rosas temblaban como si tuvieran miedo de ser despertadas de su placentera siesta. Un poco más lejos, los árboles frutales recogían el esplendor de la noche como un grupo de sultanas enjoyadas que tomaran el aire en el jardín, cuando ya no puede profanarlas la mirada de ningún hombre. Había manzanas que rivalizaban con los rubíes, peras del color del topacio, un ramillete de ciruelas, algunas moradas como la amatista, otras azules y brillantes como el zafiro; aquí una esmeralda, y más allá una gota de oro que refulgía como el diamante amarillo de Gengis Khan.

¿Y dentro de la casa, el momento era menos grato? Una única lámpara proyectaba sobre la estancia una luz suave pero suficiente. La biblioteca de Stephen Morley se había trasladado ya, pero los libros no habían desaparecido en su totalidad, porque los estantes distaban de estar vacíos. Había devocionarios, algunos libros de historia de la Iglesia, uno o dos sobre arte eclesiástico, varias obras de nuestros últimos dramaturgos, algunas reimpresiones de nuestras crónicas, y muchos pergaminos de música litúrgica, que formaban incluso una notable colección. Sin embargo, no había un solo instrumento musical, y el único cambio en el mobiliario desde que visitamos la habitación de Gerard era la presencia de una silla de respaldo alto de estilo antiguo, preciosamente labrada, y un retrato de una santa encima de la repisa de la chimenea. En cuanto a Gerard, estaba sentado con la cabeza apoyada sobre su brazo, y este extendido encima de la mesa, mientras escuchaba con gran interés la lectura de un libro en voz de su hija, a cuyos pies se había tumbado el fiero y leal mastín.

—Así que ya ves, padre mío —dijo Sybil con entusiasmo, poniendo el libro sobre la mesa sin acabar de soltarlo—, ni siquiera entonces estaba todo perdido. El obstinado conde se replegó más allá de la línea del río Trento, y pasarían años y reinados antes de que en esta parte de la isla se aceptaran sus leyes y costumbres.

—Ya veo —dijo su padre— y, sin embargo, no puedo evitar desear que *Harold*... —y aquí el mastín, al escuchar su nombre, se puso en pie de repente y miró a Gerard, quien le sonrió y le dio unas palmadas en el lomo diciendo—: que no estábamos hablando de ti, noble señor, sino de tu excelso homónimo; aunque olvídale, un perro

vivo bien vale un rey muerto.

—¡Ah! ¡Por qué no tendremos ahora un hombre —exclamó Sybil— que proteja a la gente! Si yo fuese príncipe, ninguna misión me parecería tan digna.

—Pero Stephen dice que no —replicó Gerard—; dice que estos grandes hombres no nos han usado más que como herramientas; y que la gente no tendrá nunca sus derechos hasta que los líderes competentes surjan de sus propias filas.

—Pero entonces Stephen no quiere recordar el pasado —adujo Sybil con un suspiro—; él desea crear el futuro.

—El pasado es un sueño —contestó Gerard.

—¿Y cuál es el futuro? —preguntó Sybil.

—¡Ay de mí! No lo sé; pero a menudo deseo que se declarase de nuevo la batalla de Hastings para que yo pudiera echar allí una mano.

—¡Ah, padre mío! —dijo Sybil con una sonrisa triste—. Otra vez a la carga con tu remedio fatal de aplicar la fuerza física. Incluso Stephen, con todas sus extrañas fantasías, está contra la fuerza física.

—Eso es cierto —dijo Gerard sonriendo de buena gana—; cuando volvía a casa hace unos días, y me paré durante un rato en el puente y por casualidad me vi reflejado en la corriente, no podía esperar imaginarme que el Hacedor hubiese forjado estos músculos para sostener una lanza o estirar un arco en vez de para supervisar una lanzadera o un huso.

—Y, no obstante, con una lanzadera y un huso podemos redimir a nuestra gente —dijo Sybil con entusiasmo—. Si al menos pudiésemos mover las mentes que mueven esas felices armas. ¡Oh, padre mío! Creo que el poder moral es irresistible, o ¿dónde vamos a buscar la esperanza?

Gerard negó con la cabeza con su habitual sonrisa.

—¡Ah! —dijo él—. Qué podemos hacer, ellos tienen la tierra y los propietarios de la tierra gobiernan sobre el pueblo. El rey normando sabía eso, Sybil, como acabas de leer. Si al menos tuviésemos los derechos que nos corresponden, podríamos hacer algo, pero no sé; me atrevo a decir que si recuperáramos nuestra tierra, yo sería tan malo como los demás.

—¡Claro que no, padre mío! —exclamó Sybil con energía—, ¡nunca, nunca! Tu pensamiento sería tan principesco como tu destino. ¡Serías un gran líder para el pueblo!

*Harold* se levantó de repente y empezó a gruñir.

—¡Chis! —atajó Gerard—, alguien llama a la puerta —y se levantó y salió de la habitación. Sybil escuchó las voces y algunos fragmentos de las frases: «Vos me perdonaréis», «lo acepto de buen grado» o «así que somos vecinos». Y luego su padre volvió a aparecer por la puerta, anunciando a una persona y diciendo—: aquí está mi amigo el señor Franklin, Sybil, de quien estaba diciéndote antes que va a ser nuestro vecino. ¡Abajo, *Harold*, abajo! —y presentó a su hija a aquel compañero del señor St. Lys en la visita a casa del tejedor cuando ella misma había conocido al vicario de

Mowbray.

Sybil se levantó, dejando caer suavemente el libro sobre la mesa, y recibió a Egremont con una compostura y una gracia naturales.

Es la civilización la que nos hace torpes y nos impulsa a adoptar posturas inseguras. Nosotros, perplejos, nos refugiamos en la vanidad, y si estamos avergonzados recurrimos a la afectación, pero el beduino o el indio americano nunca pierden el sentido de sí mismos. Así, cuando se entra en la cabaña de un campesino, su esposa lo recibe a uno con una dignidad en el porte que contrasta con la jactancia que exhibe una gran dama cuando, con ocasión de una gran recepción, da la bienvenida a sus invitados con un remedo de cortesía o una exagerada y desdeñosa muestra de dominio de sí misma.

—Me atrevería a asegurar —dijo Egremont inclinándose ante Sybil— que usted ha vuelto a ver a nuestro pobre amigo el tejedor después de que nos encontrásemos allí.

—El día que me marchaba de Mowbray —dijo Sybil—. No carecen de amigos.

—¡Ah! Ya conocía a mi hija.

—En una misión de beneficencia —contestó Egremont.

—Y supongo que no ha encontrado la ciudad muy de su agrado, señor Franklin —siguió diciendo Gerard.

—No, no la podía soportar, las noches son tan cerradas. Además, he acumulado una gran cantidad de notas, y me figuré que podía convertirlas en un informe más preciso si encontraba un relativo aislamiento. Así que he alquilado una habitación cerca de aquí, con un pequeño jardín, no tan bonito como el suyo, pero algo es algo; y si deseo más información, siempre tengo a Mowbray a un paso de aquí.

—Dice bien y ha hecho bien. Además, en Londres se acuesta uno tan tarde y se trabaja tanto. Un poco de aire del campo le sentará muy bien. Esa galería de periodistas debe de ser muy fatigosa. ¿Utiliza la taquigrafía?

—Un estilo de taquigrafía propio —concretó Egremont—. Dejo mucho a mi memoria.

—¡Ah!, pero usted es joven. Mi hija también tiene una magnífica memoria. Por mi parte, hay muchas cosas que no lamento olvidar.

—Estoy de acuerdo con usted, vecino —dijo Egremont—. Cuando se ha estado trabajando todo el día, al llegar la noche se siente uno un poco solo.

—Muy cierto. Y me atrevo a decir que algunas veces encuentra el trabajo de despacho un poco aburrido. Yo mismo no le encuentro interés. Me gusta leer un libro, si está bien escrito y toca temas que me importan, pero prefiero escuchar a leer —declaró Gerard—. Tanto es así que me gustaría que volvieran los tiempos del juglar o del contador de cuentos. Después de un día de trabajo sería bonito tener un niño, ahora que yo ya no los tengo, que le lea a uno un libro.

—¿Este libro? —preguntó Egremont acercando la silla hasta la mesa y mirando a Sybil, que hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—¡Ah! Este es un buen libro —dijo Gerard—, aunque sobre un tema triste.

—*La historia de la conquista de Inglaterra por los normandos* —leyó Egremont en la portada del libro, donde también estaba escrito «De Ursula Trafford a Sybil Gerard».

—¿Lo conocéis? —preguntó Sybil.

—Solo he oído hablar de él.

—Tal vez el tema no os interese tanto como a nosotros —dijo Sybil.

—Debería interesar a todo el mundo y a todos por igual —afirmó el padre— pues nos dividimos entre conquistadores y conquistados.

—Pero ¿no pensáis —dijo Egremont— que ya no existe tal separación?

—¿Hasta qué punto? —preguntó Gerard—. Poco a poco han desaparecido muchas de las circunstancias que conducían a la opresión, pero este hecho se debe al cambio de costumbres, no al reconocimiento político de su injusticia. El mismo curso del tiempo que ha cambiado muchas atrocidades, más chocantes sin embargo para nuestros sentimientos modernos que para aquellos que las crearon y padecieron, ha alterado simultáneamente muchas circunstancias que aliviaban esos sufrimientos. Puede que la garra del barón ya no sea tan despiadada, pero tampoco encontramos en la Iglesia a un valedor tan presto como antaño. El espíritu de la conquista se ha adaptado a las cambiantes circunstancias de la edad y, aunque cambien sus resultados en la forma, en el fondo son muy parecidos.

—Pero ¿cómo se muestran a sí mismas?

—En muchas circunstancias que conciernen a muchas clases, pero yo hablo de aquellas que tocan a mi propia gente y, por tanto, lo digo de una vez, a la degradación del pueblo.

—Pero ¿está el pueblo tan empobrecido?

—Hay más servidumbre en Inglaterra ahora de la que ha habido en ningún otro momento histórico desde la conquista. Hablo de lo que ocurre a diario delante de mis ojos; los trabajadores tienen ahora tan pocas opciones de cambiar o de escoger a sus patrones como cuando nacían siendo esclavos. Hay grandes sectores de las clases trabajadoras de este país que están más cerca de la condición de bestias que lo que lo han estado en ningún momento desde la conquista. Tanto es así que no veo nada que los distinga de las bestias, excepto que su moral es inferior. El incesto y el infanticidio son tan comunes entre ellos como entre los animales inferiores. El orgullo de Inglaterra va debilitándose cada año que pasa, y es algo de lo que no podemos extrañarnos cuando no existe la alegría para confortarnos ni el sentimiento de veneración por un hogar patrio.

—El otro día estaba leyendo un libro —dijo Egremont— donde se probaba estadísticamente que las condiciones generales del pueblo son mucho mejores ahora de lo que lo que han sido nunca antes en ningún otro período de la historia.

—¡Ah sí! Conozco ese estilo de especulación —dijo Gerard—. Ese caballero que le recuerda a uno que un trabajador actualmente posee un par de calcetines de

algodón, y que ni el propio Enrique VIII gozaba de tanto bienestar. En cualquier caso, la condición de las clases trabajadoras ha de juzgarse por la época y por la relación de unas con otras. No es necesario detenerse en eso. Niego las premisas. Niego que la condición de la mayor parte de la sociedad sea mejor ahora que en cualquier otro período de la historia. Yo digo que es tan mala como ha sido en otras épocas. Por ejemplo, la gente estaba mejor vestida, gozaba de mejores viviendas y se alimentaba mejor justo antes de la guerra de las Rosas que en la actualidad. Sabemos cómo vivía un campesino inglés en aquellos tiempos; comía carne todos los días, nunca bebía agua, poseía una vivienda digna y vestía con robustas prendas de lana. No es necesario acudir a las crónicas para saber esto. En las actas parlamentarias desde los Plantegenet hasta los Tudor nos enseñan tanto el precio de las mercancías como el nivel de los salarios; y se ve enseguida que los salarios de aquellos días ofrecían el sustento y la comodidad que un hombre sensato podía desear.

—Sé lo profundamente que siente este tema —dijo Egremont volviéndose hacia Sybil.

—Es efectivamente el único tema que mantiene ocupado mi pensamiento —replicó ella—, excepto uno.

—¿Y cuál es ese?

—Ver a la gente arrodillarse delante de nuestra bendita Señora —replicó Sybil.

—Observe cuál es la media de esperanza de vida —dijo Gerard, que salió involuntariamente al socorro de Egremont, que estaba un poco avergonzado—. La esperanza media de vida en este distrito entre las clases trabajadoras es de diecisiete años. ¿Qué le parece? De los niños nacidos en Mowbray más de la mitad mueren antes de los cinco años.

—Y, sin embargo —replicó Egremont—, en el pasado les asolaban pestes terribles.

—Pero afectaban a todos por igual —dijo Gerard—. Tenemos más pestes ahora en Inglaterra de las que hemos tenido nunca, pero solo afectan a los pobres. Nunca oímos hablar de ellas. En las capas de artesanos y campesinos el tifus por sí solo siega la vida de un número de habitantes igual al de todo el condado de Wesmoreland. Esto se produce todos los años, pero no afecta a los representantes de los conquistadores; las víctimas son únicamente los descendientes de los conquistadores.

—A veces me parece —dijo Sybil descorazonadoramente— que tan solo el descenso de los ángeles puede salvar a la gente de este reino.

—Algunas veces me parece oír un pajarito —dijo Gerard— que canta que el largo deshielo acaba de comenzar. Tengo un amigo, ese del que os hablaba el otro día, que tiene sus remedios.

—Pero Stephen Morley no cree en los ángeles —dijo Sybil con un suspiro—, y yo no tengo fe en su plan.

—Él cree que Dios ayudará a aquellos que se ayuden a sí mismos —replicó

Gerard.

Durante todo este tiempo Egremont estuvo sentado junto a la mesa, con el libro en la mano, mirando caprichosamente y con un aire ausente el título de la portada, donde estaba escrito el nombre de su propietaria. De pronto, dijo «Sybil».

—Sí —contestó la hija de Gerard con cierto asombro.

—Le ruego que me perdone —dijo Egremont ruborizándose—. Estaba leyendo su nombre. Pensé que lo leía para mí. ¡Sybil Gerard! ¡Qué bonito nombre es Sybil!

—Es el nombre de mi madre —dijo Gerard—, y el de mi abuela, y un nombre que lleva rondando por estas tierras tanto tiempo como nuestra especie, y eso es mucho tiempo, porque —añadió sonriendo—, según he oído decir, fuimos hombres altos durante el reinado del rey Juan.

—La suya es, desde luego, una familia antigua.

—Ay, la sangre inglesa corre por nuestras venas, aunque somos campesinos e hijos de campesinos. Aunque hubo uno de nosotros que disparó un arco en Azincourt, y he oído hazañas más grandes, pero yo creo que son cuentos de viejas.

—Al menos no nos queda otra cosa —añadió Sybil— que nuestra vieja fe; esa a la que nos hemos agarrado tanto cuando las cosas iban bien como cuando iban mal.

—Y bien, buen vecino Franklin —dijo Gerard—, yo me levanto con la alondra. Pero antes de que se vaya, Sybil nos va a cantar un réquiem que amo; calma el espíritu antes de hundirnos en el sueño de esta noche que podría ser el de la muerte, y que algún día sin duda lo será.

## Capítulo 6

Una florescencia se extendió en el cielo de la mañana. Una suave luz dorada bañó con sus primeros rayos el regazo del valle, salvo un lugar donde una fina neblina, que no llegaba a bruma, aún flotaba sobre una parte del río que, sin embargo, de vez en cuando espejeaba con los destellos de la luz del sol. Una especie de fulgor sombrío bañaba el paisaje, cuyos contornos, aunque nítidos, se difuminaban en los bosques lejanos, en la masa de altos árboles que se erguían junto al puente gris, las chimeneas de las casas de campo cuyo humo subía hasta mezclarse con el aire azul y quieto, entre los huertos amontonados y los jardines de flores y plantas.

¡Ah! No hay nada tan alegre y gozoso como una mañana de verano. Esa hora en que el día se levanta, cuando la mente está alerta y el corazón late con ímpetu; es el momento de la audacia y la esperanza, ¡la hora de la renovación!

El hermano de lord Marney salió de su cabaña para sentir la pujanza dichosa de la vida en medio de los jardines soleados y del murmullo de abejas y pájaros.

¡Ah, esto es delicioso!, se dijo. ¡Esto es vida! Gracias a Dios que estoy aquí, que he abandonado para siempre al cruel y convencional Marney. Si no fuese por mi madre, seguiría siendo el señor Franklin para siempre. Ojalá fuera periodista de verdad, y tuviera una misión que cumplir en el valle de Mowbray o cualquier otra cosa de forma que siempre tuviese que estar aquí. Estas personas son como amigos, independientemente de cualquier otra cosa, superiores a nadie que haya conocido antes. ¿Por qué me interesan? Piensan y hablan, dos hábitos que han pasado bastante de moda, si es que alguna vez existieron entre mis amigos. Acaso esas formas cultivadas, ese estudiado y artificial refinamiento que pretende compensar la crueldad o la estupidez a la que estamos abocados, ¿acaso mi anfitrión de ayer noche carece de esa cortesía? Si es verdad que no posee nuestra convencional disciplina, su talante natural lo compensa con creces. Observo que no hay palabra ni acto suyos que no broten de ese tacto que es la fuente cierta del buen gusto. Este Gerard se me antoja como un hombre auténtico, lleno de conocimientos que se han forjado en su propia cabeza; con una gran, pero también, saludable compasión; y bastante mejor educado que lord de Mowbray o que mi hermano; y que de vez en cuando abre un libro, un hábito que no es común entre los de mi clase.

Y su hija, ¡ah, su hija! Hay algo casi sublime en esa joven que es, además, extrañamente dulce, una cualidad tan alta que combinada con una sencillez así se encuentra raramente. Porque no hay una afectación del entusiasmo en ella, nada exagerado, nada inusitado. Me cautivan sus ojos oscuros brillando en su rostro iluminado, y la solemne dulzura de su voz emocionada; me han cautivado desde el primer instante que me encontré con ella, vagando como un espíritu entre las ruinas de nuestra abadía. Y yo soy un miembro de «la familia del sacrilegio». ¡Si ella lo supiera! Y soy uno de los de la clase conquistadora que ella denuncia. ¡Si también supiera eso! ¡Ah! ¡Hay tanto que saber!, sobre todo, el futuro. El árbol del



conocimiento es el árbol de la muerte. No tendré ningún pensamiento que no sea tan brillante y amoroso como los de esta mañana.

Salió de su pequeño jardín y se puso a caminar por el sendero en dirección a la cabaña de Gerard, que estaba a tres cuartos de milla de distancia. Con la vista se podía alcanzar a ver el camino soleado serpenteando y elevándose por una ligera cuesta coronada por la cabaña que se ocultaba entre los árboles. Mientras Egremont cavilaba aún sobre las personas que la habitaban, divisó a lo lejos a Sybil.

Venía caminando a paso rápido y garboso, con un vestido que destacaba su figura elástica y contorneada. Sus pequeños pies se despegaban del suelo con un aire alegre. Un largo rosario le caía por un costado, y su cabeza parecía estar cubierta parcialmente con una caperuza que le colgaba sobre los hombros. Parecía contenta, porque *Harold* no paraba de corretear adelantándose a ella con un aspecto cómico para, a continuación, volver junto a su dueña, danzar alrededor de ella y casi abrumarla con sus cabriolas.

—Salva sea, bendita hermana —dijo Egremont.

—¿No es una encantadora mañana? —exclamó ella con una cara feliz y luminosa.

—Así me lo parece a mí también. ¿Y hacia dónde se dirige?

—Voy al convento, a visitar por primera vez a nuestra superiora desde que las dejé.

—No hace tanto de eso —dijo Egremont con una sonrisa, y girándose hacia ella.

—Así parece —dijo Sybil.

Siguieron caminando. Sybil contenta como la hora que vivían, mirando los mil y un lugares hermosos que divisaba; hablando con su perro con una voz cantarina mientras este pegaba brincos a su alrededor o la agarraba del vestido con la boca para, enseguida, alejarse corriendo y regresar a mirar si en la cara de su dueña veía signos de haberle echado de menos en su ausencia.

—Es una pena que su padre se interne por el camino del valle todas las mañanas —dijo Egremont—. Él sería un buen compañero para ir a Mowbray.

—¡Ah! Pero yo estoy tan contenta de que no tenga que trabajar en la ciudad —replicó Sybil—. No está hecho para estar enjaulado en una fábrica calurosa en una calle llena de humos. Al menos trabaja entre árboles y ríos. ¡Y los Trafford son tan buena gente! Muy amables con él y con todo el mundo.

—Quiere mucho a su padre.

Ella lo miró un poco sorprendida y, luego, su dulce y serio semblante se tornó en una sonrisa, y dijo:

—¿Y eso es tan raro?

—Creo que no —dijo Egremont—. Yo mismo lo voy queriendo.

—¡Ah, me gana el corazón cuando lo alaba! —exclamó Sybil—. Creo que esa es la verdadera razón de que me guste Stephen que, por otro lado, siempre está diciendo cosas con las que no estoy de acuerdo, que desapruebo, ¡pero es tan bueno con mi padre!

—Habla del señor Morley...

—¡Ah!, nosotros no le llamamos «señor» —dijo Sybil casi riéndose.

—Me refiero a Stephen Morley —dijo Egremont recuperando su posición—, a quien conocí en la Abadía de Marney. Es muy listo, ¿verdad?

—Es un gran escritor y estudia mucho. Y se ha hecho a sí mismo. He oído que usted mismo persigue ese objetivo —dijo Sybil.

—Pero yo no soy ni un gran escritor ni un gran estudiante —dijo Egremont.

—Sea lo que sea, confío en que usted —dijo Sybil con un tono más serio— nunca empleará contra el pueblo los talentos que le ha dado Dios.

—He venido aquí para aprender algo de su modo de vida —contestó Egremont—. Eso no es algo que se pueda hacer en una ciudad como Londres. Todos vivimos bastante confinados en círculos. Usted me ayudará, estoy seguro —añadió Egremont—. Su espíritu me infundirá aliento. Usted me dijo anoche que no había más que un tema que ocupara su pensamiento.

—Así es —dijo Sybil—. He vivido bajo dos techos, solamente dos, el convento y la cabaña; y de cada uno de ellos he aprendido una gran idea. Uno me ha enseñado la degradación de mi fe; el otro la de mi pueblo. No debería tener duda, por tanto, de que mi corazón se concentra en la Iglesia y en el pueblo.

—Pero hay otras ideas —replicó Egremont— que podrían merecer su atención.

—Siento que estas son ya suficientes —dijo Sybil—, porque son ya demasiado grandes para mi mente.

## Capítulo 7

Al final de una plaza de Wodgate había una casa de dimensiones mayores que las habituales en la ciudad, con muchas ventanas y varios pisos de altura, que se habían ido añadiendo cada cierto tiempo. Estaba en un estado bastante ruinoso. La parte principal del edificio se había dedicado a la fabricación de clavos, y estaba llena de maquinaria pesada de acero que funcionaba en las distintas salas de los pisos. El edificio estaba tan destrozado que el movimiento de las máquinas lo hacía vibrar y crujir por entero. Los suelos estaban tan desgastados que en muchos lugares se podía mirar a través de los abismales boquetes del entarimado, mientras que los pisos de arriba se habían ido reforzando de vez en cuando con puntales.

Este era el Palacio del Obispo de Wodgate y aquí, con sus brazos desnudos y ennegrecidos, trabajaba un hombre en esas cerraduras que desafiaban a cualquier llave que él mismo no hubiese fabricado. Era un hombre de baja estatura, corpulento, de vigorosa hechura, con brazos musculosos, desproporcionadamente cortos aun para su estatura, y con una expresión en la cara que, en la medida en que podía adivinarse detrás de la mugre que le cubría el rostro, era más animal que salvaje. Los aprendices que trabajaban para él, llenos de admiración y de terror, eran jóvenes harapientos y enflaquecidos que no habrían osado levantar ni por un instante sus caras mugrientas y sus ojos sin brillo de su absorbente tarea. A cada lado de su maestro, sentados en un taburete más alto que el resto, había un par de rapazuelos de no más de cuatro o cinco años de edad, serios y reservados, como si estuvieran orgullosos de su posición de superioridad o trabajaran sin descanso con su pequeña lima; eran los hijos del obispo.

—Así, chicos —dijo el obispo con una voz áspera y ronca—, dadle ahí de firme, vamos. Por ahí hay una lima que no canta; que mi oído no me engaña, conozco todas sus voces. No me hagáis que lo averigüe yo mismo, que ya sabéis que no os voy a dar un premio. ¡Qué suerte tenéis de tener un trabajo regular como este, rapaces, y con el mejor de los ranchos! No tuve yo esa suerte, os lo juro. Tú, Trompacharro, pásame el trinquete ese, ¡mueve el culo! Hazte el listo que yo te muevo, ¿que no? ¡Así, firmes, así! ¡Muy bien! Eso es música. ¡Dónde oiréis la música de veinte limatones trabajando a la vez! Deberíais estar contentos ¿verdad? Y cuando acabéis, os espera pescado, seguro. Tú, sabandija pelirrojo, ¿qué me miras? Tres chicos vigilando, ¿qué es esto? Ahora vais a ver —y dio un salto y agarró de las infelices orejas al primer aprendiz que pudo coger, y se las retorció hasta que le salió sangre.

—Por favor, obispo —gritó el chico—, no es culpa mía. Hay un hombre que lo busca.

—¿Quién me busca? —dijo el obispo mirando en torno suyo hasta que vio la figura de Morley que acababa de entrar en la tienda.

—Bien, ¿qué queréis?, ¿cerraduras o clavos?

—Nada —dijo Morley—. Deseo ver a un hombre que se llama Hatton.

—Bueno, aquí tenéis a un hombre que se llama Hatton —dijo el obispo—. ¿Qué

queréis de él?

—Me gustaría decirle unas palabras a solas —continuó Morley.

—¡Vaya! ¡Me gustaría saber quién va a terminar esta cerradura, y quién va a cuidar de los chicos! Pero si es un pedido, dígamelo enseguida.

—No es un pedido —dijo Morley.

—Entonces, no quiero saber nada de ello —dijo el obispo.

—Es una cuestión de familia —añadió Morley.

—¡Ah! —dijo Hatton ansiosamente—, ¿es que viene de su parte?

—Puede ser —contestó Morley.

Al oír esto, el obispo, levantando la vista hacia el techo del taller en el que había varias grietas, empezó a llamar vivamente a una invisible persona en el piso de arriba. Inmediatamente se oyó la increpación de una voz chirriante que le pedía con palabras terminantes una explicación sobre qué quería. Su respuesta calmó a su invisible interlocutor, que enseguida apareció en el taller. Se trataba de la terrible presencia de la señora Hatton, una alta y bigotuda virago, con un limatón en la mano, pues esa parecía ser el arma distintiva de la casa, y con los ojos echando chispas con furia desatada.

—Vigila a los chicos —le dijo Hatton—, que yo tengo negocios.

—¿Que vigile? —dijo la señora Hatton, y un escalofrío de terror recorrió a los presentes. Todos los limatones empezaron a moverse a un ritmo regular; y nadie se atrevió a levantar la cabeza, hasta el punto de que sus dos hijos pequeños se quedaron aún más serios y reservados que antes. Y ante la amable esposa del obispo, a todo lo más que aspiraban aquellas criaturas no era ya a no provocar con un solo momento de desatención un estallido de aquel ser, que era el terror no solo del taller sino de todo Wodgate, sino a desear fervientemente que no fuese ninguno de ellos la próxima víctima escogida por ella para descerrajarle la cabeza, golpearle en el ojo o arrancarle las orejas de cuajo.

Mientras tanto, el ilustre personaje, conduciendo a Morley a una habitación donde no había ninguna máquina funcionando excepto las que estaban hechas de acero, dijo:

—Bien, ¿qué tiene para mí?

—En primer lugar —dijo Morley— le quiero hablar de su hermano.

—Eso ya lo suponía —contestó Hatton—, pues ha dicho que eran asuntos de familia los que le han traído aquí. Él es el único pariente que me queda en este mundo, así que no puede tratarse más que de él.

—Sí, se trata de él —dijo Morley.

—¿Envía algo para mí?

—¡Ejem! —dijo Morley, que era diplomático por naturaleza y que comprendió al instante que el otro lo tanteaba al igual que él lo hacía. Decidió no precipitarse—. ¿Hace mucho que no tiene noticias de él? —lo preguntó.

—¿Por qué? Supongo que ya lo sabe —contestó Hatton—. Lo habitual.

—¿Desde su lugar habitual? —preguntó Morley.

—Ya me gustaría a mí saber dónde está ese lugar —afirmó Hatton con curiosidad.

—¿Por qué? ¿Es que le escribe a usted?

—Cartas vacías. Excepto una vez, y eso fue hace más de doce años, no me ha escrito nunca ni una línea. Me envía un billete de veinte libras todas las navidades; y eso es todo lo que sé de él.

—Entonces es rico, y le va bien en el mundo —inquirió Morley.

—¿Por qué, no lo sabe usted? —dijo Hatton—. ¡Pensé que venía de su parte!

—Vine a recabar información sobre él. Quería saber si estaba vivo, y de eso me ha podido informar; quería saber dónde estaba, y de eso no me ha podido informar.

—¡Pero cómo! ¡Usted es un completo majadero! —dijo el obispo.

## Capítulo 8

Unos pocos días después de su paseo matutino con Sybil estaba previsto que Egremont, que había expresado su deseo de inspeccionar la fábrica del señor Trafford, fuera a visitarla. Gerard siempre dejaba su cabaña con las primeras luces del alba y, puesto que Sybil no había visitado, como acostumbraba, a su amigo y patrón, que era el jefe de su padre, habían acordado que fuese Egremont quien la acompañara después, a una hora más conveniente de la mañana, con el fin de regresar luego todos juntos.

La fábrica estaba a una milla de distancia de sus casas, que en efecto pertenecían al señor Trafford, y que él mismo había construido. Él era el hijo más joven de una familia establecida en la tierra desde hacía siglos, pero que, no satisfecho con la sectárea consideración con que la sociedad compensa a los miembros más jóvenes de una casa territorial por la pobreza que su condición entraña, se había aprovechado de algunas oportunidades que se le habían brindado solas, y había dedicado sus energías a trabajar en aquellas fuentes de recursos que sus antepasados desconocían. Al principio, sus maniobras, al igual que su fortuna, habían sido extremadamente limitadas; pero cuando tuvo algo de dinero, aunque sus ganancias no eran considerables, ganó en experiencia. Gracias a la sangre gentil que corría por sus venas, y a su sensibilidad de viejo ciudadano inglés, desde los comienzos de su carrera había asimilado una concepción correcta de las relaciones que debían primar entre un patrón y sus trabajadores. Sentía que entre ellos debían existir otros lazos distintos que el pago y la recepción de salarios.

En un momento en que se abrían grandes oportunidades para el capital y la mano de obra en las fábricas, un pariente lejano y sin hijos que le había hecho una visita, complacido por su energía y espíritu empresarial, y emocionado por el progreso de su visión social, le dejó una considerable suma de dinero. Trafford, que se había criado en la escuela del puño cerrado, y que se había formado en la lucha cuando no en la adversidad, estaba maduro para aprovechar la ocasión, e hizo honor a la misma. Se convirtió en una persona muy rica, y no tardó en aplicar a la vida y llevar a cabo el proyecto que había estado madurando a lo largo de los años en que sus cavilaciones se habían limitado al territorio de los sueños. En la ribera de su Mowe natal construyó una fábrica que era ahora una de las maravillas de la comarca y, casi se podría decir, que del país entero.

Era un espacio único que se extendía a lo largo de más de una hectárea y que poseía más de dos mil trabajadores. El tejado de las bóvedas vaídas estaba iluminado por cúpulas ventiladas con una altura de cinco metros, soportadas por columnas huecas de hierro colado que hacían las veces de conductos de desagüe del tejado. La altura normal de las habitaciones en las que se suele trabajar en las fábricas no supera los tres metros o tres metros y medio, y en este caso suelen estar situados en pisos que se comunican entre sí también el calor y las emanaciones, y cuyas dificultades de

ventilación son insuperables. En la fábrica del señor Trafford, mediante un procedimiento ingenioso no muy diferente del que se ha practicado en la Cámara de los Comunes, se han instalado conductos de ventilación desde abajo, de tal forma que todo el edificio se mantiene a una temperatura constante y bastante independiente de los cambios atmosféricos. Las ventajas físicas de que todo el trabajo se lleve a cabo en un único espacio son grandes: mejora la salud de la gente; aumenta la seguridad frente a los accidentes peligrosos para mujeres y jóvenes, y reduce la fatiga porque no es necesario subir y bajar escaleras transportando materiales a las habitaciones superiores. Pero no son menores las ventajas morales que se derivan de poder estar supervisados y controlados: el niño trabaja bajo la mirada de su padre, el padre bajo la supervisión de un trabajador de mayor rango, y el inspector o jefe puede controlar a todos a golpe de vista.

Cuando los trabajadores del señor Trafford dejaban la fábrica, no eran olvidados. Mucho había él reflexionado sobre la influencia del patrón en la salud y el contento de sus trabajadores, porque conocía las virtudes que se derivan de la existencia de una casa; por eso, uno de sus primeros intereses había sido construir un pueblo donde cada familia pudiera alojarse en condiciones. Aunque él era el principal propietario, y estaba orgulloso de ello, animaba a sus trabajadores a que comprasen casas en propiedad. Había quienes habían ahorrado suficiente dinero para poder hacerlo. Estaban orgullosos de su casa y de su pequeño jardín, y de la sociedad horticultora que se había formado para que con su producción pudieran competir anualmente. En cada calle había un pozo, y detrás de la fábrica estaban los baños públicos. Las escuelas estaban bajo la dirección del curador perpetuo de la iglesia, iglesia que el señor Trafford había erigido y a la cual había dotado de bienes. En medio del pueblo, rodeada de preciosos jardines que servían de estímulo a las prácticas hortícolas de la comunidad, estaba situada la casa del propio Trafford. Este, que comprendía demasiado bien su posición como para hacer gala de vulgaridad a la hora de diferenciarse de sus empleados, había hecho honor, sin embargo, al rango de su baronía, pero revivido de una nueva forma y adaptado a las maneras más suaves y a las circunstancias más honorables que exigían los tiempos.

¿Y cuál era la influencia de un patrón así y de un sistema de empleo como este en la moral y en las costumbres de los empleados? Grande, infinitamente benéfica. La conexión de un trabajador con su lugar de trabajo, ya sea en el sector agrícola o industrial es por sí misma un factor de gran importancia. La proximidad con el patrón genera limpieza y orden como resultado de la necesidad de prestar atención y de los estímulos que conlleva. En el emplazamiento de Trafford el crimen se desconocía literalmente, y las ofensas eran muy leves. No había ni una sola persona en el pueblo con un carácter reprobable. Los hombres estaban bien vestidos; las mujeres tenían una frescura desbordante; el alcoholismo se desconocía, mientras que la preparación moral del sexo débil era proporcionalmente elevada.

La inabarcable silueta de la fábrica, los tejados y jardines del pueblo, las

chimeneas Tudor de la casa de los Trafford, el pináculo de la iglesia gótica, con el río centelleante y el paisaje bucólico que los rodeaban, aparecieron de pronto ante la vista de Egremont. Ya se encontraban dentro del bonito pueblo industrial antes de que pudiera darse cuenta de que iba a entrar en él. Algunos niños salieron de la casa al encuentro de Sybil gritando «¡la reina, la reina!»; uno se agarró a su vestido, el otro la cogió del brazo, y el tercero, demasiado pequeño para luchar, le hizo pucheros para que lo alzara en brazos.

—Mis súbditos —dijo Sybil riéndose, mientras los saludaba uno por uno a todos, hasta que se marcharon corriendo para anunciar a los demás que la reina había llegado.

Llegaron los demás muchachos, hermosos y jóvenes. A medida que Sybil y Egremont andaban, de cada cabaña parecía brotar gente que, demasiado afectuosa como para seguir trabajando, deseaba dar la bienvenida a «su reina». Las visitas de esta habían sido menos frecuentes últimamente, pero no se olvidaban nunca. Tenían su repercusión en las crónicas de los niños del pueblo, algunos de los cuales conocían por la tradición la edad de oro en que Sybil Gerard vivía en la casa grande y se dejaba caer por sus casas repartiendo bendiciones como un espíritu que les sonreía y al que sonreían.

—Y, aquí —le dijo ella a Egremont—, debo despedirme de usted y de este pequeño —acariciando suavemente la cabeza de un rapaz muy serio que no se había apartado de ella ni un momento y que, orgulloso de su posición, la agarraba de la mano con todas sus fuerzas—. Este pequeño será su guía. No está ni a cien metros. Ahora, Pierce, debes acompañar al señor Franklin a la fábrica, y preguntar allí por el señor Gerard. —Y ella siguió su camino.

No se habían separado ni cinco minutos cuando a Egremont lo sobresaltó el estruendo de las ruedas de un carruaje que se aproximaba a gran velocidad. Al volverse, vio toda una cabalgata que, con gran pompa, se acercaba rápidamente; señoras y caballeros a lomos de sus caballos, un gran carruaje para el equipaje, postillones y cuatro caballos más, un cortejo de criados, etc. Egremont se echó a un lado. Los jinetes y las amazonas lo esquivaron haciendo unas vistosas caracolas, el brillante birlocho le pasó rozando y los impertinentes criados corvetearon a sus caballos delante de él. Los señoritos y señoritas de la partida no le eran desconocidos. Reconoció, ligeramente consternado, las libreas y, después, el escudo de armas de lord de Mowbray; y atisbó el semblante impasible y orgulloso de lady Joan y, luego, el rostro dúctil de lady Maud, ambas a caballo y escoltadas por un grupo de admiradores caballeros.

Egremont se enorgullecía de que no le hubieran reconocido. Despidió a su pequeño guía y, en vez de ir directamente a la fábrica, se desvió hacia la dirección contraria y entró a visitar la iglesia.

La esposa de Trafford abrazó a Sybil una vez y luego otra. Parecía tan contenta como los niños del pueblo de que la alegría de su casa, y de tantas otras, hubiese



regresado a verles, aunque solo fuese durante unas pocas horas. Su marido —dijo ella— acababa de salir de casa. Se había visto obligado a ir a la fábrica para recibir a un grupo de distinguidas personalidades que le habían escrito con varios días de antelación para solicitar una visita a la fábrica esta mañana.

—Los esperamos después para almorzar aquí —dijo la señora Trafford, una mujer muy sofisticada, pero poco habituada al trato social y a quien el protocolo le inspiraba bastante respeto—. Por favor, Sybil, quédese conmigo para recibirlos.

Esta confesión alarmó tanto a Sybil que tan pronto como le fue posible se levantó y, aduciendo que tenía que hacer algunas visitas más en el pueblo, prometió volver cuando la señora Trafford tuviera menos compromisos.

Pasó una hora. Se oyó sonar fuerte la campanilla en la puerta de entrada; las personalidades habían llegado. La señora Trafford se preparó para el encuentro, y simuló mucha compostura cuando se abrieron las puertas y su marido escoltó y presentó a sus excelencias lord y lady de Mowbray, a sus hijas, a lady Firebrace, al señor Jermyn, que aún estaba en el castillo, y a los señores Alfred Mountchesney y lord Milford, que eran meros invitados de paso hacia Escocia, pero que en su camino deseaban explorar las heredades.

Lord de Mowbray se extendió en sus loas y alabanzas. Su Excelencia estaba preparada para ser demasiado cortés, y es que el pedigrí asomaba algunas veces. Hoy parecía casi el camarero de la cafetería. De todo hacía encomio: de las máquinas, de los trabajadores, del algodón procesado y el bruto, y hasta del humo. Pero la señora Trafford no estaba dispuesta a defender el humo, así que Su Excelencia dejó el tema, aunque solo fuese para complacerla. En cuanto a lady de Mowbray, estaba tan cortés y condescendiente como siempre, con una especie de sonrisa latente en su agradable rostro aquilino, que parecía comunicar a medias su placer y a medias su sorpresa ante los desconocidos entre los que se encontraba. Lady Joan utilizó un tono más elevado y científico en sus apreciaciones. Le parecían bien muchas cosas, pero aprobaba sobre todo el sistema de ventilación, sobre el cual formuló varias preguntas que dejaron bastante perpleja a la señora Trafford, que se sonrojó ligeramente y miró a su marido en busca de socorro. Sin embargo, él estaba muy ocupado con lady Maud, que rebosaba entusiasmo, participaba en todo con el buen gusto de la comprensión, se identificaba con el sistema que empleaba la fabrica casi tanto como con las cruzadas, deseaba poder enseñar en las escuelas de canto, y encontraba que los jardines públicos favorecían el disfrute de la gente, así que hacía votos para que las fuentes no se secaran nunca.

—Creo que los talleres son magníficos —dijo lord Milford mientras cortaba un trozo de pastel de carne—. Aquí es todo tan encantador, señor Trafford. Pero lo que más me ha fascinado del lugar ha sido una jovencita con la que nos hemos encontrado, que es la más hermosa que he visto en mi vida.

—Iba con un perro muy bonito —añadió el señor Mountchesney.

—¡Ah, esa debe de ser Sybil! —exclamó el señor Trafford.

—¿Y quién es Sybil? —preguntó Lady Maud—. Tiene un nombre como los de nuestra familia. A todos nos pareció que era bastante hermosa.

—Es una jovencita del lugar —dijo la señora Trafford— o, más bien, fue, porque lamento decir que hace tiempo que nos dejó.

—¿Es monja? —preguntó lord Milford—, porque su atuendo tenía un cierto aire conventual.

—Acaba de salir del convento de Mowbray —dijo el señor Trafford dirigiendo su respuesta a lady Maud—, pero bastante a pesar suyo. Le ha cogido gusto al vestido reglamentario que solía llevar allí.

—¿Y ahora reside con usted?

—No, y me daría una alegría si lo hiciera. Casi puedo decir que se crio bajo este techo, pero ahora vive con su padre.

—¿Y quién es ese padre afortunado? —inquirió el señor Mountchesney.

—Su padre es el supervisor de mis talleres; la persona que nos ha acompañado esta mañana en nuestro recorrido.

—¡Cómo! ¿Ese hombre apuesto que me causado tanta admiración —exclamó lady Maud— y con un aire tan aristocrático? Papá —dijo ella, dirigiéndose a lord de Mowbray—, el inspector de los talleres del señor Trafford del que estamos hablando, esa persona de aspecto tan aristocrático que te señalé esta mañana, él es el padre de la hermosa muchacha.

—Parecía una persona muy inteligente —dijo lord de Mowbray con muchas sonrisas.

—Sí —coincidió el señor Trafford—, es un hombre de gran integridad y talento. Le confiaría cualquier cosa y cualquier cantidad. Lo único que desearía —añadió él, con una sonrisa y con la voz más baja, dirigiéndose a lady de Mowbray—, es que no fuese tan apasionado de la política.

—¿Es muy impetuoso? —preguntó la hija de Su Excelencia con voz dulzona.

—Demasiado impetuoso —dijo el señor Trafford—; y con ideas muy radicales.

—Y, sin embargo, supongo —dijo el señor Milford—, que debe de gozar de una posición acomodada.

—Bien, debo decir a su favor que no es el egoísmo el impulso de su descontento —dijo el señor Trafford—. Su queja se debe a las malas condiciones de vida del pueblo.

—A juzgar por lo que vemos aquí, hay poco que lamentar sobre las condiciones de vida del pueblo —dijo lord de Mowbray—. Pero temo que ejemplos como estos no abundan tanto como desearíamos. ¿No ha supuesto un fuerte desembolso, señor Trafford?

—Bueno —contestó el señor Trafford—, siempre he considerado que no había nada tan caro como una población viciosa. Espero haber tenido otros fines en la cabeza que el interés pecuniario. Se dice que todos tenemos nuestros pasatiempos; el mío fue siempre mejorar las condiciones de vida de mis trabajadores, velar para que

tuvieran buenas viviendas, unas buenas escuelas, y para que se les pagaran salarios justos, porque de ese modo elevaría su naturaleza moral. Me siento recompensado con creces por el sentido moral y la felicidad material de esta comunidad. Así pues, visto desde un punto de vista pecuniario, la inversión de capital que he realizado aquí es una de las más rentables que he hecho nunca. Les aseguro que ni por el doble de esa cantidad cambiaría a mis trabajadores por las cadenas de montaje que se han instalado en otras fabricas.

—La influencia de la atmósfera sobre las condiciones de trabajo es un tema que merece investigarse —dijo lady Joan al señor Jermyn, que miraba y asentía.

—¿Y a usted no le alarma tener a una persona con esas opiniones hostiles como supervisor de su fábrica? —preguntó lady Firebrace al señor Trafford, que sonreía a modo de respuesta negativa.

—¿Cómo se llama ese inteligente individuo que nos ha acompañado? —preguntó lord de Mowbray.

—Su nombre es Gerard —dijo el señor Trafford.

—Creo que es un apellido común por estas tierras —dijo lord de Mowbray con aspecto de estar un poco confuso.

—No mucho —dijo el señor Trafford—. Es un apellido antiguo, pero se ha extendido. Creo que todos los Gerard dicen pertenecer a un linaje común y, al parecer, mi supervisor es de sangre noble.

—Tiene el aspecto de tenerla —dijo lady Maud.

—Todas las personas con buenos apellidos tienen buena sangre —dijo lord de Mowbray.

Luego, volviéndose hacia la señora Trafford, empezó a abrumarla con un catálogo de expresiones de cortesía. Volvió a hacer alabanzas de todo, primero en general y, después, al detalle. A la fábrica que, al parecer, él prefería a su castillo; a la casa, que al parecer prefería incluso a la fábrica; y a los jardines de los que preveía extraer incluso más satisfacción que de la propia casa; por último, todo desembocó en que esperaba su visita. Así que, a su debido tiempo, terminó el almuerzo. La señora Trafford miró a sus invitados, hubo algo de agitación y movimiento, y todo el mundo decidió salir a ver los jardines que lord de Mowbray tanto había alabado.

—Yo estoy a favor de acoger bajo mi cuidado a esa hermosa monja —dijo el señor Mountchesney a lord Milford.

—Creo que voy a pedir al respetable industrial que me la presente —replicó su excelencia.

Mientras tanto, Egremont se había unido a Gerard en la fábrica.

—Deberías haber venido antes —dijo Gerard— y te podrías haber dado una vuelta con gente fina. Ha venido a visitarnos un buen grupo del castillo.

—Me ha parecido verles —dijo Egremont— y me he apartado.

—¡Ah! No iban por su camino, ¿eh? —dijo él con una sonrisa burlona—. Bueno, son muy condescendientes. Al menos para ser unas personas de tan alta cuna. ¡Un

conde! El conde de Mowbray, supongo que vendría a este país con Guillermo el Conquistador. El señor Trafford hace un espectáculo de este lugar, y a los visitantes les divierte ver una rareza. Pues bien, había un caballero joven con ellos que no creo que supiera mucho de nada; también yo tengo derecho a divertirme con él. E igualmente me lo pasé bien viendo cómo uno de ellos miraba las máquinas a través de su monóculo. Y había un tipo atrevido que pensé que iba a ponerse a dar vueltas en la rueda volante, pero le di una ruela que creo que salvó su vida, aunque principalmente lo que hizo fue mirar. Era un lord.

—Dicen en Mowbray que sus hijas son grandes herederas —dijo Egremont.

—Déjeme decirle —dijo Gerard— que hace un año este conde tenía un hijo, un único hijo, así que sus hijas no eran grandes herederas; pero su hijo murió y ahora les toca a ellas. Y tal vez un día sea el turno de otra persona. Si quieres entender las subidas y bajadas de la vida, no hay nada como los pergaminos de un título de propiedad. ¡Tan pronto eres dueño como hombre corriente! Aquel que ha servido en una casa señorial, de pronto es dueño de ella. Y, con frecuencia, el hijo ilegítimo o el plebeyo cambia su librea por una corona pequeña, pero el patriarca noble no ha dejado nada salvo deudas y... sueños. ¿No cree, maestro Franklin?

—Parece que conoce la historia de lord de Mowbray.

—Desde luego que un hombre ha de aprender bastantes cosas de su tiempo. Y, viviendo por esta zona, hay pocos secretos de los notables que no se conozcan. No es la primera vez que se cuestiona su título de propiedad sobre sus vastas tierras, querido amigo.

—¿En serio?

—Sí. No podía dejar de pensar en ello hoy mismo —dijo Gerard—, cuando me hacía preguntas con su voz remilgada y tiraba de la lana con sus malditas manos blancas para enseñársela a su dama, que la tocaba con su dedito; y sus hijas, lady Joan y lady Maud, que movían sus cabezas como hembras de pavo real. ¡Lady Joan y lady Maud! —repitió Gerard con un tono de amargo sarcasmo—. No me importa el resto, pero no podía soportar a esas lady Joan y lady Maud. Me pregunto si Sybil las vería.

Entretanto, el señor Trafford había mandado buscar a Sybil. Ella había inferido del mensaje que los invitados ya se habían marchado, y el color de sus mejillas mostraba el alivio con que recibió la noticia. Con su corazón lleno de agradecimiento, lo cual no hacía sino añadir brillo a la luz trascendente que desprendía, se encontró de pronto en medio del jardín con lady Maud y sus amigos. La hija de lord de Mowbray, que no podía pensar en otro motivo que la humildad como causa del gesto de alarma que puso, trató de tranquilizarla con su condescendiente capacidad de adaptación, volviéndose de vez en cuando a sus amigos para alabar con exclamaciones de admiración la belleza de Sybil.

—Nos hemos aprovechado de su ausencia —dijo lady Maud haciendo gala de su tosca ingenuidad— para averiguar todo sobre usted. Qué pena que no la hayamos

conocido cuando estaba en el convento, porque podía haber estado constantemente en el castillo. Desde luego, yo habría insistido en que así fuese. En cualquier caso, he oído que somos vecinas. Debe prometerme que vendrá a visitarme; tiene que venir, desde luego. ¿No es preciosa? —añadió en un inconfundible aunque más bajo tono de voz a su amiga—. Sabes que creo que hay mucha belleza en las órdenes inferiores.

El señor Mountchesney y lord Milford soltaron algunos insípidos cumplidos, acompañados de elocuentes miradas que no dejaban lugar a equívocos. Sybil no dijo una palabra, pero respondió a cada andanada de frases hechas con una fría reverencia.

Sin desanimarse por la actitud algo hosca de Sybil, que lady Maud atribuía a su recién estrenada libertad, a su ignorancia del mundo, a la vergüenza que le producía la abrumadora condescendencia que ejercía sobre ella, la voluntariosa y melindrosa hija de lord de Mowbray trató de ganarse la confianza de Sybil. Intentaba transmitirle que descender, como ella estaba haciendo, desde su superioridad no era una mera cortesía pasajera del momento, sino que obedecía a un sentimiento de favor y protección hacia ella en el que podía confiar realmente.

—Tiene que venir a verme —dijo lady Maud—. No estaré contenta hasta que me haya visitado. ¿Dónde vive? Iré a buscarla yo misma en mi carruaje. Vamos a fijar una cita inmediatamente. Déjeme ver; hoy es sábado. ¿Qué me dice del próximo lunes?

—Se lo agradezco —dijo Sybil con mucha solemnidad—, pero yo nunca salgo de casa.

—¡Qué encanto!, ¿verdad? —exclamó lady Maud volviéndose hacia sus amigas—. Sé perfectamente cómo se siente. Pero realmente no tiene que avergonzarse lo más mínimo. Seguramente se sentirá extraña al principio, pero luego yo estaré allí. Y usted sabe que la considero como protegida mía.

—¡Protegida! —dijo Sybil—. Vivo con mi padre.

—¡Querida! —dijo lady Maud volviéndose para mirar a lord Milford—. ¿No es cándida?

—¿Es usted la persona que se encarga de cuidar estas bellas flores? —preguntó el señor Mountchesney.

Sybil hizo un gesto negativo y añadió:

—El señor Trafford está muy orgulloso de ellas.

—Tiene que ver las flores del castillo de Mowbray —dijo lady Maud—. No hay nada igual ¿verdad, señor Milford? El otro día dijo que eran casi iguales a las de la señora Lawrence. Me encanta que sea amante de las flores —siguió diciendo lady Maud—. Mowbray le parecerá tan delicioso. ¡Ah! Mamá nos está llamando. Ahora fijemos la fecha, ¿el lunes?

—De verdad —dijo Sybil—, nunca salgo de casa. Pertenezco a una orden inferior, y vivo solamente con ellos. Hoy he venido únicamente a pasar unas pocas horas y rendir tributo a mi benefactor.

—Bien, entonces iré a buscarla yo misma —dijo Maud encubriendo su sorpresa y

mortificación con una salida airosa que no significase derrota.

—También iré yo —se sumó Mountchesney.

—Y yo —dijo desde atrás, en voz más baja, lord Milford.

El grupo de personajes distinguidos había desaparecido. Su birlocho reluciente, sus caballos que hacían corvetas, sus alegres criados, todo se había desvanecido y ya no se oía el ruido de las ruedas de los carruajes. El tiempo había volado. Una campana anunció que el trabajo de la semana había terminado. En la fábrica del señor Trafford se daba siempre medio día de fiesta el último día de la semana; y cada trabajador y trabajadora recibía su sueldo en la gran sala antes de marcharse de la fábrica. De esta forma se evitaban los caros y perjudiciales hábitos que se derivaban de pagar los sueldos en las tabernas. Este sistema tenía, además, otra gran ventaja para los trabajadores, porque recibían sus salarios con bastante antelación para acudir a los mercados de la comarca y hacer sus compras. No tenían que correr a pagar sus deudas a los tenderos, y ganaban mucho en comodidad y en bienestar. El señor Trafford pensaba que junto al nivel del salario que se pagaba, lo más importante era prestar atención al método de pago; y aquellos de nuestros lectores que puedan haber leído o recuerden las imágenes, en nada exageradas o falseadas, que hemos contado en la primera parte de este volumen sobre las distintas formas en que se paga a las clases trabajadoras por su duro esfuerzo, estarán probablemente de acuerdo con el sensible y virtuoso magisterio de Walter Gerard.

A esta hora, Walter Gerard, acompañado de su hija y de Egremont, va camino de su casa. Es una agradable tarde de verano; los rayos del sol aún doran el sosiego del paisaje, los pastos verdes donde pacen las vacas, los bosques donde resuena el canto alegre del zorzal y del mirlo, y en la distancia, todavía iluminado por el sol, el regazo elevado del páramo de color cárdeno. Por fin una vista agradable y unos sonidos renovadores después de un día de trabajo entre las paredes y el incesante y monótono ruido metálico del huso y la lanzadera. Así es como lo sentía Gerard mientras estiraba sus músculos al aire libre y respiraba su fragancia.

—Yo estoy hecho para esto, Sybil —exclamó él—, pero olvídale, mi niña, olvídale; cuéntame más cosas de tus visitantes distinguidos.

A Egremont el paseo se le antojaba demasiado corto. Afortunadamente, desde la curva del valle no se divisaba la cabaña hasta que el caminante se encontraba a menos de cien metros de ella. Cuando la vieron, un hombre salió del jardín para recibirlos. Sybil dio un grito de satisfacción, era Morley.

## Capítulo 9

Morley saludó a Gerard y a su hija con gran calidez y luego miró a Egremont.

—Estuvo con nosotros en las ruinas de la Abadía de Marney —dijo Gerard—. Nuestro amigo Franklin y tú deberíais conoceros, Stephen, porque compartís una misma vocación. Es periodista como tú y va a ser nuestro vecino, y el tuyo, durante algún tiempo.

—¿Puedo preguntarle para qué periódico trabaja? —inquirió Morley.

Egremont se sonrojó, confundido, y luego contestó:

—No me merezco el distinguido título de periodista. No soy más que un reportero, y tengo una tarea especial que hacer aquí.

—¡Vaya! —dijo Morley, y luego, cogiendo a Gerard del brazo, se alejó andando con él, dejando atrás a Egremont y a Sybil.

—Lo he encontrado, Walter.

—¿A quién, a Hatton?

—No, no, al hermano.

—¿Y qué sabe él?

—Poco, pero algo. Nuestro hombre vive y prósperamente. Eso es lo único que sé. Dónde o qué hace, de eso no hay pistas.

—¿Y su hermano no puede ayudarnos?

—Al contrario, buscaba información a través de mí. Él es un bárbaro, bastante peor de lo que podamos imaginar que es la degradación del pueblo. Lo que sí es seguro es que nuestro hombre existe y que le va bien en el mundo. Le envía una aportación de dinero a su hermano, y no pequeña. He examinado los matasellos de sus cartas y cambian de lugar, evidentemente con la intención de despistar. Me temo que pensarás que no he hecho gran cosa, pero te aseguro que me ha costado lo suyo.

—No lo dudo. Y estoy seguro, Stephen, de que has hecho todo lo que has podido. Me imaginaba que iba a saber de ti hoy. ¿Sabes qué ha ocurrido? El propio Milord, su familia y cortejo han estado en la fábrica visitando los talleres, y yo tuve que enseñárselos. Extraño, ¿verdad? Cuando terminé, me ofreció dinero. Cuánto, no lo sé, porque no quise mirarlo, aunque seguramente sería lo mismo que yo le pago por el arriendo, ¿verdad? Pero yo le señalé con el dedo la caja de beneficencia y él, con su exquisita mano, depositó el dinero allí.

—Es muy extraño. ¿Y has estado cara a cara con él?

—Cara a cara. Si me hubieras traído noticias de los papeles, habría pensado que la mano de la providencia tenía algo que ver en ello, pero tal como está ahora la situación, seguimos perdidos.

—Seguimos perdidos —repitió Morley musitando algo—; pero él vive y prósperamente. Ya verás cómo aparecerá, Walter.

—¡Dios te oiga! Desde que te has hecho cargo de esto, Stephen, es extraño lo mucho que siento el deseo de que este viejo asunto se solucione. Y, sin embargo,

arruinó a mi padre, y tal vez haga lo mismo con su hijo.

—No pensemos en ello —dijo Morley—. Ahora vamos a pensar en otra cosa. Ya te puedes figurar lo cansado que estoy. Creo que me voy a dormir; tienes visitas.

—No, de ninguna manera, hombre. Este Franklin es un tipo simpático. Creo que te va a caer bien. Te ruego que entres. A Sybil no le va a gustar que te despidas así, después de una ausencia tan larga, y a mí estate seguro de que tampoco.

Así pues, los dos entraron juntos.

La velada la pasaron charlando de distintos temas, aunque a menudo desembocaban en el tema recurrente de las conversaciones en casa de Gerard: las condiciones de vida del pueblo. Lo que Morley había visto en su última excursión proporcionaba material para hacer muchos comentarios.

—El sentimiento de orgullo nacional está desapareciendo entre las clases trabajadoras de este país —dijo Gerard—. Ha dejado de ser algo grande, la nación ya no existe.

—Pero hay formas de hacerlo revivir —replicó Egremont—. Las hemos visto hoy. Démosle a la gente hogares, y tendrán una idea amable y bondadosa de que su hogar es la nación. Si todos los hombres hicieran como el señor Trafford, cambiaría la situación del pueblo.

—Pero no todos los hombres actúan como el señor Trafford —dijo Morley—. Requiere un sacrificio de uno mismo que no puede esperarse, que es antinatural. No es la influencia de un individuo lo que puede renovar la sociedad, es gracias a un nuevo ideal como debemos reconstruirla. Tú lamentas la desaparición de la idea de hogar-nación. No estaría desapareciendo si mereciese la pena conservarla. El principio de una nación-hogar ha cumplido su propósito. La irresistible ley del progreso pide que se cree otro. Llegará, puede adelantarse o retrasarse, pero no se podrá impedir que llegue. Vendrá indefectiblemente igual que se crea un organismo natural. En el estado actual de la civilización y con los medios científicos de progreso material que tenemos a nuestro alcance, la noción de hogar ha quedado obsoleta. La noción de hogar-nación es una idea cruel, que era útil en una época más inhumana. La idea de hogar entraña aislamiento y, por tanto, es antisocial. Lo que queremos es la comunidad.

—Está muy bien —dijo Gerard—. Y me atrevo a decir que tienes razón, Stephen, pero me gusta salir a estirar las piernas en mi propio hogar.



## Capítulo 10

El tiempo transcurre de un modo pausado y memorable durante el primer período de nuestra estancia en un nuevo lugar, entre nuevas personas y nuevos hábitos. Cada persona, cada incidente, cada sentimiento conmueve y moviliza la imaginación. La mente inquieta crea y observa al mismo tiempo. Hay pocos dichos populares tan erróneos como ese que dice que cuando el tiempo pasa lentamente, la vida es aburrida. Con frecuencia suele ocurrir lo contrario. Si volvemos la vista atrás hacia esos pasajes de nuestra vida que más huella han dejado en nuestra memoria, comprobaremos que son períodos breves presididos por la acción y las nuevas sensaciones. Así le sucedió a Egremont durante los primeros días de su nueva residencia en Mowedale. La primera semana le pareció todo un siglo. Al final del primer mes, empezó a deplorar la suavidad con que pasaba el tiempo y casi a moralizar sobre la brevedad de la existencia. Descubrió que llevaba una vida completamente feliz, pero de una notable sencillez. Deseaba que no acabara nunca, pero sentía dificultades para comprender cómo los primeros días que vivió allí le parecieron tan extraños, casi tan extraños como dulces. Si el día comenzaba temprano, lo empleaba en leer —libros que solía prestarle Sybil Gerard—, algunas veces en dar un paseo con ella y con Morley, que disponía de su propio tiempo, hasta algún lugar especial de los alrededores, o en practicar la pesca en el río, un deporte que Egremont dominaba. Por la noche iba invariablemente a casa de Gerard, bajo cuyo humilde techo encontraba todo el encanto femenino que le fascinaba, y toda la conversación que estimulaba su inteligencia. Gerard era siempre el mismo: apasionado, sencillo, con una profundidad de sentimiento y una originalidad en su manera de pensar sobre los temas que abordaban, con una grandeza de espíritu y de ideas que contrastaban con su posición social, pero que pertenecían a su manera de ser. Sybil hablaba poco, pero se quedaba absorta escuchando a su padre. Sin embargo, una y otra vez sus palabras lo cautivaban y reforzaban en él la convicción de que su viva inteligencia era tan notable como el casi sagrado sosiego de su semblante y de sus gestos. A Morley al principio Egremont lo veía con frecuencia. Le dejaba libros a nuestro amigo sobre las cuestiones que siempre le habían interesado, y que este leía con gran deseo de ilustrarse y de reflexionar sobre las nuevas teorías sumamente interesantes que contenían. Pero, a medida que pasó el tiempo, bien porque aumentaron las ocupaciones de Morley, bien porque sus compromisos le dejaban menos ocasiones para dedicárselas a las relaciones sociales, a Morley se le veía menos —excepto en la cabaña de Gerard, donde era posible encontrarlo de semana en semana— y apenas iba ya a pasear con él.

En su soledad Egremont meditaba mucho sobre la hija de Gerard, pero sus sueños, lejos de ser precisos y definidos, eran más bien placenteros y vagos. Todo lo que se preguntaba era si la vida que llevaba ahora iba a durar siempre, porque no deseaba que nada cambiara. Y, al igual que los hombres que se solazan al sol de

verano rodeados de cosas preciosas y brillantes se resisten a creer que las estaciones tienen que cambiar, que algún día las resplandecientes hojas de los árboles se pondrán a temblar y se caerán, que el hielo cubrirá lo que ahora son espumeantes aguas, o que el cielo ahora azul y sereno se teñirá de tristeza y melancolía, también Egremont se aferraba a la convicción de que no iban a producirse cambios con el tiempo.

Sumido en estos pensamientos, y una vez que los primeros días de octubre habían pasado sin que él se diese cuenta, ocurrió un incidente que vino a sacarlo de su retiro, ya que le obligaba a dejarlo inmediatamente. Egremont había confiado el secreto de su lugar de residencia a un criado fiel que se comunicaba con él cuando era necesario bajo un nombre supuesto. Por medio de este conducto recibió una carta que su madre le escribía desde Londres, adonde acababa de llegar, en la que se le rogaba que se reuniera con ella con urgencia para un tema de la mayor importancia para ambos. Una petición formulada en estos términos, de la persona que siempre había sido amable con él y de la amiga leal, no podía desoírse ni por un momento. Egremont lamentaba que ya hubiera pasado un cierto tiempo desde que se había emitido el mensaje, así que decidió abandonar Mowedale con premura, sin poder consolarse con la perspectiva de un retorno inmediato. El Parlamento iba a reunirse el mes siguiente, y con independencia de la causa desconocida que le convocaba sin dilación a la ciudad, sabía a ciencia cierta que le esperaba un asunto muy desagradable que no admitía demora. Había decidido que no iba a tomar posesión de su escaño sin haber satisfecho previamente los gastos de su campaña electoral. Pero como no esperaba la ayuda de su hermano y no pretendía bajo ningún concepto recurrir de nuevo a la ayuda económica de su madre, el futuro se le presentaba bastante oscuro. Tanto es así que solo gracias a la frecuente presencia y la constante influencia de Sybil había alejado de su mente la innoble melancolía que acompaña invariablemente, si no lo remedia la imaginación, a los apuros económicos.

Y ahora él iba a alejarse de ella. El hecho, más bien la catástrofe, que ya no podía posponerse bajo ninguna circunstancia, iba a precipitarse. Caminó hasta la cabaña para despedirse de ella y decir unas palabras amables a su padre. Sybil no estaba. La vieja señora que cuidaba de la casa le informó que Sybil se encontraba en el convento, pero que volvería por la noche. Era imposible marcharse de Mowedale sin ver a Sybil, pero era igualmente imposible demorar su partida. Solo si viajaba por la noche podría recuperar las horas perdidas. Así pues, Egremont hizo los preparativos del viaje y se dispuso a esperar con ansiedad e impaciencia su última noche allí.

Al igual que le sucedía a su corazón, la noche no estaba en calma. Había desaparecido el dulce viento que durante tantos días los había acompañado, como un visitante estival reacio a partir pese a la llegada del otoño. Soplaba un viento frío y áspero que congelaba el cuerpo y crispaba los nervios. En sus ráfagas había desdicha y en su gemido aflicción. Egremont se sentía infinitamente desanimado. El paisaje al que había mirado con amor y alegría era ahora duro e insípido; los árboles estaban abatidos, las plomizas aguas, inmóviles, las lejanas colinas, hoscas y ásperas. ¿Dónde

estaba ese cielo transparente que una vez resplandeció como su sueño de amor, dónde los bosquecillos que bullían con el calor de los aromas por los que le encantaba deambular y meditar; dónde ese río de luz suave y centelleante cuyas aguas fluían y refulgían como el curso de sus horas mágicas? Todo se había desvanecido al igual que sus sueños.

Se quedó de pie delante de la puerta de la cabaña de Gerard. Se acordaba de la noche que había visto por primera vez aquel jardín iluminado por la luna. ¡Qué desenfadados y locos pensamientos cruzaron por su mente entonces! Ahora se habían marchado como la luz de aquel momento. La naturaleza y la fortuna habían cambiado al unísono. Presintiendo el dolor, con un instinto profético del mal, abrió la puerta y la primera persona que se encontró fue Morley.

Egremont no lo había visto en algún tiempo, y su forma cordial de saludar esa noche a Egremont contrastaba con la frialdad, por no decir con la distancia, que para desdicha y, en ocasiones, perplejidad de Egremont, había ido creciendo entre ellos poco a poco. Sin embargo, no había momento en que hubiese deseado menos su presencia que aquel. Cuando Egremont entró en la casa, Morley estaba hablando con gran resolución. Tenía en la mano un periódico, y se había detenido a comentar un párrafo de un artículo. Al oír el nombre de Marney, Egremont se quedó algo pálido y dubitativo en el umbral. Sin embargo, la bienvenida despreocupada de sus amigos le devolvió la confianza en sí mismo y, un momento después, hasta se atrevió a preguntarles sobre el tema de su conversación. Morley hizo referencia inmediatamente a lo que acababa de leer en el periódico:

#### EXTRAORDINARIA CACERÍA EN EL COTO DE MARNEY

El miércoles, en una pequeña colina, llamada Los Cuernos, cerca de la Abadía de Marney, el ilustrísimo duque de Fitz-Aquitania, el conde de Marney, el coronel Rippe y el capitán Grouse, durante las cuatro horas que duró la cacería, se cobraron el extraordinario número de setecientos treinta y cinco piezas; concretamente, trescientas treinta y nueve liebres, doscientos veintiún faisanes; treinta y cuatro perdices, ochenta y siete conejos; y al día siguiente se recogieron más de cincuenta liebres, faisanes, y otras piezas (que habían resultado heridas el día anterior). El conde de Marney y el capitán Grouse estuvieron ausentes una hora y media, de las cuatro que duró la cacería, debido a su participación en una convención agrícola que tenía lugar en la comarca. El noble conde, con su habitual generosidad, se ofreció a entregar personalmente los diversos trofeos a los agricultores cuya buena conducta les había hecho merecedores de tales galardones.

—¿Qué piensas de eso, Franklin? —dijo Morley—. Ese es nuestro respetable amigo de la Abadía de Marney, donde nos encontramos por primera vez. No conoces esta parte del país, porque de lo contrario te reirías de la considerable condescendencia con que trata a la gente el peor terrateniente de Inglaterra. Parece ser, además, que un día después de su batida, como la llaman, estaba ya ocupado en otros asuntos. —Y Morley pasó la página, y leyó otro párrafo:

En las Sesiones de la Audiencia que han tenido lugar en la posada Green Dragon, en Marney, viernes, octubre, 1837.

Magistrados presentes; el conde de Marney, el reverendo Félix Flimsey y el capitán Grouse.

El fiscal denuncia a Rober Hind por traspasar las lindes de la propiedad de sir Vavasour Firebrace, de Bart,

durante la persecución de una pieza de la cacería que tuvo lugar en Blackrock Wood. Entre las pruebas encontradas, se requisaron varios cables en el bolsillo del acusado. El acusado fue multado con la cantidad máxima de cuarenta chelines y siete chelines con veinte más para pagar las costas del proceso. La opinión del jurado fue que no existían atenuantes, ya que Hind trabaja regularmente como agricultor y ganaba siete chelines a la semana. Puesto que el defendido no ha podido hacerse cargo del pago de la multa, se le ha enviado a la prisión de Marham para cumplir una condena de dos meses.

—¡Vaya, qué lástima! —dijo Morley—. Creo que Robert Hind, en vez de dedicarse a robar la liebre, habría hecho mejor en coger una de las heridas que se arrastraban por el campo un día después de la batida. Habría sido mejor para él y, teniendo mujer y familia, también para su gente.

—¡Oh! —dijo Gerard—, dudo que no fuesen recogidas todas por el pollero que han contratado para eso, ni siquiera los normandos vendían las piezas cazadas.

—La cuestión es —siguió Morley— si es preferible ser cruel o mezquino, esa es la alternativa que ofrecen la realeza y la nobleza pseudonormanda de Inglaterra. Donde he estado últimamente, hay un comerciante de la calle Bishopsgate al que se ha investido, sin motivo público aparente, con la categoría de conspicuo barón. Ni siquiera Bigod y Bohun aplicaron el reglamento de montes con tanta severidad como este comerciante de algodón e índigo.

—Es una cuestión difícil de tratar este asunto de las leyes de caza —dijo Egremont—. ¿Cómo atajar el problema? ¿Le absolveríais de la ofensa de allanamiento de la propiedad? Y, si es así, ¿entonces como se protegería la propiedad?

—La cosa se reduce a un único punto —dijo Morley—, los valedores del derecho territorial deben entender que no pueden beneficiarse al mismo tiempo de las ventajas de tener una granja y de los placeres de una cacería.

En ese momento entró Sybil. Al verla, el recuerdo de que estaba a punto de marcharse casi abrumba a Egremont. El poder soberano que ejercía ella sobre su espíritu se le reveló al instante y nada, salvo la presencia de otras personas, le hubieran impedido declararle la pasión que le profesaba. Su mano tembló al tocar la de ella, y su mirada inquieta pero buscando sus ojos, hubiera penetrado en su alma serena. Gerard y Morley, algo apartados, prosiguieron su conversación. Mientras tanto, Egremont, que se encontraba muy próximo a Sybil, intentó reunir el valor para expresarle su triste adiós. Fue en vano. Si hubiese estado solo tal vez le hubiera salido una despedida apasionada, pero se sentía atenazado por la presencia de los demás y le venció la vergüenza. Empezó a actuar al mismo tiempo tierna y desconcertadamente, preguntando por temas y repitiendo cuestiones que ya se habían respondido. Sus pensamientos vagaban lejos de su conversación, pero no de ella, con quien debería haber conversado. Una vez sus ojos se encontraron, y Sybil observó que los de él estaban inundados de lágrimas; en otro momento, él se dio la vuelta y advirtió la mirada de Morley, que apartó de inmediato, pero no fue fácil de olvidar.

Poco después de esto, pero antes de lo que hubiera deseado, Morley se levantó y les deseó buenas noches. Le dio la mano a Egremont y se despidió de él con cierta

brusquedad. *Harold*, que parecía medio dormido, de pronto se levantó del lado de su dueña y se puso a ladrar nerviosamente. *Harold* nunca era muy amistoso con Morley, que al verlo intentó tranquilizarlo, pero fue en vano. El perro lo miró con fiereza y volvió a ladrar, pero después de haberse marchado Morley, *Harold* volvió a su postura habitual de orgullosa amabilidad, y acercó su nariz a la mano de Egremont para que este lo acariciase con cariño.

Egremont se sintió muy aliviado una vez que Morley se hubo marchado, aunque la tarea que quedaba pendiente era aún un doloroso esfuerzo. Se levantó y se puso a andar por un momento de un lado a otro de la habitación, comenzó una oración sin terminar, se acercó a la chimenea y se apoyó en la repisa y, luego, extendiendo su mano hacia Gerard, exclamó con una voz trémula:

—Mis queridos amigos. Debo abandonar Mowedale.

—Lo lamento mucho —dijo Gerard—; ¿y cuándo?

—Ahora mismo —dijo Egremont.

—¡Ahora! —dijo Sybil.

—Sí, al punto. Me requieren urgentemente algunos asuntos. Debería haberme marchado esta mañana. Vine para despedirme de ustedes —dijo mirando a Sybil—, y expresarles cuán profunda es la deuda que he contraído con su generosidad. ¡Cómo voy a extrañar estos días, los más felices que he conocido! —y su voz se quebró—. También vine para decirle, amigo mío, que espero que nos volvamos a encontrar pronto, pero su hija no estaba, y no podía marcharme de Mowedale sin ver a ninguno de ustedes. Así que me he visto obligado a alargar mi partida hasta la noche.

—Bien, vamos a perder a un vecino muy agradable —dijo Gerard—. Lo vamos a echar de menos, sin duda, ¿verdad, Sybil?

Pero Sybil había girado la cabeza. Inclined hacia delante, parecía estar acariciando a *Harold* en silencio.

Cuánto habría deseado Egremont haberle propuesto que se escribieran, haberle ofrecido sus servicios cuando se presentase la ocasión; haberle dicho o sugerido muchas cosas que hubieran alimentado su relación o su amistad, pero avergonzado por su secreto y por su consiguiente engaño, no podía hacer más que expresarle lo mucho que sentía tener que partir y hablarle vaga y casi misteriosamente de su deseo de un nuevo y pronto encuentro. Tendió de nuevo su mano hacia Gerard, que la estrechó afectuosamente. Luego, aproximándose a Sybil, Egremont dijo:

—Me ha mostrado su gentileza en mil y una ocasiones, que yo atesoro —y añadió en voz baja— por encima de todo. ¿Aceptaría que este libro que le entrego reposase en su mesa? —y le ofreció a Sybil una traducción al inglés de Thomas de Kempis, ilustrada con algunos grabados que eran obras maestras. En su frontispicio había escrito: «Para Sybil, de un amigo leal».

—Lo acepto —dijo Sybil con la voz trémula y con el rostro más bien pálido— en recuerdo de un amigo. —Le tendió la mano a Egremont, que la retuvo un instante y, luego, inclinándose ante ella, la llevó hasta sus labios. A toda prisa, y con el corazón

en vilo, se disponía a cruzar el umbral para salir de la cabaña cuando sintió que algo le tiraba desde atrás. Se dio la vuelta. El sabueso lo había agarrado por el abrigo y lo miraba desde abajo con una expresión de afectuosa reconvención para que no se marchase. Egremont se arrodilló, acarició a *Harold* y se soltó de sus dientes.

Cuando Egremont se marchó de la cabaña una espesa capa de niebla blanca envolvía el paisaje y, si no hubiese sido por las enormes sombras negras que a él se le antojaban copas de árboles, hubiera sido difícil distinguir la tierra del cielo. A medida que avanzaba, la niebla ganaba en espesor, e incluso esas referencias improbables amenazaban con desaparecer. Tenía que caminar hasta Mowbray para coger allí el tren nocturno a Londres. No podía perder un momento, pero la inesperada oscuridad que crecía a cada paso hacía más pausada y arriesgada la marcha. La proximidad del río lo obligaba a meditar cada zancada que daba. De acuerdo con sus cálculos había avanzado hasta casi la altura de su antigua residencia y, pese a la osadía de la juventud y al hecho de que a esa edad se hace intolerable la molestia de abandonar un esfuerzo, consideraba la conveniencia de renunciar esa noche a su intento de llegar a Mowbray y volver a su refugio. Se detuvo, al igual que se había detenido varias veces anteriormente, para reflexionar más que para observar. La niebla era tan espesa que no alcanzaba a verse ni su propia mano extendida. No era la primera vez que sentía que alguien o algo lo seguía por detrás.

—¿Quién anda ahí? —exclamó Egremont. Pero nadie respondió.

Se movió un poco, pero muy despacio. Estaba seguro de que oía pisadas cerca. Volvió a hacer la misma pregunta más alto, pero no obtuvo respuesta. De nuevo se detuvo. De pronto algo lo agarró por detrás, una zarpa de hierro le cogió por la garganta y una mano de acero le atenazó el brazo. El ataque repentino le hizo caminar a toda prisa. La violencia del sonido de las aguas le avisaba de que se aproximaba a una zona del río con raudales que formaba un bancal de afiladas piedras. Con fuerza, y a la desesperada, Egremont cayó al suelo como un animal acosado de muerte por una bestia que ha hecho presa en él, pero sus pies se agarraron a la tierra como sostenidos por alguna fuerza magnética. Con el brazo libre luchó cuerpo a cuerpo con su misterioso e invisible enemigo.

En ese instante oyó el aullido profundo de un mastín.

—¡*Harold!* —gritó.

El perro, invisible, saltó hacia delante y agarró al asaltante. Fue tan violento el impulso que Egremont tropezó y, al caer al bancal, se liberó de su oscuro enemigo. Pasó un rato hasta que, aturdido y exhausto, volvió a ser él mismo. La dirección del viento había cambiado repentinamente, y una fuerte ráfaga había disuelto la niebla que, en algunas zonas dejaba entrever de nuevo la silueta del paisaje. A sus pies corrían los rápidos del río Mowe, en los que una luna acuosa proyectaba una luz débil e intermitente. Egremont yacía tumbado a la orilla del bancal del río, *Harold* se había tumbado encima y lo miraba jadeante, lamiéndolo de vez en cuando con su lengua que, pese a no estar preparada para articular palabra, había hablado tan

oportunamente en el momento del peligro.

FIN DEL LIBRO TERCERO

## Libro IV



# Capítulo 1

—¿Vas al Parlamento, Egerton? —preguntó el señor Berners en el club Brookes a un colega diputado, a las cuatro en punto, a comienzos de la primavera de 1839.

—En cuanto le ponga el sello a esta carta, si quieres, podemos ir juntos caminando.

Y unos minutos más tarde salieron del club.

—A nuestros muchachos les ha entrado un cierto susto con la cuestión jamaicana —dijo Egerton en voz baja, como si tuviese miedo de que cualquier paseante pudiera oírle—. No digas nada pero hay un cabo suelto.

—¿Qué diablos! ¿Qué quieres decir?

—Dicen que los radicales nos van a derrotar.

—Habladurías, habladurías. Media docena de veces ya han amenazado con hacerlo. Humo, señor; todo terminará en humo.

—Eso espero; pero sé, y te prevengo por la confianza que te tengo, que lord John dijo ayer algo al respecto.

—Eso puede ser. Creo que nuestros muchachos están profundamente hartos del asunto. Y tal vez se alegren de que les den una excusa para derrotar al gobierno. Pero no debemos dejar que Peel sea nombrado primer ministro, porque nada podría impedir que disolviera la Cámara.

—Sus amigos se atreven a pronosticar que Peel no disolvería el Parlamento si fuese elegido.

—¿Como para creerle!

—Dicen que considera que ya ha disuelto demasiadas veces.

—¿Cómo es eso? Después de todo, no le han perjudicado tanto. Incluso la del año 34 fue un éxito.

—Quienquiera que disuelva —dijo Egerton—, no creo que consiga una mayoría de ninguna manera.

—Hemos visto cosas extrañas —dijo el señor Berners.

—Nunca pensarían en romper el gobierno sin elegir a sus pares —dijo el señor Egerton.

—La reina no está del todo a favor de nombrar más pares, y cuando hay el actual equilibrio de fuerzas entre los partidos, la soberana deja de ser una mera observadora real.

—Dicen que a Su Alteza le impresiona más el asunto ese de los cartistas que cualquier otro —dijo el señor Egerton.

—Son bastante raros; pero por lo que a mí respecta, no estoy particularmente asustado de que haya una revuelta de campesinos.

—No, si se produce un estallido, pero una resistencia organizada y pacífica de los campesinos es algo completamente distinto. Cuando veo una asamblea que se reúne habitualmente en Londres y que mantiene reuniones diarias en palacio; y veo también

que hay una corriente de opinión general en el país para frenar el consumo de los artículos sujetos a impuestos, no puedo dejar de pensar que este asunto es más grave de lo que imaginas. Me consta que el gobierno entero está en estado de alerta.

—¡Justo los muchachos que queríamos! —exclamó lord Fitz-Heron, que se apoyaba en el brazo de lord Milford, y que se encontró con el señor Egerton y su amigo en Pall Mall.

—Estamos buscando a una pareja de pares —dijo lord Milford—. Vosotros dos os emparejaríais para el pacto de abstención en las votaciones.<sup>[5]</sup>

—Debo ir a la Cámara —dijo el señor Egerton—, pero voy a ausentarme desde las siete y media hasta las once.

—Me acabo de poner de acuerdo con Ormsby en el club White —dijo Berners—, no hace ni media hora. Ambos vamos a ir a cenar a Eksdale, así que lo hemos arreglado. ¿Tenéis alguna noticia de hoy?

—Nada, excepto que dicen que Alfred Mountchesney va a casarse con lady Joan Fitz-Warene —replicó lord Milford.

—Ha estado dando largas a tantos —señaló el señor Egerton.

—Siempre ocurre lo mismo con estas grandes herederas —añadió su compañero—. Nunca se casan. No pueden soportar la idea de compartir su dinero. Apuesto a que lady Joan nos presentará a algún otro nuevo sujeto con más dinero que Creso.

—Bueno, Egerton, nos acabas de arruinar el emparejamiento —dijo Fitz-Heron—. ¿No cenarás en casa de Sidonia por casualidad?

—¡Ojalá lo hiciera! Vais a tener los platos más suculentos y los mejores invitados. No, yo ceno en casa del viejo Malton; tal vez un *tête à tête*, un whisky escocés y, luego, ¡a contarle las noticias!

—No hay nada mejor que ser un sobrino diligente, especialmente cuando el tío de uno es soltero y tiene una renta de veinte mil al año —dijo lord Milford—. ¡*Au revoir*! Supongo que esta noche no habrá votación.

—De ninguna manera.

Egerton y Berners caminaron juntos un trecho más. Cuando estaban cerca del Golden Ball, una mujer que abandonaba la tienda y que iba a entrar en su carruaje se detuvo al reconocerles. Se trataba de lady Firebrace.

—¡Ah!, señor Berners, ¿cómo está usted? ¡Justo la persona que yo quería ver! ¿Cómo esta lady Augusta, señor Egerton? ¡No tiene ni idea, señor Berners, de cómo le he estado defendiendo!

—¿De verdad, lady Firebrace? —dijo el señor Berners bastante incómodo, pues a él, como tal vez a la mayoría de nosotros, le disgustaba especialmente ser atacado o despreciado—. Es usted demasiado buena.

—¡Ah, a mí no me importa cuál sea el signo político de una persona! —exclamó lady Firebrace con aire de afectuosa entrega—. Debería estar contenta de verle convertido en uno de nosotros. ¡Usted sabe que su padre lo era! Pero si alguien es mi amigo, no toleraré que se le ataque por la espalda en mi presencia sin pelear para

defenderle. Y, ayer por la noche, sin duda, peleé para defenderle.

—Le ruego que me diga dónde fue.

—Lady Crumbleford.

—¡Quién iba a decir que sería lady Crumbleford! —dijo el señor Berners indignado, pero un poco aliviado.

—No, no. Lady Crumbleford se lo dijo a lady Alicia Severn.

—Sí, sí —dijo Berners, un poco pálido, porque le había afectado.

—Pero no puedo detenerme más —dijo lady Firebrace—. Debo encontrarme con lady St. Julians a las cuatro y media exactamente. —Y entró en su carruaje.

—Preferiría encontrarme con cualquier mujer en Londres que con lady Firebrace —dijo el señor Berners—. Me hace sentir incómodo el resto del día. Se dedica a convencerme de que el mundo entero conspira contra mí o me ridiculizan a mis espaldas.

—Es su forma de ser —dijo Egerton—. Ella prueba su fervor hacia ti demostrándote que eres odioso. Es un recurso que tiene mucho éxito con gente de temperamento débil. Asustados por su falta de popularidad, buscan refugio en la única persona que les garantiza el odio de los demás y que, al mismo tiempo, lo cree injusto. Ella hace lo que quiere con la pobre bobalicona de lady Gramshawe, quien siente que lady Firebrace le hace la vida imposible, pero está convencida de que si rompe con la torturadora, pierde a su única amiga.

—Es difícil ver a un muchacho de nuestro tiempo tan alterado como ese hombre que pasa por ahí.

—Quién lo diría por su aspecto. La otra noche pensé que tenía mejor aspecto que nunca.

—¡Oh, no! No por su aspecto, sino por su vida. Fuimos juntos a Christchurch y nos licenciarnos casi al mismo tiempo. Bueno, yo un poco antes. Hizo de todo, y lo hizo bien. Pero ahora ya no se le ve, salvo en la Cámara. No va a ningún sitio, y me dicen que se ha convertido en un lector empedernido.

—¿Crees que pretende un puesto en el gobierno?

—Aún no ha dejado ver sus intenciones.

—Él va como escolta; y su hermano siempre podrá conseguir cualquier cosa que él desee —dijo Egerton.

—¡Oh! Él y Marney no se hablan. Se odian el uno al otro.

—¡Por Júpiter! Sin embargo, ahí está su madre; con ese matrimonio entre ella y la familia Deloraine, ella se convertirá en la dama más respetable.

—Ella es la única mujer válida que tienen los tories. Creo que las demás, desde lady St. Julians hasta tu amiga lady Firebrace, los perjudican. Ojalá tuviéramos de nuestra parte a lady Deloraine. Ella sí que aglutina maravillosamente a sus hombres. Hace que la casa resulte agradable y luego sus maneras son ciertamente exquisitas, naturales y, no obstante, refinadas.

—Lady Mina Blake tiene la idea de que lejos de aspirar a ningún puesto en el

gobierno, el corazón de Egremont no está del todo con su partido; y que si no fuera por la marquesa...

—Le podríamos ganar para nuestra causa, ¿verdad?

—Ejem. De eso ya no estoy tan seguro. Me han dicho que está irritado con la gente.

—¿Por lo del derecho de votar y el sufragio familiar?

—Dios, creo que se debe a una razón completamente diferente. No sé por qué es exactamente, pero tengo entendido que está irritado.

—Pues eso no va mucho con Peel. A él no le gustan los hombres extravagantes. Lo comprendes, ¿verdad, Egerton?

Cuando el señor Egerton y su amigo iban a doblar la esquina de la plaza de Trafalgar con Charing Cross, observaron que los carruajes de lady St. Julians y el de la marquesa de Deloraine estaban alineados costado con costado en medio de la calle. Las dos eminentes estadistas mantenían una conversación seria. Egerton y Berners hicieron una reverencia y sonrieron, pero no llegaron a oír las pocas palabras, no carentes de interés, que se cruzaron entre ellas, y que, no obstante, llegan hasta nosotros.

—Les doy once de ventaja —dijo lady St. Julians.

—Bueno, eso es lo que Charles me ha dicho —dijo lady Deloraine—, que es lo que cree sir Thomas, y él tiene razón normalmente, pero Charles no es el único que tiene esa opinión.

—El señor Thomas, lo sé, les da una ventaja de once —dijo lady St. Julians—. Y eso me gustaría; diremos que son once. Tengo una lista aquí —y elevó ligeramente el mentón, mirando a lady Deloraine de soslayo con ojos provocativos— que prueba que no pueden tener más que nueve, pero esto es muy confidencial; aunque, desde luego, entre nosotras no debe haber secretos. Según la lista del señor Tadpole, que no la ha visto nadie salvo yo, ni siquiera el señor Robert, lord Grubminster ha tenido un ataque al corazón. Lo están escondiendo, pero el señor Tadpole lo ha averiguado. Querían emparejarle para el pacto de abstención con el coronel Fantomme que, al parecer, está muriéndose, pero el señor Tadpole tiene un hipnotizador que ha hecho maravillas por él, y que le ha garantizado que podrá votar. Bueno, eso les da una ventaja de uno.

—Y luego está sir Henry Churton...

—¡Ah, ya lo sabes! —dijo lady St. Julians como levemente humillada—. Sí, votará con nosotros.

Lady Deloraine negó con la cabeza.

—Creo —dijo— que conozco el origen de esa información. Es un error. Estaba de mal humor; lo ha estado durante toda la sesión. Estuvo en casa de lady Alice Fermyn y dijo toda clase de barbaridades. Todo eso es cierto. Pero esta mañana le dijo a Charles en una comisión que iba a votar con el gobierno.

—¡Qué hombre más estúpido! —exclamó lady St. Julians—. Nunca lo he podido

soportar. ¡Y pensar que he enviado a su vulgar esposa y a esa hija suya de ojos de búho una invitación para el próximo miércoles! Bueno, espero que todo se resuelva en una crisis, porque no creo que pueda soportar por más tiempo esta vida de sacrificios perpetuos —añadió lady St. Julians un poco fuera de sí, tanto porque había perdido un voto como porque había descubierto que su amiga y rival estaba mejor informada que ella.

—Esta noche no habrá ocasión para las disensiones —dijo lady Deloraine.

—Eso es fijo —dijo lady St. Julians—. Adiós, mi querida amiga. Creo que nos vemos para cenar, ¿verdad?

—Conspirando —dijo el señor Egerton al señor Berners cuando pasaron junto a las grandes señoras.

—El único consuelo que le queda a uno —dijo Berners— es que si nos dejan fuera, lady Deloraine y lady St. Julians se pelearán, porque quieren la misma cosa.

—Lady Deloraine ganará —dijo Egerton.

En ese momento se encontraron con el señor Jermyn, un joven diputado tory, a quien tal vez el lector recuerde del Castillo de Mowbray, y caminaron juntos. Egerton y Berners intentaron sondearlo sobre las expectativas de sus amigos.

—¿Qué va a hacer Trodgits? —dijo Egerton.

—Creo que Trodgits se mantendrá al margen —dijo Jermyn.

—¿Y con quién crees que votará ese tipo nuevo, el muchacho ese del norte, cómo se llama...? —dijo Berners.

—¡Blugsby! Ah, Blugsby cenó con Peel —dijo Jermyn.

—Nuestros muchachos dicen que las cenas no son buenas —dijo Egerton—. Son ciertamente un maldito aburrimiento, pero puedes estar seguro de que a los burgueses les gustan. Nosotros no organizamos ni la mitad de cenas que ellos. Pero Blugsby es el tipo de persona de la que se puede esperar que cene con Peel, y estoy seguro de que a Peel le tuvieron que recordar que no olvidara tomar vino con él. El otro día Melbourne dio un banquete a algunos de nuestros hombres que, al parecer, quieren atención, y no bebió vino ni con uno solo de ellos. Se olvidó. ¡Me pregunto qué estará ocurriendo en la Cámara! Aquí está Spencer May, él nos lo dirá. Bueno, ¿qué está ocurriendo?

—Es el turno de Wishy, y luego le sigue Washy.

—¿No ha habido disidentes, entonces?

—Ni uno solo. Los polluelos están en el nido para ambas partes.

## Capítulo 2

La mañana del mismo día que Egerton y su amigo, el señor Berners, caminaban juntos hacia la Cámara de los Comunes, como dijimos en nuestro último capítulo, Egremont acababa de visitar a su madre, que se había casado desde el comienzo de esta historia con el marqués de Deloraine, un gran noble que desde siempre le había profesado admiración. El primer fundador de la familia, en los primeros tiempos de nuestra historia, había sido un abogado. El actual lord Deloraine, aunque estaba condecorado con la orden de la Jarretera y había sido vicerrey en las colonias, era solamente el nieto de un abogado, pero de uno que conocía sus cualidades porque había pertenecido al cuerpo de abogados, y había muerto con el grado de ex canciller. La familia había heredado de él un cierto talento. El hijo del abogado había sido un cortesano fiel y había conseguido un puesto en el gobierno que le duró veinticinco años.

Era una máxima de la familia establecer grandes alianzas, de forma que la sangre fuera purificándose poco a poco y los contactos se hicieran siempre con arreglo al grado de poder e influencia. Así pues, fue un gran éxito que en solo dos generaciones con título pudieran conseguir la coronita de marqués. Sin embargo, al hijo del viejo canciller le tocó vivir tiempos convulsos, y emprendió la búsqueda de su deseado objeto con la misma devoción y paciencia con que el almirante lord Anson viajó para encontrar los galeones españoles. Al final, como ocurre cuando los hombres se mantienen firmes y serenos, lo consiguió. El actual marqués, a través de su padre y de su primera esposa, se había unido con las casas más influyentes del reino y tenía una relación de igual a igual. Por su aspecto noble, por la distinción de sus formas, podría haber sido considerado como la personificación de la aristocracia; su entrada en los sitios concitaba todas las miradas y su sonrisa ganaba todos los corazones. También era muy ilustrado y no carecía de buenas informaciones. Había leído un poco, y pensado un poco, y era bajo todo punto de vista un hombre de gran nobleza, tan reconocido por su buen trato con la gente honrada como por la constancia con que había cortejado a la encantadora lady Marney.

Lord Deloraine no era muy rico, pero no tenía apuros económicos y aparentaba poseer una riqueza principesca. Poseía una espléndida mansión familiar con un patio y, en el campo, una finca noble con un parque magnífico, incluyendo un lago muy celebrado, pero con muy pocas granjas alrededor. Sin embargo, los derechos sobre las tierras que había concedido el viejo canciller a sus descendientes le reportaban anualmente unos miles de libras. Su matrimonio con lady Marney era sobre todo un asunto de corazón, pero la constitución de esta importante sociedad marital no rebajaba el esplendor de su posición.

Fue este inminente enlace y la ansiedad que tenía lady Marney por arreglar los asuntos de Egremont antes de que se celebrase dicha unión, los motivos que le habían impulsado a llamarle tan urgentemente desde Mowedale, algo que quizá el lector no

haya olvidado. Y, ahora, Egremont estaba en una de sus visitas diarias a su madre en la casa de los Deloraine.

—Demos una tregua a la política, mi querido Charles —dijo lady Marney—, debes de estar cansado ya de mis preguntas. Además, yo no veo esos asuntos de forma tan esperanzada como la que suelen tener algunos de nuestros amigos. Yo soy una de esas personas que piensa que la manzana no está madura. Estos hombres seguirán tambaleándose, y por más tiempo del que imaginan ellos. Quiero hablarte de algo muy distinto. Mañana, mi querido hijo, es tu cumpleaños. Cómo lamentaría que lo pasases sin recibir algo de tu madre que te mostrase el mucho cariño que le tiene a esta conmemoración. Pero de todas las tonterías del mundo, la más tonta es un regalo que no es deseado. Es posible que arruine un poco la sorpresa pero, si te pido directamente que me ayudes a buscar algo que realmente sea de tu gusto, realzará el regalo.

—Pero, mi querida madre, ¿cómo puedo ayudarte? —dijo Egremont—. Has sido siempre tan amable y tan generosa que realmente no ansío nada.

—Oh, Charles, no puede ser que seas un hombre tan afortunado que no desees nada —dijo lady Marney con una sonrisa—. Tienes ya un neceser; tus habitaciones están suficientemente amuebladas, hasta ahí llego; pero hay cosas que siempre piden los hombres de las cuales no sé nada, como caballos y escopetas. Seguramente querrás un caballo o una escopeta, Charles. Bien, puedes tener lo que quieras, lo mejor, lo más valioso que pueda comprarse con dinero; o una berlina, Charles, ¿qué te parece una nueva berlina? ¿No te gustaría que Barker fabricara una berlina a tu medida?

—Eres demasiado buena, querida madre. Tengo caballos y escopetas; y el carruaje que tengo es el único que quiero.

—Entonces, ¿no me vas a ayudar? Estás decidido a que haga algo muy estúpido. Pues no te quepa duda de que te voy a regalar algo.

—Bien, querida madre —dijo Egremont sonriendo y mirando a su alrededor—, dame algo que está aquí.

—Escoge pues —dijo lady Marney, y dio un rodeo con la mirada alrededor de las paredes de raso azul de su casa, cubiertas con cuadros de galería exquisitamente artísticos, y luego, hacia las mesas repletas de juguetes preciosos y fantásticos.

—Sería un saqueo, mi querida madre —dijo Egremont.

—No, no. Tú lo has dicho, escoge algo ahora mismo. ¿Quieres esos jarrones? —y ella señaló unos ejemplares de porcelana de Sèvres casi inigualables.

—Están demasiado perfectos ahí para cambiarlos de sitio —dijo Egremont—, no quedarían bien en mis tranquilos salones. Si me lo permites, preferiría escoger un cuadro.

—Entonces, elige uno ahora mismo. No hago ninguna excepción, salvo ese Watteau, pues me lo dio tu padre antes de casarnos. ¿Quieres ese Cuyp?

—Yo prefiero ese —dijo Egremont, y señaló al retrato de una santa pintado por

Allori. Era el rostro radiante y, no obstante, solemne de una preciosa jovencita de elegantes rizos de oro tostado, con grandes ojos oscuros como la noche, orlados por pestañas de ébano que caían sobre unas resplandecientes mejillas.

—¡Ah! ¡Escoges ese! Bueno, ese era un gran favorito del pobre sir Thomas Lawrence. Nunca he conocido a nadie que se le parezca lo más mínimo, y estoy segura de que tú tampoco.

—Me recuerda a alguien —dijo Egremont como para sí mismo.

—Que has soñado —continuó lady Egremont.

—Tal vez sí —dijo Egremont—. Sí, creo que ha debido de ser un sueño.

—Bueno, pues podrás tener esa visión cerca de tus ojos —dijo su madre—. Mañana mismo encontrarás este retrato encima de tu chimenea en Albany.



## Capítulo 3

—Los visitantes deben retirarse.

—Se va proceder a la votación, despejen la galería. Retírense.

—Tonterías; no. Es bastante ridículo, bastante absurdo. Alguien debe levantarse y hablar. Que vaya alguien a buscarlos al Carlton, al club Reform, al Brookes. ¿Estáis listos? No, ¿lo están los tuyos? ¿Qué significa? ¡Es sumamente absurdo! ¿Hay muchos compañeros en la biblioteca? La sala de fumadores está llena. Todos nuestros hombres tienen pacto de abstención hasta las siete y media. Faltan cinco minutos para la media ¿Qué pensáis del discurso de Trenchard? No me importa por nosotros, pero lo siento por él. Bueno, son ustedes muy amables. Retírense, retírense, deben retirarse.

—¿Dónde vas FitzHeron? —dijo el secretario del partido conservador.

—Debo marcharme. Tengo pacto de abstención hasta las once y media. Faltan algunos minutos y mi hombre no está aquí.

—¡Maldito sea!

—¿Qué va a pasar?

—Dios, no lo sé.

—Está dudoso, ¿no?

—¡Diablos! —dijo el secretario en voz baja, pálido y hablando entre dientes.

La campana de llamada a la votación seguía sonando. Se hizo salir a los pares, diplomáticos y visitantes. Los diputados venían corriendo de la biblioteca y de la sala de fumadores. Algunos cabriolés acababan de llegar justo a tiempo para que sus desesperados pasajeros entraran en el vestíbulo. Las puertas se cerraron.

Los misterios de los dos corredores que conducen a la votación son solo para los iniciados. Tres cuartos de hora después del sistema de dividirse en dos grupos para votar, el recuento de votos fue hecho público al resto del mundo. ¡El gobierno había ganado por una mayoría de treinta y siete votos! Nunca antes una oposición había conseguido menos votos en el recuento, tampoco en su prueba de fuerza durante la sesión. Todo había ido mal. Lord Milford se había marchado sin encontrar un pacto de abstención; el señor Ormsby, que se había comprometido para abstenerse con el señor Berner, nunca apareció, y permitió que este votara. Por este motivo fue maldecido hasta la saciedad, especialmente por los mil doscientos aspirantes a votar afirmativamente. Pero como, al parecer, el señor Ormsby no carecía de nada, y poseía una renta de cuarenta mil libras trimestrales, aguantó el chaparrón de indignación como un cordero en el sacrificio.

Hubo otra serie de infortunios parecidos. Los whigs obligaron a votar a lord Grubminster en una silla de ruedas. Él estaba inconsciente pero no había oído menos del debate que tantos otros. Por otro lado, el coronel Fantomme no pudo llegar a tiempo. El hipnotizador le había puesto en trance así que había que temer que nunca volviese a despertar. Pero el golpe de la noche fue un discurso contra la oposición a

cargo de uno de sus propios hombres, el señor Trenchard, que votó con las filas del gobierno.

—El resto ya puedes imaginártelo —dijo lady St. Julians a lady Deloraine a la mañana siguiente—. Es sencillamente irritante. Fue una sorpresa y será una lección. Pero el asunto de este tal señor Trenchard..., y me han dicho que William Loraine estuvo aplaudiéndole todo el tiempo, ¿qué significa? ¿Conoces a ese hombre?

—He oído a Charles hablar de él, y creo que bastante a su favor —dijo lady Deloraine—. Si él estuviese aquí, nos contaría más cosas. Me pregunto por qué no viene. Después de una votación, nunca omite pasarse por aquí para contármelo todo.

—¿Sabes, mi querida amiga —dijo lady St. Julians con cierto aire de solemnidad—, que estoy madurando un gran golpe? No es esta una época para andarse con frivolidades. Está muy bien que esta gente alardee de la votación de la última noche, pero fue una sorpresa, y tan grande para ellos como para nosotros. Creo que el campo de batalla se ha llenado de disidentes. Desde que lord John dio su discurso «de la irrevocabilidad», ha habido una sedición latente. El señor Tadpole lo sabe, porque tiene contactos con los rebeldes. Este asunto de Trenchard puede darnos grandes quebraderos de cabeza. Cuando se trata de una lucha justa, el gobierno no tiene más que un grupo de doce partidarios o así. Si este tal señor Trenchard y tres o cuatro más deciden darse importancia, ¿me comprendes? El daño puede ser inminente; debemos atajarlo con decisión.

—¿Y qué propones hacer?

—¿Está casado?

—Realmente no lo sé. Desearía que Charles viniese, tal vez él podría decírnoslo.

—No tengo duda de que lo está —dijo lady St. Julians—. Si no estuviese casado, le habríamos encontrado de una forma u otra en estos últimos dos años. Bien, casado o soltero, con su esposa o sin ella, le voy a enviar una invitación para que venga el miércoles. —Y lady St. Julians se detuvo, abrumada como estaba por la inconmensurable grandeza de su idea y de su sacrificio.

—¿No crees que será demasiado repentino? —dijo lady Deloraine.

—¿Qué significa eso? Él lo comprenderá. Habrá conseguido su objetivo, y todo estará en su sitio.

—¿Pero crees que ese es su objetivo? No conocemos a ese hombre.

—¿Qué otro podría ser su objetivo? —dijo lady St. Julians—. La gente entra en el Parlamento para hacerse viejos, sin objetivos claros. Si han estado fantaseando sobre esa posición antes de entrar en la Cámara, pronto tendrán que abandonar sus alocadas ideas y darse cuenta de que no tienen más talento que otros muchos; y si lo tuvieran, deben aprender que el poder, la influencia política y el respeto a la corte están reservados para nosotros y nuestros amigos. Así que como buenos hombres prácticos, que buscan resultados políticos, lo acaban entendiendo. Se les invita a cenar más de lo que se les invitaría si fuese de otra manera; proponen estrambóticas enmiendas en asambleas públicas absurdas; y se les invita con sus mujeres a reuniones en casa de

sus líderes donde pueden ver estrellas y lazos azules y, sobre todo, a nosotras, que tan poca gracia nos hace aparecer en estas ocasiones, pero que asistimos haciendo el mayor de los sacrificios imaginables.

»Así pues, esta gente bebería en nuestra mano, si una tuviera tiempo y ganas de prestarles atención. Puedes hacer cualquier cosa con ellos. Si les pides que asistan a un baile, te darán sus votos; si les invitas a cenar, si es necesario cancelarán sus votos; pero si los cultivas, te acuerdas de sus esposas en las reuniones sociales y llamas a sus hijas, a ser posible, por su nombre de pila, no solo cambiarán sus principios o abandonarán a su partido por ti, sino que estarán dispuestos a poner sus fortunas y sus vidas a tu servicio.

—Los describes a la perfección, querida lady St. Julians —dijo lady Deloraine riéndose—, pero con tal conocimiento y tales poderes, ¿cómo es que no salvaste nuestros distritos?

—Debo confesar que entonces habíamos perdido a nuestros líderes —dijo lady St. Julians—. Con nuestro querido rey y querido duque, habíamos creído que vivíamos en la época de Versalles o casi. Y debo admitir que creo que nos habíamos convertido en un poco demasiado exclusivos. No existía el mundo fuera del círculo de amigos de la casa de campo y, después de todo, lo echamos a perder no porque insultáramos al pueblo, sino porque menospreciamos a la aristocracia.

El criado anunció a lady Firebrace.

—¡Ah!, mi querida lady Deloraine; ¡ah!, mi querida lady St. Julians —y movió la cabeza de un lado a otro.

—No tienes noticias, supongo —dijo lady St. Julians.

—Solo acerca de ese terrible señor Trenchard. ¿Sabe por qué razón ha desertado?

—No, por supuesto —dijo lady St. Julians con un suspiro.

—¡Por una invitación a la casa Lansdowne para él y su esposa!

—¡Ah, entonces está casado!

—Sí, ella está detrás de todo este asunto. Con los plazos perfectamente planeados de antemano. Tengo una nota aquí con todos los datos. —Y lady Firebrace desplegó un informe del señor Tadpole.

—La casa Lansdowne me va a fastidiar —dijo lady St. Julians con amargura.

—Bueno es cuando menos un acto provocador —dijo lady Deloraine— puesto que tú ya te habías decidido a invitarles el miércoles.

—Sí, aparte de que es un sacrificio —dijo lady St. Julians.

—Hablan sobre la votación, supongo —dijo Egremont al entrar.

—¡Ah, el señor Egremont! —dijo lady St. Julians—, ¡vaya alboroto que armó!

Lady Firebrace hizo un gesto de negación con la cabeza como de reproche.

—¡Charles! —dijo lady Deloraine—, hablábamos de ese tal señor Trenchard. ¿No le oí yo decir alguna vez que sabía algo de él?

—¿Por qué? Él es uno de mis conocidos más cercanos.

—¡Cielos!, ¡qué hombre para tenerlo como amigo! —dijo lady St. Julians.

—¡Cielos! —repitió lady Firebrace levantando las manos.

—¿Y por qué no me lo presenta, Charles? —dijo lady Deloraine.

—Ya lo hice. En casa de lady Peel.

—¿Y por qué no le pidió que viniera aquí?

—Lo hice en varias ocasiones, pero él no quería.

—Pero si va a la casa Lansdowne —dijo lady Firebrace.

—Supongo que es usted la autora del artículo de portada en el *Standard* que acabo de leer —dijo Egremont sonriendo—. Anuncia en grandes letras de molde las razones secretas del voto del señor Trenchard.

—Así es —dijo lady Firebrace.

—Trenchard irá muy probablemente a la casa Lansdowne esta noche. Me he encontrado con él una media docena de veces. Tiene mucha relación con mi familia y vive en el mismo condado.

—¿Y su esposa? —dijo lady Firebrace—. Esa es la cuestión. Nunca podría ir con su mujer allí.

—No tiene esposa —dijo Egremont muy tranquilamente.

—Invítele a cenar a Greenwich, señor Egremont, y yo me sentaré a su lado —dijo lady St. Julians enérgicamente.

—¡Afortunado Trenchard! —dijo Egremont—. Pero me temo, lady St. Julians, lady Firebrace, que no haga honor a esa suerte. Le dan pánico las señoras de la buena sociedad, y no hay nada en el mundo que le importune más que lo que ustedes llamarían estar en sociedad. En casa, donde he desayunado con él esta mañana, o en el círculo de sus íntimos amigos, él es la mejor compañía del mundo. No hay nadie que esté mejor informado que él, que haga gala de mejor humor, y que sea más sinceramente amable. Todos los que le conocen le quieren, excepto Taper y Tadpole.

—Pese a todo, creo que le invitaré el miércoles —dijo lady St. Julians—. Y le escribiré una pequeña nota. Si entrar en la sociedad no es su objetivo, ¿cuál es?

—¡Ay! —dijo Egremont—. Esa es una gran pregunta para que reflexionen sobre ella lady Firebrace y usted. Es una lección para ustedes, estimadas señoras mías, que piensan que pueden gobernar el mundo mediante lo que llaman influencia social. Le piden a la gente que asista una o dos veces al año a una fastidiosa reunión en sus casas para, entre sonrisas desdeñosas y miradas impertinentes, vanagloriarse de hacerles creer que mediante el privilegio ocasional de entrar en sus salones y la experiencia periódica de su insolente reconocimiento, se les recompensa por los servicios prestados o, si es necesario, sirve de estímulo para una vergonzosa deserción.

## Capítulo 4

La noche era clara y serena, aunque la luna no había salido, y varios grupos de personas se había reunido en Mowbray Moor. El más concurrido estaba próximo a unas enormes moles de piedra, una de las cuales sobresalía por encima de las demás. Tenía la forma de una gran cabeza plana, sobre la que cabían unas veinte personas juntas; se la llamaba el Altar del Druida. La tierra de los alrededores, salpicada de fragmentos de piedra, estaba cubierta esta noche por seres humanos que habían juzgado adecuado descansar en este lugar, en medio de estas ruinas de un antiguo templo o vestigios del mundo antiguo. El grupo espectral fue nutriéndose de sombras que ensanchaban y hacían crecer por momentos el círculo en penumbra y el murmullo y movimiento de la congregación de miles de personas. De pronto, en la distancia se oyó el sonido de una música marcial. Y, al punto, raudos como el rayo, y con más ímpetu, cada uno de los congregantes cogió una antorcha en llamas en medio de un coro de vítores cuyo eco, sin cesar de repetirse y resonar en la oscuridad, fue alejándose lentamente hacia las entrañas de los bosques vírgenes.

La música y los estandartes anunciaron la llegada de los líderes del pueblo. Remontaron la cuesta pedregosa que conducía hasta la cumbre del Altar del Druida, y allí, rodeados por sus compañeros, entre los gritos entusiastas de la multitud, Walter Gerard se dirigió a los presentes en la Asamblea de las Antorchas.

Bajo el incierto parpadeo de la luz su figura esbelta tenía un aspecto colosal. Su voz cálida y poderosa llegaba hasta el más remoto rincón de su vasto auditorio, que le escuchaba en silencio, expectante y emocionado. Al mismo tiempo que escuchaban la exposición de sus preocupaciones y la reivindicación de los sagrados derechos de los trabajadores, le miraban atentamente, con la boca apretada por sus firmes convicciones o distendida por la juvenil simpatía que despertaba. Cuando una frase brillante o apasionada les llegaba hasta el tuétano, hacían flamear las antorchas y se ponían a gritar. El motivo de la asamblea, la hora, el marco, todo combinado hacía la asamblea extremadamente emocionante.

—Me pregunto si Warner hablará esta noche —dijo Dandy Mick a Devildust.

—No se implica tanto como Gerard —replicó su compañero.

—Pero es un as en las negociaciones —dijo Dandy—. Los tejedores le consideran su hombre clave, y ese es un gremio poderoso.

—Pero para ir al fondo de los asuntos, no hay nadie como Stephen Morley —dijo Devildust—. Se necesitarían seis clérigos para poder con él. Conoce el funcionamiento de la sociedad como la palma de su mano, pero Gerard es quien se lleva a la gente de calle.

—Y esa es la manera de repartirse las funciones —dijo Dandy Mick—. Ojalá dijera eso de «adelante y sin errores».

—Hay mucho que hacer antes de decir eso —dijo Devildust—. Debemos debatir, porque cuando se trata de razonar, los oligarcas no tienen dónde apoyar sus

argumentos; y tenemos que frenar el consumo de los artículos sujetos a impuestos porque, cuando no tengan morosa para pagar las bayonetas ni a su policía armada, que vayan preparándose.

—Qué cabeza tienes, Dusty —dijo Mick.

—¡Cómo! Siempre lo he pensado desde que supe que dos y dos hacían cuatro —dijo su amigo—. No tenía ni diez años cuando me dije: vaya plan de ordago romperse las costillas en un asqueroso agujero para pagar los impuestos de un caballero mientras este se bebe su oporto y estira las piernas en una alfombra turca. ¡Escuchad, escuchad! —exclamó de pronto al oír una frase punzante que Gerard acababa de pronunciar—. ¡Ah! Ese es el hombre del pueblo. Ya verás, Mick, ocurra lo que ocurra, Gerard es el hombre que siempre irá delante.

Gerard acabó de hablar entre aplausos entusiastas. Y Warner, el tejedor manual, a quien el lector recordará, y que desde entonces se había convertido en un líder popular y en uno de los principales seguidores de Gerard, también se había dirigido a la multitud. Se gritaron salvas y vítores, se votaron algunas mociones y se dio por terminada la reunión de la noche. Se les mandó que se dispersaran en orden y partieron en paz. La banda de música tocó una retreta victoriosa, y los líderes descendieron del Altar del Druida. La multitud se disolvió, llevando consigo de vuelta a la ciudad sus elevados propósitos y sus anhelos, mientras en muchos lugares se repetían las palabras de lucha que se habían pronunciado. Dandy Mick y Devildust partieron juntos, porque esa noche tenían un importante asunto que resolver que todavía no había comenzado.

Emprendieron el camino hacia el suburbio donde estuvieron Gerard y Morley la noche que estos regresaron de la Abadía de Marney. Esta no era la ocasión de visitar a Jack el Burlón ni a su espléndido salón. Después de atravesar un entramado de calles sinuosas y oscuras, Mick y su amigo llegaron al final a un pasadizo que terminaba en una plaza cuadrada de dimensiones considerables, rodeada de edificios altos con aspecto de almacenes. Entraron en uno de ellos y, tras coger una lámpara de luz mortecina que había encima de la repisa de una chimenea apagada, Devildust siguió a su amigo a través de diversas estancias desamuebladas y desocupadas hasta llegar a una en la que había algunos signos de presencia de vida.

—Ahora, Mick —dijo él con voz grave, casi solemne—. ¿Estás convencido?

—Está bien, compañero —replicó su amigo, no sin cierta afectada despreocupación.

—Son muchas las cosas por las que debes parar —dijo Devildust—. Ponen a prueba a un hombre.

—¿Hablas en serio?

—Pero si estás convencido, no pasa nada. Ahora debo dejarte aquí.

—No, no, Dusty —dijo Mick.

—Tengo que marcharme —dijo Devildust—. Pero tú debes permanecer aquí hasta que vengan a buscarte. Ahora, recuerda, sea lo que sea que te manden, obedece;

y sea lo que sea que veas, mantén la calma. Nada más. —Devildust sacó un frasco del bolsillo, y se lo ofreció a su amigo diciendo—: échale un buen trago, pero no te lo puedo dejar, porque tienes que tener el corazón caliente y la cabeza fría. —Y, tras decir esto, desapareció.

El trago de licor había reanimado a Mick, pero su corazón temblaba. Hay algunos momentos en que el sistema nervioso desafía a cualquier coñac. Mick estaba a punto de pasar una importante y solemne prueba, sobre la que había pensado y meditado durante años. A menudo se había imaginado la escena afrontando con éxito sus peligros y trampas. A menudo una ocasión así había servido en sus sueños para representarse una victoria, pero ante la tozuda realidad se habían desvanecido todas sus fantasías y todo su valor. Se acordó de la advertencia de Julia, que le había disuadido de dar ese paso que le esperaba en unos instantes, y del desprecio y frivolidad con el que había desechado sus consejos. Empezó a pensar que las mujeres siempre tenían razón, que Devildust era después de todo un consejero temerario; incluso llegó a pensar en la posibilidad de una retirada. Miró a su alrededor. Bajo la luz tenue y vacilante se dibujaba el perfil de la estancia. Era tan alta que ni siquiera en la oscuridad los ojos alcanzaban a llegar al techo, que parecía atravesado de lado a lado por enormes vigas de madera que, a oscuras, cobraban un aspecto amenazador. Aparentemente, no había ventanas, y apenas podía reconocer la puerta por la que habían entrado. Acababa Mick de coger la lámpara y estaba ubicándose, cuando un pequeño ruido le sobresaltó. Miró a su alrededor y a lo lejos distinguió dos figuras que, confiaba, fueran humanas.

Cada una de ellas portaba una antorcha e iban envueltas en sendas capas oscuras, cubiertas con máscaras negras y un capirote de forma cónica del mismo color que las hacía parecer todavía más altas. Permanecieron en silencio, como dos terribles centinelas.

Su aspecto le causaba espanto y su quietud le aterrorizaba. Mick se quedó con la boca abierta y sosteniendo la lámpara con su brazo extendido. Desde lejos, incapaz de soportar por más tiempo la solemnidad del misterio, sacando fuerzas de su audacia natural, preguntó:

—¿Qué quieren?

No hubo respuesta.

—Vamos, vamos —dijo Mick bastante asustado—, déjense de esto. Digan lo que sea.

Las figuras avanzaron hacia él, colocaron las antorchas en un nicho cercano y, a continuación, pusieron una mano cada una sobre el hombro de Mick.

—No, no, eso no —dijo Mick intentando desembarazarse de ellas.

Sin hacer caso de su ingenua advertencia, uno de los encapuchados le ató los brazos; y, un momento después, los ojos del impotente Mick, estaban vendados.

Conducido por estos guías, a Mick le pareció que atravesaba una serie interminable de estancias o, más bien, de pasadizos, porque al estirar sus brazos en

una ocasión que sus guardias le dejaron para abrir una verja o una puerta, Mick pudo tocar una pared. Finalmente uno de sus centinelas habló, y dijo:

—En cinco minutos estarás en presencia de los SIETE, prepárate.

En ese momento se oyó el sonido de voces distantes que cantaban armónicamente, y cuyo volumen crecía a medida que Mick y sus custodios avanzaban. Uno de ellos ordenó a Mick que se arrodillara, y este se encontró solo, pero con los brazos aún agarrados con fuerza.

Las voces se hicieron más y más fuertes. Mick podía distinguir las palabras y el ritmo del himno, al mismo tiempo que sentía que había muchas personas que entraban en la estancia con el paso medido de algún tipo de solemne procesión. Dieron más de una vuelta alrededor de la estancia con una pasmosa lentitud. De pronto, el movimiento cesó. Hubo una pausa de unos pocos minutos y, al final, una voz habló: «Denuncio a John Briars».

—¿Por qué? —contestó otra.

—No acepta más que trabajo a destajo. El hombre que hace trabajo a destajo es más culpable de conducta punible que un borracho. Las peores pasiones de nuestra naturaleza tienen su fuente en el trabajo a destajo: avaricia, crueldad, astucia, hipocresía; todas ellas provocan y satisfacen al partidario miserable que trabaja por obra y no por tiempo. Un hombre que gana cuarenta chelines por trabajo realizado a la semana, cuando el salario habitual por día de trabajo es de veinte, roba a sus compañeros la paga de una semana. Por tanto, denuncio a John Briars.

—Que salga el acusado —dijo la otra voz—. John Briars, estás denunciado. Si recibes otro salario semanal por una pieza, no tendrás la opción de trabajar la semana siguiente por tiempo. Número ochenta y siete, ocúpate de John Briars.

—Yo denuncio a Claughton y Hicks —dijo otra voz.

—¿Por qué?

—Han destituido a Gregory Ray del puesto de supervisor porque pertenece a esta logia.

—Hermanos, ¿es vuestra voluntad que se haga una huelga de diez días en Claughton y Hicks?

—Es nuestra voluntad —gritaron varias voces.

—Número treinta y cuatro, mañana comunica este mandato para que los trabajos en Claughton y Hicks cesen hasta nueva orden.

—Hermanos —dijo otra voz—. Propongo que expulsemos de este sindicato a cualquier miembro que haga público alarde de una posición de superioridad, ya sea por la cantidad o la calidad del trabajo que desarrolle, ya sea en privado o en público. ¿Es vuestra voluntad?

—Es nuestra voluntad.

—Hermanos —dijo una voz que parecía la del presidente—. Antes de proceder a la recepción de los ingresos recogidos en las distintas ramas de esta logia, debo informaros de que se encuentra entre nosotros un miembro que aspira a ser admitido



en nuestra congregación. ¿Tenemos todos la túnica sagrada? ¿Tenemos todos la máscara sagrada?

—¡Todos!

—Entonces recemos. —Y con un movimiento que, a él le pareció, era ponerse de rodillas, la voz del presidente rezó con gran fuerza y hasta elocuencia, una oración que sonaba a antiguo, seguida por el Himno del Trabajador. Al finalizar, al neófito se le desataron los brazos y se le quitó la venda de los ojos.

Mick se encontró en una estancia alta y espaciosa iluminada por muchos cirios. De las paredes colgaban lienzos negros, y alrededor de una mesa, cubierta con el mismo material, se habían sentado siete personas con el rostro cubierto por máscaras y una sobrepelliz sobre los hombros. Por encima del presidente, que ocupaba una silla más alta, había un esqueleto sobre un pedestal, flanqueado por un hombre a cada lado vestido con el traje ceremonial y enmascarado, con una espada desenvainada. Mick tenía a cada lado a un hombre con idéntico atuendo que sostenía un hacha de guerra. El libro sagrado estaba abierto sobre la mesa y, a lo lejos, alineados en orden en cada lado de la habitación, había una fila de personas vestidas con túnicas blancas y máscaras blancas que portaban antorchas.

—Michael Radley —dijo el presidente—. ¿Juras voluntariamente en presencia de Dios Todopoderoso y delante de estos testigos, que harás todo cuanto esté en tu mano para cumplir con celo y diligencia todas las tareas y mandatos que te encomiende la mayoría de esta hermandad, y que este supremo comité ratifique, con el fin de promover el bienestar común, del cual son ellos los únicos jueces; y que llevarás a cabo el castigo de los nobles, el asesinato de los patronos opresores y tiranos, la destrucción de todas las fábricas, talleres y tiendas cuya actitud estimemos inaceptable? ¿Juras en presencia de Dios Todopoderoso y delante de estos testigos?

—Lo juro —replicó con una voz trémula.

—Entonces, levántate y besa el libro.

Mick, que estaba aún de rodillas, se levantó despacio, dio un paso vacilante hacia delante e, inclinándose con respeto sobre el libro abierto, lo besó.

Al instante, todos se quitaron las máscaras. Devildust se acercó a él y tomando a Mick de la mano lo llevó ante el presidente, que lo recibió pronunciando alguna letanía mística. Se le impuso una túnica, se le dio una antorcha y fue invitado a ocupar un puesto en la fila con el resto de sus compañeros. Así terminó la iniciación de Dandy Mick en el Sindicato.

## Capítulo 5

—Caballeros, Su Señoría aún no ha tocado la campana.

Era el mayordomo de lord Milford quien decía estas palabras, alrededor de mediodía, dirigiéndose desde la puerta de una casa de la plaza Belgrave a una delegación de la Asamblea Nacional. Dos miembros de esta esperaban al joven vizconde junto con otros miembros de la legislatura con el fin de presentarle un Recurso Nacional que había preparado la asamblea y cuya defensa, en el curso de la sesión parlamentaria, iba a estar a cargo de uno de los miembros de Birmingham.

—Me temo que es demasiado temprano para estos tipos tan distinguidos —dijo un delegado a otro—. ¿Quién es el siguiente en nuestra lista?

—Calle número veintisiete, cerca de aquí, el señor Thorough Base. Él debería estar con el pueblo, ya que su padre era tan solo un violinista. Pero entiendo que es bastante aristócrata y que se ha casado con una viuda de alcurnia.

—Bien, toca en la puerta.

El señor Thorough Base no estaba en casa. Había recibido la carta de los delegados comunicándole que tendrían el honor de visitarle, pero él ya había tomado una decisión sobre el tema.

El número 18, en la misma calle, les recibió más cortésmente. Era la residencia del señor Kremlin quien, tras escuchar con paciencia, si no con interés, sus propuestas, les hizo saber que las formas de gobierno no tienen consecuencias y que la política interna del país carecía de interés. Un solo tema debía preocupar a los gobernantes, porque todo dependía de él: se trataba de la política exterior; y que el único remedio para la revitalización del comercio y el contento de la gente sería una definición general de las cuestiones relativas a la territorialidad y las fronteras. Finalmente, el señor Kremlin urgió a la Asamblea Nacional a que reformularan su recurso desde este punto de vista, garantizándoles que en los asuntos exteriores tendrían al público de su parte.

Como prueba del interés general que suscitaban los temas de política exterior, los delegados podrían haber recurrido al hecho de que era imposible ni siquiera para un solo líder fundar una casa en el extranjero; y al hecho de que no hubiera tres hombres en la Cámara de los Comunes que tuvieran ni de lejos el menor conocimiento de los asuntos exteriores del país. Podrían haber añadido que, incluso en una asamblea como esa, el señor Kremlin habría destacado por su ignorancia, pues no tenía más que una idea, y esta era equivocada.

Su próxima visita era a Wriggle, un miembro del distrito centro de la ciudad, un discípulo del progreso, un hombre a la altura de los tiempos, que se cuidaba muy mucho de asegurarse de que fueran complejos, y cuyos movimientos, cuando era ventajosos, participaban de una tendencia retrógrada. Puesto que algún día el cartismo podría ser una carta ganadora, tanto como otros palos y colores de la baraja, Wriggle le otorgaba su adhesión pero, claro está, solo provisionalmente; es decir,

siempre y cuando pudiera votar contra ellos en la actualidad. Sin embargo, él no veía que esa postura causara ningún daño, porque cuando las circunstancias, es decir, el carácter de los tiempos lo exigieran, él estaría dispuesto a apoyarlo. Poco más podría esperarse de un caballero en una posición tan delicada como en la que Wriggle se encontraba en este momento, ya que había solicitado a los whigs una baronía, y había accedido secretamente a votar con Taper contra ellos en la votación que iba a tener lugar sobre la cuestión jamaicana.

Bombastes Rip les ninguneó. Fue duro porque él había sido uno de ellos, había escrito cartas confidenciales en 1831 al Secretario del Tesoro para, siempre que se le pagaran los gastos, proponerse como líder de la ciudad fabril a la que ahora representaba, encabezando un grupo de cientos de miles de hombres, y quemar Apsley House, la residencia londinense del duque de Wellington. Pero en esta ocasión, Bombastes Rip habló de la gran clase media, del orden público y de la confianza del pueblo. Les habría dicho más cosas, pero tenía una cita en la ciudad, porque era uno de los miembros más activos del comité que planeaba erigir una estatua dedicada al duque de Wellington.

Floatwell les recibió con la máxima cortesía, aunque no estaba de acuerdo con ellos. Era difícil decir con lo que estaba de acuerdo. Era listo, rápido de reflejos, bullicioso; y poseía una formación universitaria, aunque carecía de patrimonio. Floatwell había huido de los sudores que conllevaba una profesión, y en medio del alboroto de la reforma se encontró para su sorpresa que se había convertido en un parlamentario. En ese puesto se había quedado, pero el porqué solo lo sabía el destino, porque la diversión que le reportaba un trabajo así se había evaporado una vez que hubo pasado la novedad. Floatwell había comenzado su carrera política sin conocer absolutamente nada de ningún tema que pudiera suscitar el interés de un político. No sabía nada de historia, apenas tenía unos conocimientos rudimentarios de derecho constitucional o político y no había visto nada de la vida. Como era asiduo de las comisiones, se hizo con los trucos superficiales que suelen asociarse a la gestión de los asuntos públicos y con el tiempo aprendió algo de la jerga habitual de la economía. Floatwell obtuvo algún pequeño éxito y se apegó a él. Nadie lo envidiaba, ya que había acumulado un insignificante patrimonio sin suscitar ninguna mala compañía. Era uno de esos personajes que por encima de todo huyen de la soledad, y que se imaginan que les va bien porque tienen la compañía de alguien que se pega a él tanto como él a ellos. Siempre idolatró a algún gran personaje público que estaba en el candelero y al cual defendía porque el gran personaje le aseguraba, después de la cena, que más tarde o más temprano se presentaría como candidato. En la actualidad Floatwell apostaba por lord Dunderhead, y el juego de su pequeña camarilla, que cenaban juntos y se consideraban un partido, consistía en ser corteses con la asamblea.

Después de soportar una casi interminable conferencia sobre la moneda por parte del señor Kite, que apoyaría a los cartistas si el cartismo apoyaba los billetes de una

libra, los dos delegados habían llegado a Piccadilly, y el siguiente miembro de su lista con el que se entrevistaban era lord Valentine.

—Son las dos en punto —dijo uno de los delegados—. Creo que podemos arriesgarnos. —Así que golpearon en el portal del patio, y se encontraron con que les estaban esperando.

Una escalera privada conducía a las estancias particulares de lord Valentine, que vivía en una mansión familiar. Los delegados atravesaron una antecámara hasta el salón principal, que daba a un extravagante invernadero donde corría el agua de una fuente en medio de altas plantas tropicales. El salón estaba decorado con raso azul, adornado con espejos brillantes y amueblado a juego con las abundantes pinturas que adornaban el techo abovedado. Sobre el sillón había una serie de carpetas, algunas de ellas abiertas, llenas de dibujos de trajes. Sobre la mesa de granito había una serie de libros magníficamente encuadernados que parecían haber sido ojeados recientemente, y sobre el sofá yacían diversas espadas antiguas extremadamente bellas; en un rincón de la habitación había una figura con la armadura completa, con incrustaciones en negro y oro, que empuñaba en su guantelete el antiguo emblema de Inglaterra.

Los dos delegados de la Asamblea Nacional se miraron asombrados el uno al otro, como si quisieran expresar con su sorpresa que el habitante de un lugar semejante no debería haberles permitido nunca el paso, pero antes de que pudieran hablar, lord Valentine ya había hecho acto de presencia.

Se trataba de un hombre joven, muy apuesto, de altura superior a la media, delgado, de hombros anchos y cintura pequeña, y con un aspecto grácil. Tenía los ojos de color azul oscuro y los rasgos de una precisión clásica. Iba ataviado con una pequeña gorra griega que coronaba su pelo largo y castaño y con una túnica cosida con retazos de seda india.

—Bien, caballeros —dijo su señoría al invitarles a sentarse, con una voz clara y alegre y una franqueza nada afectada que hacía sentir cómodos a sus invitados—, prometí verles; bien, ¿qué tienen que decirme?

Los delegados hicieron su acostumbrada declaración. No deseaban convencer a nadie. Todo lo que deseaban era un debate respetuoso sobre sus peticiones. El Recurso Nacional, que habían firmado casi un millón y medio de personas pertenecientes a la flor y nata de las clases trabajadoras, iba a presentarse dentro de muy poco tiempo en la Cámara de los Comunes. En él se pedía a la Cámara que tomara en consideración los cinco puntos con los que las clases trabajadoras estimaban que se defendían mejor sus intereses, a saber: el sufragio universal, el voto mediante papeleta, períodos parlamentarios anuales, sueldos para los diputados, y la abolición de la obligación de tener propiedades para votar.

—Y suponiendo que se concediesen estos cinco puntos —dijo lord Valentine—, ¿qué piensan hacer?

—Una vez que el pueblo estuviese realmente representado —replicó uno de los delegados—, serían ellos quienes decidirían las medidas que habría que tomar para

satisfacer los intereses de la gran mayoría de ciudadanos.

—Eso no lo tengo tan claro —dijo lord Valentine—. Ese es el verdadero problema de fondo. No creo que la gran mayoría ciudadana sea la más capacitada para juzgar sobre sus propios intereses. En cualquier caso, las ventajas de la democracia y la aristocracia son una cuestión a debatir. Y, pues bien, teniendo en cuenta que en este país este problema está prácticamente resuelto, ustedes me permitirán que no desee removerlo. Les concedo mi total confianza sobre la sinceridad de sus convicciones; concédanme ustedes la misma confianza. Ustedes son demócratas; yo soy un aristócrata. Mi familia ha sido noble desde hace casi tres siglos y, antes de poseer ese rango, ya nos honraba un apellido caballeresco. Han contribuido en buena medida, material y espiritualmente, a hacer de Inglaterra lo que es hoy día; han derramado su sangre en muchas batallas; de hecho, tengo dos antepasados que murieron dirigiendo nuestra flota; no deben subestimar estos servicios aunque no aprecien su conducta como gobernantes, que ha sido siempre voluntariosa y, en ocasiones, distinguida. Los mejores árboles de Inglaterra fueron plantados por mi familia. Ellos han levantado varias de vuestras iglesias más hermosas; han construido puentes, carreteras, han excavado minas, y han abierto canales para desecar un millón de acres de pantanos, que hasta la fecha llevan nuestro nombre y que hace que hoy día sea una de las zonas más florecientes del país. Hablan ustedes de nuestros impuestos y nuestras guerras, y de sus inventos y su industria, pero fueron nuestras guerras las que convirtieron esta isla en un imperio, desarrollaron la industria e impulsaron esos inventos de los que ahora se enorgullecen ustedes. Me dicen que representan a los delegados de las clases trabajadoras de Mowbray, mas ¿qué habría sido de Mowbray si no hubiese sido por su aristocracia y sus guerras?; su ciudad no habría existido, y no existirían las clases trabajadoras para que enviasen a sus delegados; de hecho, no existirían sin nosotros. Les he dicho lo que han hecho mis antepasados, y estoy preparado, si la ocasión lo requiere, para no deshonrarlos. He heredado de ellos su gran legado y yo les digo, caballeros, que no pienso entregarlo sin luchar.

—¿Va a combatir contra el pueblo con esa armadura, milord? —dijo uno de los delegados sonriendo, pero con un tono amable y respetuoso.

—Esa armadura sirvió para luchar por el pueblo en el pasado —dijo lord Valentine—, pues con ella batalló Simon de Montfort en los campos de Evesham.

—Milord —dijo el otro delegado—. Es bien sabido que procede de un ilustre y honorable linaje, y con su declaración nos demuestra que no desmerece ni en inteligencia ni en espíritu a aquellos antepasados suyos. Pero la gran cuestión que su señoría ha planteado, no nosotros, no va a dirimirse de forma liviana. No dudamos de las gestas de sus antepasados, de hecho, ¡nos maravillan! Ellos pertenecían a una clase muy selecta de hombres que tuvo en sus manos el monopolio de la acción. ¿Pero es que acaso el pueblo no ha derramado su sangre en la batalla, pese a que el mando de la flota no estuviera en sus manos en tantas ocasiones como en las de los

parientes de Su Excelencia? Y las minas y canales que ellos excavaron, los bosques que plantaron, los pantanos que desecaron, ¿es que la gente de a pie no tuvo nada que ver en esos logros? ¿Qué parte tuvieron en esas acciones los trabajadores cuyos sagrados derechos ahora reivindicamos, pero que durante siglos han sido silenciados de forma execrable? No, milord, llamamos su atención para que decida esta cuestión por el resultado. La aristocracia de Inglaterra ha tenido durante tres siglos el ejercicio del poder, y durante el último siglo y medio no han sufrido control alguno. Actualmente constituyen la clase más opulenta que ha conocido la historia del mundo; son tan ricos como los senadores romanos, y tienen a su disposición recursos para su provecho y disfrute como solo podría proporcionarles la ciencia moderna. No se puede negar esto, su orden es una de las exhibiciones de lujo más fastuosas que pueden verse en Europa. Aunque en los últimos años han proyectado hábilmente una buena parte de su hostilidad política sobre esa clase media a la que desprecian, y que solo son despreciables porque los imitan, el poder que ostentan realmente no tiene parangón. Aún nos gobiernan con absoluta autoridad, y gobiernan sobre uno de los pueblos más miserables sobre la faz de la tierra.

—¿Y esa es una descripción justa del pueblo de Inglaterra? —preguntó lord Valentine—. Me parece un recurso retórico que los deja en una posición más baja que a los portugueses, a los polacos, a los siervos de Rusia o que a los *lazzaroni* de Nápoles.

—Infinitamente más baja —dijo el delegado—, puesto que no solo se les ha empobrecido, sino que son conscientes de su empobrecimiento. Ya no creen que exista una diferencia innata entre los gobernantes y las clases gobernadas del país. Poseen la suficiente lucidez como para saberse víctimas. Comparados con las clases privilegiadas de su propia tierra, poseen un estatus más bajo que cualquier otro pueblo con respecto a las suyas. Todo es relativo, milord; y créame, las relaciones de las clases trabajadoras de Inglaterra con respecto a los detentadores de privilegios son relaciones de antagonismo y, por tanto, de peligro.

—El pueblo debe tener líderes —dijo lord Valentine.

—Y ellos los han encontrado —dijo el delegado.

—Cuando se vean apremiados recurrirán a la nobleza —dijo lord Valentine.

—¿Es que la nobleza los va a apoyar? —dijo el otro delegado—. Por lo que a mí respecta, no pretendo ser un filósofo, pero si yo viese de nuevo a Simon de Montfort, estaría contento de luchar bajo su enseña.

—Tenemos una aristocracia basada en la riqueza —afirmó el delegado que llevaba el peso de la conversación—. En una sociedad progresista, la riqueza es el único obstáculo para la igualdad de las clases; sin embargo, es posible que una nueva distribución de la riqueza cambiara esta situación.

—¡Ah, pretenden apoderarse de nuestras tierras! —exclamó lord Valentine sonriendo—; pero ese intento no hará más que disolver la sociedad en sus elementos originales para que los primitivos factores de diferencia vuelvan a surgir de nuevo.

—La altura de los barones no aguantaría frente a la artillería de Paixhan —dijo el delegado—. La ciencia moderna ha reivindicado la igualdad natural del hombre.

—Y debo decir que lo lamento mucho —añadió el otro delegado—, ya que el recurso a la fuerza bruta siempre me parece el proceso natural de resolver los problemas.

—No me sorprende su opinión —dijo lord Valentine dirigiéndose al delegado y sonriendo—. No estaría demasiado contento de encontrarme con usted en una refriega. Debe superar el metro ochenta centímetros, o me equivoco.

—Ya medía un metro ochenta y cinco cuando paré de crecer —replicó el delegado—, y con la edad no he menguado en absoluto.

—Entonces, esa armadura le sentaría bien —dijo lord Valentine mientras se levantaban todos.

—¿Y podría preguntarle a su señoría por qué está aquí? —dijo el delegado más alto.

—Voy a ir vestido de Ricardo Corazón de León en el baile de disfraces de la reina —dijo lord Valentine—; y ante mi soberana no voy a ir vestido con un vulgar coraza de esas que se ven en los teatros de Drury Lane, así que me hice traer esta desde el castillo de mi padre.

—¡Vaya! No me importaría que volviesen de nuevo los viejos tiempos de Ricardo Corazón de León —exclamó el delegado más alto.

—Entonces seríamos siervos —replicó su compañero.

—No estoy tan seguro —dijo el delegado más alto—. Siempre podía uno refugiarse en los bosques libres.

—Me gusta ese muchacho —dijo el delegado más alto a su compañero cuando bajaban por la escalera.

—Tiene unos prejuicios terribles —dijo su amigo.

—Bueno, bueno. Él tiene sus opiniones y nosotros tenemos las nuestras. Pero es un hombre de ideas claras y directas, con un aspecto franco y noble, y el tipo más apuesto que he visto nunca. ¿Y ahora dónde vamos?

—Solo nos falta un hombre más de nuestra lista de hoy, y está aquí cerca. Letra K, n.º 1, Albany. Otro miembro de la aristocracia, el honorable Charles Egremont.

—Bueno, por lo que sé, los prefiero a ellos a Wriggle, Rip y Thorough Base —dijo riéndose el delegado más alto—. Me atrevo a decir que, si llega a estar levantado, lord Milford nos habría parecido un tipo muy divertido.

—Ya hemos llegado —dijo su compañero mientras llamaba a la puerta—. ¿Está el señor Egremont en casa?

—¿Son los señores de la delegación? Sí, el señor ha dado órdenes expresas para que les diga que está esperándoles. ¿Tienen la amabilidad de pasar, caballeros?

—Ahí tienes; esa sí que es una lección para Thorough Base —dijo el delegado alto.

—Se sentaron a esperar en una antecámara. El criado abrió una puerta plegable,

que cerró tras él, y anunció al señor la llegada de los delegados. Egremont estaba sentado ante una mesa redonda, en la biblioteca, rodeado de pliegos, libros y cartas. Sobre una mesa anexa estaban sus documentos parlamentarios y, apilados, un montón de informes de tapas azules. La habitación estaba amueblada de una manera clásica. Sobre la repisa de la chimenea, flanqueada por algunos jarrones antiguos que se había traído de Italia, estaba el retrato de Allori del cual hemos hablado. El criado volvió a la antecámara y, tras anunciar a los delegados que el señor estaba dispuesto a recibirlos, escoltó hasta Egremont a WALTER GERARD y STEPHEN MORLEY.



## Capítulo 6

Resulta sumamente deplorable que nuestros edificios eclesiásticos estén generalmente cerrados en los períodos vacacionales. Y hay que lamentar más si cabe que, una vez que se accede con dificultad a ellos, su estado de conservación ofenda el gusto y agravie los sentidos. Frente al tráfago de la vida, unos pocos minutos de vez en cuando en la penumbra de una iglesia eminente y antigua ejerce muy a menudo un efecto saludable: purifica el corazón y eleva el espíritu, disipa muchos fantasmas y previene muchos otros de los que, si no fuese así, podría uno arrepentirse. Desde este punto de vista la Iglesia aún nos proporciona un santuario, no contra el poder de la ley, sino contra el ímpetu de nuestra propia voluntad; no contra las pasiones de los demás, sino contra las propias.

La Abadía de Wesminster se levanta en medio de los conflictos entre los bandos. En las inmediaciones de su recinto sagrado se han cometido o perpetrado algunos de los peores y más temerarios hechos de nuestra historia: sacrilegios, rapiñas, asesinatos y traiciones. Aquí tuvo lugar un robo realizado a la mayor escala conocida en los tiempos modernos; aquí también, en un solo día, sin pruebas y apenas aduciendo algún pretexto, se enajenaron diez mil feudos pertenecientes a la Orden de los Templarios, que se repartieron entre el monarca y sus nobles más importantes; aquí, en diversas ocasiones, las grandes propiedades de la Iglesia que, con independencia de cuál sea su artículo de fe, pertenecieron y aún pertenecen al pueblo, fueron saqueadas con diversos pretextos por un grupo de hombres que cambiaron continuamente la religión de su país y la suya propia por una mayoría parlamentaria, pero cuyo expolio nunca restauraron. También aquí se dio a luz a una monstruosa idea que no tuvo parangón ni en la Roma patricia en su período más cruel: hipotecar la industria del país para enriquecer y para proteger la propiedad, un acto cuyas consecuencias aún está pagando el pueblo empobrecido cuyas propiedades fueron enajenadas. Asimismo, ha sido aquí donde se ha acusado a inocentes y se les ha perseguido hasta la muerte; y donde se ha dado martirio a un monarca porque, entre otros beneficios que planeó para sus súbditos, juzgó más ventajoso para ellos que las arcas del fisco obtuvieran sus impuestos por medio de una recaudación directa a través de un individuo conocido por todos, que por medios indirectos, a través de un Parlamento irresponsable y voluble. Pero gracias al patriotismo parlamentario, se eximió al pueblo de Inglaterra de que recayera sobre él la obligación de sufragar la construcción de buques de guerra, una aportación que se adjudicó a los poderosos con dinero, y solo tuvo que pagar los impuestos de aduanas y de artículos de consumo. Con razón se denominó al rey Carlos, el Mártir, después de sufrir el holocausto por la recaudación de impuestos directos. Nunca un hombre pagó con su vida heroica una causa tan grande: la causa de la Iglesia y la causa de los pobres.

Incluso ahora, en los tiempos sin sobresaltos en los que vivimos, cuando ya no es costumbre el robo de las arcas públicas, sino que a este se le denomina con el más

benévolo título de comisión de investigación; y cuando ya no hay más traición que votar en contra de un ministro que, pese a haber cambiado por completo la política que fue elegido para representar, espera igualmente tu voto y tu confianza. Incluso en esta época de pasiones mezquinas y riesgos insignificantes, hay que hacer la experiencia de dar un paso al margen y fuera del recinto parlamentario para, en lugar de escuchar un debate insulso —cuyas exposiciones no hacen más que repetir los informes que uno ya ha leído, y cuyo interés es el ingenioso recurso de reprochárselo a Hansard—, entrar en la abadía para escuchar un himno.

Esta era una de las costumbres favoritas de Egremont. Y pese a que la mezquina disciplina y las medidas sórdidas de la jefatura eclesiástica han hecho todo lo posible para dañar la conservación y mermar la belleza de tan hermoso edificio, seguía siendo un hábito lleno de encanto y consuelo.

No existe tal vez ninguna otra población de una metrópolis del mundo que hubiera tolerado una conducta como la que practica en contra de «ese gran público zafio» el deán y el capítulo de canónigos de Westminster, y aguantar callada que se la excluya del único edificio de ambas ciudades que merece el nombre de catedral. Pero el ciudadano británico soporta cualquier cosa, porque está demasiado ocupado especulando en las acciones del ferrocarril.

Cuando Egremont entró en su primera visita a la abadía por el transepto sur, y contempló los entarimados y los puntales le pareció como si la abadía estuviese en estado de sitio. Rejas de hierro le impedían el paso a la suntuosa nave principal y a las oscuras naves laterales; unos ruidosos cuidadores hastiados y vestidos con trajes sucios parloteaban como cantineros sin discreción alguna. El recuerdo de la perfección abacial que le había embargado entre las ruinas de Marney se superpuso al de la indignación que sentía. Cuando estaba a punto de marcharse corriendo del lugar que tanto había ansiado visitar, de pronto brotó del órgano una sinfonía celestial que comenzó a elevarse hacia las altas bóvedas y las voces de una letanía se fundieron con la exaltación de la música. No pudo moverse del sitio.

Se trataba tal vez de un sentimiento parecido al que experimentaba otra persona ese mismo día, o después de recibir Egremont la visita de la delegación. El sol, que aún tenía un largo recorrido que hacer por el cielo estival, hacía ya horas que había sobrepasado su meridiano. Los oficios religiosos tenían lugar en el coro; y algunas personas entraron hacia esa zona de la catedral a la que se conoce con el nombre del Rincón del Poeta, pasando por la indecorosa valla que rodeaba el capítulo, y tomaron asiento. Solamente una mujer rehusó pasar, desoyendo las insistentes admoniciones que recibió por parte de los cuidadores para que siguiese andando en aquella dirección. No obstante, se acercó hasta la verja que la separaba de esa parte de la iglesia, y miró nostálgicamente hacia la perspectiva en penumbra que ofrecía la hermosa nave de la zona sur. Se quedó inmóvil contemplándola, o puede que rezando, mientras el carillón del órgano y las dulces voces del coro se deleitaban con la sagrada libertad a la que ella aspiraba, como si deambulasen a sus anchas por cada

nicho venerable y por cada rincón consagrado.

La música, esos sonidos místicos y emocionantes que elevan a la vez el alma y hacen temblar el corazón, cesó. El canto litúrgico volvió a resonar. La figura inmóvil comenzó a moverse hacia la salida. La simetría de su silueta y el insólito y bello lugar que había escogido para situarse atrajeron inmediatamente la atención de Egremont, que salía en ese momento del coro. Ella aún seguía mirando fijamente a través de la verja mientras la luz entraba a borbotones a través de la vidriera oeste, inundando con un suave resplandor todo el interior de la iglesia, y cubriendo apenas la cabeza de la desconocida con una especie de halo. Egremont se acercó hasta la puerta del transepto, con paso lento, para que la desconocida, que se disponía a abandonar la iglesia, pudiera sorprenderse al verlo. Al llegar él a la puerta, ansioso por confirmar que no se equivocaba, se dio la vuelta y se encontró con el rostro de Sybil. Se quedó parado, temblando. No estaba ni a dos metros de distancia y, evidentemente, lo había reconocido; abrió la puerta trasera de la abadía por si ella la atravesaba, lo que en efecto hizo y, entonces, ella se detuvo en la puerta.

—¡Señor Franklin! —exclamó.

Era evidente, por tanto, que su padre no había juzgado oportuno o no había tenido aún la ocasión de comunicarle a Sybil la entrevista del día anterior. Egremont seguía siendo el señor Franklin para ella. Esto lo dejó desconcertado. Le habría gustado ahorrarse el dolor y el embarazo de la confesión, no obstante tenía que hacerla aunque no necesariamente con crudeza. Así que en ese momento solo le expresó lo contento que estaba de verla, el placer que le producía su encuentro. Y, luego, siguió andando junto a ella.

—Claro —dijo Sybil—, puedo imaginarme la sorpresa que se ha llevado al verme en esta gran ciudad. Pero han ocurrido muchas cosas extrañas e imprevistas desde que estuvo usted en Mowedale. Seguramente sabrá por sus informaciones que el pueblo ha decidido finalmente convocar su propio parlamento en Westminster. El pueblo de Mowbray ha tenido que enviar dos delegados a la asamblea, y eligieron que uno de ellos fuese mi padre. Es tanta la confianza que tienen en él, que ninguna otra persona les satisfaría.

—Debe de haber hecho un gran sacrificio al venir —dijo Egremont.

—¡Qué significan los sacrificios cuando la causa es esta! —dijo Sybil—. Sí, hizo grandes sacrificios —continuó diciendo con deseo—, estoy orgullosa de los grandes sacrificios. Nuestra casa, que era un hogar feliz, ha desaparecido; ha dejado la fábrica de los Trafford, con quienes nos unían muchos, muchos lazos —dijo con una voz vacilante—, y por quienes bien sé que habría puesto en peligro su vida. Y ahora, nos hemos marchado —dijo Sybil—, tal vez para siempre. Se ofrecieron a acogerme bajo su techo —continuó ella con emoción—. Si hubiera necesitado cobijo, hubiera tenido otro esperándome, pero no podía abandonar a mi padre en un momento así. Él recurrió a mí; y aquí estoy. Lo único que deseo, lo único que me mantiene con vida es darle alivio y apoyo en su gran lucha; y yo me moriría contenta si el pueblo fuese

libre, y un Gerard lo hubiera liberado.

¡Egremont pensaba para sí que debía decírselo todo, pero qué embarazoso era entrar en explicaciones así en una calle transitada! ¿Debía despedirse de ella y, luego, hacerle una confesión escrita? ¿Debería acompañarla a casa ahora mismo, y ofrecerle allí sus desconcertantes explicaciones? ¿O debería reconocer que se había entrevistado el día anterior con Gerard, y luego dejar el resto a las consecuencias naturales de ese reconocimiento cuando Sybil se encontrase con su padre? En estas cavilaciones, Egremont y Sybil abandonaron el patio de la abadía, y entraron en la calle Abingdon.

—¡Déjeme acompañarla a casa! —dijo Egremont mientras Sybil parecía darle a entender su propósito de separarse aquí.

—Mi padre no está en casa —dijo Sybil—, pero no me olvidaré de decirle que me he encontrado con su viejo amigo.

«¡Ojalá hubiera sido igual de franco que él!», pensó Egremont. Y tenía que dejarla de esta manera. ¡Nunca!

—¡Le ruego que me deje que la acompañe! —dijo en voz alta.

—No está lejos —replicó Sybil—. Vivimos en las inmediaciones de Westminster, en una vieja casona con unos amables ancianos, el hermano de una de las monjas de Mowbray. El camino más recto es siguiendo por esta calle, pero es demasiado bulliciosa para mí. He descubierto —añadió con una sonrisa— un atajo más tranquilo. —Y guiado por ella, doblaron por la calle College.

—¿Y cuánto hace que está en Londres?

—Un par de semanas. Es como una gran prisión. ¡Es extraño que en una gran ciudad como esta apenas pueda una andar sola por la calle!

—Echa de menos a *Harold* —dijo Egremont—. ¿Cómo está el más leal de los amigos?

—¿El pobre *Harold*? También me dolió dejarlo allí.

—Me temo que se le debe de hacer larga la espera —dijo Egremont.

—¡Oh, no! —dijo Sybil—. Hay tanto en juego; tanto que escuchar a mi padre cuando regresa. Me interesan sobremanera sus discusiones; y, algunas veces, voy a oírle hablar. Nadie puede compararse con él. Me parece que a nuestros gobernantes les resultaría imposible resistirse a sus peticiones si las escucharan de sus propios labios.

Egremont sonrió.

—La asamblea está madurando o, más bien, está en pleno florecimiento —dijo él—. Todo es nuevo y puro ahora; pero dentro de algún tiempo se acabarán las asambleas populares. Se formarán camarillas.

—Pero ¿por qué? —dijo Sybil—. Ellos son los verdaderos representantes del pueblo, y lo único que quiere el pueblo es justicia; que la ley y la sociedad respete tanto a los trabajadores y a la sociedad como respeta a la propiedad.

Mientras conversaban así, pasaron por varias calles limpias, tranquilas, que tenían

el aspecto de pertenecer más a una apacible ciudad de provincias que de ser el lugar de residencia de una de las ciudades más grandes del mundo, cerca de los palacios y de los parlamentos. No se veían apenas tiendas entre las casitas perfectamente alineadas, muchas de ellas construidas con un curioso tipo de ladrillo visto, y sin guardar ninguna de ellas el más mínimo respeto por las leyes de la simetría o de la proporción. No se oía el sonido de una suela rueda; y, a veces, tampoco se veía moverse a una sola persona. Paseando por entre las calles de este tranquilo y ordenado distrito, acabaron encontrándose en un lugar abierto, en el centro del cual se levantaba una iglesia de grandes dimensiones, construida con piedra labrada, en ese estilo majestuoso, por no decir pomposo, que introdujo Vanburgh. A su alrededor, la superficie, bastante amplia, estaba formada por establecimientos, en general muy humildes; el terreno trasero de una carpintería; el patio revuelto de un conductor de carruajes; en otros lugares, una pequeña y estrecha residencia que, como la boca de un surtidor, podría ser morada de una rata; más allá un grupo de casas más pretenciosas. En el rincón más alejado de esta zona, al cual se había ennoblecido con el nombre de plaza Smith, en vez de haberlo bautizado con el de San Juan, la iglesia de las inmediaciones, había un viejo casuplón. A principios de siglo se había recubierto su fachada con ladrillos de colores deslucidos, los cuales aún permanecían en el patio cercado por verjas de acero, como un individuo que, habiendo conocido un destino más alto, se hubiera retirado de las miradas del vulgo, uniendo a su humildad algo del pudor que la memoria inspira a quien ha visto desvanecerse su grandeza.

—Esta es mi casa —dijo Sybil—. Es un lugar tranquilo, y nos gusta.

Cerca de la casa había un estrecho pasadizo que era una vía muy utilizada por quienes querían bajar a las calles más populosas del barrio. Cuando Egremont abría la cancela de entrada al patio, Gerard subía por la escalera de ese pasadizo, y se aproximó a ellos.

## Capítulo 7

Cuando Gerard y Morley dejaron Albany después de visitar a Egremont, se separaron, y Stephen, a quien acompañaremos, siguió andando en dirección a El Templo, situado en las cercanías de donde él mismo habitaba. Iba a visitar a un colega suyo periodista, que había alquilado una habitación en ese famoso mesón-posada. Al aproximarse a El Templo, se fijó en un corpulento caballero que salía de un cabriolé público con un montón de papeles en la mano, y que desapareció enseguida por el mismo arco de entrada del mesón que él se disponía a cruzar. Morley, que entraba en el momento en que el caballero, al que aún podía ver, descendía la escalera, vio cómo se le caía una carta. Morley trató de avisarle con un grito, pero sin éxito. Entonces, temiendo que el desconocido pudiese desaparecer en uno de los laberínticos pasillos del lugar y perder la carta, Morley se apresuró a coger el sobre e intentó alcanzar a su dueño. Le gritó tan fuerte que, finalmente, el extranjero empezó a sospechar que él mismo podría ser el destinatario del saludo; se paró y se dio la vuelta. Morley, casi mecánicamente, miró el sobre cuyo precinto estaba roto, y vio que iba dirigido a nombre de una persona que suscitó su interés de inmediato. La dirección era Señor Baptist Hatton, Pasaje de El Templo.

—Señor, esta carta va dirigida a usted —dijo Morley—, mirando con mucha intención a la persona con la que hablaba.

Se trataba de un hombre corpulento y bien parecido. Iba cargado de ornamentos, tenía un aire caballeresco y poco que ver en su aspecto con el Hatton que él había imaginado.

—Señor, me siento muy agradecido —dijo el desconocido caballero—. Esta carta me pertenece, aunque no va dirigida a mí. Se me ha debido de caer hace un momento. Mi nombre es Firebrace, señor Vavasour Firebrace, y esta carta va a nombre de... de alguien que no es exactamente mi abogado, sino un caballero a quien suelo ver con frecuencia; a diario, podríamos decir. Está trabajando actualmente en un gran tema que me interesa sobremanera. Señor, me ha hecho usted un gran favor, y confío en que pueda satisfacerle esta deuda.

—¡Oh!, por supuesto, señor Vavasour —y Morley hizo una reverencia. Como iban en distintas direcciones, se separaron.

—¿Conoces a algún abogado que se llame Hatton en este mesón? —preguntó Morley a su amigo el periodista, cuando, una vez solucionados sus negocios, se presentó la ocasión.

—A ningún abogado con ese nombre, pero el famoso Hatton ese vive aquí —replicó.

—¡Famoso Hatton! ¿Y por qué es famoso? Te olvidas de que vivo en provincias.

—Ha convertido en pares del reino a más gente que Su Graciosa Majestad —dijo el periodista—. Y desde la reforma del Parlamento, la única oportunidad que tiene un tory de convertirse en par es conseguir el favor de Baptist Hatton, aunque nadie sabe

quién es ni a qué se dedica.

—Hablas como si fuese un acertijo —dijo Morley—. Ojalá pudiera averiguarlo. Trata de contármelo para que incluso yo pueda entenderlo.

—Con una palabra, entonces —dijo mi amigo—. Si necesitas una definición, Hatton entra en la categoría de «anticuario», aunque la especie a la que pertenece es más difícil de describir. Es un anticuario de árboles genealógicos, un descubridor, inventor, genealogista y manipulador del linaje de cada familia. Su tarea consiste en profundizar en los misterios de la genealogía, y es una autoridad en todo lo concerniente a la constitución y a los integrantes de la Cámara de los Lores. A su consulta acuden abogados que no practican la profesión; y está especializado en sorprender y alarmar a las familias nobles del país mediante el procedimiento de reclamar la titularidad de las baronías, títulos que a menudo poseen sin legítimo derecho, para dárselo a otros oscuros pretendientes, muchos de los cuales ha conseguido sentar en los escaños del Parlamento de este país.

—¿Y de qué parte del país procede? ¿Lo sabes? —preguntó Morley obviamente interesado, aunque intentando esconder su emoción.

—Puede que sea un auténtico nativo del reino de Cuccaña, quién sabe —replicó su amigo—. Lleva años encerrado en esta posada, muchos más de los que yo llevo aquí. Al principio fue prosperando con pequeños negocios que llevaba en secreto, pero hace unos diez años hizo fortuna con el caso de Mallory. Se trataba de una baronía concedida por decreto judicial que se llevaba impugnando desde hacía un siglo, pero sin resultados. Hatton consiguió el título para él y un puesto en los lores. Este caso sentó un precedente para que, bajo sus auspicios, tres o cuatro caballeros más siguieran su ejemplo. Probablemente fueron católicos romanos los que le presentaron el caso de Mallory, ya que Hatton pertenece a la antigua confesión. Mejor aún, se trataba de hombres muy adinerados, ya que no hay duda de que nuestro hombre fue muy bien recompensado por los buenos servicios que les prestó. Dicen que es muy rico. Hoy día, no hay asunto relacionado con descendencias que no pase por sus manos; no hay un título nobiliario, ni una concesión del título de par del reino que no se someta a su escrutinio. No lo conozco personalmente, pero puedes hacerte una idea de cuál es su forma de ser. Y si lo que quieres es reclamar un título nobiliario —añadió riéndose el periodista— él es tu hombre.

Una clara impresión de que él era su hombre se había quedado grabada en la mente de Morley. Decidió preguntar a Gerard, a quien iba a ver esa misma noche, sobre el hecho de que Hatton fuese católico, y si él se lo confirmaba, llamar al anticuario por la mañana.

Mientras tanto, no debemos olvidar a alguien que ya estaba visitándole. El señor Vavasour Firebrace está sentado en una espaciosa biblioteca con vistas sobre el Támesis y los jardines de El Templo. Aunque las mesas están cubiertas con pilas de pergaminos y papeles que invaden por distintos lados incluso la alfombra turca, toda la habitación está impregnada de un aire de orden, comodidad y buen gusto. Las telas

de damasco carmesí se mezclan con el mobiliario antiguo de roble. La parte superior de los cristales de las ventanas está decorada con dibujos de lápiz fino de estilo germánico feudal, mientras que los libros alineados en los estantes están encuadernados en telas según corresponda a sus distintos contenidos. El dueño de este apartamento es un hombre con una altura corriente y más bien corpulento. Tiene el mentón recto, los ojos de color azul aún no apagado, y un pelo castaño que asoma vistoso por debajo de la gorra de terciopelo negro que lo cubre. Pese a que por su aspecto nadie lo diría, se trata de un hombre ya entrado en la madurez, y capaz de realizar investigaciones a media noche gracias a las cuales ha obtenido, en buena medida, el conocimiento por el que se ha hecho famoso. En líneas generales, su rostro posee una expresión agradable, pero atravesada por un trazo oscuro.

El señor Hatton estaba sentado en una poltrona escribiendo sobre un velador. Junto a él había una larga mesa de roble donde había abiertos varios volúmenes de pergamino y algunos manuscritos sobre los que había estado trabajando recientemente. En este momento, el señor Hatton, vestido con ropa de cámara del mismo paño que la gorra, y con el lápiz en la mano, se había repantigado en la silla mientras escuchaba a su cliente, el señor Vavasour. Junto a él había varios perros de aguas de casta del rey Carlos II tumbados sobre unos almohadones de terciopelo con toda la arrogancia sibarita que era propia de aquel monarca amante de la belleza; y también un gato persa de ojos azules y cola larga, con unos rasgos no demasiado distintos de los de su dueño, que descansaba con gran solemnidad sobre el escritorio y asistía a la charla.

Obviamente el señor Vavasour había estado explayándose largo y tendido y el señor Hatton le había escuchado con esa imperturbable paciencia que le caracterizaba y que era incuestionablemente uno de los elementos de su éxito. Nunca daba nada por perdido, y nunca interrumpía a nadie. Así pues, ahora, en un tono de voz suave contestaba a su visitante:

—Lo que me cuenta, señor Vavasour, es algo que ya había previsto pero, puesto que no podía influir en ello usando mis influencias, dejé de pensar en ello. Vino a mí con un fin determinado, y lo he conseguido. Me he dedicado a la tarea de indagar sobre los derechos y hacer valer las reclamaciones que sobre la vigencia de sus títulos planteaban los baronets de Inglaterra. Esa fue la tarea que me encomendó, y la que he cumplido a su satisfacción; he realizado la investigación y he reclamado la vigencia de dichos títulos. Una gran mayoría de la orden ha refrendado su adhesión a este movimiento organizado. La nación se ha acostumbrado a sus demandas y la soberana ya las recibe favorablemente. No puedo hacer más. No pretendo crear baronets y, aún menos, puedo otorgar a aquellos que ya lo son el derecho a llevar estrellas y coronitas, el traje verde oliva de los *Equites aurati* o los sombreros blancos con plumas blancas de ganso. Estas distinciones, que ya se habían establecido con anterioridad, deben concederse con el real permiso de la Corona. No puede esperarse que en una época enemiga de las distinciones personales cualquier ministro influya



sobre la soberana para otorgar un rango que puede ser detestable si se adjudica a personas de mentalidad vulgar o que se puede convertir en ridículo si cae en manos de malvados.

—¡Ridículo! —dijo el señor Vavasour.

—No todo el mundo —replicó el señor Hatton— posee el mismo conocimiento que nosotros respecto a estas cuestiones, señor Vavasour. No puedo creer ni por un momento que la soberana estuviese dispuesta a investir con dichos privilegios a un grupo muy numeroso de personas.

—Pero usted nunca habló en estos términos —exclamó el señor Vavasour.

—Usted nunca me preguntó mi opinión al respecto —replicó el señor Hatton—. Y si se la hubiese dado, no habría tenido efectos sobre usted o sus amigos. Sobre esta cuestión ustedes pueden considerarse tan competentes como yo. Lo único que me pidió fue que defendiera su caso, y eso fue lo que hice. Y me atrevo a decir que no ha pasado por este despacho un caso tan bien llevado. No creo que exista otra persona en el reino que hubiera podido hacerlo. Es verdad, señor Vavasour, que se le ha rehusado a la orden la concesión de los honores que pide, pero consuélase con la idea de que nunca se ha recurrido la demanda.

—Creo que no hace más que agravar el despropósito —dijo el señor Vavasour negando con la cabeza—. ¿No puede aconsejarme otro paso, señor Hatton? Después de tantos años de espera, después de tanta ansiedad y tanto dinero empleado, es realmente una pena que a mí y a lady Firebrace se nos anuncie en la corte con la misma deferencia que nuestro pescadero, que resulta ser alguacil de policía.

—Puedo hacer a un par de Inglaterra —insistió el señor Hatton, apoyándose en el respaldo de su silla y jugando con sus sellos—, pero no pretendo hacer baronets. Puedo conseguir que una coronita de cuatro bolas ciña la frente de un hombre, pero no pretendo interferir en el ejercicio de la prerrogativa de conceder una coronita de dos bolas.

—Se lo menciono con la mayor discreción —dijo el señor Vavasour susurrando—, pero a lady Firebrace le han hecho una especie de promesa de que, en el caso de un cambio de gobierno, nosotros estaríamos en primera línea para la concesión de títulos nobiliarios.

El señor Hatton negó con la cabeza y esbozó una ligera sonrisa de desdeñosa incredulidad.

—El señor Robert —dijo— no va a nombrar pares; acepte mi palabra. Los whigs y yo hemos inundado de tal manera la Cámara de los Lores que, puede considerarlo como un secreto de Estado, si los tories llegan al poder, no se concederán más títulos nobiliarios. Me consta que la reina esta bastante sensibilizada con el desprestigio de la concesión de títulos nobiliarios en los últimos años. Si los whigs salen mañana del gobierno, créame, decepcionarán a todos sus amigos. Sus subordinados han prometido tantas cosas que la traición es inevitable, y si decepcionan a algunos, qué motivos tienen para no decepcionar a todos. Tal vez se repartan uno o dos títulos

nobiliarios entre ellos mismos; precisamente este año haré tres, pero son los únicos títulos que se concederán hasta dentro de muchos años. Puede creerme, porque los tories no harán ninguno, y yo estoy pensando retirarme del negocio.

Es difícil expresar el estupor, el desconcierto, la conmoción que invadió el rostro del señor Vavasour mientras su interlocutor iba exponiendo fríamente sus argumentos. Al mismo tiempo que desaparecían grandes esperanzas, veía surgir otras; sus sueños acariciados se desvanecían, pero en su lugar aparecían misteriosas expectativas. ¡Cómo era posible que se le estuviesen revelando estos asombrosos secretos de Estado; que los principales ministros renunciasen voluntariamente a sus influencias, y que fuese un oscuro particular quien repartiese esas distinciones que supuestamente correspondía a los soberanos atesorar y guardar; distinciones por las cuales los principales hombres del país estarían dispuestos a perjudicar su patrimonio o a sacrificar su honor! Al final, el señor Vavasour dijo:

—Me asombra, señor Hatton. Podría mencionarle al menos veinte miembros del club Boodle que creen que obtendrán un título nobiliario si los tories llegan al gobierno.

—Ni uno solo de ellos lo tendrá —afirmó Hatton terminantemente—. Dígame uno solo de sus nombres, y le diré si serán pares o no.

—Bueno, está el señor Tubbe Sweete, un miembro del condado, y sé que a su hijo, que está también en el Parlamento, se le han hecho promesas.

—Le repito señor Vavasour que los tories no harán ni un solo par. Sus candidaturas tienen que pasar por mis manos. Y yo le digo, ¿qué puedo yo hacer por un Tubbe Sweete, el hijo de un fabricante de barriles? ¿Hay alguna familia antigua entre los veinte miembros del club Brookes?

—Pues de eso no estoy seguro —dijo el señor Vavasour—; está el señor Charles Featherly, un antiguo baronet.

—El fundador de la familia fue corregidor durante el reinado de Jaime I. No es ese el tipo de familia a la que me refiero —replicó el señor Hatton.

—También está el coronel Cockawhoop —añadió el señor Vavasour—. He oído que los Cockawhoop son una muy buena familia.

—Contratistas de la reina Ana; abogados con Malborough y Solomon Medina, una muy buena familia, es cierto; pero yo no fabrico pares a partir de buenas familias, señor Vavasour. Las antiguas familias son los bloques de los que yo me valgo para tallar mis Mercurios.

—Pero ¿a qué llama usted una buena familia? —preguntó el señor Vavasour.

—A la suya —contestó el señor Hatton, y se quedó mirando el rostro sobre el que descansaba la luz.

—Fuimos la primera hornada de baronets —opuso el señor Vavasour.

—Olvide un rato a los baronets —dijo Hatton—. Dígame, ¿qué era su familia antes de Jaime I?

—Siempre vivieron de sus fincas —dijo el señor Vavasour—. Tengo una

habitación llena de cédulas que tal vez nos dirían algo sobre ellos. ¿Le gustaría verlas?

—Por supuesto. Tráigamelas aquí. Pero no porque yo quiera informarme de sus derechos. Los conozco de sobra. Usted quiere ser par, señor. Bien, entonces usted es realmente lord Vavasour, pero hay dificultades para establecer su derecho inalienable solamente a partir del decreto judicial. No le molestaré con tecnicismos, señor Vavasour. Ya es suficiente que sea una gran dificultad, aunque tal vez no inabordable. Pero no tenemos necesidad de asesorarnos más. Su reclamación sobre la baronía de Lovel es muy correcta. Puedo recomendarle que apueste por ella, si es que no se presenta ninguna mejor. En una palabra, si desea ser lord Bardolf, puedo comprometerme a conseguirlo, siempre que sir Robert Peel llegue a ministro. Y pienso que una posición así sería gratificante para lady Firebrace.

—Desde luego, lo sería —afirmó sir Vavasour—. Si no hubiese sido por la promesa de concederme un título nobiliario que me hizo, guárdeme el secreto, el señor Taper, el otro día mis arrendatarios habrían votado por los whigs en las elecciones del condado, y habríamos derrotado al candidato conservador. Lord Masque casi lo había arreglado, pero lady Firebrace tenía una promesa escrita de las altas instancias, así que hubo que cancelar el plan.

—Bueno, ya no dependemos de todos estos pequeños tejemanejes —dijo el señor Hatton.

—Es fabuloso —dijo el señor Vavasour levantándose de su silla y hablando como para sí mismo—. Y ¿cuáles cree que serán las costas de este recurso? —preguntó.

—¡Una bagatela! —dijo el señor Hatton—. No hace ni doce años conocí hombres que pusieron sobre la mesa casi medio millón sobre el valor de sus tierras para obtener a cambio ni un dos por ciento con el fin de lograr un puesto influyente en el distrito que pudiera conseguirles más tarde un flamante título nobiliario. Y ahora usted va a conseguir uno que le dará prioridad sobre el resto de los pares, excepto sobre tres (a los cuales fabriqué yo), y no le va a costar más que la despreciable cantidad de veinte o treinta mil libras. ¡No conozco yo pocos hombres que darían esa cantidad simplemente por tener la prioridad! ¡Mire esto! —Se levantó y cogió unos documentos de la mesa—. He aquí un caso de un hombre que, me atrevo a decir, usted conoce. Se trata de un conde, en la buena época en que había condes, en tiempos de Jorge I. El primer barón de su familia fue un ayuda de cámara flamenco de Guillermo III. Bien, cuando estaba a punto de poner fin a la suspensión de una herencia yacente que le había dejado su madre, y conseguir para él una de las baronías de los Herberts, compró el título de otro litigante que poseía dicho título nobiliario gracias al pago de una suma mayor de la que pagará usted por su título. Pero eso no es todo. Este otro litigante era un hombre de descendencia y apellido franceses que había llegado a este país tras la revocación del Edicto de Nantes. Bien, aparte del dinero para callarle la boca, mi cliente tuvo que sufragar las costas de intentar transformar al descendiente de un tejedor de sedas de Lyon en el heredero de

un conquistador normando. Así que ya ve, señor Vavasour, no soy insensato. ¡Si fuera por mí! Preferiría ganar cinco mil libras reestableciéndole a usted en sus derechos que cincuenta mil por facilitarles a cualquiera de estos pretendientes sus indignas pretensiones. Vivo de mi oficio, señor Vavasour, pero amo la sangre inglesa, que es la que corre por mis venas.

—Acepto el trato, señor Hatton —dijo el señor Vavasour—. No perdamos más tiempo. Lo único que lamento es que no me dijera antes todo esto. Nos habríamos ahorrado muchos problemas y gastos.

—Nunca me lo consultó —dijo el señor Hatton—. Me dio sus instrucciones, y yo las obedecí. Me apenaba ver que se obcecaba con esa idea porque, siendo franco con usted y sin intención de ofenderle, milord, pues este es el tratamiento que le corresponde, no hay título nobiliario que me merezca tanto desprecio como el de baronet.

El señor Vavasour dio un respingo, pero le esperaba un futuro glorioso y un presente excitante. Le dio los buenos días al señor Hatton, y le prometió que le traería los documentos a la mañana siguiente.

El señor Hatton se encerró durante unos breves instantes en sus pensamientos mientras jugaba con la cola del gato persa.

## Capítulo 8

Dejamos a Sybil y a Egremont en el instante en que coincidían con Gerard en el mismo umbral de la casa.

—¡Ah, padre mío! —exclamó Sybil y, luego, con un ligero sonrojo del que tal vez no era consciente, añadió, como si Gerard, receloso, no recordase a su antiguo amigo —, ¿te acuerdas del señor Franklin?

—Este caballero y yo mismo tuvimos el placer de encontrarnos ayer —dijo Gerard turbado, al mismo tiempo que Egremont, totalmente desconcertado, cambiaba de color.

Sybil se sorprendió de que su padre se hubiese encontrado con el señor Franklin y no le hubiera mencionado un hecho que, naturalmente, le interesaba. Egremont se disponía a hablar cuando se abrió la puerta de la calle. ¿Iban a separarse de nuevo sin explicaciones? ¿Iba a dejar que se las diese el padre de Sybil, que evidentemente no tenía prisa ni, tal vez, especial interés en hacerlo? Toda la franqueza de su espíritu noble le obligaba a poner fin personalmente a ese largo desatino.

—Si me lo permiten, desearía —dijo Egremont dirigiéndose tanto a Gerard como a su hija— entrar con ustedes un momento.

No era posible negarse a una petición así, pero Gerard no aceptó cordialmente. Pasaron al amplio y oscuro vestíbulo de la casa, siguieron hasta el final de un largo pasillo, Gerard abrió una puerta, y todos entraron en una melancólica y espaciosa habitación, que estaba situada en la parte de atrás de la casa y daba a una pequeña parcela cuadrada de hierba húmeda. En medio de esta había una escultura de Cupido, desgastada por la corrosión del tiempo, con un brazo roto y el otro levantado en el aire, con una larga fractura que le llegaba hasta la boca. En otros tiempos debió de haber sido una fuente. Al final de la parcela, la fachada ciega de una casa mostraba una pared sobre la que una vez hubo un fresco pintado. Aunque la pintura de color estaba rasgada y descascarillada, y la que quedaba estaba desteñida y descolorida, podían detectarse aún algunas trazas del dibujo original: coronas festivas y las columnatas en perspectiva de un palacio.

Las propias paredes de la habitación estaban revestidas con paneles de madera teñida de negro; las cortinas eran de estambre tosco de color verde, y con una capa de polvo encima tan antigua e inamovible que parecía lava sólida; la alfombra, que una vez había sido brillante y vistosa, estaba completamente raída y gris por efecto del paso del tiempo. Había varias sillas pesadas de caoba, una mesa Pembroke, y un inmenso e inmanejable aparador adornado con algunas copas de vino de color azul marino. Encima de la repisa de la chimenea había un retrato del marqués de Granby, que podría haber sido el cartel de un mesón y, enfrente, en el aparador, había un cuadro de Ranelagh en un día de fiesta, pintado con colores chillones por Bunbury. Aunque tristón, el aspecto general de la habitación no era sórdido. Por su amplitud, su tranquilidad extrema, y por las asociaciones que despertaban esas pocas imágenes en

la mente del visitante, este no tenía una impresión desagradable, aunque sí participaba de la vaga melancolía que envuelve la contemplación del pasado y que suele traer alivio al espíritu.

Gerard se acercó a la ventana y se puso a mirar la parcela de hierba. Sybil sugirió a su invitado seguir su ejemplo. Egremont, agitado, se esforzaba por recobrar la serenidad; y, luego, en un timbre de voz que carecía de su acostumbrada claridad, dijo:

—Ayer expliqué a una persona, a quien espero poder seguir llamando amigo, por qué adopté un nombre que no es el mío.

Sybil hizo un pequeño gesto de haberse sorprendido, pero no habló.

—Me complacería que también usted creyera los motivos que me impulsaron a actuar así y de los cuales ni siquiera me avergüenzo —y añadió titubeando—, incluso si estima que mi conducta fue indiscreta.

Los ojos de ambos se encontraron; el semblante de Sybil reflejaba el estupor, pero no pronunció una palabra; y su padre, que estaba de espaldas a ellos, no se movió.

—Había oído —siguió diciendo Egremont— que un abismo insalvable separaba a los ricos de los pobres; había oído que los privilegiados y el pueblo formaban dos naciones gobernadas por distintas leyes, influidas por distintas costumbres, sin ideas ni afinidades en común, con una incapacidad innata para entenderse. Pensé que si esto era cierto, la ruina de nuestro común país estaba próxima. Debía dedicarme, tal vez sin fuerzas mas no sin celo, a frenar esta catástrofe, porque gozaba de una posición que me obligaba a tomar parte en esa responsabilidad. Para acceder a ese conocimiento, que era el único que podía prepararme para que mis actos fueran benéficos, decidí marcharme a vivir de incógnito entre los trabajadores y súbditos a los que se había alejado de mí. Pese a no ser conocido en absoluto, si me hubiesen reconocido no habría podido hacerlo sin levantar sospechas. Se habrían echado atrás al saber de mi clase o al oír mi apellido, al igual que usted hizo, Sybil, una vez que fue mencionado casualmente delante de usted. Estas son las razones y estos los motivos que me impulsaron, sin decir que justifiquen mi comportamiento, a traspasar el umbral de su casa bajo un nombre supuesto. Les ruego que consideren con benevolencia mi conducta, que me perdonen, y que no me hagan sentir la amargura de haber perdido la confianza de alguien por quien, en cualquier circunstancia y pase lo que pase, sentiré siempre el máximo respeto, y diría que un afecto reverencial.

Su torrente de palabras emocionadas cesó. Sybil, con una hermosa expresión de turbación, lo miró fijamente un instante, y parecía que iba a ponerse a hablar, pero el temblor de sus labios desmintió su intención; entonces, con un esfuerzo, volviéndose hacia Gerard, dijo:

—Padre mío, estoy sin habla; dime, ¿quién es, entonces, este caballero que se dirige a mí?

—El hermano de lord Marney, Sybil —dijo Gerard, volviéndose de frente hacia ella.

—¡El hermano de lord Marney! —repitió Sybil con aspecto de haberse quedado estupefacta.

—Sí —dijo Egremont—; un miembro de esa familia sacrilega, de esos opresores del pueblo, a los que ha reprobado ante mí con un helador desprecio.

El codo de Sybil se apoyó en el brazo de la silla sosteniéndose la mandíbula con la mano. Cuando Egremont dijo esas palabras, ella se cubrió la cara con el brazo para que no se la viera en absoluto. Durante unos instantes reinó el silencio. Después, reincorporándose con una expresión grave pero serena, como si hubiese emergido de las profundidades de sus pensamientos, Sybil dijo:

—Lo siento por las palabras que dije; no era consciente del dolor que le infligía; siento de verdad todo lo que ha pasado, y que mi padre haya perdido a un cordial amigo.

—¿Y por qué tiene que perderlo? —preguntó Egremont con tristeza, pero con ternura—. ¿Por qué no podemos ser amigos?

—¡Oh, señor! —dijo Sybil, en voz alta—. Yo soy una de esas personas que creen que el abismo es insalvable. Sí —añadió ella, haciendo un gracioso ademán de apartar ligeramente las manos, y girando un poco la cabeza—. Totalmente insalvable.

Hay desórdenes del alma que, al igual que en las grandes convulsiones de la naturaleza, todo lo transforman en anarquía y caos. Sin embargo, en esos momentos de grandes perturbaciones, como en la propia lucha por la vida, surge un nuevo principio de orden o un nuevo impulso para actuar de otra forma que modera, regula y transforma en armonía las pasiones y los elementos que amenazaban con la desesperación y la subversión. Así le sucedía a Egremont. Durante un momento miró con desesperación a esta doncella cuyo afecto le estaba vedado por prejuicios y convicciones más insalvables que las que se derivan de una mera diferencia de clase. Durante un instante, nada más que por un instante, pareció hundirse en la desesperación. Pero encontró en su espíritu torturado las energías para responder a lo que la ocasión exigía. Ni siquiera la presencia paralizante de Gerard habría podido impedir que...; pero justo en ese momento se abrió la puerta, y Morley y otra persona entraron en la habitación.

## Capítulo 9

Morley se quedó parado al reconocer a Egremont. Luego, avanzando hasta Gerard, seguido del otro hombre, dijo:

—Este es el señor Hatton, de quien hablábamos ayer por la noche y que dice ser un antiguo conocido tuyo.

—Tal vez debiera decir de su querido pobre padre —dijo Hatton, escudriñando los ojos azules de Gerard, y luego añadió—: Hizo muchas cosas por mí en mi juventud, y uno no puede olvidar eso.

—No se debe olvidar —dijo Gerard—, pero es un modo de memoria que, a juzgar por lo que he visto, es bastante raro. Por mi parte, lo recuerdo muy bien, Baptist Hatton —dijo Gerard examinando a su invitado con un escrutinio tan completo como al que él le había sometido—. Veo que el mundo se ha portado bien con usted. Me alegro.

—*Qui laborat orat* —dijo Hatton con una voz suave— es la máxima santa de nuestra Santa Iglesia. Y me atrevo a confesarle que mis plegarias y mis desvelos han sido oídos, porque he trabajado mucho en mi vida —y al decir estas palabras, se volvió hacia Sybil para dirigírselas a ella.

Ella lo miró con no poco interés. Aquel misterioso nombre que había sonado tan menudo en sus oídos cuando era pequeña se asociaba a muchas extrañas esperanzas, y a una oscura mezcla de sospecha, recelo y pensamientos confusos. Hatton apenas parecía darse cuenta de los pensamientos que en ese instante le estaba dedicando Sybil. Su aspecto era atractivo. Tenía una expresión franca e incluso benevolente que jugaba a favor de su rostro inteligente y apuesto; su, en otro tiempo, pelo castaño, aún largo pero muy delgado, estaba tan cuidadosa como naturalmente arreglado para cubrir su calvicie. Vestía con una gran simplicidad, pero con notable gusto y cuidado. Ni la serenidad ni la suavidad de sus maneras y el timbre tenue de su voz desmentían el efecto favorable que su aspecto causaba siempre en la gente cuando le veían por primera vez.

—*Qui laborat, orat* —dijo Sybil con una sonrisa— es un privilegio del pueblo.

—Al cual yo pertenezco —dijo Hatton con una inclinación de cabeza, recordando que se encontraba delante de la hija de un delegado cartista.

—¿Pero es el trabajo que hace usted igual que el de ellos? —dijo Sybil—; ¿es acaso la suya una vida de esfuerzo impasible, llena de belleza y bondad, que según aconseja la sagrada máxima de nuestra Iglesia, ha de incluir en ella la virtud y la fuerza de la oración?

—Estoy seguro de que no debería quejarme del esfuerzo que a usted la beneficia —dijo Hatton.

Y, luego, dirigiéndose de nuevo hacia Gerard, le llevó a un apartado rincón de la habitación donde, enseguida, se enfrascaron en una animada conversación. Al mismo tiempo, Morley se acercó a Sybil, y le habló con voz susurrante. Egremont, que se



sentía a disgusto, se acercó a ella para despedirse. Sybil se levantó y le devolvió el saludo con alguna ceremonia. Entonces, dudando, al mismo tiempo que con un gesto de dulzura en el rostro, extendió hacia él su mano, que él estrechó durante un momento, y la volvió a retirar.

—Pasé con él más de una hora —siguió diciendo Morley—. Al principio no recordaba nada; ni siquiera el nombre de Gerard, que le era tan familiar, le produjo impresión alguna. No recordaba nada de las cédulas, por lo cual parecía evidente que no tenían mucha importancia. Pero dondequiera que estuviesen, sin duda las conservaba, porque él nunca destruía los documentos. Así que ya ordenaría que los buscasen, y todo eso. Ya me iba a marchar cuando me preguntó, como quien no quiere la cosa, sobre tu padre; qué hacía, y si estaba casado o tenía hilos. Esto nos llevó a una larga conversación que, de pronto, suscitó un gran interés por su parte. Primero habló de escribir a tu padre para verse, pero yo le invité a que fuese Gerard quien viniera hasta él. Apuntó vuestra dirección con el fin de poder escribirle y acordar una cita. Cuando vio que estaba en Westminster, dijo que había mandado preparar su carruaje para ir a la Cámara de los Lores en un cuarto de hora y que, si no tenía inconveniente, me proponía que lo acompañara. Yo pensé que, fuese cual fuese el resultado, sería una satisfacción para Gerard ver finalmente a este hombre sobre el que había hablado y pensado tanto; y aquí estamos.

—Has hecho bien, buen Stephen, como siempre —dijo Sybil con actitud pensativa y meditabunda—. Nadie piensa con tanta prudencia y tan acertadamente como tú.

Él la miró de soslayo, y apartó los ojos inmediatamente. Sus ojos se habían encontrado, los de ella eran amables y estaban en calma.

—Y este Egremont —preguntó Morley más bien rápida y abruptamente, mirando al suelo—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí? Cuando lo descubrimos ayer, tu padre y yo acordamos no mencionarte la superchería de la que habíamos sido víctimas.

—E hicisteis mal —replicó Sybil—. No hay mayor sabiduría que la franqueza. Si me lo hubierais dicho, él no habría venido aquí hoy. Cuando nos encontramos y se dirigió a mí, yo solo vi en él a un conocido que había contribuido a hacernos la vida agradable. Si no me hubiera acompañado hasta la puerta y, al encontrarse con mi padre, se hubiera visto obligado a darme una explicación que, ha comprobado, no dieron los demás, yo habría seguido ignorando los hechos, lo cual podría haber sido causa de algunas molestias.

—Tienes razón —dijo Morley mirándola con sutileza—. Todos nos hemos abierto demasiado ante este aristócrata.

—Espero que ninguno hayamos dicho una palabra que deseemos olvidar —dijo Sybil—. Él ha preferido disfrazarse, pero no tiene queja alguna de la franqueza con la que hemos hablado de su clase o de su familia. Y, por lo demás, no le ha hecho daño conocer algo de los sentimientos de las personas con las que ha estado conviviendo.

—Y, sin embargo, si algo ocurriera el día de mañana —dijo Morley—, puedes estar segura de que este hombre nos tiene echado el ojo. Puede ir al gobierno como uno más de ellos y contarles todo, pues aunque aparente estar en la oposición, basta que el pueblo se mueva, para que los partidos se unan contra él.

Sybil se volvió para mirarle y luego dijo:

—¿Y qué puede ocurrir el día de mañana para que tengamos que preocuparnos de que el gobierno conozca esto o aquello? ¿Es que no lo saben ya todo? ¿No os reunís delante de sus ojos? El fin que perseguís es legal y por medios legales, ¿verdad? Entonces, ¿qué tenéis que temer? ¿Y por qué tenemos que estar recelosos?

—En este momento las aguas van por su cauce —dijo Morley—. Y puede que sigan yendo, pero las asambleas populares generan individuos turbios, Sybil. Tu padre lleva la voz cantante. Él es un gran orador y se encuentra en su elemento natural dentro de ese mundo bullicioso y feroz. Pero a mí eso no me va, yo soy un hombre de salón. Esta asamblea, como sabes, nunca fue de mi gusto. Su carta es una mala solución para nuestros problemas sociales. El espíritu que podría curarnos de nuestros males debe proceder de un talante más profundo y sutil.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —preguntó Sybil.

Morley se encogió de hombros y luego dijo:

—Es una pregunta fácil de responder. Las preguntas siempre lo son. El hecho es que en la vida activa uno no puede andarse con sutilezas. Me habría gustado que el movimiento hubiese tomado un cariz distinto y que hubiese seguido una vía diferente; pero no lo ha hecho. Es todavía un movimiento y uno grande, y yo debo tratar de forjarlo a mi manera y trabajar para ello. Si yo me hubiera negado a ser líder, no habría evitado el movimiento popular, simplemente habría conseguido demostrar que yo era un tipo insignificante.

—Pero mi padre no tiene estos temores. Él derrocha esperanza y coraje —dijo Sybil—. Y probablemente, es una gran cosa que el Parlamento celebre sus sesiones abiertas al público, o que sus delegados de todo el reino expongan sus quejas en un lenguaje que no desmerezca al que utiliza la clase conquistadora que ha intentado empobrecerlos en vano. Cuando oí hablar a mi padre la otra noche, el corazón me abrasaba de emoción, y se me llenaron los ojos de lágrimas; me sentí orgullosa de ser su hija, y me regocijaba con la idea de que nuestros padres perteneciesen a los oprimidos y no a los opresores.

Morley observaba el resplandor profundo que se desprendía de sus ojos y el rubor de sus mejillas brillantes cuando pronunció estas últimas palabras no solo con exaltación, sino con fervor. El pelo brillante le caía por ambos lados de la cara en largos rizados de exuberante sensualidad; su frente despejada era el mismo trono de la majestad y el pensamiento, y sus labios aún temblaban con la sensibilidad que expresaba el ardor de su verdad.

—Pero tu padre, Sybil, está solo —replicó Morley finalmente—, rodeado por partidarios que no tienen más que entusiasmo para recomendarles, y por émulos y

rivales intrigantes que observan cada palabra y cada acto suyos con el fin de desacreditar su conducta y, con el tiempo, precipitar su caída.

—¡La caída de mi padre! —dijo Sybil—. ¡Es que él no es uno de ellos! ¿Es posible que el único y el mismo objetivo de los delegados del pueblo sea ese?

—Son miles —dijo Sybil—. Ya existen tantas facciones como en el propio St. Stephen.

—Me aterrás —dijo Sybil—. Sabía que teníamos enemigos contra quienes combatir, mi visita a esta ciudad me ha enseñado lo fuertes que son nuestros enemigos. Pero yo creía que teníamos a Dios y a la verdad de nuestra parte.

—De eso no saben nada en la Asamblea Nacional —dijo Morley—. Nuestro ímpetu será una vulgar caricatura de las mismas malas pasiones, rastreras intrigas, facciones y fracasos de nuestros opresores.

En ese momento Gerard y Hatton, que estaban sentados en un lejano rincón del salón, se levantaron a la vez y se acercaron a ellos. Sybil y Morley interrumpieron su conversación. Sin embargo, antes de que su padre y su nuevo amigo pudieran llegar hasta ellos, Hatton, como si se hubiera acordado de un punto no suficientemente explicado, colocó su mano en el brazo de Gerard y se lo llevó de nuevo a un aparte. Con una voz que solo podía oír su interlocutor, empezó a decir:

—Usted me comprende, no tengo la menor duda de su derecho moral. Creo, con toda la ley de mi parte, que el castillo de Mowbray es tan suyo como la casa que se construye el arrendatario en la tierra de su señor. Pero ¿podemos probarlo? Nunca hemos tenido la evidencia legal. Está usted en un error si cree que estos documentos tienen consecuencias vitales; son simplemente sumarios; muy útiles, sin duda, y confío en que los encontraré, pero sin validez legal. Si el dinero fuese la única dificultad, créame, no faltaría. Debo mucho a la memoria de su padre, mi buen Gerard. Les serviría de buen grado a usted y a su hija. No le diré lo que yo haría por ustedes, mi buen Gerard. Creerá usted que soy tonto, pero estoy solo en el mundo; y volver a verlo y hablar de los viejos tiempos... Realmente ahora no puedo pensar en los negocios. Sin embargo, debo marcharme, tengo una cita en la Cámara de los Lores. Adiós. Debo decirle adiós a lady Sybil.

## Capítulo 10

—No puede sentarse a esa mesa, señor, está reservada —dijo un camarero a un miembro del Club Atheneum que parecía haber olvidado el protocolo que, bajo la señal de un plato invertido, mantiene a los clientes apartados de las zonas codiciadas.

—Siempre están reservadas —gruñó el miembro—. ¿Quién la ha reservado?

—El señor Hatton, señor.

Y en ese preciso instante, cuando eran ya las ocho en punto del mismo día en que tuvo lugar la reunión de la que hemos hablado en el último capítulo, una elegante berlina negra con un precioso caballo se detenía en la plaza de Waterloo, delante del arco de entrada del Club Atheneum. De su interior salió enseguida el afortunado Baptist Hatton.

Este club era el único lugar de esparcimiento de Hatton. Nunca había tomado parte en la vida social pero, ahora que sus hábitos estaban tan hechos, participar en ella le habría costado un gran esfuerzo. Pese a tener una reputación de primera fila en su profesión y ser, supuestamente, rico, eran numerosas las oportunidades que se le presentaban para el trato con los caballeros anónimos de mediana edad y posición acomodada que pululan por los clubes y celebran cenas en las casas y alojamientos de unos y otros. Se trata de hombres que viajan con frecuencia, que cotillean bastante, que llevan una existencia fácil, remisa, sin hacer nada, pero sumamente interesados por lo que hacen los demás. Son grandes críticos de las pequeñas cosas, generosos en procurarse pequeños placeres e inclinados a la respetable práctica de un ocioso libertinaje. A estas personas les gusta escrutar el mundo a través de la ventana de un club, como si estuviesen descubriendo un planeta; y les entusiasman las cosas que no les preocupan y los personajes de los que nunca han oído hablar.

Todo esto no iba con la forma de vida de Hatton, que carecía de pretensiones y que había adquirido de sus hábitos de investigar en la historia un respeto por lo que era auténtico. Estas personas sin importancia revoloteaban a su alrededor, pero él se había retirado de una existencia que se le antojaba a la vez aburrida y frívola. Tenía un par de amistades literarias que había hecho en la Sociedad de Anticuarios, de la cual él era un distinguido miembro. Un vicepresidente de esa institución le había introducido en el Atheneum. Era el único club al que Hatton había pertenecido, y se complacía en ello. Le gustaban el esplendor, la luz y el ajetreo de este gran salón, porque le permitían alejarse de la melancolía que, después de un día de trabajo, es el destino de un celibato activo. Después de su esfuerzo, le agradaba una suntuosa cena sin sobresaltos; mientras sorbía su clarete meditaba sobre sus planes. Sobre todo, donde más deleite encontraba era en la magnífica biblioteca, y tal vez nunca era más feliz que cuando, después de una estimulante comida, se trasladaba escaleras arriba a sumergirse en un sillón con Dugdale o Selden, o con un tratado erudito sobre la enajenación de la propiedad o la suspensión jurídica.

Hoy, sin embargo, Hatton no se encontraba de humor para eso. Entró cansado y

agitado; comió con rapidez y bastante vorazmente, se bebió de un trago una pinta de champán y luego pidió una botella de Lafitte. Una vez recogida su mesa, con un pastel condimentado, una botella en la hielera y un vaso nuevo, se entregó a la ensoñación que hasta ese momento la agitación de sus sentidos y los imperativos físicos de la existencia habían impedido.

«¡Qué día más extraño!», pensó, mientras volvía a llenarse el vaso con aspecto distraído y se recostaba en la silla a beberse su vino a sorbos. «¡El hijo de Walter Gerard! ¡Un delegado cartista! ¡La mejor sangre de Inglaterra! ¡Dónde no llegaría yo si la tuviera!».

«¡Esos infernales documentos! Gracias a ellos he hecho fortuna y, sin embargo, no sé cómo ha sido, pero me han supuesto muchos sufrimientos. ¡Con lo inofensivos que parecían! El viejo estaba muerto, y era insolvente; yo mismo me moría de hambre; y su hijo no sabía nada; tampoco a él le habrían servido en absoluto, porque habría necesitado miles de libras para interponer una acción y, aun así, solo yo podía sacarles partido. Si no lo hubiera hecho, probablemente me habrían barrido de la faz de la tierra, o habría terminado en la miseria, la enfermedad o con achaques de corazón. Y ahora, en cambio, soy Baptist Hatton; poseo una fortuna casi tan grande como para comprar Mowbray, y obra en mi poder información que haría temblar al más valiente».

«Pero ¿para qué toda esta riqueza y poder? ¿Qué memoria de mí voy a dejar? ¿Qué familia me espera? No tengo ni un pariente en el mundo, excepto un solitario bárbaro a quien, cuando hace años visité disfrazado de extraño, me inspiró un inenarrable desprecio».

«¡Ah, si tuviera un hijo o una hija, como la hermosa hija de Gerard!».

Y Hatton volvió a llenarse la copa mecánicamente, y se la bebió de un trago.

«¡Ah, cómo he podido despojarla de un principado! ¡A ese ser angelical cuya luz me ciega los ojos incluso ahora, y cuya dulce voz aún resuena en mis oídos! Solo un diablo podría perjudicarla, y yo soy ese diablo. ¡Veamos, veamos!».

Y ahora parecía sumergido en el paraíso que creaba su propia imaginación. Volvió a llenarse la copa una vez más, pero esta vez bebiéndosela a pequeños sorbos, como si temiera desordenar el abanico de imágenes que se habían formado a su alrededor.

«Veamos, veamos. Yo podría convertirla en baronesa. Gerard merece el grado de barón de Valence tanto como Shrewsbury el de barón de Talbot. Y su nombre es Sybil. ¡Resulta curioso cómo, aun entre campesinos, cuando se tiene buena sangre, se conserven los apellidos de alcurnia! Los Valence siempre fueron Sybil».

«Podría convertirla en baronesa. ¡Sí! Le podría dar los medios para dotarse de propiedades. La compensaría por las tierras que deberían haber sido suyas y que, tal vez por mi causa, le fueron enajenadas».

«¿Podría hacer más? ¿Podría devolverle el rango que le corresponde por honor, acabar con estos sufrimientos que martirizan mi conciencia, y lograr la secreta ambición de mi vida? ¿Por qué mi hijo no podría ser lord Valence?».

«¿Es demasiado atrevida? Un delegado cartista, la hija de un campesino. Con toda esta resplandeciente belleza de la que he sido testigo, con todos los maravillosos atributos que su amigo Morley ha glosado, ¿no me rechazaría? No soy un vulgar jorobado».

«Le podría ofrecer muchas cosas. Creo que sabría cómo exhortarla a ello. Debe de ser muy pobre. Visto así, con un sueño como este, y con las imágenes de poder y pompa que yo sabría inspirarle, creo que al final sucumbiría. ¡Y a los encantos de alguien de su propio credo! Volver a fundar un hogar católico; y con alguien que posee sangre noble, linaje de alcurnia y cree en la antigua fe. ¡Virgen santísima, qué visión más sublime!».

## Capítulo 11

La misma noche del día en que Egremont se había encontrado con Sybil en la Abadía de Westminster, de la cual se separaría posteriormente en circunstancias tan perturbadoras, la condesa de Marney ofrecía una gran recepción en su mansión familiar de la plaza St. James. Se trataba de una residencia que lord Marney había pretendido alquilar a un nuevo club, con la intención de trasladarse con su familia durante una breve temporada a un hotel. Pero negoció un precio tan alto que antes de que se firmase el arriendo, el nuevo club, que prácticamente estaba formado por un solo miembro que, astutamente, se había nombrado a sí mismo secretario, había desaparecido. Entonces, se acordó que la familia residiría en la mansión durante esa temporada. Esta noche, Arabella recibía a toda la sociedad distinguida, a la cual ella se honraba en pertenecer.

—Hemos venido tan pronto como nos ha sido posible, querida Arabella —dijo lady Deloraine a su nuera.

—¡Es usted tan amable como siempre! ¿Ha visto a Charles? Esperaba que viniese —añadió lady Marney en un tono algo triste.

—Esta en la Cámara; de lo contrario, estoy segura de que ya estaría aquí —dijo lady Deloraine, contenta de tener una buena razón para ausentarse de ella, lo cual habría ocurrido de cualquier forma.

»Me temo, querida, que esta noche le van a faltar guapos. Hemos cenado en casa del duque de Fitz-Aquitania, y todos nuestros caballeros desaparecieron de pronto. Dicen que va a haber una temprana votación.

—Ojalá se acaben pronto esas votaciones —dijo lady Marney—. Son sumamente antisociales. ¡Ah! ¡Aquí esta lady de Mowbray!

Alfred Mountchesney revoloteaba alrededor de lady Joan Fitz-Warene, a quien le complacía la devoción que le profesaba el Cupido de May Fair. De la boca de este salían inimaginables naderías, y ella replicaba con incomprensibles pequeñeces. De ese modo chocaban la fingida profundidad de ella y la vaporosa ligereza de él. De vez en cuando él conseguía atraer la atención de ella, y le comunicaba la angustia de su alma con una mirada de autocomplaciente dulzura.

Lady St. Julians, apoyándose en el brazo del duque de Fitz-Aquitania se detuvo a hablar con lady Joan. Lady St. Julians estaba decidida a que la heredera de Mowbray se casase con uno de sus hijos. Así pues, estaba ojo avizor ante cualquiera que osase monopolizar la atención de lady Joan, y contribuía sin descanso a obstaculizar sus maniobras. En medio de una deliciosa conversación que parecía abocada a tocar fondo, lady St. Julians se levantaba directamente y abordaba con algún tipo de afectuosa súplica a lady Joan, a quien llamaba su «querida niña» o «cariñito», con el fin de que ella no se dignara ni siquiera a notar la presencia del infeliz caballero al que acababa de dejar, como si dijéramos, descabalgado.

—¡Mi querida niña! —dijo lady St. Julians a lady Joan—; no tiene idea de lo

triste que estaba Frederick esta noche porque no podía salir de la Cámara; me temo que el asunto se demorará hasta tarde.

Lady Joan se quedó como si la ausencia o presencia de Frederick fuera para ella una cuestión de gran indiferencia, y luego añadió:

—No creo que la votación sea tan importante como se suele suponer. Una derrota en la votación de una propuesta de ley a un gobierno colonial no me parece que tenga suficiente peso como para disolver un gabinete.

—Cualquier derrota tendría ese efecto ahora —dijo lady St. Julians—, pero a decir verdad no soy muy optimista. Lady Deloraine dice que serán derrotados y que los radicales los abandonarán, pero yo no estoy tan segura. ¿Por qué los radicales los abandonarían? ¿Y qué hemos hecho nosotros por ellos? ¿Deberíamos haber previsto este asunto de Jamaica y haberlos invitado a algunos de ellos a cenar, o a dar un baile o dos en honor de sus esposas e hijas! Estoy segura de que si hubiese tenido la menor idea de que teníamos una buena oportunidad de llegar al gobierno, no me habría importado haber hecho algo yo misma o, incluso, haber invitado a sus mujeres.

—Es usted toda una acérrima adepta, lady St. Julians —dijo el duque de Fitz-Aquitania, a quien le tenían pendiente de un hilo desde hace dos años con la concesión de un virreinato en Irlanda, y se había convertido en un conservador convencido, con tanta confianza puesta en sir Robert como en lord Stanley.

—He hecho grandes sacrificios —dijo lady St. Julians—. Una vez llegué a quedarme una semana en casa de lady Jenny Spinner para ganarme el voto del palurdo de su hijo y de sus ochenta mil libras al año a cambio de que lord St. Julians le propusiera como miembro del club White; y, ¡después de todo eso, los whigs lo convirtieron en par! Desde luego, ellos sacan más partido a sus influencias sociales que nosotros. El asunto aquel del tal señor Trenchard fue un duro golpe. Perder un voto en unos momentos tan críticos... Si yo hubiera tenido la menor idea de lo que estaba pasando, le habría pedido a Barrowley que me lo dejara a mí un par de días.

Un distinguido diplomático extranjero se había pegado a lord Marney, y le estaba sondeando hábilmente sobre el futuro que le cabía esperar.

—¿Pero está la pera ya madura? —dijo el diplomático.

—La pera está madura si tenemos el valor de arrancarla —dijo lord Marney—, pero nuestros muchachos no tienen fuerza para tirar de ella.

—¿Cree que el duque de Wellington...? —y aquí el diplomático se detuvo y miró a la cara a lord Marney, como si pudiera transmitirle algo de lo que no se atrevía a expresar.

—Por aquí viene —dijo lord Marney—. Él mismo puede responder a la pregunta.

Al pasar por allí lord Deloraine y el señor Ormsby, el diplomático se dirigió a ellos:

—¿No ha estado en la Cámara?

—No —contestó lord Deloraine—, pero he oído que la cosa está difícil. Es demasiado tarde.



—¿Cree...? —dijo el diplomático, y miró a la cara de lord Deloraine.

—Creo que todo tiene un fin a largo plazo —dijo lord Deloraine.

—¡Vaya! —dijo el diplomático.

—¡Puaf! —dijo lord Deloraine, mientras se alejaba con el señor Ormsby—. Recuerdo a aquel muchacho, era un ambiguo agregado de la embajada de París cuando firmamos el segundo Tratado de paz; y ahora ya es casi embajador, y condecorado hasta la barbilla.

—Las únicas condecoraciones que tengo —dijo el señor Ormsby modestamente—, son cuatro estrellas que me avalan como accionista de la Compañía de Indias.

Lady Firebrace y lady Maud fueron anunciadas. La dama y la damisela acababan de llegar de los Comunes repletas de entusiasmo político. Lady Firebrace hizo un informe crítico y repartió toda clase de pronósticos contradictorios sobre el resultado de la votación. Lady Maud solo hablaba del discurso que había hecho lord Milford, que a juzgar por los elaborados elogios que le dedicó, debía de haber sido la perorata de la noche; sin embargo, solo había durado unos pocos minutos, con el hemiciclo a media entrada, y había sido casi inaudible; pese a todo, decía luego lady Maud, ¡con tan buen gusto!

Alfred Mountchesney y lady Joan Fitz-Warene pasaron junto a lady Marney, que hablaba con lord Deloraine:

—¿Cree —dijo lady Marney— que el señor Mountchesney soportará el peso de la recompensa que se lleva?

—Lord Deloraine negó con la cabeza. Estas grandes herederas nunca se deciden. Un pequeño traspie en su posición social levanta todas sus ambiciones.

—Pues a mí —dijo lady Marney— tanto me daría casarme por mi dinero como por mi cara.

Poco después de esto, hubo un revuelo en el salón, un murmullo y, después, muchos caballeros entraron en el salón. Entre otros, lord Valentine, lord Milford, el señor Egerton, el señor Berners, lord FitzHeron, el señor Jermyn. La sesión parlamentaria había terminado. La propuesta de suspender la constitución Jamaica se había anulado. Los radicales habían abandonado al gobierno, que se había quedado fuera con una mayoría de cinco votos, y habían comprobado el inequívoco sentimiento que despertaban en los Comunes. Se sabía que a la mañana siguiente el gobierno dimitiría.

Lady Deloraine, que estaba preparada para el gran resultado, estaba tranquila. Lady St. Julians, que no lo había previsto, estaba muy alborotada y aturdida a causa del triunfo. Sin embargo, en medio de su alborozo, se apoderó de ella la vaga y terrible sensación de que lady Deloraine le había ganado por la mano, que se le había adelantado para ponerse de acuerdo con el nuevo primer ministro, y que tal vez había sondeado ya a la Corte. Al mismo tiempo que, de ser cierta esta inquietante intuición, presentía que iban a quedar fuera de su alcance los grandes cargos de palacio que ella se había adjudicado para sí misma y para su marido, su conciencia desconcertada

daba vueltas a las aspiraciones, esperanzas e intereses de sus diversos hijos. ¿Y si Charles Egremont se hacía con el cargo que ella había previsto para Frederick o para Augusto? ¿Y si a lord Marney le hacían Maestro de Caballería o enviaban a lord Deloraine de nuevo a Irlanda? Con los nervios a flor de piel le parecía que estas catástrofes iban a producirse. Se apresuró a abordar al «duque» antes de que lady Deloraine le ganase la atención, y decidió volver a casa lo antes posible con el fin de ponerse a escribir a sir Robert sin perder un momento.

—No se van a marchar sin nombrar a algunos pares —dijo sir Vasavour Firebrace al señor Jermyn.

—Ya han nombrado a bastantes.

—¡Ejem! Sé que a Tubbe Swete se lo habían prometido; y también a Cockawhoop. No creo que Cockawhoop vuelva a aparecer por el Boodle sin un título nobiliario.

—No veo por qué estos muchachos tienen que marcharse —dijo el señor Ormsby—. ¿Por qué tiene importancia que los ministros obtengan una mayoría de cinco, diez o veinte? En mi época, una verdadera mayoría era un tercio de la Cámara. Esa fue la mayoría que obtuvo lord Liverpool. Lord Monmouth solía decir que había diez familias en este país que, si se pusieran de acuerdo, podrían repartirse el gobierno siempre. ¡Ah, esos sí que fueron buenos tiempos! No se aplazaban los debates entonces, sino que aguantaban sentados como caballeros acostumbrados de toda la vida a estar despiertos toda la noche, y luego se iban a cenar a Guatire.

—¡Ah, mi querido Ormsby! —dijo el señor Berner—. No mencione a Watier, se me hace la boca agua.

—¿Ormsby, apoyarás a los de Birmingham, si hay una votación? —preguntó lord FitzHeron.

—Me lo han preguntado —respondió el señor Ormsby—, pero los Comunes no es ya la Cámara de los Comunes que fue en mi tiempo, y no tengo intención de volver a pertenecer a ella. Si tuviera sentido de los negocios, me haría miembro de la Junta de Marylebone.

—Te lo vuelvo a repetir —dijo lord Marney a su madre, al levantarse del sofá donde había estado conversando con ella—, cualquier idea respecto a que yo deseo que lady Marney obtenga algún nombramiento, es un error, lady Deloraine. Quiero que quede claro. Soy un hombre hogareño, y deseo que lady Marney esté siempre conmigo; y si quiero algún cargo, lo quiero para mí. Espero que al considerar la reorganización interna de la Casa Real, se tenga en cuenta la condición doméstica de cada uno de sus miembros. Después de todo lo sucedido, es lo menos que espera el país.

—Pero mi querido George, creo que es prematuro...

—Me temo que lo es; pero te recomiendo, mi querida madre, que abras bien los ojos. He oído que lady St. Julians le pedía hace un momento al duque, en el comedor, que le prometiese que su Augusto sería nombrado Lord del Almirantazgo. Dijo que el

Tesoro no le ayudaría, porque no tenían la casa, y que con una fortuna como la que su esposa tenía, Augusto no se podía permitir alquilar una casa pagando mil libras al año.

—No le darán el almirantazgo —afirmó lady Deloraine.

—Ella apunta a un cargo en la curia.

—¡Pobre mujer! —dijo lady Deloraine.

—¿Es eso realmente cierto? —preguntó al señor Egerton una gran dama whig de su propio partido.

—Realmente —contestó él.

—Creo que puedo soportar todo menos la mirada de triunfo de lady St. Julians —dijo la dama whig—. Aunque solo hubiera sido para descargar a Su Alteza de infligir un castigo así, deberían haber sido menos impulsivos.

—¿Va a cambiar la composición de la Casa Real? —dijo el señor Egerton.

—No te pongas tan serio —dijo sonriendo la dama whig con encanto. Estamos rodeados por el enemigo.

—¿Estarás en casa mañana temprano? —dijo el señor Egerton.

—Tan temprano como desees.

—Muy bien, entonces hablamos. Lady Charlotte ha oído algo, *nous verrons*.

—*Courage*. Tenemos a la Corte de nuestro lado, y el país no tiene de qué preocuparse.

## Capítulo 12

—Está bien —dijo el señor Tadpole—. Ya están fuera. Lord Melbourne ha estado con la reina y ha recomendado a Su Alteza que le ofrezca el cargo al duque, y el duque ha recomendado a Su Alteza que ofrezca el cargo a sir Robert.

—¿Estás seguro? —dijo el señor Taper.

—Te digo que, en este momento, sir Robert está de camino a palacio. Lo he visto pasar, vestido de etiqueta para la ocasión.

—Es demasiado —dijo el señor Taper.

—No debemos disolver el Parlamento —añadió el señor Taper—. No tenemos excusa.

—Tanta como nuestros oponentes —dijo el señor Tadpole—. Pero, desde luego, no hay nadie que piense en disolverlo antes de la próxima legislatura. No, no; este es un Parlamento muy manejable, créeme. Los radicales descontentos que les han dado la espalda no van a aceptarlos de nuevo. Eso nos hace estar en igualdad de condiciones. Y, además, hay un grupo de gente a la que podemos trabajarnos: los tráfugas, los hombres que temen una disolución. Creo que con ellos podemos construir una mayoría conservadora de veinticinco votos.

—Con el apoyo del Tesoro —dijo el señor Taper—, combinando el miedo y los favores. Basta con amenazar con una disolución inminente para que todos los cargos que hemos negado a nuestros hombres se los concedamos a los tráfugas.

—Luego, hay varios eclesiásticos que llevan esperando una excusa desde hace tiempo para desertar —dijo el señor Tadpole—. Debemos conseguir que sir Robert tome algún tipo de medida religiosa, y eso pondrá de nuestra parte a sir Litany Tax y al joven señor Salem.

—No bastará para ganarnos a la Comisión Eclesiástica —añadió el señor Taper—. Hay que apoyar siempre a las comisiones y las juntas.

—Además de que puede asustar a los católicos —dijo el señor Tadpole—. Si pudiéramos conseguir que hablara en Exeter Hall..., aunque solo fuese en una asamblea sobre la esclavitud, eso sería suficiente.

—Es difícil —observó Taper—. No va a comprometer su palabra en nada, ni siquiera en el derecho de registro de esclavos en los barcos. Sin embargo, si pudiéramos inventarnos algún acto que no supusiera principio alguno, pero que contuviera grandes dosis de sentimiento; o que hiciera referencia únicamente al pasado, pero que supusiera algún ejercicio de poder en el presente. ¿Qué me dices de dedicar un monumento a Wilberforce o una conmemoración de Clarkson?

—Hay algo interesante en ello —ponderó el señor Tadpole—. Ahora ve con ellos y procura mantenerles contentos. Deja caer rumores sin contenido que despierten su interés, pero sé discreto, no les permitas creer a más de medio centenar de esos muchachos que van a ser nombrados subsecretarios de Estado. Y sé cauteloso con los títulos. Si te presionan, finge ignorancia y no te vayas de la lengua. Debo bajarme

aquí —siguió diciendo el señor Tadpole al detenerse ante la casa del duque de Fitz-Aquitania—. Este caballero es mi baza particular. Llevo trabajándome su adhesión desde hace tres años. Ayer recibí dos notas tuyas, y no puedo demorar más hacerle una visita. Lo peor es que él espera que le comunique oficiosamente que será enviado a Irlanda, de lo cual tiene tantas posibilidades como yo de ser nombrado Gobernador de la India. Hay que reconocer, amigo Taper que, en ocasiones, nuestro trabajo es difícil. No obstante, no tiene importancia, porque lo que nosotros hacemos con los individuos, Peel lo hace con la nación, y no hay motivo para quejarse.

El duque de Fitz-Aquitania quería Irlanda y lord de Mowbray quería la Orden de la Jarretera. Lord Marney, que codiciaba el puesto de Maestre Real del Galgo, estaba convencido de que ninguno de sus amigos tenía la menor posibilidad de conseguir sus objetivos, pero creía que él sí tenía posibilidades de asegurarse el suyo si los utilizaba para conseguir su propósito y los convencía para unirse con un objetivo común. Con este motivo se había reunido en casa del duque, y estaban conversando sobre este tema al mismo tiempo que Tadpole y Taper habían trabado esa interesante e instructiva conversación de la cual hemos podido robar algunos fragmentos.

—Podéis estar seguros —dijo lord Marney— de que nada se hace con delicadeza. No es el tacto lo que gobierna la Cámara de los Lores. ¿Qué nos ha mantenido callados todos estos años? Las amenazas. Y las amenazas se utilizan de la forma más rastrera. Nos dijeron que si no nos plegábamos completamente y sin rechistar a la voluntad de un individuo, se pondrían las cartas boca arriba. Cedimos. Hemos jugado y hemos ganado. No estoy en absoluto convencido de que hayamos ganado mediante esas tácticas, pero hemos ganado. Y ahora, ¿qué vamos a hacer? En mi opinión ya es hora de que nos libremos de esta dictadura. La nueva estrategia a seguir en palacio es convencer a Su Alteza de que Peel es el único hombre que puede gobernar la Cámara de los Lores. Bien, es justo el momento para hacer entender a algunas personas que la Cámara de los Lores no va a ser más una mera herramienta en manos de otras personas. Creedme, formar en este momento un frente unido y audaz será como atarles las manos. Nosotros tres formamos el núcleo, pero hay que reunir a muchos más. He escrito a Marisforde, él está maduro. Lord Hunslow viene mañana. Hay que hacerlo. Y si no nos mantenemos firmes, el gran triunfo del partido conservador solo habrá servido para que los mejores puestos tanto dentro como fuera del país se queden en manos de una única y poderosa familia.

—De los que nunca habíamos oído hablar en la época de mi padre —dijo el duque.

—Tampoco en la época del mío —dijo lord de Mowbray.

—Sangre real y normanda como la nuestra —añadió lord de Mowbray— no puede admitir que se la deja a un lado.

En ese momento entró un criado con una tarjeta. El duque la miró y dijo:

—Es Tadpole. ¿Le invitamos a entrar? Es posible que nos cuente algo.

Y pese a la importancia de su reunión, la curiosidad política y, tal vez, algún

sentimiento privado que ninguno de ellos iba a reconocer, acordaron unánimemente invitar a pasar al señor Tadpole.

«Lord Marney y lord de Mowbray con el duque de Fitz-Aquitania», pensó el señor Tadpole, al escoltarle hasta la biblioteca, cuando advirtió, con la práctica y la intuición que le caracterizaban a la hora de tejer su próxima artimaña, que estaban los tres nobles reunidos. «Me huele a negocios, y quizá signifique una oportunidad de crear discordia, ¡Qué suerte haber aparecido!». Con una honesta sonrisa les saludó a todos.

—¿Qué noticias nos trae de palacio, Tadpole? —preguntó el duque.

—Sir Robert está allí ahora —replicó Tadpole.

—Esas son buenas noticias —exclamó Su Excelencia, seguido de lord de Mowbray, y respaldado por un débil «bravo» por parte de lord Marney.

A continuación, surgió una conversación en torno al debate respecto a la cuestión jamaicana en la que todos pretendieron poner mucho interés; si los whigs pretendían dimitir desde un principio; si había sido lord Melbourne o lord John quien habían insistido en dar ese paso; si los liberales habrían logrado salir airoso de la sesión si hubieran aplazado la votación; y otras por el estilo. Tadpole, que imprimía de alguna forma seriedad a su discurso, parecía haber conseguido la atención del duque de Fitz-Aquitania. Lord Marney, que deseaba decirle algo a solas a lord de Mowbray, se había llevado a este a un aparte con la excusa de mirar un cuadro. Tadpole, que tenía una actitud sumamente franca y llana, y controlaba todos los ángulos de la habitación, aprovechó la oportunidad que había estado buscando desde hacía rato:

—Sin la menor intención de intrigar, duque, pero hoy mismo me han dicho: «Tadpole, si tienes oportunidad de ver al duque de Fitz-Aquitania, puedes decirle que con toda certeza lord Killcroppy no irá a Irlanda».

En el atractivo semblante del duque se dibujó una sonrisa de satisfacción, que reprimió al instante para no levantar sospechas. Entonces, con un amable y muy significativo movimiento afirmativo de la cabeza, comunicó a Tadpole que no se detuviese en este tema en ese momento. El duque, mostrando cierto desinterés, recurrió al debate jamaicano y, poco después, al de un asunto doméstico de su yerno, lo cual provocó que lord de Mowbray y lord Marney suspendieran su conversación. Al acercarse a ellos, lord de Mowbray fue abordado casual pero deliberadamente por el señor Tadpole, que parecía deseoso de llegar hasta lord Marney.

—¿Habéis oído lo de lord Ribbonville? —dijo Tadpole amortiguando el tono de voz.

—No, ¿de qué se trata?

—No se quedará ni un día más. ¡Qué afortunado es sir Robert! ¡Dos jarreteras para empezar!

Tadpole ya había conseguido atrapar solo a lord Marney; los otros dos pares estaban lo bastante lejos como para no poder oírles.

—No tengo la intención de resultar intrigante, milord —dijo el honesto caballero

en un tono especialmente confidencial y con una mirada que hablaba por sí sola de la transmisión de un secreto de Estado— pero hoy me han dicho: «Tapóle, si tienes la oportunidad de ver a lord Marney, dile con absoluta certeza que a lord Rambrooke no le darán “el Galgo”».

—Lo único que deseo —dijo lord Marney— es ver a Su Majestad rodeada de hombres íntegros. Este es un país hogareño; y el país espera que los nobles que ocupen algún puesto de responsabilidad en la Casa Real tengan una integridad inexpugnable. Y, aunque no sea un hecho conocido, se sabe que ese tipo, Rambrooke, mantiene a una querida francesa.

—¡Terrible! —exclamó el señor Tadpole—. No me cabe duda. Pero él no tiene ninguna posibilidad de que le concedan el puesto de «Maestre del Galgo». La discreción será uno de los fundamentos del nuevo gobierno. Se trata de una cualidad que, desde la Ley de la Reforma, los electores tienen en mayor estima que los servicios públicos prestados. Debemos ir con los tiempos, milord. La clase media virtuosa se aleja con horror de los escándalos de actrices francesas; y, además, están los seguidores de Wesley; hay que considerarlos también a ellos, lord Marney.

—Siempre los apoyo —dijo Su Excelencia.

—¡Vaya! —dijo el señor Tadpole misteriosamente—. Me alegro de oír eso. Nada me causa más placer, de todo cuanto he oído hoy, que esas pocas palabras. No se puede bromear con un asunto así —añadió con cierta beatería—; pero creo que puedo decir —y abrió la boca para sonreír de oreja a oreja—, que esos apoyos no dejarán de producir sus frutos.

Y con una inclinación de cabeza, el honesto Tadpole desapareció. Cuando se marchaba de la casa se iba diciendo: «Si cuando entré en la sala, milords, estabais a punto de convertiros en conspiradores, ahora que me voy estáis, cuando menos, preparados para ser traidores».

Mientras tanto, lord Marney, con el mejor humor posible, dijo a lord de Mowbray:

—¿Vas a White, verdad? Si es así, llévame.

—Lo siento, mi querido lord, pero tengo una cita en la *city*. Tengo que ir a El Templo, y llevo retraso.

## Capítulo 13

¿Y por qué iba lord de Mowbray a El Templo? El día anterior, al volver a casa para cambiarse de traje, había recibido una carta muy desagradable de algunos abogados en la que se le comunicaba que su cliente, el señor Walter Gerard, iba a demandar a su excelencia por el título de propiedad de sus posesiones de Mowbray, Valence, Mowedale, Mowbray Valence y de algunas otras que se enumeraban en una precisa epístola y en un catálogo que parecía un extracto sacado del Registro de la Propiedad.

Habían pasado más de veinte años desde que el pleito había sido ficticiamente resuelto. Aunque el caso había dejado en lord de Mowbray una huella indeleble de la que, a veces, le parecía no haberse recuperado completamente, desde las últimas actuaciones procesales habían sucedido algunos hechos que le permitían albergar la convicción legal, que no moral, de que ya no iba a ser molestado. Los hechos son los siguientes. Después de la muerte del padre de Walter Gerard, lord de Mowbray se puso en comunicación con el abogado que se había encargado de llevar el caso e interponer la demanda en nombre de su pequeño terrateniente, y le compró por una buena suma de dinero los documentos sobre los que se fundaba la demanda, los únicos sobre los que, aparentemente, cabía justificarla. El vendedor de dichos títulos de propiedad era Baptist Hatton, y con la suma que obtuvo por ellos sentó, de hecho, los pilares de su fortuna, pudo establecerse en la metrópolis, pagarse los estudios, comprar su biblioteca y sus colecciones privadas, y abrirse un próspero camino al que rara vez pueden aspirar las mentes que carecen del capital necesario. Muchos años después lord de Mowbray volvió a encontrarse con Hatton, a quien veía con frecuencia en el tribunal de la Cámara de los Lores o ante las comisiones de privilegios, y que se había granjeado una reputación inigualable como abogado de pleitos por títulos nobiliarios. Lord de Mowbray renovó su relación con Hatton, por cuanto se trataba de un hombre de éxito, y le saludaba donde quiera que se encontraran. Finalmente le consultó con respecto a la baronía de Valence que había pertenecido a las antiguas familias Fitz-Warene y Mowbray.

Puesto que su título de duque inglés era reciente, lord de Mowbray había decidido sacarse de la manga una demanda sobre el apellido de su madre fallecida con el fin de figurar en el registro como un barón de la dinastía Plantagenet, un título que, un siglo más tarde, le permitiría acceder a la mistificación de pertenecer a la alta nobleza. La muerte de su hijo, al que hábilmente habían bautizado con el nombre de Valence, apagó un poco su ardor nobiliario. Sin embargo, había seguido manteniendo una relación bastante estrecha con Hatton de modo que, antes de dejar la carta que había recibido en manos de sus abogados, pensó que sería conveniente hacer una consulta a su antiguo aliado.

Esta era la razón por la que lord de Mowbray estaba ahora mismo sentado en la misma silla, en la misma biblioteca, que lo había estado hacía unos días sir Vavasour Firebrace, el respetable baronet. El señor Hatton estaba sentado a la misma mesa,



haciendo más o menos lo mismo: en la mano derecha sostenía a su gato persa y, a sus pies, tumbados sobre los cojines, sus elegantes perritos de aguas.

El señor Hatton extendió el brazo para recibir la carta de la cual le había estado hablando lord de Mowbray. La leyó con gran atención, sopesando, como si dijéramos, cada palabra. ¡Una actitud peculiar, habida cuenta que la carta la había escrito él mismo y estaba firmada por mediadores obedeciendo al impulso de su mano maestra!

—¡Sumamente curiosa! —dijo el señor Hatton.

—¿Verdad que sí? —replicó lord de Mowbray.

—¿Y dice Su Excelencia que la ha recibido ayer?

—Ayer. No he perdido el tiempo en comunicarme con usted.

—Jubb y Jinks —siguió diciendo el señor Hatton, meditabundo, mientras estudiaba la firma de la carta—. Una firma muy respetable.

—Eso lo hace aún más extraño —dijo Su Excelencia.

—Efectivamente —contestó el señor Hatton.

—Un bufete distinguido no se embarcaría en un proceso así sin algún indicio probatorio —dijo lord de Mowbray.

—Difícilmente —asintió el señor Hatton.

—Pero ¿qué prueba pueden tener? —preguntó Su Excelencia.

—¿Cuál, en efecto? —replicó el señor Hatton—. El señor Walter Gerard sin su título es agua bajo el puente. Y yo lo desafío a que sea capaz de probar nada sin la cédula del «77».

—Bueno, él no la tiene —dijo lord de Mowbray.

—Está a salvo, ¿no es así? —preguntó el señor Hatton.

—Completamente. Casi preferiría haberla quemado junto con toda la caja de documentos.

—Si destruye esa cédula y los otros documentos, el conde de Mowbray nunca será barón de Valence —dijo el señor Hatton.

—Pero ¿para qué sirven esas cédulas ahora? —preguntó Su Excelencia—. Si las sacamos a relucir en el proceso, daremos argumentos a su demanda.

—Con el tiempo su demanda prescribirá —dijo el señor Hatton—, y se consolidará la suya. Puede esperar.

—¡Ojalá sea así! Desde la muerte de mi pobre hijo...

—Ahora se ha convertido en doblemente importante. Justifique su baronía. El título pasará a su hija mayor que, si contrae matrimonio, podrá conservar su apellido. Su familia pervivirá y ennoblecida. Los lords de Fitz-Warene y Valence no tendrán rival en antigüedad; y, en cuanto al rango, mientras les pertenezca el castillo de Mowbray, la recuperación del condado será un hecho tan pronto como se produzca la primera coronación real o el nombramiento de un primer ministro en un equilibrio de partidos.

—Esa es la forma correcta de ver el caso —dijo lord de Mowbray—; y ¿qué me

aconseja?

—No se inquiete, porque no tiene nada que temer. Se trata nada más que de una antigua demanda desempolvada, demasiado ambiciosa para que no prescriba por la falta de ejercicio del derecho. ¿Sus documentos están en un lugar seguro?

—Totalmente. En este momento están en la cámara de las propiedades de la gran torre del castillo de Mowbray, en el mismo arcón de hierro y en la misma vitrina donde los deposité.

—Cuando los puse en sus manos —dijo el señor Hatton terminando una frase que podría haber sido embarazosa— tuve la enorme satisfacción de confirmar los derechos y calmar la inquietud de una de nuestras más antiguas casas. Le recomendaría a su excelencia que instruyera a sus abogados para que respondan a este escrito como una cuestión rutinaria. Absténganse de entrar en detalles o de hacerles ninguna confidencia. Son inútiles. No le concedan importancia, especialmente en su presencia, y verá cómo no oye hablar más del asunto.

—¿Tiene confianza?

—Absoluta. Walter Gerard no posee ningún documento de ningún tipo. Sea cual sea su acción legal, buena o mala, la única evidencia que puede probar su linaje está en su posesión, y el único fin al que se destinará dicho documento será, a su debido tiempo, sentar a su nieto en la Cámara de los Lores.

—Me alegro de haber recurrido a usted —dijo lord de Mowbray.

—Ciertamente. Su Excelencia puede hablarme sin reservas. Yo estoy acostumbrado a estos arranques. Forman parte del negocio, pero a un viejo zorro no se le engaña con añagazas.

—¿Piensa que es claramente una añagaza?

—¡Una añagaza, nada más!

—Qué bien. Me alegro de haber venido. ¿Cómo va el asunto de mi amigo sir Vavasour?

—¡Oh, le conseguiré sus tierras!

—Bien, es un hombre excelente y un buen vecino. Siento un gran respeto por sir Vavasour. ¿Señor Hatton, quiere cenar conmigo el jueves? Sería un placer para lady de Mowbray y para mí.

—Su Excelencia es extraordinariamente amable —dijo el señor Hatton con una inclinación de cabeza y una leve sonrisa sarcástica—, pero soy un eremita.

—Pero sus amigos deberían verle de vez en cuando.

—Su Excelencia es demasiado bueno, pero yo soy un simple hombre de negocios y conozco cuál es mi posición. No me siento cómodo en compañía de las señoras.

—Entonces, venga mañana. Estoy solo y pediré que vengan algunas personas que son de su confianza y predilección: Sir Vavasour y lord Shaftesbury, y un francés que está pasando una temporada con nosotros, el vizconde de Narbonne, que está deseando conocerle. Su nombre va de boca en boca en París.

—Su Excelencia me colma, mejor otro día. Tengo muchos asuntos que resolver

actualmente.

—Bien, bien, como desee. Buenos días, señor Hatton.

Hatton bajo la cabeza lentamente. En cuanto se cerró la puerta, dijo frotándose las manos:

—¡En el mismo arcón y en la misma bandeja; en la sala de pliegos del gran torreón del castillo de Mowbray! Existen y conozco su paradero. Serán míos.

## Capítulo 14

Habían transcurrido tres días desde que el señor Tadpole había informado a sir Robert en su camino a palacio e, increíblemente, de su conversación había trascendido poco. Se sabía, desde luego, que se estaba formando el gabinete ministerial, y que los periódicos habían informado al público de las visitas diurnas que determinados lords, nobles y caballeros honorables estaban haciendo al primer ministro. Pero en el mundo de la alta política, de pronto, se guardaba tanta cautela para que nada se filtrase, que incluso el cotilleo estaba mal visto. A lord Marney no le habían concedido la Orden del Galgo, aunque nunca abandonaba su casa para montar a caballo o almorzar sin dejar instrucciones precisas para el capitán Grouse sobre la hora exacta en que iba a regresar, de modo que la aceptación de la oferta no se demorase. El duque de Fitz-Aquitania aún no gobernaba en Irlanda, y al conde de Mowbray no le habían dado aún la Orden de la Jarretera. Estos tres distinguidos nobles estaban ansiosos, un poco inquietos. No corrían rumores acerca de que lord Rambrooke o ningún otro lord hubieran sido elegidos para el puesto que lord Marney se había asignado para sí mismo; se sabía que lord Killcroppy no había mantenido ninguna sospechosa entrevista con el primer ministro, lo cual tenía tranquilo, aunque no cómodo, al duque de Fitz-Aquitania; y tampoco había a la vista ningún atisbo de que pudieran surgir sorpresas en relación con el puesto vacante de lord Ribbonville en la Capilla de San Jorge, lo cual tenía tranquilo pero poco contento a lord de Mowbray. Sin embargo, no pasaba un día ni una hora sin que ellos sondearan al señor Tadpole al respecto. A este no le costaba mantener su reputación de persona discreta, porque su forma de aparentar no saber nada y quedarse desconcertado ante el largo silencio que provocaba, era rodearse de un cierto misterio oracular del que se valía para repartir hábilmente frases délficas que satisfacían a aquellos que le consultaban sin comprometerle a él.

Finalmente, una mañana se produjo un extraño rumor en el círculo de iniciados. Las mejillas de lady St. Julian se sonrojaron; lady Deloraine se puso pálida; lady Firebrace escribió notas confidenciales, con la misma pluma, al señor Tadpole y a lord Masque. Al llamar lord Marney por la mañana temprano al duque de Fitz-Aquitania, se encontró con que lord de Mowbray ya estaba allí. Los clubes estaban llenos incluso a mediodía. Por todos lados se sentía el revuelo y la agitación.

¿De qué podría tratarse? ¿Qué había ocurrido?

—Es verdad —dijo el señor Egerton al señor Berners en Brookes.

—¿Es verdad? —preguntó el señor Jermyn a lord Valentine en el Carlton.

—Lo oí ayer por la noche en el Crockford —dijo el señor Ormsby—, allí se oyen las cosas con veinticuatro horas de antelación.

Durante toda la mañana la gente se entretuvo en preguntar y responder a la misma cuestión: «¿Es verdad?». Hacia la hora de la cena, la respuesta afirmativa era ya del dominio público; entonces todo el mundo salió a cenar fuera de casa para preguntarse

por qué era verdad y cómo era posible que fuera así.

Así pues, ¿qué había ocurrido? Lo que había ocurrido es lo que habitualmente se llamaba «un enganche». Sin duda, en algún lugar y de algún modo había ocurrido un enganche, un enganche en la formación del gabinete ministerial. ¿Quién lo habría pensado? Los ministros whig, al parecer, habían dimitido, pero de una u otra forma no se habían marchado del todo. ¡Qué dilema constitucional! Naturalmente, las Cámaras debían reunirse, recurrir a la Corona, y recusar a sus obstinados consejeros, porque era claramente el procedimiento a seguir y porque los partidismos estaban a flor de piel. No era imposible que se hiciera algo al respecto pero, en cualquier caso, era una oportunidad magnífica para que la Cámara de los Lores saliese a la palestra con fuerza y tomara lo que en la alta jerga política se denomina la iniciativa. Lord Marney, tras una sugerencia en este sentido del señor Tadpole, estaba dispuesto a tomarla; y también estaban dispuestos el duque de Fitz-Aquitania y hasta casi incluso el conde de Mowbray.

Pero, entonces, cuando todo parecía listo y consolidado, y en todos los brindis que se hacían en las cenas del partido conservador tomaba cuerpo la posibilidad de que se produjera «la Independencia de la Cámara de los Lores», se difundió uno de los rumores más extraños del mundo, que dejó en tal ridículo todos estos incipientes movimientos constitucionales que, incluso con la Orden del Galgo al fondo y Tadpole de su parte, lord Marney tuvo dudas. Parecía, aunque por supuesto nadie lo creyó ni por un momento, que estos ministros rebeldes y testarudos que se negaban a marcharse llevaban... ¡enaguas!

¿Es que iba a acabar en esto todo el gran debate sobre la cuestión jamaicana, la ansiosa, y casi dada por perdida, defección del sector independiente de los radicales, y la visita de etiqueta de Tadpole a palacio que tanto había alegrado su corazón? ¿El conservadurismo, ese misterioso poder del siglo XIX, iba a sufrir un descalabro por culpa de un golpe de aire?

Desde los «Invencibles» ninguna farsa había resultado tan ridículamente eficaz.

Del «Complot de las Damas de Honor» lady Deloraine se consoló declarando que lady St. Julians lo había provocado indirectamente y que, si no hubiese sido por su entrada anticipada al servicio de la reina, la conspiración no habría pasado de ser más real que la falsa «Conjura de los Presbiterianos» o cualquier otra de las confabulaciones imaginarias que aún rondan por las páginas de la historia y que revolotean por las ideas preconcebidas que pueblan la memoria de las naciones. Por el contrario, lady St. Julians se retorció las manos con este desafortunado incidente. Su soberana se había visto avasallada, privada de su leal presencia y obligada a tener que soportar a una cohorte de personajes de los que ella nada sabía, pero que se denominaban a sí mismos amigos de su juventud. Los ministros que habían errado el tiro, especialmente aquellos que habían recibido sus nombramientos, tenían el aspecto que tienen todos los hombres cuando se les dan calabazas: avergonzados y simulando torpemente bienestar; como si supieran algo que les liberara del sumo

ridículo en que les colocaba su situación, pero que su condición de hombres de honor y su delicadeza les impidiese revelar. Todos aquellos que habían estado revoloteando con la esperanza, por débil que fuera, de conseguir un ascenso, recobraban el valor ahora que la ocasión había pasado y se quejaban en voz alta de la privación tan cruel e inapelable a la que se les había sometido: la constitución a la cual ellos encarnaban había sido herida. Unos cincuenta caballeros a los que no se les había nombrado secretarios de Estado lloraban por la mortificación de sus ambiciones juveniles.

—Peel debía haber aceptado el puesto de primer ministro —dijo el duque de Fitz-Aquitania—. Tenía que haberse acordado de lo mucho que debía a Irlanda.

—Peel debía haber aceptado el puesto —dijo lord de Mowbray—. La Orden de la Jarretera se convertirá ahora en una simple distinción.

Tal vez haya que dejar que alguna pluma imparcial que ahonde en la memoria de nuestro tiempo les otorgue la razón, aunque sea por motivos distintos, a estos distinguidos partidarios de sir Robert Peel. Uno se puede permitir pensar que, sin lugar a dudas, Peel debía haber aceptado ser primer ministro en 1839. Su retirada parece haber sido un error. En medio de las luchas de las facciones parlamentarias que tuvieron lugar desde 1831, la prerrogativa real que, desgraciadamente para los derechos y libertades y para el bienestar social del pueblo, venía siendo frenada desde 1688, había ido perdiendo más y más fuerza. La presencia de una joven reina en el trono, cuyo físico conmovía la imaginación, y a quien su pueblo, por lo general, le atribuía el carácter decidido que corresponde a los que han nacido para gobernar, brindaba una oportunidad favorable para restaurar el ejercicio de dicha autoridad real. El hecho de que se usurpasen sus funciones ha acarreado al pueblo de Inglaterra indecibles sufrimientos y mucho empobrecimiento. Hay que lamentar que la persona que, mejor que ningún otro, debía haber asumido con orgullo el puesto de líder nacional del partido tory, de jefe del pueblo y de combatiente del trono, hubiese comenzado su carrera como ministro bajo la monarquía de la reina Victoria, e impropriamente contra la voluntad personal de la propia reina. La reacción de la opinión pública, disgustada con los años de alboroto parlamentario y la incoherencia de la legislación sobre partidos políticos, el equilibrio paralizante de estos mismos partidos políticos y el carácter personal de la soberana, fueron todos ellos factores que inducían a pensar que estaba a punto de surgir un movimiento a favor de ejercer dicha prerrogativa. El líder del partido tory debía haber reivindicado su posición natural, y haberse aprovechado de una ocasión tan oportuna, pero la dejó pasar. Y, como la ocasión era inevitable, los whigs se beneficiaron de ella. De este modo, Inglaterra fue testigo por primera vez de la portentosa anomalía del partido veneciano o partido de la oligarquía que, en épocas anteriores, había destruido la monarquía libre de Inglaterra con el monopolio del poder, simplemente a cambio del favor de la Corte.

Pero olvidamos que sir Robert Peel no es el jefe del partido tory. Este partido es el que se resistió al ruinoso embuste que suponía transformar la recaudación directa de

impuestos por la Corona en recaudación de impuestos por los Comunes; el mismo que había denunciado el sistema que hipotecaba la industria para proteger a la propiedad; el partido que gobernó Irlanda mediante un programa que reconciliaba a ambas Iglesias, y mediante una serie de parlamentos cuyos miembros eran lores y comunes de ambas religiones; es el partido que ha mantenido en todo momento que la constitución territorial de Inglaterra es la única base y garantía para la existencia de un gobierno local y que, sin embargo, una vez presentó en la Cámara de los Comunes un ley que propugnaba una tarifa comercial que había negociado en Utrecht, que es la medida más racional que nunca ideó un estadista; por último, el partido tory es el que ha evitado que la Iglesia se convierta en un agente asalariado al servicio del Estado, y el que ha defendido por medio de muchas luchas la defensa de una política de beneficencia parroquial en un país que garantiza una casa para todos sus trabajadores.

En un sentido parlamentario, ese gran partido ha dejado de existir, pero creo que aún pervive en el pensamiento, sentimiento y en la memoria consagrada de la nación inglesa. Se basa en grandes principios y en instintos nobles. Simpatiza con los desfavorecidos y mira hacia lo Más Alto. Puede contar a sus héroes y a sus mártires que han luchado en su nombre contra la corrupción, la prohibición y la muerte. Pero cuando, finalmente, se plegó al progreso férreo que imponía la supremacía de los oligarcas, tampoco sufrió una catástrofe ignominiosa. St. John Bolingbroke reivindicó su espíritu con frases afortunadas y con argumentos llenos de una lógica apasionada; y brilló también en la intrépida elocuencia del alma patriota de William Wyndham. Aun ahora, su espíritu no ha muerto, sino que yace adormecido. Vivimos una época donde triunfa el materialismo político, los propósitos confusos y las mentes desconcertadas, y donde se aspira únicamente a la riqueza, porque falta la fe en otras metas, al igual que los hombres saquean los buques cuando están a punto de naufragar. No obstante, el torismo tiene aún que levantarse de la tumba donde Bolingbroke derramó su última lágrima, devolver su esplendor a la Corona, la libertad al individuo, y proclamar que el poder solo tiene un deber: garantizar el bienestar social de EL PUEBLO.

## Capítulo 15

Durante la semana de agitación política que terminó con la vergonzosa catástrofe del Complot de las Damas de Honor, Sybil permaneció tranquila. Apenas habría sido consciente de lo que perturbaba a muchos corazones de gente honrada, si no hubiera sido porque observó por casualidad los encuentros entre su padre y sus amigos. A los cartistas el embrollo de las facciones no les interesaba mucho, excepto por el hecho de que la ruptura y formación de nuevos gabinetes podía retrasar la presentación del Recurso Nacional. Hacía ya tiempo que habían dejado de distinguir entre los dos partidos que entonces y ahora pugnan por el poder. Y tenían razón. ¿Dónde está el principio que diferencia al noble lord que deja el gobierno del respetable caballero que entra en él? Puede que, en la oposición, se simule que existe una borrosa diferencia para justificar un grito o estimular a los electores, pero en Downing Street la máscara ya no se lleva. El conservador consciente rebusca en los proyectos arrumbados del programa whig para suscitar, en aquellas medidas a las que ha estado asintiendo durante diez años mediante el elocuente silencio de un movimiento afirmativo de cabeza, una reacción de reprobación y alarma generalizada.

En otros tiempos, fue distinto. Entonces la gente reconocía a un partido por su adhesión a aquellos principios que ellos identificaban con los derechos y los privilegios de la multitud. Pero cuando la gente se dio cuenta de que, con el fin de establecer una centralización férreamente organizada, se sacrificaba sin luchar la configuración parroquial del país y se atropellaban de mala manera todos los poderes locales, la influencia del sacerdote y del caballero, antaño luchadores del pueblo contra la arbitrariedad de los tribunales y la rapacidad de los parlamentos, sufrió un duro revés para recuperarse del cual comprobarán que exige un coraje y una sabiduría extraordinarias.

Los sucesos de mayo de 1839 terminaron de forma inesperada con la restauración en el poder de un partido que, por confesión propia, se reconocía demasiado débil para llevar las riendas del gobierno parlamentario del país. Los cartistas, sin embargo, contemplaban estos hechos con un espíritu muy distinto del que había presidido su modo de entender el estallido de todos aquellos vaivenes políticos. En su opinión, con todo ello se ponía de manifiesto una tendencia estimulante que imprimía mayor atrevimiento a sus futuros planes y movimientos. Les tentaba la idea de intentar el derrocamiento del gobierno ahora que la administración era débil. Desde ese momento, Gerard se enfrascó en el asunto; su correspondencia creció sobremanera y estaba tan ocupado que, cada día que pasaba, Sybil veía menos a su padre.

La mañana después del día que Hatton había hecho su primera e imprevista visita a la plaza Smith, algunos delegados que habían oído el rumor de la posible dimisión de los whigs, llamaron temprano a Gerard. Poco después, este salía con ellos de su casa, y Sybil se quedaba sola. Mientras daba vueltas a los extraños incidentes del día anterior, sus ojos vagabundeaban sin rumbo por el libro que leía. La aparición de



aquel Hatton, que tan a menudo había salido a relucir en sus conversaciones, y la reaparición de aquel desconocido cuya inesperada entrada en sus vidas hace dieciocho meses había procurado interés y goce a sus vidas, eran el tema de sus pensamientos. El señor Franklin había dejado recuerdos dulces en Sybil, pues se trataba de alguien refinado, inteligente, amable, que raramente se irritaba, y que tenía una sincera preocupación por la sociedad de su tiempo. Ante los ojos de Sybil, Mowedale se alzaba con todo el esplendor dorado de la estación otoñal; con sus paseos por los bosques, la espontaneidad de sus saludos, su animada conversación y con esos momentos en que, el cotidiano golpe en la puerta, al regresar su padre del paseo, encendía sus ojos de alegría porque significaba la llegada de su compañero habitual. Pese a la emoción del momento que se vivía, pese a sus elevadas aspiraciones y a sus gloriosas esperanzas y, tal vez, acaso las expectativas de poder y grandeza, los ojos de Sybil se empañaban de emoción al recordar aquel inocente y tranquilo sueño.

Tras su visita, su padre había sabido más de una vez de Franklin, pero sus cartas, pese a abundar en expresiones de franqueza y de profundo interés en el bienestar de Gerard y de su hija, eran hasta un cierto punto constreñidas. Parecía estar envuelto en una especie de reserva que no le permitía contar nada de su vida ni de sus obligaciones. En ocasiones parecía estar proyectando marcharse del país. Sin duda, había algo en él de hombre misterioso e insatisfecho. Morley opinaba que era un espía. Gerard, menos receloso, concluyó finalmente que estaba acosado por sus acreedores y que, probablemente, había ido a Mowedale a esconderse de ellos.

Y así el misterio quedaba por fin resuelto. ¡Y con semejante explicación! Se trataba de un normando, un noble, un opresor del pueblo, un expoliador de la Iglesia; todas aquellas características y rasgos a los que Sybil había aprendido a mirar con desconfianza y temor desde su infancia, y a los cuales atribuía el empobrecimiento de su pueblo.

Sybil suspiró. La puerta se abrió y Egremont se quedó de pie delante de ella. La sangre le afluyó a sus mejillas, su corazón tembló. Por primera vez se sentía avergonzada y tensa en su presencia. Por el contrario, el semblante de él estaba en calma, serio y pálido.

—Soy un intruso —dijo él avanzando hacia ella—. Pero deseo mucho hablar con usted —y se sentó cerca de ella. Hubo una pausa momentánea—. Me pareció que ayer menospreció —reanudó con voz menos firme— la creencia de que el afecto es independiente de las meras circunstancias de la posición social. Perdóneme, Sybil, pero incluso usted puede tener prejuicios. —Hizo una pausa.

—Si traté con desprecio cualquier cosa que dijese ayer, le pido disculpas —replicó Sybil con voz baja—. Ayer ocurrieron muchas cosas —añadió—; si fui descuidada con mis palabras le ruego que lo acepte como excusa.

—Si hubieran sido descuidadas —dijo Egremont con voz melancólica—, aún podía haberlas soportado con menos aflicción. No, Sybil, la conozco. He tenido la

dicha y el dolor de conocerla demasiado bien como para dudar de las convicciones de su espíritu o para creer que puedan alterarse fácilmente y, sin embargo, qué no haría por cambiarlas. Usted me mira como a un enemigo o a un antagonista natural, porque he nacido entre los privilegiados. Soy un hombre, Sybil, tanto como un noble. —De nuevo, hizo una pausa; ella bajó los ojos, pero no habló.

»¿Es que no puedo sentir por los demás hombres, por mis semejantes, sea cual sea el destino que tengan? Sé que lo negará, pero está en un error, Sybil; se ha creado sus opiniones sobre la tradición, pero no basándose en su experiencia. El mundo real no es como el mundo del que ha leído. La clase que se llama a sí misma superior no es la misma clase que gobernó en la época de sus padres. Se ha operado un cambio en ellos, al igual que en las demás cosas, y yo participo de ese cambio. Ya participaba antes de conocerla, Sybil, y si entonces me afectaba, créame que no me afecta menos ahora.

—Si se ha producido un cambio —dijo Sybil—, se debe a que, de algún modo, el pueblo se ha enterado de la fuerza que tiene.

—¡Ah, no haga caso de esas fantasías falsas! —dijo Egremont—. El pueblo no es fuerte; el pueblo nunca podrá ser fuerte. Sus intentos de reivindicarse a sí mismo terminarán en sufrimiento y confusión. Es la civilización la que ha producido y está produciendo este cambio. Es gracias a ese mayor conocimiento de sí mismos como la gente con educación aprende sus deberes sociales. Tal vez solo los que están en la cumbre de la montaña pueden reconocer el día en que cambiará la historia de esta nación. Ustedes están en la oscuridad, pero yo veo el amanecer. Sybil, la nueva generación de aristócratas ingleses no está compuesta por tiranos; no son opresores, como usted insiste en creer. Su inteligencia o, mejor, sus corazones están abiertos a la responsabilidad que conlleva su posición social. Pero el trabajo que les espera no es pan comido. No es la fiebre del impuso superficial lo que puede acabar con las barreras profundamente enraizadas durante siglos de ignorancia y crímenes. Ya es bastante con que se despierten sus afectos; el tiempo y las ideas aportarán el resto, porque ellos son los auténticos líderes naturales del pueblo, Sybil; créame, los únicos.

—El pueblo cree en sus líderes —dijo Sybil más bien desdeñosamente.

—Que pueden traicionarlo —replicó Egremont.

—¡Traicionarlo! —exclamó Sybil—. ¿Es que puede creer que mi padre...?

—No, no; aunque no pueda expresarlo, usted debe saber, Sybil, lo mucho que admiro a su padre. Pero él está solo con la autenticidad y la pureza de su corazón. ¿A quién tiene a su alrededor?

—A aquellos que también ha escogido el pueblo, porque confían igualmente en sus virtudes y capacidades. Forman un senado al que apoyan millones de personas con un único objetivo a la vista: la emancipación del pueblo. Es un espectáculo sublime contemplar a estos delegados de los trabajadores abogando por la sagrada causa de un modo que haría palidecer de envidia a las arrogantes camarillas a las que usted defiende. ¡Quién puede resistirse a una manifestación tan auténticamente

nacional! ¡Quién o qué puede vencer la supremacía de su poder moral!

Su mirada se encontró con los ojos de Egremont. Su frente, llena de ideas y majestad estaba fija en la suya. Él miraba aquella cara radiante como la de un ángel; aquellos ojos que desprendían el fuego que inspiraba al mártir.

Egremont se levantó, se aproximó despacio hasta la ventana, se quedó contemplando durante unos instantes el jardín con su césped húmedo que ninguna huella humana había pisado, la estatua mutilada y los frescos de estuco pintado. ¡Qué silencio! ¡Qué hondura! ¡Qué paisaje! ¡Cuánta melancolía! De pronto, se giró y con un paso rápido se acercó a Sybil. Con su cabeza ladeada e, inclinada sobre su brazo izquierdo, Sybil parecía estar perdida en sus ensoñaciones. Egremont se arrodilló ante ella y, tomando con delicadeza su mano en la suya, se la acercó a los labios para besarla. Sybil se quedó perpleja, miró a su alrededor, turbada, inquieta, mientras él, con la voz trémula, le susurraba:

—¡Déjeme expresarle mi adoración!

»¡Ah! No es la primera vez, la adoro desde siempre. Desde el momento en que la vi bajo el arco estrellado de Marney, su espíritu ha guiado a mi ser y ha llenado de ternura la fuente de mis afectos. La seguí hasta su casa y, durante un tiempo, viví contento profesándole una callada adoración. Cuando fui la última mañana a la cabaña, iba a decírselo y a pedírselo, todo. Desde entonces su imagen no se ha alejado de mi conciencia ni por un momento; una imagen suya consagra mi hogar y mi único aliciente ha sido que me aceptara. No rechace mi amor, es tan profundo como usted misma, y tan apasionado como yo. Olvídese de esos prejuicios que amargan su existencia porque, si persiste en ellos, marchitarán la mía. ¡Hágame el honor de retener mi mano! Aun cuando soy noble carezco de los atributos de la nobleza, no le puedo ofrecer riquezas, esplendor o poder; pero puedo ofrecerle el fervor de un ser extasiado, ¡las aspiraciones y la ambición sobre las que usted podrá gobernar!

—Estas palabras son visionarias y fogosas —dijo Sybil con un aire asombrado—. Me sacuden con la fiereza de un golpe repentino. —E hizo una breve pausa, como recobrándose de una sensación de dolor que expresaba su semblante—. Estos cambios de la vida son tan extraños y tan rápidos que me parece que apenas puedo hacerles frente. Usted es el hermano de lord Marney. Fue ayer, solo ayer mismo, que lo supe. Pensé entonces que había perdido su amistad, y ahora ¡me habla de amor!

»¡Amarme a mí! ¡Guarde su mano y comparta su vida y su fortuna! Olvida lo que soy. Pero fue ayer apenas cuando supe quién es, no seré tan remisa. Una vez escribí en una nota que era mi leal amigo; y, a menudo, me acuerdo con ternura de esas palabras. Yo seré su fiel amiga. Se lo recordaré. ¡Al menos, no le causaré ni pena ni miserias!

—¡Oh, Sybil, querida, hermosa Sybil, no diga esas palabras tan amargas; no, no!

—¡Cómo podría ser amarga con usted! ¡Eso sí que sería ingrato! —y ella se cubrió sus ojos llenos de lágrimas con la mano.

»Pero ¿cómo podría ser esto? —dijo tras una pausa y, haciendo un esfuerzo, exclamó—: ¡Una unión entre un hijo y hermano de nobles y una hija del pueblo! Sería apartado de su familia, y con razón. Destruiría sus esperanzas, heriría su orgullo; le expulsarían de su orden, y justamente, porque sentirían que insulta sus prejuicios. Enajenaría todo el contento y todo el éxito social. La sociedad se convertirá para usted en una gran confederación que trata de despojarle de su autocomplacencia. Y así es. ¿No traicionará a su propia causa? No, no, dulce amigo, le exijo que recapacite. Su opinión de mí, creo que alta y buena en exceso, me emociona profundamente. No estoy acostumbrada a estos episodios en mi vida, aunque he leído sobre ellos. Perdóneme, corríjame, si me expreso con cierto desorden. Es la primera vez que oigo palabras así; y la última. Tal vez nunca debiera haberlas escuchado. Eso no importa ahora, tengo una vida de penitencia ante mí, y creo que seré perdonada. —Y se echó a llorar.

—Si el nacimiento me priva de usted, desde luego me castiga por esa simple casualidad del destino.

—No tanto —añadió ella llorando—. Nunca seré una novia terrenal; y por alguien cuyas súplicas, aunque terrenales, son irresistibles para mí, debería olvidar antes mis obligaciones que me comprometen con el claustro.

Durante todo este tiempo, Egremont tenía su mano entre las suyas, y ella no había hecho amago de retirarla. Mientras él hablaba, mantenía su cabeza inclinada sobre su mano, que había mojado con sus lágrimas. Durante algunos momentos hubo silencio. Después, alzando los ojos y, en una voz ahogada, Egremont hizo un intento más de que Sybil considerara su proposición. Ella creía que para él era importante la consideración de su familia y de la sociedad, pero él lo negaba. Le detalló sus esperanzas y planes para su futuro bienestar común, porque no cejaba, con apasionada elocuencia, de abundar en su amor. Pero con una solemne dulzura y, como empleando una tierna firmeza, pese a las lágrimas que corrían por sus hermosas mejillas, Sybil apretó su mano entre las suyas, y apaciguó y reprimió todos sus intentos.

—Créame —dijo ella—. El abismo es insalvable.

FIN DEL LIBRO CUARTO

# Libro V

# Capítulo 1

—Han llegado noticias terribles de Birmingham —dijo el señor Egerton en Brooks, el club de juego—. Han masacrado a la policía, derrotado a los militares, y saqueado la ciudad. Son noticias recientes.

—Me he enterado hace dos horas —dijo un señor de pelo gris, mientras hablaba sin quitar los ojos del periódico—. Ahora mismo se está celebrando un consejo de ministros.

—Bueno, siempre lo he dicho —dijo el señor Egerton—, los nuestros deberían haber evitado la convención.

—Es una enorme suerte —dijo el señor Berners— que el asunto de las Damas de Honor haya terminado y todo esté en su sitio. Con el problema de Jamaica en medio, este tema habría sido fatal para nosotros.

—Estos artistas, evidentemente, afectan al sistema —dijo el señor Egerton—. Visteis que estuvieron muy tranquilos hasta el momento en que se presentó la Carta del Pueblo para ser debatida, pero ahora, justo al mismo tiempo que nos negamos a aceptar su petición, nos sorprenden con esta revuelta.

—Espero que no se extienda —dijo el caballero de pelo cano—. No contamos con suficientes tropas en el país en caso de que haya algo parecido a una revuelta general. He oído que se ha enviado un tren especial con la guardia nacional y cien policías más. Londres no tiene tantas reservas.

—En Birmingham siempre están dispuestos a una posible revuelta —dijo un noble de Warwickshire—. El comercio allí no va nada bien y sufren mucho. Pero quiero pensar que no iré más allá.

—Me he enterado —dijo el caballero de pelo cano— de que los negocios están flojos en todas las ciudades.

—Podrían estar mejor —puntualizó el señor Egerton—, pero al menos tienen trabajo.

En ese momento entraron varios hombres preguntando si habían llegado los periódicos de la noche y cuáles eran las noticias sobre Birmingham.

—Me han dicho —dijo uno de ellos— que la policía fue literalmente aplastada.

—¿Es cierto que han derrotado a los militares?

—Es bastante incierto. Lo que ha ocurrido es que no se hicieron los planes debidos. Cuando la ciudad fue tomada por sorpresa y los magistrados perdieron sus cabezas, el pueblo se adueñó del lugar. Luego, cuando finalmente la policía se decidió a actuar, tuvo que hacer frente a un populacho enfervorecido que, sin embargo, dos horas antes hubiera huido de ella. Dicen que han prendido fuego a cuarenta casas.

—Me preocupa que no se hayan acobardado ante la policía —añadió el caballero de pelo cano.

—Pero ¿cómo están las cosas ahora? —preguntó el señor Berners—. ¿Se ha

neutralizado ya a los rebeldes?

—Por lo que he oído —puntualizó el señor Egerton— aún no. Están acampados en el albero, en medio de las ruinas humeantes y respirando todo el hedor de después de la batalla.

—Bueno, siempre voté a favor de que se aprobara la Carta del Pueblo —dijo el señor Berners—. No nos haría daño alguno y no habría ocasionado disturbios.

—Eso fue lo que pensaron todos los que estaban de nuestro lado —recordó el señor Egerton— y que no tenían cargo alguno pero estaban a punto de tenerlo. Bueno, Dios sabe lo que pasará ahora. Puede que algún día el cartismo llegue a ser tan popular en este club como la Ley de la Reforma.

—Lo más extraño de aquel debate —anunció el señor Berners— fue el gesto del señor Egremont.

—Vi a Marney la otra noche en casa de lady St. Julian —dijo el señor Egerton—, le felicité por el discurso de su hermano, y este se limitó a fulminarme con la mirada y a sonreírme cínicamente como un ladrón de cementerios.

—El discurso del señor Egremont fue realmente interesante —dijo el hombre de pelo cano—. Me pregunto qué es lo que pretende.

—Creo que está pensando en hacerse radical —dijo el noble de Warwickshire.

—¿Por qué?, si todo el discurso iba en contra del radicalismo —preguntó el señor Egerton.

—Bueno, entonces será que se va a hacer whig, supongo.

—Es totalmente contrario a los whigs —puntualizó Egerton.

—Entonces, ¿qué diablos es? —dijo el señor Berners.

—Desde luego no un conservador, porque lady St. Julians no hizo otra cosa más que acosarlo.

—Supongo que es antojadizo —sugirió el noble de Warwickshire.

—Ese discurso de Egremont es el más democrático que yo haya leído —dijo el caballero de pelo cano—. ¿Y cómo fue recibido?

—Oh, excelentemente —dijo el señor Egerton—. Hasta ayer apenas había tomado la palabra, y si lo hacía hablaba bien pero siempre concisamente. Se le escuchó con enorme atención; nunca he visto a la sala tan callada. Debo decir que causó una gran impresión aunque nadie sabía exactamente qué pretendía.

—¿Qué quiso decir con lo de apoyar las peticiones de los cartistas sin hacer caso de su revuelta? —preguntó lord Loraine, un hombre de mediana edad, apacible, lánguido y holgazán que pasaba sus días cruzando la calle para ir del club de juego de Brook al de Boodle y del de Boodle a Brook con el fin de contrastar la información que recogía en estas dos instituciones tan señaladas; y que poseía unas habilidades poco comunes, cultivadas con atípico cuidado pero que, de acuerdo con Sheffield, duque de Buckingham, gustaba de zanganear, al igual que la reina sultana de Carlos II de los Estuardo.

—Habló en un tono un tanto esotérico —indicó el hombre de pelo cano— y me

pareció que no estaba muy seguro de cuál era su audiencia; pero creo que quiso decir, pues, de hecho, esa era la esencia de su discurso, que si lo que se pretende es mantener el poder político durante un tiempo lo mejor es asegurar al pueblo un mejor bienestar social.

—Bueno, eso es puro radicalismo —dijo el noble de Warwickshire—, hacer creer al pueblo que puede conseguir más bienestar del que tiene es radicalismo, simple y llanamente.

—Me temo que si eso es radicalismo —dijo lord Loraine— quizá estemos todos en el mismo saco. Sloane ha dicho hace un rato en el club Boodle que en su pueblo se esperaba el invierno con auténtico horror.

—Y allí no tienen fábricas —dijo el señor Egerton.

—Sloane siempre fue un agorero —dijo el noble de Warwickshire—. Siempre dijo que la Ley de Reforma de la Ley de Pobres no funcionaría y, sin embargo, en ninguna parte del país funciona tan bien como en la suya.

—En el Boodle se rumorea que se va a aumentar el número de hombres en el ejército —dijo lord Loraine—; que esta misma tarde el consejo iba a aprobar el reclutamiento de diez mil hombres más.

—Es imposible que ya hayan filtrado esa noticia —dijo el caballero de pelo cano—. El consejo de ministros se ha reunido hace menos de una hora.

—Llevan ya más de una hora reunidos —dijo lord Loraine—, es suficiente tiempo como para que en la calle St. James ya se sepa lo que han decidido. En otros tiempos, en cuanto terminaba el consejo, George Farnley venía desde la calle Downing a contárnoslo todo.

—¡Ah! ¡Aquellos eran tiempos de caballeros! —exclamó el señor Berners—. Los miembros del Parlamento no tenían que complacer a nadie y los ministros de Estado nada que hacer.

Los disturbios en Birmingham ocurrieron después de los acontecimientos que cerraron nuestro último libro. El tiempo, en lo que a movimientos cartistas se refiere, transcurrió entre preparativos para la presentación y discusión de la Carta del Pueblo, la cual había quedado aplazada a causa de los numerosos embrollos parlamentarios de la primavera de aquel año. La Carta fue finalmente llevada a Westminster en un carruaje de gala y acompañada por todos los delegados de la convención en una solemne procesión. Fue necesaria la construcción de una máquina para poder meter en los Comunes la enorme mole de pliegos firmados por un millón y medio de personas que, debido a su gran tamaño, tuvo que permanecer en el suelo durante todo el debate.

Tras una discusión, no valorada por el pueblo en su justa medida, la Cámara de los Comunes decidió rechazar los puntos que contenía la petición. Desde ese mismo momento creció la influencia del partido de la convención que era partidario de recurrir a la fuerza. Aunque sus objetivos no fueron alcanzados a corto plazo, el debate largo y serio sobre la Carta del Pueblo logró transmitir a las clases



trabajadoras la esperanza de que a partir de ese día sus derechos iban a formar parte de los debates parlamentarios y que, en última instancia, podrían ser reconocidos si se exponían con fuerza en dichas sesiones, al igual que los de otros sectores de la población. Así fue como el partido con más fuerza moral durante la convención consiguió dominar a la enérgica y temeraria minoría que rechazaba todo lo que no fuera terror y violencia para la consecución de sus fines.

Las esperanzas de todos y la soberbia de muchos se vieron frustradas y sorprendidas al averiguarse que los esfuerzos y la energía de muchos meses no solo habían sido un derroche inútil, sino que ni siquiera habían provocado que creciera el número de asambleístas ni había suscitado más interés que el de otra lucha más entre partidos en pos de sus respectivos intereses y que sería olvidada tan pronto como acabara.

Los líderes lograron captar la atención de las clases trabajadoras al insistir en la diferencia de trato que se había dado a la constitución de la insignificante y desgastada colonia de Jamaica en comparación con las peticiones de millones de trabajadores de Inglaterra por los mismos derechos constitucionales. Desde el primer momento ni un solo miembro estuvo fuera de su sitio y se trajo a hombres de ciudades lejanas para participar en la lucha y poder decidir. El debate duró varios días, casi semanas; ninguna persona de entendimiento y con capacidad de liderazgo dejó de expresar su opinión, porque el destino de los gobiernos dependía de ello. Se destituyó y se repuso a los miembros del consejo de ministros en medio de la lucha. Por primera vez desde hacía mucho tiempo el mismo soberano participó personalmente en estas transacciones públicas, un hecho que estuvo a punto de hacer creer a las clases trabajadoras que los privilegiados habían encontrado, por fin, un dueño, y que los indefensos habían recuperado su jefe natural.

Pero en los corazones de estos indefensos hizo mella la difícil situación que tenía la gran mayoría del pueblo sajón, a diferencia de la de los colonos de Jamaica, y desde ese momento se desvaneció toda la esperanza de consuelo depositada en los millones de personas que debían dar muestras de una intachable conducta moral y de un orden en la vida pública que indicase que estaban preparados para detentar y hacer cumplir sus derechos públicos. Triunfaron los partidarios de la violencia que, como es costumbre, eran una pequeña minoría pero formada por hombres de carácter decidido. Y la primera consecuencia de la celebración de estas asambleas que, en el curso de los años, solo traerían sufrimiento y desgracia a las clases trabajadoras, fue el estallido que se produjo en Birmingham.

Fue en aquellos días, una suave mañana de julio, cuando Sybil, tentada por el cálido sol y ardiendo en deseos de ver las flores, la hierba y la corriente sinuosa del río, salió de la oscura casa en la que vivía en dirección a lo que un día fue la melancólica región de los pantanos, tan alabada en otros tiempos por su canal holandés y su puente chino, y que ahora habían quedado comprendidos en el recinto del parque real. A excepción de algunas bonitas niñeras con preciosos niños a su

cuidado, vestidos con plumas en la cabeza, grandes lazos y preciosas fajas, los jardines estaban vacíos. Sybil sabía por experiencia que era únicamente a esta hora temprana cuando una mujer podía salir sola a pasear por Londres. Para nuestra vergüenza, no hay otra ciudad en Europa donde las mujeres sean menos autónomas que en nuestra metrópoli.

La hija de Gerard necesitaba la sensación de renovación que produce estar rodeada por una hermosa naturaleza. Se sentía ansiosa y desanimada. Pese a ser una persona dotada de un sublime coraje, su sensibilidad le hacía especialmente vulnerable a todos los temores y tristes presagios que intuía: el estallido en Birmingham, la certeza de que tales conflictos serían fatales para la causa que ella con tanta entrega defendía, y el oscuro temor de que su padre pudiera estar involucrado en este movimiento que había comenzado causando tantas desgracias y que amenazaba con desencadenar aún mayores desastres. La rápida y rebotante imaginación de Sybil evocó mil miedos que en cierto modo eran infundados y exagerados, pero esta es la inevitable suerte que corre una mente creativa cuando nada en las aguas de la inexperiencia.

La conmoción también había sido repentina. Los dos meses que habían pasado desde la despedida que ella creía definitiva de Egremont no fueron diferentes de otros meses anteriores en lo que se refiere a esa encantadora exaltación pública que la carrera de su padre, a su juicio tan útil y honrada como distinguida, provocaba en ella. De igual modo estos meses habían dado sus frutos conformando un carácter más suave y hogareño. El trato con Hatton, una persona sumamente agradable, instructiva y atenta, a la que veía con frecuencia y que parecía tener el don de hacer la vida más dulce gracias a la habilidad con que empleaba sus discretos recursos, había contribuido a dar más atractivo a su vida.

Hatton prestaba libros a Sybil y todo lo que le recomendaba era acorde al gusto y sensibilidad de la muchacha. La surtía de magníficas obras de arte que sacaba de su biblioteca, obras para ilustrar aquellos periodos de nuestra historia y aquella arquitectura de calidad que mejor se adaptaban a su pensamiento y gustos. Llenó su habitación con la mejor literatura de aquellos días. Le proporcionó periódicos cuyos sugerentes artículos le enseñaron que su opinión ni era la única ni, mucho menos, indiscutible. Nunca antes Sybil había visto un periódico que no fuera un número aislado de *La Legión de Mowbray* o la publicación local dedicada a la Convención Nacional donde se daba cuenta de los discursos de su padre.

Muchas mañanas, cuando Gerard no estaba ocupado, Hatton proponía enseñar a Sybil algunas singularidades de la ciudad; sus edificios públicos, museos y galerías de arte. Aunque a ella nadie le había instruido en el mundo de la pintura, tenía una capacidad innata para llegar a resultados exactos con su sola observación. A ella le interesaba todo lo que veía u ocurría, y su contento crecía con la presencia de una persona con la que no solo coincidía en su manera de sentir, sino que también le proporcionaba instructivas respuestas a las cuestiones que ella planteaba. Hatton

mostraba buen gusto y una refinada y bien estructurada inteligencia. Era accesible, delicado y considerado y, aunque tenía a su alcance todo tipo de lujos, sabía que hacer uso de ellos habría sido embarazoso para sus amigos. Siempre trató que la suya fuera una relación entre iguales como muestra de agradecimiento al padre de Gerard por los felices tiempos pasados. Hatton se dejaba caer siempre por la noche cuando Gerard ya había llegado a casa, y los domingos solían pasarlos siempre juntos. La fe era su vínculo, esta los guiaba hacia el mismo altar. Hatton había logrado que le prometieran que cenaría con él todos los domingos. Los días de fiesta averiguaba discretamente en qué capilla se iba a celebrar el mejor concierto de música sacra con el fin de satisfacer los gustos apasionados de Sybil. Tanto es así que, durante su estancia en Londres, esta tuvo la oportunidad de escuchar a las mejores voces, tal vez una de las actividades que mayor placer le causaban. Aunque no era del todo coherente con su vocación que ella acudiese a los teatros, hubo ocasiones de asistir, junto con los auditorios más elitistas, a escuchar conciertos donde se tocaban obras maestras de la música sacra. Cuando estaban los tres juntos ella solía mostrar esa dulzura celestial y esa fuerza tan etérea que había derretido el alma de Egremont aquel día entre las ruinas de la Abadía de Marney.

Con una relación cada día más estrecha, Hatton había huido del enorme proyecto que en un principio había diseñado. Había algo en ella que lo atemorizaba a la vez que lo fascinaba. Pese a que una de las reglas de su vida era no abandonar nunca sus objetivos, tuvo que aplazar su cumplimiento. Hatton no estaba, en el sentido literal de la palabra, enamorado de Sybil; y, desde luego, no apasionadamente enamorado de ella. Pese a todos sus atrevimientos, capacidades y buen gusto había en Hatton una vena de un enorme sentido común que le hacía imposible actuar o incluso pensar en algo que pudiera ser visto como ridículo. Por la razón que ya hemos expuesto deseaba fervientemente casarse con Sybil. Él apreciaba sus adorables cualidades pero, al mismo tiempo, su sentido común le decía que sería más sencillo cumplir su objetivo si ella no fuese una criatura tan deslumbrante.

Cuando tuvo oportunidad de estudiar su carácter, Hatton pronto descubrió que aquel hermetismo era algo, por desgracia, natural en una mujer que, con una mente entusiasta, grandes habilidades, excelente educación y unos encantos fuera de lo común, había nacido y echado raíces dentro de una sociedad empobrecida. Tras analizar todo esto, Hatton había llegado a conclusiones a las que solo se puede llegar mediante la observación y el estudio metódico y, cuando una noche habló a Gerard, de forma que no levantase sospechas, sobre el futuro de su hija, se encontró con que también este tenía una opinión clara y concisa.

—Ella quiere —dijo Gerard— tomar los hábitos, pero hasta que no sepa un poco más de la vida y sea consciente de lo que está a punto de hacer, yo me opongo a ello. No quisiera que más tarde tuviese que reprocharle nada a su padre. Aunque, sinceramente, Sybil tiene razón, ella no puede pensar en el matrimonio porque nadie con quien se casara sería merecedor de ella.

Durante estos dos meses, y sobre todo el último, Morley no estaba casi nunca en Londres, aunque cuando visitaba la ciudad pasaba mucho tiempo con Gerard y algo con su hija. Los asuntos tratados en la convención habían avanzado bastante: los delegados habían visitado a los miembros del Parlamento, ya habían terminado los preparativos para la presentación de la Carta del Pueblo; el derrocamiento del gobierno whig, el intento frustrado de sir Robert Peel de hacerse con el poder, el regreso del gobierno whig con sus consiguientes efectos, habían provocado un retraso de dos meses en la presentación del importante documento. Era lógico que Gerard, cuyo liderazgo ahora se ponía en duda, se quedara en Londres, ya que una ausencia suya de una semana hubiera puesto en peligro su puesto como líder del movimiento. Pero todas estas consideraciones no importaban a Morley, quien ya demasiados problemas tenía dirigiendo su periódico desde la distancia. Así que a mediados de mayo regresó a Mowbray. Si algo importante ocurría o si su voto era necesario para su amigo y colega, entonces cogería de nuevo el tren a Londres. Sin embargo, el asunto de Birmingham había alarmado a Morley, y se decidió a escribir urgentemente a Gerard para decirle que regresaba inmediatamente a la ciudad. Su llegada se esperaba la misma mañana en la que Gerard estaba en la convención donde se estaban celebrando feroces debates. Sybil, impulsada por un aire veraniego, había ido a los jardines del parque de St. James.

Era un auténtico día de verano; unas nubes enormes, redondas, brillantes y lanudas, tan blancas y resplandecientes como glaciares inundaban el cielo con sus formas inmensas e inalterables. Ni siquiera se advertía la típica brisa del verano aunque el aire era agradable y no perdía su estimulante fragancia. En los árboles había flores nuevas, las aguas centelleaban, los patos y cisnes se zambullían, salían a respirar y de nuevo desaparecían; y había niños preciosos, frescos y delicados como capullos de rosa, que correteaban con gestos y voces de felicidad. A lo lejos se alzaban las sagradas torres de la gran Westminster.

¡Qué bello resulta un jardín en medio de la dureza y las pasiones que conlleva la existencia! ¡Malditos sean aquellos que corrompen y profanan estos sagrados lugares partiendo los corazones de las niñeras y fumando tabaco en los palacios de las rosas!

Los nubarrones que enturbiaban la mente de Sybil fueron desapareciendo poco a poco merced a la frescura y fragancia de la naturaleza. El color regresó a sus mejillas; el profundo brillo de sus ojos apareció de nuevo; su paso lánguido y contemplativo se tornó ágil y airoso. Olvidándose de las preocupaciones de la vida, se dejó llevar por el placer de moverse, respirar, sentir los rayos de sol, todos ellos eran goces que poseían la excelencia de la sensualidad. Contenta por naturaleza, pese a sus sublimes pensamientos y la solemnidad de su vida, observaba el tosco vuelo de los pájaros o reflexionaba sobre la divina inconsciencia de la infancia con una leve sonrisa en su rostro.

Se sentó a descansar en un banco a la sombra de un frondoso olmo. Su mirada, a la que minutos antes solo interesaban los objetos de alrededor, se había quedado

ahora como flotando sobre las soleadas aguas. Su pasado apareció ante ella. Fue uno de esos dulces momentos en los que los hechos acontecidos en nuestra vida surgen ante nuestros ojos, pero no de forma aislada, porque es precisamente en el encadenamiento de los mismos como cobran sentido. Fue uno de esos momentos en los que nos encontramos cara a cara con nuestras vidas y nos damos cuenta de toda la sabiduría que encierran la tristeza y el placer, los sentimientos y la razón, la relación con los demás y, en fin, todos los misterios de la vida.

La indomable imaginación y la ágil inteligencia de Sybil le habían hecho comprender dos ideas grabadas en su mente juvenil: el despotismo de su Iglesia y la degradación de su pueblo. Educada en soledad y acostumbrada a intercambiar opiniones solo con personas que pensaban igual, había llegado a la triste conclusión de que en el mundo había una clara división entre opresores y oprimidos. Para ella ser una persona del pueblo significaba ser desdichado e ingenuo; si eras uno de los privilegiados, un fastuoso tirano. Estos dos fantasmas que para ella representaban la naturaleza humana se le habían aparecido en claustros, jardines o entre las escenas de sufrimiento que tantas veces había presenciado y en las que siempre había tratado de dar consuelo.

Sin embargo, las experiencias de los meses pasados habían provocado un cambio en su percepción de la vida. Había visto lo suficiente como para concluir que el mundo era un lugar bastante más complicado de lo que ella pensaba. No estaba organizado según el modelo de férrea y ruda simplicidad que ella había supuesto. Las personas eran más diversas, las causas más variadas, las clases sociales más mezcladas, y todo estaba compuesto por elementos más sutiles y diferenciadores. Todo era más complejo, más variado. El pueblo que ella había conocido no representaba la unidad de pensamiento, de intereses y de propósitos que ella había creído. El pueblo tenían enemigos entre el pueblo mismo; personas a las que sus propias pasiones les hacían llegar a simpatizar y a mezclarse con los más privilegiados. Su padre, con sus muchas virtudes y habilidades, su fuerza de voluntad y su simple ambición, se había enfrentado en la convención con rivales de su propio partido, y había sido acosado por enemigos conocidos o, lo que es peor, por enemigos secretos.

Sybil, que se había alimentado con grandes pensamientos, que pensaba que el éxito y el fracaso eran componentes de lo heroico, y que había soñado con el triunfo sin dejar de estar preparada para el sufrimiento, se dio cuenta, con gran sorpresa para ella, de que las grandes ideas poco tenían que ver con el mundo real y que los asuntos humanos, incluso en una época de revolución, estaban sujetos al compromiso, pero que la esencia de este es su precariedad. Pensaba que bastaba con que el pueblo, tranquilo y sosegado, consciente y seguro de su causa, expresase abiertamente sus más puras y nobles convicciones a sus delegados para lograr así que una autoridad obsoleta y decrepita se rindiera ante su irresistible superioridad moral.

Los delegados elegidos por el pueblo resultaron ser un senado plebeyo con fines

ambiciosos, siniestros y egoístas mientras que el poder decrepito que Sybil pensaba que se nutría del sufrimiento de millones de personas era, por el contrario, compacto y organizado. Tenía todos los hilos del poder a su disposición, y se apoyaba en los intereses, las relaciones, las convicciones y los fuertes prejuicios de las clases influyentes que gobernaban no solamente por su riqueza, sino también por el número de sus partidarios.

Tampoco podía evitar pensar que el sentimiento de los ricos hacia los pobres no fuera ese sentimiento de odio y desprecio que ella tanto asoció a conquistadores normandos y leyes feudales. Prefería atribuir la hostilidad que sin duda existe en Inglaterra entre los ricos y los trabajadores a una mutua ignorancia entre las clases dueñas de ambos conceptos, que son claves para la prosperidad del país. Y aunque la fuente de tal ignorancia debía buscarse en los hechos violentos acaecidos en el pasado, las consecuencias de estos habían sobrevivido a las causas igual que las costumbres lo hacen a la razón.

Sybil miraba hacia Westminster, hacia aquellos fatuos y conmovedores pasillos donde se reúne el Parlamento de Inglaterra; esa institución codiciosa, violenta y altiva que había enviado al cadalso a reyes y prelados, y había expoliado iglesias para luego adueñarse de los sagrados señoríos para su beneficio personal; una institución que se había otorgado a sí misma numerosos privilegios para, después, hipotecar a mayor gloria de su Estado y de su imperio el trabajo de innumerables generaciones.

Sybil abrió un periódico que había traído. No es que lo fuera a leer por primera vez, sino que por primera vez lo iba a leer sola sin nadie que la molestara, rodeada de tranquilidad y belleza. En el periódico había un artículo sobre el debate que estaba teniendo lugar en la Cámara de los Comunes acerca de la lectura de la Carta del Pueblo, aquel importante documento que había sido el responsable de hacer salir de su soledad a Sybil, pero también de que aprendiera algo de ese mundo sobre el que tantas veces y de forma tan equivocada había reflexionado.

¡Sí!, había una voz que sonaba con más fuerza que otras en aquel altivo Parlamento, una voz libre que se atrevía a expresar la verdad de siempre; la voz de un noble que, sin demagogia, había defendido la causa del pueblo, que había hecho pública su convicción de que los derechos del trabajo eran tan sagrados como los de la propiedad; una voz que, si tuviera que elegir, preferiría defender los intereses de los que viven con el mínimo sueldo. Era la voz de una persona capaz de gritar que la felicidad social de millones de personas debería ser el principal objetivo de un estadista, y que si esto no se conseguía, los tronos, las propiedades, el boato de las cortes y el poder de los imperios eran inútiles.

Emocionada, con tierna frescura y los ojos bañados en lágrimas, Sybil leía el discurso de Egremont. Se detuvo. Cogió el periódico con una mano apoyando la otra suavemente, miró hacia arriba en busca de consuelo. Ante sus ojos apareció el orador en persona.

## Capítulo 2

Egremont había reconocido a Sybil desde que ella había entrado en el jardín. Cruzaba el parque para acudir a una comisión del Parlamento que estaba previsto que empezara a primera hora de esa mañana. La reunión era de carácter formal, y se suspendió pronto, y Egremont regresó al lugar donde había visto a Sybil con la esperanza de poder encontrarla.

Se acercó a ella despacio, con discreción pero con dulzura.

—Es un enorme e inesperado placer —dijo en tono halagador.

El precioso rostro de Sybil no podía ocultar su inquietud; sonrió y con un rubor provocado por su innata candidez o quizá por algún tierno y poderoso sentimiento de gratitud, respeto o consideración, dijo en voz baja:

—Estaba leyendo su magnífico discurso.

—De veras —dijo Egremont conmovido—, eso es un honor, un placer, un premio que nunca creí merecer.

—Supongo que todos —continuó Sybil más serena— disfrutarán del placer de leerlo y le sacarán el máximo provecho, pero yo ¡oh! lo leo con profundo interés.

—Si algo de lo que digo resuena en su corazón —y se detuvo dudando—, me devolverá la confianza en el futuro —añadió rápidamente.

—¡Ah! ¡Por qué los demás no serán como usted! —dijo Sybil—. De ese modo no sería todo tan desesperante.

—Pero ¿está usted desesperada? —preguntó Egremont sentándose en el banco a una prudente distancia de ella.

Sybil negó con la cabeza.

—Sin embargo, la última vez que hablamos —dijo Egremont—, confiaba en su ideal y en los medios para conseguirlo.

—No hace demasiado —dijo Sybil— que hablamos por última vez y, sin embargo, en este tiempo he descubierto amargas verdades.

—La verdad es muy valiosa —dijo Egremont— para todos. Pero me temo que no logro encontrar la causa que ha borrado de usted su esperanzado optimismo.

—¡Ay de mí! —dijo Sybil con tristeza—. Yo solo era una soñadora y he despertado de mi espejismo como otros antes lo hicieron. Al igual que ellos, también siento alejarse el deleite de la vida. Pero, por lo menos, mi contento —y ladeó la cabeza suavemente— nunca me ha abandonado del todo.

—¿Está deprimida, querida Sybil?

—Me siento infeliz. Estoy preocupada por mi padre. Temo que esté rodeado de hombres que no merezcan su confianza. Estos actos de violencia me alarman. Bajo ningún concepto me acobardaría, pero tengo la certeza de que la exaltación solo nos traerá desastres y desgracias.

—Respeto a su padre —dijo Egremont—. No conozco a ningún hombre de carácter tan noble, amable y generoso que sea, al mismo tiempo, tan valeroso e

inteligente. Me entristece que sea él quien deba arriesgarse. Pero usted puede convencerlo. Aconséjese que vuelva a Mowbray.

—¿Quién soy yo para dar consejos —dijo Sybil—, si me he equivocado en todos mis juicios? Vine a esta ciudad con él para ser su guía, su guardián. ¡Qué arrogancia la mía!, ¡qué ciego orgullo! Creía que el pueblo sentía como yo, que no tenía nada más que ocuparme de mantenerlo y alegrarlo, alentarlos cuando flaquearan sus fuerzas, alzarlo cuando cayera. Creía que el poder moral debía gobernar el mundo y que ese poder estaba representado por una asamblea en cuyos anales no figurarán más que una serie de despreciables intrigas o, lo que es peor, de violentas conspiraciones.

—Emplee todas sus fuerzas —aconsejó Egremont— en hacer que su padre abandone Londres inmediatamente, mañana mismo o esta misma noche a ser posible. Después de lo de Birmingham el gobierno se va a ver obligado a actuar. He oído que se van a ampliar de manera inmediata los destacamentos de soldados y policías; se ha notificado la orden a todo el mundo, desde el secretario de estado hasta sus gobernadores de los condados. El gobierno va a asaltar la convención, y los miembros que se queden serán las víctimas. Si su padre regresa a Mowbray y se queda allí tranquilo tiene posibilidades de que no lo molesten.

—Innoble fin para tan nobles esperanzas —dijo Sybil.

—Sigamos albergando esperanzas —replicó Egremont— ¡y alentémoslas!

—Ya no me queda ninguna —contestó ella.

—Yo sí soy optimista —dijo Egremont.

—¡Ah! Porque ha hecho un magnífico discurso. Ellos lo escucharán y lo aplaudirán pero jamás lo seguirán. Igual que la paloma y el águila no se aparean o el león y el cordero no yacen juntos, tampoco los conquistadores rescatarán a los conquistados.

Egremont negó con la cabeza.

—¿Todavía ve esos fantasmas, querida Sybil? ¿Cómo es posible? No son visiones agradables. Créame, son tan absurdas como angustiosas. El pensamiento de Inglaterra es el pensamiento de la nueva savia que nace. Confíe en mí, todo está en el pueblo, sobre todo porque esto que siente llega de su inconsciente. Son opiniones a las que se le ha enseñado a temer y a desconfiar pero que poco a poco se irán desvaneciendo. Las opiniones que prevalecen son, por lo general, las de la generación que desaparece. Dejemos que acabe este desastre que nadie pudo imaginar, que cese el equilibrio que tienen en este momento los partidos parlamentarios, porque en pocos años será como digo. Presenciará el desarrollo de un nuevo pensamiento inglés que compensará su tardanza en aparecer con un desarrollo rápido. Vivo entre este tipo de personas, conozco sus almas, observo sus instintos y sus impulsos; sé en qué fuentes han bebido sus principios, pero también sé que, incluso con las circunstancias en contra, esos principios darán su fruto, y que este será hostil al sistema oligárquico. El futuro principio de la política inglesa no será un principio igualador; ni un principio adverso a los privilegios, sino a favor de la extensión de los mismos. Intentará



garantizar la igualdad, no rebajando el nivel de vida de unos pocos, sino elevando el de la mayoría.

Tras un tiempo sumergidos en complacientes reflexiones provocadas por el propio tono de la conversación, finalmente Sybil se levantó y, tras comentar que su padre ya habría regresado, se despidió de Egremont, quien, levantándose, decidió acompañarla durante un rato. En la entrada a los jardines ella se paró y dijo con sonrisa tierna y apenada:

—Aquí debemos separarnos —y le extendió la mano.

—¡Que el cielo la guarde! —dijo Egremont—, pues a él pertenece.

## Capítulo 3

Cuando Sybil se acercaba a su casa, vio a su padre en el patio de enfrente acompañado de varios hombres. Parecía estar a punto de marcharse. Sybil necesitaba hablar con Gerard, así que se acercó. Hubo un revuelo cuando atravesó la puerta, los hombres dejaron de hablar, algunos se apartaron y le dieron la bienvenida con un respetuoso silencio. Había uno o dos a los que Sybil conocía, por lo menos de oídas. Al pasar ante estos hombres, ella inclinó la cabeza y, después, dirigiéndose a su padre, que se había adelantado a recibirla, dijo con voz calmada y semblante sereno:

—Si te vas a marchar, querido padre, me gustaría verte antes unos minutos.

—Un momento, amigos —dijo Gerard—, esperad —y entró con su hija en la casa.

Él se hubiera quedado en el recibidor pero ella siguió hasta su habitación y Gerard, aunque con prisa, se vio obligado a seguirla. Cuando ambos hubieron entrado Sybil cerró la puerta con cuidado y, entonces, Gerard, sentado o, más bien, apoyándose descuidadamente en el borde de la mesa, dijo:

—Estamos juntos una vez más, querido padre, nunca nos separaremos.

Gerard se puso rápidamente en pie, con la mirada y las mejillas encendidas.

—¡Algo te ha pasado, Sybil!

—No —dijo ella moviendo la cabeza con tristeza—, no es eso, es a ti al que puede pasarte algo, padre.

—¿Por qué, hija mía? —dijo con su acostumbrada placidez y hablando en tono natural, comedido y lento.

—Estás en peligro —dijo Sybil—, en enorme e inminente peligro. Ahora mismo no importa cómo he llegado a esta conclusión. No me gustan los misterios, pero no hay tiempo para entrar en detalles. El gobierno va a intentar reventar la convención, están decididos. La revuelta de Birmingham ha complicado más las cosas. Allí ya se ha detenido a los líderes y se arrestará a todos los que se queden aquí y estén vinculados con ellos.

—Si arrestan a todos los que se demuestre que están vinculados a la convención —precisó Gerard—, no les va a faltar trabajo.

—Sí, pero tú eres uno de los líderes —dijo Sybil—; y eres la persona que elegirán.

—¿Preferirías que me escondiese —dijo Gerard— solo porque has oído habladurías?

—¡Habladurías! —exclamó Sybil—. ¡Oh, padre mío! ¡Qué ideas tienes! Puede que las palabras no sirvan para salvarnos, pero las acciones inútiles lo son aún más.

—No veo que estas acciones, aunque yo no tengo nada que ver con ellas, sean inútiles —dijo Gerard—. La policía de la que tanto se jactan ha sido derrotada por la actuación de una masa desorganizada. ¿Qué habría ocurrido si la revuelta no hubiera sido solo cosa de unos pocos?, ¿si el pueblo hubiera sido más disciplinado?

—¿Y qué ocurriría si todo fuera diferente?, ¿si todo fuera al contrario de como está siendo? —dijo Sybil—. El pueblo no es disciplinado; sus actos no serán coherentes y unánimes, no pueden serlo. Estás involucrado en unos disturbios y no en una revolución; serás una víctima, no un mártir.

Gerard se quedó pensativo, pero permanecía tranquilo y, tras una pausa, dijo:

—No debemos asustarnos si hay algún arresto, Sybil. El gobierno pretende jugar sucio para desconcertarnos y atemorizarnos, pero es él mismo el que está asustado. La revuelta de Birmingham no ha sido idea mía ni de ninguno de nosotros. Ha sido una casualidad. Ninguno de nosotros lo habíamos previsto. Sin embargo, las grandes gestas nacen de las casualidades. Ya he dicho que derrotaron a la policía y pusieron a las tropas en jaque, y añadiré que esto se ha hecho sin organización alguna y en un único lugar. Estoy tan en contra de actos ineficaces como lo puedes estar tú, Sybil, y para demostrártelo te diré que en el momento en que llegaste estábamos hablando de que deberíamos asegurarnos que no volverá a ocurrir nada de esto en un futuro. Ni palabras vanas ni acciones insustanciales —añadió Gerard. Después se alejó.

Sybil se acercó a él con delicadeza, cogió su mano como para decirle adiós, la sostuvo por un momento entre las suyas, y le miró directamente a la cara con semblante grave y tierno a la vez. Después, abrazando a su padre y apoyando su mejilla sobre el pecho de Gerard, murmuró:

—¡Oh! Padre mío, tu hija está muy triste.

—Sybil —exclamó Gerard con tono de cariñoso reproche—. Esta debilidad es propia de mujeres y, aunque la respeto, no la comparto.

—Puede que sea propia de mujeres —dijo Sybil—, pero es inteligente. ¿Qué nos puede hacer más infelices que el sentimiento de amenaza y de anónimo peligro?

—Y ¿por qué peligro? —dijo Gerard.

—¿Por qué el misterio? —preguntó Sybil—. ¿Por qué estás siempre preocupándote y enfrascado en pensamientos tan sombríos, padre mío? No es la presión de los acontecimientos, como quizá creas, lo que está ocasionando este cambio de actitud en una persona de temperamento tan sincero e incluso descuidado como tú. La presión que están provocando estos hechos ahora no es en absoluto tan grande, no podría serlo, como lo fue durante la primera época de vuestras asambleas, cuando los ojos de todo un país estaban puestos en ti y eras el vínculo entre todas las partes. ¿Cuántas veces me has dicho que no hay ningún asunto que te parezca demasiado fastidioso? Ahora os habéis dispersado, no os comunicáis entre vosotros, ya no hay debates ni comités, y os enviáis pocas cartas. Tú mismo estás siempre meditabundo, reuniéndote sin parar con personas que, según sé por Stephen, predicán la violencia, pero no la practican. Todos ellos son perversos, tal vez traidores, como mínimo atolondrados.

—Stephen tiene demasiados prejuicios —dijo Gerard—. Es un visionario buceando en imposibles y poco deseables sueños. No tiene ni idea de qué siente el país o de cómo son sus conciudadanos. Los ingleses no quieren comprar la felicidad a

plazos, quieren sus derechos, derechos que estén a la altura de los que tienen otras clases y sin los cuales no pueden estar ni estarán nunca seguros.

—Pero Stephen es tu amigo, querido padre, y antes lo adorabas.

—También ahora, y lo quiero de verdad. Lo adoro por sus muchas capacidades y su gran sabiduría. Stephen es un intelectual y yo no soy nada de eso; sin embargo, Sybil, siento el pulso de un pueblo y puedo comprender cuál es el signo de los tiempos. Stephen era magnífico cuando charlábamos en nuestro jardín o en nuestra casa de Mowbray, cuando no teníamos nada que hacer; pero ahora debemos actuar o, de lo contrario, otros lo harán por nosotros. Stephen no es una persona práctica. Es caprichoso, eso es todo Sybil.

—Pero acción y violencia —dijo Sybil—, ¿son lo mismo, padre mío?

—Yo no he hablado de violencia.

—No, pero lo has sugerido. Sé lo que expresan tu rostro y el temblor de tus labios. Acción es, tal y como Stephen y tú me enseñasteis sabiamente una vez, mostrar a nuestros gobernantes mediante un movimiento social, metódica e intelectualmente, que somos conscientes de nuestro empobrecimiento, y que no es ni cristiano ni conveniente, ni bueno ni sabio, dejarnos en esta situación. No debemos perder el respeto por el mundo, incluso por aquellos de quienes difieres en intereses u opinión; y no debe perderse por consideración a todos aquellos que, desde una buena causa y con un gran talento, trabajan por ejercer ese poder moral. Tú has renunciado a este poder, a esta perla —dijo Sybil emocionada—; no podemos engañarnos, padre mío, lo has dejado escapar de tus manos.

Gerard miraba a Sybil mientras hablaba con una seriedad impropia de él. Cuando ella hubo terminado, él bajo la mirada y se quedó pensativo. Finalmente, alzó la vista de nuevo y dijo:

—El momento de las palabras ya ha pasado. Debo marcharme, querida Sybil. — Y se dirigió hacia la puerta.

—No me dejarás —dijo Sybil, precipitándose sobre él y cogiéndole por el brazo.

—¿Qué quieres?, ¿qué quieres? —dijo Gerard angustiado.

—Que abandonemos la ciudad esta noche.

—¿Cómo, que deje mi puesto?

—¿Cómo que tu puesto? ¿Acaso no tienes compañeros distribuidos por otras zonas? ¿No ha sido la asamblea oficialmente trasladada a otra ciudad? ¿No es ya sabido que la gran mayoría de los delegados han llegado ya a sus hogares? ¿Por qué no tú al tuyo?

—Yo no tengo hogar —dijo Gerard con voz firme—. Vine aquí a hacer lo que había que hacer y, con la bendición de Dios, es lo que haré. Mi sustitución ya no es posible; ya no puedo reeducarme y enzarzarme en discusiones baldías, como hacen los filósofos y los Morley. Si el pueblo lucha, lucharé con él y moriré en el frente si fuera necesario. Las lágrimas de una mujer no me pueden apartar de mi propósito —y bruscamente apartó de él la mano de su hija.

Sybil miró al cielo con los ojos llenos de lágrimas y enlazó sus manos en un inefable quejido. Gerard volvió a dirigirse hacia la puerta pero antes de llegar a ella dudó un momento, se dio la vuelta y miró a su hija con ternura y preocupación; seguía en la misma postura a excepción de sus brazos, que ahora habían caído y mantenía cruzados sobre su regazo, su mirada abatida parecía estar perdida en profundas cavilaciones. Su padre se acercó sin que ella se diera cuenta y cogió su mano. Sybil se asustó y, mirando alrededor con expresión fría y angustiada, dijo con tono apagado:

—Pensé que te habías ido.

—No de este modo, mi adorada hija —y Gerard la apretó contra su pecho.

—Pero te vas —murmuró Sybil.

—Los hombres me esperan —dijo Gerard—. El consejo es importante. Debemos tomar medidas inmediatas para ayudar a nuestros hermanos que están sufriendo en Birmingham, y así evitar escenas similares en revueltas de este tipo, pero en cuanto todo esto termine volveré a ti para siempre y todo será como tú quieras. Mañana regresamos a Mowbray.

Sybil devolvió el abrazo de su padre con un calor que expresaba su agradecimiento por su consideración y su alivio, pero no dijo nada. Y Gerard, rogándole a su hija que alegrara el ánimo, abandonó el lugar.

## Capítulo 4

El reloj de la iglesia de St. John dio las tres y dio las cuatro; y el reloj de la iglesia de St. John volvió a sonar para dar cinco campanadas y, luego, seis. Pero Gerard aún no había regresado.

Tras la marcha de Gerard y durante algún tiempo los días fueron alegres y agradables. Sybil, aunque ocupada con los preparativos del viaje, se sentó a descansar junto a la ventana. Hacía mucho tiempo que no se encontraba tan tranquila, serena y animada. Algunas veces durante unos minutos se ensimismaba pensando en el mañana y en Mowbray. Entrevistas a través de la mágica neblina con la que el tiempo y la distancia envuelven las cosas, las escenas de su juventud se le aparecían serenas y tranquilas como si de un encantamiento se tratara. Añoraba los días en los que, en la casa o en el jardín, el descontento de su padre era solo teórico y sus reuniones políticas se limitaban a una discusión entre él y Morley sobre los derechos del pueblo o los principios de una sociedad. Las claras aguas del río que surcaba el valle y sus arboladas colinas; sus paseos matutinos al convento para visitar a Ursula Trafford — un devoto peregrinaje este de amor y caridad—, su fiel *Harold* tan entregado y listo, incluso sus rondas multitudinarias por las casas de los trabajadores y los enfermos, deslizándose entre ellos como un ángel, bendiciendo y siendo bendecida por ellos. Estos pensamientos, aquellas conmovedoras imágenes del pasado, aparecieron ante ella llenando sus ojos de lágrimas, no de amargura, sino de afecto.

Y junto a todos ellos, la imagen de alguien que durante una tempo rada había sido el amable compañero de juventud, un tal señor Franklin a quien nunca olvidó del todo y que al final no había resultado llamarse así. ¡Ah! ¡Aquella era una magnífica historia, un capítulo capaz de turbar la memoria de alguien joven e inocente! Su voz aún resonaba en los oídos de Sybil. Sin demasiado esfuerzo recordó aquellos sonidos de la mañana, sonidos de ternura, pero también de sabiduría y de reflexiones moderadas que tanto la habían reconfortado. El nombre de Egremont nunca había estado rodeado de una luz tan delicada. Él era tal y como un hombre debe ser con una mujer, afectuoso y guía a la vez. Millares de deslumbrantes e irracionales imágenes aparecieron en su mente; miles de pensamientos tan bellos y estremecedores como el crepúsculo llenaban su corazón. Por un momento, Sybil nadó en imposibles sueños e incluso creyó haberse adentrado en un mundo completamente nuevo. Ahora el horizonte de su experiencia se expandía como el reluciente cielo en un cuento de hadas. Su mirada se fijaba en brillantes imágenes; sus mejillas sonrosadas transmitían los mensajes del corazón, y cualquier movimiento de su boca se convertía en sonrisa. De repente dieron las cuatro en el reloj de la iglesia de St. John, despertando a Sybil de su sueño.

Cuando dieron las cuatro, Sybil empezó a ponerse nerviosa. Cuando sonaron las cinco, ya estaba inquieta, intranquila y alterada, y no dejaba de caminar de un lado a otro de la habitación sin interesarse por los libros que había apartado hacía ya un rato.

Entonces dieron las seis en el reloj de St. John.

Apretó sus manos y miró al cielo. Llamaron a la puerta de la casa, y se precipitó a abrirla. No era Gerard sino Morley.

—¡Ah! Eres tú Stephen —exclamó Sybil con cara de desilusión—; pensé que sería mi padre.

—Me hubiera encantado encontrarlo aquí —dijo Morley—. Pero si no te importa, entraré.

—Llegará pronto —anunció Sybil—; estoy segura de que llegará pronto. Lo espero de un momento a otro.

—Desde hace horas —añadió Morley como para terminar la frase de Sybil mientras entraban en la habitación—. El asunto en el que está metido —continuó diciendo mientras se dejaba caer en una silla con un descuido que nada tenía que ver con su habitual compostura—; el asunto en el que está metido es absorbente.

—Gracias a Dios —dijo Sybil— que nos vamos mañana.

—¡Vaya! —exclamó Morley levantándose agitado de la silla—, ¿quién ha dicho eso?

—Mi padre lo ha previsto así; de hecho, me lo ha prometido.

—Y tienes ganas de que así sea.

—Muchas ganas; preveo que ocurrirá algo malo si nos quedamos.

—Yo también, por eso he venido hoy.

—Lo habrás visto, espero —dijo Sybil.

—Así es, he estado unas horas con él.

—Me alegra. ¿En el consejo del que hablamos?

—Sí, en ese testarudo consejo, y siempre lo he visto solo. Si le ocurre algo no me lo perdonaré nunca.

—Me asustas, Stephen —dijo Sybil levantándose de su asiento—. ¿Qué le puede ocurrir? ¿Qué quiere hacer? ¿Por qué te resistes? Dímelo, dímelo querido amigo.

—¡Oh!, sí —dijo Morley, pálido y con una amarga sonrisa—. ¡Oh!, ¡sí, querida amiga!

—He dicho querido amigo porque te tengo por tal —reconvino Sybil— y eso es lo que siempre has sido para nosotros. ¿Por qué me miras de modo tan extraño, Stephen?

—¿Por tal me tienes? ¿Es eso lo que siempre he sido para vosotros? —dijo Morley repitiendo las palabras de Sybil en tono lento y come dido—. Bueno, ¿qué más podría ser? ¿Qué más podríamos pedir ninguno de los dos? —preguntó él bruscamente.

—Yo no pido nada más —dijo Sybil inocentemente.

—Sin duda, claro está. Bueno, bueno, no importa. Entonces —añadió en su tono de siempre— ¿esperas a tu padre?

—Al que hace tiempo que no ves —dijo Sybil— y a quien espera bas encontrar aquí, ¿verdad?

—¡No! —dijo Morley negando con la cabeza y con la misma amarga sonrisa—. No, no, no es así. Solo esperaba encontrarte a ti.

—Tienes algo que decirme —dijo Sybil con seriedad—. Le ha pasado algo a mi padre. No me lo ocultes, dímelo de una vez —y se acercó a Stephen poniéndole su mano en el brazo.

Morley tembló. Después con voz acelerada y agitada dijo:

—¡No, no, no! No ha ocurrido nada, aunque podían haber ocurrido muchas cosas. Nada ha ocurrido. Lo hemos podido evitar.

—¡Cómo, dime qué es lo que podía haber ocurrido! Dime qué puedo hacer.

—Tu padre —dijo Morley con voz serena mientras se levantaba lentamente del asiento y caminaba por la habitación—; tu padre y amigo mío está en la siguiente situación, Sybil, está conspirando contra el Estado.

—Sí, sí —dijo Sybil, muy pálida casi susurrando y con la mirada fija en su compañero—. Cuéntamelo todo.

—Eso haré. Como digo, está conspirando en contra del Estado. Esta noche se reúnen en secreto para dar el último retoque a sus planes y también esta misma noche serán detenidos.

—¡Oh Dios! —dijo Sybil entrecruzando sus manos—. Me dijo la verdad.

—¿Quién te dijo la verdad? —inquirió Morley, precipitándose a su lado con voz ronca y los ojos inyectados en fuego.

—Un amigo —dijo Sybil, dejando caer su cabeza y brazos en gesto de dolor—, un amable y buen amigo. Le vi esta misma mañana y me previno de todo esto.

—¡Ja, Ja! —dijo Morley en una especie de carcajada contenida—. ¡Ja, ja! Fue él, el amable y buen amigo que te encontraste esta mañana, ¿verdad? ¿Acaso no te avisé, Sybil, del traidor? ¿Acaso no te dije que tuvieras cuidado con este falso aristócrata que traes a tu casa, os saca los secretos de un hogar que contaminó con su espionaje y que ahora abandona con traición?

—¿De quién y de qué hablas? —dijo Sybil dejándose caer sobre una silla.

—Hablo de ese vil espía, Egremont.

—Estás difamando a un hombre honrado —dijo Sybil dignamente—. Desde que le viste aquí por primera vez, el señor Egremont no ha vuelto a pisar esta casa, excepto una vez.

—Él no tenía necesidad de entrar en esta casa para hurgar en sus secretos —dijo Morley con malicia—. A menos que tuviera una relación con su moradora más atractiva.

—¡Eres un descortés y un patán! —exclamó Sybil, alzándose de la silla con la cara marcada por la ira, y temblando ofendida.

—¡Oh sí!, soy un patán —dijo Morley—. Sé que soy un patán. Quizá si hubiera sido un noble, la hija del pueblo me hubiera tratado con menos desprecio.

—La hija del pueblo adora la verdad y los buenos modales de los hombres, Stephen Morley. Y desprecia a todos aquellos que difamen a las mujeres, ya sean



nobles o siervos.

—¿Y dónde está ese difamador?

—Pregúntaselo al que te dijo que yo tenía relaciones con el señor Egremont o con cualquier otro.

—Mis ojos, mis propios ojos me lo dijeron —replicó Morley—. Esta mañana, cuando llegué a Londres, supe en qué empleabas tus mañanas. ¡Sí! —añadió como en un tono de atormentada aflicción—. Atravesé la puerta de los jardines y fui testigo de vuestra despedida.

—Nos encontramos por casualidad —dijo Sybil en tono tranquilo y con cara de estar pensando en otras cosas—, y con toda seguridad nunca nos volveremos a ver. Pero no hablemos de estas menudencias. Mi padre, ¿cómo le podemos salvar?

—¿Te parecen menudencias? —inquirió Morley, con lentitud y gravedad y acercándose a ella mientras la miraba a la cara—. ¿Crees de verdad que son menudencias, Sybil? ¡Oh! Dime que hablas en serio y entonces... —y se detuvo.

Sybil le devolvió la mirada. El intenso resplandor que despedía el orbe de su rostro se reflejó en sus ojos escrutadores, pero tuvo que apartar la vista porque la lucha era desigual. Se puso a temblar, y con el corazón en un puño, hincó sus rodillas en tierra.

—Perdóname, perdóname —dijo cogiendo la mano de Sybil—. ¡Perdona al más despreciable y entregado de los hombres!

—¿Por qué perdonar, querido Stephen? —dijo Sybil dulcemente—. En los momentos más intensos se nos escapan las palabras más duras. Si a mí me ha ocurrido tal cosa, lo siento. Si es a ti, ya lo he olvidado.

El reloj de la iglesia de St. John anunció que eran ya pasadas las seis y media.

—¡Ah! —dijo Sybil retirando su mano—. Me hablabas de lo precioso que era el tiempo. ¿Qué podemos hacer?

Morley, que estaba de rodillas, se levantó y de nuevo se puso a caminar por la habitación como si estuviese sumergido en una profunda meditación. De repente, tomó el brazo de Sybil y dijo:

—No soporto por más tiempo esta angustia, te quiero y si no eres mía no me importa el destino de nadie.

—No he nacido para el amor —dijo Sybil tratando de esconder su miedo.

—Todos hemos nacido para el amor —dijo Morley—. Es el único sentido de la existencia. Y tu amor, Sybil —continuó con ardiente patetismo—, ha sido durante años el tesoro máspreciado de mi vida. Esta es la razón por la que tantas veces he rondado tu casa, por la que he servido a tu padre como un esclavo y por la que me he embarcado en una causa en la que no creo demasiado y a la que no veo buen final. Es tu imagen la que ha estimulado mi ambición y ha impulsado mi fuerza, la que me ha sostenido en los peores momentos y la que me ha asegurado esa prosperidad construida de cosas materiales que tengo ahora a mi disposición. ¡Oh, si te dignaras tan solo a compartir todo esto conmigo, con este apasionado corazón y con este ser

que ahora se postra ante ti! No me rechaces porque yo represento los sentimientos y la suerte del pueblo.

—Me asombra, me abruma —dijo Sybil turbada—. Viniste por otra razón, hablábamos de otro tipo de sentimientos. Ha llegado el momento de exigirte que midas bien tus alarmantes y extrañas palabras.

—También yo tengo mis exigencias —dijo Morley— y los minutos pasan. Todo depende de eso.

—En otro momento —dijo Sybil, en voz baja y con tono de desaprobación—. ¡Hablemos de esas cosas en otro momento!

—Las simas de mi pensamiento se han abierto —dijo Morley—; y no se cerrarán.

—Stephen —dijo Sybil—, querido Stephen, agradezco tus nobles sentimientos, pero ahora no es el momento de hablar de ellos. Es mejor que te contengas, ¡amigo mío!

—Vine para saber cuál sería mi destino —dijo Morley firmemente.

—Es un sacrilegio —dijo Sybil incapaz ya de dominar su emoción— expresarte así ante una hija, precisamente en este momento.

—No lo creerías así si me amaras o pudieras amarme, Sybil —dijo Morley afligido—. ¿Por qué?, es un buen momento para expresar sentimientos profundos. No habrías hablado de este modo si el que se hubiera arrodillado ante ti se llamara Egremont.

—Él nunca se hubiera comportado así —lamentó Sybil, completamente incapaz de esconder su desagrado—, de forma tan egoísta e indecente.

—¡Ah, lo quieres! —exclamó Morley, dando un brinco y soltando una forzada risotada.

Hubo una pausa. En circunstancias normales, Sybil se hubiera marchado de la habitación acabando, así, con esta angustiada conversación, pero tal y como estaban las cosas eso era imposible, ya que en ella residían todas sus esperanzas de ayudar a su padre. Morley se dejó caer en una silla frente a ella y se echó hacia atrás en silencio, cubriéndose la cara con las manos. Sybil no estaba muy dispuesta a volver a sacar la conversación sobre su padre, ya que había visto que Morley se daba perfecta cuenta del poder que el tema le confería sobre ella, sobre sus sentimientos y hasta sobre su conducta. Pero el tiempo, un tiempo ahora lleno de temor, corría en su contra. Era evidente que Morley no rompería el silencio. Finalmente, incapaz de soportar por más tiempo su torturado corazón, Sybil dijo:

—Stephen, sé generoso; háblame de tu amigo.

—No tengo ningún amigo —afirmó Morley sin quitarse las manos de la cara.

—¡Que los santos del cielo se apiaden de mí —exclamó Sybil—, porque soy muy desgraciada!

—¡No, no, no! —gritó Morley, alzándose rápidamente de su asiento y arrodillándose de nuevo ante ella—. No eres desgraciada. ¡No hables con esa angustia! ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo decir? Sybil, mi adorada Sybil. Te quiero

tanto, con tanto ardor y devoción... Nadie puede quererte tanto como yo. ¡Di que no eres desgraciada!

—¡Ay de mí!, ¡ay de mí! —dijo Sybil.

—¿Qué quieres que haga? ¿Qué quieres que diga? —dijo Morley.

—Ya sabes lo que quiero que digas —dijo Sybil—. Habla de ese que es mi padre, si es que ya no es tu amigo. Ya sabes lo que quiero que hagas, sálvale, sálvale de la muerte y la desesperación.

—Estoy preparado —dijo Morley—. Vine para eso. Escucha. Esta noche a las ocho y media hay una reunión en la que se planteará un alzamiento general en todo el país. El gobierno lo sabe y arrestará a los que acudan a ella. Cuando lo vi esta mañana esto aún no lo sabía, sin embargo, ahora sé que debo convencer a tu padre de que todo esto es cierto. Por eso si lo veo antes de las ocho y media, que no me será difícil, podré evitar que vaya, eso es, evitar que vaya. Así se salvará, ya que el gobierno usará como prueba los manifiestos, proclamas y cosas de ese tipo que se firmen allí esta noche. Bien, estoy preparado para salvar a mi amigo Gerard. Por ese motivo, y tal y como tú lo deseas, lo llamaré. Ya le he servido antes, hace mucho tiempo, vine desde Mowbray para servirle y salvarlo. Estoy preparado para hacer lo que me pides pero debes admitir que no es fácil y deberías apreciarlo aún más viniendo de alguien a quien conoces desde hace tanto tiempo y que, como tú misma has confesado, tienes en tanta estima. Estoy preparado para llevar a cabo este noble servicio, para salvar de la muerte al padre y de la desesperación a la hija. Ojalá ella me dijera: «No tengo más que una recompensa y ya es tuya».

—He leído algo de ese estilo —dijo Sybil en un tono susurrante y mirando inquieta a su alrededor—. ¿Debería llamar amor a esta especie de trato de sangre?; pero así fue siempre entre el opresor y el oprimido. Esta es la primera vez que una hija del pueblo es asaltada por alguien que, perteneciendo a la misma clase, ejerce su autoridad desde una confianza nacida de la compasión y la pena. Es amargo, amargo para mí y para los míos, pero en tu caso es perversión.

—¿Es esa tu respuesta? —dijo Morley.

—Sí —dijo Sybil—; por la Virgen Santa.

—Entonces, buenas noches —dijo Morley dirigiéndose a la puerta, pero se dio la vuelta cuando se disponía a abrirla porque oyó la voz de Sybil:

—¿Dónde se reúnen esta noche? —preguntó ella con voz más suave.

—Estoy obligado a guardar el secreto —dijo Morley.

—Tu alma no conoce la bondad —dijo Sybil.

—Nunca la ha conocido.

—Siempre fuimos tus amigos.

—Una flor que no dio fruto.

—Este momento se recordará el día del juicio final —sentenció Sybil.

—Quizá entonces la Virgen interceda por mí —dijo Morley en tono burlón.

—Nos lo merecemos —reflexionó Sybil— por haber albergado a un traidor en

nuestros corazones.

—¡Ojalá hubiera sido un hereje como Egremont! —dijo Morley.

Sybil rompió a llorar. Morley se acercó a ella:

—Jura por la Virgen María, por todos los santos, por la esperanza de alcanzar el perdón y por tu buen nombre; jura sin dudas, sin reservas, plenamente y de verdad que nunca concederás tu corazón o tu mano a Egremont. Si así lo haces, yo salvaré a tu padre.

Como en voz baja, pero con terrible gravedad, Morley le ordenaba que prestase este juramento. El rostro de Sybil, ya pálido, se tornó tan blanco como el venerable mármol de un sagrado nicho. Sus enormes ojos negros se perdieron en el infinito, un ligero gesto de agonía sobrevoló fugazmente, como una nube, su preciosa frente. Después dijo:

—Juro que nunca concederé mi mano a ...

—Ni tu corazón, ni tu corazón —insistió Morley con impaciencia—. No te olvides de eso. Jura otra vez por lo más sagrado que no lo amas. ¡Está dudando!, ¡ah!, ¡se ruboriza, sí! —Un brillo abrasador inundó las mejillas de Sybil—. ¡Lo ama! —exclamó Morley violentamente y salió corriendo de la habitación.

## Capítulo 5

Sybil estaba desasosegada y rendida ante estas inesperadas y tumultuosas súplicas. Estas atroces exaltaciones, que aparecían en un momento en que ella trabajaba sin grandes sobresaltos, perturbaban la tranquilidad de su espíritu. Por un momento su pensamiento pareció abandonarla, ningún sonido, ningún gesto, ninguna reacción a las últimas palabras de Morley, a su despedida. Solo después de oírse el ruido de la puerta al cerrarse, retumbando en todo el pasillo, ella se dio cuenta de todo lo que había ocurrido y de lo mucho que estaba en juego. Haciendo un último esfuerzo por su padre, salió rauda de la habitación para llamar a Morley. Fue en vano. Este había desaparecido por las enmarañadas callejuelas que rodeaban la casa. Su nombre sonó como un lamento en el silencio de la vieja plaza Smith, una vez y otra, pero no hubo respuesta.

La oscuridad y el miedo se apoderaron del ánimo de Sybil. Incapaz de hacer frente a la confusión y al desconcierto, abatida por una extraordinaria sensación de desamparo, se sentó en uno de los peldaños de la escalera ante la puerta de la casa, en el lúgubre patio rodeado de verjas y se cubrió la cara con las manos. Como en un sueño, su pasado y futuro aparecieron ante ella libres de pensamiento, sentimientos, sentidos o trascendencia. Destellos crepusculares de sueños que se desvanecían. Tormentas intermitentes de un hado amenazador.

El reloj de la iglesia de St. John dio las siete.

Fue lo único que se escuchó en aquella plaza silenciosa y tranquila. Un sonido celestial, el de la iglesia de St. John.

Sybil alzó la mirada hacia el sagrado edificio y escuchó aquellos sonidos no menos santos. St John le contó que el peligro que su padre corría era ahora mucho mayor. ¡Oh, por qué están los santos en el cielo si no tienen misericordia! Las palabras que Morley la había obligado a jurar resonaban en el oído de Sybil: «Jura por la Virgen y por todos los santos».

¿Acaso no debía rezar ella ante la Santa Virgen y todos los santos? Sybil empezó a orar, sobre todo por su adorada iglesia de St. John, que era muy querida entre los judíos, en cuyo seno reposaba el divino Amigo.

La luz y el valor volvieron al ánimo de Sybil, que se sintió invadida por una sensación de alegre y apasionada confianza capaz de mover montañas y de luchar sin miedo contra mil peligros. Tenía la certeza de que el cielo estaba con ella. Se levantó del escalón y entró en la casa para ponerse un vestido más adecuado para caminar. Después, sola, sin guía, cuando caían ya las sombras de la noche, esta inocente chiquilla de divinos pensamientos, nacida en el campo y criada en un convento, salió a los lugares más frecuentados de la más fiera y bulliciosa de las ciudades modernas para cumplir y entregarse a su difícil misión.

Sybil conocía bien el camino hasta el Palacio de Asambleas. Llegó pronto y quiso que el cochero la condujera hasta una calle en el Strand, donde había un café en el

que las pocas personas que quedaban de la Convención Nacional habían celebrado algunas sesiones durante sus últimas estancias en Londres. Sybil sabía todo esto por pura casualidad, ya que cuando ella solía acudir a las sesiones para escuchar los discursos de su padre fue en el mejor momento de la convención, cuando la asistencia era multitudinaria y se atrevían a oponerse frontalmente a un St. Stephen a quien pretendían sustituir. Este recuerdo tan anecdótico era su única pista en la apremiante aventura en la que se había embarcado.

Al pasar por la iglesia de St. Martin echó una inquieta ojeada al reloj del campanario. La manilla estaba acercándose a las siete y media. Apremió al conductor. Estaban en el Strand, pero el tráfico estaba cortado. Ya estaba dispuesta a descender del coche, cuando se despejó la calle y, pocos minutos después, entraban en la calle que buscaban.

—¿Qué número busca, señora? —preguntó el cochero.

—Es un café. No sé el número ni el nombre del encargado. Es un café. ¿Ve alguno? ¡Mire bien, mire bien, se lo ruego! Tengo mucha prisa.

—Ahí hay un café, señora —dijo el hombre con voz ronca.

—¡Qué bueno es usted! Sí, me bajo aquí. ¿Me esperará aquí, verdad?

—Está bien —dijo el cochero mientras Sybil cruzaba una puerta iluminada. «¡Pobre chiquilla!, algo la tiene muy nerviosa».

Inmediatamente después, Sybil entró en una sala bastante amplia con mesas de madera de caoba, al estilo de los antiguos locales, donde varios hombres bebían café y leían el periódico a la luz intensa de las lámparas de gas. En el centro de la sala había un camarero que esparcía arena fresca por el suelo. Al ver a Sybil se quedó mirándola.

—¿Qué se le ofrece, señora? —dijo el camarero con curiosidad.

—¿Está el señor Gerard aquí? —dijo Sybil.

—No, señora. El señor Gerard no ha venido ni ayer ni hoy —y continuó esparciendo arena por el suelo.

—Desearía ver al dueño —dijo Sybil humildemente.

—¿De verdad, señora? —dijo el camarero sin mostrar intención alguna de hacerle caso.

Sybil volvió a decirlo pero esta vez el camarero se quedó callado.

Esta desidia chabacana e insolente a la que Sybil no estaba acostumbrada la desanimó. Si hubiera tenido que hacer frente a tiranos y opresores, se habría enfrentado a ellos. Sin embargo, esta insolencia por parte de aquella persona vulgar le hacía sentir vulgar también a ella, y ver a los clientes sumidos en la lectura de los periódicos agudizaba aún más su sensación de inquietud y de extremo desamparo. Su recato y discreción femeninas se apoderaron de ella. Sola, en esta habitación rodeada de hombres, se sentía intimidada. Estaba a punto de marcharse cuando dieron las siete y media en el reloj del café. Con los nervios a ñor de piel exclamó:

—¿Hay alguien aquí que me pueda ayudar?

Todos los hombres dejaron de leer el periódico y la miraron fijamente.

—¡Tate! —dijo el camarero y salió de la habitación echando arena.

—Bueno, ¿qué pasa ahora? —dijo uno de los clientes.

—Quisiera ver al dueño de este lugar por un tema urgente —dijo Sybil—. Solo quiero verle a él o a algún amigo suyo, ya que uno de sus camareros ha sido incapaz de atender mis súplicas.

—Digo yo, Saúl, ¿por qué no has respondido a la señorita? —dijo otro cliente.

—Sí lo hice —dijo Saúl—. ¿Ha pedido café la señorita?

—Aquí tiene al señor Tanner si le necesita, querida —dijo el primer cliente mientras un individuo de pelo canoso con nariz roja y aspecto demacrado y sombrío entraba en el café por una puerta interior—. Tanner, aquí hay una señorita que pregunta por ti.

—Y una señorita muy bonita —susurró un hombre a otro.

—¿A qué se debe este placer? —dijo toscamente el señor Tanner.

—Me gustaría hablar con usted a solas —dijo Sybil y, dirigiéndose hacia él, añadió en voz baja—: querría hablarle de Walter Gerard.

—Bueno, puede pasar aquí si lo desea —dijo Tanner de un modo muy descortés—: solo está mi mujer —y se dirigió hacia una habitación interior con un recibidor pequeño y cerrado, decorado con retratos de Tom Paine, Cobbett, Thistlewood y el general Jackson. Aunque en pleno mes de julio, la chimenea estaba encendida, lo cual aumentaba la sensación de calor. Junto a ella una mujer muy gorda bebía licor de limón con agua y leía relatos policiales. Cuando Sybil entró siguiendo a Tanner la mujer la miró fija y burdamente. Después, al cerrarse la puerta, Tanner dijo:

—Y bien, ¿qué es lo que tiene que decirme?

—Quisiera ver a Walter Gerard.

—¿De verdad quiere verlo?

—Y —continuó Sybil ignorando el tono burlón del comentario de Tanner—, he venido aquí porque usted me puede decir dónde está.

—Creo que vive por Westminster —dijo Tanner—; eso es todo lo que sé de él y si eso era todo lo que usted tenía que decir me lo podía haber dicho en el café.

—Eso no es todo lo que tenía que decirle —dijo Sybil—, y le suplico que me escuche. Sé dónde vive Gerard; soy su hija y, por lo tanto, compartimos el mismo techo. Pero necesito saber dónde se van a reunir esta noche. ¿Me entiende? —y miró a la mujer de Tanner, que había vuelto a la lectura de sus relatos policiales—. Es urgente.

—No sé nada de Gerard —dijo Tanner—. Salvo que viene por aquí para luego volver a marcharse.

—El tema por el que tengo que verlo —dijo Sybil— es más importante de lo que pueda pensar y también tiene que ver con usted, pero si no sabe dónde lo puedo encontrar —e hizo un gesto como para marcharse—, no tiene sentido insistir.

—Espere —dijo Tanner—, cuéntemelo.

—¿Por qué debería hacerlo? No se lo puedo decir y usted no sabe dónde está.

—Eso no lo sabemos —dijo Tanner—. Venga, suéltelo, y si es a su favor, veremos si le podemos encontrar.

—Yo solo puedo comunicarle mis noticias a él, a nadie más —dijo Sybil—. Estoy obligada a ello.

—No encontrará mejor consejero que Tanner —dijo la mujer empezando a interesarse—, será mejor que nos lo diga.

—No quiero más consejo que el que usted pueda darme, si así lo desea. Mi padre me enseñó que en caso de que fuera necesario, era de vital importancia que le viera esta noche. Antes de las nueve en punto yo debía venir aquí y conseguir que usted me diera la dirección del lugar en el que podía encontrarlo. La dirección —añadió Sybil en voz más baja y mirando a Tanner— donde esta noche se celebra el consejo secreto.

—Ejem —dijo Tanner—, veo que está en el grupo de los rebeldes. Y ¿cómo puedo saber que es de verdad la hija de Gerard?

—¡No dude de mí! —dijo Sybil orgullosamente.

—¡Ejem! —dijo Tanner—, no sé si puedo hacer gran cosa. —Y susurró algo al oído a su mujer. Sybil se apartó de ellos todo lo que pudo.

—¿Y dice usted que estas noticias son importantes? —resumió Tanner—. ¿Y tienen que ver conmigo?

—Tienen que ver con todos vosotros —dijo Sybil—; y cada minuto que pasa es de vital importancia.

—Me gustaría ir con usted y así no habría errores —dijo Tanner—, pero no puede ser, tenemos una reunión aquí a las ocho y media. No me gusta romper las reglas sobre todo en temas como estos. Sin embargo y teniendo, tal y como usted ha dicho, que ver con todos nosotros, y siendo una cuestión tan urgente, no veo qué tendría de malo. Ojalá pudiera saber si usted pertenece al grupo.

—¿Cómo puedo convencerlo? —preguntó Sybil nerviosa.

—Quizá la señorita tenga la marca en su ropa —sugirió la mujer—. ¿Tiene usted un pañuelo, señora?

Cogió el pañuelo de Sybil y lo examinó por delante y por detrás, y por todas las esquinas; pero no tenía marca alguna. Esta inesperada situación con tanto recelo a punto estuvo de tirar por tierra todos los esfuerzos de Sybil si no hubiera sido porque al sacar el pañuelo salió una carta que estaba escrita por Hatton y dirigida a ella.

—Parece que pertenece al grupo —dijo la mujer.

—Bueno —dijo Tanner—, supongo que conocerá el paseo de St. Martin, bien, suba por él hasta que llegue a la barriada de Las Siete Caras, una vez allí, continúe andando. Resulta francamente difícil darle instrucciones, es usted misma quien debe encontrar el camino. Es la calle Hunt número veintidós, que sale de la calle Silver. Es una calle sin salida con una señal de prohibido el paso. Después deberá doblar por una callejuela. ¿Se acordará de todo?



—Me temo que no.

—Número veintidós, calle Hunt, saliendo de la calle Silver. No se olvide de la callejuela. Es un barrio repugnante, pero va porque quiere.

—Sí, sí. Buenas noches.

## Capítulo 6

Apremiado por las súplicas de Sybil, el cochero fue a toda prisa. Sorteando toda clase de obstáculos, con pleno dominio del tiempo y el espacio, y la soltura de un auriga nativo londinense, llevó el carruaje por atajos y recónditas callejuelas. Sabía cómo evitar cualquier calle transitada. Las casas, las gentes, los vestidos, los modos, el lenguaje de las calles por las que tan veloces pasaban parecían pertenecer a otra nación, a otro estado, cuando se comparaban con los habitantes de las zonas más exquisitas de la ciudad. Tan pronto se veían calles oscuras con ropavejerías, como mercados de casquería y carroña donde la sangre corría por los desagües. En algunos momentos los humos de una destilería con olor a levadura inundaban el camino; en otros se sumergían en un laberinto de callejuelas donde bullía la vida, y donde el ratero, el carterista, el ladrón o el asesino encontraban una variada y agradecida clientela. Para cada trabajillo había un socio, y para cada ganancia un mercado.

El largo crepúsculo del verano tocaba a su fin, las pálidas sombras de la luna empezaban a acercarse a hurtadillas, las luces de gas comenzaban a encenderse en las tiendas de casquería y tocino y las linternas de papel adornaban ya los puestos y las casetas. Cruzaron una amplia calle propia de la capital de un país. Estaba iluminada por las licorerías, y una multitud paseaba tranquila, acompañada por una suave aunque extraña brisa, regateando, blasfemando, bebiendo, riñendo y variando tanto de negocio como de libaciones. Los golpes de buen humor, las procacidades y las expresiones de su picante jerga destellaban entre la irreverencia de sus feroces disputas.

Absorta en su misión, Sybil prácticamente no se daba cuenta de las escenas que iba dejando atrás. Imágenes y sonidos que en otro momento hubieran atemorizado su oído y sus ojos pasaban ahora desapercibidas. No podía faltarles mucho para llegar, estaban cruzando una calle amplia y a punto de entrar en otra serie de calles pequeñas y sombrías cuando el caballo, azuzado por el cochero en un último esfuerzo por llegar, saltó hacia delante haciendo que la rueda se desprendiera del coche.

Sybil logró salir ilesa del vehículo. Inmediatamente se formó un grupo de curiosos alrededor del carruaje; ladrones novatos que por su edad podrían estar en el colegio, un basurero, una mujer borracha y casi desnuda, dos rufianes con la crueldad grabada en cada rasgo de su cara, la pipa en la boca y las manos en los bolsillos.

—No podemos continuar —dijo el cochero—, son tres chelines.

—¿Qué voy a hacer? —dijo Sybil sacando el monedero.

—Lo mejor que la señorita puede hacer —dijo el basurero con voz ronca— es invitarnos a algo.

—Las pintan calvas —pronunció con voz chillona un ladronzuelo.

—Encantada de dar un trago a tu salud, querida —masculló entre hipos la mujer.

—¿Cuánto tienes ahí? —dijo el ladronzuelo precipitándose hacia el monedero de Sybil pero sin poder llegar por falta de altura.

—Sin violencia —dijo uno de los rufianes sacándose la pipa de la boca y echando el humo en la cara de Sybil—, llevaremos a la señorita al Mother Poppy<sup>[6]</sup>, y nos correremos una buena juerga.

En ese preciso momento, y viendo que había problemas con uno de los carruajes propiedad de la Corona, apareció uno de los policías que solían patrullar el barrio.

—Hola —dijo el policía—, ¿qué pasa aquí? —y el cochero, que era un buen muchacho pero con demasiados problemas como para ayudar a Sybil explicó todo lo ocurrido con los gestos y el lenguaje pintoresco de un auténtico nativo londinense.

—¡Vaya!, ya basta —dijo el policía—. ¿Es ella la respetable señorita? Entonces, le aconsejaré a usted y a Dick-Aliento-del-infierno que salgan por patas, y que sea por patas-largas. Continúe su camino señora, siga, vamos —y cogiendo a la mujer por el hombro la empujó con fuerza—. Y vosotros, ¿qué queréis? —preguntó bruscamente a los muchachos.

—Queremos un billete para el Albergue de Mendigos —dijo el jefe de la banda, metiéndose el dedo en la nariz mientras se alejaba seguido de su pandilla.

—¿Así que quiere ir a la calle Silver? —dijo el oficial a Sybil, que había preferido no declarar sus verdaderas intenciones para mantener a la policía alejada del lugar de reunión—. Bueno, no es demasiado difícil. Siga recto, coja la segunda calle a la derecha, después la tercera a la izquierda, y habrá llegado.

Ayudada por estas instrucciones Sybil se puso en camino intentando pasar lo más desapercibida posible al amparo de la oscuridad de la noche. Llegó a la calle Silver. Era una calle larga, estrecha y de pronunciadas pendientes. No había demasiada gente, había pocas tiendas pero al ver una a su lado, entró para preguntar cómo continuar su camino. El hombre a cargo de la caja estaba ocupado y había muchos clientes esperando turno. El tiempo corría en contra de Sybil, que recibió una mirada de desprecio del tendero, que estaba en ese momento pesando algunos artículos. Un hombre joven, apuesto, de aspecto poco elegante pero con más clase que el resto de las personas del barrio, y que parecía estar esperando a que le atendieran, se dirigió a Sybil.

—Yo voy a la calle Hunt —dijo—, ¿quiere que la guíe?

Ella aceptó agradecida.

—Si no me equivoco, está cerca ¿verdad?

—Está aquí mismo —y torció por una calle—. ¿Adónde va?

—Al número veintidós; es una imprenta —dijo Sybil. La calle estaba tan oscura que en su desesperación se aventuró a confiar en un guía aunque esta vez no fuese policía.

—El mismo lugar al que voy yo —dijo el extraño—, trabajo en la imprenta. —Y caminaron juntos hasta que se pararon delante de una puerta con cristales iluminados y cubiertos por una cortina roja. Delante había un alborotado grupo de hombres y mujeres que no se percató de la presencia de Sybil y su compañero.

—Ya hemos llegado —dijo el hombre y empujó la puerta invitando a entrar a

Sybil.

Ella dudó, la descripción que le había dado el dueño del café no se correspondía con lo que estaba viendo. Sin embargo, Sybil había visto, sentido y pasado por tantas cosas que su memoria ya no era su buena memoria de siempre. Mientras ella vacilaba, una puerta interior se abrió violentamente. Sybil se apartó y vio salir a dos chicas que, aunque bebidas y con colorete en la cara, eran hermosas.

—Este no puede ser el lugar —exclamó Sybil caminando hacia atrás e invadida por el terror y la vergüenza—. ¡Ah, Virgen Santísima, ayúdame!

—Esa es una santa palabra para usarla en este impío lugar —exclamó un escocés de los que estaban fuera.

—Si pertenece a nuestra Santa Iglesia —dijo Sybil dirigiéndose al hombre que había hablado y del que ella se había apartado cuidadosamente—. Le suplico por lo más sagrado que me ayude.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? —dijo el hombre—. Quisiera ver el chulo que ose hacerla daño —y miró alrededor pero el hombre había desaparecido—. Diría que usted no pertenece a este ambiente —añadió.

—No, soy una hermana de Cristo —dijo Sybil—. Escúcheme, buen amigo. Tengo prisa por ver a mi padre, está en la calle Hunt y corre peligro. No conozco el camino y el tiempo corre en mi contra. ¡Guíeme hasta allí se lo ruego honestamente, de verdad, guíeme!

—¿Por qué no iba a hacerlo?, no tema, querida. ¡Su pobre padre está enfermo! ¡Ojalá tuviera yo una hija como usted! No estamos lejos. Debería haber tomado la siguiente calle. Tendremos que subir otra vez, es una calle pequeña sin demasiada gente. Vamos, no tenga miedo.

Sybil no tenía miedo, ya que la descripción que este hombre tan gentil le había dado coincidía con sus señas. Animándola con amables palabras y una tosca cortesía, el buen escocés la condujo hasta el lugar que durante tanto tiempo había buscado. Allí estaba, bien iluminado, el patio por el que le habían dicho que entrara. Bajó los escalones, se paró delante de una puerta que había a su izquierda, y llamó.

## Capítulo 7

La misma noche en la que Sybil se enfrentaba a tantos peligros, los salones de la casa Deloraine brillaban con miles de luces encendidas para dar la bienvenida al mundo del poder y la buena sociedad en una fiesta de una opulencia sin precedentes. Situada frente a un parque real, la casa, con sus largas hileras de ventanas iluminadas y los estallidos de una maravillosa y alegre música, despertó la admiración y el interés de otro grupo de gente que también se había reunido en el mismo barrio elegante, bajo una bóveda no menos brillante, y apoyada en un sofá casi igual de lujoso, pues le iluminaba las estrellas y descansaba sobre el césped.

—Digo yo, Jim —dijo un ingenioso joven de catorce años al tiempo que se despezaba en la hierba—, me dan pena los cocheros de estos carruajes de alquiler, se pasan la noche sentados en los pescantes mientras los poderosos se dan la vida padre. Es que no descansan.

—Pero tienen cerveza amarga —contestó su amigo, un ser tranquilo y con uno o dos años más que Jim—, mira, se pimplan las dos clases de cerveza mezcladas en una, y se la beben a tragos. Luego, cuando les llama el encargado del «hacha de viento», con quien han pactado antes, este les grita «aquí» y así es como lograr hacer su trabajo.

—Creo que me gustaría ser uno de los encargados de guiarles con la antorcha, Jim —dijo el más joven.

—Ojalá lo consiguieras —fue la respuesta— es lo mejor después de pensar como barrendero de cruce<sup>[7]</sup>. Todo el mundo anda detrás de ese oficio cuando quieren lucir el palmito; pero enseguida te das cuenta de que necesitas un arreglo, porque no dejan entrar a nadie a menos que te pongas farruco con ellos.

—Me pregunto qué tendrán los poderosos para cenar —dijo pensativo el más joven—. Seguro que muchos riñones.

—¡Oh! Nada de eso, los dulces son los platos fuertes de estas comilonas; dulces de nata, licor y zumo de limón hasta hartarse y el juego ese del *snapdragon*<sup>[8]</sup>, que hace palidecer a cualquier tuercebotas.

—Le agradecería, señor, que no pisoteara a este chico —dijo una viuda que tenía a tres niños dormitando a su alrededor y a otro, el más pequeño, envuelto en su chal.

—Señora —contestó en aceptable inglés aunque con fuerte acento la persona a la que ella se había dirigido—, he pasado muchas noches al raso en muchos países, pero nunca con un camarada tan joven. Le ruego mil perdones.

—Señor, es usted muy amable. Estas noches tan cálidas son una bendición. Sin embargo, ignoro lo que será de nosotros cuando las hojas empiecen a caer de los árboles.

—Cuando era muchacho serví en la península a las órdenes de Soult, y luché contra Diebitsch en las márgenes del helado Vístula —dijo el polaco—. No piense en

el mañana, trae muchos cambios. —Y colocándose la capa que ese mismo día había desempeñado se rindió al sueño con esa facilidad que es tan corriente entre los soldados.

En ese momento comenzó una pelea; dos chicas empezaron a reñir y a insultarse; inmediatamente después apareció un hombre que las castigó y logró separarlas.

—Soy alguacil de este lugar —dijo— y aquí no tolero broncas. Parece que os gusta que los magistrados nos amenacen con expulsarnos de donde nos alojamos.

Su autoridad parecía ser bastante reconocida porque las chicas se callaron aunque ya habían despertado a un hombre que dormía y que con mirada asustada se levantó diciendo:

—¿Dónde estoy? ¿Qué pasa aquí?

—¡Oh! No pasa nada —dijo el mayor de los dos muchachos que vimos al principio—, solo dos desgraciadas que han robado un reloj a un hombre que estaba borracho y se había quedado dormido bajo los árboles entre Kensington y el lugar en el que nos encontramos.

—Hubiera agradecido que no me despertaran —dijo el hombre—. He llegado esta mañana andando desde Stokenchurch, y eso está a sesenta kilómetros, para ver si encontraba trabajo y me fui a dormir sin cenar. Raro sería que no sueñe con una pata de cerdo asada.

—El mío no ha sido un día de suerte —comentó el muchacho—. No pude conseguir cuidar ni un solo caballo, excepto uno que estaba en la Cámara de los Comunes. Me tuve que quedar allí durante dos horribles horas y, cuando el dueño salió, dijo que ya me tendría en mente la próxima vez. Hoy no he probado aún ni un pedazo de comida, solo un poco de alimento para gatos y una patata fría que me dio un cochero, pero tengo un poco de tabaco de mascar, así que si usted no tiene suficiente lo podemos compartir.

Mientras tanto, lord Valentine y la princesa Stephanie de Eurasberg junto con dos acompañantes propios de ellos bailaban la polca una vez más ante la admirada concurrencia que ocupaba la casa Deloraine. El baile se celebraba en la galería de las estatuas. La iluminación, al modo ruso, hacía destacar el contorno de aquellas marmóreas formas llenas de gracia y finura al mismo tiempo que proporcionaba una difuminada luz a todo el lugar.

—¿Dónde está Arabella? —dijo lord Marney preguntando por su madre—. Quiero presentarle al joven Huntingford. Puede serme útil, pero es tan aburrido que no puedo hablar con él. Quiero presentárselo a Arabella.

—Arabella está en el salón azul. La acabo de ver con Charles y el señor Jermyn. El conde Soudriaffsky les está enseñando algunos trucos rusos.

—Y a mí qué me importan los trucos rusos, debe hablar con el señor Huntingford. Todo depende de su trabajo conmigo en esa línea de ferrocarril de nunca acabar. Me han negado la indemnización y no voy a quedarme viendo cómo hacen pedazos mis propiedades sin recibir una compensación a cambio.

—Mi querida señora Deloraine —dijo la señora De Mowbray—, ¡qué bonita está su galería esta noche!, verdaderamente no hay nada que quede tan bonito iluminado en todo Londres.

—Sus mejores galas son los invitados. Estoy encantada de ver a la señora Joan con tan buen aspecto.

—¿Eso piensa?

—Por supuesto.

—Desearía... —y en ese momento la señora De Mowbray sonrió—, ¿qué le parece el señor Mountchesney?

—Tiene la admiración de todo el mundo.

—Eso dicen todos y, sin embargo...

—Bueno, ¿qué piensa de la señorita Dashville, Fitz? —dijo el señor Berners a lord FitzHeron—; le vi bailando con ella.

—No la soporto. Intenta ser natural y solo consigue ser una mal educada, confunde la insolencia con la inocencia, dice lo primero que le viene a la mente y se cree graciosa cuando solo es una atolondrada.

—Es deslumbrante —dijo la señora Joan al señor Mountchesney.

—Cuando estás aquí —murmuró él.

—Y, sin embargo, un baile en una galería de arte no es, en mi opinión, algo de buen gusto. La escultura no es algo que invite a la fiesta sino más bien al sosiego. ¿No cree?

—Totalmente —dijo el señor Mountchesney—. Las pasadas Navidades en Matfield estuvimos bailando en la galería y yo pensaba constantemente que no era el lugar más adecuado para un baile, es demasiado largo y estrecho.

La señora Joan le miró, y su labio se curvó ligeramente.

—Me pregunto si Valentine ha vendido ya esa jaca de color bayo que tiene —dijo lord Milford a lord Eugene de Vere.

—Eso me pregunto yo —dijo lord Eugene.

—Ojalá pudieras preguntarle, Eugene —dijo lord Mildford—, ya sabes, no quiero que sepa lo que quiero.

—Hacer preguntas es tan aburrido —dijo lord Eugene.

—¿Deberíamos llevar a Chichester? —preguntó la señora Firebrace a la señora St. Julians.

—¡Oh!, no me hable más de la Cámara de los Comunes —respondió desesperada—. ¿De qué sirve ganar terreno por partes? Podemos tardar años. El protocolo del lord dice que «uno es suficiente». Ese asunto de Jamaica ha acabado por hacerles realmente fuertes.

—No desespere —dijo la señora Firebrace—. La adhesión del duque de Fitz-Aquitania es sin lugar a dudas un gran paso. Nos proporcionará el distrito del norte cuando se disuelvan las Cámaras.

—Eso significa cinco años, mi querida señora Firebrace. El país estará arruinado

mucho antes.

—Ya veremos. ¿Ha habido acuerdo entre la señora Joan y el señor Mountchesney?

—Eso no tiene sentido. La señora Joan es una mujer sensata, encantadora y una querida amiga. No tiene prisa por casarse y hace bien. Si Frederick fuera un poco más constante yo no vería ningún problema en que se casaran, pero pienso que él no es digno de ella.

—Es usted una madre tan buena —exclamó la señora Firebrace—, ¡y tan buena amiga! Estoy encantada de escuchar que lo del señor Mountchesney no es verdad.

—Si pudiera usted ayudarme, mi querida señora Firebrace, a poner fin a la relación de Frederick y la señora Wallington. Es muy tonto y todos sabemos que él a quien verdaderamente ama es a la señora Joan, pero no lo ve.

—Tenemos que conseguirlo —dijo la señora Firebrace misteriosa.

—Hágalo, querida, hable con él. Su opinión siempre le ha influido mucho. Dígale que todos se ríen de él o cualquier otra cosa que se le ocurra.

—Ahora mismo voy —dijo la señora Marney a su marido—, solo déjame ver esto un momento.

—Está bien, traeré aquí a Huntingford. Se lo ruego, hable mucho con él; tómelo del brazo y baje con él a cenar si puede. Aunque tímido al principio, es un tipo simpático y prudente; le gustará, estoy seguro. Solo necesita que le den confianza.

Una acertada descripción para uno de los cachorros más antipáticos que jamás entrara a formar parte de la alta sociedad. Solicitado por todos y con ese grado de astucia que levantaba sospechas en cuanto dispensaba cualquier cumplido.

—¡Este terrible lord Huntingford! —dijo la señora Marney.

—Jeremy y yo intervendremos en esto —dijo Egremont—, y le ayudaremos.

—No, no —dijo la señora Marney moviendo la cabeza—, soy yo quien debe hacerlo.

En ese mismo instante uno de los mayordomos de cámara se aproximó y, llevándose aparte a Egremont, le dijo en tono bajo:

—Señor Egremont, su criado está aquí y desea verle inmediatamente.

—¡Mi criado! ¡Rápido! ¿Qué diablos querrá? Espero que Albany no se haya incendiado —y abandonó la sala.

Fuera en el vestíbulo y entre una multitud de lacayos Egremont reconoció a su criado. Este se acercó de inmediato.

—Un portero trajo esta carta, señor, y pensé que debía dársela al momento.

La carta iba dirigida a Egremont y tenía sobrescritas las siguientes palabras: «Esta carta debe ser entregada con urgencia al señor Egremont donde quiera que se encuentre».

Egremont, con el gesto descompuesto, se hizo a un lado, abrió la carta, y empezó a leerla a la luz de una lámpara. Era una carta breve, pero cuanto más avanzaba en su lectura más se descomponía su rostro. Cuando acabó de leerla se quedó unos



momentos absorto en sus pensamientos. Después, alzó la mirada, mandó retirarse a su criado sin darle instrucción alguna y, apresurándose hacia donde estaban los demás, preguntó al mayordomo si lord John Russell, a quien había observado en el curso de la velada, estaba todavía allí. Le respondieron que sí.

Alrededor de un cuarto de hora después de que ocurriera todo esto, la señora Firebrace, en un tono de misteriosa inquietud, le dijo a la señora St. Julians:

—¿Ves eso?

—No, ¿el qué?

—Haz como si no estuvieras mirando. Lord John y el señor Egremont en la última ventana. Llevan ahí diez minutos enfrascados en una conversación. Me temo que le hemos perdido.

—Lo esperaba —dijo la señora St. Julians—. Desayuna con ese tal señor Trenchard, y hace todo ese tipo de cosas. Los hombres que desayunan fuera son en su mayoría liberales. ¿No te habías dado cuenta de eso? Me pregunto por qué.

—Eso muestra una mente inquieta y rebelde —añadió la señora Firebrace—, incapaz de centrarse en algo y que solo sabe correr detrás de los cotilleos cuando estos aparecen.

—Sí —dijo la señora St. Julians—. Pienso que aquellos hombres que desayunan fuera o que dan desayunos son personas peligrosas. Yo no confiaría en ellos. A los whigs les encantan ese tipo de cosas. Si el señor Egremont se une a ellos, la señora Deloraine no va a poder conseguir nada.

—Ella solo quiere una cosa —dijo la señora Firebrace—, y nosotras sabemos que eso no podrá ser.

—¿Por qué?

—Porque lo conseguirá la señora St. Julians.

—Es usted demasiado amable —dijo entre sonrisas.

—No, le aseguro que lord Masque me dijo que Su Alteza... —y en este momento la señora Firebrace empezó a susurrar.

—Bueno —dijo la señora St. Julians, sin duda muy satisfecha—, no creo que yo sea ese tipo de persona que olvida a sus amigos.

—¡De eso estoy segura! —dijo la señora Firebrace.

## Capítulo 8

Detrás de la imprenta, en la puerta en la que habíamos dejado a Sybil, había un patio por el que se llegaba a un local que en un tiempo se usó como taller pero que hoy ya estaba vacío. En un desván situado encima de una amplia habitación había cinco hombres que parecían estar muy ocupados; Gerard era uno de ellos. Los únicos muebles que había eran unas cuantas sillas y una mesa de madera de pino sobre la que se apoyaban una solitaria lámpara y algunos papeles.

—Dependemos de ello —dijo Gerard—, debemos seguir trabajando por la huelga nacional. Nunca podremos ser efectivos si no nos movemos a la vez. No disponen de tropas suficientes como para frenar un movimiento general, y la huelga es el único modo de asegurarnos la unidad de acción. ¡Seis semanas sin trabajar y los derechos de la clase obrera serán reconocidos!

—Nunca lograremos unir al pueblo para parar de trabajar —dijo un hombre delgado y pálido aunque con aspecto de tener una extraordinaria energía—. El egoísmo hará acto de presencia y desbancará nuestro objetivo político. Y eso nos va a costar inevitablemente más sufrimientos.

—Se podría hacer —dijo pensativo un tipo rechoncho de mediana edad—. Si los sindicatos estuvieran de verdad dispuestos a arrimar el hombro, se podría hacer.

—Y si no se hace —preguntó Gerard—, ¿cuál es la alternativa? El pueblo os está pidiendo que le guíeis. Si nos limitamos a eso, habremos perdido nuestra influencia y, además, justamente.

—Estoy a favor de que las revueltas sean parciales pero numerosas —afirmó el más joven de los presentes—. Que sean lo bastante numerosas y multitudinarias como para que les haga falta sacar todas las tropas y, de paso, despistar a los militares. Podemos contar con Birmingham otra vez, si actuamos de inmediato, antes de que entre en vigor la nueva Ley de Policía. Manchester y varias de las ciudades del algodón están preparadas, pero sobre todo tengo cartas que me aseguran que en este momento podemos hacer lo que sea en Gales.

—Glamorganshire es un buen sitio —dijo Wilkins, un profesor baptista—. Y el comercio está tan mal allí que, se mire por donde se mire, la huelga va a tener éxito. Incluso los propios amos están liquidando sus existencias.

—Todo el norte hierve —dijo Gerard.

—Tenemos que conseguir revolucionar a la ciudad —dijo Maclast, un impresor astuto y de cabellos rojizos—. Debemos reunirnos semanalmente en Kennington y manifestarnos ante la Casa del Conducto Blanco. Me temo que aquí solo podemos hablar, aunque serían miles los hombres que irían a oírnos al parque de Kennington todos los sábados. Mientras, podemos entretener a los guardias de Londres con algunos disturbios.

—Sí, sí —dijo Gerard—. Ojalá a la industria lanera y maderera les fuera tan mal como a la del hierro, de ese modo y tal y como dices, Wilkins, no necesitaríamos ir a

la huelga. Pero de momento no es así. Y la Ley de Pobres continúa ahogando, aterrorizando e irritando hasta al espíritu más sumiso.

—Las noticias que llegan hoy del Norte son, sin embargo, muy optimistas —dijo el más joven—. Stevens está funcionando muy bien y este plan por parte de los nuestros de ir en comitiva apoderándose de las iglesias está estimulando, y mucho, a la multitud.

—¡Ah! —dijo Gerard—, si lográramos tener, como en los viejos tiempos, a la Iglesia de nuestro lado, pondríamos rápidamente fin a la diabólica tiranía del capital.

—Y ahora —dijo el hombre de semblante pálido alzando un manuscrito—, vayamos a lo nuestro. Aquí está el borrador del futuro manifiesto de la convención sobre la revuelta de Birmingham. Invita a la paz y al orden y aconseja al pueblo que una sus fuerzas para garantizar ambas. Ya me entendéis, ellos pueden resistirse si las tropas y la policía se empeñan en producir disturbios.

—Sí, sí —dijo Gerard—. Seamos valientes. Prepararemos todo inmediatamente para que salga mañana. A la acción.

—Pero debemos encontrar el modo de hacer circular el panfleto del conde polaco para que llegue a todos; los más importantes y los que no lo son tanto —dijo Maclast.

—Ya está publicado —dijo el más corpulento—. Se ha editado en una sola hoja. Hemos enviado diez mil ejemplares al norte y cinco mil a Newport. Mañana enviaremos más. Llegará a todas partes.

El hombre de semblante más pálido se puso a leer el borrador del manifiesto, que fue examinado minuciosamente y analizado frase por frase; se hicieron enmiendas, se aprobaron y, finalmente, se sometió a votación y fue unánimemente promulgado. Al día siguiente estaba previsto que se colgara en todas las vías públicas de la ciudad y circulara por todas las grandes ciudades de las provincias y por las zonas industriales más pobladas.

—Bien —dijo Gerard—, mañana iré al norte, hago falta allí, pero antes de que me vaya propongo, tal y como se sugirió ayer, que nosotros cinco junto con Langley, a quien contaba con ver hoy aquí, formemos un comité para armar al pueblo. Tres de nosotros estaremos permanentemente en Londres; Wilkins y yo os ayudaremos en las provincias. De todos modos, nada puede decidirse aquí hasta que no veamos a Langley, que será quien establezca una comunicación no escrita desde Birmingham. El tren de las siete debería de haber llegado hace tiempo. Se le habrá hecho tarde.

—Oigo pasos —dijo Maclast.

—Ahí viene —dijo Gerard.

La puerta de la habitación se abrió y entró una mujer pálida, de aspecto cansado y que avanzaba hacia ellos entre la tenue luz.

—¿Qué es esto? —dijeron varios de los que estaban en el consejo.

—¡Sybil! —exclamó atónito Gerard mientras se levantaba de su asiento.

Ella tomó a su padre por el brazo y se apoyó en él en un momento de silencio. Después, alzando la vista y con un gesto que indicaba que se encontraba al límite de

sus fuerzas, dijo en voz baja pero tan diferente del resto que captó la atención de todos los presentes:

—No hay tiempo que perder, ¡huid!

Los hombres se alzaron precipitadamente de sus sitios y se dirigieron a la mensajera. Gerard, dándose cuenta que su hija se desmayaba les apartó. Amablemente la sentó en una silla. Vio que estaba consciente porque le apretó el brazo y una vez más susurró: «¡Huid!».

—Es muy extraño —dijo Maclast.

—Me huele mal —dijo el hombre de aspecto más grueso.

—Es como una mensajera venida del cielo —aseguró Wilkins.

—No sabía que hubiera algo tan hermoso en la tierra —habló el joven redactor de las proclamas.

—Silencio, amigos —dijo Gerard. Se inclinó hacia Sybil y en voz baja y suave dijo—: dime, niña mía, ¿de qué se trata?

Ella miró a su padre con un gesto mezcla de devoción y desesperación, sus labios se movieron pero parecían no querer hablar. Un silencio sepulcral se adueñó de la habitación.

—Se nos ha ido, se ha desmayado —dijo el padre.

—Agua —indicó el chico más joven y se fue rápido a por ella.

—Me huele mal —dijo el tipo grueso a Maclast.

—Responderé tanto por Langley como por mí mismo —dijo Maclast—, nadie tiene idea de nuestro plan.

—Excepto Morley.

—Sí, excepto Morley, pero entonces debería dudar también de Gerard.

—Es cierto.

—No puedo entender cómo ha sabido dónde estoy —dijo Gerard—. Nunca le he dicho una sola palabra de nuestra reunión. ¿Dónde está esa agua? ¡Ah! Aquí llega.

—Quedáis arrestado en el nombre de Su Majestad la reina —dijo un sargento de la policía.

—Es mejor no resistirse. —Maclast apagó la luz y subió al desván seguido por el tipo que era más corpulento, que se cayó por las escaleras. Wilkins se metió por la chimenea. El sargento sacó una linterna del bolsillo iluminando la habitación. Simultáneamente, el resto de sus compañeros entraban, haciéndose con todos los papeles y comenzando la búsqueda.

Un haz de luz alumbró a un grupo que permanecía inmóvil. El padre cogió la mano de su hija, que seguía desmayada, al mismo tiempo que la abrazaba como si quisiera protegerla del invasor.

—Usted es Walter Gerard, supongo —dijo el sargento—, uno ochenta y cinco sin zapatos.

—Quien quiera que yo sea —contestó—, supongo que me mostrará su identificación antes de tocarme.

—Aquí la tiene. Os queremos a vosotros cinco que estáis aquí y a cualquiera que os acompañe.

—Acataré la orden —dijo Gerard después de haber examinado su placa de identificación—, pero esta dama, que es mi hija, no sabe nada de todo esto. Ella acaba de llegar y desconozco cómo ha sabido dónde estaba. Si es tan amable, me permitirá que la despierte y la deje marchar.

—Nadie puede salir de esta habitación.

—Pero ella es inocente, aunque nosotros fuéramos culpables. No podría ser más que inocente. No sabe nada de esta reunión ni de lo que trata, dos cosas que ya aclararé más tarde en el momento y lugar apropiados. Ella ha entrado aquí un momento antes que usted; y, poco después, se ha desmayado.

—Lo siento, pero también debemos detenerla a ella. Podrá contar al juez todo lo que quiera; él decidirá.

—¿Por qué?, ¿no le da pena una chica tan joven?

—A mí no me da pena nada, debo hacer mi trabajo. Venga, no hay tiempo para charlas. Debo detener a los dos.

—Por Dios, a ella no —y soltando la mano de su hija se colocó delante de ella para defenderla—. Mire, hasta aquí hemos llegado. ¡Compruebe que mi fuerza no le va a la zaga a mi estatura! Atrévase. Toque a esta dama y le convertiré a usted y a sus secuaces en pasto de bueyes.

El inspector sacó una pistola de su bolsillo y apuntó a Gerard.

—Como ve —dijo—, resistirse es absurdo.

—Para los esclavos y cobardes, no para nosotros. He dicho que prefiero estar muerto a que usted toque a mi hija. Ahora, atrévase.

En ese momento, dos policías que habían estado rastreando el desván bajaron con Maclast, que había tratado de escapar por los tejados. Al tipo grueso ya le habían cogido, y a Wilkin le habían sacado de la chimenea tan sucio como era de esperar en un escondrijo así. También trajeron al más joven, a quien habían capturado el primero, antes de entrar en la habitación. Había suficiente luz y los cuatro prisioneros fueron colocados en fila y puestos al fondo contra la pared. Gerard seguía defendiendo a Sybil del sargento quien, un poco apartado, no dejaba de apuntarle con la pistola.

—Usted es un tipo extraño —dijo el sargento—, debo hacer mi trabajo. Daré ordenes a mis hombres de que lo capturen y, si se resiste, le vuelo la cabeza.

—¡Esperen! —gritó el prisionero que diseñaba las proclamas—. La muchacha se está moviendo. ¡Haga con nosotros lo que crea oportuno, pero no puede ser tan cruel como para capturar a alguien que está indispuerto, y tanto más si es una mujer!

—Debo hacer mi trabajo —dijo el sargento perplejo por la situación—. Bien, si lo desea puede atenderla, pero cuando haya vuelto en sí, la llevaremos junto con su padre a un carruaje.

Los medios con los que contaban para ayudar a Sybil eran pocos pero lograron

que volviera en sí. Respiró, lanzó un suspiro y lentamente abrió sus preciosos ojos oscuros mirando alrededor. El padre cogió su gélida mano, ella la apretó y movió sus labios susurrando «¡huid!».

Gerard miró al sargento.

—Estoy preparado —dijo—; yo la llevaré.

El oficial asintió con la cabeza. Seguido por dos policías, el alto delegado de Mowbray salió de la habitación cargando en brazos a su adorada carga, atravesó el patio, las oficinas de la imprenta y subió por la callejuela hasta llegar a un simón que les esperaba en la calle Hunt, en torno al cual se había congregado una multitud, que la policía mantenía a distancia. Un oficial entró en el coche con ellos, otro se sentó en el pescante. Dos coches más portaban al resto de los prisioneros, acompañados por los vigilantes. Solo habían transcurrido treinta minutos desde la llegada de Sybil al lugar secreto y ya estaba camino de la calle Bow donde sería interrogada en su condición de prisionera de Estado.

Camino de la comisaría Sybil se fue recuperando. Estaba contenta de estar junto a su padre, al que hubiera hecho mil preguntas si no hubiera sido porque este logró disuadirla de ello. Pensó que sería mejor irle explicando poco a poco que estaban arrestados, pero finalmente abordó el asunto de un modo más delicado, y le dijo a su hija que pronto sería liberada, y añadió que, aunque él pudiera estar detenido un día o dos, su delito se solucionaría con el pago de una fianza y la incondicional ayuda de sus amigos.

Sybil permaneció en silencio, las manos cubrían su cara. Había entendido que estaba arrestada y que había llegado el momento de que la interrogaran.

Los prisioneros llegaron a la calle Bow y rápidamente fueron conducidos al despacho de la parte de atrás donde se les mantuvo incomunicados durante algún tiempo. Varios policías les acompañaban. Veinte minutos más tarde, un hombre vestido de negro y con aspecto serio entró en la habitación en compañía de un inspector de policía. Lo primero que hizo fue preguntar si aquellas personas eran los prisioneros, a los cuales pidió que anotaran sus datos; nombre, lugar de arresto y razón del mismo. Después, escrutándolos con la mirada, dijo que el juez estaba en la sede del Ministerio de Interior y que probablemente no serían interrogados hasta el día siguiente. Gerard comenzó la exposición de las causas que habían llevado al arresto de Sybil, pero el hombre de negro y aspecto serio le obligó a callarse y a no insistir amenazándole con separarle del grupo y aislarle en otro lugar.

Pasaron otros treinta minutos de infinito terror. A los prisioneros no se les permitía hablar entre ellos. Sybil estaba medio apoyada en el muro con la cara cubierta, callada e inmóvil. Pasada media hora, el inspector de policía que les había visitado antes en compañía del hombre de negro entró para anunciarles que no se les iba a interrogar esa noche y que se pusieran cómodos porque pasarían la noche allí. Por fin Gerard, en un último intento por convencer al inspector de que se llevaran a Sybil a una habitación aparte, fue escuchado.

El inspector era un hombre amable que vivía en la comisaría junto a su mujer, a la que ya había puesto en antecedentes sobre la prisionera. Su relato había llegado al corazón de su esposa y esta sugirió que no fueran muy duros con la detenida, así que su marido casi se anticipó a la súplica de Gerard. Rogó a Sybil que le acompañara a un lugar mejor y, de inmediato, le prometió todas las facilidades y comodidades que estuvieran al alcance de su mano. Acompañada por él camino de las estancias de la familia, pasaron por una habitación en la que había material de escritura y Sybil, hablando por primera vez desde hacía mucho tiempo, preguntó al inspector si le sería posible comunicar su situación a un amigo. La respuesta fue afirmativa, aunque con la condición de que antes pudiera revisar él la nota.

—La escribiré inmediatamente —dijo ella. Y, tomando un bolígrafo, anotó estas palabras:

«Seguí su consejo y le animé a que abandonara Londres esta noche, pero él insistió en hacerlo mañana.

»Supe que estaba en una reunión secreta y que corría peligro. Seguí su pista por terroríficos lugares pero, por desgracia, solo llegué a tiempo de que me detuvieran también a mí por conspiración. Estoy arrestada y me han traído a la calle Bow, desde donde escribo estas líneas.

»No le pido que interfiera por él, ya que eso sería inútil, pero si me liberaran a mí, entonces sí podría luchar para que se hiciese justicia con él. Sin embargo, no soy libre, mañana me interrogarán, si es que sobrevivo a esta noche.

»Usted, que tiene poder y sabe todo, sabe también que lo que digo es verdad. Nadie más me creería. ¡Sálveme!».

—Y ahora —dijo Sybil en tono amargo, angustiado, triste—, todo depende de su confianza en mí. —Y entregó la carta al inspector para que la leyera.

—Quien quiera que sea y donde quiera que esté —dijo el hombre emocionado e invadido por la dulzura de Sybil—, suponiendo que el destinatario esté a una distancia prudencial, no dude que esta carta le llegará.

—Entonces la sellaré y escribiré el nombre del destinatario —dijo Sybil y dirigió la carta al

HONORABLE CHARLES EGREMONT, DIPUTADO

sobrescribiendo aquellas palabras que tanto habían conmovido a Egremont al leerlas en la casa Deloraine.

## Capítulo 9

La noche tocaba a su fin, y Sybil, finalmente, dormía. El frío que precede al amanecer se había apoderado de sus sentidos y calmado sus nervios. Sybil yacía en el suelo cubierta por una manta que su amable anfitrión le había proporcionado, y que cubría también, en parte, una silla en la que ella había rezado antes de que su cansancio la hiciera rendirse al sueño. Su cofia estaba en el suelo y sus magníficos cabellos, ahora sueltos, cubrían sus hombros como si de un manto se tratase. Aunque el sueño había sido breve, y había logrado calmar en gran medida su enojo, Sybil se despertó inquieta a causa de una pesadilla en la que se veía arrastrada en medio de una multitud para declarar ante un tribunal. Los groseros insultos y las brutales amenazas todavía resonaban en sus oídos. Cuando miró a su alrededor no recordaba dónde estaba. En una esquina de la espaciosa habitación dormía la mujer del inspector. Había gran cantidad de muebles de caoba oscura; un escritorio, varias cómodas y, sobre la repisa de la chimenea, un bastidor con un bordado hecho por la esposa del inspector cuando era niña. Justo al otro lado había retratos de Dick Curtis y Dutch Sam, ambos tutores de su marido en un pasado y, ahora, sin embargo, héroes que habitaban en sus memorias.

Poco a poco Sybil fue recordando los terribles sucesos de la noche anterior. Permaneció algunos minutos rezando de rodillas. Después, lentamente, caminó hacia la ventana. Estaba enrejada. La habitación que ocupaba estaba en un piso alto de la casa y daba a una de esas calles medio cochambrosa, medio sórdida que suelen encontrarse en los alrededores de nuestros teatros, una de esas zonas deprimidas llenas de miseria, crimen, alcohol y emperifolladas y ordinarias tabernas de poca monta. No se movía nada. Era esa hora en la que cesa el crimen, descansa la corrupción y hasta la tristeza encuentra cobijo.

Lentamente amanecía. Por vez primera en su condición de prisionera Sybil estaba sola. ¡Prisionera y a pocos minutos de ser interrogada ante un tribunal público! Su corazón se estremeció. Desconocía hasta qué punto su padre se había involucrado, pero las palabras de Morley y todo lo que había presenciado alimentaban en ella la certeza de que Gerard estaba totalmente implicado. Camino de la comisaría, había hablado acerca de su confianza en el futuro pero también encontraba motivos para animarle a ella a superar los desbordantes acontecimientos en los que se había visto súbitamente involucrada. ¡Era una catástrofe para sus grandes aspiraciones! Al pensar en él, se le rompía el corazón pero en lo que a ella se refería, todavía albergaba la esperanza de conseguir que se hiciera justicia. No era esta, sin embargo, una sólida esperanza, ya que en principio no había ninguna razón para que se diera a su caso mayor prioridad que al del resto de los prisioneros. Probablemente fuera enviada ajuicio y, aunque bien podría probar su inocencia en ese intervalo de tiempo, seguiría estando presa y no podría ayudar y apoyar a su padre. Con esa fragilidad característica de una mujer, Sybil se sintió abatida ante su inminente interrogatorio.



Con la ayuda de sus convicciones, que justificaban sus sagrados principios, tal vez no existía juicio en el que Sybil no hubiera salido vencedora, ni ordalía sobre la que no hubiera triunfado. Sin embargo, el hecho de verse conducida como un criminal a las celdas de una comisaría, convertida en sospechosa de la más vil conspiración, sin siquiera conocer las causas de su arresto, sin evidencia en la que apoyarse y con la noble certeza de haberse equivocado en algo de suma importancia, descorazonaba y deprimía a Sybil. En algunos momentos sentía que no iba a ser capaz de enfrentarse a la situación; si no fuera por Gerard incluso hubiera deseado que la muerte viniera a rescatarla de tanta confusión.

¿Había entonces alguna esperanza? En su alma llena de agonía todavía alumbraba la ilusión de que él la salvara. Puede que no tuviera el poder, la ocasión o el deseo. Puede que hubiera preferido no mezclarse con personas y negocios de tal calaña. Puede que no hubiera recibido la carta a tiempo para actuar aunque lo hubiera querido. Mil dificultades, mil obstáculos se aparecían ahora ante ella desesperándola aún más.

Sin embargo, pese a su extrema aflicción, y sin poder agarrarse a nada de su alrededor que la consolara, el amanecer fue reanimando a Sybil, e incluso infundiéndole valor. A pesar de su encierro, podía ver una parte del cielo salpicado de manchas en tonos rosas. Invasada por una sensación de frescura no pudo resistirse a abrir la ventana y sentir el aire que entraba ignorando las rejas. La mujer del inspector rebulló en la cama y, medio en sueños, murmuró:

—¿Ya estás levantada? Si no pueden ser más de las cinco. Si abres la ventana nos resfriaremos. Bueno, me levantaré y te ayudaré a vestir.

Al igual que en su marido, había en esta mujer una natural amabilidad que de inmediato se proyectó en la figura de Sybil. Ambos la trataban como si fuera un ser superior, como si en lugar de una prisionera o la hija de un prisionero de poca monta fuera la hija de un ministro de Estado que estuviera cautivo. Era imposible tratar a nadie de modo más humilde y delicado.

Todavía no habían dado las siete cuando la mujer del inspector se detuvo bruscamente y con gesto de estar escuchando dijo:

—Se levantan pronto —y después, tras una pausa, abrió la puerta y se quedó parada durante unos instantes intentando figurarse de dónde venían aquellos misteriosos ruidos. Luego, se dio la vuelta para mirar a Sybil diciendo—: Silencio, ahora mismo vuelvo —y se marchó cerrando la puerta con un golpe.

En aproximadamente dos horas, tal y como le habían informado, Sybil sería llevada a declarar. De solo pensarlo le venían náuseas y cuanto más se acercaba la catástrofe más se desvanecían sus esperanzas. Se culpaba a sí misma por haber buscado a su padre sin derecho alguno, ya que, por lo que concernía a Gerard, la misión había resultado estéril y, en cuanto a ella, no había conseguido sino agravar su dolor y desconcierto. Su mente regresó de nuevo a aquella persona cuyos consejos la habían precipitado a dar ese imprudente paso y cuya ayuda había suplicado en

momentos de infinita desesperación. La mujer, que durante todo este tiempo había permanecido en el rellano, abrió la puerta, entró y, con semblante confuso e indiscreto, dijo:

—No sé quién será, pero alguien ha llegado.

—Alguien ha llegado —sencillas pero inquietantes palabras—. ¿Es raro —preguntó Sybil con voz temblorosa— que alguien venga a estas horas?

—Sí —dijo la esposa del inspector—. Nunca los traen de las comisarías antes de que abra la oficina. No lo comprendo. ¡Silencio! —Y en ese preciso momento alguien llamó a la puerta.

La mujer abrió de nuevo. Hablaron de algo que Sybil no llegó a escuchar, asaltada como estaba por un único pensamiento y con el corazón a punto de salirse del pecho. El suspense era insostenible y su inquietud tan grande que a punto estuvo de ir hacia ellos y preguntar si... De repente la puerta se cerró y se quedó de nuevo sola. Se dejó caer en la cama con la sensación de haber perdido el control sobre sí misma. Pensamientos y sensaciones se fundían en aquella intensa incertidumbre que tantas veces nos hace sentir que nuestro orden interno desaparece y el suelo se derrumba bajo nuestros pies.

La mujer regresó, parecía satisfecha. Al darse cuenta del nerviosismo de Sybil le dijo:

—Puedes secar tus lágrimas, querida. No hay nada como tener amigos en los juzgados. Hay una autorización del secretario de Estado para que se te ponga en libertad.

—No, no —dijo Sybil alzándose de su silla—. ¿Está él aquí?

—¿Quién? ¿El secretario de Estado? —dijo la mujer.

—No, no; quiero decir si hay alguien aquí.

—Hay un carruaje esperándote en la puerta con el mensajero de la comisaría y debes salir sin más dilación. Mi marido está aquí, fue él quien llamó a la puerta. La autorización llegó antes de que se abriera la oficina.

—¡Tengo que ver a mi padre!

En ese momento el inspector llamó a la puerta y entró. Había oído lo que Sybil acababa de manifestar y dijo:

—No puedes quedarte, debes salir inmediatamente. Yo le contaré todo a tu padre y permíteme que te dé un consejo, desconozco si este asunto puede ser solucionado o no con el pago de una fianza, pero lo que sí sé es que todo depende de las pruebas, así que si tienes un hombre de confianza, un protector acomodado y con influencias, ve a buscarlo. Eso ayudará a tu padre mucho más que una despedida.

Sybil dijo adiós a la mujer y, después de escribir unas quejumbrosas palabras para su padre, bajó las escaleras en compañía del inspector. La comisaría no estaba abierta. Solo una pareja de policías ocupaban el pasadizo. Cuando Sybil apareció, uno de ellos se adelantó para abrirle el paso hacia el coche que la esperaba.

Junto a la puerta de la comisaría ya se congregaban una o dos repartidoras de

leche, un deshollinador ambulante, un borracho con su pipa de fumar y todas esas personas anónimas que se unen dando forma y sentido a la multitud. Pueden incluso ser nuestros amigos que vienen de pasar la noche en Hyde Park. Todos ellos fueron dispersados pero se concentraron de nuevo volviendo, así, a tomar sus puestos pero a distancia más prudencial lanzando todo tipo de atrevidos insultos a ese cuerpo ya antiguo al que tradicionalmente llaman la *Nueva Policía*.

Un hombre que llevaba un amplio abrigo blanco y el rostro oculto por un chal que se enredaba por su cuello y sombrero cogió a Sybil de la mano y apretándola con ternura la ayudó a entrar en el coche. Después subió al pescante y sentándose junto al conductor le ordenó que tomara el mejor camino posible hasta la plaza Smith.

Con el corazón en un puño, Sybil se apoyó en el respaldo de su asiento y apretó las manos. Su cabeza iba demasiado aprisa como para pensar las cosas que habían ocurrido en su vida durante las últimas veinticuatro horas; eran tan extrañas y habían pasado tan rápido que tenía la sensación de haber renunciado a todo control inteligente sobre su suerte, rindiéndose a la sucesión de imágenes que le traía su asombroso sueño. Al mismo tiempo que sus manos se unían a las de ella, su voz no dejaba de resonar en los oídos de Sybil. Su memoria se complacía en recordar el tono y la presión de su mano con la que él había llegado hasta su corazón. ¡Qué considerado cariño! ¡Qué apasionada fidelidad! ¡Qué temeraria y tierna confianza! Ni encomendando su suerte a un talismán ni pidiendo ayuda a algún obediente genio, su alma hubiera sido más noble y el cumplimiento de sus órdenes más profundo y puro.

Sybil pasó por las torres de la iglesia de St. John, el santo que parecía cuidarla en su obligación de estar viva. Estaba a punto de llegar. La sangre se fue de sus mejillas, su corazón se encogió. Cuando el coche se detuvo, se apoyó tímida y temblorosa en el brazo de su acompañante sin atreverse a mirarle. Entraron en la habitación de una casa donde dos meses antes él inútilmente se había declarado, en la alcoba que había sido escenario de desgarradoras pasiones.

Y le ocurrió a Sybil que —al igual que en un delicioso sueño, cuando durante algún tiempo hemos acariciado con la imaginación, con la natural felicidad que le acompaña, la conclusión de una aventura dichosa y de una frase dulce y conmovedora— se vio arrebatada por caminos inescrutables a un vacío imposible de explicar que se le antojaba era el éxtasis de su vida. Y es que ahora, pese a que todo lo que le había ocurrido, pese a que todo lo que ella había hecho o sentido revoloteaba sobre su propia conciencia con claridad y orden, en una suerte de momento místico que la memoria no podría registrar, Sybil se vio a sí misma impelida directamente hacia el apasionado corazón de Egremont sin acobardarse ya de un abrazo que expresaba la ternura del amor que le profesaba.

## Capítulo 10

En Mowbray se notaba un clima de gran nerviosismo. Era sábado por la tarde, las fábricas estaban cerradas y las noticias sobre el arresto del delegado ya habían llegado.

—¡Mirad qué noticia! —dijo Dandy Mick a Devildust—. ¿Qué pensáis de esto?

—Es el principio del fin —dijo Devildust.

—¡Diablos! —dijo Dandy impactado por tan profético laconismo y sin comprender claramente el sentido de la observación de su muy ponderado y filosófico amigo.

—Debemos ir a ver a Warner —dijo Devildust—, y convocar una reunión en el páramo mañana por la noche. Prepararé algunas propuestas. Tenemos que hablar claro, hay que asustar a los capitalistas.

—Yo apoyo la huelga —dijo Mick.

—No está madura aún —dijo Devildust.

—Siempre dices lo mismo, Dusty —dijo Mick.

—Es que observo los hechos —dijo Devildust—. Si quieres llegar a ser un líder, tienes que aprender a observar los hechos.

—Pero ¿qué quieres decir con eso de aprender a observar los hechos?

—¿Ves el puesto de la viuda Carey? —preguntó Dusty apuntando con el dedo en dicha dirección.

—Creo que sí y, lo que es más, Julia le debe un fiado por unos arenques.

—Exacto —precisó Devildust—; de hecho no se ven más que arenques en su mostrador, cuando hace dos años había carne.

—Ya lo pilló —dijo Mick.

—Espera a que sean verduras, a que la gente ni siquiera pueda comprar pescado. Entonces hablaremos de huelgas. A eso me refiero cuando digo observar los hechos.

Julia, Caroline y Harriet se acercaron a ellos.

—Mick —dijo Julia—, queremos ir a El Templo.

—Ojalá lo entendieras —dijo Mick con un movimiento negativo de cabeza—. Cuando aprendas a observar los hechos, Julia, comprenderás que tal y como están las cosas no se puede ir a El Templo.

—¿Y por qué, Dandy? —preguntó Julia.

—¿Ves el puesto de la viuda Carey? —dijo Mick señalando en aquella dirección—. Cuando se debe un fiado en su tienda, no hay cuartos para el bar de Chaffing Jack. A eso lo llamo yo observar lo que ocurre.

—¡Oh!, si es por cuartos —exclamó Caroline— eso está pasado de moda en estos días de trabajos de media jornada. Pero dicen que es la última noche de El Templo porque Chaffing Jack va a cerrar, ya no da pasta. Queremos divertirnos. Yo invito; empeñaré mis pendientes, enseguida. Siempre me gusta ir cuando es por una alegría y no por una desgracia.

—Me encantaría ir a El Templo si alguien me invitara —dijo Harriet—, pero no quiero deber nada a nadie.

—Si pudiésemos escucharles cantar —dijo Julia en tono mimoso.

—Lo que faltaba —dijo Mick—. No hay nada que dé más sed que escuchar una canción, sobre todo si esta te llega al corazón. ¿No te acuerdas, Dusty, cuando en Scots Wha Ha pedíamos a aquel tipo alemán que cantara la canción una y otra vez? Siempre nos la cantaba cinco veces. Que me cuelguen si no es verdad que yo salía de allí como una cuba.

—Os diré una cosa, señoritas —dijo Devildust pomposamente—, estáis jugando con fuego.

—¡Caramba! —exclamó Caroline—, ojalá fuera así, aunque no en tiendo bien lo que quieres decir.

—Quiero decir que pronto seremos esclavos —añadió Devildust.

—No, si conseguimos que se apruebe la «Ley de las Diez Horas» —dijo Harrie.

—Dejaríamos de trabajar a las horas de las comidas —dijo Julia—. Eso es una vergüenza.

—No tenéis ni idea de lo que decís —sentenció Devildust—. Os digo que si los capitalistas sacrifican a Gerard estamos acabados durante diez años más y para entonces ya seremos todos viejos.

—¡Dios mío! Dusty, me asustas —dijo Caroline.

—Pero es así. En lugar de ir a El Templo debemos ir al páramo y el mayor número posible. Id vosotros a por vuestros novios y novias. Yo tengo que ver a tu padre, Harriet. Él debe presidir. Cantaremos el himno al trabajo en un coro de cientos de miles de voces. El terror se adueñará de los corazones de los ricos. Esto es en lo que todos deberíamos estar pensando si queremos que se dé una oportunidad a los obreros y no en ir a donde Chaffing Jack a escuchar estúpidas canciones. ¿Me entendéis?

—¡Por supuesto! —exclamó Caroline—. Y en lo que a mí se refiere, para pasar una noche de verano prefiero el terreno de Mowbray a todos los templos del mundo, sobre todo si hay una buena fiesta con buenos cantantes.

Y así dispusieron los principales líderes de la lucha por los derechos del trabajador, entre los que se encontraba Devildust, que al día siguiente hubiera una enorme reunión en el páramo donde se analizaría la detención del delegado de Mowbray. Era tal la organización de la región que, solo poniéndose en contacto con las sedes de los distintos sindicatos, en menos de veinticuatro horas se podían congregar, en un día favorable y para una gran ocasión, a cincuenta mil personas o quizá al doble. Que fuera día de descanso jugó a su favor y el arresto del apreciado delegado fue una razón más que estimulante para la acción. La emoción era enorme, el entusiasmo grave y profundo; y el dolor lo bastante grande como para que la gente no se sintiese deprimida sino descontenta. Devildust, tras acudir a un consejo del sindicato se retiró a descansar; y soñó con sólidos discursos y amargas decisiones,

orquestas y banderas, vítores y, por fin, con la victoria de los sagrados derechos.

La prensa del día siguiente trajo a Mowbray magníficas y emocionantes noticias. Gerard se había sometido en la calle Bow a un largo y pesado interrogatorio. Fue procesado por conspiración pero con opción al pago de una fianza que, aunque elevada, se pudo satisfacer al instante. Sus fiadores fueron Morley y un tal señor Hatton. Igualmente por la prensa, Morley escribió a sus amigos informándoles de que Gerard y él mismo pensaban abandonar Londres en el acto y llegar a Mowbray en el tren de la noche.

Se decidió que la enorme reunión del páramo debía convertirse en un triunfante desfile. Se enviaron mensajeros a caballo para anunciar por las ciudades vecinas el gran evento, todos los artesanos acudieron como si fuesen musulmanes convocados por su precepto sagrado a la mezquita. Fueron con sus esposas e hijos a aclamar al patriota, al mártir, en su regreso. Los gremios de Mowbray se reunieron a la mañana temprano y varios grupos se apoderaron de las iglesias. Su principal satisfacción era la de llenar la iglesia del señor San Lys. Este, sin acobardarse por ver a tanta gente y aprovechando la oportunidad, dejó el sermón que había preparado y les dio otro de tema más extemporáneo que llevaba por título «Temer a Dios y honrar al rey». Las capillas independientes daban públicamente las gracias por haberse aceptado la fianza de Walter Gerard. Tras la misa de la tarde, a la que los sindicatos volvieron a acudir, formaron en la calle Mayor, que habían engalanado con banderas y estandartes. Cada media hora llegaban procesiones de diferentes ciudades, con su música y sus banderas flameantes, a las cuales recibía Warner o cualquier otro miembro del comité principal asignado para ello. Algunas veces llegaban grupos que no traían música o estandartes pero que, dirigidos por su pastor, cantaban salmos; otras veces, quienes llegaban caminando eran los niños seguidos de las mujeres y, a continuación, los hombres, cada uno con un lazo del mismo color en su sombrero.

Todos ellos se esforzaban por seguir las instrucciones de manera espontánea pero firme porque, cuando se está bajo la misma influencia de nobles y apasionados sentimientos, la humanidad siempre recurre a la parafernalia de un espectáculo del mismo modo que la imaginación exaltada necesita para expresarse algo que esté más allá de la rutina diaria.

Se había decidido que cuando el tren llegara y Gerard hiciera acto de presencia, el sindicato que se encontrase más cerca de la estación debía tocar el Himno del Trabajador. A su vez, el grupo más cercano debía continuarlo y así sucesivamente, de manera que, como si de una corriente de energía se tratase, toda la población se enterase de su llegada.

Justo a las seis y media, la campana anunció que el tren estaba a punto de llegar. Minutos más tarde Dandy Mick corría hacia el líder del sindicato más cercano, le dijo unas palabras, e inmediatamente después de la señal, el himno empezó a sonar. Fue recibido igual que los campanarios de las ciudades reciben las horas en el silencio de la noche. Una a una las poderosas voces se fueron alzando más y más hasta mezclarse

y fundirse como el sonido de las olas en el mar. Warner y algunos otros dieron la bienvenida a Morley y a Gerard, que asombrados por tal recibimiento, fueron acompañados a un carruaje de cuatro caballos blancos que les esperaba. Se habían dado órdenes de que no hubiera clamores ni vítores porque solo debía escucharse el himno. Al paso del carruaje, cada gremio se iba colocando detrás en procesión, disfrutando al mismo tiempo de la oportunidad de observar bien a su jefe predilecto y este, a su vez, del orgulloso consuelo de ver a una entusiasta multitud que reconocía la soberanía de los servicios que él había rendido.

Aquellas personas, la increíble sincronización de sus movimientos, la enérgica melodía y una natural e imponente majestuosidad eran la demostración de una causa en la que Sybil creía con toda su alma. Era un espectáculo que cautivaba la imaginación y satisfacía al corazón, porque la admiración que sentía por su padre se veía ratificada ahora por la simpatía que despertaba su causa en toda una nación. Sybil, que había quedado al cuidado de Hatton, un completo desconocido para el pueblo de Mowbray, y que la había acompañado desde Londres, abrumada ya por los últimos episodios de su vida, fecundos en extrañas pruebas para su alma, no pudo reprimir que las lágrimas resbalaran por sus mejillas mientras veía pasar el carruaje que llevaba a su padre.

El último rayo de sol caía sobre el páramo cuando Gerard llegó, un haz de luz alumbraba el Ara del Druida y las piedras de alrededor.

## Capítulo 11

Era la noche del día siguiente a la llegada de Gerard a Mowbray. Sybil y su padre ocupaban la casa en el valle que Morley les había dejado y Morley estaba en el despacho de su periódico, *La Legión de Mowbray*, lugar donde ahora residía. Estaba solo en la habitación escribiendo y levantándose de vez en cuando a caminar con aspecto preocupado. De repente, alguien llamó a la puerta y, tras obtener el permiso para entrar, apareció Hatton.

—Me temo que interrumpo la escritura de algún artículo —dijo el invitado.

—En absoluto, aún falta para cumplir el día de trabajo. Estoy encantado de verte.

—Mi barrio no invita demasiado —continuó Hatton—. Llama la atención los nefastos alojamientos que hay en estas ciudades comerciales. Debería haber caído en la cuenta de que un viajante de comercio siempre es un animal acomodaticio, por no decir de lujosas costumbres. Sin embargo, yo encuentro todo, hasta el vino, vulgar y de tercera clase. Así que decidí venir y compartir mi disgusto contigo. No hay derecho.

—Tu visita me agrada de verdad. Estaba, más por distracción que por obligación, plasmando mis pensamientos por escrito. Pero las voces de ayer todavía resuenan en mis oídos.

—¡Qué espectáculo!

—Sí, presenciamos lo que puede hacer una multitud que ha reconocido la superioridad del poder moral —dijo Morley—. El espectáculo fue venerable y los resultados a los que conducen intelectos así son insuperables.

—Habrá sido enormemente gratificante para nuestro amigo —dijo Hatton.

—Esto le vendrá bien para su carrera —dijo Morley.

—Y le consolará cuando esté en prisión —añadió Hatton.

—¿Crees que llegará a eso? —preguntó Morley.

—Tiene toda la pinta, pero las cosas pueden cambiar.

—¿Qué las podría cambiar?

—El tiempo, el azar que tantas cosas cambia.

—El tiempo traerá el fallo del Tribunal Superior de York —dijo Morley pensativo— y, con respecto al azar, debo admitir que para mí el futuro se presenta aburrido. ¿Qué le puede ocurrir a Gerard?

—Podrían concederle su mandato reivindicatorio —dijo solemne Hatton mientras estiraba sus piernas y se apoyaba en el respaldo de la silla—. También eso puede juzgarse en el proceso que tendrá lugar en York.

—¡Su mandato reivindicatorio!, pensaba que eso había sido un truco, una simple táctica para seguir teniendo oportunidades.

—Pienso que las tierras se pueden ganar —dijo Hatton muy sosegado.

—¡Que se pueden ganar!

—¡Sí! El castillo y el feudo de Mowbray y la mitad de los señoríos de la zona,



por no hablar de esta gran ciudad. La gente está preparada para convertirse en súbditos suyos. Debe dejar a un lado la igualdad y estar contento por ser un soberano popular.

—Estarás de broma, amigo mío.

—Bueno, pero aunque bromeo ya sabes que a veces digo la verdad.

—¿A qué te refieres? —preguntó Morley levantándose y acercándose a Hatton—, porque aunque a menudo he observado que no hablas claramente tampoco hablas por hablar. Dime a qué te refieres.

—Me refiero a que —dijo mirando a Morley seriamente y con tono solemne— los documentos que demuestran que Walter Gerard es el propietario de este gran distrito existen, a que yo sé dónde están y a que solo hace falta un acuerdo propicio al momento para conseguirlos.

—Esos documentos, ¿pueden haberse perdido? —dijo Morley.

—Pienso que no —dijo Hatton—. Nos engañaríamos a nosotros mismos si creyéramos tal cosa.

—¿Y dónde están?

—Entre los archivos del castillo de Mowbray.

—¡Ah! —exclamó Morley en tono firme.

—Celosamente guardados por alguien que conoce su valor, ya que son los títulos de propiedad, no de sus aciertos sino de sus errores.

—Y ¿cómo podemos conseguirlos?

—Con medios más nobles que por los que fueron adquiridos.

—Explícamelo.

—Doscientas mil personas reconocieron ayer la supremacía de Gerard —dijo Hatton—. Supón que hubieran sabido que tras los muros del castillo de Mowbray estaban las pruebas de que Walter Gerard es el legítimo propietario de las tierras donde habitan. Solo supón que hubiera sido así. ¿Crees que se habrían contentado con cantar salmos? ¿Qué habría ocurrido entonces con el poder moral? Habrían tomado el castillo de Mowbray por la fuerza para destrozarlo y saquearlo. Habrían elegido a un grupo para desvalijar la torre redonda y se habrían cuidado de que todos y cada uno de los documentos que allí encontrarán, sobre todo los de dentro de un arca de hierro pintada de azul y con el escudo de Valencia, fueran enviados a ti, a mí o a cualquiera que Gerard hubiera designado a tal efecto. ¿Y qué podría haber hecho el conde de Mowbray? Le habría sido difícil reaccionar contra los cientos de personas que destrozaban un castillo que nosotros demostraríamos no ser suyo. Lo máximo que hubiera podido hacer habría sido sacar a algún pobre desgraciado que se hubiera emborrachado durante el saqueo de las bodegas para después prender fuego a sus brillantes salones.

—Me sorprendes —dijo Morley, mirando atónito a la persona que acababa de dar tan sugestivos detalles con la misma frialdad y rigor con la que él mismo habría hablado de genealogía.

—Es una manera práctica de ver las cosas —comentó el señor Hatton.

Morley empezó a caminar nervioso por la habitación. Hatton permanecía en silencio mirándole con aire inquisidor.

—¿Estás seguro de lo que afirmas? —dijo Morley desde lejos, parándose bruscamente.

—Bastante, fue su ilustrísima el señor De Mowbray quien me informó antes de abandonar Londres; acto seguido vine aquí.

—¿Le conoces?

—Nadie mejor que yo.

—Y estos documentos, algunos de ellos, supongo —dijo Morley con una mirada cínica—, ¿llegaron alguna vez a estar en tu poder?

—Posiblemente. ¡Ojalá lo estuviesen ahora! Pero es importante saber dónde están.

—Entonces, ¿alguna vez fueron propiedad de Gerard?

—La verdad es que no. Los conseguí con mis propios esfuerzos y a menudo pagué por ellos con mi dinero. Como nadie los reclamó se los llevé a una persona para la que tenían gran valor. Ahora los quiero no solo para servir a Gerard, cosa que haría encantado, sino también en relación con un antiguo título de nobleza, pues servirían de prueba a la reivindicación de una persona en la que estoy interesado. Ahora escucha, mi buen amigo Morley, la fuerza moral es importante, sobre todo en lo que a especulación se refiere; y es lógico que también lo sea la comunidad de bienes, especialmente cuando un hombre no tiene propiedad alguna. Lo que ocurre es que cuando has vivido tanto como yo y has saboreado todas las delicias de este mundo, comprendes el arrebató que produce la acumulación de propiedades, y te das cuenta de que normalmente estas se consiguen de manera poco elegante. Ven, tengo la impresión de que saldrás beneficiado. El pueblo está encendido y tú eres su líder. Tengamos otra reunión en el páramo, acordemos una revuelta. En un santiamén puedes saber qué hombres harán el trabajo para nosotros. El castillo de Mowbray está en su poder; alcanzaremos nuestro objetivo. Tendrás diez mil libras al instante. Después regresaremos a Londres y conmigo aprenderás lo que es fortuna.

—Te entiendo —dijo Morley—. Tienes una mente clara, eres valiente y no conoces los escrúpulos, más hijos del desconcierto que de la razón. Tendrás éxito.

—Querrás decir, tendremos éxito —dijo Hatton—, dado que hace tiempo que observo que tú esperabas a que se presentara la ocasión.

—Ayer las emociones estallaron por un singular motivo —dijo Morley pensativo—, pero eso no debe confundirnos. Aquí el descontento no es tal; la mayoría de la gente aún conserva su trabajo. Los sueldos han bajado, pero no tanto como podrían haberlo hecho. La gente no está preparada para lo que pretendes. Miles de ellos se apresurarían al rescate del castillo. Además, aquí hay un sacerdote, un tal St. Lys, que ejerce una nociva influencia sobre el pueblo. Alejarle de ellos requeriría un gran esfuerzo y sufrimiento. No funcionaría.

—Entonces tendremos que esperar un tiempo —dijo Hatton—, o inventar otra manera.

—Es un caso muy difícil —dijo Morley.

—Hay una solución para cada caso —dijo Hatton.

—Reflexiona y llegará. A mí me parece sencillo, pero ¿de verdad crees que no funcionaría?

—En este momento no. Eso es lo que creo.

—Bueno, supón que en lugar de insurrección tenemos un robo. En este caso ¿colaborarías conmigo?

—¡Por supuesto que no!

—¿De qué sirve entonces esa influencia sobre las personas de la que tú y Gerard siempre habláis? Después del día de ayer pensé que estarías dispuesto a cualquier cosa.

—Hasta ahora no nos hemos beneficiado de tu sabiduría cosmopolita. En el futuro seremos más prudentes.

—Bien —dijo Hatton—. Entonces, ahora tenemos que pensar en cómo defender a Gerard. Tendrá el mejor abogado. Contrataré a Kelly. Regresaré a la ciudad mañana por la mañana y tú me mantendrás al tanto de cómo van las cosas por aquí. Si estas evolucionan, comunícamelo y vendré inmediatamente.

—Será mejor que Gerard no sepa nada de esta conversación.

—Claro, solo contribuiríamos a incomodarle. No te conté esto como un secreto, eso sería absurdo. Por supuesto que no dirás nada, porque te conviene. Sé bien que te gustaría compartirlo pero también sé que está tan seguro contigo como lo está conmigo.

Con estas palabras y un cordial adiós, Hatton se retiró.

«Tiene razón», pensó Morley. «Conoce bien la naturaleza humana. El secreto está a salvo. No se lo diré a Gerard, y lo guardaré como si fuera un tesoro, porque es información, es poder; mucha información y mucho poder. Lo que haré con él se encargará de decirlo el tiempo».

FIN DEL LIBRO QUINTO

# Libro VI

# Capítulo 1

—Queda una semana —exclamó un caballero en la calle Downing el 5 de agosto de 1842— para que se suspendan las sesiones. No cabe duda de que puede mantener el país en calma durante otra semana.

—Ni siquiera puedo responder por el orden público en las próximas veinticuatro horas —replicó su acompañante.

—Se debe poner fin a este asunto de Manchester de inmediato. ¿Dispone de unas buenas fuerzas armadas allí?

—Manchester no es nada. Esos son meros movimientos de distracción. El trabajo serio ahora no es concentrarse en las ciudades del algodón. La situación de Staffordshire y Warwickshire es infinitamente más amenazadora. Cheshire y Yorkshire me alarman. Los informes que vienen de Escocia no pueden ser peores. Y aunque crea que las desgracias del treinta y nueve mantendrán Birmingham y las minas de carbón galesas en jaque, no nos podemos aventurar a mover ninguna de nuestras fuerzas de esos distritos.

—Debe convocar un consejo para las cuatro en punto. Tengo un encuentro con varias delegaciones que tendré que aplazar, pero he de ir a Windsor. Todavía no ha ocurrido nada que haga necesario dar cuenta del estado de la nación en el discurso desde el trono.

—Todavía no —dijo su colega—, pero ¿qué nos deparará el mañana?

—Después de todo, solo es un acto público. No puedo volver a redactar el discurso de Su Majestad e incluir rebelión y fábricas cerradas en lugar de lealtad y una buena cosecha.

—Sería un aburrimiento. Bueno, ya veremos mañana —y el compañero abandonó la estancia.

—Y ahora a por esas delegaciones —dijo el caballero de la calle Downing—. De todas las cosas del mundo lo que más me desagrada es una delegación. No me importa lo mucho que haya que trabajar en el despacho o en casa, porque eso es trabajo real; ahí la cabeza funciona a la perfección. Pero recibir a una delegación es como un desfile fingido, una inmensa polvareda y ningún progreso. ¡Y escuchar sus puntos de vista! ¡Como si no supiera cuáles son sus opiniones antes de que las expongan! Y hay que poner una cara de respetuosa sinceridad mientras ellos exponen sus soluciones ruinosas o impracticables. Si no fuera porque en un momento crítico que tengo ensayado les permito ver cómo va ganando terreno en mi conciencia mi propia convicción, creo que los tipos no pararían nunca. La verdad es que no puedo recibir a esas delegaciones. Se las tengo que dejar a Hoaxem —y el caballero de la calle Downing hizo sonar su timbre.

—Bien, señor Hoaxem —prosiguió el caballero de la calle Downing mientras entraba aquel fiel funcionario—, según creo, hay varias delegaciones hoy. Tendrá que recibirlas usted, ya que yo voy a ir a Windsor. ¿Quiénes son?

—Hay solo dos, señor, de importancia. Con el resto me las puedo arreglar fácilmente.

—¿Y estas dos?

—En primer lugar, está nuestro amigo el coronel Bosky, los miembros para el condado de Calfshire y una delegación de granjeros arrendatarios.

—¡Bah!

—Hay que atenderlos. Los miembros me han hecho llegar una firme protesta de que no podrán votar junto al gobierno en lo sucesivo, a menos que el Tesoro les ayude a satisfacer a sus electores.

—¿Y qué quieren?

—Exposición de quejas... Impuestos altos y precios bajos... Leves objeciones y ligeras insinuaciones de que han sido dejados de lado por sus amigos... Trigo polaco, ganado holandés del Holstein y el impuesto británico sobre la renta.

—Usted sabe muy bien qué decir —dijo el caballero de la calle Downing—. Dígalos, en términos generales, que están bastante equivocados. Demuéstreles que mi único objetivo ha sido, por lo que a mí respecta, que el proteccionismo resulte más protector y práctico, y despojarlo del excedente de rechazo que suscita; que ningún trigo extranjero puede introducirse a cincuenta y cinco chelines, que no haya suficiente ganado en todo el Holstein para abastecer de carne diariamente a la parroquia de Pancras; y que, por lo que concierne a la declaración del impuesto sobre la renta, serán compensados con creces por ello mediante la reducción del coste de la vida que logrará ese mismo arancel del que, al parecer, tanto se quejan.

—¡La reducción del coste de la vida! —dijo el señor Hoaxem un poco confundido—. ¿Esa convicción, sugiero humildemente, no desentonaría un poco con mi manifestación anterior acerca de que habíamos acordado que no tendría lugar ninguna reducción de precios?

—De ninguna manera. Su exposición anterior es por supuesto cierta, pero al mismo tiempo debe hacer hincapié en la necesidad de adoptar una perspectiva general antes de formarse una opinión sobre ejemplos concretos. Por ejemplo, un caballero que gane cinco mil libras al año pagará por el impuesto sobre la renta —por cierto, llámelo siempre «impuesto de la propiedad»— ciento cincuenta libras al año. Bien, he reducido materialmente los impuestos en ochocientos artículos. El consumo de cada uno de esos artículos por una renta de cinco mil libras al año no puede costar menos de una libra por artículo. La reducción del precio no puede ser menos de la mitad, lo cual supone un ahorro de cuatrocientas al año; una cantidad que contrapuesta a la deducción del impuesto de la propiedad deja un claro aumento de ingresos de doscientas cincuenta libras al año. Por todo lo cual verá que un impuesto sobre la propiedad de hecho aumenta los ingresos.

—Ya veo —dijo el señor Hoaxem con una mirada de admiración—. ¿Y qué he de decir a la delegación de los fabricantes de Mowbray, que se quejan de la gran crisis del comercio y de la total falta de beneficios?

—Debe decir exactamente lo opuesto —dijo el caballero de la calle Downing—. Demuéstreles lo mucho que he hecho para promover la recuperación del comercio. En primer lugar, abaratando los suministros, cortando de golpe la mitad de las medidas proteccionistas sobre el trigo. Por poner un ejemplo, en este momento, con la vieja ley, el impuesto sobre el trigo extranjero habría sido de veintisiete chelines por cuarto; con la nueva ley son trece. Para ser sincero, con ninguno de los dos precios entraría trigo alguno, pero eso no altera el principio. Luego, en cuanto al ganado vivo, expóngales cómo he liberalizado completamente el comercio con el continente con respecto a esa materia. Extiéndase sobre esto, porque cabe la especulación acerca de este tema, y admite cálculos desorbitados. Si hubiera algún disidente en la delegación que por haber liberado a los negros no le quedara ningún resquicio libre para simpatizar con otros extranjeros, insinúe en nombre de las torturas de la lidia de toros y en consideración a la condición humana que, en el futuro, los toros andaluces, en lugar de ser picados en Sevilla, probablemente serán despiezados en Smithfield. Este abaratamiento de las provisiones les permitirá competir con el extranjero en todos los mercados neutrales, y con el tiempo, ganarles en su propio terreno. Además, es una compensación total por el impuesto de la propiedad, sobre el cual, debe recalcarles que se trata de un gran experimento y únicamente en virtud de sus intereses. Anuncie que habrá cambios en las grandes medidas y los grandes experimentos, hasta que sea hora de bajar y ocuparse de las tareas cotidianas. Sus obligaciones oficiales por supuesto no deben interferir. Cogerán la indirecta. No me cabe duda de que llevará a cabo el cometido a la perfección, señor Hoaxem, particularmente si es «franco y explícito». Esa es la línea correcta a seguir cuando quieres ocultar tu propia mente y confundir las mentes de los otros. ¡Buenos días!

## Capítulo 2

Dos días después de esta conversación en la calle Downing, llegó a la Abadía de Marney un mensajero especial del lord lugarteniente del condado, el duque de Fitz-Aquitania. Inmediatamente después de leer el mensaje del cual era portador, se formó un gran revuelo en la casa. Mandaron llamar a la señora Marney para que acudiera a la biblioteca de su marido, y allí mandó escribir de inmediato varias cartas a fin de evitar la llegada de ciertas visitas esperadas. El capitán Grouse entraba y salía de esta misma biblioteca cada cinco minutos, recibiendo órdenes y contraórdenes, y finalmente, montando su caballo, se fue volando por el vecindario dando mensajes y órdenes. Todo este alboroto significaba que el regimiento de pequeños terratenientes de Marney iba a ser llamado a intervenir de inmediato.

Lord Marney, quien había logrado ganarse un puesto en la Casa Real y era, por consiguiente, devoto servidor de las instituciones del país, estaba totalmente resuelto a defenderlas. Sin embargo, al mismo tiempo, con la prudencia que le caracterizaba, estaba igualmente convencido de que la propiedad que debía ser principalmente protegida había de ser la suya, y que el orden de su propio distrito requeriría principalmente de su alistamiento.

—No sé qué quiere decir el duque con que marchemos hacia los distritos conflictivos —dijo lord Marney al capitán Grouse—, estos ya son distritos conflictivos. Ha habido tres fuegos en una semana, y yo quisiera saber... ¿Qué clase de disturbio puede ser peor que ese? En mi opinión este es un mero motín «contra la Ley del Grano» para asustar al gobierno. Supón que, en efecto, paran las fábricas, ¿y qué? Ojalá pararan todas, y entonces, ¿podría uno vivir como un noble otra vez?

Egremont, cuyas visitas anuales a Marney se habían limitado generalmente a la semana que pasaba en el regimiento de caballería de terratenientes, llegó a Londres el mismo día que la carta del lord lugarteniente, ya que supo que el regimiento de su hermano, una de cuyas tropas comandaba, debía entrar en acción inmediatamente, al igual que los demás cuerpos de terratenientes del norte de Inglaterra. Entre Egremont y su hermano había aflorado en los últimos años, hasta cierto punto, una especie de buen pero tenso entendimiento, a pesar de que lord Marney seguía sin descendencia, lo que le había hecho odiar a Egremont con una virulencia doble mente destilada, especialmente por las maniobras afectivas de su madre.

Cinco años habían transcurrido desde el comienzo de nuestra historia, y consigo habían traído un gran cambio al carácter del hermano de lord Marney. Especialmente durante los últimos dos o tres años se había vuelto callado y reservado. Apenas iba a reuniones sociales. Hasta la compañía de aquellos que una vez fueron sus más íntimos amigos había dejado de atraerle. Era realmente un hombre melancólico. Todos se habían percatado de su cambio de conducta. Su madre y su cuñada eran las únicas personas que se esforzaban por ahondar en la causa, y suspiraban sobre el fracaso de su sagacidad; si abandonas el mundo, el mundo te olvida. Y el nombre de



Egremont se habría dejado de mencionar enseguida en aquellos brillantes salones que él una vez honró con su presencia, si no hubiera sido porque, casualmente, la sensación que produjo su eficaz discurso pronunciado en la Cámara de los Comunes despertó el recuerdo de su nombre entre sus antiguos colegas, que entonces rememoraban las plácidas horas vividas en su compañía y se preguntaban por qué él ya no acudía a ningún sitio.

—Supongo que la sociedad le resulta un aburrimiento —dijo lord Eugene de Vere—. Os aseguro que a mí también, pero entonces, ¿qué debe hacer un amigo? Yo no soy miembro del Parlamento como Egremont. Creo que, después de todo, esa es la cuestión, porque he probado todo lo demás y todo lo demás es un aburrimiento.

—Yo creo que uno se debería casar, como ha hecho Alfred Mountchesney —dijo lord Milford.

—¿Pero de qué vale casarse si no te casas con una mujer rica? Y las herederas del momento actual no se van a casar. ¡Qué puede ser más antinatural! Solo esto debería provocar una revolución. ¿Por qué? Alfred es el único amigo que ha conseguido pareja. Y además no lo tiene por escrito.

—Esa Fitz-Warene se comportó de la manera menos elegante conmigo que cabe imaginar —dijo lord Milford—, siempre aceptaba mis ramos de flores e incluso una vez me hizo escribirle unos versos.

—¡Por Júpiter! —dijo lord Eugene—. Me habría gustado verlos. Qué pesadez debe de ser escribir versos...

—Solo los copié del álbum de Mina Blake, pero se los mandé escritos con mi propia letra.

Un desconcertado corazón era la razón del pesar de Egremont. Lo cual es el origen secreto de casi toda melancolía. Amaba y amaba en vano. La convicción de que su pasión, aunque desesperanzada, no era una presunción fútil, solo le hacía más desdichado, puesto que la agudeza de la desilusión es tanto más grande cuanto mejor es la oportunidad desperdiciada. No había vuelto a ver a Sybil desde la mañana que la dejó en Smith's Square, inmediatamente antes de que ella partiera hacia el norte. El juicio de Gerard había tenido lugar en las sesiones del tribunal de aquel año; había sido declarado culpable y condenado a dieciocho meses de prisión en el castillo de York. La intervención de Egremont, tanto en la Cámara de los Comunes como ante el gobierno, le salvó de la prisión mayor con la que le habían amenazado en un principio, y de la que sin duda los prisioneros de Estado estarían exentos. Durante esta operación tuvo lugar un intercambio de correspondencia entre Egremont y Sybil, que él habría fomentado y mantenido con mucho gusto, pero que, no obstante, cesó al producirse el incidente que la motivó. Sybil, a través de la influyente intercesión de Ursula Trafford, vivía en el convento de York durante el encarcelamiento de su padre, y le visitaba a diario.

El deseo de Sybil de tomar el hábito que una vez tanto había ansiado ahora se había esfumado. Quizá su experiencia de la vida la había convencido de la

importancia de cumplir con las responsabilidades fundamentales. Su padre, a pesar de que nunca se había opuesto a su deseo, nunca lo había alentado, y ahora tenía redoblados e interesantes motivos para que su hija se ordenara. Había soportado duros juicios y había sido víctima de la adversidad. Cuando Sybil miraba a su padre, aunque este aún mantenía la firmeza de su complexión, y su semblante todavía desprendía esa mezcla de franqueza y decisión que lo había distinguido antaño, no podía ocultarse a sí misma que había estragos en él que no habría podido producir el tiempo. Un año y medio de reclusión había debilitado hasta lo más profundo de una constitución nacida para la acción y que en todo momento había huido de las facilidades de la vida sedentaria. El desengaño que habían sufrido las elevadas esperanzas de su padre había crispado y enmarañado incluso la dulzura de su noble disposición. Ahora necesitaba que le prestaran cuidados y consuelo, y Sybil decidió que si el cuidado y la compasión podían aliviar una existencia que, de otra manera, se llenaría de amargura, al menos estos ángeles de la guarda revolotearían sobre la vida de su padre.

Al acabar el período de encarcelamiento, Gerard regresó con su hija a Mowbray. Si se hubiera dignado aceptar los ofrecimientos de sus amigos, no habría tenido que inquietarse por su futuro. Se había hecho una colecta pública para ayudarle. Morley, a quien le iba bien en la vida desde que la tirada del *Mowbray Phalanx* aumentaba día a día con las crecientes desgracias del pueblo, ofreció a su amigo compartir su casa y su dinero. Hatton era generoso, no existían los límites para sus ofrecimientos ni para los favores que brindaba, pero Gerard declinaba todas sus ofertas, porque prefería vivir de su trabajo. El puesto que había ocupado en la casa del señor Trafford no estaba vacante, aunque ese caballero habría estimado conveniente recibirle, pero su reputación como artesano de primer orden pronto le proporcionó un buen empleo si bien, en esta ocasión, fue en la ciudad de Mowbray. Gerard lamentaba por el bien de Sybil no tener un hogar agradable para ella. No obstante tenía la posibilidad de conseguir uno y, hasta que tomara posesión de él, ella buscó el asilo que le habían ofrecido desde el primer momento, en casa de su más amable y querida amiga. De manera que en este período de nuestra historia Sybil volvía a ser una interna del convento de Mowbray donde su padre y Morley la habían esperado la víspera del día que ella visitó por primera vez las ruinas de la Abadía de Marney.

## Capítulo 3

—He visto un montón de cosas en mi vida —dijo Jack el Burlón según se sacaba la pipa de la boca en la silenciosa taberna de El Gato y el Violín—, pero nunca vi nada como esto. Creo que si alguien conoce Mowbray ese soy yo, ya que desde niño llevo respirando este aire cosa de medio siglo. Lo mamé cuando sabía a primavera y esta taberna era una cabaña cubierta de madreSelva en medio de los verdes campos, donde los muchachos venían con sus chicas y bebían leche directamente de la vaca. Y también lo he respirado cuando la atmósfera era nociva, y un centenar de chimeneas humeaban como una sola... Y siempre me he encontrado bastante bien. Nada como los negocios para abrirle a uno el apetito. Pero ¿cuándo volveré a tener un poco de hambre, señora Trotman?

—Dicen que hasta el camino más largo termina haciendo un giro, señor Trotman.

—Nunca antes vi nada igual —contestó su marido—, y he visto malos tiempos, pero siempre solía decir: «Acordaos de lo que os digo, amigos, Mowbray progresará». Mis palabras tenían su carga de razón en este distrito, señora Trotman, como no podía ser de otra forma, viniendo de un hombre con mi experiencia... especialmente cuando fiaba.

»Todo hombre al que fiaba y anotaba en su cuenta era de la misma opinión que el dueño de El Gato y el Violín, y siempre pensaron que Mowbray avanzaría. Esa es la característica devastadora de estos tiempos, señora Trotman, no hay ningún progreso en el lugar.

—Comienzo a pensar que son las máquinas —opinó la señora Trotman.

—Tonterías —replicó el señor Trotman—. Son las leyes del trigo. La ciudad de Mowbray podría vestir al mundo con los recursos que tiene. ¿Cómo pueden Shuffle y Screw producir treinta millas de percal al día? Pero ¿dónde están las ganancias? Esa es la cuestión. Como dijo el caballero americano que dejó su cuenta sin pagar: «Recoja mis migas de pan y le extenderé un cheque al portador para el Banco de Pensilvania».

—Es muy cierto —remarcó la señora Trotman—. ¿Quién anda por ahí?

—¿No hay nada en mi camino? —preguntó una mujer que llevaba a cuestas una canasta de cerezas negras con una balanza de hojalata encima.

—¡Ah! Señora Carey —dijo Jack el Burlón—, ¿es usted?

—En carne y hueso, señor Trotman, aunque tengo claro que me siento más como un fantasma que como un ser de carne y hueso.

—Tiene motivos para decirlo, señora Carey. Usted y yo hemos conocido Mowbray desde hace más tiempo que nadie de esta vecindad, creo yo.

—Y nunca he visto una época como la actual, señor Trotman, ni que se le pareciera. No obstante, siempre pensé que llegaríamos a esto. Las cosas están totalmente al revés de cómo solían ser, los niños acaparan ahora los sueldos y la gente decente va a la deriva sorteando la vida como puede. Eso es lo que pienso yo, señor

Trotman.

—El comercio se nos va del condado, viuda. No le quepa la menor duda.

—¿Y cómo vamos a recuperarlo de nuevo? —preguntó la viuda—. Las fuerzas del orden público deberían intervenir.

—Debemos tener pan barato —dijo el señor Trotman.

—Eso es lo que dicen —dijo la viuda—, pero qué más nos da que el pan sea barato o caro si no tenemos nada con que comprarlo. Por cierto, ¿no querrá algo de lo que llevo, vecino? Me temo que no es muy tentador —dijo la buena viuda, en un tono bastante lastimero—, pero un poco de fruta fresca enfría la boca en esta época sofocante, y en cualquier caso me devuelve al mundo. Parece un negocio, pero es muy duro conseguir un penique con él. Aunque los vecinos de una son muy amables, y un poco de charla sobre lo terribles que son los tiempos siempre me levanta el ánimo.

—Bueno, compraremos una libra por el bien del comercio, viuda —dijo la señora Trotinan.

—Y aquí tiene un vaso de ginebra con agua, viuda —añadió el señor Trotman—, y cuando Mowbray progrese vendrá a pagarlo.

—Gracias a los dos de todo corazón —dijo la viuda—. Un buen vecino, como dice nuestro pastor, es la laguna de Betsaida. Y, como usted dice, Mowbray progresará.

—¡Nunca he dicho eso! —exclamó Jack el Burlón interrumpiéndola—. No vaya por ahí diciendo que yo he dicho que Mowbray progresaría. Mis palabras tienen un peso en este distrito, viuda. ¡Mowbray progresar! ¿Por qué habría de progresar? ¿Sobre qué base?

—En efecto, ¿sobre qué? —señaló Devilsdust según entraba en El Gato y el Violín con Dandy Mick—. No hay ni el espíritu de un piojo en Mowbray.

—Esa es una gran verdad —dijo Mick.

—¿Hay alguna ciudad tan cobarde en todo el reino donde los operarios trabajen media jornada, y agradezcan a los capitalistas que mantengan las fábricas en funcionamiento, pese a tenerles al borde de la inanición? —preguntó Devilsdust en tono de desprecio.

—Eso es lo que hay —dijo Mick.

—Me alegro de verles, caballeros —dijo el señor Trotman—. Por favor, tomen asiento. Aún queda un poco de tabaco en Mowbray, y un vaso de licor a su entera disposición.

—Para mí nada que pague impuestos —dijo Devilsdust.

—Bueno, no es exactamente lo correcto, señora Trotman, creo yo —dijo Mick, inclinándose galantemente ante la dama—, pero por mi alma que estoy tan sediento que tomaré la palabra a Jack el Burlón —y diciendo esto, Mick y Devilsdust se acomodaron en la barra, mientras la bondadosa señora Carey tomaba sorbos de su vaso de ginebra con agua, del cual afirmaba con frecuencia que era la laguna de

Betsaida.

—Bueno, Jack —dijo Devilsdust—, me imagino que has oído la noticia.

—Si es algo que ha pasado en Mowbray, especialmente en este distrito, debería pensar que sí. Los tiempos han de ser ciertamente muy malos para que alguien no se pase a contarme qué ha ocurrido y pedirme consejo.

—No tiene nada que ver con Mowbray.

—Mis más sinceras gracias, señora Trotman —dijo Mick—. Brindo a su salud.

—Entonces no sé qué hacer —dijo Jack el Burlón, respondiendo a la observación anterior de Devilsdust—, porque últimamente nunca leo los periódicos... a no ser que tengan ya una semana, y eso cuando me los deja un amigo. Yo, que solía comprar mi *Sun* habitualmente, por no hablar del *Dispatch*, y del *Bell's Life*. Los tiempos han cambiado, señor Radley.

—Habla como un libro abierto, señor Trotman —dijo Mick—. Brindo a su salud. Pero, en cuanto a los periódicos, yo mismo no sé qué hacer, el Círculo Literario y Científico ha cerrado, porque no les quedan suscriptores, excepto los socios honorarios; y no tenían un solo periódico excepto el *Moral World*, y ese porque es gratis.

—Tan mal como El Templo —dijo Jack el Burlón—. Han muerto las instituciones del país. ¿Y cuál es la noticia entonces?

—Los trabajadores están triunfando en Lancashire —dijo Devilsdust con amarga solemnidad.

—¡Diablos que sí! —dijo Jack el Burlón—. ¿Y qué?, ¿acaso han subido los sueldos?

—No —respondió Devilsdust—, pero han parado las fábricas.

—Eso no arreglará mucho las cosas —dijo Jack lanzando un suspiro.

—¿Crees que no?

—Las clases trabajadoras tendrán menos dinero que gastar que nunca.

—¿Y qué tendrán los capitalistas para gastar? —preguntó Devilsdust.

—De mal en peor —dijo el señor Trotman—. Nunca volverás a ver instituciones como El Templo abiertas de nuevo con este sistema.

—No temas, Jack —dijo Mick, tomando un trago—. Si conseguimos nuestros derechos, ¿no lo celebraremos con una comilona?

—Lo que debemos hacer es luchar —dijo Devilsdust—, y enseñar a los capitalistas de quién dependen, para que en el futuro no se vuelvan a llevar la mejor parte, y entonces todo estará en su sitio.

—Un jornal digno por una jornada de trabajo digna —dijo Mick—, eso es lo que hay.

—Comenzó en Staleybridge —continuó Devilsdust—, y paralizaron todo. Y ahora marchan hacia Manchester con un ejército de diez mil hombres. Arrollaron a la policía...

—Y vitorearon a los «casacas rojas» como centellas —dijo Mick.

—Los soldados confraternizarán —dijo Devilsdust.

—¿Que harán qué? —preguntó la señora Trotman.

—Hundir sus bayonetas en los capitalistas, que les han contratado para degollar a las clases trabajadoras —respondió Devilsdust.

—La reina está de nuestro lado —dijo Mick—. Es bien sabido que se horroriza cuando ve a esas chicas trabajando en las fábricas a toda prisa.

—Bueno, esto sí que es una noticia —dijo la señora Carey—. Siempre pensé que algo bueno nos traería tener a una mujer en el tro no —y, reiterando las gracias y envolviéndose en el mantón, la vieja se retiró ansiosa por divulgar la noticia.

—Y ahora que estamos solos —dijo Devilsdust—, la cuestión es qué vamos a hacer aquí. Veníamos a consultarte, Jack, porque tú conoces Mowbray mejor que ningún otro hombre. Esto se va a extender. No va a detenerse en breve. También he tenido un pajarito cantándome al oído estos dos últimos días. Si no consiguen detenerlo en Lancashire, y les reto a ello, habrá un levantamiento general.

—He visto gran cantidad de cosas en mi vida —dijo el señor Trotman—. Varios levantamientos y varias huelgas, y huelgas de obreros tan tensas como no os podéis imaginar. Pero para mi gusto no hay nada como una huelga en tiempos prósperos. Bajo esas circunstancias se envía más dinero del que podáis suponer, jóvenes caballeros. Es tan provechoso como cualquier día de la feria de Mowbray.

—Pero ahora vayamos al grano —dijo Devilsdust—. A la gente se la engaña con frecuencia, necesitan un líder.

—Bueno, está Gerard —dijo Jack el Burlón—. Nunca en la vida ha existido un hombre mejor. Y Warner, el hombre más grande que jamás haya salido de los tejedores.

—Ay, ay —dijo Devilsdust—. Pero a ambos les ha caído año y medio, y eso enfría la sangre.

—Además —añadió Mick—, son demasiado viejos, y Stephen Morley les ha engatusado, predicando la fuerza moral y todo ese tipo de embustes.

—Nunca he oído que la fuerza moral ganara la batalla de Waterloo —dijo Devilsdust—. Ojalá los capitalistas ejercitaran la fuerza moral un poco, y veríamos si las cosas seguían funcionando. Si los capitalistas renunciaran a sus «casacas rojas», sería un defensor de la fuerza moral mañana mismo.

—Y la nueva policía —añadió Mick—. Bonito ejemplo que un tipo con un abrigo azul te arree en la cabeza con las ganas del mismísimo diablo y te dejen la fuerza moral de escayola.

—Bueno, todo eso está muy bien —dijo Jack el Burlón—, pero yo estoy en contra de la violencia... al menos de la fuerza bruta. No me opongo a un motín moderado siempre que no sea en mi distrito de la ciudad.

—Bien, esa no es la situación por ahora —dijo Mick—. No queremos que haya nada de violencia. Solo queremos que paren todas las fábricas y asalariados del reino, y se decrete una fiesta nacional como es debido de al menos seis semanas.

—He visto gran cantidad de cosas en mi vida —reiteró Jack el Burlón solemnemente—, pero siempre he observado que si la gente, por lo general, hubiera trabajado media jornada durante una semana, aguantaría cualquier cosa.

—Eso no es ninguna tontería —dijo Mick.

—El espíritu del movimiento está roto —dijo Jack el Burlón—, o, si no, nunca hubieran dejado que se cerrara El Templo.

—¡Y piensa en nuestro Instituto sin un solo socio! —dijo Mick—. Las chicas son las únicas a las que les queda algo de espíritu de rebelión. Julia me acaba de decir que lucharía con el mismo diablo por conseguir los *cinco puntos* cualquier día del verano.

—Tú crees que el espíritu no se puede levantar, Jack el Burlón —dijo Devilsdust muy seriamente—. Deberías ser juez.

—Si yo no conozco Mowbray ¿quién lo conoce? Confía en mi palabra, la casa no se moverá de su sitio.

—Entonces, REBELIÓN... —dijo Mick.

—¡Silencio! —dijo Devilsdust—. Pero supón que se extiende.

—No se extenderá —dijo Jack el Burlón—. He visto una buena cantidad de estas cosas. Me figuro que, por lo que dices, es un tumulto del algodón. Pasará, señor mío. Cuando vea a los mineros fuera, entonces hablamos.

—Cosas más raras que esa han pasado —dijo Devilsdust.

—Entonces, las cosas se ponen serias —continuó Jack el Burlón—. Esos mineros son muy tercos y, cuando se enfadan, no son como una brisa. ¿Eso es todo?

—De acuerdo —dijo Devilsdust—, lo que dices hay que tenerlo en cuenta, pero igualmente siento que estamos a las puertas de una crisis duradera.

—No, ¡caramba! —dijo Mick, y, lanzando su gorra al aire, chasqueó los dedos encantado ante el entretenimiento que se avecinaba.

## Capítulo 4

—No creo que pueda soportar esto mucho tiempo más —dijo a su esposa el señor Mountchesney, el yerno de lord de Mowbray, mientras permanecía de pie, de espaldas a la chimenea vacía, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo—. Esta vida en el campo en agosto me aburre hasta la extenuación. Joan, creo que iremos a Baden.

—Pero papá está tan interesado, queridísimo Alfred, en que permanezcamos aquí de momento y veamos a los vecinos un poco...

—Podría cambiar de opinión y quedarme aquí para agradar a tu padre, pero, en cuanto a los vecinos, ya los he visto lo suficiente. No son el tipo de gente que haya conocido antes, o que desee volver a ver. No sé qué decirles, ni siquiera puedo añadir una idea a lo que me dicen. ¡En fin! Ciertamente el campo en agosto es algo que no puede imaginarse quien no lo ha probado.

—Pero tú siempre solías decir que adorabas el campo, Alfred —dijo lady Joan con un tono de tierno reproche.

—Y lo adoro. Nunca he sido más feliz que cuando estuve en Melton, e incluso me gustaba el campo en agosto cuando estuve en los páramos.

—Pero yo no puedo ir a Melton de buen grado —dijo lady Joan.

—No veo por qué no puedes. La señora Shelldrake va con su esposo a Melton, y también lady Di con Barham, y todos tan felices.

—Bueno, en todo caso no podemos ir a Melton ahora —dijo lady Joan avergonzada—, y me es imposible ir a los páramos.

—No, pero yo podría ir —dijo el señor Mountchesney—, y dejarte a ti aquí. Podría haber ido con Eugene de Vere y Milford y FitzHeron. Querían que yo fuese por encima de todo. ¡Qué estupenda fiesta habría habido, y qué gran diversión habríamos tenido! Y no tendría que haber estado fuera más de un mes, o quizá seis semanas, y podría haberte escrito todos los días y todo ese tipo de cosas.

Lady Joan suspiró y fingió retomar el libro abierto que había sostenido en la mano durante esta conversación.

—Me pregunto dónde está Maud —dijo el señor Mountchesney—. Me gustaría que hoy se viniera a montar a caballo conmigo. Es una amazona estupenda, y siempre me divierte. Como tú no puedes cabalgar ahora, Joan, me gustaría que dejaras a Maud montar a *Rayo de Sol*.

—Como deseas.

—Bien, voy a los establos y se lo diré. ¿Quién viene por ahí? —exclamó el señor Mountchesney, y entonces se aproximó a la ventana que daba al parque. Desde ella se veía en la distancia la llegada de un carruaje muy llamativo.

Lady Joan levantó la vista.

—Ven aquí, Joan, y dime quiénes son esos —lady Joan estuvo a su lado en un momento.



—Es la librea de los Bardolf —dijo lady Joan.

—Yo siempre los llamo Firebrace, no puedo evitarlo —dijo el señor Mountchesney—. Bien, me alegro de que sean ellos. Pensé que podían invadirnos los bárbaros. Lady Bardolf nos traerá noticias.

Lord y lady Bardolf no estaban solos. Venían acompañados por un caballero que se había quedado de visita en Firebrace y que, conociendo a lord de Mowbray, venía a presentar sus respetos al castillo en su camino hacia Londres. Este caballero era el individuo que los había elevado a la nobleza: el señor Hatton. Una considerable intimidad había aflorado entre él y sus clientes. Firebrace era un viejo lugar reconstruido en tiempos de los Tudor, de cuya primitiva construcción quedaban algunas de sus partes más antiguas y una cámara con títulos de propiedades que había escapado a las guerras civiles. Hatton se deleitaba con ellos, y en el curso de sus investigaciones había hecho ya descubrimientos que permitían colocar la pequeña corona del condado de Lovel sobre la cabeza del antiguo señor de la baronía, un título que ahora ya no mencionaba nunca. A Lord de Mowbray le agradaba ver al señor Hatton, un caballero en el que había depositado gran confianza desde que, hace tres años, el consejo de este referente a la escritura de propiedad y el derecho sobre su señorío había resultado ser discreto y correcto. De acuerdo con aquel consejo, lord de Mowbray había pedido a sus abogados que comparecieran en la demanda sin entrar en explicaciones innecesarias acerca de los méritos de su caso. Contaba con la precisión del cálculo de Hatton de que el derecho no sería reivindicado. Y tenía razón pues, tras algunas evasivas y maniobras preliminares, la demanda no había sido reivindicada. Así pues, lord de Mowbray, siempre cortés, estaba dispuesto a conceder una muy distinguida recepción a su consejero confidencial. Insistió mucho a sus invitados para que se quedaran con él algunos días y, aunque esto no era factible, el señor Hatton prometió que no abandonaría la zona sin visitar el castillo de nuevo.

—¿Siguen tranquilos por aquí? —le preguntó el señor Hatton a lord de Mowbray.

—Y me cuentan que va a seguir así —dijo lord de Mowbray—. La mayoría de las fábricas está funcionando y los hombres han aceptado los sueldos reducidos con buen talante. El hecho es que los agitadores de esta zona sufrieron una contundente derrota en el treinta y nueve, y los artistas han perdido su influencia.

—Lo siento por la pobre lady St. Julians —le dijo lady Bardolf a lady de Mowbray—. Ha debido de causarle tal decepción y ha tenido tantas... Pero comprendo que no se puede culpar a nadie más que a ella misma. ¡Si al menos hubiese dejado al príncipe en paz... pero no podía estarse quieta!

—¿Dónde están los Deloraine?

—En Munich, donde están encantados. Y lady Deloraine me ha escrito que el señor Egremont ha prometido unirse a ellos allí. Si lo hace, pretenden pasar el invierno en Roma.

—Alguien dijo que se iba a casar —dijo lady Bardolf—, pero no he oído nada.

El señor Mountchesney entró y saludó a los Bardolf con cierto afecto:

—¡Qué delicioso encontrarse en el campo en agosto a alguien que has visto en Londres en junio! —exclamó—. Ahora, querida lady Bardolf, cuénteme algo, pues es imposible concebir una situación tan triste como la que tenemos nosotros aquí. Nunca recibimos cartas. Joan solo mantiene correspondencia con filósofos, y Maud con clérigos; y ninguno de mis amigos me escribe.

—¿Quizá nunca les escribe usted a ellos?

—Bueno, nunca he sido escritora de cartas, porque la verdad es que nunca quería escribir o que me escribieran. Siempre sabía lo que estaba sucediendo porque siempre estaba en el lugar adecuado. Estaba haciendo las cosas sobre las cuales la gente escribía, pero ahora, que ya no estoy en el mundo, no hago nada, vivo en el campo, y además, en el campo en agosto me gustaría recibir cartas todos los días, pero no sé a quién escoger como corresponsal. Eugene de Vere no me escribirá, Milford no puede y, en cuanto a FitzHeron, es tan egoísta que siempre quiere que se le conteste a sus cartas.

—Eso es muy poco razonable de su parte —dijo lady Bardolf.

—Además, ¿qué pueden contarme en este momento? Han ido a los páramos y se lo están pasando bien. Me invitaron a ir con ellos pero no podía ir, porque, verá... No podía dejar a Joan; aunque por qué no podía dejarla es algo que no entiendo, ya que Egerton tiene cacerías este año y deja a lady Augusta con su padre.

Al regresar del paseo, lady Maud entró en la estancia, con su sombrero puesto. Toda ella era animación, estaba encantada de ver a todo el mundo. Había ido a Mowbray a escuchar unos cantos en la capilla católica del pueblo, se había celebrado un servicio y una colecta para paliar la pobreza de los trabajadores del lugar. Había estado pendiente del evento varios días y le habían dicho que oiría la voz más hermosa que jamás hubiera escuchado, pero esta había superado ampliamente sus expectativas. Parecía la voz de una mujer, no podían concebirse tonos más tiernos y, sin embargo, más emocionantes; en una palabra, angelicales.

El señor Mountchesney la culpó por no llevarle. Le gustaba la música, el canto y especialmente las voces femeninas. Habiendo tan poco entretenimiento, le sorprendía que lady Maud no se hubiera preocupado de que él estuviera presente. Su cuñada le recordó que le había pedido a él particularmente que la llevara a Mowbray y que él había declinado el honor al considerarlo un aburrimiento.

—Sí —dijo el señor Mountchesney—, pero creía que Joan iba contigo y que ibais a estar de compras.

—Buena cosa que se suspendieran las sesiones de la Cámara antes de los disturbios en Lancashire —le dijo lord Bardolf a lord de Mowbray.

—Creo que lo mejor que podemos hacer es permanecer todos en nuestras propiedades —dijo lord de Mowbray.

—Mi vecino Marney está en un estado de gran agitación —dijo lord Bardolf—, toda su caballería de terratenientes está preparada.

—¿Pero él está tranquilo en Marney?

—En cierto modo, pero estos fuegos nos desconciertan. Marney se niega a creer que las condiciones de los trabajadores tengan algo que ver, y es verdaderamente un hombre muy sagaz. Pero aun así no sé qué pensar. La Ley del Pobre es muy poco popular en mi parroquia. Marney opina que los incendiarios son todos forasteros contratados por la Liga contra la Ley del Grano.

—¡Ah! Aquí está lady Joan —exclamó lady Bardolf según entraba en la habitación la esposa del señor Mountchesney—. ¡Mi queridísima lady Joan!

—Vaya, Joan —dijo el señor Mountchesney—, Maud ha estado en Mowbray y ha escuchado cantos de lo más deliciosos. ¿Por qué no hemos ido?

—Si ya te lo mencioné, Alfred.

—Recuerdo que dijiste algo de ir a Mowbray y que querías ir a varios sitios. Pero no hay nada que odie tanto como ir de compras. Me aburre más que cualquier otra cosa. Y tú en especial tardas tanto cuando vas de compras... Pero cantar, y más si se trata del hermoso canto de una mujer en una capilla católica, de una hermosa mujer, eso es una cosa bastante distinta... y me hubiera entretenido, algo en lo que nadie parece pensar aquí. No sé cómo lo encuentra usted, lady Bardolf, pero para mí el campo en agosto es un poco... —y sin terminar su frase, el señor Mountchesney puso una mirada de desesperación inexpresable.

—¿Y no vio a esa cantante? —preguntó el señor Hatton, acercándose sigilosamente a lady Maud para hablarle con voz tenue.

—No la vi, pero me cuentan que es increíblemente bella, algo extraordinario. Intenté verla pero fue imposible.

—¿Es una cantante profesional?

—Me imagino que no, es la hija de uno de los de Mowbray, creo.

—Invitémosla al castillo, lady de Mowbray —dijo el señor Mountchesney.

—Si así lo deseas... —contestó lady de Mowbray con una sonrisa lánguida.

—Bueno, al fin tengo algo que hacer —dijo el señor Mountchesney—. Iré a Mowbray a caballo, encontraré a la hermosa cantante y la traeré al castillo.

## Capítulo 5

Un rayo de sol vertical, suavizado por la vidriera de colores de una pequeña ventana gótica, bañaba la habitación de la madre superiora del convento de Mowbray. La estancia abovedada, de dimensiones muy reducidas, estaba amueblada con gran sencillez y se abría a un pequeño oratorio. Había varios volúmenes en una mesa, un crucifijo de ébano fijado en un nicho y sentada, apoyada en una silla de respaldo alto, estaba Ursula Trafford. Su tez pálida y refinada que en su juventud se había distinguido por su brillo se había convertido ahora en su reclamo espiritual, y ciertamente todo su semblante —su frente delicada, la pequeña nariz aguileña y la boca bien formada, firme pero benévola— presagiaba el alma celestial que habitaba en ese gentil entorno.

La madre superiora no estaba sola. En un asiento bajo junto a ella, sujetando su mano y mirándola a la cara con simpatía reverencial, había una doncella por la que habían pasado ya cinco veranos desde que la vimos en su adolescencia entre las ruinas de la Abadía de Marney. Esos cinco veranos habían hecho realidad la incomparable promesa de sus encantos además de haberla hecho crecer en estatura y haber serenado el brillo de su belleza sin menguar nada de su resplandor ni robar un ápice de su gracia.

—Sí, lloro por ellas —dijo Sybil—, por las convicciones profundas que me han hecho desear que el claustro sea mi hogar. ¿Es que el mundo ha absuelto mi alma? Aún no he saboreado las alegrías mundanas, y todo lo que he conocido ha sido sufrimiento y lágrimas. Regresarán... esas ilusiones de mi sagrada juventud, querida amiga, ¡dime que volverán!

—Yo también he tenido esas ilusiones en mi juventud, Sybil, y no por el claustro. Sin embargo, aquí estoy.

—¿Y qué debería interpretar? —dijo Sybil inquisitivamente.

—Que mis ilusiones perseguían el mundo y me trajeron al claustro y que las tuyas perseguían el claustro y te trajeron al mundo.

—Mi corazón está triste —dijo Sybil—, y los tristes han de buscar amparo en la sombra.

—Estás atribulada, hija mía, más que triste.

Sybil negó con la cabeza.

—Sí, hija mía —dijo Ursula—, el mundo te ha enseñado que hay afectos que el claustro no puede satisfacer ni otorgar. ¡Ah! Sybil, yo también he amado.

La sangre subió a las mejillas de Sybil y luego regresó igual de rápidamente a su corazón. Su mano temblorosa apretó la de Ursula mientras suspiraba y murmuraba: «No, no, no».

—Sí, es su espíritu el que se cierne sobre tu vida, Sybil, y en vano olvidarás lo que embruja tu corazón. Alguien no menos virtuoso que él, tan bueno, tan discreto, tan gentil, una vez susurró en mi oído la música de la felicidad. Era como yo hijo de

una casa antigua, y la naturaleza le había dotado de todas las cualidades que pueden deslumbrar y hechizar. Pero su corazón era tan puro y su alma tan ligera como brillantes su inteligencia y su cuerpo... —y Ursula hizo una pausa.

Sybil puso sus labios sobre la mano de Ursula y susurró:

—Sigue hablando.

—Los sueños de los días pasados —continuó Ursula emocionada—, las feroces penas que me vienen a la mente... y aun así siento que fui escarmentada sabiamente. Él fue golpeado en su virtuoso orgullo el día anterior al que iba a llevarme al altar. Allí, sola, encontré el consuelo que nunca falta, y de ese modo acabaron ciertos años de amor humano, mi Sybil —dijo Ursula, inclinándose hacia delante y abrazándola—. El mundo cruzó nuestros bellos cauces durante una temporada, y un poder más grande que el mundo me hizo superar sus prohibiciones, pero esos sueños son sagrados. Ahora esa memoria es mi consuelo, es dulce y libre, y cuando él vino hasta aquí a preguntar por ti, su presencia y corazón agitado me recordaron mi pasado.

—Es un pensamiento demasiado turbulento —dijo Sybil—, ruina para él, ruina para todos. No, estamos castigados por un destino tan incontrolable como el que castigó a tu querido amigo, la nuestra es una muerte en vida.

—El día de mañana es imprevisible —dijo Ursula—. Me haría realmente feliz, mi querida Sybil, que tu inocencia se consagrara a estas paredes y que la pupila de mis mejores años y la amiga de mi madurez fuera mi sucesora en esta casa. Pero estoy profundamente convencida de que no te ha llegado la hora de dar un paso que no admite vuelta atrás.

Diciendo esto, Ursula abrazó y despidió a Sybil, puesto que la conversación, los últimos pasajes de la cual hemos recogido, había ocurrido cuando Sybil, de acuerdo con su costumbre de los sábados por la tarde, había venido a pedir permiso a la madre superiora para ir a visitar a su padre.

Gerard había encontrado un hogar temporal en el primer piso de la oficina de imprenta del *Mowbray Phalanx*, que era una estancia tolerablemente espaciosa y confortable. Hacía poco que había llegado de la fábrica y caminaba, inquieto, de un lado a otro de la habitación esperando ansiosamente la llegada de su hija.

Y ella fue. Primero, se oyó el paso constante, luego, la familiar llamada a la puerta; padre e hija se abrazaron. Estrechó contra su corazón a la hija que no se había separado de él a lo largo de los largos procesos, que lo había aliviado de tantas penas, que había sido el ángel que lo había visitado en la celda y cuya entrega había hecho llevadero su cautiverio.

Sus encuentros, aunque regulares, ahora eran relativamente poco frecuentes. Se solían reunir el día de fiesta y también, a veces, la tarde anterior durante un rato breve, pero aun con todo, el alegre hogar y la bienvenida ya no eran para Gerard. ¿Serían para él en el futuro? ¿Y qué le depararían a su hija los años venideros? Su mente vaciló entre el convento del que ahora ella apenas hablaba y que a él nunca le había agradado, y aquellos sueños de verla restaurada en el esplendor de una riqueza

que su temperamento optimista todavía le susurraba. A pesar de la esperanza tantas veces aplazada y las expectativas tan a menudo frustradas, puede que aquellos sueños aún se cumplieran. Y, a veces, en medio de esas esperanzas opuestas, se alzaba una tercera y más práctica, aunque de resultado menos pintoresco, la idea de que se casara. ¿Y con quién? Era imposible que una joven de raro talento y educada con tanta delicadeza pudiera convertirse en la esposa de alguien del pueblo. Hatton le ofrecía su riqueza, pero Sybil nunca había parecido simpatizar con sus esperanzas, y Gerard pensaba que la diferencia de edad entre ellos suponía una gran barrera. De todos los hombres de su propia clase solamente había uno que por su edad, sus grandes cualidades, su simpatía, y la naturaleza de su trabajo y sus medios, pudiera no ser la persona inadecuada para convertirse en el marido de su hija. A menudo, Gerard había cavilado sobre la posibilidad de estos lazos íntimos con Morley. De hecho, Sybil se había criado bajo su mirada, siempre había subsistido el afecto entre los dos, y sabía bien que en otros tiempos Sybil había apreciado y admirado las grandes cualidades y los logros de su amigo. En una época casi sospechó que Morley estaba encariñado con ella. Y, sin embargo, por causas que nunca había intentado averiguar, probablemente por una combinación de circunstancias involuntarias, Sybil y Morley habían coincidido poco en los últimos años y su intimidad se había desvanecido por completo. A Gerard le parecía que Morley había demostrado ser su amigo más fiel. Al principio Morley le había intentado disuadir enérgicamente del rumbo que había desembocado en las tribulaciones y el castigo que había padecido. Cuando lo arrestaron, su antiguo colega pagó su fianza, le acompañó y aconsejó durante el juicio, e intentó aliviar su encarcelamiento por todos los medios. Cuando Gerard fue puesto en libertad, se ofreció a compartir sus bienes con él y, aun cuando este rehusó el ofrecimiento, Morley le brindó su propio techo. Pero a pesar de todo esto, de una u otra forma, la entrega de corazón y de mente, y la camaradería profunda y hogareña que había caracterizado los viejos tiempos había desaparecido. Había todavía devoción por parte de Morley, pero con reservas.

—Estás preocupado, padre mío —dijo Sybil mientras Gerard seguía caminando arriba y abajo.

—Solo un poco intranquilo. Estoy pensando que fue un gran error que nos mudáramos en el treinta y nueve.

Sybil suspiró.

—¡Ah! Tenías razón, Sybil —continuó Gerard—, las cosas no estaban maduras. Teníamos que haber esperado tres años.

—¡Tres años! —exclamó Sybil sobresaltándose—. ¿Las cosas están más maduras ahora?

—Lancashire entero se ha sublevado —dijo Gerard—. No hay fuerzas suficientes para mantenerles en jaque. Si los mineros y los hulleros se alzan, y tengo razones para pensar que es más que probable que lo hagan en pocos días, se acabó el juego.

—Me aterrás —dijo Sybil.

—Al contrario —dijo Gerard sonriendo—, la noticia es suficientemente buena; casi diría que demasiado buena para ser verdad, pues me la contó uno de los viejos delegados que ha venido para ver qué se puede hacer en nuestra tierra del norte.

—Sí —dijo Sybil con tono de curiosidad, incitando a su padre a proseguir.

—Vino a la fábrica, y hablamos un rato. No habrá líderes esta vez, al menos no visibles. El pueblo lo hará por sí mismo. Todos los trabajadores se alzarán en el mismo día y no volverán a sus oficios hasta que tengan sus derechos. Sin violencia, sin derramar sangre, pero se paralizarán las fábricas y, entonces, nuestros opresores aprenderán la gran verdad económica al tiempo que una lección moral: que cuando el trabajo juega, cesa la riqueza.

—Cuando el trabajo cesa, el pueblo sufre —dijo Sybil—. Esa es la única verdad que hemos aprendido, y es una verdad amarga.

—¿Podemos ser libres sin sufrir? —preguntó Gerard—. ¿Puede obtenerse la mayor de las bendiciones humanas como cualquier otra cosa, como arrancar una fruta o atrapar la corriente de un arroyo? No, no. Debemos sufrir, pero somos más sabios que antaño, no conspiraremos. Las conspiraciones son para los aristócratas, no para las naciones.

—¡Ay! No veo más que aflicción —dijo Sybil—. No puedo creer que después de todo lo que ha pasado, la gente aquí se subleve. No puedo creer que, después de todo lo que ha pasado, todo lo que tú y nosotros hemos soportado, que tú, mi padre, les aconsejes para que se subleven.

—Yo no aconsejo nada —dijo Gerard—. Ha de ser un fuerte instinto nacional el que lo haga; pero si toda Inglaterra, Gales, Escocia no trabajan, ¿por qué Mowbray va a ser una excepción?

—Ah, esa es una burla amarga —dijo Sybil—. A los trabajadores de Inglaterra, Gales y Escocia se les obligará a no faltar al trabajo igual que en otras ocasiones. ¿Cómo pueden subsistir sin él? Y si pudieran, hay un poder organizado que los someterá.

—Las sociedades de beneficencia, los montepíos de beneficencia y las sociedades funerarias tienen dinero en los bancos como para mantener a todas las clases obreras. Con su aportación en especie durante seis semanas se podrá paliar la situación. Y respecto a la fuerza, vaya, no hay ni cinco soldados por cada ciudad del reino. Esta amenaza militar no asusta ni a un niño, es como un «coco» brillante. Una huelga simultánea desconcertaría a todos los ejércitos de Europa.

—Volveré y rezaré para que todo esto no sean más que locuras —dijo Sybil sinceramente—. Después de todo lo que ha pasado, aunque solo fuera por tu hija, no deberías hablar y mucho menos pensar así, padre. ¡Qué estrago en nuestros corazones y hogares ha sido toda esta sinrazón! Nos ha separado, ha destrozado nuestro feliz hogar, ha hecho mucho más que eso... —y rompió a llorar.

—No, no llores, hija mía —dijo Gerard, acercándose y consolándola—, uno no puede medir sus palabras ante aquellos a quienes ama. No puedo oír con frialdad que

la gente se subleva, me puede. Pero te prometo que no incitaré a la rebelión a los muchachos de la ciudad; me han dicho que tienen tendencia a la agitación. Me encuentras en un momento que, supongo, debo llamar de júbilo. He oído que vencieron a los «casacas rojas» y a los policías en Staley Bridge. Tienes que comprender que eso me altere la sangre un poco, Sybil, porque de muchacho fui arrollado por los cascos de la caballería de los terratenientes.

Respondió con un beso al abrazo que le tendía su padre. La bendijo y la estrechó contra su corazón, y alivió sus temores con palabras de ternura. Alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo Gerard. Y entró el señor Hatton.

No se habían visto desde que liberaran a Gerard del castillo de York. Allí Hatton lo había visitado, había ejercido su influencia para remediar sus agravios y, en más de una ocasión, le había ofrecido los medios de subsistencia para cuando llegara su libertad. Había momentos de desaliento en los que Gerard casi había deseado que la estima y el aprecio con los que Sybil miraba a Hatton hubieran madurado en sentimientos de naturaleza más profunda; pero el padre jamás había mencionado una palabra de este tema. Tampoco Hatton había insinuado estos deseos más que a Gerard, ya que apenas podía llamarlos esperanzas. Era un pretendiente silencioso, que observaba las oportunidades y estaba dispuesto a aprovecharse de las circunstancias que adoraba. Su disposición optimista, alimentada por una mente muy sugestiva e inventiva, estimulada por el éxito y una vida próspera, le mantenían siempre alerta hasta el final. Hatton siempre creía que todo lo deseado debía ocurrir si un hombre poseía la energía y respetaba los pasos debidos. Confiaba también en la influencia de su actitud insinuante, sus gustos elegantes, su tono cariñoso, su pronta simpatía, todo lo cual enmascaraba su temerario valor y absoluto derroche de medios.

Se saludaron cálida y largamente. Los ojos de Hatton estaban anegados en lágrimas mientras felicitaba a Gerard por su restablecida salud, y apretaba la mano de Sybil entre las suyas con el afecto de un viejo amigo.

—He venido aquí, a esta parte del mundo, por negocios —dijo Hatton— y pensé en venir un día para ver qué tal estabais. —Y después de hablar de todo un poco dijo—: ¿Dónde creéis que estuve de visita hace dos o tres días por casualidad? En el castillo de Mowbray. Veo que estáis sorprendidos. Vi a todos vuestros amigos. No le pregunté a Su Excelencia el duque cómo iban las gestiones sobre el derecho de su título. Me atrevo a decir que piensa que todo va bajo cuerda, pero se equivoca. He sabido de algo que podría ayudarnos a saltar la cerca.

—Hubo un día —dijo Gerard—, en el que pensé que, si recuperaba las tierras, el pueblo tendría al fin un amigo; pero eso es agua pasada. A menudo he sido un soñador de sueños cuando los pasaba por alto a la hora del trabajo. Supongo que todos lo hemos sido. Renunciaría a mi petición si pudiera estar seguro de que los muchachos de Lancashire no iban a perjudicar con su ataque.

—Es mucho más serio —dijo Hatton— que cualquier cosa de este tipo que haya



sucedido hasta ahora. El gobierno está muy alarmado. Hablan de mandar a la guardia al norte y de mandar tropas desde Irlanda.

—¡Pobre Irlanda! —exclamó Gerard—. En fin, creo que es posible que los campesinos irlandeses nos echen una mano ahora y, al menos, empleen las tropas.

—No, querido padre, no digas tales cosas.

—Sybil no me deja pensar en estos asuntos, amigo Hatton —dijo Gerard sonriendo—. Bueno, supongo que no es mi sino, al menos no lo hice todo lo bien que hubiera querido en el treinta y nueve; pero fue Londres quien me metió en aquel apuro. No puedo evitar imaginar que si hubiera estado aquí en nuestros páramos durante un tiempo, junto con algunos buenos muchachos, todo sería diferente. Y estoy en la obligación de decirlo, lo estoy, Sybil.

—Pero estáis muy tranquilos aquí, espero —dijo Hatton.

—¡Oh, sí! Creo que en Mowbray nuestro espíritu está bastante quebrado. Los sueldos bajan semanalmente y solo los mantienen lo indispensable para impedir la pura inactividad. Esa clase de cosas deja a la gente en condiciones muy modestas. Pero espera un poco, y cuando hayan llegado al punto de la inanición, me imagino que oiremos un murmullo.

—Recuerdo que nuestro amigo Morley, en el treinta y nueve, cuando volvíamos de Londres, me hizo un buen resumen de cuál era la disposición de la gente de aquí —dijo Hatton—. Espero que siga igual. Entonces no temía ningún estallido, y la desesperación en el treinta y nueve era extrema.

—Bueno —dijo Gerard—, los sueldos han estado bajando desde entonces. La gente está, pero apenas puedes decir que estén vivos. Aunque imagino que están atemorizados. Una barriga vacía es a veces tan capaz de apagar el corazón como de inflamar el coraje. Y, además, han perdido a sus líderes puesto que, como sabes, yo estaba fuera, y desde que salí han estado bastante tranquilos. Además, Warner está destrozado; su tiempo en prisión le ha dejado más maltrecho que a mí. Es extraño, porque él tenía sus objetivos, mientras que yo estaba bastante crispado, esa es la verdad. Si no hubiera sido por las visitas de Sybil, creo que, aunque no me hubieran permitido vivir nunca en un castillo, hubiera muerto en uno.

—¿Y cómo está Morley?

—Muy bien, igual que lo dejaste. No vi que hubiera cambiado un pelo cuando salí. Su ejemplo se extiende. Aún predica la fuerza moral y piensa que todos terminaremos viviendo en comunidades. Pero como la única comunidad de la que tengo experiencia es una celda, no estoy mucho más a favor de su teoría que antes.

## Capítulo 6

Puede que el lector no haya olvidado del todo al señor Nixon y sus compañeros, los mineros y hulleros de aquel distrito no muy lejano a Mowbray, que Morley había visitado al comienzo de esta historia para hacer infructuosas indagaciones sobre un caballero con quien después se tropezaría inesperadamente. Los negocios florecían tan poco en esa región como en la propia Mowbray, y la desgracia se había cebado en una población menos acostumbrada a sufrir, cuyo espíritu no estaba acobardado por la reciente derrota y el castigo de sus líderes.

—No puede durar —dijo el maestro Nixon mientras se sacaba la pipa de la boca en el Sol Naciente.

Se le respondió con un gruñido general.

—Viene a ser esto —continuó—, la Naturaleza tiene sus leyes, y esta es una de ellas, un jornal digno por una jornada de trabajo digna.

—Ojalá lo consigas —dijo Juggins—, ¡con más tajo cada semana y un chelín menos al día!

—Y ¿qué pasará mañana? —preguntó Waghorn—. El intermediario ha dado aviso de dejar de trabajar en el campo de Parker hoy por la noche. Simmons no baja los salarios pero reduce la jornada a la mitad.

—Los muchachos irán a la huelga pronto —dijo un hullero.

—¡Calla! —dijo el maestro Nixon con mirada reprobatoria—. «Huelga» es una palabra muy seria; los chicos no van a ir a la huelga como solían hacerlo, con tu permiso o sin él. Tenemos que formar un comité para estudiar la cuestión y ponernos en contacto con los otros gremios.

—Usted es el hombre, maestro Nixon, a quien hemos de elegir como representante —contestó el minero reprendido mirándole con admiración.

—¿Qué hace Diggs? —preguntó el maestro Nixon solemnemente.

—Ha bajado los salarios y ha subido el precio de los artículos del economato como diversión —dijo el maestro Waghorn.

—Se ha armado un gran revuelo en Wodgate, Casa del Infierno —dijo un minero, muy agitado, que entraba al bar en ese momento—. Dicen que todos los talleres van a cerrar mañana; que no es una orden para dentro de un mes... Tienen a un oficial de serrería de Londres que les da un discurso todas las tardes, y dice que tenemos derecho a sueldos de cuatro chelines al día, ocho horas de trabajo y dos jarras de cerveza.

—Un jornal digno por una jornada de trabajo digna —dijo el maestro Nixon—. Yo no me pelearía por las horas, pero el dinero y la bebida me parecen muy justos.

—Si el patio de Wodgate está revuelto —dijo Waghorn— queda mucho por ver todavía.

—Es serio —dijo el maestro Nixon—. ¿Qué os parecería una delegación allí? Podría venir bien.

—Ya me gustaría escuchar al oficial de serrería de Londres —dijo Juggins—. El otro día vino un cartista por aquí, pero no entendió nuestro caso en absoluto.

—Le oí —dijo el maestro Nixon—, pero ¿qué son sus *Cinco Puntos* para nosotros? Eh, la ración de comida no está entre ellos.

—Ni las largas jornadas —dijo Waghorn.

—Ni los intermediarios —dijo Juggins.

—Un tipo gracioso para venir a hablar con nosotros —dijo un hullero—. No había bajado a una mina en su vida.

La noche se disipó en el bar del Sol Naciente entre reflexiones sobre la crítica situación actual y consultas respecto al rumbo más conveniente que debía tomarse en el futuro. El nivel de los salarios, que había ido en permanente descenso en este distrito desde hace varios años, acababa de bajar de nuevo y se amenazaba con una reducción aún mayor, ya que el precio del hierro era cada vez menor en el mercado. Esta mercancía tenía tan poca demanda que pocos, a excepción de los grandes capitalistas que podían permitirse almacenar el producto, eran capaces de mantener sus hornos encendidos. Los pocos hombres que seguían especulando con el dinero podían hacerlo solo en parte si disminuían los días de trabajo e incrementaban la duración de la jornada o la intensidad; o si reducían el nivel de los salarios, o los pagaban enteramente con los productos que habían acumulado en grandes cantidades, y que iban vendiendo a un precio considerable. Si añadimos a todas estas causas de sufrimiento y descontento entre los trabajadores el temor a que se produjeran males aún mayores y a la tiranía de los intermediarios, podrá verse sin mucha dificultad que la mentalidad colectiva de este distrito estaba bien preparada para el alboroto del agitador político. Tanto más, si este era lo suficientemente hábil en su oratoria como para extenderse más en los padecimientos físicos y en la aflicción personal de los trabajadores que en la difusión de principios políticos abstractos, que no iban a ganarse seguramente la adhesión de los miembros de los institutos literarios y científicos ni la de los lectores habituales de periódicos políticos, más acostumbrados a discutir sobre todas las decisiones del gobierno que a simpatizar con el progreso y el bienestar de los habitantes de las ciudades manufactureras. Sin embargo, suele ocurrir que allí donde se apela a la gente para que se rebele siguiendo su propio instinto, aunque a menudo sea por causa de la lentitud del desarrollo y el progreso, los efectos son más violentos y, a veces, más duraderos que en aquellos otros casos en los que el pueblo se mueve bajo la doble autoridad de la necesidad física y la moral, y en los que se mezclan los derechos y las necesidades de la condición humana.

Fuera como fuera, a la mañana siguiente a la conversación en el Sol Naciente que acabamos de presenciar, cuando la población, que había ido como siempre a sus trabajos, entró en la excavación y bajó a la galería de la mina, con todos los hornos encendidos y todas las chimeneas humeando, surgió de repente un rumor desde las propias entrañas de la tierra; la hora y el hombre habían por fin llegado, la hora que había de traerles alivio y el hombre que había de traerles resarcimiento.

—Mi señora me lo dijo en la bocamina cuando me trajo el desayuno —dijo un piquero a su colega, y le dio un golpe de pico a la veta sobre la que trabajaba.

—No están ni a diez millas —dijo su compañero—. Estarán aquí al mediodía.

—Hay mucho que hacer mientras están en camino —dijo el primer picador—. Todos los hombres al trabajo después de que suene la sirena para bajar, dicen, y que todos los motores se paren de inmediato.

—¿Los encontrará la policía antes de que lleguen?

—No hay. Mi señora dice que no se ve ni uno de ellos. Los *montoneros del infierno*, tal y como se hacen llamar, se detienen en cada ciudad y ofrecen cincuenta libras por cada policía vivo.

—Te voy a decir una cosa —dijo el segundo picador—, voy a interrumpir mi jornada y salir del pozo. Estoy demasiado nervioso, no puedo trabajar más. Aún es posible conseguir un jornal digno por una jornada de trabajo digna.

—Ven conmigo, soy tu hombre; si el guardián nos para, le tumbaremos. El pueblo debe tener sus derechos. Nos han llevado a esto. Pero... si bajan un chelín al día, ¿por qué no dos?

—Muy cierto. El pueblo debe tener sus derechos, y ocho horas de trabajo son más que suficientes.

A la luz del día, los dos mineros pronto conocieron con más detalle la noticia de que la mujer de uno de ellos les había adelantado como un rumor por la mañana. Parecía que ahora no había ninguna duda de que la gente de Wodgate —a la que se denominaba *montoneros del infierno*—, encabezados por el Obispo, habían invadido en gran número el distrito circundante, habían apagado todas las máquinas y echado a todos los alfareros de los talleres, sin haber encontrado resistencia de la autoridad, y, finalmente, habían elaborado un edicto en el que se exigía que cesara el trabajo hasta que la Carta del Pueblo fuera la ley de la tierra.

Este último edicto no era la parte menos sorprendente de todo el asunto, porque nadie se hubiera imaginado que el Obispo o cualquiera de sus súbditos hubieran siquiera oído hablar de la Carta del Pueblo, y mucho menos que pudieran comprender su sentido o que les hubiera dado por pensar que su operación favorecería sus intereses o repararía sus agravios. Todo lo contrario, todo esto había sido ocasionado, como la mayoría de los grandes eventos de la historia, por la influencia inesperada e invisible de un personaje individual.

Desde que los sufrimientos de la población habían empeorado, un líder cartista se había trasladado para residir en Wodgate durante un tiempo. Obtuvo una gran popularidad e influencia entre la población afligida y medio muerta de hambre apelando a su derecho a recibir cuatro chelines al día y dos jarras de cerveza y a una jornada laboral de ocho horas. Era un hombre elocuente y con talento para la arenga, y sus alocuciones causaban efecto. La atención que le prestaba la gente le otorgaba poder. Gracias a sus proclamas a favor de una población que necesitaba de aliento, porque apenas tenía trabajo y carecía de recursos para sus horas libres, el cartista, que

tenía cuidado de no hablar nunca de la Carta del Pueblo, se convirtió en un personaje importante de Wodgate, muy amparado por el Obispo Hatton y su señora, cuyos buenos oficios estaba deseoso de ganarse. En el momento propicio, cuando todo había sido dispuesto y bien preparado, y el Obispo estaba muy borracho, y agobiado por las quejas de sus súbditos, el cartista le reveló a este los misterios de la Carta del Pueblo y le persuadió no solo de que los *cinco puntos* solucionarían todos los problemas, sino de que él era el único hombre que podía abanderarlos. El Obispo no tenía nada que hacer. Estaba organizando un embrollo por pura diversión, necesitaba acción. Abrazó la Carta del Pueblo sin tener una idea definitiva de lo que significaba, pero la abrazó fervientemente, y decidió emprender camino al campo encabezando a la población de Wodgate e instaurar la fe. Desde la conversión de Constantino, no había acontecido una iniciativa tan importante. El norte de Inglaterra en su totalidad, y gran parte de los distritos del interior del país estaban sumidos en el desánimo. El país entero sufría, y la esperanza había abandonado a las clases obreras, que no tenían confianza alguna en el futuro del sistema existente. Su organización, independiente del sistema político de los cartistas, era absoluta. Cada oficio tenía su sindicato, y cada sindicato su logia en cada ciudad, y su comité central en cada distrito. Todo lo que se requería era el primer movimiento, y ya hacía tiempo que el emisario cartista había escogido Wodgate como el primer brote de la explosión, cuando la noticia de la huelga en Lancashire le convenció para precipitar los acontecimientos.

La marcha del Obispo Hatton a la cabeza de los *montoneros del infierno* hacia los distritos mineros fue, quizá, el movimiento popular más notable desde la peregrinación de Gracia. El Obispo, montado en un mulo blanco de mirada estrábica y trazas horrendas, blandía un enorme martillo con el cual anunciaba que machacaría a los enemigos del pueblo; a todos los intermediarios, a los guardas, a los especuladores de víveres y verduras, a los patronos medios y superiores. Unos mil *montoneros del infierno* le seguían, blandiendo porras, o armados con barras de hierro, picas y martillos. A cada lado del Obispo iba uno de sus hijos pequeños, tan recatados y formales como si estuvieran guardando la fila. Delante de él, como si fuera la oriflama, portaban un estandarte de seda donde ondeaba la Carta del Pueblo, y que le había sido regalado por el delegado. Jamás se había visto un grupo tan tétrico y siniestro. Mientras avanzaban su número se incrementaba continuamente, pues, a su paso, cesaba toda actividad; se paraban todas las máquinas, se vaciaba todo el combustible de cada caldera, se apagaban todos los fuegos, todo hombre era expulsado. El decreto defendía que el trabajo había de cesar hasta que la Carta del Pueblo fuese la ley de la tierra; la mina y la fábrica, la fundición y el telar debían permanecer inactivos hasta que expirase el plazo; todo oficio de cualquier clase o adscripción había de parar: sastres y zapateros, braceros y barrenderos, hojalateros y carreteros, albañiles y constructores, todos, todos. Para todos un enorme *sabat*, que compensaría cualquier sufrimiento adicional que dicha carta acarrearía por la mejora de las condiciones materiales y el logro de una mayor dignidad. Aquel paraíso de los

artesanos, aquella utopía del trabajo, resonaba en el perfume de aquellas palabras con un sonido caro al linaje sajón: «Un jornal digno por una jornada de trabajo digna».

## Capítulo 7

Durante la huelga que tuvo lugar en Lancashire la gente nunca saqueó las tiendas, excepto un par de almacenes de provisiones, que fueron asaltados principalmente por niños. Los actos de violencia se habían restringido a aquellos que les comprometían en lo que, en general, podría describirse como una justa contienda. A menudo solicitaban alimento en grandes cantidades, pero incluso en estas ocasiones su lenguaje era benevolente y respetuoso, pues se les podía satisfacer fácilmente y eran siempre agradecidos. Un grupo de dos mil personas, por ejemplo —y el autor habla aquí de su propia experiencia—, abandonó una mañana una ciudad industrial de Lancashire, cuando la huelga venía durando ya desde hacía cierto tiempo y empezaba a pesar gravemente en el ánimo, para visitar la mansión de un vecino hacendado de clase alta. Hombres, mujeres y niños entraron en orden en su parque privado y, tras acampar en los alrededores de la mansión, enviaron una delegación con el anuncio de que se morían de hambre y solicitaban ayuda. El señor de la propiedad se encontraba ausente cumpliendo con los deberes públicos que, debido al convulso estado del país, exigían su atención. Su esposa, que poseía un espíritu que estaba a la altura de la ocasión, a pesar de la presencia de sus hijos pequeños, que muy bien podrían haber agravado los temores femeninos, recibió a la delegación ella misma. Les dijo que, por supuesto, no disponía de provisiones para dar de comer a tantas personas pero que, si prometían guardar el orden y comportarse con decoro, tomaría medidas para satisfacer sus necesidades. Estos se lo prometieron y permanecieron acampados tranquilamente mientras se hacían los preparativos para atender sus peticiones. Se mandaron carros a ciudades vecinas para traer provisiones, los montaraces cobraron las piezas que pudieron, y en un par de horas se había alimentado a la multitud sin el más mínimo disturbio y sin romper en lo más mínimo la disciplina que ellos mismos se habían impuesto. Cuando todo había terminado, la delegación presentó de nuevo sus respetos a la dama y expresó su gratitud, y siendo los jardines de esta casa célebres en la vecindad, solicitaron permiso para que se permitiera a la gente pasear por ellos, comprometiéndose a no arrancar ni una flor y a no tocar ni una fruta. El permiso se concedió, la multitud, en orden, cada fila bajo un jefe y cada comandante de las filas obedeciendo a un oficial superior, dio un paseo por los bellos jardines de su bella anfitriona. Incluso pasaron por los invernaderos y viñedos. No se pisó ni un cerco, no se arrancó ni una uva, y cuando abandonaron el lugar, gritaron tres hurras por la hermosa dama del castillo.

Los *montoneros del infierno* y sus seguidores eran de distinto temperamento al de estos gentiles insurrectos de Lancashire. Destrozaban y asolaban, saqueaban y destruían el interior de las casas, robaban bodegas, tachaban a los panaderos de enemigos del pueblo, desvalijaban los almacenes de todos los economatos y tiendas de trueque, forzaban puertas, rompían ventanas, destruían las fábricas de gas para que las ciudades a la noche se quedasen a oscuras, tomaban los sindicatos por asalto,

quemaban los libros de cuentas en la plaza del mercado y ordenaban el reparto público de hogazas de pan y lonjas de panceta a la multitud, vitoreando y riéndose entre las llamas y la rapiña. En resumen, robaban y participaban en motines. La policía no podía hacer nada en contra de ellos, y no había fuerza militar alguna que pudiera hacerles frente. El distrito entero estaba bajo su dominio y, al enterarse de que un regimiento de la Guardia Real llegaba en el tren, el Obispo mandó que se destrozaran todas las vías del tren. Y, si los *montoneros del infierno* no hubieran estado demasiado borrachos como para cumplir esta petición y él demasiado ebrio como para repetirla, es probable que se hubiera llevado a cabo la gran destrucción de estas vías públicas.

¿Se acuerda el lector del economato de Diggs? ¿Y del maestro Joseph? Bien, pues una terrible escena sucedió allí. La chica de Wodgate, la que tenía la espalda como una langosta y pertenecía a la Iglesia baptista, estaba casada con Tummas, que había sido pupilo del Obispo y todavía le seguía fielmente a pesar de que le hubiera abierto la cabeza. Ella era hija de un hombre que había trabajado muchos años en el campo de Diggs, que había soportado muchos agravios bajo su yugo intolerable, y que en la actualidad estaba profundamente comprometida en la teneduría de su terrible libro de cuentas. Ella había oído hablar desde pequeña de la opresión de Diggs y se la había transmitido a su marido, que se mostraba intolerante ante cualquier tiranía excepto la de Wodgate. Tummas, su esposa y un grupo selecto de unos cuantos amigos fueron, pues, una mañana a saldar las cuentas pendientes del libro del economato que su padre tenía con el señor Diggs. El rumor sobre cuáles eran sus intenciones se había propagado entre aquellos interesados en el tema. Era una espléndida mañana de verano, unas tres horas antes del mediodía. La tienda estaba cerrada, en realidad no había estado abierta desde los motines, y todas las ventanas bajas de la casa estaban cerradas, aherrojadas y atrancadas.

Se había congregado un grupo de mujeres. Estaban la señora Page y la señora Prance, la vieja dama Toodles y la señora Mullins, Liza Gray y la dama bien parecida tan amante de la sociedad que hasta le gustaban los motines.

—Dicen que el maestro Joseph se ha ido al norte —dijo la dama bien parecida.

—Me pregunto si el viejo Diggs está en casa —dijo la señora Mullins.

—¡Que me parta un rayo si aparece! —dijo la vieja dama Toodles.

—Aquí están los *montoneros del infierno* —dijo la dama bien parecida—. Tengo que reconocer que desfilan como soldados regulares: dos, cuatro, seis, doce... como mínimo hacen un buen número.

Los *montoneros del infierno* marchaban aprisa en dirección hacia los olmos que sombreaban el canal situado enfrente de la casa, y después formaron en fila ante ella. Iban armados con porras, palancas y martillos. Tummas estaba a la cabeza y, a su lado, su esposa, de Wodgate. Dando él solo un paso hacia delante, entre los vítores del grupo de mujeres, el pupilo del Obispo avanzó hacia la puerta de la casa de Diggs, llamó con fuerza y dio un timbrazo que sonó aún más fuerte. Esperó unos



minutos pacientemente; no hubo respuesta del interior, y Tummas golpeó en la puerta y llamó al timbre otra vez.

—Es terrible —dijo la dama de aspecto agradable.

—Siempre soñé que podría suceder esto —dijo Liza Cray—, desde que el maestro Joseph le hizo un corte a mi pobre bebé encima del ojo con su regla de un metro.

—Creo que no puede haber nadie dentro —dijo la señora Prance.

—El viejo Diggs nunca dejaría el economato sin vigilante —opinó la señora Page.

—Ahora, muchachos —dijo Tummas, mirando a su alrededor y haciendo una señal.

Al instante, una media docena de hombres dieron un paso adelante blandiendo sus palancas, y ya estaban a punto de echar la puerta abajo, cuando se abrió una ventana del piso de arriba y el cañón de un trabuco apuntó a los asaltantes. Las mujeres chillaron y huyeron a la carrera.

—Era el maestro Joseph —dijo la dama de aspecto agradable, deteniéndose para recuperar el aliento.

—El maestro Joseph —dijo suspirando la señora Page.

—Sí que era el maestro Joseph —gimió la señora Prance.

—Sí lo era —dijo la señora Mullins—, vi su horrible cara.

—Más temible que la escopeta —dijo la vieja dama Toodles.

—Espero que los niños se quiten de en medio —dijo Liza Gray—; es capaz de dispararles.

Entretanto, mientras el mismo maestro Joseph estaba satisfecho en su posición y no decía una palabra, en la ventana se asomó una cara bondadosa que preguntó con voz suave: «¿Qué querían ustedes, buenos amigos?».

—Hemos venido a aclarar las cuentas de economato de Sam Barlow —dijo su líder.

—Nuestra tienda no está abierta hoy, mis buenos amigos. La cuenta puede esperar, no es mi intención oprimir a los pobres.

—Maestro Diggs —dijo un *montonero*—, ¿podría decirnos el precio de la panceta a día de hoy?

—Bueno, la buena panceta —dijo el viejo Diggs deseando satisfacer su sentido del humor— puede estar a ocho peniques la libra.

—Está usted equivocado, maestro Diggs —dijo el *montonero*—, está a cuatro peniques, y crédito a largo plazo. Saque media docena de buenas lonjas a cuatro peniques, maestro Diggs, y que sea rápido.

Hubo, evidentemente, alguna controversia en el interior en cuanto al camino a seguir en este momento. El maestro Joseph habló en contra de seguir una política de concesión, llamada conciliación, a la cual su padre accedería resignado, y estaba a favor de la coacción instantánea; pero la edad y la experiencia se impusieron y en

unos minutos cayeron algunas lonjas por la ventana para los *montoneros del infierno*, que recibieron el botín con una aclamación.

Las mujeres regresaron con los demás.

—Es la lonja de a diez peniques la libra —dijo la dama bien parecida examinando el premio con mirada chispeante.

—He pagado lo mismo por una cosa muy verde —dijo la señora Mullins.

—Y ahora, maestro Diggs —dijo Tummas—, ¿cuánto cuesta una libra del mejor té? Somos buenos clientes y pensamos agasajar a nuestras esposas y amantes, aquí presentes. Creo que deberíamos encargar media caja.

Esta vez hubo mayor retraso en acceder a la gentil indirecta, pero como los *montoneros del infierno* se ponían ruidosos, al rato se sacó el té, que se repartió entre las mujeres. Esta agradable tarea recayó sobre la mujer de Tummas, que enseguida se encontró asistida por un comité espontáneo del cual la dama bien parecida era el miembro más prominente y activo. Nada podía ser considerado más afable y servicial que el modo y espíritu con el cual dividía las provisiones. Las lonjas se cortaron y se distribuyeron de igual manera. La escena era tan alegre y animada como un día de mercado.

—¡Es tan estupendo como un día de rebajas en el economato! —dijo la dama bien parecida con una sonrisa autocomplaciente, mientras andaba pavoneándose sonriendo con aire condescendiente.

La demanda de panceta y té fue seguida por una petición generalizada de queso. Todo el pillaje fue entregado al comité de mujeres, que se encargó activamente de distribuirlo. Al final, se propagó el rumor de que el maestro Joseph estaba escribiendo los nombres de todos los presentes en los libros de cuentas del economato para que cuadraran las cuentas y poder saldar la deuda. La multitud había crecido. El pánico se extendió entre las mujeres y la indignación entre los hombres. Un *montonero* salió a decir que si no entregaban los libros de cuentas del economato para quemarlos, tirarían la casa abajo. No hubo respuesta. Algunos de los *montoneros* avanzaron, las mujeres les jalearon, una palanca golpeó la puerta... y, al disparar, el maestro Joseph hirió a una mujer y mató a un niño.

Entonces se levantó uno de esos alaridos universales de pasión salvaje que anuncian que los hombres se han liberado de las ataduras de la civilización y han hallado en su ira desatada nuevas e imprevistas fuentes de poder y venganza. De dónde vino, cómo se produjo, de quién partió la idea, quién fue el primero en llevarla a cabo eran preguntas igualmente imposibles de contestar. Sin embargo, en un abrir y cerrar de ojos, se amontonó un buen número de fardos de paja ante la casa y se les prendió fuego; las puertas del taller de madera se forzaron y, pronto, toda clase de maderos y tablas eran pasto de las llamas. De hecho, se utilizó todo lo que pudiera alimentar el fuego, y todo el mundo se puso manos a la obra. Corrieron a la ribera y asaltaron las barcasas, y echaron los enormes bloques de carbón a la gran hoguera. Hombres, mujeres y niños, todos trabajaban a la vez con la avidez y energía de

fanáticos poseídos. El tejado de la casa se incendió totalmente, y esta ardió enseguida; se podían ver las llamas lamiendo como lenguas de bestias salvajes las paredes desnudas que se deshacían como papel. En medio de la feroz devastación se vio a un ser chillando y agarrándose desesperado y convulsivamente a un enorme libro de cuentas. Era el maestro Joseph. Su padre había escapado por la parte de atrás del establecimiento y había instado a su hijo para que lo siguiera, pero el maestro Joseph había querido salvar el libro de cuentas así como sus vidas, y este retraso fue su perdición.

—¡Tiene el libro de cuentas! —gritó Liza Gray.

El fulgor deslumbrante de la llama golpeó un momento en su rostro agónico. La multitud prorrumpió en vítores infernales y, entonces, tras derrumbarse alguna parte del edificio, se alzó una inmensa nube de humo y escombros, y no se le vio más.

## Capítulo 8

—La vida es una noria de subidas y bajadas —dijo la viuda Carey mientras removía el té—, pero no recuerdo ninguna otra ocasión en la que la rueda haya estado abajo tanto tiempo.

—Y jamás se levantará, viuda —dijo Julia, en cuyos aposentos se había reunido con algunas de sus amigas—, a no ser que obtengamos los *cinco puntos*.

—Nunca me casaría con un hombre que no estuviera a favor de *los cinco puntos* —dijo Caroline.

—A mí me avergonzaría casarme con alguno que no tuviera derecho al sufragio —opinó Harriet.

—Estaría a la altura de un esclavo —dijo Julia.

La viuda meneó la cabeza.

—No me gustan estas ideas políticas vuestras —dijo la buena mujer—; el modo en que ellos vociferan no incumbe a nuestro sexo.

—¿Y se puede saber por qué? —preguntó Julia—. ¿No nos preocupa la causa del buen gobierno tanto como a los hombres? ¿Y no entendemos de esto tanto como ellos? Estoy segura de que Dandy nunca hace nada sin consultarme.

—Qué buena nueva para un día de verano... —dijo Caroline—. Decir que no podemos entender de política teniendo a una reina en el trono...

—Tiene a sus ministros para decirle lo que debe hacer —añadió la señora Carey inhalando una pizca de rapé—. Pobre criatura, joven e inocente... A menudo me duele el corazón cuando pienso en cómo se la ha acorralado.

—En el lado izquierdo —dijo Julia—. Si los ministros intentan entrar en su alcoba, sabe cómo encauzarlos hacia la derecha.

—Y en cuanto a eso —dijo Harriet—, ¿por qué no hemos de interferir en política tanto como lo hacen las pomposas damas de Londres?

—¿No recordáis, también —preguntó Caroline—, cómo en la última elección las damas elegantes del castillo hicieron campaña a favor del coronel Rosemary?

—¡Ah! —exclamó Julia—. He de decir que desearía que el coronel hubiera ganado a ese horrible Muddlefist. Si no podemos tener a nuestro propio hombre, estoy totalmente a favor de los nobles contra la clase media.

—Supongo que pronto tendremos a nuestro propio hombre —dijo Harriet—. Si el pueblo no trabaja, ¿cómo hará la aristocracia para pagar a la policía?

—¡Solamente pensad! —exclamó la viuda Carey moviendo la cabeza de un lado a otro—. A vuestra edad, queridas mías, nosotras ni siquiera oíamos estas cosas, y mucho menos hablábamos de ellas.

—Ya creo que no, viuda, y ¿sabe por qué? —dijo Julia—. Porque entonces la mente no progresaba. Pero ahora nosotras conocemos los tiempos que corren tan bien como cualquiera de ellos.

—Dios mío, querida —dijo la señora Carey—, ¿de qué sirve todo eso? Lo que

queremos son buenas pagas y mucho que hacer. Y, en cuanto a lo demás, yo no envidio ni el trono de la reina ni las cosas buenas de los nobles y señores. Lo que digo yo, vive y deja vivir.

—Vaya, es usted una oligarca en toda regla, viuda —dijo Harriet.

—Bueno, señorita Harriet —reprobó la señora Carey un poco irritada—, insultar a sus vecinos no es manera de solucionar cuestión alguna. Estoy bastante segura de que Julia estará de acuerdo, y Caroline también. Y quizá yo también podría llamarla algo si quisiera, señorita Harriet. He oído cosas peores que esta que me ruborizaría al decir, y también al escuchar. Pero no me voy a rebajar, no, no lo haré. ¡Malva loca, por ejemplo! ¿Por qué «malva loca»?

En este momento entraron Dandy y Devilsdust.

—Bien, jovencitas —dijo Dandy—. ¡Conque inflando las facturas de las aduanas por las mercancías del Congo! Eso no funcionará, Julia; claro que no. Pregúntale a Dusty. Si quieres vencer al enemigo, debes subir la renta. ¡Encantado de verla, viuda!

—Lo mismo digo, Dandy Mick. Aquí estamos, lamentando entre vecinas los males de los tiempos.

—Oh, los tiempos pronto se arreglarán —dijo Dandy desenfadadamente.

—Bueno, eso creo yo —dijo la viuda—, pues cuando las cosas no pueden estar peor, se dice que...

—Pero tú siempre dices que no pueden arreglarse, Mick —dijo Julia interrumpiéndola.

—Bueno, en un sentido, Julia... en cierto sentido, tienes razón; pero en todo hay dos sentidos, mi niña —y Mick empezó a cantar, y luego se puso a tocar la gaita para deleite de Julia y sus invitados.

—Sois muy amables —dijo Mick, recibiendo su aprobación—. ¿Os acordáis, en el Circo?

—Me pregunto cuándo volveremos a tener el Circo —dijo Caroline.

—No tal y como están en este momento los sueldos —dijo Devilsdust.

—Es muy duro —dijo Caroline— que la clase media siempre esté bajando nuestros salarios. La verdad es que uno ya no tiene entretenimientos. ¡Cómo echo de menos El Templo!

—Volveremos a tener El Templo abierto en breve —dijo el Dandy.

—Eso sería formidable —exclamó Caroline—. A menudo sueño con aquel noble extranjero que cantaba ¡*Oh, no, nosotros nunca!*

—Bueno, no consigo descifrar qué te produce semejante cambio de ánimo, Mick —dijo Julia—. Me dijiste esta misma mañana que ya no había nada que hacer y que pronto seríamos esclavos de por vida, que trabajaríamos dieciséis horas al día sin pagas, y que viviríamos a base de gachas y patatas servidas por «factorícratas», como en una Bastilla normal y corriente.

—Pero, como dice la señora Carey, cuando las cosas no pueden ir peor...

—¡Oh! Sí que lo dije —afirmó la viuda—, sin duda, porque veréis, a mis años, he

visto tantas subidas y bajadas, aunque como yo siempre digo...

—Vamos, Dusty —dijo Julia—, estás más callado que nunca. Ya sé que no vas a sentarte a comer con nosotras, pero cuéntanos las noticias, anda, pues estoy segura de que tienes algo que decir.

—Yo diría que sí —dijo Dusty.

Entonces todas las chicas empezaron a hablar al mismo tiempo y sin esperar a comprenderse, haciendo conjeturas unas con otras sobre el alcance de la noticia.

—Seguro que en Shuffle y Screw van a trabajar a media jornada —dijo Harriet—. Siempre lo dije.

—Lo hacen para humillar al pueblo —dijo Julia—. Supongo que los nobles se han reunido, y van a bajar los salarios otra vez.

—Creo que Dusty se va a casar —dijo Caroline.

—Espero que no, tal y como están los sueldos —dijo la señora Carey, consiguiendo introducir unas palabras.

—Ya lo creo que no —dijo Devilsdust—. Es usted una mujer sensata, señora Carey. Y no sé exactamente lo que eso quiere decir, señorita Caroline —añadió algo confuso.

Devilsdust admiraba en silencio a Caroline, y se sabía que le había dicho a Mick, que se lo dijo a su vez a Julia, que se lo contó a su amiga, que si alguna vez tuviera tiempo de pensar en cuestiones de dicha índole, ella era el tipo de chica que le gustaría que fuera la compañera de su vida.

—Pero, Dusty —dijo Julia—, entonces ¿cuál es la noticia?

—Vaya, pensaba que todas lo sabíais —contestó Mick.

—Venga, venga —dijo Julia—, odio el suspense. Me gusta que las noticias giren como los volantes.

—Bueno —dijo Devilsdust secamente—, hoy, jóvenes damas y también usted, señora Carey, es sábado; eso no lo negaréis.

—No diría que no —dijo la señora Carey—, por esa misma razón mantuve un puesto en nuestro mercado durante treinta años y no renuncié a él hasta este verano, lo que me hace pensar siempre que, aunque he visto muchas subidas y bajadas, esta...

—Bueno, ¿y qué tiene que ver que sea sábado con nosotras? —preguntó Caroline—. Ni tú ni Dandy Mick nos podéis llevar a El Templo, o a cualquier otro sitio fino, ya que están todos cerrados desde las leyes del trigo o por cualquier otro motivo.

—Creo que El Templo ha sido cerrado más por las máquinas que por las leyes del trigo —dijo Harriet—. ¡Máquinas, será posible! Figúrate, preferir un trozo de hierro o de madera a carne y hueso propios. ¡Y lo llaman cristiano!

—Es sábado —dijo Julia—, eso está claro; y si mañana no me quedo en la cama hasta el anochecer, que me recorten el sueldo cada día de la semana que viene.

—Al grano, valiente —le dijo Mick a Devilsdust—. Es sábado, en eso están todas de acuerdo.

—Y mañana es domingo —dijo Devilsdust solemnemente.

—Y el día siguiente es el más negro de toda la semana —dijo Julia—. Cuando oigo la campana de la fabrica los lunes por la mañana, me siento exactamente igual que cuando viajé de Liverpool a Seaton con mi tío para comer gambas. ¡No estaba indispueta ni nada al volver a casa!

—No oirás esa campana el lunes que viene —dijo Devilsdust solemnemente.

—¿No querrás decir eso? —dijo Julia.

—¿Cómo, qué pasa? —preguntó Caroline—. ¿Se ha muerto la reina?

—Sin campana el lunes por la mañana —dijo la señora Carey, incrédula.

—Ni un toque, aunque todos los capitalistas de Mowbray fueran a tirar todos juntos de la misma cuerda —afirmó Devilsdust.

—¿Qué puede ser? —dijo Julia—. Venga, Mick. Dusty siempre tarda tanto en contarnos cualquier cosa...

—Vamos a tener la mismísima huelga del diablo —dijo Mick sin poder contenerse más rato y bailando de gozo.

—¡Una huelga! —exclamó Julia.

—Espero que destruyan las máquinas —dijo Harriet.

—Y que abran El Templo —dijo Caroline—, porque si no será todo muy aburrido.

—He visto muchas huelgas —dijo la viuda—, pero como me estaba diciendo Jack el Burlón el otro día...

—Que cuelguen a Jack el Burlón —dijo Mick—. Una carroza tan lenta no sirve para estos tiempos de alta presión. Vamos a urdir la estratagema sin fallos. No habrá capitalista en Inglaterra que pueda sacarnos un solo día de trabajo, aunque convierta a los operarios en sus asociados.

—Nunca oí una cosa semejante —dijo la señora Carey, presa de asombro.

—Sin embargo, está todo apalabrado —dijo Devilsdust—. Vaciaremos las cajas de ahorros; las sociedades de beneficencia y las funerarias aflojarán la mosca. Soy el tesorero de los *Ancient Shepherds*, y ayer aprobamos por unanimidad una propuesta: que destinaríamos todos nuestros fondos al mantenimiento del proletariado en su última y victoriosa contienda contra el capital.

—¡Dios! —dijo Caroline—, creo que será muy divertido.

—En cuanto a mí, mientras podáis darnos dinero, no me importa el tiempo que resistamos —dijo Julia.

—Vaya —dijo la señora Carey—. No pensaba que aquí hubiera tanto espíritu. Como me decía Jack el Burlón el otro día...

—Aquí no hay espíritu —dijo Devilsdust—, pero pretendemos inculcarlo. Algunos de nuestros amigos vendrán de visita mañana.

—¿Y se puede saber quiénes son? —preguntó Caroline.

—Mañana es domingo —dijo Devilsdust—, y los mineros tienen la intención de ir a rezar a la iglesia de Mowbray.

—Vaya, ¡se montará un alboroto! —dijo Caroline.

—Pues no es falsa moneda —dijo Mick—. Mañana, a esta hora, tendréis a diez mil en esta ciudad, y si no se han detenido todas las fábricas y sus trabajos a diez millas a la redonda, ¡yo no me llamo MICK RADLEY!



## Capítulo 9

Era lunes por la mañana. Hatton, envuelto en su batín y con su gorro de terciopelo, estaba pasando el rato en la mejor habitación de la principal posada comercial de Mowbray junto a una mesa de desayuno cubierta con todas las exquisiteces de las que puede presumir justamente un almuerzo matutino del norte. Había empanadas de carne condimentada y trucha fresca de río, jamones que no igualarían ni los de Westphalia, fuentes de pan de todas las formas y con sabores de acuerdo a las frutas de la temporada, algunas de ellas conservadas con primoroso arte y otras recién cogidas del suelo o arrancadas del árbol.

—Es muy raro —le dijo Hatton a Morley, su acompañante—, no se encuentra café en ningún sitio.

Morley, que había supuesto que el café era uno de los artículos de uso más común en Mowbray, parecía un poco sorprendido, pero en ese momento entró el mayordomo de Hatton, con aire misterioso pero triunfante, con el carrito que portaba su cafetera *biggin*, humeante como una de las fumarolas de Geysir.

—Ahora pruebe eso —le dijo Hatton a Morley, mientras el mayordomo vertía una taza—. Verá que no está tan mal.

—¿Sigue bastante tranquila la ciudad? —le preguntó Morley al mayordomo mientras este salía de la habitación.

—Bastante tranquila, creo, señor; pero hay mucha gente en la calle. Todas las fábricas han parado.

—Vaya, esto es un asunto extraño —dijo Hatton cuando se quedaron solos de nuevo—. ¿No sabía nada cuando le vi el sábado?

—No, al contrario, estaba convencido de que, en general, no habían estallado disturbios en este distrito. Desde el primer momento pensé que el movimiento se reduciría a Lancashire, y que sería contenido con facilidad, pero la flaqueza del gobierno, la falta de decisión o quizá la falta de medios han propagado una llama que no veremos apagarse en un breve plazo de tiempo.

—¿Lo dice en serio?

—Cuando se rebelan los trabajadores mineros, el conflicto es pertinaz. En general, el sufrimiento físico que han de aguantar es menor que el de la mayor parte de las clases trabajadoras, ya que sus sueldos son aceptables, pero están tan embrutecidos que son más difíciles de manejar que los trabajadores de las fábricas que saben leer y escribir. Cuando hay agitaciones, surge la violencia y esta siempre toma el mismo derrotero. Cuando me enteré de la insurrección del sábado me preparaba para grandes disturbios en su distrito. Sin embargo, el hecho de que de pronto decidieran invadir otra comarca que es, por así decirlo, el territorio natural de otra clase de trabajadores, cuyas penurias por muy severas que sean no son las suyas, me resulta sorprendente y me convence de que hay algún cabecilla político que mueve los hilos. Este paso, por muy involuntario que sea por parte de los propios

mineros, forma parte de un plan organizado. Es posible que el hecho de ampliar el campo de acción e incorporar a otros condados y clases trabajadoras en el tumulto, llegue a paralizar y poner en jaque al gobierno.

—Hay mucho de cierto en lo que dice —dijo Hatton cogiendo una fresa con aire algo distraído, y añadió después—: ¿Se acuerda usted de una conversación que mantuvimos una vez, la víspera de mi partida de Mowbray en el treinta y nueve?

—Sí —afirmó Morley, sonrojándose.

—Los mineros no estaban tan preparados por aquel entonces —dijo Hatton.

—No, no lo estaban —concedió Morley con cierta confusión.

—Pues ahora, aquí sí que lo están —dijo Hatton.

—Lo están —asintió Morley pensativo, pero más sereno.

—¿Les vio entrar ayer? —preguntó Hatton—. Siento habérmelo perdido, pero estaba dando un paseo con los Gerard por el Valle para ver la cabaña donde vivían antes, ¡y de la que me solían hablar tanto! ¿Era un grupo compacto?

—Yo diría que eran unos dos mil hombres, e iban armados, al menos con porras y garrotes de hierro.

—Una fuerza formidable sin ejército a quien enfrentarse.

—Incontenible, y especialmente con la población a su favor.

—¿Cree que la gente se alegró al verlos?

—No me cabe duda. Es posible que, de estar solos, no se hubieran movido, pero no necesitaban más que una chispa. Hay unos cuantos jóvenes por aquí que llevan mucho tiempo murmurando sobre nuestra pasividad y lo que ellos denominan falta de espíritu. La huelga de Lancashire ha encendido esa chispa, y si algún líder popular, Gerard, por ejemplo, o Warner, hubiera decidido entrar en acción, ellos ya estarían listos.

—Son tiempos críticos —dijo Hatton deslizando su butaca desde la mesa para apoyar los pies en la chimenea vacía—. Lord de Mowbray no tenía ni idea de todo esto. Estuve con él cuando venía hacia acá y lo encontré bastante sosegado. Supongo que la invasión de ayer le habrá abierto un poco los ojos.

—¿Qué puede hacer? —preguntó Morley—. Pedir ayuda al gobierno es inútil. No les sobran fuerzas. Mire lo que pasó en Lancashire: un destacamento de dragones y fusileros, que se habían desgajado del cuerpo principal de su regimiento y estaban agotados por el turno de noche, corrieron de un lado para otro y llegaron demasiado tarde y al punto equivocado. Hace una semana estuvo aquí parte del XVII Regimiento de Lanceros. Han sido enviados a Lancashire. Si se hubieran quedado, la invasión nunca hubiera tenido lugar.

—¿No hay ningún soldado a mano?

—Ni un solo hombre; ahora han pedido un destacamento del 73 de Irlanda para protegernos. Puede que Mowbray haya sido incendiado para cuando lleguen.

—Y el castillo también —dijo Hatton sosegadamente—. Estos son tiempos realmente difíciles, señor Morley. Lo estuve pensando ayer cuando caminaba con

nuestro amigo Gerard, mientras los escuchaba hablar a él y a su encantadora hija sobre las bellezas de la vivienda que les habían expropiado. Paseábamos por los bosques de Mowbray y me dio por pensar en lo extraña que es la vida, y en el hecho de que una caja de documentos que le pertenecen estuviesen en manos de otra persona que vive casi a su lado...

Pero en este instante entró un camarero y dijo que había alguien fuera que deseaba hablar con el señor Morley.

—Hágale subir —dijo Hatton—, puede que nos dé alguna noticia.

Y, obedeciendo sus órdenes, se hizo subir a un joven que había sido miembro de la convención del treinta y nueve con Morley, y después del Consejo Secreto con Gerard. Ese joven había sido el primero que arrestaron en la noche en la que Sybil fue hecha prisionera, aquel que había dejado por un momento la escena de sus deliberaciones para llevarle agua. Él también había sido juzgado, condenado y encarcelado, aunque por menos tiempo que Gerard y era el apóstol cartista que había ido y residido en Wodgate, que había predicado la fe entre los bárbaros y les había convertido. Era pues el responsable principal de la presente invasión de Mowbray.

—¡Ah! Field —dijo Morley—, ¿eres tú?

—Le sorprende verme —y, entonces, el joven miró a Hatton.

—Es un amigo —dijo Morley—. Habla sin miedo.

—Nuestro gran hombre, el líder y Libertador del pueblo —dijo Field con una sonrisa—, aquel que ha vencido todos los obstáculos y seguirá venciénolos, pues la providencia le ha dado el don sobrehumano de emancipar por sí solo a toda una estirpe de hombres, desea entrevistarse con usted sobre el estado de este pueblo y esta región, porque se le ha comunicado que nadie está más informado y experimentado al respecto. Asimismo, como jefe de nuestro órgano más influyente en la prensa, debe verle a toda costa. En este momento se encuentra abajo dando instrucciones y recibiendo informes sobre la paralización de todos los sectores trabajadores del campo pero, si lo desea, lo traeré aquí, donde no se nos molestará tanto.

—Por supuesto —dijo Hatton, que parecía percibir que Morley pondría algún reparo—. Por supuesto.

—Espera —dijo Morley—, ¿ha visto a Gerard?

—No —dijo Field—. Le escribí hace tiempo, pero su respuesta no fue alentadora. Pensé que quizá su ánimo se había debilitado.

—¿Sabe que está aquí?

—Llegué a esa conclusión, pero no lo hemos visto; aunque no me extrañaría, porque es cierto que hemos visto a mucha gente y hemos hecho muchas cosas desde que llegamos ayer. Por cierto, ¿quién es ese clérigo que tienen aquí, el tal St. Lys? En cuanto llegamos, tomamos la iglesia, una acción a la que son muy dados los mineros y hulleros, y en la que me gusta complacerles. Este St. Lys nos dio tal sermón que por un momento tuve miedo de que nos arruinara el asalto. A nuestro gran hombre le afectó de manera alarmante, estuvo rezando todo el día y casi se vuelve. Si no hubiera

sido por la excelente calidad del ron y del agua en nuestro cuartel, el defensor de la Carta del Pueblo hubiera resultado ser un pío apóstata.

—St. Lys os causará problemas —dijo Morley—. ¡Qué lástima me produce la pobre naturaleza humana, cuando la violencia solo se detiene ante la superstición!

—Venga, no se ponga a predicar usted también —dijo el cartista—. La Carta del Pueblo es algo que el pueblo puede entender, especialmente cuando son los amos del campo; pero en cuanto a la fuerza moral, me gustaría saber cómo hubiera podido marchar de Wodgate a Mowbray con eso escrito en mi estandarte.

—Wodgate —dijo Morley—, qué lugar tan singular.

—Wodgate —dijo Hatton—, ¿a qué Wodgate se refiere?

En este momento, se oyó un gran estruendo fuera de la habitación; el ruido de un portazo, de lo que parecía una pelea, el tono de bronca y los insultos de varios camareros. Hubo otro portazo y esta vez la puerta se abrió de repente, mientras se exclamaba en voz burda e insolente: «No me diga que sus habitaciones son privadas, ¿quién es el dueño aquí, quisiera saberlo?».

Entró un hombre muy grueso, de talla más bien inferior a la media, el semblante brutal y mugriento, y vestido con un abrigo sin abrochar de sargento de policía vencido en acto de servicio, un sombrero de ala levantada con una pluma blanca, que también era un trofeo de guerra, un par de tirantes de cuero y botas rematadas que, por su antigüedad, parecían ser de su auténtica propiedad. Este era el líder y libertador de las gentes de Inglaterra. Cuando entró en la habitación llevaba en la mano un gran martillo del que no se había separado durante toda la insurrección; se detuvo, e inspeccionando a sus inquilinos con un aire estúpido a la vez que arrogante, se dirigió a gritos al cartista Field cuando lo reconoció:

—Os digo que le necesito. Es mi canciller y primer ministro, mi cabeza y mi soldado más importante; no voy a ninguna parte sin él. Bien, ¿qué piensas? —dijo, avanzando hacia Field—, ¡he aquí un bonito incidente! No quieren parar las máquinas de la gran fábrica rural de la que hablabas. No lo harán, ¿verdad? ¿Es mi palabra la ley de la tierra o no lo es? Si he dado órdenes para que cese todo el trabajo hasta que la reina me mande un mensaje diciendo que la Carta del Pueblo está aprobada, entonces, ¿es que puede acaso el propietario de una fábrica cerrarles las puertas a mis tropas y disolverlos con agua a presión? Habrá fuego para esta agua —y diciendo esto, el Libertador golpeó con su martillo sobre la mesa con tanta fuerza que peligró el equilibrio del plato, la vajilla y los manjares sobrantes del desayuno del señor Hatton.

—Lo averiguaremos, señor —dijo Field—, y tomaremos las medidas necesarias.

—Lo averiguaremos y tomaremos las medidas necesarias —dijo el Libertador mirando a su alrededor con aire de pomposa estupidez y cogiendo después unos melocotones que empezó a devorar con considerable placer.

—¿Le gustaría al Libertador tomar algo de desayuno? —preguntó el señor Hatton.

El Libertador miró a su anfitrión con una mirada de insensata intimidación y, entonces, como si no se dignara a comunicarse directamente con hombres corrientes, pronunció estas palabras dirigidas al cartista en un tono más sumiso:

—Un vaso de cerveza negra.

Al Libertador le trajeron enseguida una cerveza negra. Le dio un generoso trago, asumió una actitud menos amenazadora, se relamió los labios, apartó a un lado los platos, y se sentó en la mesa balanceando las piernas.

—Este es el amigo de quien le había hablado y a quien deseaba que conocierais, señor —dijo el cartista—, el más distinguido defensor de los derechos populares que poseemos, el editor del *Mowbray Phalanx*, el señor Morley.

Morley avanzó levemente atrayendo sobre sí la mirada del Libertador, que le escrutó con suma seriedad y, después, saltando desde la mesa, gritó:

—Pero si es el tonto que preguntaba por mí en Wodgate hace tres años...

—Tuve ese honor —dijo Morley con tranquilidad.

—A la horca con el honor —dijo el Obispo—. Tú sabes algo de una persona. No pude exprimírtelo entonces, pero por los clavos de Cristo que te lo sacaré ahora. Venga, suéltalo, ¿le has visto?, ¿dónde vive?

—Entonces fui a verlo para obtener información, no para darla —dijo Morley—. Tenía un amigo que deseaba ver a ese caballero.

—No es ningún caballero —dijo el Obispo—, es mi hermano. Pero te diré una cosa, ahora haré algo por él. Ahora soy el gallo del corral, ¿sabes?, y ocasiones así no se repiten en la vida de un hombre. Uno debe velar por la carne de su carne y la sangre de su sangre, y si le descubro, me haré con su fortuna, o no me llamo Simon Hatton.

El creador y consejero de nobles se sobresaltó en la silla y se puso pálido. Morley y él intercambiaron una mirada que revelaba sus pensamientos mutuos y el gran anticuario, mirando al Libertador con una mezcla de terror y repugnancia, se fue hacia la ventana.

—Supón que pones un anuncio en tu periódico —continuó el Obispo—. Conozco a un viajero que perdió sus llaves en Scotland Yard y las recuperó de esa manera. No pares de poner el anuncio hasta que lo encuentres, y aquí, mi primer ministro y más importante lugarteniente, te expedirán una orden a cargo del ayuntamiento del pueblo por tus gastos.

Morley le dio las gracias en silencio.

El Obispo continuó:

—¿Cómo se llama el hombre que tiene una gran fábrica como a tres millas de aquí, que se niega a detener las máquinas y que esta mañana humilló a mis hombres enchufándoles con el agua a presión? Se lo devolveré con fuego, digo, el agua, ¿escuchas eso, «señor periodista»? Antes de unas horas le habré devuelto el agua con fuego.

—El Libertador se refiere a Trafford —dijo el cartista.

—Pues se va enterar ese Trafford —dijo, y golpeó la mesa con su martillo—. Humilla a mi mensajero, ¿no? Te digo que le voy a devolver el agua con fuego —y miró a su alrededor como si buscara algún reproche para poder aplastarlo.

—Trafford es un hombre compasivo —dijo Morley calladamente—, y se porta bien con su gente.

—¡Compasivo! ¿Un hombre con una gran fábrica compasivo? —exclamó el Obispo—. Dos mil o tres mil esclavos trabajando bajo el mismo techo, y él rascándose la barriga y comiéndose el sustento de los obreros. Cuando yo esté al mando, no habrá grandes fábricas. Y se lo voy a demostrar. Allá voy —y saltó desde la mesa—. Antes de una hora me las veré cara a cara con ese mismísimo Trafford, y entonces veremos si me humilla. Vamos, subalterno primero —e, indicando al cartista que le siguiera, el Libertador se marchó de la habitación.

Hatton volvió la cabeza desde la ventana, y avanzó rápidamente hacia Morley.

—Hay que ponerse manos a la obra, amigo Morley. Ese salvaje no va a parar hasta que haya destruido y saqueado todo, pues ese es el sentido de su vida. Si no fuese la fabrica de Trafford seria cualquier otra cosa. Lo siento por los Trafford, porque llevan sangre antigua en las venas, pero antes del anochecer su fabrica habrá sido completamente arrasada. ¿Podemos evitarlo? ¿Y por qué no atacar el castillo en lugar de la fábrica?

## Capítulo 10

Alrededor del mediodía de aquella misma jornada Mowbray sufrió una gran conmoción. Todos rumoreaban que el Libertador, a la cabeza de los *montoneros del infierno* y todos aquellos que eligieran acompañarle, iba a asaltar el recinto de Trafford. Así vengaría la afrenta infligida a sus mensajeros esa misma mañana, a primera hora, cuando estos, acompañados por una multitud alborotada de doscientas o trescientas personas, habían acudido a los talleres de Mowedale para transmitir las órdenes del Libertador de parar los telares y para, si fuera necesario, ejecutar dichas órdenes. Las advertencias fueron despreciadas, y cuando el gentío, cumpliendo con la consiguiente orden, empezó a forzar las grandes vallas de la finca para poder entrar en el edificio, apagar las calderas de vapor y liberar a los trabajadores, una batería camuflada de bombas de agua a presión les embistió con tal fuerza que toda la banda de patriotas quedó inundada. Fue imposible luchar contra un poder que parecía inagotable y, empapados hasta los huesos, huyeron entre las risas de sus adversarios. Esta ridícula catástrofe había excitado terriblemente la ira del Libertador y había jurado vengarlos. Puesto que la única fuente de su poder, al igual que la de todos los grandes personajes revolucionarios y líderes militares, era tener a sus fuerzas constantemente ocupadas y al populacho en permanente movimiento, decidió colocarse él mismo a la cabeza de la tropa castigadora, y dar así un gran escarmiento. De este modo se creó la horrible reputación que le precede y el terror que, con solo pronunciar su nombre, se produce en todo el distrito.

El cartista Field había descubierto enseguida quiénes eran los espíritus insurrectos de Mowbray, y tanto Devilsdust como Dandy Mick prestaron juramento al consejo del Libertador el lunes por la mañana y, de acuerdo con ello, ocuparon sus asientos correspondientes en la junta. Devilsdust, acostumbrado a las actividades públicas y a cumplir tareas de responsabilidad, estaba serio y tranquilo, a la vez que decidido y listo para la lucha. La cabeza de Mick, por el contrario, estaba bastante erguida debido a la importancia de su nuevo puesto. Estaba tremendamente nervioso y apenas podía pensar ni hacer nada. En la junta siempre iba al rebufo de Devilsdust, pero cuando tenían que ir juntos a ejecutar los edictos, se le veía pasearse por la ciudad contoneándose como un pavo real, insultando a los hombres y guiñando el ojo a las chicas, convertido en ídolo y objeto de admiración de todos los jovencuelos embobados que lo aclamaban.

Una gran multitud se había concentrado en Market Place, porque allí estaba el alojamiento del Libertador. Muchos de ellos llevaban las armas rudimentarias que acostumbraban y todos estaban ansiosos por ponerse en marcha. Devilsdust estaba con el gran hombre y Field. Mick estaba en la calle haciendo formar a los hombres y maldiciendo como un soldado de caballería a todo aquel que desobedeciera o entendiera mal sus órdenes.

—Venga, estúpido —dijo dirigiéndose a Tummas—, ¿qué estás mirando? Pon a

tus hombres en orden o tendréis que véros las conmigo.

—¡Estúpido! —dijo Tummas, clavando la vista en Mick con un inmenso estupor—. ¿Quién te crees que eres para llamarme «estúpido»? Tú, un pincharruecas cobarde, o un puto esclavo de una fábrica. ¡Me llama estúpido! ¿Cuándo se ha visto que a un *montonero* le llame estúpido un tiparraco como tú?

—Le daré un consejo, joven —dijo el maestro Nixon sacándose la pipa de la boca y dejando escapar una inmensa bocanada—. Baje al pozo un par de meses a ver si aprende un poco de la vida, que buena falta le hace.

El fogoso temperamento de Dandy probablemente le hubiera metido entonces en un inoportuno embrollo, si no hubiera sido porque en ese instante alguien le tocó en el hombro y, mirando hacia atrás, vio que se trataba del señor Morley. A pesar de la diferencia de sus escuelas políticas, Mick sentía un profundo respeto hacia Morley, aun cuando quizá no supiera expresar con precisión el porqué. Pero había oído decir a Devilsdust durante años que Stephen Morley tenía la cabeza mejor amueblada de Mowbray y, aunque lamentaba la desafortunada debilidad que sentía el editor del *Phalanx* en favor de aquella abstracción imaginaria llamada fuerza moral, Devilsdust solía decir que si llegara a ocurrir la gran revolución donde se reconocieran los derechos del pueblo y, pese a que otros espíritus más intrépidos y otros hombres más fornidos pudieran ser los artífices del cambio, solamente había un hombre con cabeza suficiente entre todos ellos para, una vez alcanzado el poder, ser capaz de gobernar en beneficio del bien público y, como Devilsdust solía añadir, «hacer que la cosa funcionase»...; y ese hombre era Morley.

Era un hermoso día de verano y Mowedale estaba tan resplandeciente como cuando Egremont empezó por vez primera a reflexionar sobre la belleza de sus parajes. El cielo tenía la misma frescura que entonces, los árboles el mismo esplendor umbrío y las aguas centelleaban de modo parecido. No había ni un solo ruido, a excepción de los mugidos de unas vacas que cruzaban el puente de piedra con el pastor que iba tras ellas, y que se habían detenido a olisquear la ráfaga de aire puro que pasaba bajo sus arcos.

De repente, el ruido de pisadas y el zumbido de una multitud hizo añicos el soleado silencio. Una enorme muchedumbre que marchaba en precaria formación se acercaba desde Mowbray. Al frente iba un hombre a lomos de un mulo blanco. Muchos de sus seguidores marchaban en filas armados con porras y otras armas rudimentarias. Tras ellos, iba un gentío disperso, aún más heterogéneo, donde no faltaban mujeres e incluso niños. Iban a buen paso; pasaron rápidamente por la antigua cabaña de Gerard, y divisaron a lo lejos los predios de Trafford.

—Ni las aguas del río dudan del fuego que voy a armar hoy —dijo el Libertador.

—Es un capitalista empedernido —añadió Field—, y sería capaz de poner jardines y regalarles baños a sus trabajadores con tal de apartar sus mentes de los *cinco puntos*.

—No tendremos más jardines en Inglaterra, todo estará abierto —sentenció el



Libertador— y los baños se usarán solamente para ahogar a los enemigos del pueblo. Siempre estuve en contra de lavarse, le quita al hombre su sustancia.

—Aquí estamos —dijo Field cuando los tejados y balconadas del pueblo, el campanario y la fábrica empezaron a aparecer ante su vista—. ¡Todas las puertas y ventanas están cerradas! El recinto está desierto. Alguien ha llegado antes que nosotros y les ha avisado de nuestra llegada.

—¿A mí me van a encañonar con el agua a presión? —preguntó el Obispo—. Tendrá que ser un auténtico torrente el que apague el fuego que voy a encender. ¿Qué debemos hacer primero? Deténganse ahí, hombres —ordenó el Libertador mirando hacia atrás con ese aspecto amenazador que sus secuaces jamás olvidarían—. ¿Vais a parar o no? ¿O es que he de ir para allá?

Se oyó un revuelo entre la gente y después se hizo un relativo silencio.

Las mujeres y los niños del pueblo se habían reunido en el patio de la fábrica, cuyas grandes vallas estaban cerradas.

—¿Qué quemamos primero? —preguntó el Obispo.

—Podríamos charlar un poco con ellos —dijo Field—; quizá podamos conseguir que nos dejen entrar, y luego mandar todo al carajo y dejar que la gente queme las máquinas. Sería una gran lección moral.

—Mientras se queme algo —dijo el Obispo—, no me importan las lecciones que les des. Te las dejo a ti; pero el agua la voy a devolver con fuego.

—Voy a entrar —dijo Field y, según acabó de decirlo, fue hacia delante y llamó a las puertas. Al Obispo, en su mulo, le acompañaban una docena de *montoneros del infierno*; el grueso de la multitud permanecía retirado, a unos veinte metros.

—¿Quién llama? —preguntó una voz potente.

—Alguien que por orden del Libertador desea entrar y comprobar si en este establecimiento se han cumplido sus órdenes de parar el trabajo.

—Muy bien —dijo el Obispo.

—Aquí no hay nadie trabajando —dijo la voz—; le doy mi palabra.

—A la horca con su palabra —dijo el Obispo—. Yo quiero saber...

—¡Silencio! —dijo Field, y luego, en voz más alta dijo—: Puede que sea así, pero esta mañana no permitieron entrar a nuestros mensajeros y fueron tratados muy indignamente...

—Eso es —dijo el Obispo.

—Muy indignamente —continuó Field—. Debemos comprobar con nuestros propios ojos si lo que dice es cierto, y le rogaría y recomendaría que dejara pasar al Libertador.

—Nadie entrará aquí —contestó el invisible guardián de la puerta.

—Ya es suficiente —clamó el Obispo.

—¡Alerta! —dijo Field.

—Es igual que nos deje entrar o no —dijo el Obispo—; voy a devolverles el agua con fuego, y a eso he venido. ¡Ahora, muchachos!

—¡Deténganse! —gritó la voz invisible—. Hablaré con ustedes.

—Nos va a dejar pasar —susurró Field al Obispo.

Y súbitamente, en la azotea de la caseta del guarda, que estaba a un lado de la entrada, apareció... Gerard. Su rostro, su figura, su postura transmitían la misma autoridad, y al verle un clamor ensordecedor y espontáneo surgió de los miles de personas que se habían congregado allí. Ante sus ojos estaba alguien que era, al fin y al cabo, el líder más popular que jamás había existido por aquella zona, cuya elocuencia hechizaba y convencía, cuya generosidad era reconocida, cuyos padecimientos habían generado solidaridad y del cual se enorgullecían por su valor, su noble conducta y sus proezas. No hubo ni un solo hombre de Mowbray cuyo corazón no palpitará de la emoción y en cuya memoria no revivieran las oraciones desde el altar del druida y las famosas reuniones en el páramo. Se escuchó un grito unánime «Estamos contigo Gerard».

El Obispo, a quien, como a muchos grandes hombres, no le gustaba que vitorearan a otros, estaba muy disgustado y un poco perplejo.

—¿Qué significa todo esto? —le susurró a Field—. Vine hasta aquí para quemar la fábrica.

—Espere un rato —dijo Field—, debemos complacer un poco a los hombres de Mowbray. Este es su líder favorito, al menos en los viejos tiempos. Lo conozco bien; es un hombre intrépido y honesto.

—¿Es este el hombre que humilló a mi gente? —preguntó el Obispo con rabia.

—¡Silencio! —dijo Field—, va a hablar.

—Amigos míos —dijo Gerard—, si no somos amigos nosotros, ¿quién lo será? (se oyeron voces que coreaban su nombre y gritaban «muy cierto»). Si venís aquí para averiguar si se ha parado de trabajar en Mowedale, os doy mi palabra de que en este momento no hay ni un hombre ni una máquina que se mueva (aclamación general). Tengo fe en que creeréis en mi palabra (aclamación y gritos de «creemos en ella»). Creo que soy conocido en Mowbray («¡Gerard, estamos contigo!») y también en los páramos de Mowbray (aplausos y vítores). Hemos estado juntos en otras ocasiones («por supuesto que sí») y volveremos a estarlo (grandes aclamaciones). El pueblo no tiene tantos amigos como para pelearse con los que desean su bien. El patrón de esta fábrica ha hecho lo mejor que ha podido por calmar a vuestros emisarios. Él no es de esos que niegan a los trabajadores sus derechos (fuertes aclamaciones). Os digo que el señor Trafford siempre ha reconocido los derechos de los trabajadores (vítores prolongados y gritos de «así es»). Bueno, ¿es él el hombre contra quien deberíamos luchar? («No, no»). ¡Y qué si recibió fríamente a algunos visitantes esta mañana! (gruñidos)... quizá llevaban caras a las que no estaba acostumbrado (fuertes aclamaciones y risas de las gentes de Mowbray). Me atrevo a decir que sus intenciones son tan buenas como las nuestras, no hay duda; pero en cualquier caso, un vecino es un vecino (inmensas aclamaciones). Ahora, mis muchachos, tres hurras por la fiesta nacional —Gerard empezó, y a su voz le hicieron

eco las miles de voces presentes—. El patrón de esta fábrica no tiene deseo de interferir con la fiesta nacional; lo único que quiere es asegurarse de que paren todas las fábricas y trabajos al tiempo (gritos de «es muy justo»). Y yo estoy de acuerdo —continuó Gerard—. Él es justo, justo y noble como un auténtico caballero inglés de pura cepa, que ama al pueblo y cuyos padres antes que él amaron al pueblo (grandes aclamaciones). Os pido tres hurras por el señor Trafford —y se dieron— y tres hurras por la señora Trafford también, ¡la amiga de los pobres!

La multitud no estaba solo entusiasmada, sino que se había puesto sentimental en exceso; se juraban los unos a los otros que el señor Trafford era un caballero inglés de pura cepa y que su esposa era un ángel del cielo. Este sentimiento popular es tan contagioso que incluso los *montoneros del infierno* lo compartían gritando vivas, estrechándose la mano los unos a los otros, y a punto de derramar lágrimas porque, todo hay que decirlo, tenían la vaga idea de que todo iba a acabar en un trago.

Su gran líder, sin embargo, permanecía impassible. Nada excepto su brutal estupidez podría haberle impedido dedicarse a detener la ola de clamor popular, pero estaba tan desconcertado por el giro que había dado el asunto que por primera vez fracasó en instigar a Field a hacerlo. El cartista estaba acobardado por Gerard, por los recuerdos que le traía la memoria de su viejo compañero, cuyo espíritu superior a menudo le había aconsejado y guiado. Gerard, que también lo había reconocido, evocó algún episodio que habían vivido juntos que afectó la conciencia de este y halagó su vanidad. Se rompieron filas. El espíritu de la expedición se había disuelto, y la gran mayoría hablaba de regresar y, de hecho, algunos de los rezagados habían emprendido ya el camino de vuelta. El Obispo permaneció en silencio y confuso, dando golpes con el martillo a las crines del mulo.

—Ahora —dijo Morley, que durante la escena se había mantenido al margen, acompañado por Devilsdust y Dandy Mick—. Ahora —dijo Morley a este último—, ahora es tu turno.

—¡Caballeros! —proclamó Mick.

—¡Un discurso, un discurso! —gritaron varios.

—Escuchad a Mick Radley —susurró Devilsdust moviéndose velozmente entre la multitud y dirigiéndose a todas aquellas personas influyentes que encontraba—. ¡Escuchen a Mick Radley, es importante!

—¡Radley, estamos contigo! ¡Escuchen a Mick Radley! ¡A por ellos, Dandy! ¡Hasta el final! ¡Silencio para escuchar a Dandy Mick! Súbete a este banco de aquí —y, dicho y hecho, Mick se subió al banco.

—Caballeros —dijo Mick.

—Eso ya lo has dicho antes.

—Me gusta escucharle decir «caballeros»; es respetuoso.

—Caballeros —dijo Dandy—, la fiesta nacional ha comenzado...

—¡Tres hurras por ella!

—Silencio. ¡Escuchad a Dandy!

—La fiesta nacional ha comenzado —continuó Mick—, y me parece que lo mejor que puede hacer el pueblo es darse un paseo por el parque de lord de Mowbray.

Esta propuesta fue recibida con una de esas aclamaciones de aprobación que indican que el orador ha dado exactamente en el clavo. En este momento lo que la gente deseaba sobre todo era que la guiasen, y en Dandy Mick apareció un líder. Para tener éxito, un líder debe integrar las necesidades de sus seguidores en su sistema, expresar aquello que todos sienten, pero que nadie tiene la habilidad o el coraje de articular.

El coraje y la destreza, la influencia de Gerard, habían convencido a las gentes para abandonar el gran objetivo que les había congregado allí; pero a ningún hombre o ninguna multitud le gusta tener un deseo que se queda sin cumplir. Cada uno quería alcanzar algún objetivo mediante esa movilización y, en esta coyuntura crítica, se propuso uno, y uno que prometía novedad, diversión, excitación. El Obispo, cuyo consentimiento debía obtenerse, pero que renunciaba a una idea con la misma dificultad con la cual la había asimilado, murmuraba y no dejaba de decirle a Field:

—¡Creía que habíamos venido a quemar la fábrica! Un capitalista de mente sangrienta, un hombre que hace jardines y que obliga a la gente a lavarse. ¿Qué es todo esto?

Field dijo lo que pudo, mientras Devilsdust, inclinándose sobre los cuartos delanteros del mulo, engatusó al Obispo hablándole al oído. Finalmente, este dio su consentimiento con prácticamente la misma mala gana que Jorge IV cuando concedió la emancipación a los católicos romanos; sin embargo, puso sus condiciones, y dijo con voz huraña que necesitaba un vaso de cerveza.

—Beba un vaso de cerveza con lord de Mowbray —dijo Devilsdust.

## Capítulo 11

Cuando, por la mañana, llegaron noticias a Mowbray de que los mensajeros del Obispo se habían encontrado con una recepción un tanto extraña en la fábrica de Mowedale, Gerard presintió que, como consecuencia de ello, podrían surgir ciertos problemas allí y decidió acudir enseguida a la residencia de su último patrón. Sucedió que el lunes era el día en el cual un enviado de Ursula Trafford visitaba las cabañas de arriba del valle y las que estaban al otro lado del río, y esta mañana era Sybil a la que le correspondía el deber de cumplir los deberes de aquella misión de caridad. Se lo había mencionado a su padre el día anterior y este, como por causa de la huelga ya no estaba ocupado, se había propuesto acompañar a su hija la mañana siguiente. Caminaron juntos hasta llegar al puente, un poco más arriba de su antigua vivienda. Faltaban dos horas para el mediodía, pero aquí debían separarse. Gerard abrazó a su hija con todavía más ternura que la habitual. Mientras cruzaba el puente, Sybil se giró para mirar a su padre, y su mirada se encontró con la de él, pues ambas tenían el mismo afectuoso propósito.

Sybil no estaba sola. *Harold*, que había cesado de dar brincos, pero que había ganado en corpulencia, majestuosidad y peso lo que había perdido en la gracia y ligereza de sus cabriolas, iba a su lado. Ya no bailaba ante su dueña, ni se alejaba corriendo para luego volver, ni daba rienda suelta a su exuberante vitalidad con sus mil travesuras, sino que se quedaba siempre cerca de ella, sereno y observador, invariablemente sagaz, como atento a cualquier mirada suya.

El día era hermoso, el paisaje encantador y el lugar le traía recuerdos concretos a Sybil de otros momentos doblemente dulces. Siempre le suplicaba a la madre superiora que le diera el sagrado ministerio de las cabañas de la zona alta del valle, pues en ellas encontraba multitud de caras familiares que a Sybil le traían muchos recuerdos felices y tiernos. Y, mientras avanzaba, sentía el corazón ligero, y la alegría natural de su carácter, que tantas circunstancias adversas había tenido que vencer, asomaba en su cara soleada. Era feliz por su padre. La invasión de los mineros, en lugar de incitarle a alguna acción precipitada, como ella se había temido, parecía haberle llenado únicamente de hastío. Incluso ahora seguía preocupado por la búsqueda del orden y la paz, aconsejando prudencia y protegiendo a los benévolo.

Pasó a través de un soto que bordeaba aquellos bosques de Mowbray en los cuales, en otro tiempo, había paseado a menudo con alguien cuya imagen ahora rondaba su espíritu. ¡Ah! ¡Qué de escenas y cambios, deslumbrantes y oscuros, habían ocurrido desde los despreocupados aunque reflexivos días de su infancia! Sybil se abstraigo en su meditación. Rememoró la hora iluminada por la luna en la que el señor Franklin había visitado su cabaña por primera vez, sus paseos e itinerarios, las expediciones que había planeado y las explicaciones que tan torpemente le había dado. Su memoria siguió vagando hasta su encuentro en Westminster, y por todos los momentos de tristeza y dulzura que siguieron a este. En su imaginación se dibujó en

colores vívidos la mañana, la terrible mañana, en la que él vino a su desesperado rescate; su voz sonó en su oído, sus mejillas brillaban mientras venía a su memoria la tierna despedida.

Era más de mediodía, y Sybil había alcanzado el final de su camino, una vez cumplida su última obligación. Bajaba por las colinas hacia campo abierto, y estaba a punto de retomar el camino del río que al rato la llevaría hasta el puente. A un lado del camino se extendía el páramo y, al otro, un bosque que era uno de los límites del parque de Mowbray. Entonces se encontró con un grupo de mujeres, a algunas de las cuales reconoció pues las había visitado anteriormente durante la mañana. Se movían de forma desordenada, sus rostros expresaban pánico y congoja. Sybil se detuvo, habló con algunas y el resto se apiñaron a su alrededor. Los *montoneros del infierno* venían de camino, dijeron, estaban al otro lado del río, quemando fábricas y destrozando todo aquello sobre lo que podían poner las manos, cosas o personas, hombres, mujeres o niños.

Sybil, alarmada por su padre, les hizo algunas preguntas que respondieron de forma incoherente. Lo que sí estaba claro, sin embargo, era que no habían visto a nadie y que nada sabían por experiencia propia. Les había llegado el rumor de que el tropel de gente avanzaba hacia el valle y, según la versión de aquellos que las habían avisado, tras presenciar por sí mismos la proximidad de la multitud, habían echado el cerrojo a sus casas, cruzado el puente y corrido a esconderse en los bosques y el páramo. En vista de estos incidentes, y estimando que podría haber mucha exageración, Sybil, finalmente, se decidió a seguir avanzando y, en un par de minutos, había perdido de vista al grupo con el que se había encontrado. Le dio una palmadita a *Harold*, que la miró a la cara y dio un ladrido para mostrarle que aprobaba su decisión y que tenía conciencia de que algo raro estaba sucediendo. No había avanzado mucho cuando salieron a su paso dos hombres cabalgando a galope tendido. Se detuvieron en cuanto la vieron y dijeron: «Más le vale volver lo más rápido posible: una gran multitud viene hacia aquí subiendo por el valle».

Sybil preguntó, muy conmovida, si habían visto ellos mismos a la gente, y contestaron que no, pero que se habían recibido avisos desde Mowbray de su proximidad y que, en cuanto les tocaba a ellos, se marchaban a toda prisa a una ciudad situada a diez millas de allí donde entendían que se encontraba destacado un grupo de pequeños propietarios armados, a los cuales el alcalde de Mowbray había enviado la noche anterior un parte. Sybil les hubiera preguntado si le daba tiempo a llegar al puente y reunirse con su padre en la fábrica de Trafford, pero los jinetes estaban impacientes y partieron al galope. A pesar de todo, estaba decidida a seguir. A lo único que aspiraba era a dar alcance a Gerard y a compartir su destino.

Un barco pasó por el río con dos hombres y un grupo de mujeres. Habían visto a la multitud; al menos había una persona que les había distinguido claramente en la lejanía o, en todo caso, la nube de polvo que se formaba a su paso. Contaban historias terribles de su violencia y devastación. Se creía que un grupo tenía la intención de

atacar los talleres de Trafford pero, tal y como añadió este narrador, era muy probable que la mayor parte cruzara el puente y siguiera hasta el páramo, sitio en el cual se celebraría una reunión.

Sybil de buena gana hubiera cruzado en el barco, pero no había nadie que la pudiera ayudar. Habían escapado y, de momento, no pretendían perder ni un instante buscando un lugar de refugio. Estaban seguros de que si volvían a pasar el río se encontrarían con la chusma. Estaban a punto de marcharse sin Sybil, que se quedaba muy angustiada, cuando una dama que conducía su propio carruaje de ponis, escoltada por un par de lacayos montados también en ponis de idénticos porte y color, se acercó desde el páramo y, observando al grupo y a Sybil muy conmovida, frenó y les preguntó qué ocurría. Uno de los hombres, interrumpido frecuentemente por todas las mujeres, procedió enseguida a narrar cómo estaban las cosas, algo para lo que la dama estaba evidentemente poco preparada, pues el relato le causó una alarma considerable.

—Y esta joven insiste en cruzar el río —continuó el hombre—. Es una pura locura. Le estoy diciendo que le espera una muerte instantánea o incluso algo peor.

—Me parece muy temerario —dijo amablemente la dama, que parecía reconocerla.

—¡Ay! ¡Qué voy a hacer! —exclamó Sybil—. ¡Dejé a mi padre en casa del señor Trafford!

—Bueno, no tenemos tiempo que perder —dijo el hombre, cuyo compañero había atado un momento el barco a la orilla. Así que deseándoles los buenos días y, con todo su cargamento tras de sí, siguieron su camino.

Pero justo en ese momento, un caballero montado en una pequeña jaca muy dispuesta, llegó a medio galope, exclamando mientras alcanzaba al carruaje de ponis:

—Mi querida Joan, te estaba buscando. He estado infinitamente preocupado por ti. Hay motines al otro lado del río, y temía que pudieras haber cruzado el puente...

En esto, lady Joan le relató al señor Mountchesney cómo acababa de ponerse al corriente de la noticia, y después conversaron en susurros entre ellos unos instantes. Luego, girándose hacia Sybil, lady Joan dijo:

—Realmente pienso que debería venir a casa con nosotros hasta que las cosas estén un poco más tranquilas.

—Es muy amable de su parte —dijo Sybil—, pero si pudiera volver al pueblo a través del parque de Mowbray, ¡creo que podría hacer algo por mi padre!

—En este momento nos disponemos a ir al castillo cruzando el parque —dijo el caballero—. Más le valdría venir con nosotros. Allí al menos estará segura, y quizá seamos capaces de hacer algo por las buenas gentes que están en apuros en la otra orilla —y según decía esto, hizo una señal con la cabeza al lacayo para que le sujetara la jaca. El caballero desmontó y acercándose a Sybil muy cortésmente, dijo:

—Creo que deberíamos presentarnos. Lady Joan y yo tuvimos el placer de conocerla una vez, creo que en casa del señor Trafford. Fue hace mucho tiempo, pero

—añadió en tono más bajo—, no es usted una persona a la que se pueda olvidar.

Sybil hizo caso omiso de la galantería del señor Mountchesney pero, asustada y perpleja, aceptó la proposición de este último y de lady Joan, y subió al carruaje. Dejaron atrás el río y siguieron por una carretera que entraba, tras un corto tramo, en el parque. El señor Mountchesney iba a medio galope delante de ellas y *Harold* los seguía. Continuaron su camino durante kilómetro y medio aproximadamente por un territorio cubierto de árboles. Lady Joan le hacía, amablemente, muchos comentarios a Sybil para intentar distraerla en vano de sus agitados pensamientos... hasta que al fin salieron de la zona más frondosa hacia los prados abiertos. Y en un monte al que se acercaban velozmente se alzaba el castillo de Mowbray; un edificio fortificado y moderno, construido en un estilo que no destacaba por su gusto o corrección, aunque sí por su vasta, grandiosa e imponente estampa.

—Y ahora —dijo el señor Mountchesney, cabalgando hacia ellas y dirigiéndose a Sybil—, mandaré inmediatamente a un muchacho en busca de noticias de su padre. Mientras tanto, ¡pensemos lo mejor!

Sybil le dio las gracias cordialmente y, después, entró en el castillo de Mowbray.



## Capítulo 12

Menos de una hora después de que llegara Sybil al castillo de Mowbray, el muchacho que el señor Mountchesney había enviado regresaba con la buena nueva del triunfo de la elocuencia de Gerard; todo había acabado felizmente y las personas se dispersaban y volvían al pueblo.

Pese a que la recepción que a su llegada le dieron a Sybil lady de Mowbray y su hija no pudo ser más amable, el recuerdo del peligro que corría su padre le había hecho incapaz de responder a sus atenciones. Conociendo la causa de su ansiedad y abatimiento, y compadeciéndose con delicadeza femenina de su angustia, no podían haberse comportado de forma más considerada. Esto conmovió mucho a Sybil, que se arrepentía de la hostilidad con que por causa de las inevitables circunstancias había recibido la ayuda de aquellas personas, quienes, ahora vistas en la sencillez de su intimidad, poseían aparentemente muchas cualidades dignas de cariño y respeto. Cuando llegó la buena noticia de que su padre estaba a salvo y, además, que lo había conseguido de una manera que cautivaba el orgullo de su hija, la buena nueva fue recibida por un corazón predispuesto al calor y a la amabilidad, y todos sus sentimientos se abrieron. Las lágrimas afloraron a sus bellos ojos, y no eran lágrimas tan solo de cariño, sino también de gratitud. Afortunadamente, lord de Mowbray estaba ausente en ese momento, y como la cuestión de la controvertida herencia era un secreto para todos los demás miembros de la familia, el nombre de Gerard no levantó ningún recelo en el círculo. Sybil estaba deseando complacer a la vez que ser complacida. Su belleza, su gracia, su peculiar expresividad y dulce simplicidad habían cautivado a todos. Lady de Mowbray sonreía serenamente y, a menudo, cuando nadie la veía, la observaba a través de sus impertinentes. Lady Joan, a quien el matrimonio había dulcificado, le iba a enseñar el castillo; lady Maud estaba encantada con cualquier cosa que Sybil hiciera o dijera. Y el señor Mountchesney, por su parte, apenas había pensado en otra cosa más que en Sybil desde que lady Maud le informara de su forma angelical de cantar; de hecho, no había dejado pasar más de veinticuatro horas sin descubrir, con toda las artes aprendidas en el club St. James, el nombre y residencia de aquella desconocida belleza, y se jactaba pensando que estaba jugando sus cartas a la perfección cuando Sybil, que estaba conmovida por su gran gentileza, le honraba con continuas atenciones. Tras visitar el castillo, y una vez se encontraron todos reunidos en la sala de música, convencieron a Sybil para que cantara, y ella accedió a regañadientes. Cierta música religiosa española que encontró allí puso de manifiesto todas sus virtudes. Todo era felicidad, deleite, éxtasis; lady Maud se había vuelto loca de amistad; el señor Mountchesney se había convencido de que el campo en agosto podría ser delicioso, y lady Joan se encontraba casi feliz porque Alfred estaba contento. Lady de Mowbray se había quedado en su gabinete leyendo el *Morning Post*. Sybil acababa de terminar una cautivadora aria y se murmuraba algo de tomar un aperitivo cuando, repentinamente, *Harold*, que había

insistido en seguir a su dueña y a quien el señor Mountchesney había introducido galantemente en la sala de música, se levantó y, acercándose desde el rincón donde yacía, se puso a ladrar con fiereza.

—¡Qué significa esto! —dijo el señor Mountchesney.

—¡*Harold!* —dijo Sybil en tono de reproche y sorpresa.

Mas el perro no solo continuó ladrando, sino que incluso se puso a aullar. Entonces, el ayudante de cámara entró abruptamente en la habitación con expresión misteriosa y dijo que deseaba hablar con el señor Mountchesney. Este se retiró inmediatamente, y estuvo ausente durante unos instantes. El perro estaba muy nervioso y lady Joan comenzaba a sentirse inquieta cuando regresó. Tenía la expresión del rostro cambiada, una circunstancia que no pasó inadvertida a la mirada observadora de su esposa.

—¿Qué ha pasado, Alfred? —preguntó.

—¡Oh! No os preocupéis —respondió con una tranquilidad obviamente fingida—. Hay algunos agitadores en el parque, supongo que rezagados de los motines. El portero no debería haberlos dejado entrar. Le he dado órdenes a Bentley de lo que debe hacer si vienen al castillo.

—Vamos con mamá —dijo lady Joan.

Cuando abandonaban todos la sala de música, irrumpió un sirviente gritando:

—El señor Bentley me ha dicho que le diga, señor, que vienen hacia aquí.

—Muy bien —dijo el señor Mountchesney, en tono calmado pero cambiando de color—. Será mejor que vayas con tu madre, Joan, y que te llesves a Maud y a nuestra amiga contigo. Me quedaré un rato abajo —y, a pesar de las protestas de su esposa, el señor Mountchesney se fue al vestíbulo.

—No sé qué hacer, señor —dijo el mayordomo—. Son un grupo muy numeroso.

—Cierra todas las ventanas, echa el cerrojo y la barra a todas las puertas —dijo el señor Mountchesney—. Tengo miedo... —y prosiguió— por tu señor. Temo que caiga en manos de esta gente.

—Milord está en Mowbray —dijo el señor Bentley—. Ha de haberse enterado allí de este motín.

Ahora que emergían de las plantaciones y entraban en los prados era más fácil distinguir el número y la clase de personas que formaban el grupo invasor. Eran muchos, aunque consistían solo en una sección de la expedición original, porque Gerard había congregado a la gran mayoría de los hombres de Mowbray, quienes preferían estar bajo su mando a embarcarse con un desconocido que no era de su agrado en una aventura arriesgada que su líder natural desaprobaba. La sección invasora, pues, estaba principalmente compuesta por *montoneros del infierno*, y por Morley, el último hombre que podría uno haberse imaginado, acompañado por Devilsdust, Dandy Mick y otros jóvenes cuyos ídolos y héroes eran estos últimos. Puede que hubiera unas mil ochocientas o dos mil personas armadas con barras y garrotes, una cuadrilla por lo general desconsoladora, cuyo atuendo y aspecto no

engañaban sobre el tipo de tareas que solían desempeñar. Era posible reconocer al instante la diferencia que existía entre ellos y la minoría que componían los operarios de Mowbray.

Cuando avistaron el castillo, esta terrible turba lanzó un grito feroz. Lady de Mowbray demostró que tenía temperamento, y mantenía la calma y el valor. Mientras observaba a la multitud por la ventana y tranquilizaba a sus hijas y a Sybil, dijo que bajaría y hablaría con ellos. Estaba a punto de salir de la habitación con esta idea cuando entró el señor Mountchesney, que la disuadió de inmediato al escuchar su propósito:

—Dejádmelo todo a mí —dijo—, y no se inquieten. Se irán, tengo la certeza de que se irán —y las dejó solas una vez más.

Mientras tanto, lady de Mowbray y sus acompañantes observaban las evoluciones del grupo de abajo. Cuando el grupo principal estaba a unos cien metros del castillo, hicieron un alto y se sentaron en el césped. Esta actitud devolvió la confianza a la plaza fuerte, pues se hacía generalmente para indicar que las intenciones de los invasores no eran de carácter resuelto o muy hostiles; que muy probablemente habían visitado el lugar con espíritu festivo y que, si se les recibía con tacto y civilizadamente se les podría inducir, en última instancia, a retirarse sin mucha molestia. Esta, evidentemente, era la primera impresión del señor Mountchesney. Así pues, cuando un hombre de aspecto rudo, subido en un mulo blanco, junto con veinte o treinta mineros más avanzó hacia el castillo y preguntó por el señor de Mowbray, el señor Mountchesney los recibió con cortesía, se excusó lamentándose de que su suegro se encontrara ausente, añadió que él estaría dispuesto a representarle, y les preguntó qué se les ofrecía. Su porte cortés ejerció, evidentemente, influencia en el Obispo, quien, dejando de lado su acostumbrado tono brutal, musitó algo sobre su deseo de beber a la salud del lord de Mowbray.

—Todos beberán a su salud —dijo el señor Mountchesney complaciéndole, y dio orden de que se abrieran un par de barriles de cerveza en el parque delante del castillo. El Obispo estaba satisfecho, la gente estaba de buen humor, algunos hombres comenzaron a bailar. Parecía que la nube se había disipado y el señor Mountchesney dio noticia a lady de Mowbray de que todo peligro había pasado y de que esperaba que los visitantes hubiesen desaparecido en diez minutos.

Pasado el plazo de los diez minutos, el Obispo todavía bebía cerveza y el señor Mountchesney seguía dispensando corteses discursos para mantener complacidos a sus acompañantes más inmediatos.

—Desearía que se marcharan —dijo lady de Mowbray.

—Qué maravillosamente bien los ha manejado Alfred... —dijo lady Joan.

—Al fin y al cabo —dijo lady de Mowbray—, hay que admitir que el pueblo...

Su frase fue interrumpida; *Harold*, a quien habían sacado de la habitación y que había estado tumbado tranquilamente, aunque quejándose a ratos, se arrojó hacia la puerta con tanta fuerza que temblaron las bisagras y empezó a ladrar con renovada

violencia. Sybil fue hacia él, y este le agarró del vestido con los dientes y la zarandeo. De pronto, se escucharon ruidos bruscos y misteriosos, hubo un fuerte alarido, el gong del reloj del vestíbulo retumbó, la gran campana de rebato de la torre sonó a lo lejos y el ama de llaves, seguida por las doncellas, se apresuró a entrar en la habitación.

—¡Oh!, mi lady, mi lady —exclamaron todas al mismo tiempo—, los *montoneros* están forzando la entrada al castillo.

Antes de que cualquiera del aterrorizado grupo pudiera contestar, se oyó la voz del señor Mountchesney. Se estaba acercando y había perdido la calma. Entró corriendo en la habitación, estaba pálido y evidentemente muy alarmado.

—He venido a por vosotras —dijo—; estos tipos han entrado por abajo. Mientras haya tiempo y podamos controlarlos debéis abandonar este lugar.

—Estoy preparada para cualquier cosa —dijo lady de Mowbray.

Lady Joan y lady Maud se retorcían las manos de frenético terror. Sybil, muy pálida, dijo:

—Déjeme bajar; puede que conozca a algunos de esos hombres.

—No, no —dijo el señor Mountchesney—. No son gente de Mowbray. No sería seguro.

Se oyeron entonces sonidos aterradores; una mezcla de gritos, juramentos y horrible alboroto. Sus corazones temblaron.

—La chusma ha entrado en la casa, señor —gritó el señor Bentley corriendo hacia ellos—. Dicen que quieren verlo todo.

—Déjales que vean todo —dijo lady de Mowbray—, pero pon la condición de que nos dejen marchar primero. Inténtalo, Alfred, intenta controlarlos antes de que se vuelvan totalmente ingobernables.

El señor Mountchesney las dejó de nuevo para cumplir esta desesperada misión. Lady de Mowbray y el resto de las mujeres permanecieron en el dormitorio. No se habló ni una palabra; el silencio era absoluto. Incluso las doncellas habían dejado de suspirar y sollozar. Un sentimiento parecido a la desesperación les estaba ganando poco a poco.

Los terribles ruidos fueron en aumento. Parecían acercarse. Era imposible distinguir una sola palabra y, sin embargo, su mensaje era temible y feroz.

—¡Que el Señor se apiade de nosotros! —exclamó el ama de llaves, incapaz de contenerse. Las doncellas empezaron a llorar.

Tras una ausencia de unos cinco minutos, el señor Mountchesney apareció de nuevo precipitadamente y, mostrándole el camino a lady de Mowbray, dijo:

—No hay que perder un momento. ¡Sígannos!

Salieron todos precipitadamente siguiendo al señor Mountchesney, atravesaron rápidamente varios departamentos mientras el estruendo crecía a cada momento, hasta que alcanzaron la biblioteca que daba a la terraza. Las ventanas estaban rotas, la terraza llena de gente, algunos de los insurrectos ya estaban en la habitación. Incluso

lady de Mowbray rompió a gritar y se desplomó.

—Vamos —dijo el señor Mountchesney—. La chusma ha tomado el castillo. Es nuestra única oportunidad.

—¡Pero la chusma está aquí! —dijo lady de Mowbray aterrada.

—Veo algunas caras de Mowbray —clamó Sybil, lanzándose hacia delante con los ojos centelleantes y las mejillas encendidas—. Bamford y Samuel Carr. Bamford, si eres amigo de mi padre, ayúdanos ahora. Samuel Carr, he estado con tu madre esta mañana. ¿Qué pensaría ella al ver a su hijo en esta situación? No, no entraréis —dijo Sybil avanzando. Al reconocerla, se detuvieron un momento.

»Yo te conozco, cochero. Una vez nos dijiste en el convento que podríamos acudir a ti en momentos de necesidad. Acudo a ti ahora. ¡Oh, hombres, hombres! —exclamó, retorciéndose las manos—. ¿Qué es esto? ¿Os guían los extraños a cometer estas proezas? Vaya, ¡si os conozco a todos! Estoy segura de que vinisteis aquí a ayudar y no a hacer daño. Proteged a estas señoras, ¡salvadlas de esos extraños! Ahí está Butler, él vendrá con nosotras, y Godfrey Wells. ¿Contarán que dejasteis que vuestros vecinos fueran saqueados y acosados por extraños y que nunca les protegisteis? Ahora, mis buenos amigos, os suplico, os imploro. Butler, Wells, cochero, ¿qué diría Walter Gerard, vuestro amigo, al que habéis seguido tantas veces, si viera esto?

—¡Estamos con Gerard! —gritó el cochero.

—¡Estamos con Gerard! —corearon cien voces.

—Es su hija bendita —dijeron otros—. Es Sybil, nuestro ángel Sybil.

—Ayudad a Sybil Gerard.

Sybil se había abierto camino hacia la terraza y había reunido a su alrededor a un puñado de corpulentos seguidores, los cuales, cualquiera que hubiese sido su motivo inicial, estaban ahora dispuestos a cumplir sus peticiones. El objetivo del señor Mountchesney era bajar a la escalera lateral de la terraza para luego llegar al jardín, desde el cual había caminos para escapar. Pero la muchedumbre estaba aún demasiado crispada como para permitir que lady de Mowbray y sus compañeras intentaran su huida, y todo lo que podían hacer de momento Sybil y sus seguidores era evitar que la chusma entrara en la biblioteca y tratar de obtener nuevos reclutas.

En ese momento llegó una ayuda inesperada.

—¡Apártense! ¡Les digo en el nombre de Dios que se aparten! —exclamó la voz de alguien que luchaba a la vez que conversaba con los insumisos, una voz que todos reconocieron inmediatamente. Era la del señor St. Lys.

—Charles Gardner, yo he sido amigo tuyo. La ayuda que te presté a menudo me la proporcionaba esta casa. ¿Por qué estás aquí?

—Por ningún propósito malvado, señor St. Lys. Vine como hicieron otros, a ver lo que estaba pasando.

—Entonces te encuentras ante un acto siniestro. Lucha contra él. Ayúdame a mí y a Philip Warner a detenerlo ahora; te amparará en el juicio. Tressel, Tressel, apóyanos

a mí y a Warner. ¡Así está bien! ¡Eso es lo correcto! Y tú también, Daventry, y tú, y tú. Sabía que renunciaríais a este acto bárbaro. No son hombres de Mowbray los que harían esto. ¡Así está bien, así está bien! Formad una banda. Eso es. No hay hombre que se una a nosotros ahora que no esté haciendo un amigo de por vida.

El señor St. Lys estaba en el vecindario cuando le llegaron noticias de la visita de la multitud al castillo, y anticipó cuáles serían las peligrosas consecuencias. Corrió inmediatamente hacia el lugar de la acción. Por el camino se encontró con Warner, el tejedor, y había convencido también a los que le acompañaban. Las respectivas bandas de Sybil y el señor St. Lys decidieron unirse. Su número había dejado de ser desdeñable. Estaban animados por las palabras y la presencia de sus líderes; St. Lys, forcejeando a su lado y Sybil, manteniendo su posición en la terraza y alentando a los que la rodeaban con su coraje y energía.

Contuvieron a la multitud hasta que el paso a la escalera lateral de la terraza se hubo despejado.

—¡Ahora! —dijo Sybil, y alentó a lady de Mowbray, a sus hijas y a sus seguidores para que bajaran. Se trataba de una temeraria lucha por mantener la comunicación, pero tuvo éxito. Avanzaron sin respiración y temblando, hasta que llegaron a lo que comúnmente llamaban la Gruta, que era en realidad un camino subterráneo excavado a través de una montaña que desembocaba en la orilla del río, donde estaban los barcos. La entrada del túnel estaba protegida por una verja de hierro, y el señor Mountchesney había puesto la llave a buen recaudo. Se abrió la valla, Warner y sus amigos hicieron esfuerzos casi sobrehumanos por frenar a la multitud. Ya la habían atravesado lady de Mowbray y sus hijas cuando aconteció una de esas violentas oleadas, frecuentes en las multitudes, ocasionada por una repentina afluencia de personas atraídas por lo que estaba ocurriendo. Sybil y aquellos que la rodeaban para cubrir la retirada fueron arrastrados muy lejos por ella. Cerraron la verja. Todo el grupo había conseguido pasar, menos Sybil, que se encontraba completamente rodeada de extraños.

Entretanto, la multitud había tomado posesión del castillo. El primer asalto importante fue a las bodegas. El propio Obispo encabezaba este asalto, y no descansó hasta que estuvo sentado entre los mejores toneles del noble propietario. No echaron de menos los sacacorchos, los cuellos de las botellas eran golpeados hasta romperlos con la misma decisión y destreza que si estuvieran rompiendo nueces o descabezando gambas. Los vinos más selectos de la cristiandad descendían por los gznates sedientos, que hasta ahora solo habían probado la cerveza y el aguardiente. Tummas se trasegaba el borgoña; el maestro Nixon se había apoderado de una remesa de vino de Tokay; mientras que el Obispo, sentado en el suelo recostado sobre un tonel desde el que se dominaba la larga nave de las bodegas llena de gente que blandía botellas y antorchas, bebía a grandes tragos alternando entre un viejo oporto y un madeira muy viajados, intentando decidirse en cuanto a las respectivas virtudes de uno y otro vino.

Mientras se producía el asalto a las bodegas y los sótanos, había cuadrillas que,

desfilando por los magníficos salones, contemplaban maravilladas los muebles y la decoración. Algunos rufianes mugrientos se habían lanzado sobre los sofás de satén y las camas engalanadas con desdeñoso placer; otros saqueaban los armarios esperando hallarlos repletos de dinero, pero al encontrar poco en su camino, habían desparramado por los suelos de los apartamentos todo su contenido: papeles, libros y obras de arte. A veces, un grupo que había escapado del piso de abajo con un botín, subía para consumir su orgía en medio de la magnificencia de las habitaciones. Entre estos estaban Nixon y sus amigos, que observaban los cuadros fijamente y permanecían ante los altos espejos con aún más asombro, pues muchos de ellos no habían visto en su vida un espejo normal y corriente.

—¡Qué naturaleza! —dijo el maestro Nixon estudiándose en el espejo, y volviéndose hacia Juggins.

Muchos de estos últimos se pusieron frenéticos y dieron fin a su desenfreno destrozando todo lo que les rodeaba.

Mientras ocurrían estas brutales escenas de motín, había un grupo selecto pero decidido que no compartía ninguno de estos excesos. Morley, seguido por media docena de muchachos de Mowbray y dos *montoneros del infierno* elegidos por él, había escapado de la confusión del piso de abajo. Subió por la gran escalinata, siguió por un pasillo hasta la escalera de caracol de la Torre Redonda y, provisto de las herramientas necesarias, forzó la entrada de la cámara de las propiedades del castillo. Esta era una cámara circular, recubierta con altos archivos a prueba de fuego, que para otros que no hubiesen sido discípulos de Hatton habrían supuesto un obstáculo invencible. Así pues, uno tras otro, primero los cerrojos y, luego, las bisagras fueron cediendo a sus artimañas para abrirlos, aunque no sin prolongados esfuerzos. Mientras Dandy Mick y sus amigos vigilaban en la entrada, Morley y Devilsdust procedieron a examinar los contenidos de los archivadores: pilas de escrituras en pergamino, resmas de papeles organizados y rotulados, muchas cajas de diferentes tamaños y materiales; pero el objeto de su deseo no estaba a la vista. Una expresión de desconcierto cruzó por la cara de Morley y dejó, por un instante, de esforzarse. El pensamiento de que todo lo que había sacrificado por esto no había servido de nada se le vino encima de pronto...; encima de él, que había sido el valedor de la fuerza moral en medio de la destrucción que él mismo había organizado y alentado. Maldijo a Baptist Hatton en su corazón.

—Esos canallas los han destruido —dijo Devilsdust—. Podía suceder, lo había pensado. No podían correr el riesgo de que un hijo del pueblo fuese el dueño de todo esto.

Algunos de los archivadores eran muy profundos, y en general, para ahorrar tiempo, habían comprobado sus contenidos con una varilla de hierro. Ahora Morley, con un gesto de desesperación en el rostro, se subió a unos escalones que había en la habitación, y comenzó a saquear directamente los archivos y a tirar los contenidos al suelo. Desparramaban por el suelo escrituras, papeles y cajas a las que él y Devilsdust

rechazaban, después de echarles un vistazo. Después de un buen rato, cuando ya había desaparecido toda esperanza, al vaciar un archivo que al principio parecía contener solo papeles, Morley tocó algo en la parte de atrás. Se abalanzó hacia delante con el brazo estirado, su cuerpo medio escondido en el cajón, y sacó con exaltación triunfante una caja pintada de azul y blasonada con las armas de Valence. No era ni grande ni pesada. Se la tendió a Devilsdust sin mediar palabra, y Morley, tras bajar los escalones, se sentó un momento en una pila de escrituras y cruzó los brazos.

En este trance, se oyó una descarga de artillería.

—¡Caray! —dijo Devilsdust con una extraña expresión. Morley se sobresaltó en su asiento. Dandy Mick se precipitó hacia la habitación—. ¡Tropas, tropas! ¡Hay tropas aquí! —exclamó.

—Bajemos —dijo Morley—. Puede que escapemos con la confusión. Yo llevo la caja —y abandonaron la cámara de las propiedades.

Uno de su grupo, a quien Mick había mandado por delante para hacer un reconocimiento del terreno, regresó junto a ellos.

—No son tropas —dijo—, son los terratenientes; están disparando y abatiendo a todo el mundo. Han despejado el piso de abajo del castillo y han tomado posesión de él. No podemos escapar por aquí.

—¡Esas malditas cerraduras! —dijo Morley agarrando la caja fuertemente—. El tiempo nos ha vencido. Veamos, veamos...

Corrió de vuelta a la cámara de las propiedades y examinó la salida desde la ventana. Había el espacio justo para que alguien ligero y ágil diera un salto hasta el tejado de la parte menos elevada del castillo. Mientras le daban vueltas a esto, entró otro muchacho a la carrera y dijo:

—Compañeros, ¡están aquí! Están subiendo las escaleras.

Morley, preso de ira y desesperación, dio una patada en el suelo. Entonces, cogiendo a Mick de la mano, dijo:

—¿Ves esa ventana? ¿Serías capaz de alcanzar el tejado de alguna manera?

—Y también de romperme el cuello —dijo Mick—. Pero lo intentaré.

—¡Vamos! Si aterrizas te lanzaré esta caja. Ahora escucha, llévala al convento de Mowbray y entrégasela tú mismo de mi parte a Sybil Gerard. Es ligera, solo hay papeles en ella, pero le devolverán lo que es suyo y no te olvidará nunca.

—¡Qué más da eso! —dijo Mick—. Lo único que deseo es que pueda vivir para verla.

—Adiós, mis valientes —dijo Mick, y pegó el salto. Pareció quedarse aturdido, pero pudo sobreponerse. Morley le hizo una señal y le lanzó la caja.

—Y ahora —dijo sacando una pistola—, todavía podemos abrirnos paso. Dispararé al primer hombre que entre, y después debéis embestirles con vuestras porras.

El grupo que había llegado tan inesperadamente a la escena del saqueo era una



tropa del regimiento de terratenientes de lord Marney. La huelga de Lancashire y la revuelta en los distritos mineros había agotado las reservas de tropas en este distrito, de forma que el lord lugarteniente había insistido para que lord Marney abandonara su vecindad agrícola y se acuartelara en la región de las fábricas. En los dos últimos días había fijado, pues, su cuartel general en una gran ciudad industrial que estaba a diez millas de Mowbray y, tras el comunicado que le llegó el domingo por la tarde del alcalde de dicha ciudad avisándole de la invasión de los mineros, Egremont había recibido órdenes de marchar allí con su tropa a la mañana siguiente.

Hacía menos de dos horas que Egremont se había marchado cuando los jinetes con quienes Sybil se había encontrado llegaron al cuartel general de lord Marney, trayendo consigo un informe exagerado y de lo más alarmante de la insurrección y del posible desastre que se avecinaba. Como lord Marney era de la opinión de que las fuerzas de Egremont no estaban a la altura de la ocasión, resolvió de inmediato partir con su propia tropa hacia Mowbray. Atravesando el páramo, se encontró con una gran multitud cuyas intenciones, guiadas ahora por Walter Gerard, eran pacíficas. Habiendo escuchado el relato de los hechos y con el odio que sentía desde siempre hacia cualquier manifestación popular, su señoría decidió que iba a dispersarlos sin preguntas o mediación previa. La ley del motín se leyó con la rapidez con la que a veces se bendice una mesa con invitados, una ceremonia de la que solo son conscientes el oficiante y sus acompañantes más inmediatos. Dispararon y atacaron con sablazos a la gente. El indignado espíritu de Gerard se resistía; golpeó a un soldado hasta que cayó al suelo e incitó a los que le rodeaban a que no se rindieran. Sacaron al padre de Sybil, el verdadero amigo y defensor del pueblo, de entre la multitud y le mataron a disparos. De inmediato surgió un lamento que casi reprime el espíritu de lucha de lord Marney, a pesar de que estaba armado y a la cabeza de una tropa. La gente, que antes de ocurrir esto era presa de un pavor generalizado y se dispersaba dispuesta a huir en todas las direcciones, se llenó de rabia cuando vio caer muerto a su amado líder. Aunque solamente estaban armados con piedras y garrotes, desafiaron a los soldados; corrieron hacia los jinetes y los tiraron de sus monturas a la vez que una avalancha de piedras que parecía interminable caía sobre el casco de lord Marney. Los hombres trataron de repeler en vano a la masa enfurecida, pero la gente retornó a su presa y no descansó hasta que lord Marney cayó sin vida en el páramo de Mowbray, literalmente apedreado hasta la muerte.

Estos desastrosos sucesos ocurrieron, por supuesto, en un período del día posterior al momento en el cual media docena de soldados ascendían la escalinata de la torre redonda del castillo de Mowbray. El mayordomo de lord de Mowbray les había visto y les había dado instrucciones para que, ahora que el castillo estaba de nuevo en sus manos, protegieran la cámara de las propiedades, ya que el señor Bentley había sido testigo de la ominosa subida de Morley y sus compañeros a la importante habitación.

Morley y sus compañeros habían tomado una ventajosa posición en el tramo

superior de la escalinata.

—Ríndanse —dijo el comandante de la tropa—. Es inútil resistirse.

Morley le apuntó con su pistola pero, antes de que pudiese apretar el gatillo, el disparo de un soldado en la retaguardia, que desde su posición podía observar perfectamente la intención de Morley, hirió a Stephen en el pecho, que aún pudo disparar, pero sin dirección ni efecto. Los soldados siguieron adelante. Morley se desplomó entre sus amigos, todos aterrados, excepto Devilsdust, que había luchado duro y bien y que, a su vez, había sido ligeramente herido. La tropa entró en la cámara de las propiedades casi al mismo tiempo que sus adversarios, dejando a Devilsdust tras ellos, que había sido herido y que, maldiciendo al capitalista que le había disparado, consiguió escapar. Morley cayó cuando había vuelto a la habitación. Los demás se rindieron.

—¡Morley! ¡Stephen Morley! —exclamó el comandante de las tropas de terratenientes—. ¡Tú! ¡Tú, aquí!

—Sí. Estoy perdido —dijo con voz desfallecida—. No, no quiero socorro. Sería inútil y no lo deseo. Déjalo estar, pues ya es un misterio que se encuentre aquí. El mundo me juzgará mal; el hombre de paz, dirán, era un hipócrita. El mundo estará equivocado, como lo está siempre. La muerte es amarga —dijo con un gran suspiro y, hablando a duras penas, añadió—, más amarga si viene de ti, pero justa. Tú y yo hemos luchado antes, Egremont. Entonces pensé que te había vencido, pero escapaste. Nuestras vidas han estado en liza desde que nos encontramos por primera vez. Tu estrella ha controlado la mía; y ahora siento que he sacrificado mi vida y mi reputación, que es el destino de los hombres agonizantes, en tu beneficio y tu honor. ¡Oh, Sybil! —y con este nombre, medio suspirado entre sus labios, el defensor de la Fuerza Moral y el Apóstol de la Comunidad dejó de existir.

Mientras tanto, Sybil, separada de los amigos que habían escapado por la gruta, se había quedado sola con *Harold*, su protector, pues en medio del tumulto había perdido hasta a Warner. Miró a su alrededor en vano buscando alguna cara de Mowbray que pudiera reconocer, pero después de una búsqueda infructuosa, un griterío en la distancia seguido por los disparos de la artillería, aterró tanto a la chusma que la rodeaba, que esta desapareció como por ensalmo. Se quedó, sola, agazapada en un rincón del jardín, mientras gritos terroríficos, chillidos y alaridos resonaban en la distancia junto con algunos disparos ocasionales, mientras oleadas de humo llegaban flotando hasta su escondite. Desde allí se podía ver a la multitud huyendo por el parque en todas direcciones y por esta razón pensó que era mejor seguir donde estaba a la espera de los terribles acontecimientos. Concluyó que había llegado alguna fuerza militar y que, si podía quedarse donde estaba, quizá el peligro extremo podría pasar. Pero mientras se entregaba a estas esperanzas, una nube oscura de humo inundó el jardín. No podía haber sido producida por un fusil o carabina, porque era demasiado densa incluso para cualquier pieza de artillería y, además, había chispas confundidas en su masa negra. Entonces, los gritos y alaridos, que

habían disminuido hasta cierto punto, resurgieron de repente con más fuerza e intensidad. El castillo estaba en llamas.

Ya fuese por negligencia o con intención de causar daño, pues el hecho sellaba su propia condena, los ebrios *montoneros del infierno*, blandiendo sus antorchas mientras saqueaban las bodegas y examinaban cada armario y rincón de las dependencias, habían prendido fuego a la parte inferior del edificio. Las llamas, que habían pasado desapercibidas durante algún tiempo, habían llegado ahora a las habitaciones principales. El Obispo yacía sin sentido en la bodega mayor, rodeado por sus oficiales jefes, en el mismo estado. En realidad, todo el sótano estaba cubierto de las figuras recostadas de los *montoneros*, tan negras y espesas como las moscas adormecidas en los últimos días de su existencia. La pila funeraria de los hijos de Odín era suntuosa. Ellos mismos la habían preparado y encendido. Las llamas que se elevaban desde la fortaleza de Mowbray, anunciaban al asustado país que en breve la espléndida imitación del régimen normando cesaría de existir, pero también anunciaban el despiadado destino de la condición del salvaje que, con pretensión análoga, había pretendido considerarse a sí mismo el Libertador del pueblo.

Las nubes de humo, las lenguas de las llamas, que ahora comenzaban a entremezclarse, la multitud a la cual este nuevo incidente y la inminente catástrofe convocó de nuevo a escena, forzaron a Sybil a abandonar el jardín y adentrarse en el parque. En vano hizo lo posible por lograr llegar a algún lugar más recoleto que los demás y hacer su camino sin ser vista. De repente un grupo de ebrios rufianes, con gritos y juramentos, la rodearon. Ella chilló, presa de un terror desesperado; *Harold* saltó a la garganta del más cercano; otro de los asaltantes avanzó hacia ellos, y *Harold* soltó a su actual presa para atacar al nuevo asaltante. El valiente perro hizo todo lo que pudo, pero la situación era trágica; los hombres tenían garrotes y estaban tan enfurecidos que, de hecho, ya lo habían herido. Un rufián tenía agarrada a Sybil por el brazo mientras otro la sujetaba del vestido, cuando un oficial cubierto de polvo y sangre, sable en mano, saltó desde la terraza y acudió a su rescate. Rajó a un hombre, empujó a un lado al otro y, colocando su brazo izquierdo alrededor de Sybil, la defendió con su espada, mientras *Harold*, que ahora estaba furioso, volaba de hombre a hombre, y la protegía por el otro lado. Sus agresores se dieron a la fuga, en una huida desordenada; el oficial se dio la vuelta y estrechó a Sybil contra su corazón.

—Nunca volveremos a separarnos —dijo Egremont.

—Nunca —murmuró Sybil.

## Capítulo 13

Corría la primavera del año pasado y lady Bardolf le estaba haciendo una visita matutina a lady St. Julians.

—Oí que iban a estar en casa de lady Palmerston anoche —dijo lady Saint Julians.

—No —dijo lady Bardolf negando con la cabeza—, hacen su primera aparición en la casa Deloraine. Hemos quedado ahí el jueves, lo sé.

—Vaya, he de decir —dijo lady Saint Julians—, que tengo curiosidad por verla.

—Lord Valentine se los encontró el año pasado en Nápoles.

—¿Y qué dice de ella?

—¡Oh! ¡Se deshace en elogios!

—¡Qué historia tan romántica! Y qué hombre tan afortunado es lord Marney. ¡Si alguien hubiera podido prever los acontecimientos! —exclamó lady St. Julians—. A pesar de todo, siempre fue uno de mis hombres predilectos. Pero en cualquier caso pensaba que su hermano sería la última persona que moriría. ¡Era tan fuerte!

—Me temo que lord Marney se ha alejado de nosotras para siempre —dijo lady Bardolf, en un tono muy solemne.

—¡Ah! Siempre tuvo esa manera de ser —dijo lady St. Julians—, y solía desayunar con ese horrible señor Trenchard y hacer ese tipo de cosas. Pero, no obstante, con su inmensa fortuna, pensé que entraría en razón.

—Haces bien en decir inmensa —dijo lady Bardolf—. El señor Ormsby, y no hay mejor juez para la renta de otro hombre, dice que no hay tres nobles en el reino que obtengan tantos beneficios limpios al año.

—Dicen que la hacienda de Mowbray da cuarenta mil al año —dijo lady St. Julians—. ¡Pobre lady de Mowbray! Tengo entendido que el señor Mountchesney ha decidido no apelar el veredicto.

—Sabes que no tiene ninguna oportunidad —dijo lady Bardolf—. ¡Ay! ¡Qué de cambios hemos visto en esa familia! Dicen que el derecho de la escritura mató al pobre lord de Mowbray, pero a mi parecer nunca se recuperó del incendio del castillo. Acudimos a visitarlos enseguida y jamás he visto a un hombre tan afligido. Queríamos que se viniesen con nosotros a Firebrace, pero dijo que no podía abandonar el distrito tan de inmediato. Recuerdo que lord Bardolf me comentó que parecía un moribundo.

—Bueno, tengo que decir —dijo lady St. Julians como si se restableciera de un arrebato de abstracción—, que tengo mucha curiosidad por ver a lady Marney.

El lector podrá deducir a raíz de esta conversación que Dandy Mick, a pesar de su pasmosa caída y de todos los peligros que le aguardaban al recuperarse, a pesar del fuego y las llamas, de los sables y las carabinas, del tropel de soldados y de la turba saqueadora, logró llegar al convento de Mowbray con la caja de los papeles. Allí preguntó por Sybil, en cuyas manos, y solo en cuyas manos, se le había encargado

depositarlos. Ella seguía ausente pero, fiel a sus instrucciones, Mick no iba a poner su encargo en manos de ninguna otra persona y, exhausto por las fatigas del día fatídico, se quedó tumbado en el patio del convento, con la caja por almohada, hasta que la propia Sybil regresó bajo la protección de Egremont. Sybil estaba demasiado conmovida en aquel momento como para percibir toda la importancia que tenía, pero puso la caja bajo la custodia de Egremont, quien pidió a Mick que le acompañara al hotel, y se despidió de Sybil que, al igual que él, nada sabía entonces del fatal encuentro en el páramo de Mowbray.

Debemos dejar caer un velo sobre la angustia que la rápida e inevitable revelación trajo a la hija de Gerard. El amor que sentía por su padre era una de esas emociones profundas que formaban parte fundamental de su existencia. Durante mucho tiempo se sumió en una aflicción irremediable, que únicamente mitigaban los sagrados cuidados de Ursula. Pero hay otra mujer, a la que no hay que olvidar, que padeció el luto en este tiempo de sufrimiento, y es lady Marney. Egremont dedicó a Arabella toda la ternura y el pensamiento más considerado que se puede imaginar para suavizar su pena y reconciliarla con un cambio de vida que en un principio se le antojaba deprimente. En poco tiempo hizo posibles todos los trámites que su hermano había desatendido, pero que podrían garantizar la comodidad y ayudar a la felicidad de su viuda. Egremont pasó muchos meses de su vida entre la Abadía de Marney, donde insistió para que Arabella residiese de momento, y Mowbray hasta que, debido a una gestión que no tenemos por qué investigar o analizar, lady Marney fue un día al convento de Mowbray y se llevó a Sybil a vivir con ella a la Abadía de Marney, de donde no iba a volver a marcharse hasta el día de su boda, día en el cual el conde y la condesa de Marney partieron hacia Italia, donde estuvieron casi un año y de donde acababan de regresar al comienzo de este capítulo.

Durante el período previo, sin embargo, habían ocurrido muchos acontecimientos importantes. Lord Marney se había puesto en contacto con el señor Hatton, que se había enterado enseguida de todo lo sucedido en la cámara de las propiedades del castillo de Mowbray. El resultado no fue el que él había previsto; pero él se benefició de alguna que otra circunstancia compensatoria. Era muy cierto que había entrado en escena otro rival, e inesperado además, con quien era inútil competir, pero la idea de haber privado a Sybil de su herencia había sido, desde que la conoció, el tormento de su vida, y no había nada que deseara más ardientemente que verla restablecida en sus derechos, y haber contribuido a ese restablecimiento. El éxito que tuvo persiguiendo su reclamación ya lo conoce el lector.

Dandy Mick fue recompensado por todos los peligros que había corrido al servicio de Sybil, y lo que anhelaba era reivindicar los derechos populares. Lord Marney le introdujo en los negocios y Mick cogió a Devilsdust de socio. Una vez Devilsdust hubo obtenido una posición social y se hubo convertido en capitalista, pensó que en honor a la decencia debía asumir un apelativo decoroso, y se hizo llamar a sí mismo por el nombre del pueblo donde había nacido. La firma de Radley,

Mowbray y Cía. está hoy día en alza, y probablemente, con el tiempo, proporcionará una partida de miembros del Parlamento y pares del reino. Devilsdust se casó con Caroline, y la señora Mowbray se convirtió en una gran valida. Quizá siempre le gustó demasiado dar banquetes pero poseía un temperamento dulce y un espíritu vivaz, y apoyaba a su marido en las zozobras de las grandes especulaciones, o en la desesperación de los mercados saturados. Julia se convirtió en la señora Radley, y era muy estimada; nadie podía comportarse mejor. Era mucho más ordenada que Caroline, y se compenetraba con Mick a la perfección, ya que este quería junto a él a una persona decidida y metódica. En cuanto a Harriet, todavía no se ha casado. Aunque es hermosa e inteligente, es tacaña y retorcida. Ha ahorrado mucho y tiene una suma considerable en la caja de ahorros, pero como muchas otras herederas, no puede hacerse a la idea de compartir su dinero con otro. Las grandes medidas de sir Robert Peel, que produjeron tres buenas cosechas, han revivido por completo el comercio en Mowbray. El Templo está abierto de nuevo, se ha vuelto a pintar y brillantar, y Jack el Burlón, claro está, «se ha rehecho» bastante bien, mientras que la buena señora Carey sigue chismorreando con sus vecinas alrededor de su muy bien surtido puesto y cuenta maravillosas historias del gran levantamiento y los motines del cuarenta y dos.

Así pues, concluyo la última página de una obra, cuya forma, aunque ligera y sin pretensiones, aspiraría a sugerir a sus lectores algunas consideraciones de carácter muy opuesto. Hace un año, tuve la intención de ofrecer al público algunos volúmenes que pretendían llamar su atención hacia el estado de nuestros partidos políticos; sus orígenes, su historia, su postura actual. En una época de deslealtad política, de pasiones egoístas y pensamientos mezquinos, quisiera inculcar a las nuevas generaciones que no se desesperen, sino que más bien busquen en una buena comprensión de la historia de su país y en las energías de la juventud heroica, que son los factores del bienestar nacional. La obra actual da un paso adelante en ese mismo empeño. El pensamiento de los ciudadanos debería ahora dejar a los partidos políticos y ocuparse del pueblo al cual han gobernado esos partidos durante dos siglos. La comprensión y el remedio de este gran problema dependen de las mismas acciones que el primero; solamente el pasado puede explicar el presente, y solamente la juventud puede forjar el futuro para remediarlo. La historia escrita de nuestro país ha sido un mero fantasma durante los últimos diez reinados. Se ha dado al origen y consecuencias de los asuntos públicos un carácter y un color que nada tiene que ver con su auténtica forma y matiz. En este extraordinario misterio todos los pensamientos y las cosas han adquirido un aspecto y un nombre contrario a su verdadera calidad y naturaleza. A la oligarquía se la ha llamado libertad; un sacerdocio exclusivo ha sido bautizado como Iglesia nacional; la soberanía ha dado título a algo que no ha tenido ninguna relevancia, mientras que el poder absoluto ha sido ejercido por aquellos que se declaran a sí mismos los servidores del pueblo. Debido a la interesada contienda entre ambos bandos se han borrado dos grandes

protagonistas de la historia de Inglaterra: el monarca y la ciudadanía. Como el poder de la Corona ha disminuido, los privilegios del pueblo han desaparecido; a la larga el cetro se ha convertido en un espectáculo, y sus súbditos han degenerado para tornarse en siervos de nuevo.

Fue hace casi catorce años, durante el desvarío popular al que dio lugar una revolución mediocre y egoísta que no emancipaba ni a la Corona ni al pueblo, cuando tuve ocasión, por primera vez, de madurar y luego desarrollar estas convicciones ante la primera asamblea de mis paisanos a la que tuve el honor de dirigirme. Como suele ocurrir cuando se trata de la verdad, estas ideas han sido mal entendidas, y han hecho que no se reciba bien a quien las pronunciase, como suele ocurrir con aquellos que se salen fuera de los caminos trillados. Pero el tiempo, que pone las cosas en su lugar, también ha hecho incubar en Inglaterra la sospecha de que los ídolos a los que ha adorado durante tanto tiempo y los oráculos que la han desilusionado no son los verdaderos. En este país se ha levantado un creciente murmullo que dice que la lealtad no es una frase, que la fe no es una ilusión y que la libertad popular es algo más inaprensible y sustancial que el ejercicio profano que hacen las clases políticas de los derechos sagrados de la soberanía.

Ruego por que vivamos para ver, una vez más, a Inglaterra con una monarquía libre y un pueblo próspero y con derechos. Creo que esas grandes conquistas solo pueden alcanzarse si la juventud pone en ese empeño su energía y entrega. Vivimos en una edad en la cual la juventud y la indiferencia ya no pueden ser sinónimas. Debemos prepararnos para la hora venidera. A las reivindicaciones del futuro las representan millones de personas que sufren, y los jóvenes de una nación son los depositarios de la posteridad.

# Notas



[1] Veinticinco libras de la época. (*N. del T.*)<<

[2] Un jarabe dulce a base de opio. (*N. del T.*) <<

[3] Reserva de coto de caza en la mejor parte de la propiedad. (*N. del T.*) <<

[4] La palabra «franklin» se utilizaba en el siglo XIV y XV para describir a un pequeño propietario que poseía un feudo franco, pero que no era de noble cuna sino de un rango inferior a la clase acomodada. (*N. del T.*). <<

[5] Una práctica habitual en el sistema parlamentario de la época, según la cual dos diputados (de partidos rivales) se ponían de acuerdo para abstenerse de votar una determinada moción cuando uno de ellos o ambos a la vez sabían con antelación que iban a ausentarse, por enfermedad o cualquier otro motivo, del hemiciclo. (*N. del T.*)

<<

[6] Alusión a los fumaderos de opio, lugares habituales en las calles de las ciudades inglesas de la época. (*N. del T.*)<<

[7] El oficio de Crossing o «crossing-sweeper», que consistía en barrer y mantener limpios los cruces de las calles, al igual que el de «link» o portador de las antorchas de estopa y alquitrán para iluminar las calles, eran oficios muy codiciados por los muchachos que empezaban a trabajar. *(N. del T.)*.<<

[8] El «snapdragon» es un juego en el que los jugadores tratan de coger uvas de una fuente de brandy en llamas, y comérselas mientras aún arden. *(N. del T.)*.<<